Barnaby Rudge

Charles Dickens

PERSONAJES

SEÑOR AKERMAN, alcaide de Newgate.

SEÑOR (posteriormente SIR JOHN) CHESTER, caballero elegante y educado, pero cruel y sin principios.

EDWARD CHESTER, su hijo; un atractivo joven, enamorado de la señorita Haredale.

TOM COOB, fabricante de velas y empleado de correos de Chigwell.

GENERAL CONWAY, miembro del Parlamento.

SOLOMON DAISY, sacristán y campanero de Chigwell.

NED DENNIS, verdugo y líder de los alborotadores del motín Gordon.

SEÑOR GASHFORD, hombre taimado y traicionero, secretario de lord George Gordon.

MARK GILBERT, miembro de una sociedad secreta formada por los aprendices de Londres para resistir a la tiranía de sus amos.

CORONEL GORDON, miembro del Parlamento.

LORD GEORGE GORDON, miembro del Parlamento y principal instigador del motín protestante bajo el lema «¡No más papismo!».

TOM GREEN, soldado.

JOHN GRUEBY, sirviente de lord George Gordon.

SEÑOR GEOFFREY HAREDALE, caballero de campo, duro, severo y abrupto, pero honesto y desinteresado.

HUGH, joven salvaje, atlético, con aspecto de gitano, duro, mozo de cuadra en el Maypole, más tarde líder de los motines.

SEÑOR LANGDALE, viejo caballero corpulento, colérico; fabricante y comerciante de licores.

PHIL PARKES, hombre alto y taciturno, guarda forestal.

PEAK, mayordomo de sir John Chester.

BARNABY RUDGE, joven fantástico y medio loco.

SEÑOR RUDGE, padre de Barnaby y antiguo sirviente del señor Reuben Haredale.

STAGG, hombre ciego, propietario de una bodega.

SIMON TAPPERTIT, aprendiz del señor Gabriel Varden, y capitán de los Caballeros Aprendices.

SEÑOR GABRIEL VARDEN, viejo cerrajero; franco, campechano y honesto.

JOE WILLET, hijo de John Willet; joven de anchos hombros y fornido, enamorado de Dolly Varden.

JOHN WILLET, hombre corpulento, obstinado y de gran cabeza, dueño del Maypole de Chigwell.

SEÑORITA EMMA HAREDALE, sobrina del señor George Haredale.

SEÑORITA MIGGS, sirvienta soltera de la señora Varden, mujer avinagrada y de mal genio.

SEÑORA RUDGE, madre de Barnaby.

DOLLY VARDEN, hija del señor Gabriel Varden, chica brillante, simpática, bien humorada y coqueta.

SEÑORA MARTHA VARDEN, madre de la anterior, mujer rellenita y de seno abultado, pero de temperamento imprevisible.

I

En 1775 había junto al bosque de Epping, a unas doce millas de Londres -contando desde el estandarte de Cornhill, o más bien desde el lugar en el que antaño se encontraba el estandarte-, un establecimiento público llamado Maypole[1], como podían advertir todos los viajeros que, sin saber leer ni escribir (y en esa época se encontraban en tal condición un gran número de viajeros, y también de sedentarios), miraran el emblema que se alzaba por encima de dicho establecimiento; un emblema que, si bien carecía de las nobles proporciones que los mayos presentaban en los viejos tiempos, era cuando menos como un fresno de treinta pies de altura, recto como la flecha más recta que

---

[1] Maypole: Árbol de mayo, comúnmente llamado mayo.

haya podido disparar jamás el más diestro ballestero de Inglaterra.

El Maypole (esta palabra designará en adelante el edificio y no su emblema) era un vetusto caserón con más vigas en los aleros del tejado de las que pudiera contar un ocioso en un día soleado; con grandes chimeneas angulosas de donde parecía que ni el mismo humo podía salir sino bajo formas naturalmente fantásticas, merced a su tortuosa ascensión, y vastas caballerizas sombrías, medio en ruinas y desiertas. Se decía que esta casa había sido construida en la época de Enrique VIII, y existía una leyenda según la cual, no tan sólo la reina Isabel, durante una excursión de caza, había dormido allí una noche en cierta sala de paredes de encina labrada y de anchas ventanas, sino que al día siguiente, hallándose la reina doncella en pie sobre el poyo de piedra delante de la puerta dispuesta a montar, descargó sendos puñetazos y bofetones a un pobre paje por algún descuido en su servicio. Las personas positivas y escépti-

cas, en minoría entre los parroquianos del Maypole, como lo están siempre por desgracia en todas partes, se inclinaban a considerar esta tradición como apócrifa, pero cuando el dueño de la antigua posada apelaba al testimonio del mismo poyo, cuando con ademán de triunfo hacía ver que la piedra había permanecido inmóvil hasta el día de hoy, los incrédulos se veían siempre derrotados por una mayoría imponente, y todos los verdaderos creyentes se regocijaban en su victoria.

Sin embargo, prescindiendo de la autenticidad o falsedad de esta tradición y de otras muchas por el mismo estilo, lo cierto es que el Maypole era un edificio muy viejo, más viejo tal vez de lo que pretendía ser y de lo que parecía por su aspecto, lo cual sucede con frecuencia con las casas, al igual que con las damas de edad incierta. Sus ventanas eran viejas celosías de diamante; sus suelos estaban hundidos y eran irregulares, sus techos ennegrecidos por la mano del tiempo, pesados debido a la presencia

de inmensas vigas. Ante la puerta había un viejo porche, pintoresca y grotescamente tallado; y allí las noches de verano los clientes más favorecidos fumaban y bebían -ah, y cantaban también alguna que otra canción, a veces- descansando sobre dos bancos de madera de respaldo alto y aspecto sombrío que, como los dragones gemelos de cierto cuento de hadas, guardaban la entrada de la mansión.

En las chimeneas de las habitaciones en desuso, las golondrinas habían construido desde hacía muchos años sus nidos, y desde principios de la primavera hasta finales de otoño colonias enteras de golondrinas gorjeaban y cotorreaban en los aleros. Había más palomas en las inmediaciones del patio del lóbrego establo y las edificaciones anexas de las que nadie excepto el dueño podía contar. Los vuelos circulares y los revoloteos de pajarillos, palomas, volatineros y zuros no fueran tal vez del todo coherentes con el aspecto grave y sobrio del edificio, pero los monótonos arrullos, que nunca cesa-

ban de oírse entre los pájaros a lo largo de todo el día, concordaban a la perfección, y parecían arrullarlo para que se durmiera. Con sus pisos inclinados, sus adormiladas hojas de cristal, y la fachada en saliente proyectándose sobre el camino, la vieja casa parecía estar asintiendo con la cabeza en sueños. De hecho, no era necesaria una gran imaginación para detectar en ella otras semblanzas con la especie humana. Los ladrillos con los que estaba construida habían sido originalmente de un profundo color rojo oscuro, pero se habían vuelto amarillentos y habían perdido su brillo como la piel de un anciano; las robustas vigas de madera habían decaído como dientes; y aquí y allá la hiedra, como una cálida prenda para reconfortar su vejez, envolvía sus verdes hojas estrechamente sobre los muros desgastados por el tiempo.

Con todo, era una edad valerosa y desbordante: y en las tardes de verano y otoño, cuando el refulgir del sol poniente caía sobre los

robles y los castaños del bosque adyacente, la vieja casa, recuperando su lustre, parecía ser su perfecta compañera y tener ante sí muchos buenos años en él.

La tarde que nos ocupa no era una de esas hermosas tardes de verano o de otoño, sino el crepúsculo de un día de marzo. El viento aullaba de una manera espantosa a través de las desnudas ramas de los árboles, y mugiendo sordamente en las anchas chimeneas y azotando la lluvia las ventanas del mesón, daba a los parroquianos que en él se hallaban en aquel momento el incontestable derecho de prolongar su estancia, al mismo tiempo que permitía al propietario profetizar que el cielo se despejaría a las once en punto, lo cual coincidía asombrosamente con la hora en que acostumbraba a cerrar su casa.

El nombre del ser humano sobre el cual descendía así la inspiración profética era John Willet, hombre corpulento, de ancha cabeza, cuyo abultado rostro denotaba una profunda obsti-

nación y una rara lentitud de entendederas, a las que se sumaba una confianza ciega en su propio talento. La jactancia ordinaria de John Willet en los momentos de buen humor consistía en decir que, si sus ideas adolecían de cierta lentitud, en cambio eran sólidas e infalibles, aserto que no podía contradecirse al comprobarse que era exactamente lo contrario de la prontitud, y uno de los hombres más obstinados y más tajantes que hubiesen existido, seguro siempre de que cuanto decía, pensaba o hacía era irreprochable, y cosa establecida y ordenada por las leyes de la naturaleza y la Providencia, siendo inevitablemente y de toda necesidad un disparate lo que decía, pensaba o hacía en sentido contrario cualquier otra persona.

John Willet se levantó, se dirigió lentamente a la ventana, aplastó su abultada nariz sobre el frío cristal y, cubriéndose los párpados para que no le impidiese la vista el rojizo resplandor del hogar, contempló durante algunos segun-

dos el estado del cielo. Después volvió con lentitud hacia su asiento, situado en un rincón de la chimenea, y sentándose con un ligero estremecimiento, como quien se ha expuesto al frío para saborear mejor las delicias de un fuego que calienta y brilla, dijo mirando uno tras otro a sus huéspedes:

-El cielo se despejará a las once en punto; ni antes ni después.

-¿En qué lo adiviná is? -preguntó un hombrecillo que estaba sentado en el rincón de enfrente-. La luna está ya menguante y sale a las nueve.

John miró pacífica y silenciosamente al que le interrogaba hasta que estuvo bien seguro de haber comprendido la observación, y entonces dio una respuesta con un tono que parecía indicar que la luna era para él algo estrictamente personal en lo que nadie tenía derecho a intervenir.

-No os inquietéis por la luna; no os toméis ese trabajo. Dejad a la luna en paz y yo os dejaré también en paz a vos.

-Espero no haberos enojado -dijo el hombrecillo.

John calló largo rato hasta que la observación penetró en su cerebro, y después de encender la pipa y de fumar con calma, respondió:

-¿Enojado? No, por el momento.

Y continuó fumando en tranquilo silencio.

De vez en cuando lanzaba una mirada oblicua a un hombre envuelto en un ancho gabán con bordados de seda, galones de plata deslucida y enormes botones de metal. Este hombre estaba sentado en un rincón, separado de la clientela habitual del establecimiento; llevaba un sombrero de alas anchas que le caían sobre el rostro y ocultaban además la mano en la cual apoyaba la frente. Parecía un personaje poco sociable.

Había también sentado a alguna distancia del fuego otro forastero que llevaba botas con espuelas y cuyos pensamientos, a juzgar por sus brazos cruzados, su ceñudo entrecejo y el poco caso que hacía del licor que dejaba sobre la mesa sin probarlo, se fijaban en asuntos muy diversos de lo que conformaba el tema de la conversación. Era un joven de unos veintiocho años, de estatura regular y de rostro muy agraciado, pero de aspecto varonil. Hacía ostentación de sus cabellos negros, vestía traje de montar, y ese traje, lo mismo que sus grandes botas, iguales por su forma a las que usan los modernos guardias de Corps de la reina, revelaba el mal estado de los caminos. Pero aunque estaba salpicado de barro, iba bien vestido, hasta con riqueza, y en su elegante porte y en su gracia y distinción indicaba que era un caballero.

Había sobre la mesa junto a la cual estaba sentado un largo látigo, un sombrero de alas achatadas muy apropiado sin duda a la inclemencia de la temperatura, un par de pistolas en

sus pistoleras y una corta capa. Sólo se descubrían de su rostro las largas cejas negras que ocultaban sus ojos bajos, pero un aire de desembarazo y de gracia tan perfecta como natural en los ademanes adornaba toda su persona y hasta parecía extenderse a sus pequeños accesorios, todos bellos y en buen estado.

Tan sólo una vez fijó John Willet los ojos en el joven caballero, como para preguntarle con la mirada si había reparado en su silencioso vecino. Era indudable que John y el joven se habían visto con frecuencia anteriormente, pero convencido John de que su mirada no recibía contestación y que ni siquiera la había advertido la persona a quien se dirigía, concentró gradualmente todo su poder visual en un solo foco para apuntarlo sobre el hombre del sombrero de alas caídas, llegando a adquirir por último su mirada fija una intensidad tan notable que llegó a llamar la atención de todos los parroquianos, los cuales, de común acuerdo y quitándose las pipas de la boca, principiaron a

mirar igualmente con curiosidad al misterioso personaje.

El robusto propietario tenía un par de ojos grandes y estúpidos como los de un pez, y el hombrecillo que había aventurado la observación acerca de la luna (era sacristán y campanero de Chigwell, aldea situada cerca del Maypole) tenía los ojillos redondos, negros y brillantes como cuentas de rosario. Ese hombrecillo llevaba además en las rodilleras de sus calzones de color de hierro oxidado, en su chaqueta del mismo color y en su chaleco de solapas caídas, espesas hileras de pequeños botones extraños que se parecían a sus ojos, y su semejanza era tan notable que cuando brillaban y centelleaban a la llama de la chimenea, reflejada igualmente por las lucientes hebillas de sus zapatos, parecía todo ojos de pies a cabeza, y se hubiera dicho que los empleaba a un tiempo para contemplar al desconocido.

¿A quién asombrará que un hombre llegase a sentirse mal bajo el fuego de semejante bate-

ría, sin hablar de los ojos pertenecientes a Tom Cobb, el rechoncho mercader de velas de sebo y empleado en correos, y los del largo Phil Parkes, el guardabosques, que impulsados ambos por el contagio del ejemplo, miraban con no menos insistencia al hombre del sombrero alicaído?

Este personaje acabó en fin por sentir un grave malestar. ¿Era acaso por verse expuesto a esta descarga de inquisidoras miradas? Tal vez dependía esto de la índole de sus anteriores meditaciones, porque cuando cambió de postura y observó por casualidad a su alrededor, se estremeció al verse convertido en blanco de miradas tan penetrantes y lanzó al grupo de la chimenea un vistazo airado y receloso. Ésta produjo el efecto de desviar inmediatamente todos los ojos hacia el fuego, a excepción de los de John Willet que, viéndose cogido en fragante delito, y no siendo, como hemos dicho antes, de un genio muy vivo, continuó contemplando a

su huésped de una manera singularmente torpe y embarazada.

-¿Y bien? -dijo el desconocido.

Este «¿y bien?» no era mucho. No era un largo discurso.

-Creía que habíais pedido algo -dijo el posadero después de una pausa de dos o tres minutos para reflexionar.

El desconocido se quitó el sombrero y descubrió las facciones duras de un hombre de unos sesenta años, fatigadas y gastadas por el tiempo. Su expresión, naturalmente ruda, no quedaba suavizada por el pañuelo negro con que se cubría la cabeza, y que mientras le servía de peluca dejaba en la sombra su frente y casi ocultaba sus cejas. ¿Era acaso para distraer las miradas y ocultar una profunda cicatriz que le cruzaba la mejilla? Si éste era su objeto, no lo conseguía, porque saltaba a la vista. Su tez era de un matiz cadavérico, y su barba indicaba por lo crecida y canosa que no había sido afeitada al menos en tres semanas. Tal era el per-

sonaje miserablemente vestido que se levantó entonces de su asiento, se paseó por la cocina, y volvió algunos instantes después para sentarse en el rincón de la chimenea que le cedió muy pronto el sacristán por educación o por miedo.

-¡Es un bandido! -dijo Tom Cobb al oído a Parkes, el guardabosques.

-¿Creéis que los bandidos no van mejor vestidos que este hombre? -respondió Parkes-. Es algún mendigo, Tom. Los bandidos no van vestidos con harapos; os aseguro que todos visten hasta con lujo.

Durante este diálogo, el objeto de sus conjeturas había hecho al establecimiento la honra de pedir algo de cenar, y fue servido por Joe, hijo del posadero, mozo de unos veinte años, de anchos hombros y de elevada estatura, a quien su padre se complacía aún en considerar un niño y en tratarlo como a tal.

El desconocido, al tender las manos para calentárselas en el fuego, volvió la cabeza hacia los parroquianos y, después de lanzarles una

mirada penetrante, dijo con una voz que se correspondía a su aspecto:

-¿Qué casa es esa que se halla a una milla de aquí?

-¿Una taberna?-dijo el posadero con su parsimonia habitual.

-¿Una taberna, padre? -exclamó Joe-. ¿Qué estáis diciendo? ¿Una taberna a una milla del Maypole? Os pregunta sin duda por la casa Warren. ¿No preguntáis, caballero, por una casa grande de ladrillo que se alza en medio de una rica hacienda?

-Sí -contestó el desconocido.

-Esa casa se hallaba hace quince o veinte años en medio de una finca cinco veces mayor, pero ha ido desapareciendo campo tras campo hasta quedar reducida al estado actual. ¡Es una lástima! -continuó el joven.

-No lo niego, pero mi pregunta tenía por objeto a su dueño. Me importa muy poco saber si esa hacienda era mayor hace veinte años, y en

cuanto a lo que es ahora, puedo verlo por mí mismo.

El presunto heredero del Maypole se llevó el índice a los labios y, lanzando una mirada hacia el caballero que ya se ha dado a conocer y que no había cambiado de actitud cuando el desconocido preguntó por la casa, repuso con la voz grave:

-El dueño se llama Haredale, Geoffrey Haredale, y... -lanzó otra mirada en la misma dirección- y es un digno caballero -añadió terminando la frase con una tosecilla muy significativa.

Pero el desconocido no hizo caso de la tos ni del ademán recomendando el silencio que la había precedido, y continuó preguntando:

-Me he desviado de mi camino al venir aquí y he seguido la senda que conduce a través de los campos de la casa Warren. ¿Quién es la señora joven que he visto subir en un coche? ¿Es su hija?

-¿Qué sé yo, buen hombre? -dijo Joe, que con la excusa de arreglar los tizones se aproximó con disimulo al indiscreto interrogador y le tiró de la manga-. No he visto nunca a esa señora de quien habláis. ¡Cielos! ¡Cómo sopla el viento! No cesa de llover. ¡Qué noche de perros!

-Terrible noche, en efecto -dijo el desconocido.

-Supongo que estaréis acostumbrado a pasar noches malas como ésta -dijo Joe, aprovechando una ocasión propicia para dar a la conversación un giro diferente.

-Sí, las he pasado muy malas -contestó el desconocido-. Pero hablemos de la señora joven que he visto. ¿Tiene Haredale una hija?

-No, no -respondió Joe con impaciencia-. Es soltero..., es... Dejadnos en paz con vuestra señora joven. ¿No estáis viendo que no gusta vuestra conversación?

Sin hacer caso de esta indirecta, y manifestando no haberla oído, el verdugo continuó poniendo a prueba la paciencia de Joe.

-No sería la primera vez que un soltero tuviera hijas. ¡Como si no pudiera ser hija suya sin estar casado!

-No sé lo que queréis decir -repuso Joe, añadiendo en voz aún más baja, y acercándose-: ¿Lo hacéis a propósito?

-Os confieso que no abrigo ninguna mala intención. No veo qué mal hay en haceros esta pregunta. ¿Qué tiene de extraño que un forastero trate de informarse de los habitantes de una casa notable en un país que desconoce? No hay motivo para que hagáis esos aspavientos y os alarméis como si conspirase contra el rey Jorge. ¿No podéis explicarme con franqueza la causa de vuestra alarma? Os repito que soy forastero y que no entiendo vuestros ademanes ni vuestras palabras.

Al hacer esta observación señalaba con la mano a la persona que causaba indudablemente la inquietud de Joe Willet. El caballero se había levantado, se cubría con la capa y se disponía a salir. Entregó una moneda para pagar

el gasto y salió de la sala acompañado de Joe, que tomó una vela para alumbrarle hasta la puerta del mesón. Mientras Joe se ausentaba para acompañar al caballero, el viejo Willet y sus tres compañeros continuaron fumando con la mayor gravedad y el más profundo silencio, teniendo cada cual sus ojos fijos en un caldero de cobre que colgaba sobre el fuego. Al cabo de algunos minutos, John Willet meneó lentamente la cabeza, y sus amigos la menearon también, pero sin que ninguno de ellos apartase los ojos del caldero y sin cambiar en un ápice la expresión solemne de su fisonomía. Finalmente Joe volvió a entrar en la cocina con rostro alegre y amable, corno quien espera una reprimenda y quiere parar el golpe.

-¡Lo que es el amor! -dijo acercando un banquillo al fuego y dirigiendo en torno una mirada que solicitaba la simpatía-. Va camino a Londres. Su caballo, que cojea de tanto galopar por aquí toda la tarde, apenas ha tenido tiempo para descansar en la paja de la cuadra, cuando

el amo renuncia a una buena cena y a una blanda cama. ¿Y sabéis por qué? Porque la señorita Haredale ha ido a un baile de máscaras a Londres, y cifra él toda su dicha en verla. No lo haría yo por más linda que fuera. Pero yo no estoy enamorado, al menos creo que no lo estoy, y no sé lo que haría si me hallara en su lugar.

-¿Está enamorado? -preguntó el desconocido.

-Un poco -repuso Joe-, podría estarlo menos, pero no puede estarlo más.

-¡Silencio, caballerito! -dijo el padre.

-¡Eres un charlatán, Joe! -dijo el largo Parkes.

-¿Habrá muchacho más indiscreto? -murmuró Thomas Cobb.

-¡Qué torbellino! ¡Faltar así al respeto a su padre! -exclamó el sacristán.

-¿Qué he dicho, pues? -repuso el pobre Joe.

-¡Silencio, caballerito! -repitió su padre-. ¿Cómo os permitís hablar mientras veis que

personas que os doblan y triplican la edad están sentadas sin pronunciar una palabra?

-Pues casualmente ésta es la ocasión más oportuna para hablar -dijo Joe con terquedad.

-¡La ocasión más oportuna! -repitió su padre-. No hay ocasión oportuna que valga.

-Es verdad -dijo Parkes inclinando con gravedad su cabeza hacia los otros dos, que inclinaron también sus cabezas y murmuraron en voz baja que la observación era exactísima.

-Sí, la ocasión oportuna es la de callar -repuso John Willet-. Cuando yo tenía vuestra edad, nunca hablaba, nunca tenía comezón de hablar; escuchaba para instruirme... Eso es lo que hacía.

-Y a eso se debe, Joe, que tengáis en vuestro padre a un experto en materia de discurrir -dijo Parkes-. De modo que nadie compite con él en raciocinio.

-Entendámonos, Phil -contestó John Willet lanzando por uno de los ángulos de la boca una nube de humo larga, delgada y sinuosa y mi-

rándola con aire distraído mientras desaparecía-: entendámonos Phil, el raciocinio es un don de la naturaleza. Si la naturaleza dota a un hombre con las poderosas facultades del raciocinio, este hombre tiene derecho a honrarse con este don, y no lo tiene para encerrarse en una falsa prerrogativa, porque de lo contrario sería volver la espalda a la naturaleza, burlarse de ella, no estimar sus dones más preciosos y rebajarse hasta la altura del cerdo, que no merece que le arrojen perlas.

Como el posadero hizo una larga pausa, Parkes creyó naturalmente que se había terminado el discurso; así pues, dijo volviéndose hacia el joven con ademán severo:

-¿Oyes lo que dice tu padre, Joe? Supongo que no tratarás de competir con él en raciocinio.

-Sí -dijo John Willet, trasladando sus ojos del techo al rostro de su interlocutor y articulando el monosílabo como si estuviera escrito en letras mayúsculas, para hacerle ver que había obrado muy a la ligera al interrumpirle con una

precipitación inconveniente y poco respetuosa-. Si la naturaleza me hubiera conferido el don del raciocinio, ¿por qué no lo había de confesar, o más bien por qué no había de vanagloriarme? Sí, señor, en este punto soy un experto. Tenéis razón, y he dado mis pruebas en esta cocina una y mil veces, como sabéis muy bien, al menos así lo creo. Si no lo sabéis -añadió John Willet volviendo a ponerse la pipa en la boca-, si no lo sabéis... mejor, porque no tengo orgullo, y no seré yo quien os lo cuente.

Un murmullo general de sus tres amigos, acompañado de un movimiento general de aprobación de sus cabezas, en dirección siempre al caldero de cobre, aseguró a John Willet que sabían bien lo que valían sus facultades intelectuales y que no tenían necesidad de pruebas ulteriores para quedar convencidos de su superioridad. John continuó fumando con mayor dignidad examinándolos silenciosamente.

-¡Vaya una conversación tan divertida! -dijo Joe entre dientes y haciendo ademanes de descontento-. Pero si queréis decir con eso que nunca debo abrir la boca...

-¡Silencio! -exclamó su padre-. No, no debéis abrirla jamás. Cuando os pidan vuestro parecer, dadlo; cuando os hablen, hablad, y cuando no os pidan vuestro parecer ni os hablen, no lo deis y no habléis. ¡Por vida mía! ¡Cómo ha cambiado el mundo desde mi juventud! Creo en verdad que ya no hay niños, que no hay ya diferencia entre un niño y un hombre, y que todos los niños se han ido de este mundo con Su Majestad el difunto rey Jorge II.

-Vuestra observación es exactísima, exceptuando sin embargo a los príncipes -dijo el sacristán que, en su doble cualidad de representante de la Iglesia y del Estado en aquella reunión, se creía obligado a la más completa fidelidad respecto de sus soberanos-. Si es de institución divina y legal que los niños, mientras se esté aún en la edad en que uno es niño, se por-

ten como tales, es forzoso que los príncipes sean también niños en su infancia y que no puedan ser otra cosa.

-¿Habéis oído hablar alguna vez de las sirenas? -preguntó John Willet.

-Sí, por cierto; he oído hablar -respondió el sacristán.

-Pues bien -dijo Willet-, según la naturaleza de las sirenas, todo lo que en ellas no es mujer debe ser pez, y según la naturaleza de los príncipes niños, todo lo que en ellos no es realmente ángel, debe ser divino y legal. Por consiguiente, es conveniente, divino y legal que los príncipes en su infancia sean niños, son y deben ser niños, y es enteramente imposible que sean otra cosa.

Habiendo sido recibida esta demostración de un punto tan espinoso con muestras de aprobación para poner a John Willet de buen humor, se contentó con repetir a su hijo la orden de guardar silencio, y añadió dirigiéndose al desconocido:

-Caballero, si hubierais hecho vuestra pregunta a una persona de edad, a mí o a uno de estos señores, no habríais perdido el tiempo en vano. La señorita Haredale es sobrina del señor Geoffrey Haredale.

-¿Está vivo su padre? -preguntó el desconocido.

-No -respondió el posadero-, no está vivo, y no ha muerto...

-¡No ha muerto! -gritó el otro.

-No ha muerto como se muere generalmente -dijo el posadero.

Los tres amigos inclinaron uno hacia el otro sus cabezas, y Parkes, meneando durante algunos segundos la suya como para decir: «Que nadie me contradiga sobre este punto, porque nadie me hará creer lo contrario» dijo en voz baja:

-John Willet está admirable esta noche y sería capaz de discutir con un presidente de tribuna.

El desconocido dejó transcurrir algunos momentos sin pronunciar una palabra, y preguntó después con un tono bastante brusco:

-¿Qué queréis decir?

-Más de lo que os figuráis, amigo -respondió John Willet-. En estas palabras hay tal vez más trascendencia de lo que podéis sospechar.

-Podrá ser muy bien -dijo el desconocido con aspereza-, pero ¿por qué habláis de una manera tan misteriosa? Decís en primer lugar que un hombre no está vivo y que sin embargo no ha muerto; añadís que no ha muerto como se muere generalmente, y decís después que estas palabras tienen más trascendencia de lo que me figuro. Os repito que no entiendo esa jerigonza.

-Perdonad, caballero -respondió el posadero picado en su honra y en su dignidad por el tono áspero de su huésped-. No extrañéis mis palabras, porque se refieren a una historia del Maypole que tiene más de veinte años de antigüedad. Esta historia es la de Solomon Daisy, pertenece al establecimiento, y nadie más que

Solomon Daisy la ha contado jamás bajo este techo, y lo que es mas, nadie la contará nunca más que él.

El posadero lanzó una mirada al sacristán. Éste, cuyo aire de importancia indicaba bien a las claras que era él de quien acababa de hablar el posadero, había principiado por quitarse la pipa de los labios después de una larga aspiración para conservar encendido el tabaco, y se disponía evidentemente a contar su historia sin hacerse de rogar. El desconocido recogió entonces la capa y, retirándose del hogar, se encontró casi perdido en la oscuridad del rincón de la chimenea, excepto cuando la llama, llegando a desprenderse por algunos momentos de debajo del tizón, brotaba con súbito y violento resplandor, e iluminaba su rostro para hundirlo después en una oscuridad más profunda que antes.

Solomon Daisy dio comienzo a su historia al resplandor de esta luz chispeante que hacía que la casa, con sus pesadas vigas y sus paredes

ahumadas, pareciese hecha de lustroso ébano, y en tanto que el viento rugía en el exterior, sacudiendo con toda su fuerza el picaporte, haciendo rechinar los goznes de la sólida puerta de encina y azotando los tejados como si quisiera hundirlos.

-Reuben Haredale -dijo el sacristán- era el hermano mayor de Geoffrey.

El narrador encontró al pronunciar estas palabras una dificultad e hizo una larga pausa, la cual causó impaciencia al mismo John Willet, que pregunto:

-¿Por qué no continuáis?

-Cobb -dijo Solomon Daisy bajando la voz e interpelando al dependiente de correos-, ¿qué día es hoy?

-Diecinueve.

-De marzo -añadió el sacristán haciendo un ademán de asombro-; ¡el diecinueve de marzo! Es extraordinario.

Todos repitieron en voz baja que era muy extraordinario, y Solomon continuó:

-Reuben Haredale, hermano de Geoffrey, era hace veintidós años el propietario de la Warren, que, como ha dicho Joe (no porque él se acuerde de tal cosa, porque es muy niño para acordarse de un hecho tan antiguo, sino porque me lo ha oído decir), era una hacienda más vasta y mejor, una propiedad de un valor mucho más considerable que a día de hoy. Su esposa acababa de morir dejándole una hija, la señorita Haredale, objeto de vuestras preguntas y que contaba entonces apenas un año.

Aunque el orador se dirigía al hombre que con tanta curiosidad quería informarse de la familia, y había hecho una pausa como si esperase alguna exclamación de sorpresa o de interés, el desconocido no hizo observación alguna, ni el menor ademán que pudiera hacer creer siquiera que hubiese oído lo que se acababa de decir. Solomon se volvió por consiguiente hacia sus amigos, cuyas narices estaban brillantemente iluminadas por el resplandor rojizo de sus pipas; seguro, por su larga experiencia, de su

atención, y resuelto a demostrar que se había dado cuenta de semejante conducta indecorosa.

-El señor Haredale abandonó la hacienda después de la muerte de su esposa, y partió a Londres, donde permaneció algunos meses; pero hallándose en la ciudad tan aislado como aquí (lo supongo al menos, y siempre lo he oído decir), regresó de pronto con su hija a Warren, acompañado aquel día tan sólo de dos criadas, su mayordomo y un jardinero.

Solomon Daisy se interrumpió para reavivar el fuego de su pipa, que iba a apagarse, y continuó al principio con tono gangoso causado por el amargo aroma del tabaco y la enérgica aspiración que reclamaba la pipa, pero después, con voz cada vez más clara:

-Aquel día le acompañaban dos criadas, su mayordomo y un jardinero; el resto de la servidumbre se había quedado en Londres y debía venir al día siguiente. Fue el caso que en aquella misma noche un caballero anciano que habitaba en Chigwell Row, donde había vivido po-

bremente muchos años, entregó su alma a Dios, y recibí a las doce y media de la noche la orden de ir a tocar las campanas por el difunto.

En este momento se advirtió en el grupo de los oyentes un gesto que indicó de una manera visible la gran repugnancia que a cada uno de ellos hubiera causado tener que salir a tales horas y para semejante encargo. El sacristán reparó en este gesto, lo comprendió y por consiguiente desarrolló su tema diciendo:

-Sí, no era cosa muy divertida, y el caso se hacía más crítico por cuanto el enterrador estaba enfermo a causa de haber trabajado en un terreno húmedo y por haberse sentado para comer sobre la losa fría de un sepulcro, y me era absolutamente indispensable ir solo, porque ya podéis figuraros que a una hora tan avanzada me quedaban pocas esperanzas de encontrar algún compañero. Me hallaba sin embargo preparado, pues el anciano caballero había pedido repetidas veces que tocasen a muerto cuanto antes fuera posible después de su postrer sus-

piro, y hacía algunos días que se esperaba de un momento a otro su muerte. Hice, pues, de tripas corazón, y abrigándome bien porque el frío partía las piedras, salí de mi casa llevando en una mano mi farol encendido y en la otra la llave de la iglesia.

Al llegar a esta parte del relato el vestido del desconocido produjo un leve rumor, como si su dueño se hubiese movido volviéndose para oír mejor al sacristán. Solomon miró de reojo, levantó las cejas, inclinó la cabeza y guiñó un ojo a Joe como para preguntarle si aquel misterioso personaje cambiaba de actitud para escucharle. Joe se puso la mano delante de los ojos para evitar el brillo del fuego, dirigió una mirada escudriñadora al rincón y, no pudiendo descubrir nada, movió la cabeza en señal de negativa.

-Era precisamente una noche como ésta. Soplaba un huracán, llovía a torrentes y el cielo estaba negro como boca de lobo. Todas las puertas estaban bien cerradas, todo el mundo se hallaba recogido en su casa, y tal vez sea yo

el único que sepa en realidad lo negra que era aquella noche. Entré en la iglesia, até la puerta por detrás con la cadena de modo que quedara entornada, porque a decir verdad no me hubiera gustado quedarme allí solo y encerrado; y dejando el farol en el poyo de piedra, en el rincón donde está la cuerda de la campana, me senté a un lado para despabilar la vela.

»Me senté pues para despabilar la vela, y cuando acabé de despabilarla, no pude resolverme a levantarme ni a tocar la campana. No acierto a explicarme lo que me sucedió, pero lo cierto es que me puse a pensar en todas las historias de duendes que había oído contar, hasta las que había oído contar cuando era niño e iba a la escuela, y que había olvidado hacía mucho tiempo. Y advertid que no acudían a mi memoria una tras otra, sino todas a un tiempo, como amontonadas.

»Me acordé de una historia de nuestra aldea, según la cual había una noche en el año (¡y quién me aseguraba que no fuera aquella mis-

ma noche!) en que todos los muertos salían de debajo de la tierra y se sentaban en el borde de sus sepulturas hasta la mañana siguiente. Esto me hizo pensar en que muchas de las personas que había conocido estaban enterradas entre la puerta de la iglesia y la del cementerio, y que sería muy terrible tener que pasar entre ellas y reconocerlas a pesar de sus caras de color de tierra y de haberse desfigurado desde su muerte. Conocía como los rincones de mi propia casa todos los arcos y nichos de la iglesia, y sin embargo no podía persuadirme de que fuese su sombra la que veía en las losas, pues estaba convencido de que había allí una multitud de feas figuras que se ocultaban entre las sombras para espiarme. En mitad de mis reflexiones empecé a pensar en el anciano que acababa de morir, y hubiera jurado cuando miraba hacia el centro del templo que lo veía en su sitio acostumbrado, cubriéndose con su mortaja y estremeciéndose como si tuviera frío. Y en tanto estaba sentado escuchando, y sin atreverme

casi a respirar. Por último me levanté de pronto y cogí la cuerda con las dos manos. En aquel mismo momento sonó, no la campana de la iglesia, porque apenas había tocado la cuerda, sino otra campana.

»Oí el tañido de otra campana, pero al instante se llevó el viento el sonido que fue apagándose, hasta que no oí más que el rumor de la lluvia. Presté atención largo rato, pero en vano. Había oído contar que los muertos tenían velas, y llegué a persuadirme de que también podían tener una campana que tocase por sí sola a medianoche por los difuntos. Toqué entonces mi campana, no sé cómo ni cuánto rato, corrí a mi casa sin mirar si me seguían o no, y me zambullí en la cama tapándome la cara con la manta aun después de haber apagado la luz.

»Me levanté al día siguiente muy temprano tras una noche sin sueño y conté mi aventura a mis vecinos. Algunos la escucharon formalmente, otros se rieron de mí, y creo que en el fondo todos estaban convencidos de que había

sido un sueño. Sin embargo, aquella misma mañana encontraron a Reuben Haredale asesinado en su alcoba: tenía en la mano un pedazo de cuerda atada a la campana de alarma que había sobre el tejado, y esta cuerda había sido cortada sin duda alguna por el asesino al tiempo de cogerla su víctima.

-Aquélla era la campana que yo había oído.

-Se encontró una cómoda abierta, y había desaparecido una caja que el señor Haredale había traído el día anterior y que se creía llena de dinero. No estaban ya en la casa el mayordomo y el jardinero, y se sospechó de los dos durante mucho tiempo, pues no se les pudo encontrar por más que se los buscó en todo el reino. Muy difícil hubiera sido hallar al mayordomo, el pobre Rudge, porque algunos meses después se encontró su cadáver tan desfigurado que no habrían podido reconocerlo de no ser por su vestido y por el reloj y el anillo que llevaba. Estaba en el fondo de un estanque, dentro de la hacienda, con una ancha herida en

el pecho causada por un puñal y medio desnudo; y todo el mundo sospechó que se hallaba en su cuarto dispuesto a acostarse, pues se encontraron en la cama y en el aposento manchas de sangre, cuando lo acometieron súbitamente antes de matar al amo.

»Las sospechas recayeron entonces en el jardinero, que debía de ser indudablemente el asesino, y aunque desde aquella época no se ha oído hablar de él hasta ahora, grabad bien en la memoria lo que voy a deciros. El crimen se cometió hace veintidós años, día por día, el diecinueve de marzo de 1753. Y el diecinueve de marzo de un año cualquiera, poco importa cuándo, pero lo sé, me consta, estoy seguro, porque de una manera u otra y por una coincidencia extraña, hablamos en este mismo día que tuvo lugar el acontecimiento; digo, pues, que el diecinueve de marzo de un año cualquiera, tarde o temprano, será descubierto el asesino.

II

-¡Extraña historia! -dijo el desconocido-, y más extraña aún si se cumpliera vuestro vaticinio. ¿Eso es todo?

Una pregunta tan inesperada no ofendió a Solomon Daisy. A fuerza de contar esta historia con frecuencia, y de embellecerla, según se decía en la aldea, con algunas adiciones que le sugerían de vez en cuando sus diversos oyentes, había llegado gradualmente a producir gran efecto al contarla, y por cierto que no se esperaba aquel «¿eso es todo?» después del *crescendo* de interés.

-¿Eso es todo? -repitió el sacristán-. Sí, señor, me parece que es bastante.

-También a mí me lo parece. Muchacho, ensíllame el caballo. Es un mal rocinante alquilado en una casa de postas del camino, pero es preciso que ese animal me lleve a Londres esta noche.

-¡Esta noche! -dijo Joe.

-Esta noche. ¿Qué estáis mirando? Esta taberna es por lo visto el punto de reunión de todos los papamoscas de la comarca.

Al oír esta evidente alusión al examen que se le había hecho sufrir, como hemos mencionado en el capítulo anterior, los ojos de John Willet y de sus amigos se dirigieron otra vez hacia el caldero de cobre con una portentosa rapidez. No sucedió lo mismo con Joe, mozo intrépido que sostuvo con descaro la mirada irritada del desconocido, y le respondió:

-No creo que sea una cosa del otro mundo admirarse de que partáis esta noche. A buen seguro que os habrán hecho más de una vez en otras posadas una pregunta tan inofensiva, y especialmente con un tiempo mejor que el que hace esta noche. Suponía que no sabíais el camino, porque no parece que seáis del país.

-¿El camino?-repitió el desconocido desconcertado.

-Sí. ¿Lo conocéis?

-Yo... lo buscaré -repuso el desconocido agitando la mano y volviendo la espalda-. Cobrad, posadero.

John Willet obedeció a su huésped, porque sobre este punto nunca demostraba lentitud, exceptuando los casos en que había de dar el cambio de una moneda, porque entonces la examinaba de mil maneras, haciéndola sonar sobre una piedra, mordiéndola para ver si se doblaba, frotándola con la manga, colocándosela sobre la palma de la mano para cerciorarse del peso y examinando con atención la efigie, el cordón, y el año en que había sido acuñada. El desconocido, saldada su cuenta, se abrigó con su gabán para cubrirse como mejor podía del tiempo atroz que hacía, y sin despedirse con unas palabras ni con el menor ademán, salió y se dirigió hacia la caballeriza. Joe, que había salido después de su breve diálogo, estaba en el patio resguardándose de la lluvia con el caballo bajo el techo de un cobertizo.

-Este caballo es de mi misma opinión -dijo Joe dando una palmada en el cuello del animal-. Apostaría a que le gustaría tanto como a mí quedarse aquí toda la noche.

-Pues no estamos de acuerdo, como nos ha sucedido ya más de una vez en el camino -contestó el desconocido con aspereza.

-En eso mismo estaba pensando antes de que salieseis, porque parece que el pobre animal conoce el efecto de vuestras espuelas.

El desconocido no contestó y se cubrió el rostro con el cuello del gabán.

-Por lo que veo me reconoceréis -dijo cuando estuvo montado, porque reparó en que el joven le miraba con atención.

-Creo que bien merece que se acuerden, señor, del hombre que como vos viaja por un camino que no conoce y en un caballo aspeado, y que desprecia una buena cama en una noche como ésta.

-Me parece que tenéis ojos penetrantes y una lengua muy afilada.

-Será un doble don de la naturaleza, pero el segundo se embota algunas veces por falta de ejercicio.

-Pues no os sirváis tanto del primero. Reservad vuestros ojos penetrantes para mirar a las buenas mozas.

Y al hablar así, el desconocido sacudió las riendas que Joe tenía cogidas con una mano, le descargó un rudo golpe en la cabeza con el puño del látigo y partió a galope, lanzándose a través del lodo y de la oscuridad con una rapidez impetuosa, cuyo imprudente ejemplo habrían seguido pocos jinetes mal montados, aun cuando hubiesen estado familiarizados con el país, pues para el que no conociera el camino, era exponerse a cada paso a los mayores peligros.

Los caminos, pese a estar a sólo doce millas de Londres, se encontraban por aquel entonces mal pavimentados, raramente eran reparados, y se hallaban en pésimo estado. El camino que aquel jinete recorría había sido surcado por las

ruedas de pesados carromatos y cubierto de podredumbre por las heladas y los deshielos del invierno anterior, o posiblemente de muchos inviernos. En el suelo se habían formado grandes agujeros y surcos que, ahora, llenos del agua de las últimas lluvias, no eran fácilmente distinguibles ni siquiera a la luz del día; y la caída en alguno de ellos podía derribar a un caballo de paso más seguro que la pobre bestia que ahora espoleaba con la mayor de sus fuerzas. Afilados guijarros y piedras rodaban bajo sus cascos continuamente; el jinete a duras penas podía ver más allá de la cabeza del animal, o más lejos, a ambos lados, de lo que daba la extensión de su brazo. En ese momento, además, todos los caminos en las inmediaciones de la metrópoli estaban infestados de asaltantes de caminos y bandoleros, y era una noche, precisamente aquélla, en la que cualquier persona de esa clase dispuesta a hacer el mal podría haber llevado a cabo su ilegal vocación con poco miedo de ser detenido.

Con todo, el viajero avanzaba al galope con el mismo paso temerario, ajeno tanto al fango y la humedad que volaban alrededor de su cabeza, como a la profunda oscuridad de la noche y la probabilidad de toparse con algunos sujetos desesperados allí a la intemperie. En cada giro y cada ángulo, incluso cuando podía al menos esperarse una desviación del recto trazado, que no podía de ningún modo ver hasta que se encontraba sobre ella, guiaba las riendas con mano certera, y se mantenía en el medio del camino. Así que corría, levantándose sobre los estribos, inclinando su cuerpo hacia delante hasta casi tocar el cuello de su caballo, y haciendo florituras con su pesado látigo por encima de su cabeza con el fervor de un loco.

Hay ocasiones en las que, cuando los elementos se hallan en una infrecuente conmoción, los que son proclives a osadas empresas, o se ven agitados por grandes pensamientos, sean éstos buenos o malos, sienten una misteriosa afinidad con el tumulto de la naturaleza, y

se ven enardecidos con una violencia similar. En mitad del trueno, el rayo y la tormenta se han cometido enormes actos; los hombres, dueños de sí mismos un momento antes, han desatado tan repentinamente sus pasiones que no han podido seguir domeñándose. Los demonios de la ira y la desesperación se han desencadenado para emular a los que cabalgan sobre el torbellino y dirigen la tormenta; y el hombre, arrojado a la locura entre los vientos que rugen y las aguas que hierven, se ha convertido por un momento en un ser tan salvaje y despiadado como los mismísimos elementos.

Sea que el viajero cediera a pensamientos que los furores de la noche hubieran acalorado y hecho saltar como un torrente fogoso, sea que un poderoso motivo le impulsara a llegar al término de su viaje, volaba más parecido a un fantasma perseguido que a un hombre, y no se paró hasta que, llegando a una encrucijada, uno de cuyos ramales conducía por un trayecto más largo al punto de donde antes había partido,

fue a desembocar tan súbitamente sobre un carro que venía hacia él, que en un esfuerzo para desviarse hizo tropezar al caballo y por poco fue arrojado al suelo.

-¿Quién es? ¿Quién va ahí? -gritó la voz de un hombre.

-Un amigo -respondió el viajero.

-¡Un amigo! -repitió la voz-. Pero ¿quién es el que se llama amigo y galopa de ese modo, abusando de los dones del cielo en forma de pobre caballo, y poniendo en peligro, no tan sólo su propio cuello, lo cual sería lo de menos, sino también el cuello de los demás?

-Lleváis una linterna -dijo el viajero desmontando-. Prestádmela por un momento. Creo que habéis herido mi caballo con el eje o con la rueda.

-¡Herido! -exclamó la voz-. Si no lo he matado, no será gracias a vos. ¿A quién se le ocurre galopar de ese modo por una carretera real? ¿Por qué vais tan deprisa?

-Dadme la luz -repuso el viajero arrancándola con su propia mano- y no hagáis inútiles preguntas a un hombre que no está de humor para hablar.

-Si me hubierais dicho desde un principio que no estabais de humor para hablar, tal vez no hubiera estado yo de humor para alumbraros -dijo la voz-. Sin embargo, como el que se ha hecho daño ha sido el pobre caballo y no vos, uno de los dos me ha dado lástima y no es por cierto el que se queja.

El viajero no contestó, y acercando la luz al animal, que estaba casi sin aliento y bañado en sudor, examinó sus miembros y su cuerpo. En tanto, el otro seguía con atención todos los movimientos del viajero sentado tranquilamente en su carruaje, que era una especie de carroza con una bodega para una gran bolsa de herramientas.

El observador era un robusto campesino, obeso, de cara sonrosada con papada y una voz sonora que indicaban buena vida, buen sueño,

buen humor y buena .salud. Había pasado la flor de la edad, pero el tiempo, respetable patriarca, no siempre es padrastro, y aunque no se detiene por sus hijos, apoya con más cariño su mano sobre los que se han portado bien con él; es en verdad inexorable para hacer hombres viejos y mujeres viejas, pero deja sus corazones y sus almas jóvenes y en pleno vigor. Para tales personas las canas no son más que la huella de la mano del gran anciano cuando les da la bendición, y cada arruga no es más que una señal en el calendario de una vida bien empleada.

El hombre con el que el viajero se había topado de una manera tan súbita era una persona de esta clase, un hombre robusto, sólido, muy lozano en su vejez, en paz consigo mismo y evidentemente dispuesto a estarlo con los demás. Aunque envuelto en diversas prendas de ropa y en pañuelos, uno de los cuales, pasado sobre su cabeza y atado sobre un pliegue propicio de su barba, impedía que una ráfaga de viento le arrebatase su sombrero tricornio y su

peluca, le era imposible disimular su enorme panza y su cara rechoncha, y ciertas señales de los dedos sucios que se había enjugado en su rostro realzaban tan sólo su expresión extraña y cómica, sin disminuir en nada el reflejo de su buen humor natural.

-No está herido -dijo por fin el viajero, levantando a un tiempo la cabeza y la linterna.

-¿Todo eso habéis descubierto? -dijo el anciano-. Mis ojos han sido en otro tiempo mejores que los vuestros; pero ni a día de hoy los cambiaría por ellos.

-¿Qué queréis decir?

-¿Qué quiero decir? Os podría haber dicho hace cinco minutos que el caballo no estaba herido. Dadme la luz, buen hombre, continuad vuestro camino y andad más despacio. ¡Buenas noches!

Al entregar la linterna el viajero alumbró de lleno la cara de su interlocutor y sus ojos se encontraron al mismo tiempo. Entonces dejó

caer de pronto la linterna y la destrozó con el pie.

-¿No habéis visto nunca la cara de un cerrajero para estremeceros como si se os hubiera aparecido un fantasma? -gritó el hombre desde el carro-. ¿Será tal vez -añadió al momento sacando del cajón de instrumentos un martillo- algún ardid de ladrón? Conozco muy bien estos caminos, amigo, y cuando viajo apenas llevo conmigo algunos chelines que no forman una corona. Os declaro francamente, para ahorrarnos una contienda inútil, que sólo tenéis que esperar de mí un brazo bastante robusto para mi edad y este instrumento del que, gracias a mi largo ejercicio, puedo servirme con ventaja.

Y al pronunciar estas palabras enarboló el martillo con ademán amenazador.

-No soy lo que os figuráis, Gabriel Varden -dijo el viajero.

-Pues ¿qué sois y quién sois? -repuso el cerrajero-. Según parece, sabéis mi nombre. Sepa yo el vuestro.

-Si sé cómo os llamáis, no lo debo a que os conozca, sino al nombre que he leído en la tablilla que lleváis en el carro y que lo dice bien claramente.

-Entonces tenéis mejores ojos para leer que para examinar caballos -dijo Varden bajando del carro con agilidad-. ¿Quién sois? Veámonos las caras.

Mientras el cerrajero bajaba, el viajero volvió a su montura, y desde allí tuvo entonces enfrente al anciano que, siguiendo todos los movimientos del animal impaciente al sentir la rienda, permanecía lo más cerca posible del desconocido.

-Veámonos las caras.

-¡Atrás!

-Dejaos de trucos -dijo el cerrajero-. No quiero que se cuente mañana en la taberna que Gabriel Varden se ha dejado asustar por un hombre que ahuecaba la voz en una noche tenebrosa. ¡Alto! He de veros la cara.

El viajero, sabiendo que resistir más no tendría otro resultado que el de una pelea con un adversario que no era despreciable, dobló el cuello de su gabán y se encorvó para mirar fijamente al cerrajero.

Tal vez no se habían encontrado nunca cara a cara dos hombres que ofrecieran tan notable contraste. Las facciones sonrosadas del cerrajero daban tal relieve a la excesiva palidez del hombre a caballo que parecía un espectro privado de sangre, y el sudor que en aquella marcha forzada había humedecido su rostro se deslizaba por las mejillas en gruesas gotas negras como un rocío de agonía y de muerte. La fisonomía del cerrajero estaba iluminada por una sonrisa; era la de un hombre que esperaba sorprender en el desconocido sospechoso alguna trampa oculta, en su aspecto o en su voz, para descubrir a uno de sus amigos bajo este sutil disfraz y destruir el misterio de la broma. La fisonomía del otro, sombría y feroz, pero contraída también, era la de un hombre acorralado

y reducido a ceder a una fuerza superior, en tanto que sus dientes apretados, su boca torcida por un gesto horrible, y más que todo esto, un movimiento furtivo de su mano en el pecho, parecían indicar una intención perversa que nada tenía de común con la pantomima de un actor o con los juegos de un niño.

Así se miraron uno al otro en silencio durante algunos segundos.

-No os conozco -dijo el cerrajero cuando hubo examinado las facciones del viajero.

-No lo sintáis -respondió éste volviendo a abrigarse.

-No lo siento, en efecto -dijo Gabriel-; si os he de hablar con franqueza, os confieso que no lleváis en la cara ninguna carta de recomendación.

-Tampoco lo deseo -dijo el viajero-; lo que quiero es que me dejen en paz.

-Creo que os darán gusto -repuso el cerrajero.

-Me darán gusto de grado o por fuerza -dijo el viajero con tono brusco-. En prueba de ello, grabad bien en la memoria lo que voy a deciros: en toda vuestra vida habéis corrido un peligro más inminente que durante estos breves momentos, y cuando os halléis a cinco minutos de vuestro último suspiro no estaréis más cerca de la muerte de lo que lo habéis estado ahora.

-¿Cómo? -dijo el robusto cerrajero.

-Sí, y de muerte violenta.

-¿Y qué mano había de dármela?

-La mía -respondió el viajero.

Y partió espoleando el caballo. En un principio siguió el animal un paso lento en medio de las tinieblas, pero su velocidad fue creciendo gradualmente hasta que se llevó el viento el último sonido de sus cascos en las piedras del camino. Entonces partió a escape con una furia igual a la que había ocasionado su choque contra el carro del cerrajero.

Gabriel Varden permaneció de pie en la carretera con la linterna rota en la mano, asom-

brado y escuchando en silencio hasta que no llegó a su oído más rumor que el gemido del viento y el monótono ruido de la lluvia. Por último se descargó dos buenos puñetazos en el pecho como para despertarse, y exclamó:

-¿Quién será ese hombre? ¿Un loco? ¿Un ladrón? ¿Un asesino? Si tarda un momento más en largarse de aquí, le hubiera dicho unas cuantas cosas bien dichas y quién de los dos estaba en peligro. ¡Que nunca me he visto más cerca de la muerte! Espero que me queden aún veinte años de vida, y no entra en mis cálculos morir de muerte violenta. ¡Bah! ¡Ha sido una fanfarronada! El pícaro se está riendo ahora de mí, seguro.

Gabriel volvió a subir al carro, miró con ademán pensativo el camino por donde había venido el viajero y cuchicheó a media voz las reflexiones siguientes:

-El Maypole..., hay dos millas de aquí al Maypole. He tomado el otro camino para venir de Warren después de trabajar todo un día en

el arreglo de las cerraduras y las campanillas. Mi objeto era no pasar por el Maypole y cumplir la palabra dada a Martha. ¡Qué resolución! Sería peligroso ir a Londres con el farol apagado. De aquí a Halfway House hay cuatro millas y media mortales, y precisamente entre estos dos puntos es más necesaria la luz. ¡Dos millas de aquí al Maypole! He dicho a Martha que no entraría y no he entrado. ¡Qué resolución!

Repitiendo varias veces estas dos últimas palabras como si hubiera querido compensar su debilidad con la constancia con que hasta entonces había resistido a la tentación. Gabriel Varden hizo retroceder al caballo decidido a hacerse con una luz en el Maypole, pero nada más que una luz.

Sin embargo, cuando llegó a la posada y Joe, respondiendo a su voz conocida y amiga, abrió la puerta para recibirlo y le descubrió una perspectiva de calor y de claridad; cuando la viva llama del hogar, esparciendo por toda la sala su rojizo resplandor, pareció traerle como

una parte de sí un grato rumor de voces y un suave perfume de aguardiente quemado con azúcar y de tabaco exquisito, empapado todo por decirlo así en la alegre llama que brillaba; cuando las sombras, pasando rápidamente a través de las cortinas de la chimenea, demostraron que los que estaban dentro se habían levantado de sus buenos asientos, y se estrechaban para dejar uno para el cerrajero en el rincón más abrigado -¡conocía él tan bien este rincón!- y que una viva claridad, brotando de pronto, anunció la excelencia del tizón encendido, del cual subía una magnífica gavilla de chispas en aquel momento, en obsequio de su llegada; cuando para mayor seducción se deslizó hasta él el agradable chirrido de la sartén con el ruido musical de platos y cucharas y un olor sabroso que trocaba el viento impetuoso en perfume, Gabriel sintió que su firmeza lo abandonaba por todos sus poros. Trató sin embargo de mirar estoicamente la taberna, pero sus facciones perdieron su severidad y su mirada hosca se

convirtió en mirada de ternura. Finalmente, volvió la cabeza, pero la campiña fría y tenebrosa pareció invitarle a buscar un refugio en los hospitalarios brazos del Maypole.

-El hombre clemente -dijo el cerrajero a Joe- lo es también con su caballo. Voy a entrar un momento.

Y qué natural fue entrar. Y qué antinatural le parecería a todo hombre sensato estar avanzando pesadamente por carreteras cubiertas de barro, zarandeado por la rudeza del viento y la inclemencia de la lluvia, cuando había un suelo limpio cubierto de crujiente arena blanca, una chimenea bien deshollinada, un fuego radiante, una mesa decorada con manteles blancos, brillantes jarras de peltre, y otros tentadores preparativos para un bien cocinado ágape; ¡cuando había todas esas cosas, y compañía dispuesta a dar buena cuenta de ellas, al alcance de la mano, y suplicándole que gozara con todo ello!

III

Tales fueron los pensamientos del cerrajero cuando se sentó en el cómodo rincón, recobrándose poco a poco del agradable deslumbramiento de la vista; agradable, porque como procedía del viento que le había soplado en los ojos, le autorizaba, por consideración a sí mismo, a buscar un albergue contra el mal tiempo. Por el mismo motivo tuvo también la tentación de exagerar una tos ligera y declarar que no se sentía muy bien. Estos pensamientos se prolongaron más de una hora, hasta que, terminada la cena, seguía sentado con el jovial rostro iluminado en el abrigado rincón, escuchando a Solomon Daisy, cuya voz parecía el canto del grillo, y participando de modo en absoluto menor o intrascendente en la charla que tenía lugar alrededor de la chimenea del Maypole.

-Lo que deseo es que sea un hombre honrado -dijo Solomon, que resumía diversas conjeturas relativas al extranjero, pues Gabriel había

comparado sus observaciones con las de los tertulianos suscitando una grave discusión-; sí, deseo que sea un hombre honrado.

-Creo que todos lo desearíamos también, ¿no es verdad, señores? -añadió el cerrajero.

-Pues yo no -dijo Joe.

-¿Por qué? -exclamó Gabriel.

-Porque el cobarde me ha dado un golpe con el látigo estando a caballo y yo a pie. Preferiría que fuese lo que creo que es.

-¿Y qué puede ser, Joe?

-Nada bueno, señor Varden. Por más que meneéis la cabeza, padre, digo que ese hombre no es nada bueno, repito que no es nada bueno, y lo repetiría cien veces si esto pudiera hacerle volver para recibir la tunda que merece.

-Callad, señor -dijo John Willet.

-Padre, no callaré. Por vuestra culpa se ha atrevido a hacer lo que ha hecho. Había visto que me tratabais como a un niño y me humillabais como a un idiota, y eso le dio valor; así pues, quiso también maltratar a un joven del

que creyó, y es muy natural, que no tenía ánimo para levantar una paja del suelo. Pero se equivocaba, y yo se lo haré ver y os lo haré ver muy pronto.

-¿Sabe ese muchacho lo que se dice? -exclamó John Willet muy asombrado.

-Padre -repuso Joe-, sé muy bien lo que me digo y lo que quiero decir, mucho mejor que vos cuando me escucháis. De vos lo sufriré todo, pero ¿cómo he de tolerar el desprecio que la manera con que me tratáis me acarrea todos los días? Mirad los jóvenes de mi edad: ¿no tienen libertad ni derecho de hablar cuando quieren? ¿Les obligan a estar sentados con la boca cerrada, a obedecer las órdenes de todo el mundo, y en una palabra, a ser el hazmerreír de jóvenes y viejos? Soy la burla de todo Chigwell, y os declaro (más vale que os lo diga ahora que esperar a vuestra muerte y vuestra herencia), os declaro que muy pronto me veré precisado a romper estos lazos, y que cuando lo haya

hecho, no tendréis que quejaros de mí, sino de vos mismo y de nadie más.

John Willet quedó tan confundido ante la exasperación y la audacia de su hijo que permaneció en el asiento como un hombre que ha perdido la razón. Miró fijamente con una seriedad risible el caldero de cobre, y trató, sin conseguirlo, de reunir sus morosas ideas y buscar una respuesta. Los allí presentes estaban tan agitados e inquietos como él, de modo que con diversas expresiones de pésame balbuceadas a media voz y con vagos consejos, se levantaron para partir antes de que estallase la tormenta.

Tan sólo el buen cerrajero pronunció algunas palabras y dio consejos sensatos a ambas partes, diciendo a John Willet que se acordase de que Joe iba a llegar a la edad viril y no debía ser tratado como un niño, y exhortando a Joe a sufrir los caprichos de su padre y a vencerlos con observaciones moderadas y no con una rebelión intempestiva.

Estos consejos fueron recibidos como se reciben habitualmente semejantes consejos; produjeron tanta impresión a John Willet como a la señal exterior de la posada, en tanto que Joe, que le escuchaba con atención, le dio las gracias con todo su corazón, pero declarando cortésmente su intención de no hacer más que lo que tenía decidido sin ceder a los consejos de nadie.

-Siempre habéis sido un excelente amigo para mí, señor Varden -dijo cuando estuvieron en la puerta de la posada y el cerrajero se preparaba para volverse a su casa-; sé que todo lo que me decís es por pura bondad, pero ha llegado el día en que el Maypole y yo debemos separarnos.

-Piedra que rueda no recoge musgo, Joe -dijo Gabriel.

-Tampoco los mojones de la carretera -repuso Joe-, y si yo no estoy aquí como un mojón, no valgo mucho más y no veo mucho más mundo.

-Pues ¿qué pensáis hacer, Joe? -continuó el cerrajero, que se frotaba suavemente la barba con ademán meditabundo-. ¿Qué podríais ser? ¿Adónde podríais ir? Pensadlo bien.

-Me fiaré de mi buena estrella, señor Varden.

-Mal pensado; no os fiéis de estrellas, no os dejéis llevar por ilusiones. Todos los días digo a mi hija, cuando hablamos de buscarle un marido, que no se fíe nunca de su buena estrella, sino que se asegure con tiempo de que tiene un joven excelente y fiel, porque una vez casada, no será su estrella la que la hará feliz ni desgraciada. ¿Qué te inquieta, Joe? Nada le falta al arnés, espero.

-No, no -dijo Joe, encontrando, con todo, muy absorbente la tarea de pasar correas y abrochar hebillas-. ¿Está bien la señorita Dolly?

-Muy bien, gracias. Tiene muy buen aspecto y muy buen juicio.

-Siempre ha tenido ambas cosas, señor.

-Así es, a Dios gracias.

-Espero -dijo Joe después de vacilar un rato- que no contéis que me han pegado como si fuera un niño, porque como tal me tratan aquí, al menos hasta que haya encontrado a aquel hombre y pueda arreglarle las cuentas. Entonces será una historia mejor.

-¿Y a quién había de contárselo? Lo saben aquí, y probablemente no encontraré a nadie que tenga interés en saberlo.

-Es cierto -dijo el joven suspirando-; lo había olvidado. Es cierto.

Y al pronunciar estas palabras alzó la vista del suelo y enseñó su rostro sonrojado, sin duda a causa de los esfuerzos que había hecho pasando correas y abrochando hebillas, como se ha dicho, del carro de Varden, el cual había tomado las riendas desde su asiento.

-¡Buenas noches! -dijo Joe exhalando otro suspiro.

-¡Buenas noches! -respondió Gabriel-. Reflexionad ahora sobre lo que os he dicho, sed juicioso, y no hagáis un disparate. Sois un buen

muchacho, me intereso por vos, y sentiría muchísimo que vos mismo os echarais a perder. ¡Buenas noches!

Joe le siguió con la mirada y permaneció inmóvil en la puerta hasta que cesó de vibrar en sus oídos el ruido de las ruedas. Entonces agitó la cabeza con expresión triste y entró en su casa.

Gabriel Varden se dirigía a Londres pensando en una infinidad de cosas, especialmente en el ademán animado con que contaría su aventura y se justificaría ante su esposa por haber hecho una visita al Maypole a pesar de ciertos acuerdos solemnes entre él y aquella señora. La meditación no engendra tan sólo ideas, sino que algunas veces también las adormece, por lo cual cuanto más meditaba, más ganas tenía de dormir.

Un hombre puede estar muy sobrio -o al menos estar firmemente asentado sobre sus piernas en ese terreno neutral existente entre los confines de la perfecta sobriedad y una lige-

ra alegría- y sin embargo sentir una poderosa tendencia a mezclar circunstancias del presente con otras que no tienen con ellas ninguna relación posible; a confundir toda reflexión sobre personas, cosas, momentos y lugares; y a revolver todos estos pensamientos inconexos en una especie de calidoscopio mental, produciendo combinaciones tan inesperadas como transitorias. Ése era el estado de Gabriel Varden mientras, asintiendo en su sopor, y dejando que su caballo siguiera una ruta que conocía bien, fue avanzando inconscientemente, acercándose cada vez más a su casa. Se había despertado en una ocasión, cuando el caballo se detuvo hasta que se abrió la barrera de peaje, y había gritado un saludable «¡Buenas noches!» al mozo de la barrera; pero después se durmió y soñó que tenía que abrir un cerrojo en el estómago del Gran Mogol, e incluso cuando se despertó, confundió al mozo de la barrera con su suegra, que había fallecido veinte años antes. No resulta sorprendente, en consecuencia, que no tardara

en recaer en el sueño, avanzando lentamente, en todo insensible a su movimiento.

Y ahora se acercaba a la gran ciudad, que se extendía ante él como una sombra oscura en el suelo, enrojeciendo el aire aletargado con una profunda luz anodina que hablaba de laberintos de calles y tiendas y enjambres de gente atareada. Al acercarse todavía más, sin embargo, ese halo empezó a desvanecerse, y las causas que lo producían empezaron lentamente a surgir. Largas hileras de calles poco iluminadas podían seguirse lentamente, con, aquí y allá, un punto más iluminado allí donde las farolas se concentraban alrededor de una plaza, o de un mercado, o alrededor de algún gran edificio; al cabo de un rato éstos se hicieron más nítidos, y las farolas mismas se tornaron visibles; pequeñas manchas amarillas, que parecían estar siendo rápidamente apagadas, una a una, como obstáculos ocultos de la vista. Después, surgieron ruidos -las horas de los relojes de las iglesias, el distante ladrido de perros, el zumbar

del tráfico en las calles-; después se podían ya percibir los perfiles: torres altas ascendiendo por los aires, y montones de tejados desiguales oprimidos por chimeneas; después, el ruido creció hasta convertirse en un sonido más estruendoso, y las formas se tornaron más definidas e incluso más numerosas, y Londres -visible en la oscuridad merced a su débil luz, y no a la de los cielos- estaba allí mismo.

El cerrajero, con todo, sin advertir su cercanía, seguía meciéndose entre la vigilia y el sueño cuando le despertó de pronto un grito lanzado a corta distancia de su carro.

Miró un momento a su alrededor como quien durante un sueño hubiera sido transportado a un país extraño, pero reconociendo muy pronto algunos objetos familiares, se frotó los ojos con indolencia, y quizá se hubiera dormido de nuevo si aquel grito no se hubiese oído no una vez, sino dos, tres, varias veces, y al parecer cada vez con mayor vehemencia. Completamente despierto, Gabriel, que era un hombre

audaz y no se le asustaba fácilmente, dirigió hacia el lugar del que había surgido la voz su robusto caballo como quien se encuentra entre la muerte y la vida.

Parecía, en efecto, un asunto bastante grave, porque cuando llegó al sitio de donde salían los gritos, vio a un hombre tendido sobre la carretera y en apariencia sin vida, en torno del cual daba vueltas otro hombre con una antorcha en la mano, agitándola en el aire con el delirio de la impaciencia y redoblando al mismo tiempo sus gritos de «¡Socorro! ¡Socorro!» que habían conducido allí al cerrajero.

-¿Qué sucede? -dijo el anciano saltando del carro-. ¿Qué es esto, Barnaby?

El hombre que llevaba la antorcha se echó hacia atrás la larga cabellera que le caía sobre los ojos, y girándose por completo, fijó en el cerrajero una mirada en que se leía toda su historia.

-¿Me conoces, Barnaby? -dijo Varden.

Barnaby hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, no una vez, ni dos, sino muchas, y de una manera extraña y exagerada, y hubiera estado moviendo la cabeza durante una hora si el cerrajero, con el dedo levantado y fijando en él una mirada severa, no lo hubiese interrumpido; después señaló el cuerpo con un aire inquisitivo.

-¡Sangre..., tiene sangre! -dijo Barnaby estremeciéndose.

-¿De qué es esa sangre? -preguntó Varden.

-Del hierro, del hierro, del hierro -respondió Barnaby con tono feroz imitando con la mano la acción de dar una puñalada.

-Algún ladrón -dijo el cerrajero.

Barnaby lo cogió por el brazo e hizo otro movimiento afirmativo con la cabeza; después señaló en dirección a la ciudad.

-¡Ah! -dijo el anciano inclinándose sobre el cuerpo y volviéndose para hablar con Barnaby, cuyo pálido rostro estaba extrañamente iluminado por algo que no era la inteligencia-. ¿El

ladrón ha huido por allí? Bien, bien; no pienses ahora en él. Sostén así la antorcha..., más lejos..., así. Ahora no te muevas mientras examino su herida.

El cerrajero se inclinó entonces hacia el cuerpo tendido en el suelo, en tanto que Barnaby, teniendo la antorcha como se le había recomendado, miró en silencio, fascinado por el interés o por la curiosidad, pero repelido por algún poderoso y secreto terror que imprimía a cada uno de sus miembros un movimiento convulsivo.

En pie, como estaba entonces, retrocedió con espanto; y sin embargo, medio inclinado hacia adelante para ver mejor, su rostro y todo su cuerpo estaban alumbrados de lleno por la viva claridad de la antorcha y se revelaban tan distintamente como en medio del día. Tenía unos veintitrés años y, aunque enjuto de carnes, era de buen talle y robusto; sus cabellos rojos, y muy abundantes, le caían en desorden en torno de su rostro y de sus hombros, dando a sus

miradas sin cesar en movimiento una expresión que no era enteramente de este mundo, realzada por la palidez de su tez y el brillo vidrioso de sus ojos saltones. Aunque no era posible verlo sin sorpresa, su fisonomía respiraba bondad y hasta se advertía cierto aire quejumbroso y melancólico en su aspecto azorado y macilento. Pero la ausencia del alma es mucho más terrible en un vivo que en un muerto, y le faltaban a aquel ser infortunado las facultades más nobles.

Llevaba un traje verde, adornado sin orden ni concierto, y probablemente con sus propias manos, con un suntuoso encaje más brillante en los sitios donde la tela estaba más sucia y más gastada; pendían de sus puños un par de vueltas de tela en tanto que llevaba el cuello casi desnudo; había engalanado su sombrero con un manojo de plumas de pavo real, pero rotas y mojadas y que le caían como desmayos sobre la espalda; en su cinto brillaba la empuñadura de acero de una espada vieja sin hoja ni vaina, y

algunos trozos de cintas de dos colores y pobres baratijas de vidrio completaban los adornos de su indumentaria. La colocación confusa de todos los harapos extravagantes que formaban su vestido, así como sus ademanes vivos y sus gestos caprichosos, revelaban el desorden de su inteligencia, y con un grotesco contraste, ponían de relieve la extrañeza más notable aún de su figura.

-Barnaby -dijo el cerrajero después de un rápido pero cuidadoso examen-, este hombre no está muerto; tiene una herida en el costado, pero sólo está desmayado.

-¡Lo conozco, lo conozco! -exclamó Barnaby palmoteando.

-¿Lo conoces?

-¡Chist! -dijo Barnaby llevándose el dedo índice a sus labios-. Habrá salido hoy para ir a hacer la corte. No quisiera que volviese a hacer la corte, porque si volviese, sé que hay ojos que perderían muy pronto su brillo, aunque ahora brillan como... A propósito de ojos, ¿veis allá

arriba las estrellas? ¿De quién son esos ojos? Si son los ojos de los ángeles, ¿por qué se divierten mirando hacia aquí para ver cómo son heridos los hombres de bien y no hacen más que guiñar y centellear toda la noche?

-¡Dios tenga piedad del pobre loco! -murmuró el cerrajero muy indeciso-. ¿Conocerá, en efecto, a este caballero? No está distante la casa de su madre. Tal vez ella me diga quién es. Barnaby, amigo mío, ayúdame a colocarlo en el carro e iremos juntos a tu casa.

-¡Me es imposible tocarlo! -dijo el idiota retrocediendo y estremeciéndose de horror-. Está cubierto de sangre.

-Sí, ya lo recuerdo, esa repugnancia es natural en el pobre muchacho -murmuró el cerrajero-. Sería una crueldad exigirle semejante servicio, y sin embargo, es preciso que me ayude... ¡Barnaby!, ¡querido Barnaby! Si conoces a este caballero, en nombre de su propia vida y de la vida de los que le aman, ayúdame a levantarlo y colocarlo en el carro.

-Si lo cubrieseis, si lo tapaseis de pies a cabeza... No me lo dejéis ver..., oler..., oír la palabra. No digáis la palabra...

-No... No temas. Mira, ya está cubierto. Despacio. Bien, bien.

Y lo colocaron en el carro con la mayor facilidad, porque Barnaby era robusto y activo, si bien durante todo el rato que emplearon en esta operación, temblaba de pies a cabeza y experimentaba un terror tan lleno de angustia, que a duras penas podía soportar el cerrajero el espectáculo de sus padecimientos. Terminada la operación y abrigado el herido con el gabán de Varden, que el cerrajero se quitó expresamente con este objeto, siguieron su camino, Barnaby contando alegremente con los dedos las estrellas, y Gabriel felicitándose a sí mismo porque tenía ya para contar una aventura que sin duda alguna haría callar a la señora Varden por lo que respectaba al Maypole, al menos aquella noche, o es que no había fe en esa mujer.

IV

En el venerable arrabal de Clerkenwell, pues en otro tiempo era un arrabal, y hacia esa parte de sus confines más inmediata a Charter-House, en una de esas calles frescas y sombrías de las cuales apenas quedan algunas muestras esparcidas en estos antiguos barrios de la capital, cada morada vegeta allí tranquilamente como un viejo tendero o negociante que, retirado de su comercio hace muchos años, dormita en medio de sus achaques hasta que la muerte lo lleva a la sepultura para ceder el puesto a algún joven heredero, cuya extravagante vanidad se pavoneará en los adornos de estuco de su casa rejuvenecida y en todas las bagatelas de los tiempos modernos. En este barrio y en una de estas calles tiene lugar lo contado en el presente capítulo.

En el momento de lo sucedido, aunque hace sólo sesenta y seis años, una gran parte de lo que ahora es Londres no existía. Ni siquiera en

los cerebros de los más salvajes especuladores habían tomado cuerpo largas hileras de calles que conectaran Highgate con Whitechapel, ni colecciones de palacios en los terrenos cenagosos, ni pequeñas ciudades en campo abierto. Si bien esta parte de la ciudad estaba allí entonces como ahora, parcelada en calles, y abundantemente poblada, presentaba un aspecto distinto. Había jardines en muchas de las casas, y árboles junto al pavimento; con un aire de frescura soplando en todas direcciones que a día de hoy se buscaría en vano. Los campos estaban como quien dice justo al lado, cruzados por el tortuoso curso del New River, donde durante el verano se segaba alegremente el heno. La naturaleza no había sido por aquel entonces eliminada, o el acceso a ella vuelto tan dificultoso, como a día de hoy; y a pesar de que había activísimos comercios en Clerkenwell, y joyeros con taller por decenas, era un lugar más puro, con granjas más cercanas a él de lo que muchos londinenses modernos estarían dispuestos a creer, y paseos

para enamorados a escasa distancia que se convirtieron en sórdidos patios mucho antes de que nacieran los enamorados de nuestros días, o, como se suele decir, se planeara su sola existencia.

En una de estas calles, la más aseada de todas, y en el lado de la sombra (porque las mujeres hacendosas saben que el sol perjudica los cortinajes objeto de sus cuidados, y prefieren la sombra al brillo de los rayos penetrantes) se hallaba la casa que nos interesa. Era un modesto edificio, ni demasiado ancho ni estrecho o alto, ni tenía una de esas fachadas atrevidas con esas grandes ventanas que miran con descaro; era una casa tímida, que guiñaba los ojos, por así decirlo, con un tejado cónico que se alzaba en forma de pico sobre la ventana de la buhardilla, guarnecida de cuatro cristales, como un sombrero tricornio sobre la cabeza de un señor de edad que sólo tiene un ojo. No estaba construida de ladrillo ni de piedra labrada, sino de madera y yeso, y no había sido delineada con

un monótono y cansino respeto por la simetría, pues no tenía dos ventanas iguales, y cada una de ellas parecía empeñarse en no asemejarse a otra.

La tienda, porque había en ella una tienda, estaba en los bajos como todas las tiendas, pero a esto se reducía su semejanza con todas las demás de su clase. Para entrar en ella, la gente no tenía que subir algunos escalones o acceder simplemente desde el nivel de la calle, sino que les era forzoso bajar por tres escaleras muy empinadas como si de una bodega se tratara. El suelo estaba cubierto de losas y ladrillos como el de cualquier otra bodega, y en vez de una ventana con cristales había un postigo de madera pintado de negro casi a la altura de la mano, que se doblaba en dos durante el día, dejando entrar tanto frío como luz, y con frecuencia menos luz que frío. En la parte posterior de la tienda había una sala o comedor artesonado, con vistas a un patio enlosado y más allá a un jardincito cuya superficie estaba algunos pies

por encima del suelo del comedor. Cualquier desconocido habría supuesto que dicho comedor, con la excepción de la puerta por la cual le habían introducido, estaba separado del resto del universo; y verdaderamente se había observado que muchos forasteros, al entrar allí por primera vez, se ponían muy pensativos y parecían tratar de resolver en su mente el interrogante de si a los aposentos del piso superior se subía por medio de escaleras de mano situadas en el exterior, sin sospechar jamás que dos de las puertas menos pretenciosas e improbables, que los más ingeniosos peritos de la tierra habrían forzosamente considerado puertas de armarios, abrían una salida fuera de aquella sala hasta dos escaleras negras de caracol, de las cuales una se dirigía hacia arriba y otra hacia abajo, y eran los medios de comunicación entre dicho aposento y las demás partes de la casa.

A pesar de todas estas singularidades, no había una casa más aseada ni más escrupulo-

samente arreglada en Clerkenwell, en Londres ni en toda Inglaterra. No había ventanas más limpias, suelos más blancos, sartenes más brillantes ni muebles de un lustre más admirable, y no sería exagerado decir que en todas las demás casas de la calle juntas no se frotaba, rascaba, lavaba ni bruñía tanto. Y esa perfección se conseguía a costa de bastante trabajo, de mucho tiempo y de considerable cansancio; los vecinos lo sabían, pues acechaban a la dueña de la casa cuando dirigía y hasta tomaba parte en los días de limpieza, operación que duraba desde el lunes por la mañana hasta el sábado por la tarde, ambos días inclusive.

El cerrajero, que estaba apoyado en uno de los lados de la puerta de esta casa, que era la suya, se había levantado muy temprano la mañana siguiente a su encuentro con el herido. Se hallaba ahora contemplando inconsolable su enseña, que era una enorme llave de madera pintada de amarillo para imitar el oro, la cual colgaba delante de la casa y oscilaba a derecha

e izquierda rechinando de una manera lúgubre, como si se quejara de no tener nada que abrir. Algunas veces miraba por encima del hombro hacia la tienda, que estaba tan oscurecida con el humo de la fragua junto a la cual trabajaba su aprendiz, que hubiera sido difícil para un ojo no acostumbrado a investigaciones de este género distinguir allí más que instrumentos de tosca forma, grandes manojos de llaves oxidadas, pedazos de hierro, cerraduras a medio acabar y muchos objetos de la misma clase que guarnecían las paredes o pendían en racimos del techo.

Después de una larga y paciente contemplación de la llave de oro y de varias miradas dirigidas hacia la tienda, Gabriel dio algunos pasos por la calle y lanzó una mirada fugitiva hacia las ventanas del piso superior. Una de ellas se abrió por casualidad en aquel momento y una cara graciosa encontró la suya. Era una cara iluminada por el más amable par de ojos brillantes en que hubiera fijado jamás su vista un

cerrajero; era la cara de una joven linda, risueña, de frescos hoyuelos llenos de salud, la verdadera personificación del buen humor y de la belleza en toda su lozanía.

-¡Chist! -dijo en voz baja asomándose e indicando con malicia la ventana que estaba debajo de ella-, madre duerme aún.

-¿Aún, niña? -dijo el cerrajero en el mismo tono-. Hablas como si se hubiera pasado toda la noche durmiendo, cuando lleva poco más de media hora. Pero estoy muy agradecido. El sueño es una bendición, no hay duda de eso.

Estas últimas palabras las murmuró para sí mismo.

-Qué cruel habéis sido al hacernos estar levantadas toda la noche, sin decirnos dónde estabais y sin enviarnos al menos un recado para tranquilizarnos.

-¡Ah! ¡Dolly! ¡Dolly! -respondió el cerrajero meneando la cabeza y sonriendo-. ¡Qué cruel por tu parte subir a acostarte! Baja a almorzar, loca, pero no hagas ruido porque despertarías a

tu madre. Debe de estar muy cansada; sí, no me cabe la menor duda.

Pronunciando estas últimas palabras entre dientes y respondiendo al gesto de asentimiento de su hija, iba a entrar en la tienda con la mirada radiante aún por la sonrisa que Dolly había despertado en ella, cuando pudo ver al mismo tiempo la gorra de papel de su aprendiz, que retrocedía de la ventana para evitar la mirada de su amo y volvía cabizbajo hacia la fragua, donde empezó a manejar con vigor y rapidez el martillo.

-¡Simon estaba escuchando! -dijo Gabriel-. Esto me da que sospechar. ¿Qué puede estar esperando que diga Dolly? Siempre lo sorprendo escuchando cuando ella habla, y nunca en otro momento. Mala costumbre, Sim, mala costumbre. Por más que golpees con tanta furia el yunque, no me quitarás de la cabeza mis sospechas.

Hablando así entre dientes y meneando la cabeza con aire grave, entró en la tienda y miró con atención al objeto de estas observaciones.

-Basta por ahora -dijo el cerrajero-. Es inútil continuar haciendo ese ruido infernal. Vamos a desayunar.

-Señor -dijo Simon mirando a su jefe con una educación asombrosa y haciendo un pequeño saludo-, os sigo inmediatamente.

-Supongo -murmuró Gabriel- que ese saludo lo habrá aprendido en la *Guirnalda del aprendiz*, en las *Delicias del aprendiz*, en el *Cancionero del aprendiz*, en la *Guía del aprendiz* en la horca o en algún otro libro de la misma clase. ¡Vaya una galantería exagerada para un aprendiz de cerrajero!

Sin sospechar que su amo lo observaba oculto en la sombra desde la puerta del comedor, Simon se quitó la gorra de papel, se alejó de la fragua y, con dos pasos extraordinarios, algo situado entre el salto del patinador y la cabriola del bailarín, llegó a una especie de barreño que

había en el extremo opuesto de la tienda, y allí hizo desaparecer de la cara y las manos todas las huellas del trabajo de la mañana, ejecutando el mismo paso mientras se enjuagaba con la mayor gravedad. Terminado el aseo, sacó de un sitio oculto un pedazo de espejo, del cual se sirvió para peinarse el cabello y cerciorarse del estado exacto de un grano que tenía en la nariz. Habiendo dado fin a su tocador, colocó el pedazo de espejo en un banco poco elevado y miró por encima del hombro todo lo que podía reflejarse de sus piernas en una superficie tan estrecha con extrema complacencia y satisfacción.

Sim, como era llamado por la familia del cerrajero, o Simon Tappertit, como él se llamaba así mismo y exigía que le llamaran todos los hombres en la calle, los días de fiesta y los domingos de asueto, era un muchacho anticuado, de rostro enjuto, pelo lacio, nariz afilada, ojos pequeños y corta estatura, poco más de cinco pies, aunque estaba completamente convencido

de superar la altura mediana y ser más bien alto, en realidad, que bajo. Por su cuerpo, que no estaba mal formado si bien tendía a la flacura, sentía la mayor de las admiraciones, y sus piernas, que en sus calzones cortos eran dos curiosidades por su exigüidad, le excitaban un entusiasmo que casi rayaba en éxtasis. Tenía además algunas ideas majestuosamente elevadas, que nunca habían sondeado a fondo sus amigos más íntimos, sobre la magia de sus ojos, aunque no se ignoraba que había llegado a jactarse de poder vencer y sojuzgar la beldad más altiva por medio de un recurso que él llamaba «dominarla con la mirada»; pero es forzoso añadir que de este poder, así como del don que pretendía tener de imponerse y domar a los animales más rabiosos, nunca había presentado una prueba satisfactoria y decisiva.

Estas pretensiones permiten deducir que el pequeño cuerpo de Simon Tappertit encerraba un alma ambiciosa y llena de presunción. Lo mismo que ciertos licores contenidos en barriles

de dimensiones muy estrechas fermentan, se agitan y bullen en su cárcel, la esencia espiritual del alma de Tappertit hervía en el preciado barril de su cuerpo hasta que se abría paso con estrépito y espuma arrasando cuanto encontraba delante. Acostumbraba a decir en tales ocasiones que el alma se le subía a la cabeza, y en este nuevo género de embriaguez le habían sucedido innumerables percances y aventuras que había ocultado frecuentemente, no sin grandes dificultades, a su digno amo.

Sim Tappertit, entre otras fantasías con las que la antes mencionada alma estaba siempre agasajándose y regalándose (fantasías que, como el hígado de Prometeo, crecían a medida que se alimentaba de ellas), tenía una poderosa noción de su estamento; y había sido oído por la criada expresando abiertamente su pesar por que los aprendices no siguieran llevando un bastón con el que golpear a los ciudadanos: ésa fue su impactante expresión. Del mismo modo se decía que había comentado en el pasado que

un estigma había sido impuesto a su estamento por mano de George Branwell, ante quien no se debían haber rendido vilmente, sino exigido cuentas ante el Parlamento -con moderación al principio, después mediante la fuerza de las armas, si era necesario- para enfrentarse a él como su ingenio mejor les diera a entender. Estos pensamientos siempre lo llevaban a considerar qué glorioso motor podrían llegar a ser los aprendices si tuvieran un espíritu superior a su frente; y entonces, sombríamente, y para terror de sus oyentes, insinuaba el nombre de cierto tipo algo temerario al que conocía, y el de un determinado Corazón de León dispuesto a ser su capitán, el cual, una vez en su cargo, haría que el señor alcalde temblara en su trono.

En cuanto al traje y al adorno personal, Simon Tappertit tenía un carácter no menos aventurero y emprendedor. Se le había visto, así lo afirmaban personas fidedignas, quitándose los puños de camisa extremadamente finos en un sitio oscuro de la calle los domingos por

la noche, y poniéndoselos cuidadosamente en el bolsillo antes de entrar en casa, y era notorio que todos los días de gran fiesta acostumbraba a reemplazar las rodilleras y las hebillas de los zapatos de simple acero con otras de piedras falsas muy brillantes, bajo el abrigo amistoso de un poste. Añádase a esto que tenía veinte años cumplidos; que su exterior lo hacía mayor, y su presunción, de al menos doscientos años; que no le disgustaba que hiciesen broma sobre su admiración por la hija de su amo, y que en una taberna oscura, en la que se le invitó a brindar por la dama que honraba con su amor, pronunció el siguiente brindis con muchas miradas y guiños: «Por una hermosa criatura cuyo nombre de pila comienza con D». Y esto es lo que se sabe de Simon Tappertit, que se había sentado para desayunar con el cerrajero.

Era un desayuno suculento, porque, además del té de rigor y sus accesorios, la mesa crujía bajo el peso de una buena tajada de vaca, de un jamón de primera calidad y de diversos pisos

de tarta con manteca de Yorkshire, cuyos trozos se alzaban unos sobre otros de forma muy apetitosa. Había también un soberbio jarro bien barnizado que figuraba una cabeza bastante parecida a la del cerrajero, y que tenía sobre su frente calva un borde de espuma blanca que hacía las veces de peluca y prometía indudablemente una exquisita cerveza hecha en casa. Pero más adorable que esta exquisita cerveza hecha en casa, que la tarta con manteca de Yorkshire, que el jamón, que la vaca y que cualquiera otra cosa de comer o beber que pudieran dar la tierra, el aire o el agua, se veía allí, presidiéndolo todo, la hija del cerrajero, de rosadas mejillas, y ante sus negros ojos la vaca perdía todo su prestigio y la cerveza no era nada, o casi nada.

Los padres no deberían besar nunca a sus hijas delante de otros hombres. Esto es ya demasiado, y hay límites para la resistencia humana. He aquí lo que pensaba Simon Tappertit cuando Gabriel atrajo hacia sí los labios

de rosa de su hija..., ¡aquellos labios que estaban todos los días tan cerca de Simon y sin embargo tan lejos! Respetaba a su amo, pero en aquel momento hubiera preferido verlo ahogado por la tarta con manteca de Yorkshire.

-Padre -dijo Dolly cuando se sentó a la mesa-, ¿es cierto lo que dicen que os ha sucedido esta noche?

-Tan cierto, hija mía, como el Evangelio.

-¿Habían robado y herido al hijo del señor en la carretera cuando llegasteis?

-Sí, al señor Edward. Y a su lado estaba Barnaby pidiendo auxilio con toda la fuerza de sus pulmones. Llegué justo a tiempo, porque es un camino solitario, y como la noche era fría y el pobre Barnaby tenía la razón más trastornada de lo que acostumbra a consecuencia de su sorpresa y su espanto, el desgraciado joven no habría tardado mucho en irse al otro mundo.

-¡Tiemblo tan sólo de pensarlo! -dijo Dolly estremeciéndose-. ¿Cómo lo conocisteis?

-¿Cómo lo conocí? -repuso el cerrajero-. No lo conocí. ¿Y cómo había de conocerlo? Nunca lo había visto, y únicamente había oído hablar y hasta había hablado yo mismo de él muchas veces sin conocerlo. Lo llevé a casa de la señora Rudge, la cual apenas lo vio me dijo quién era.

-Si la señorita Emma recibe esta noticia, exagerada como lo será indudablemente, es capaz de volverse loca.

-No temas, hija mía. Oye, y verás a lo que se expone un hombre por tener buen corazón -dijo el cerrajero-. La señorita Emma estaba con su tío en un baile de máscaras en Carlisle House, adonde había ido a pesar suyo, según me dijeron en Warren. ¿Sabes lo que ha hecho el loco de tu padre después de consultar el caso con la señora Rudge? En vez de venir a casa y acostarse, ha solicitado la protección de su amigo el portero, se ha puesto una careta y un dominó y se ha confundido entre las máscaras.

-¡Ha sido una acción muy digna de él! -exclamó la muchacha rodeando con sus brazos

el cuello del cerrajero y dándole el más entusiasta de los besos.

-¡Digno de él! ¡Digno de él! -repitió Gabriel, que simulaba estar enfadado, pero que en realidad sentía una gran satisfacción por el papel que había hecho y las alabanzas de su hija-. Digno de él, pero eso no impide el que se haya confundido entre la multitud, y que se haya visto empujado, perseguido y mareado por personas que lo asordaban gritándole: «¡Te conozco, máscara, te conozco!», y diciéndole mil necedades. Sin contar con que aún estaría buscando, si no hubiera encontrado en un salón retirado a una joven que acababa de quitarse la careta, a causa sin duda del calor que hacía allí, y que permanecía sola y sentada.

-¿Era ella? -dijo Dolly con precipitación.

-Era ella -respondió el cerrajero-, y apenas le dije al oído lo que había sucedido con tantos rodeos y tantas precauciones como tú misma lo hubieras hecho en el mismo caso, lanzó un grito agudo y se desmayó.

-¿Y qué sucedió entonces?

-Sucedió que llegaron en tropel las máscaras, y se armó allí tal ruido y batahola de gritos y exclamaciones, que sólo pensé en huir y salir de aquel atolladero; esto es lo que sucedió -repuso el cerrajero-; lo que ha sucedido cuando ha vuelto a casa ya puedes adivinarlo si no lo has oído. Pero ¡ya está bien! ¡No todo han de ser disgustos y contratiempos...! Acércame a Toby, Dolly.

Toby era el jarro del que se ha hecho ya mención. El cerrajero, que durante toda la conversación había atacado con encarnizamiento los alimentos, aplicó los labios a la frente benévola del digno varón, y los dejó tanto tiempo aplicados mientras alzaba lentamente la vasija al aire, que por último tuvo la cabeza de Toby sobre sus narices; entonces dio un chasquido con los labios, y volvió a colocar el jarro en la mesa, con un pesar lleno de ternura.

Aunque Sim Tappertit no había tomado parte en esta conversación ni le habían dirigido la

palabra, no había dejado de hacer en silencio las manifestaciones de asombro que creía más propias para desplegar con buen éxito el poder fascinador de sus ojos. Considerando la pausa que había seguido al diálogo como una circunstancia especialmente ventajosa, y queriendo producir un gran efecto en la hija del cerrajero (la cual le miraba entonces, según él creía, con muda admiración), principió a crispar y contraer su cara, principalmente los ojos, y a hacer contorsiones tan extraordinarias, tan feas y tan incomparables, que Gabriel, que le miró por casualidad, se quedó asombrado y exclamó:

-¿Qué demonios tendrá este muchacho? ¿Se estará ahogando?

-¿Cómo? -preguntó Sim con cierto desdén.

-¿Qué quiere decir ese cómo?-repuso su amo-. ¿Por qué ponéis esas caras horribles en la mesa?

-En materia de caras todo es opinable, señor -dijo Tappertit algo desconcertado, si bien lo

que más le desconcertaba era ver que la hija del cerrajero sonreía.

-Sim -repuso Gabriel riéndose a carcajadas-, no digáis necedades; quisiera que tuvierais más juicio. Estos jóvenes -añadió volviéndose hacia su hija- están siempre prontos a hacer alguna locura. Ayer noche hubo una contienda entre Joe Willet y el viejo John, aunque no diré que Joe dejara de tener razón. El día menos pensado hará una locura y se irá de su casa a buscar fortuna y correr aventuras. ¿Qué tienes, Dolly? ¿Ahora te toca a ti poner caras? Vaya, veo que las muchachas valen tanto como los mozos.

-Es el té -dijo Dolly poniéndose alternativamente muy colorada y muy pálida (como sucede siempre cuando uno se quema)-, ¡está muy caliente!

Tappertit fijó su mirada en un pan de cuatro libras que había sobre la mesa y exhaló un suspiro.

-¿No es más que eso? -dijo el cerrajero-. Pon en el té un poco más de leche. Sí, lo siento por

Joe, porque es un buen muchacho y lo aprecio; pero vas a ver cómo no tarda en huir de su casa. Él mismo me lo ha dicho...

-¿Será cierto? -preguntó Dolly con voz débil.

-¿Aún te escuece el té en la garganta, Dolly? -dijo el cerrajero.

Pero antes de que pudiera contestarle, la acometió una tos inoportuna, una especie de tos tan desagradable, que terminado el acceso, brotaban copiosas lágrimas de sus ojos. El buen cerrajero estaba aún dándole palmadas en la espalda y prodigándole suaves remedios de la misma especie, cuando se recibió un mensaje de la señora Varden; hacía saber a cuantos podía interesar la noticia que se sentía demasiado indispuesta para levantarse después de la agitación y ansiedad de la noche anterior y que, por consiguiente, deseaba que le enviasen inmediatamente la tetera negra con té bien cargado, media docena de pedazos de tarta con manteca, una tajada de vaca y de jamón razonable y el *Manual protestante* en dos tomos en octavo.

Como algunas otras damas que en tiempos remotos florecieron en este globo, la señora Varden sentía crecer su devoción a la medida de su mal humor, y cada vez que se encontraba en desacuerdo con su marido recurría al consuelo del *Manual protestante*.

Sabiendo por experiencia lo que quería decir esta petición, el triunvirato tuvo que disolverse. Dolly se dio prisa en ejecutar las órdenes de su madre, Gabriel subió en su carro para ir a desempeñar algunos encargos, y Sim volvió a su faena cotidiana, siempre con los ojos fijos, aunque el pan se había quedado en el comedor.

En realidad sus ojos fueron ensanchándose, y cuando acabó de atarse el delantal, eran gigantescos. Sus labios no empezaron a relajarse hasta que se hubo paseado varias veces de un extremo a otro de la tienda, con los brazos cruzados, dando pasos colosales y separando a puntapiés varios objetos. Finalmente, apareció en sus facciones una sombría expresión de sarcasmo, se sonrió, y al mismo tiempo profirió

con un desprecio supremo el monosílabo: «¡Joe!».

-La he fascinado completamente con mi mirada mientras hablaba de ese hombre -dijo-, por eso se ha quedado tan confundida... ¡Joe!

Volvió a pasearse con más precipitación y dando zancadas más gigantescas aún, parándose de vez en cuando para mirarse las piernas o para exclamar con ademán terrible:

-¡Joe!

Al cabo de un cuarto de hora, se puso la gorra de papel y trató de trabajar, pero le era imposible.

-No haré nada hoy -dijo Tappertit arrojando el martillo-. Voy a afilar los instrumentos. La tarea de afilador me distraerá sin duda. ¡Joe!

¡Br-r-r-r! La piedra estuvo muy pronto en movimiento y se vio salir una lluvia de chispas; era la ocupación que necesitaba su alma en efervescencia.

¡Br-r-r-r!

-No, no quedará esto así -dijo Tappertit parándose con actitud triunfante y enjugándose con la manga su rostro bañado en sudor-. No quedará esto así. Y espero que no acabe con una escena de sangre.

Y la piedra seguía rodando. ¡Br-r-r-r!

V

Cuando dio fin a los negocios del día, el cerrajero salió para ir a visitar al caballero herido y cerciorarse de los progresos de su mejoría. La casa adonde lo había llevado estaba en una calle solitaria de Southwark, cerca del puente de Londres, y se dirigió a este punto con paso rápido, decidido a no entretenerse y a volver para acostarse temprano.

La noche era tempestuosa, no mucho mejor que la anterior. No era fácil para un hombre robusto como Gabriel mantener el equilibrio en las esquinas, o aguantar la cabeza erguida contra el terrible viento, que con frecuencia conseguía dominarlo, y le obligaba a retroceder algunos pasos, o, desafiando toda su energía, le hacía refugiarse en un arco o un portal hasta que la furia de la ráfaga se apagaba. De vez en cuando, un sombrero o una peluca o ambas cosas pasaban dando vueltas y trompicones junto a él, como algo enloquecido; mientras que

el más grave espectáculo del desprendimiento de baldosas y pizarras, o de pedazos de ladrillo y mortero o fragmentos de albardillas de piedra que rebotaban sobre el pavimento a su lado, partiéndose en fragmentos, no aumentaba un ápice el placer del viaje ni hacía la caminata menos lóbrega.

-No es muy agradable para un hombre de mi edad hacer una visita en una noche como ésta -dijo el cerrajero llamando a la puerta de la casa de la viuda-. Confieso que estaría mejor en el rincón de la sala del viejo John.

-¿Quién llama? -preguntó desde dentro una voz de mujer.

El cerrajero contestó y la puerta se abrió al momento.

La mujer tendría unos cuarenta años, o quizá dos o tres más, y su fisonomía risueña indicaba que en otro tiempo había sido hermosa. Tenía rastros de aflicción y de inquietud, pero eran ya antiguos y el tiempo los había suavizado. Cualquiera que conociera a Barnaby habría

dicho al momento que era su madre, pues se parecían de una manera asombrosa; pero así como el rostro del hijo expresaba el desvarío y la ausencia de pensamiento, el de la madre presentaba esa calma paciente que es el resultado de largos esfuerzos y de una pacífica resignación.

Una cosa tan sólo era extraña y sorprendente en su rostro. No se la podía mirar en medio de su mayor alegría sin reconocerla capaz de expresar el terror en un grado extraordinario. Y esta expresión no existía tan sólo en la superficie ni tampoco en concreto en alguno de los rasgos de su fisonomía; no se podían examinar los ojos, la boca ni las líneas de sus mejillas, y decir que se trataba de uno, o de otro. Había más bien en su conjunto y como tras un velo cierta cosa que no se veía nunca sino de una manera oscura, pero que estaba allí siempre, sin ausentarse un solo momento; era la sombra más débil y fugitiva de alguna mirada, expresión súbita, engendrada sin duda por un mo-

mento rápido de intenso e inexplicable horror; pero por vaga y débil que fuese esta sombra, permitía adivinar lo que debió de ser esta expresión y la fijaba en la mente como la imagen de un sueño terrible.

Algo más tenue, y carente de fuerza y determinación, como sucedía a causa de su intelecto apagado, la misma estampa estaba en el hijo. Visto en un retrato, debería haber llevado alguna leyenda y habría perseguido a todo aquel que contemplara el lienzo. Los que conocían la historia del Maypole, y podían recordar quién era la viuda antes del asesinato de su marido y su amo, lo comprendían a la perfección. Recordaban cómo se había producido el cambio, y podían traer a la mente que cuando nació su hijo, el mismo día en que se dio a conocer lo sucedido, tenía en la muñeca lo que parecía una mancha de sangre parcialmente desteñida.

-¡Dios os guarde, vecina! -dijo el cerrajero siguiéndola con la franqueza de un antiguo amigo a la sala, donde brillaba un buen fuego.

-Y a vos también -respondió la viuda con una sonrisa-. Vuestro excelente corazón os ha traído aquí. Hace mucho tiempo que sé que nada puede deteneros en casa cuando hay amigos que consolar.

-¡Las mujeres! ¡Las mujeres! -dijo el cerrajero restregándose y calentándose las manos-, todas son iguales, por una bagatela levantan en el aire un castillo. ¿Cómo está el enfermo?

-Duerme ahora. Ha estado muy agitado todo el día, y durante algunas horas ha dado vueltas en la cama quejándose mucho, pero le ha bajado la fiebre y el médico dice que se curará pronto. Sin embargo, ha prohibido que lo trasladen a su casa por ahora.

-¿Ha tenido hoy visitas? -dijo Gabriel con finura.

-Sí, el señor Chester ha venido tan pronto como le hemos avisado, y acababa de partir cuando llamabais.

-¿No ha venido ninguna señora? -preguntó Gabriel levantando las cejas y expresando su asombro.

-Se ha recibido una carta -respondió la viuda.

-Es mejor que nada. ¿Quien la ha traído?

-Barnaby.

-Barnaby es una joya; va y viene a todas horas y cuando nosotros, que nos creemos más razonables que él, no nos atreveríamos a salir. Supongo que no está fuera de casa.

-A Dios gracias está en la cama. Como ha estado en pie toda la noche, como sabéis muy bien, y ha andado todo el día, estaba rendido de cansancio. ¡Ah, vecino, si pudiera verlo con más frecuencia tan tranquilo, si pudiera dominar su terrible inquietud!

-Con el tiempo se sosegará -dijo el cerrajero con bondad-. No os desesperéis; me parece que se hace más juicioso de día en día.

La viuda negó con la cabeza; y sin embargo, aunque sabía que el cerrajero trataba de tranquilizarla y que no estaba convencido de lo que decía, experimentaba una grata alegría al oír el elogio de su hijo.

-Acabará por recobrar la razón -continuó el cerrajero-. ¡Quién sabe si conforme nos vayamos haciendo viejos, Barnaby no será más juicioso que nosotros! Pero nuestro otro amigo -añadió, mirando bajo la mesa y por el suelo-, el más listo e ingenioso de todos los listos e ingeniosos, ¿dónde está?

-En el cuarto de Barnaby -respondió la viuda sonriendo.

-¡Ah, es un joven espabilado! -dijo Varden negando con la cabeza-. No debería contar secretos ante él. Oh, es un tipo listísimo. No tengo la menor duda de que sabe leer y escribir y, si

se lo propone, llevar las cuentas. Pero ¿qué oigo? ¿No es él quien llama a la puerta?

-No -respondió la viuda-, creo que el ruido procede de la calle. Escuchad, sí... Vuelve a oírse el mismo ruido. Es alguien golpeando suavemente la ventana ¿Quién puede ser?

Hablaban en voz baja porque el enfermo dormía arriba, y como las paredes y los techos eran muy delgados, el sonido de su voz, a no ser por esta precaución, hubiera turbado su sueño. La persona que llamaba había podido acercarse a la ventana sin oír nada, y viendo luz a través de las rendijas sin ruido alguno, había podido creer que la viuda estaba sola.

-Algún ladrón tal vez -dijo el cerrajero-, dadme la luz.

-No, no -respondió ella precipitadamente-, tales visitas no han venido nunca a esta pobre casa. Quedaos aquí. Ya os llamaré en caso de necesidad. Prefiero ir sola.

-¿Por qué? -dijo el cerrajero dejando con disgusto la vela que había tomado de encima de la mesa.

-¿Por qué? No sé por qué, es un presentimiento -respondió-. Si vuelven a llamar no me detengáis, os lo suplico.

Gabriel la contempló muy asombrado al ver a una persona, por lo común tan sosegada y tranquila, presa de semejante agitación y por tan poco motivo. La viuda salió de la cocina y cerró la puerta. Permaneció un momento parada como si vacilase y con la mano en la cerradura. En este breve intervalo se oyó otro golpe, y una voz muy cerca de la ventana, una voz cuyo recuerdo pareció despertar ideas desagradables al cerrajero, dijo:

-¡Daos prisa!

Estas palabras fueron pronunciadas en ese distintivo tono grave que llega tan pronto a los oídos de los que duermen y que los despierta sobresaltados. El cerrajero se estremeció y, re-

trocediendo de la ventana involuntariamente, se paró a escuchar.

El viento que bramaba sordamente en la chimenea no le permitió oír nada, pero habría asegurado que habían abierto la puerta de la calle, que los pasos de un hombre hacían crujir el pavimento, y que después reinó un momento de silencio, silencio interrumpido por alguna cosa ahogada que no era un grito penetrante, ni un gemido, ni una exclamación pidiendo auxilio, y que sin embargo habría podido ser igualmente todo esto, y las palabras «¡Dios mío!» pronunciadas con una voz que oyó estremecido.

Salió entonces con rapidez de la sala, y vio por fin aquella terrible expresión, que conocía tan bien por haberla adivinado sin haberla visto antes en el rostro de la viuda.

La halló de pie, como helada en el suelo, con los ojos vagos, las mejillas lívidas, mirando con una fijeza lúgubre al hombre que había encontrado en la sombría noche anterior. Los ojos de

este hombre se encontraron con los del cerrajero, pero no fue eso más que un relámpago, un instante, un soplo en un espejo. El hombre misterioso había desaparecido.

El cerrajero corrió en pos de él, y casi tocaban sus manos al desconocido, cuando sujetó con fuerza sus brazos la viuda, que se lanzó a la calle para detenerlo.

-¡Por allí! ¡Por allí! -gritó la viuda-. Ha huido por ese otro lado. ¡Volved!¡Volved!

-¿Por ese otro lado? No lo veo -respondió el cerrajero-. Mirad su sombra que pasa por aquella luz. ¿Qué hace ese hombre? ¿Quién es? Dejad que lo persiga.

-¡Volved! ¡Volved! -gritó la viuda forcejeando con él y sujetándole los brazos-. No lo toquéis en nombre de vuestra salvación. Os lo suplico, volved. Lleva otras vidas además de la suya. ¡Volved!

-¿Qué queréis decir?

-Nada importa lo que quiera decir. No preguntéis nada; no habléis mas de eso, no lo pen-

séis más. No es necesario seguirlo ni prenderlo. ¡Volved!

El cerrajero la miró absorto mientras ella se retorcía para sujetarlo y, vencido por su dolor impetuoso, se dejó arrastrar hacia la casa.

La viuda cerró la puerta, aseguró los cerrojos y las barras con el ardor furioso de una loca, empujó al cerrajero hacia la sala, le dirigió nuevamente aquella mirada de estatua llena de horror y, dejándose caer en una silla, se tapó la cara con las manos y se estremeció como si viera el espectro de la muerte.

VI

Asombrado el cerrajero por los acontecimientos que habían sucedido con tanta rapidez y violencia, contempló a aquella mujer, que se estremecía en la silla como si estuviera aturdida, y la hubiese contemplado mucho más rato de no haberse desatado su lengua movida por la compasión y la humanidad.

-Estáis enferma -afirmó-, permitid que llame a alguna vecina.

-No, por favor, no llaméis a nadie -respondió la viuda, haciéndole un ademán con la mano trémula y sin volver el rostro-. Basta que os hayáis encontrado aquí para ver lo que ha sucedido.

-Sí, basta y hasta sobra -dijo Gabriel.

-No lo niego. Como gustéis. No me hagáis preguntas. Os lo suplico.

-Vecina -dijo el cerrajero después de una pausa-, ¿es justo, es razonable lo que hacéis? ¿Es digno de vos que me conocéis desde hace

tanto tiempo y que para todo me habéis pedido consejo? ¿Es digno de vos a quien he tenido siempre por una mujer de alma vigorosa y corazón firme desde que erais una niña?

-Bastante he necesitado esa fortaleza -respondió-. Envejezco a la vez en años y disgustos. Tal vez mi desgracia ha sido demasiado grande y ha enervado mi corazón y debilitado mi alma. No me habléis.

-¿Cómo puedo ver lo que he visto y callar? -repuso el cerrajero-. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué ha causado su venida este cambio?

La viuda permaneció silenciosa, pero se asió de la silla para sostenerse y no caer al suelo.

-Me autoriza a hablar una amistad antigua, Mary -dijo Gabriel-, porque siempre os he profesado el mayor cariño y tal vez he tratado de probároslo cuando me ha sido posible. ¿Quién es ese hombre de torvo aspecto, y qué tiene que ver con vos? ¿Qué fantasma es ese que sólo se ve en las noches más oscuras y borrascosas? ¿Cómo es que conoce y viene a frecuentar esta

casa, cuchicheando a través de la ventana y las rendijas como si entre vos y él hubiera alguna cosa de la que ni uno ni otro se atrevieran a hablar en voz alta? ¿Quién es?

-Tenéis razón en decir que frecuenta esta casa -repuso la viuda con lánguido acento- Su sombra ha pasado sobre ella y sobre mí en la luz y en las tinieblas, a mediodía y a medianoche, y hoy ha vuelto por fin en carne y hueso.

-Pero no hubiera partido en carne y hueso -dijo el cerrajero con cierto tono- si me hubieseis dejado libres los brazos y los pies. ¿Qué enigma es éste?

-Es un enigma -respondió la viuda, y al mismo tiempo se levantó- que será eternamente un enigma. No me atrevo a deciros más.

-¡No os atrevéis! -repitió el cerrajero confundido de sorpresa.

-No me apuréis. Estoy enferma y débil, y todas mis facultades vitales parecen muertas dentro de mí. ¡No, no me toquéis tampoco!

Gabriel, que había dado algunos pasos para ir a socorrerla, retrocedió al oír esta exclamación precipitada y la miró en silencio con profundo asombro.

-Dejadme ir sola -dijo en voz baja- y que las manos de un hombre honrado no toquen esta noche las mías.

Se dirigió bamboleando hacia la puerta y, parándose, añadió haciendo un violento esfuerzo:

-No olvidéis que esto es un secreto que es preciso, indispensable, que confíe a vuestro honor. Sois reservado, y ya que habéis sido siempre bueno y afectuoso conmigo, guardadlo. Si arriba han oído algún ruido, excusad mi ausencia, imaginad algún pretexto, decid lo que queráis, menos lo que habéis visto en realidad, y que nunca una palabra, una mirada recuerde esta circunstancia. Confío en vos..., no olvidéis que confío en vos... Jamás podréis imaginar hasta dónde llega mi confianza en vos.

Y fijando en él sus ojos un momento, salió dejándolo solo.

-¿Por qué le he dejado decir que era un secreto y que me lo confiaba? -dijo Gabriel ladeándose la peluca hacia una de sus orejas para rascarse con más comodidad y mirando el fuego con tristeza-. Soy tan falto de resolución como el mismo viejo John. ¿Por qué no le he dicho con resolución: «No tenéis derecho a guardar tales secretos y os exijo que me deis una explicación» En vez de quedarme con un palmo de boca abierta como un viejo idiota... que es lo que soy. Pero éste es mi punto flaco. Si es necesario sé resistirme obstinadamente a los hombres, pero las mujeres pueden cuando quieren hacerme rodar entre sus dedos como el hilo de sus ruecas.

Se quitó enteramente la peluca mientras hacía esta reflexión, calentó en el fuego el pañuelo, y principió a restregarse su cabeza calva hasta que quedó brillante como el marfil.

-Y sin embargo -dijo el cerrajero, a quien calmaba esta operación y que se paró para sonreírse-, tal vez no sea nada. Sería algún charlatán bebido que se empeñaba en entrar en la casa, y esto ha bastado para alarmar un alma tan tranquila coma la suya. Pero en tal caso -y este pensamiento le atormentaba-¿por qué ese hombre? ¿Cómo ejerce tanta influencia sobre ella? ¿Por qué la infeliz huía de mí? Y sobre todo ¿cómo no me ha dicho que había sido un susto pasajero y nada más? Es triste cosa tener que desconfiar en un minuto de una persona a quien se conoce hace tanto tiempo, y especialmente siendo una buena y antigua amiga. Pero ¿quién no desconfiaría viendo y oyendo lo que yo he visto y oído?... ¿Quién anda por ahí? ¿Es Barnaby?

-Sí, es Barnaby, ¿cómo lo habéis adivinado?

-Por tu sombra -respondió el cerrajero.

-¡Oh! exclamó Barnaby lanzando una mirada por encima de sus hombros-, es una buena muchacha, esa sombra, no se separa nunca de mí

aunque soy un loco. ¡Qué compañera tan fiel y tan divertida! ¡Saltamos, nos paseamos, corremos también por la hierba juntos! Algunas veces es tan alta como el campanario de una iglesia y otras veces más pequeña que un enano. Tan pronto va delante como detrás, y de improviso se oculta con destreza; ya está aquí, ya está allí, parándose cuando me paro y creyendo que no puedo verla, aunque la miro y no se me escapa. ¡Ah!, es una amiga muy caprichosa y divertida. Decidme, ¿está loca también? Diría que sí.

-¿Por qué? -preguntó Gabriel.

-Porque no se cansa nunca de burlarse de mí. No hace otra cosa durante todo el día... Pero ¿no venís?

-¿Adónde?

-Arriba. Pregunta por vos. Esperad... ¿Dónde está su sombra? Veamos si me lo explicáis vos que no estáis loco.

-A su lado -respondió el cerrajero-, supongo que a su lado.

-No es cierto -repuso Barnaby negando con la cabeza-. ¿A que no lo adiviná is?

-Se habrá ido a pasear, tal vez.

-No, ha cambiado de sombra con una mujer -dijo el idiota al oído a Gabriel, retrocediendo con aire de triunfo-. La sombra de ella está siempre con él, y la sombra de él está siempre con ella. ¿Qué os parece el cambio?

-Escucha, Barnaby -dijo el cerrajero con gravedad.

-Ya sé lo que queréis decirme, ya lo sé -repuso Barnaby, alejándose-, pero soy muy pícaro, y callo. Sólo os diré una cosa: ¿venís?

Y al hacer esta pregunta cogió la vela y la agitó sobre su cabeza prorrumpiendo en una carcajada.

-Despacio -dijo el cerrajero desplegando toda su influencia para detenerlo-. Espera. Creía que estabas durmiendo.

-Sí, estaba durmiendo -respondió abriendo desmesuradamente los ojos-. Había grandes caras que iban y venían cerca de mi cama, y

después, una milla más allá, sitios bajos por los cuales era preciso arrastrarse, altas iglesias desde cuyas torres se caía, y una multitud de extrañas criaturas entrelazando los cuellos y los pies para sentarse en mi cama. ¿Es esto dormir?

-Son sueños, Barnaby, son sueños -dijo el cerrajero.

-¡Sueños! -repitió con dulzura acercándose-. No son sueños.

-Pues ¿qué son si no son sueños? --dijo Gabriel.

-Soñé -dijo Barnaby cogiendo del brazo a Varden y mirando de cerca su cara mientras murmuraba su respuesta-, soñé precisamente hace poco que cierta cosa, una cosa que tenía forma de hombre, me seguía, andaba sin hacer ruido detrás de mí, no quería dejarme, dispuesto siempre a ocultarse y a acechar como un gato en los rincones oscuros y a esperarme al paso: entonces salía arrastrándose y venía sin ruido detrás de mí. ¿Me habéis visto correr alguna vez?

-Sí, muchas veces.

-Pues nunca me habéis visto correr como corría en ese sueño. Aquella cosa empezó a arrastrarse para perseguirme, y cada vez estaba más cerca, más cerca, más cerca. Corrí más aprisa, salté, me arrojé de la cama, de allí a la ventana y de la ventana a la calle. Pero nos está esperando. ¿Venís?

-¿Cómo? ¿A la calle? -dijo Varden creyendo descubrir alguna relación entre aquel sueño y lo que acababa de suceder.

Barnaby lo miró fijamente, balbuceó palabras incoherentes, volvió a agitar la luz sobre su cabeza, se rió, y estrechando el brazo del cerrajero con más fuerza, lo condujo al piso superior en silencio.

Entraron en un aposento muy modesto donde había algunas sillas, cuyas raídas patas delataban su edad, y otros muebles de escaso valor, pero limpios y bien cuidados. Edward Chester, el joven caballero que la noche anterior había salido en primer lugar del Maypole, estaba sen-

tado delante de una chimenea, pálido y debilitado por una considerable pérdida de sangre. Tendió la mano a Gabriel Varden y le saludó como a su salvador y amigo.

-No me deis las gracias, caballero, no me deis las gracias -dijo Gabriel-. Espero que hubiera hecho lo mismo por cualquier otro en una situación tan crítica, y con mucho más motivo por vos. Existe en el mundo cierta señorita -añadió con alguna vacilación- que más de una vez nos ha colmado de bondades y, como es natural, estamos agradecidos. Creo, caballero, que no os ofenderá lo que os digo.

El joven sonrió y negó con la cabeza, y al mismo tiempo se revolvió en la silla como si hubiera sentido algún dolor.

-No es casi nada -dijo en respuesta a la mirada de interés del cerrajero-, no es más que un malestar causado más por el fastidio de verme aquí encerrado que por la leve herida o la sangre que he perdido. Dignaos a tomar asiento, señor Varden.

-Si no es atrevimiento, señor Edward, me apoyaré en el respaldo de vuestra silla -respondió el cerrajero haciendo lo que decía e inclinándose sobre él-, me quedaré de pie y así será más cómodo para hablar en voz baja. Barnaby no está muy tranquilo esta noche, y en tales casos no le conviene oír charlar.

Los dos dirigieron una mirada al objeto de esta observación, que se había sentado en un rincón del aposento y con su sonrisa ausente enredaba entre sus dedos un ovillo de hilo.

-Os suplico, caballero, que me contéis exactamente -dijo Varden bajando más la voz- lo que os sucedió ayer por la noche. Tengo motivos para preguntároslo. Cuando salisteis de Maypole, ¿estabais solo?

-Y seguí solo mi camino hasta que llegué al sitio donde me encontrasteis. Allí oí el galope de un caballo.

-¿Detrás de vos?

-Sí, en efecto, detrás de mí. Era un jinete solo que no tardó en alcanzarme, y parando el caba-

llo, me preguntó si aquél era el camino de Londres.

-¿Estabais prevenido, sabíais que una multitud de ladrones recorre el camino en todas direcciones?

-Estaba prevenido, pero sólo tenía un látigo, porque había cometido la imprudencia de dejar las pistolas al hijo del posadero. Respondí a la pregunta de aquel hombre, pero antes de que mis palabras hubiesen salido de mis labios, se precipitó sobre mí dando un salto furioso, como si hubiese querido arrojarme a los pies de su caballo. Ante tal violento empuje, perdí el conocimiento y caí. Vos me recogisteis allí, con una puñalada y dos o tres contusiones, y sin mi monedero, que por cierto no estaba muy provisto. Y ahora, señor Varden -añadió dando al cerrajero un apretón de manos-, a excepción del alcance de mi gratitud, sabéis tanto como yo.

-A excepción -dijo Gabriel acercándose aún más y mirando con precaución a su silencioso vecino-, a excepción de lo que concierne al

mismo ladrón. ¿Cómo era? Haced el favor de hablar en voz baja. Barnaby no es malicioso, pero le he observado con más frecuencia que vos, y sé, aunque no lo sospechéis, que nos está escuchando.

Era preciso tener una extrema confianza en la veracidad del cerrajero para creer lo que aseguraba, porque todos los sentidos y todas las facultades intelectuales de Barnaby parecían ocuparse tan sólo de su ovillo de hilo. El joven manifestó alguna duda porque Gabriel repitió lo que acababa de decir, con más insistencia que la primera vez, y lanzando una nueva mirada a Barnaby, volvió a preguntar al herido qué aspecto tenía aquel hombre.

-La noche era tan oscura -dijo Edward-, el ataque fue tan repentino y estaba tan envuelto y embozado, que no pude hacerme cargo de su figura. Me parece, sin embargo...

-No lo nombréis, señor -dijo el cerrajero interrumpiéndole, siguiendo su mirada hacia Bar-

naby-. Sé que le ha visto. Necesito saber lo que habéis visto vos.

-Lo único que recuerdo -dijo Edward- es que cuando paró el caballo, el viento se le llevó el sombrero, pero lo volvió a coger y se lo puso con precipitación en la cabeza. Advertí entonces que la llevaba cubierta con un pañuelo negro. Mientras estaba en el Maypole entró un hombre a quien no vi porque me había sentado en un rincón oscuro por voluntad propia, y cuando me levanté para salir de la sala, aquel hombre estaba vuelto de espaldas y no pude verlo. Sin embargo, si aquel desconocido y el ladrón eran dos personas distintas, sus voces tenían una semejanza extraordinaria, porque en el momento de dirigirme la palabra reconocí su acento.

«Me lo temía. Es el mismo que ha venido aquí esta noche -pensó el cerrajero cambiando de color-. ¿Qué tenebroso embrollo será éste?»

-¡Aaaa! -le gritó a los oídos una voz ronca-. ¡Aaaa! ¡Aaaa! ¡Cooo! ¡Cooo! ¡Cooo! ¿Qué pasa aquí? ¡Aaaa!

El interlocutor que hizo estremecer al cerrajero, como si hubiera sido algún ser sobrenatural, era un gran cuervo que se había posado sobre el respaldo de la silla sin ser visto por Varden ni por Edward, y que escuchaba con una atención delicada y la más singular pretensión de comprender todo lo que se había dicho hasta entonces, volviendo la cabeza del uno al otro, como si hubiese sido llamado para juzgar el caso y fuera de la mayor importancia que debiera enterarse de lo que se trataba.

-Miradlo -dijo Varden, vacilando entre la admiración y el temor que le inspiraba el cuervo-. ¿Habéis visto jamás un diablo más astuto? ¡Oh, es un pájaro terrible!

El cuervo, cuya cabeza estaba inclinada a un lado y cuyo ojo brillaba como un diamante, guardó un pensativo silencio durante algunos segundos, y continuó después con una voz tan

ronca y tan lejana que parecía salir más bien a través de su espeso plumaje que de su pico y su garganta.

-¡Aaaa! ¡Aaaa! ¡Aaaa! ¿Qué pasa aquí? Ánimo. ¡No tengáis miedo! ¡Cooo! ¡Cooo! ¡Cooo! Soy un demonio, soy un demonio. ¡Viva!

Y como si su carácter infernal le embargara de júbilo, empezó entonces a silbar.

-Creo por mi vida que sabe lo que dice... Os juro que lo creo -dijo Varden-. ¿Veis cómo me mira, como si comprendiera lo que acabo de decir?

El cuervo, balanceándose de puntillas y moviendo su cuerpo de arriba abajo como en una especie de grave danza, repitió:

-Soy un demonio, soy un demonio, soy un demonio -y batió las alas sobre sus costados como si se desternillara de risa.

Barnaby palmoteó y se puso a saltar y a dar vueltas sobre el suelo en un acceso de entusiasmo y alegría.

-Extraños amigos, señor -dijo el cerrajero negando con la cabeza mientras su mirada se dirigía del pájaro al idiota-. Creo que el cuervo es el que tiene más juicio.

-¡Extraños amigos, ciertamente! -dijo Edward presentando un dedo al cuervo, que, en reconocimiento de esta demostración de amistad, se inclinó para cogerlo con su pico de hierro-. ¿Es viejo?

-Es un niño, señor -respondió el cerrajero-, ciento veinte años, poco más o menos. Barnaby, llámalo para que baje.

-¡Llamarlo yo! -dijo Barnaby incorporándose en medio del suelo y mirando a Gabriel con expresión de asombro al mismo tiempo que se echaba hacia atrás los cabellos esparcidos sobre la cara-. ¿Y quién le haría obedecer? Él es el que me llama a mí y me hace ir adonde quiere. Él va delante y yo lo sigo; él es el amo y yo el criado. ¿No es verdad, Grip?

El cuervo hizo una especie de graznido breve, afirmativo y confidencial, un graznido muy

expresivo que parecía decir: «No te tomes el trabajo de iniciar a esa gente en nuestros secretos; nos entendemos muy bien los dos, y eso basta».

-¡Hacerle venir yo! -gritó Barnaby señalando al pájaro-. ¡A él, que no duerme jamás, y que lo más que hace es guiñar el ojo! A cualquier hora de la noche podríais ver sus ojos en la oscuridad de mi cuarto, como dos chispas. Cada noche, durante toda la noche, permanece despierto. Habla a solas, pensando en lo que hará el día siguiente, adónde iremos, y en qué lugar volará, se ocultará y huirá. ¡Hacerle venir yo! ¡Ja, ja, ja!

El cuervo, cambiando de idea, pareció dispuesto a bajar espontáneamente. Después de un rápido examen del suelo y algunas miradas oblicuas lanzadas al techo y a cada uno de los presentes, revoloteó un momento y se dirigió hacia Barnaby, no saltando, andando ni corriendo, sino con el paso de un caballero elegante que con botas excesivamente estrechas

trata de pasar rápidamente sobre piedras que ruedan bajo sus pies. Subiéndose después a la mano que le había tendido Barnaby, y consintiendo en permanecer en el extremo de su brazo, hizo una serie de sonidos que podían compararse al ruido que hacen al descorcharse ocho o diez docenas de botellas, después de lo cual confirmó con una voz notablemente clara su parentesco con el espíritu infernal.

El cerrajero negó con la cabeza, tal vez porque no sabía si aquel animal era pájaro o demonio, tal vez porque se compadecía de Barnaby, que tenía el cuervo entre sus brazos y se arrastraba con él por el suelo. Cuando levantó los ojos por encima del muchacho, encontró los de su madre, que había entrado en el aposento y lo miraba en silencio.

Su rostro estaba pálido, también sus labios, pero había dominado su emoción y restituido a su mirada su calma habitual. Varden creyó al mirarla de soslayo que la mujer se encogía, y que se ocupaba del joven herido para evitarle.

-Ya es hora de que os acostéis -le decía-. Mañana deben llevaros a vuestra casa, y habéis estado en pie una hora más de lo que ha mandado el médico.

Al oír estas palabras, el cerrajero se dispuso a despedirse.

-A propósito -dijo Edward dándole un apretón de manos y mirando alternativamente a Varden y a la viuda-, ¿qué ruido era ese que oía abajo? He distinguido vuestra voz en medio del alboroto, y os lo hubiese preguntado antes si nuestra conversación no me lo hubiera quitado de la memoria. ¿Qué ha sucedido?

El cerrajero lo miró y se mordió los labios, y la viuda se apoyó en el sillón y bajó los ojos, mientras Barnaby prestaba atención.

-Algún loco o algún borracho -dijo por fin Varden mirando fijamente a la viuda mientras hablaba-. Se había equivocado de casa y quería entrar aquí por la fuerza.

La viuda suspiró más libremente, pero permaneció en pie y en completa inmovilidad.

Cuando el cerrajero dio las buenas noches y Barnaby tomó la luz para alumbrarle hasta el pie de la escalera, la viuda se la quitó y le mandó, tal vez con más viveza y ahínco de lo que exigía aquella circunstancia, que no se moviera. El cuervo los siguió para tener la satisfacción de cerciorarse de que todo estaba en orden, y cuando llegaron a la puerta de la calle se quedó en el último peldaño haciendo el ruido de innumerables botellas al ser descorchadas.

La viuda desató con mano trémula la cadena, descorrió el cerrojo y volvió la llave, y mientras tenía la mano sobre el pestillo, el cerrajero le dijo en voz baja:

-Esta noche he mentido por vos, Mary, y por el tiempo pasado y nuestra antigua amistad, y a buen seguro que por mí no hubiera hecho tanto. Espero no haber causado mal a nadie. Apenas puedo alejar las sospechas que a mi pesar me habéis inspirado, y os confieso con franqueza que dejo aquí a Edward a regañadientes. Tened cuidado de que no le suceda alguna des-

gracia. Pongo en duda la seguridad de esta casa, y me alegraría saber que se alejará de ella pronto. Ahora dejadme salir.

La viuda se tapó la cara con las manos y lloró, pero resistiéndose evidentemente al impetuoso deseo que tenía de responderle, abrió la puerta sin dejar más espacio que el indispensable para pasar y le indicó con la cabeza que saliese. El cerrajero se hallaba aún en el umbral cuando la puerta quedó ya cerrada con llave y tendida la cadena, y el cuervo, para reforzar tales precauciones, se puso a ladrar como un robusto perro de presa.

«Esa amistad con un personaje de mal aspecto que parece salido de una horca, escuchando y oculto aquí; Barnaby el primero en llegar al lado del herido en la noche de ayer... ¿Será posible que esta mujer, que siempre ha gozado de la mejor reputación, haya sido secretamente cómplice de tales crímenes? -se decía el cerrajero entregándose a sus meditaciones-. Que el cielo me perdone si hago juicios temerarios, y

no me envíe más que pensamientos de justicia; pero Mary es pobre, la tentación puede ser grande, y oímos hablar todos los días de cosas igualmente extraordinarias. Sí, sí, ladra, amigo mío. Si aquí se está tramando alguna maldad, ese cuervo conoce el asunto, lo juro.»

VII

La señora Varden era una dama con lo que habitualmente se denomina un genio imprede-cible, expresión que, interpretada, significa que su genio era el más adecuado para incomodar más o menos a todo el mundo. Así pues, suce-día con frecuencia que cuando los demás esta-ban alegres, la señora Varden estaba triste, y cuando los demás estaban tristes, la señora Varden tenía arrebatos de alegría sorprenden-tes. En efecto, la respetable ama de casa era de un carácter tan caprichoso que no tan sólo su-peraba al genio de Macbeth en su aptitud para manifestar al mismo tiempo prudencia, asom-bro, moderación y furor, lealtad e indiferencia, sino que su voz cambiaba de escala, subía y bajaba en todos los tonos y todos los modos posibles en menos de un cuarto de hora, y en una palabra, sabía manejar el triple campaneo y tocar al vuelo los instrumentos impetuosos del campanario femenino con una destreza y una

rapidez de ejecución que asombraban a todos los que la oían.

Se había observado en esta buena dama (que no carecía de algunas gracias personales, pues era rellenita y de seno abundante, aunque, como su hermosa hija, de escasa estatura) que su genio inconstante se fortalecía y aumentaba en razón de su prosperidad temporal, y no faltaban personas muy sensatas, hombres y mujeres, conocidos o amigos del cerrajero y su familia, que llegaban a decir que una voltereta de varios tumbos en la escalera del mundo, como la bancarrota del banco donde su marido colocaba su dinero o alguna otra desgracia de este género, haría de ella la mujer más cariñosa y tratable. Estuviera bien o mal fundada esta conjetura, es indudable que las almas, lo mismo que los cuerpos, caen con frecuencia en un estado deplorable por puro exceso de bienestar, y como ellos se curan a veces con remedios nauseabundos y desagradables al paladar.

La principal ayudante e instigadora de la señora Varden, pero al mismo tiempo la víctima principal de sus iras, era su única criada, la señorita Miggs, o, como era llamada en conformidad con esos prejuicios sociales que podan y recortan a las pobres criadas de tales gentiles excrecencias, Miggs. La tal Miggs era una muchacha muy aficionada a los zuecos en su vida privada, aduladora y de mal genio, de apariencia inquietante, y aunque no del todo fea, de rostro filoso y mordaz. Por principio general y como mera abstracción, Miggs sostenía que el sexo masculino era en extremo despreciable e indigno de atención, inconstante, falso, bajo, necio, inclinado al perjurio y totalmente falto de mérito. Cuando estaba particularmente indignada con los hombres (lo cual sucedía, según malas lenguas, cuando Simon Tappertit más la desairaba), solía decir con gran énfasis que desearía que todas las mujeres murieran de pronto para enseñar a los hombres a conocer mejor el valor de estas criaturas celestiales a las

cuales dan tan poco mérito. Sus sentimientos por su sexo eran de tal magnitud que llegaba hasta el punto de declarar algunas veces que si pudieran asegurarle un buen número, una suma redonda de diez mil jóvenes vírgenes por ejemplo, prontas a imitarla, no vacilaría para dar un mal rato al sexo masculino en ahorcarse, ahogarse, darse puñaladas o envenenarse con indecible alegría.

La voz de Miggs fue la que saludó al cerrajero cuando llamó a la puerta de su casa, con un grito estridente:

-¿Quién llama?

-Soy yo, muchacha, soy yo -respondió Gabriel.

-¿Tan pronto, señor? -dijo Miggs abriendo la puerta con sorpresa-. Precisamente mi señora y yo nos estábamos poniendo el gorro de dormir para esperaros. ¡Oh, ha estado tan mala!

Miggs pronunció estas palabras con un aire de candor y solicitud poco común, pero la puerta del comedor estaba abierta de par en

par, y Gabriel, sabiendo perfectamente por quién lo decía, le dirigió al pasar una mirada poco satisfecha.

-Es el señor que vuelve, señora -dijo Miggs entrando en el comedor por delante del cerrajero-. Ya veis que os equivocabais y que yo tenía razón. No en vano me figuraba que no nos haría esperar tanto dos noches seguidas; el señor es incapaz de hacer tal cosa. Me alegro por vos, señora. También a mí me rinde el sueño -continuó Miggs con una sonrisa boba-, lo confieso, señora, aunque antes os he dicho lo contrario cuando me lo habéis preguntado. Pero ahora ya no importa, señora.

-Hubierais hecho mejor acostándoos temprano -dijo el cerrajero, que hubiese deseado que estuviera allí el cuervo de Barnaby para dar un picotazo en la pantorrilla a Miggs.

-Mil gracias, señor, mil gracias -respondió Miggs-. No hubiera podido descansar en paz ni pensar en lo que rezaba sin la certeza de que la señora estaba con sosiego en la cama, y hablan-

do francamente, hace ya algunas horas que debía estar acostada.

-Estáis hoy muy charlatana, Miggs -dijo Varden quitándose el gabán y mirándola de reojo.

-Os entiendo, señor -dijo Miggs ruborizándose-, y os doy las gracias con todo mi corazón. Me atreveré a decir que si os ofendo por mi solicitud para con mi señora, no me excusaré y me daré por muy contenta si me atraigo por esto penas y tribulaciones.

La señora Varden, que, con la cabeza cubierta con un enorme gorro de dormir, había estado en tanto ocupada en leer el *Manual protestante*, dirigió en torno suyo la mirada y, reconociendo las hazañas de Miggs, su gran valedora, le mandó que callase.

Cada uno de los huesecillos que Miggs podía tener en el cuello y en la garganta se reveló con un alarmante despecho, y respondió:

-Bien, señora, me callaré.

-¿Cómo estás, querida? -dijo el cerrajero sentándose cerca de su mujer, que había vuelto a tomar el libro, frotándose rudamente las rodillas mientras hacía esta pregunta.

-¿Tienes mucho interés en saberlo? -preguntó la señora Varden sin apartar los ojos del libro-. Lo dudo mucho en un hombre que no ha estado en todo el día a mi lado, y que no lo hubiera estado ni aunque me hubiera estado muriendo.

-¡Querida Martha! -dijo Gabriel.

La señora Varden volvió la hoja, y leyendo nuevamente la última línea de la página anterior para cerciorarse de las últimas palabras, continuó leyendo como quien estudia con profundo interés.

-Querida Martha -dijo el cerrajero-, ¿cómo puedes decir tales cosas cuando sabes bien que no las piensas? ¡Aunque te hubieras estado muriendo! ¿Acaso si tuvieras la menor indisposición, no estaría yo continuamente a tu lado?

-Sí -dijo la señora Varden prorrumpiendo en llanto-, sí, estarías a mi lado; no lo dudo, Varden. ¿Y cómo estarías? Como está un buitre volando en círculos sobre su víctima, esperando a que diera mi último suspiro para poder casarte con otra.

Miggs hizo un gemido comprensivo, un gemido débil y breve, comprimido desde su origen y convertido en un acceso de tos. Parecía decir: «No puedo más; este gemido me lo arranca la horrible dureza del monstruo de mi amo».

-Pero el día menos pensado me romperás el corazón -añadió la señora Varden con más resignación-, y entonces seremos felices los dos. Mi único deseo es ver a Dolly bien colocada, y cuando lo esté, podrás colocarme a mí tan pronto como gustes.

-¡Ah! -exclamó Miggs, y volvió a toser.

El pobre Gabriel se pasó la mano por la peluca en silencio durante algunos momentos, y preguntó después con amabilidad:

-¿Se ha acostado Dolly?

-El señor os habla -dijo la señora Varden mirando con severidad por encima del hombro a Miggs, que esperaba sus órdenes.

-No, querida Martha, hablo contigo -repuso el cerrajero con la misma amabilidad.

-¿No me oís, Miggs? -gritó la tenaz señora dando con el pie e n el suelo-. ¿También empezáis a no hacerme caso a mi? Tenéis de quien tomar ejemplo...

Al oír este cruel reproche, Miggs, cuyas lágrimas estaban siempre dispuestas en grandes o pequeñas dosis, según los casos, en el más breve plazo y con los más razonables términos, se puso a llorar con violencia, apretándose en tanto con ambas manos el corazón como si tan sólo esta precaución pudiera evitar que se hiciera pedazos. La señora Varden, que poseía la misma facultad en el más alto grado de perfección, lloró también a dúo, y con tal efecto que Miggs se interrumpió al cabo de un rato y, con la salvedad de algún gemido ocasional, que

parecía amenazar con alguna remota intención de romper a llorar de nuevo, dejó a su señora en posesión del campo de batalla. Demostrada bajo este punto su superioridad, la señora Varden puso también término a su llanto, y quedó abismada en una pacífica melancolía.

El alivio fue tan notable y el cansancio de los incidentes de la noche anterior era tan abrumador para el cerrajero, que éste inclinó la cabeza sobre su silla, y hubiera dormido allí toda la noche si la voz de la señora Varden, tras una pausa de unos cinco minutos, no lo hubiera despertado haciéndole dar un salto.

-He aquí cómo se me trata -dijo la señora Varden no con voz amenazadora, sino con el tono de una cariñosa queja- si estoy de buen humor, si estoy alegre, si me hallo más dispuesta de lo ordinario al placer de la conversación.

-¡De buen humor como estabais hace media hora, señora! -dijo Miggs-. ¡Nunca os he visto tan cariñosa!

-Porque nunca me entrometo ni interrumpo -dijo la señora Varden-, porque nunca pregunto adónde va ni de dónde viene, porque no pienso absolutamente más que en ahorrar en lo que puedo y trabajar en interés de esta casa; he aquí el premio que me dan.

-Martha -dijo el cerrajero, que trataba de simular que no tenía sueño-, ¿de qué te quejas? He venido a casa con el más vivo deseo de gozar de paz y de dicha. Sí, es la pura verdad.

-¿De qué me quejo? -repitió su mujer-. ¿Puede haber algo más descorazonador que ver a un marido bostezar y dormirse en el momento de volver a casa, verlo apagar todo el calor de nuestro corazón y arrojar agua fría en el hogar doméstico? ¿No es natural, cuando sé que ha salido por un asunto en el cual me intereso tanto, que desee saber lo que ha sucedido, o que él se crea obligado a decírmelo sin que se lo pida por el amor de Dios? ¿Es natural, sí o no?

-Lo siento mucho, Martha -dijo el cerrajero, de natural bondadoso-. Pero temía que tuvieras

más ganas de dormir que de conversar. Te lo contaré todo, querida; será un placer.

-No, Varden -respondió su mujer levantándose con dignidad-, no, gracias. No soy una niña a quien se reprende para acariciarla un minuto después; soy demasiado vieja para eso. Miggs, coge la luz. Ya puedes estar contenta, por fin.

Miggs, que hasta entonces se había hallado en los abismos de la compasión más desesperada, pasó instantáneamente al estado de mayor alegría concebible y, sacudiendo la cabeza mientras lanzaba una mirada al cerrajero, se llevó a la vez a su dueña y a la vela.

«¿Quién creería -pensó Varden encogiéndose de hombros y acercando la silla a la chimenea- que esta mujer es a un tiempo amable y arisca, alegre y triste? Y sin embargo, es la pura verdad. ¿Y qué le vamos a hacer? Todos tenemos nuestros defectos. No puedo remediar los suyos; hace ya demasiado tiempo que somos marido y mujer.»

Volvió a dormirse -con no poco placer, tal vez debido a su carácter cordial- y cuando hubo cerrado los ojos, se abrió la puerta que conducía a los pisos superiores y asomó una cabeza que al verlo se retiró con precipitación.

-Daría cualquier cosa -murmuró Gabriel despertándose con el ruido y mirando a su alrededor- porque Miggs se casara, pero es imposible. Me admiraría que existiese un hombre bastante loco para casarse con ella.

Ese asunto se prestaba a reflexiones tan vastas que el buen cerrajero prefirió dormir y no se despertó hasta que se apagó el fuego. Cerrando entonces con doble vuelta la puerta de la calle según tenía por costumbre, se puso la llave en el bolsillo y fue a acostarse.

Apenas hacía algunos minutos que el aposento estaba en la oscuridad cuando volvió a asomar la cabeza y entró Simon Tappertit con una vela en la mano.

-¿Por qué diablos me habrá cerrado el paso hasta tan tarde? -murmuró Simon pasando al

taller y dejando la vela en la fragua-. Ya he perdido la mitad de la noche. Sólo una cosa buena me ha dado este maldito oficio viejo y oxidado, y es esta ganzúa, por mi alma.

Sacó entonces del bolsillo izquierdo del calzón una gran llave toscamente fabricada, la introdujo con precaución en la cerradura que su señor había cerrado y abrió la puerta con sumo cuidado. Tras esta operación, volvió a meterse en el bolsillo su obra maestra clandestina, y dejando la vela encendida y cerrando la puerta sin hacer ruido, salió sigilosamente a la calle sin que nada sospechara de su desaparición el cerrajero, que dormía con el más profundo sueño, como el propio Barnaby en sus sueños llenos de fantasmas.

VIII

En cuanto se encontró en la calle, Simon Tappertit abandonó su sigilo y, tomando un aire de camorrista, de valentón, de calavera que no vacilaría en matar a un hombre y hasta comérselo crudo en caso de necesidad, siguió andando a lo largó de las calles oscuras.

Haciendo de vez en cuando una pausa para palparse el bolsillo y cerciorarse de que llevaba la llave maestra, se dirigió apresuradamente hacia el barrio de Barbican, e internándose en una de las más estrechas calles que surgían desde su centro, acortó el paso y se enjugó la frente bañada en sudor, como si el término de su paseo estuviera cercano.

El sitio no era el más a propósito para una excursión nocturna, porque gozaba verdaderamente de una fama más que equívoca y no tenía una apariencia muy halagüeña. Desde la calle principal por la que había entrado, en realidad una callejuela, un pasadizo estrecho con-

ducía a un patio envuelto en tinieblas, sin empedrar y que exhalaba un hedor insufrible de aguas sucias y estancadas. En este terreno de mal aspecto buscó a tientas su camino el aprendiz fugitivo del cerrajero, y parándose delante de una casa cuya fachada, negra y llena de hendiduras, ostentaba el tosco simulacro de una botella colgada por muestra, llamó tres veces con el pie en una verja de hierro. Después de esperar en vano una respuesta a su señal, Tappertit se impacientó y llamó otras tres veces.

Siguió un nuevo lapso de tiempo, pero fue de escasa duración. El suelo pareció abrirse a sus pies y apareció una maltrecha cabeza.

-¿Es el capitán? -preguntó una voz tan maltrecha como la cabeza.

-Sí -respondió Tappertit con enojo al mismo tiempo que bajaba-. ¿Quién puede ser si no?

-Es tan tarde, que creíamos que no vendríais -repuso la voz mientras su propietario se paraba para cerrar la reja-. Venís muy tarde, señor.

-¡Adelante! -elijo Tappertit con sombría majestad-. Y dad vuestra opinión cuando os la pida. ¡Caminad!

Esta última voz de mando era tal vez demasiado teatral y superflua, porque se bajaba por una escalera muy estrecha, pendiente y resbaladiza, y la menor precipitación, el menor desvío del camino trillado, los conduciría sin duda a una cuba llena de agua.

Sin embargo, Tappertit, que a ejemplo de otros grandes capitanes, era aficionado a los grandes efectos y a los alardes de dignidad personal, gritó sin vacilar, «¡Caminad!» con la voz más ronca que pudo encontrar en sus pulmones, y bajó el primero con los brazos cruzados y frunciendo el entrecejo hasta el pie de la escalera de la bodega, donde había un pequeño caldero de cobre en un rincón, una silla o dos, un banco y una mesa, un fuego que no brillaba mucho, y una cama de ruedas cubierta con una manta llena de remiendos.

-¡Salud, noble capitán! -gritó un hombrecillo flaco y pequeño levantándose como si se despertara.

El capitán hizo un ademán con la cabeza y, quitándose el abrigo, permaneció en pie componiendo su actitud. Con todo el esplendor de su dignidad, lanzó una mirada a su acólito.

-¿Qué noticias hay esta noche? -preguntó mirándole hasta lo más recóndito de su alma.

-Nada de particular -respondió el otro estirándose (y era ya tan largo que alarmaba el verlo estirarse de aquel modo)-. ¿Por qué venís tan tarde?

-No importa -fue la única respuesta que se dignó darle su capitán-. ¿Está preparada la sala?

-Lo está -respondió su acólito. -¿Está aquí... el compañero?

-Sí, y unos cuantos de los demás. ¿Les oís?

-¡Están jugando a los bolos! -dijo el capitán con enojo-. ¡Qué cabezas más ligeras!

No podía caber duda alguna acerca de la particular diversión a que se entregaban aquellos espíritus inconscientes, porque, hasta en la atmósfera estrecha y ahogada de la bodega, el ruido resonaba como un trueno lejano. Si los otros sótanos se asemejaban a aquel en el que tenía lugar aquel breve coloquio, sin duda parecían, a primera vista, lugares verdaderamente peculiares para dicho esparcimiento o cualquier otro, pues los suelos eran de tierra mojada, las paredes y el techo de ladrillo desnudo y empapado, bordados por el rastro de caracoles y babosas; el aire era nauseabundo, viciado y ofensivo. Parecía, a juzgar por un fuerte olor que destacaba entre los distintos hedores del lugar, que en el pasado, no hacía mucho tiempo, había sido utilizado como almacén de quesos; una circunstancia que, mientras explicaba la grasienta humedad que allí reinaba, también parecía señalar, al tiempo, la presencia de ratas. Era aquél un lugar húmedo por propia natura-

leza, y había arbolillos de hongos en todos los rincones enmohecidos.

El propietario de tan encantador lugar, propietario también de la maltrecha cabeza antes mencionada, que cubría con una peluca vieja, tan pelada y sucia como una escoba vetusta, se había acercado a los dos interlocutores, aunque manteniéndose a respetuosa distancia, frotándose las manos, moviendo la barba erizada de cerdas blancas y sonriéndose en silencio. Tenía los ojos cerrados, pero aunque hubiesen estado abiertos, se habría podido decir fácilmente que era ciego, según la atenta expresión de su rostro vuelto hacia ellos, el rostro pálido y macilento como debía esperarse en un hombre condenado a una existencia subterránea, así como por cierto temblor inquieto de sus párpados tembloroso.

-Hasta Stagg se había dormido -dijo el largo compañero indicando con una inclinación de cabeza a este personaje.

-Pero ya estoy despierto y en pie firme -dijo el ciego-. ¿Qué quiere beber mi noble capitán? ¿Brandy, ron, aguardiente? ¿Queréis pólvora mojada o aceite hirviendo? ¡Pedid lo que gustéis, corazón de roble, y os lo traeremos, aunque sea vino de las bodegas del obispo u oro fundido de la casa de moneda del rey Jorge!

-Mirad -dijo Tappertit con aire altivo-, que sea algo fuerte y traédmelo pronto, y mientras así sea, podéis traérmelo de la bodega del diablo si gustáis.

-¡Bravo, noble capitán! -repuso el ciego-. Habéis hablado como el rey de los aprendices. ja, ja, ja! ¡De las bodegas del diablo! ¡Soberbia ocurrencia! El capitán está de buen humor. ¡Ja, ja, ja!

-Escuchadme, amigo -dijo Tappertit lanzando una mirada al anfitrión mientras éste se dirigía hacia un arcón, de donde sacó una botella y un vaso con tanta seguridad como si tuviese la vista de un lince-, sabed que si seguís riendo

así veréis que el capitán no es amigo de bromas. ¿Lo habéis oído?

-¡Tiene los ojos clavados en mí! -exclamó Stagg deteniéndose en su regreso y simulando taparse la cara con la botella- Los siento aunque no puedo verlos. Quitadlos, noble capitán, desviadlos, porque me penetran hasta el alma como barrenas.

Tappertit se sonrió mirando a su compañero, y dirigiendo sobre él otra mirada oblicua, una especie de dardo ocular bajo cuya influencia fingió el ciego sufrir una gran angustia, un verdadero tormento, le mandó con tono más amable que se acercase y callara.

-Os obedezco, capitán -dijo Stagg acercándose y llenando el vaso sin derramar una gota porque puso el dedo meñique en el borde del vaso y se paró cuando le tocó el licor-. Bebed, noble comandante. ¡Mueran todos los maestros! ¡Vivan todos los aprendices y el amor a todas las niñas bellas! Bebed, bravo general, y reanimad vuestro corazón intrépido.

Tappertit se dignó tomar el vaso de la mano del ciego. Stagg dobló entonces una rodilla y tocó suavemente las pantorrillas de su jefe con ademán de humilde admiración.

-¿Por qué no tengo ojos -exclamó- para ver las simétricas proporciones de mi capitán? ¿Por qué no tengo ojos para contemplar estas dos invasoras de la paz de las familias?

-¡Dejadme! dijo Tappertit dirigiendo la mirada a sus queridas piernas-. Dejadme en paz, Stagg.

-Cuando me toco las mías después -dijo el anfitrión dándose palmadas en sus pantorrillas con aire de reproche- me resultan odiosas. En comparación, mis piernas parecen de palo al lado de las bien torneadas de mi bravo capitán.

-¡Las vuestras! -exclamó Tappertit-; no, creo que no. ¿Cómo os atrevéis a comparar esos palillos con mis piernas? Es casi una falta de respeto. Tomad el vaso. Benjamin, vos primero. ¡A trabajar!

Al pronunciar estas palabras se cruzó de brazos y, frunciendo las cejas con sombría majestad, siguió a su compañero a través de una pequeña puerta hacia el extremo superior de la bodega, dejando a Stagg abismado en sus meditaciones privadas.

La bodega en la que entraron, cubierta por una capa de aserrín y débilmente alumbrada, precedía a la que servía para el juego de bolos, como lo indicaban el ruido creciente y el clamor de las lenguas. Este ruido cesó sin embargo de pronto y fue seguido de un profundo silencio a una señal del alto compañero. Este mozo se acercó entonces a un pequeño armario, del cual sacó un hueso fémur que en los siglos pasados debió de ser parte integrante de algún individuo tan largo como él, y se lo entregó a Tappertit. Éste recibió el hueso como un cetro o un bastón de general, tomó una actitud feroz colocándose en el cogote su sombrero tricornio, y subió sobre una mesa donde le esperaba un

sillón tétricamente adornado con un par de cráneos.

Apenas acababa de sentarse cuando apareció otro joven con un enorme libro cerrado con un broche debajo del brazo. Este personaje le dedicó una profunda reverencia, entregó el libro al alto compañero, se acercó a la mesa, volvió la espalda y, doblando el cuerpo, permaneció en la postura de Atlas. El alto camarada subió entonces a la mesa y, sentándose en un sillón menos alto que el de Tappertit con mucha solemnidad y ceremonia, colocó el libro sobre los hombros de su mudo compañero, con tanta tranquilidad como si fuese un escritorio de madera, y se preparó a hacer algunos apuntes con una pluma de tamaño equivalente.

Cuando el secretario terminó estos preparativos miró a Tappertit, y Tappertit, haciendo una floritura con el fémur, dio nueve golpes en uno de los cráneos. Al noveno golpe entró un joven por la puerta que conducía a la bodega de

los bolos y, tras un profundo saludo, esperó las órdenes del jefe.

-Aprendiz -dijo el capitán-. ¿Quién espera?

El aprendiz respondió que un desconocido esperaba para solicitar su admisión en la sociedad secreta de los Caballeros Aprendices y participar del libre uso de sus derechos, privilegios e inmunidades. Tappertit volvió a hacer la floritura con el hueso y, descargando un gran golpe en la nariz del segundo cráneo, gritó:

-¡Que entre!

Al oír estas terribles palabras, el aprendiz volvió a saludar y se retiró como había entrado.

Muy pronto aparecieron por la misma puerta otros dos aprendices llevando en medio a un tercero con los ojos vendados. Llevaba una peluca muy rizada, casaca de anchas faldas guarnecida con galones deslustrados, y ceñía además espada, con arreglo a los estatutos de la orden que prescribían la introducción de los aspirantes y les obligaban a vestir este traje de corte y guardarlo constantemente en un arca

con espliego para servirse ele él en las sesiones. Uno de los padrinos del aspirante le apuntaba en la oreja con una alabarda oxidada, y el otro empuñaba un sable viejo con el cual al andar traspasaba en el aire enemigos imaginarios de una manera sangrienta y anatómica.

Mientras se acercaba este grupo silencioso, Tappertit se encasquetó el sombrero en la cabeza. El aspirante se puso entonces la mano sobre el pecho y se inclinó, y cuando se hubo humillado lo suficiente, el capitán mandó que le quitasen el pañuelo que le tapaba los ojos y le hizo sufrir la prueba de su mirada.

-Continuad -dijo el capitán con aire pensativo después de la prueba.

El alto colega leyó entonces en voz alta lo siguiente:

-Mark Gilbert, de diecinueve años de edad, aprendiz de Thomas Curzon, guantero, en el Toisón de Oro, Aldgate. Ama a la hija de Curzon; no puede decirse si la hija de Curzon le ama, pero hay probabilidades de que así sea,

porque Curzon le dio un tirón de orejas el martes de la semana pasada.

-¿Por qué? -gritó el capitán estremeciéndose.

-Por haber mirado a su hija, con la venia -dijo el aspirante.

-Escribid: «Curzon denunciado» -dijo el capitán-. Haced una cruz negra delante del nombre de Curzon.

-Con la venia -dijo el aspirante-, no es eso lo peor. Me llama perro perezoso, me suprime la cerveza si no trabajo a su gusto, me da queso de Holanda mientras él lo come de Cheshire, y sólo me deja salir un domingo cada mes.

-Eso es un delito flagrante -dijo Tappertit con gravedad-. Poned dos cruces negras junto al nombre de Curzon.

-Si la sociedad -dijo el aspirante, que era un mocetón de mala facha, cargado de espaldas, torcido de piernas y ojos hundidos y juntos-, si la sociedad quisiera reducir a cenizas su casa, que no está asegurada, o darle una paliza una noche cuando se retira, o ayudarme a robarle a

su hija y a casarme con ella en la iglesia de Fleet, consintiera ella o no...

Tappertit agitó su sepulcral bastón de mando como para advertir que no le interrumpieran, y mandó poner tres cruces negras junto al nombre de Curzon.

-Lo cual significa -dijo a manera de bondadosa explicación- venganza completa y terrible. Aprendiz, ¿amáis la Constitución?

El aspirante, acordándose de las instrucciones de los padrinos que le asistían, respondió:

-¡Sí!

-¿Y la Iglesia, el Estado y todas las cosas establecidas, exceptuando a los maestros? -dijo el capitán.

-Sí -repitió el aspirante.

Tras decirlo, escuchó dócilmente al capitán, que en un discurso preparado para ocasiones como aquélla, le contó que bajo aquella misma Constitución (que era guardada en una caja fuerte en alguna parte, pero que nunca llegó a saber exactamente dónde, o habría intentado

por todos los medios sacar una copia de ella), los aprendices habían, en tiempos pasados, tenido vacaciones por derecho, roto la cabeza a la gente por veintenas, desafiado a sus maestros, incluso cometido algún glorioso asesinato en las calles, privilegios todos ellos de los que les habían ido desposeyendo; sus nobles aspiraciones eran ahora mantenidas a raya; que los degradantes impedimentos que les eran impuestos eran incuestionablemente atribuibles al innovador espíritu de los tiempos, y que ellos se unieron en consecuencia para resistir a todos esos cambios, excepto el cambio que restauraría todas las buenas y viejas costumbres inglesas, mediante el cual se impondrían o perecerían. Después de ilustrar tal necesidad de ir hacia atrás, haciendo referencia a ese sagaz pez, el cangrejo, y la no infrecuente costumbre de la mula y el asno, describió sus objetivos generales; que eran en resumen la venganza contra sus Maestros Tiranos (de cuya dolorosa e insoportable opresión ningún aprendiz podía tener

la menor duda) y la restauración, como ha quedado ya reseñado, de sus antiguos derechos y vacaciones; para ninguno de los antedichos objetivos estaban en ese momento preparados, siendo apenas un total de veinte los aprendices allí reunidos, pero se comprometían a perseguir a fuego y espada cuanto fuera necesario. Después describió el juramento que todos los miembros del pequeño vestigio del noble cuerpo hacían, y que era de una naturaleza temible e impresionante, que le obligaba, a antojo de su jefe, a resistir y combatir al señor alcalde, espadachín y capellán, a despreciar la autoridad de los representantes de la corona y a tener al cuerpo de concejales en nada: pero nunca en ninguna circunstancia, en caso de que el transcurso del tiempo desembocara en un alzamiento general de los aprendices, a dañar o desfigurar de algún modo Temple Bar, que era estrictamente constitucional y siempre debía ser admirado con la debida reverencia. Habiendo parlamentado sobre todos estos asuntos con

gran elocuencia y prestancia, y habiendo informado al novicio de que aquella sociedad había sido concebida por su ingente cerebro, Tappertit le preguntó si se creía con el valor suficiente para prestar el formidable juramento prescrito o si prefería retirarse mientras pudiera hacerlo.

El aspirante respondió que prestaría el juramento aunque se ahogase al pronunciarlo. Se celebró por tanto la ceremonia del juramento, la cual ofreció circunstancias muy propias para impresionar al alma más heroica. La iluminación de los dos cráneos por medio de un cabo de vela dentro de cada uno de ellos y repetidos molinetes ejecutados con el hueso vengador fueron los rasgos más notables, por no mencionar diversos ejercicios con la alabarda y el sable y algunos lúgubres gemidos que hicieron oír fuera de la sala dos aprendices invisibles. Terminadas estas sombrías y espantosas ceremonias, se arrimó la mesa a la pared al mismo tiempo que los sillones, se guardó bajo llave en

su armario el cetro, se abrieron de par en par las puertas de comunicación entre las tres bodegas, y se entregaron a la diversión los Caballeros Aprendices.

Pero Simon Tappettit, que tenía un alma muy superior a la de aquel vil rebaño, y que a causa de su grandeza no podía condescender a divertirse más que de vez en cuando, se reclinó en un banco con la actitud de un hombre abrumado por el peso de su dignidad. Así pues, miró las barajas y los dados con mirada tan indiferente como a los bolos, y sólo pensaba en la hija del cerrajero y en los días de torpeza y decadencia en que tenía la desgracia de vivir.

-Mi noble capitán no juega, no canta, no baila -dijo el anfitrión, sentándose a su lado-. Bebed, pues, bravo general.

Tappertit apuró hasta las heces el cáliz que le presentaban, y hundiéndose las manos en los bolsillos, paseó con rostro meditabundo y encapotado a través de los bolos, en tanto que sus acólitos -¡tal es la influencia de un genio supe-

rior!- detenían el empuje del rápido y fogoso bolo, manifestando el respeto más profundo a sus delgadas pantorrillas.

«Si hubiera nacido corsario o pirata, bandido, salteador de caminos o patriota, pues todo esto viene a ser lo mismo -pensó Tappertit meditando en medio de los bolos-, habría estado satisfecho; pero arrastrar una innoble existencia y permanecer desconocido a la humanidad en general... Paciencia..., yo sabré hacerme famoso. Una voz interior me anuncia continuamente mi futura grandeza. Estallaré el día menos pensado, y ¿quién podrá contenerme entonces? Al pensarlo siento que se me sube el alma a la cabeza... ¡Bebamos!

-¿Dónde está el nuevo socio? -preguntó Tappertit, no precisamente con voz de trueno, pues su tono era a decir verdad más bien cascado y estridente, pero sí con mucho énfasis.

-Aquí, noble capitán -dijo Stagg-. A mi lado hay uno que me es desconocido.

-Caballero -dijo Tappertit dignándose mirar a la persona indicada-, ¿habéis hecho lo que se os ha mandado? ¿Tenéis marcada en cera la llave de vuestra casa?

El alto compañero se adelantó a responder, entregándole un pedazo de cera.

-¡Bien! -dijo Tappertit examinándolo con atención mientras reinaba en torno suyo el más profundo silencio, pues él había fabricado llaves secretas para toda la sociedad y debía una gran parte de su influencia a este pequeño servicio trivial; de estas cuestiones menores dependen en ocasiones los hombres de genio-. Venid, amigo, tendréis muy pronto la llave.

Al hablar de esta manera, llamó aparte con un ademán al nuevo caballero, y poniéndose el modelo en el bolsillo, le invitó a dar un paseo.

-Parece ser -dijo después de dar varias vueltas de un extremo a otro de la bodega- que amáis a la hija de vuestro maestro.

-La amo.

-Y -añadió Tappertit cogiéndolo por la muñeca y lanzándole una mirada que habría expresado la malevolencia más mortal si un hipo casual no lo hubiera impedido- ¿tenéis rival?

-No, al menos que yo sepa -respondió el aprendiz.

-Si tuvierais un rival, ¿qué haríais? -preguntó Tappertit-, ¿qué haríais?

El aprendiz lanzó una mirada feroz y cerró los puños.

-Basta -dijo vivamente Tappertit-. Nos comprendemos. Nos observan. Gracias.

Y al pronunciar estas palabras le indicó con la mano que se alejase.

Llamó entonces al secretario, paseó con él un rato con paso precipitado y parándose después de pronto, le mandó que escribiese en el acto y fijase en la pared un aviso proscribiendo a un tal Joseph Willet (conocido habitualmente como Joe) de Chigwell, prohibiendo a los Caballeros Aprendices que le prestaran favor y auxilio y se comunicaran con él, y mandando, so pena de

excomunión, molestar a dicho Joe, maltratarlo, causarle perjuicio, fastidiarlo y buscar con él pelea donde quiera que lo encontrasen.

Habiéndole tranquilizado esta medida enérgica, se dignó acercarse a la alegre mesa, y entusiasmándose cada vez más, presidió la asamblea y hasta divirtió a sus subordinados con una canción. Finalmente, su complacencia llegó a tal extremo que consintió en bailar al compás de un violín tocado por un aprendiz aficionado, haciendo cabriolas de una manera tan brillante, con una agilidad tan prodigiosa, que los espectadores no sabían cómo expresar su admiración y entusiasmo. El anfitrión protestó, llorando de pesar, que nunca había sentido tanto ser ciego como en aquella ocasión.

Pero el anfitrión, después de haberse retirado probablemente para llorar en secreto por su ceguera, volvió al momento para anunciar que antes de una hora amanecería la luz del alba, y que todos los gallos del barrio habían empezado ya a cantar hasta desgañitarse. Al oír esta

noticia los Caballeros Aprendices se levantaron tumultuosamente y desfilaron uno tras otro, dispersándose con el paso más acelerado hacia sus domicilios respectivos, dejando que su capitán fuera el último en cruzar la verja.

-¡Buenas noches, noble capitán! -dijo el ciego mientras tenía la puerta abierta para dejarle pasar-. ¡Adiós, bravo general! ¡Buena suerte..., imbécil, vanidoso, fanfarrón, cabeza hueca, piernas de pato!

Después de haber pronunciado estas últimas palabras de despedida, mientras escuchaba cómo se alejaba el rumor de los pasos del capitán y cerraba la verja, bajó la escalera y, encendiendo fuego, se preparó sin ayuda de nadie para su ocupación cotidiana, que consistía en vender al por menor, en la entrada del patio, raciones de sopa y carne a penique y sabrosos *puddings* hechos con mendrugos y restos de comida que la noche anterior compraba a ínfimo precio en Fleet Market. Como es natural, para el despacho de su mercancía contaba prin-

cipalmente con sus amigos y conocidos, porque el patio era un punto poco frecuentado y parecía que muy poca gente elegía la morada de Stagg para tomar el aire o dar un agradable paseo.

IX

Los cronistas tienen el privilegio de poder acceder donde se les antoja, de atravesar los ojos de las cerraduras, de cabalgar sobre el viento y de vencer en sus viajes todos los obstáculos de distancia, tiempo y lugar. Tres veces sea bendita esta última consideración, puesto que nos permite seguir a la desdeñosa Miggs hasta el santuario de su aposento y gozar de su grata compañía durante las terribles vigilias de la noche.

La señorita Miggs, después de haber deshecho a su señora, como ella decía -lo cual significaba, después de haberla ayudado a desnudarse-, y de verla bien colocada en su cama en el cuarto de atrás del primer piso, se retiró a su propio aposento, cuyo techo era el tejado. A pesar de su declaración en presencia del cerrajero, estaba muy desvelada, de modo que, dejando la luz sobre la mesa y descorriendo la

cortina de su ventana, contempló con ademán pensativo el vasto cielo nocturno.

Quizá se preguntó qué estrella estaba destinada a ser su morada cuando su camino en la tierra terminara; quizá especuló cuál de esas brillantes esferas podía ser el orbe natal de Tappertit; quizá se maravilló por cómo podían mirar a esa pérfida criatura, el hombre, y no enfermar y tornarse verdes como las lámparas de los farmacéuticos; quizá no pensó en nada en particular. En cualquier caso, pensara lo que pensase, allí estaba, sentada, hasta que su atención, despierta para cualquier cosa que tuviera relación con el insinuante aprendiz, fue alertada por un ruido en la habitación que había junto a la suya, la habitación de Tappertit, en la que dormía y soñaba; y donde tal vez en ocasiones soñara con ella.

Que él no estaba soñando en ese momento, a menos que estuviera caminando dormido, resultaba evidente, pues cada dos por tres se oía un sonido como de pies arrastrándose, como si

estuviera sacándole brillo a la pared encalada; después un suave crujido de su puerta, después la más débil señal de sus sigilosos pasos en el rellano. Advirtiendo esta última circunstancia, la señorita Miggs se quedó pálida y. se estremeció, desconfiando de sus intenciones; y en más de una ocasión exclamó entre dientes: «¡Oh! Bendita sea la providencia, ¡tengo el cerrojo puesto!», lo cual, debido sin duda a su alarma, era una confusión de ideas por su parte entre el cerrojo y su uso, puesto que había uno en la puerta, pero no estaba puesto.

El oído de la señorita Miggs, con todo, siendo como era tan agudo como su temperamento, e igualmente irritable y suspicaz, pronto la informó de que los pasos pasaban ante la puerta, y le pareció que tenían un objetivo bien distinto a ella. Tras ese descubrimiento, se alarmó más de lo que ya lo estaba, e iba a proferir esos gritos de «¡Ladrones!», y «¡Asesinos!» que hasta entonces había reprimido cuando se le ocurrió

sacar un poco la cabeza para mirar y ver que sus miedos tenían razones fundadas.

De este modo, mirando hacia fuera y alargando el cuello sobre la escalera, vio con gran asombro a Simon Tappertit, completamente vestido, que bajaba a hurtadillas la escalera con los zapatos en una mano y una luz en la otra. Lo siguió con la mirada, y bajando también algunos escalones para hallar un ángulo propicio, le vio asomar la cabeza por la puerta del comedor, retirarla con precipitación, y emprender inmediatamente la retirada hacia la escalera con toda la celeridad posible.

-Aquí hay gato encerrado -dijo Miggs cuando volvió a entrar en su aposento sana y salva, pero sin poder respirar-. Aquí sin duda hay gato encerrado.

La perspectiva de sorprender en falso a cualquiera hubiese bastado para tener despierta a Miggs aun cuando hubiera tomado una buena dosis de opio. Muy pronto volvió a oír los pasos del aprendiz, pero habría oído también

los de una pluma capaz de caminar que hubiese bajado de puntillas. Después salió de su aposento como antes y volvió a ver al fugitivo que reiteraba su proyecto de escapatoria. Miró con la mayor precaución hacia la puerta del comedor, pero Tappertit, en vez de retroceder, entró y desapareció.

Miggs estaba de regreso en su aposento y se había asomado a la ventana en menos tiempo del que necesita un viejo para guiñar el ojo. El aprendiz salió por la puerta de la calle, la cerró con cuidado, se aseguró de que quedaba bien cerrada empujándola con la rodilla, y partió con aire de fanfarrón, poniéndose un objeto en el bolsillo mientras se alejaba.

Al verlo desaparecer, Miggs exclamó primero: «¡Bondad divina!» después: «¡Justo cielo!» y finalmente: «¡Por el amor de Dios!», y tomando una vela bajó la escalera, llegó a la tienda y vio una lámpara encendida sobre la fragua y cada cosa como Simon la había dejado.

-¡Que me lleven a mi funeral sin coche, que nunca me entierren decentemente, que no tenga conejo fúnebre si ese chiquillo no se ha fabricado una llave para él! -exclamó Miggs-. ¡Pequeño malvado!

No llegó a esta conclusión sin reflexionar, sin mirar, sin examinar mucho, y le sirvió también de no poco su memoria, pues recordó que en diversas ocasiones, habiendo sorprendido de pronto al aprendiz, le había hallado ocupado en un trabajo misterioso. Como es posible que a alguien sorprenda el hecho de que la señorita Miggs llamara chiquillo, al hombre sobre el cual se había dignado fijar sus ojos, deberá observarse que esa mujer consideraba a todos los machos bípedos de menos de treinta años simples niños de teta, fenómeno bastante común en las señoras del carácter de la señorita Miggs, y que en general se encuentra asociado a una indómita y salvaje virtud como la suya.

Miggs deliberó durante algunos minutos con la mirada puesta en la puerta de la tienda, co-

mo si no pudieran separarse de ella sus ojos ni sus pensamientos, pero al fin, tomando de un cajón una hoja de papel, hizo con ella un largo cucurucho. Después de llenar este instrumento con una cantidad de polvo y carbón menudo de la fragua, se acercó a la puerta, dobló una rodilla, y sopló con destreza en el agujero de la cerradura, introduciendo todo el polvo que podía contener. Cuando lo hubo obstruido hasta el borde de una manera tan industriosa y hábil, volvió a subir la escalera de puntillas y, al llegar a su aposento, prorrumpió en grandes carcajadas.

-Veremos ahora -dijo Miggs frotándose las manos-, veremos si os dignáis a reparar en mí, caballerito. ¡Ja, ja, ja! Ahora sí que tendréis ojos para otra que no sea esa Dolly, con su fea cara de gata remilgada.

Al tiempo de proferir dicho comentario, dirigió una mirada de satisfacción a su pequeño espejo, como si dijera: «Gracias a mis estrellas porque lo mismo no pueda decirse de mí». Y

ciertamente así era, porque el estilo de belleza de la señorita Miggs pertenecía a ese género que el mismo Tappertit había calificado con bastante precisión en privado como «esmirriado».

-No me acostaré esta noche -dijo Miggs abrigándose con un pañuelo, colocando dos sillas cerca de la ventana, sentándose en una y descansando los pies en otra-, no me acostaré hasta que volváis a casa, caballerito. No, no me acostaría -añadió Miggs con resolución- aunque me ofrecieran cuarenta y cinco guineas.

Y con una expresión en la que se veían mezclados en una especie de ponche fisonómico un gran número de ingredientes, como la maldad, la astucia, la malicia, el rencor y la confianza en el feliz éxito de su paciencia, Miggs se arrellanó para esperar y escuchar, semejante a un hada maléfica que acaba de armar un lazo en el camino y acecha a un viajero sano y gordo para comérselo de un bocado.

Permaneció allí, con perfecta compostura, toda la noche. Finalmente, al amanecer oyó rumor de pasos en la calle y no tardó en ver cómo Tappertit se paraba delante de la puerta. Después pudo descubrir que probaba la llave, que soplaba en el agujero que tenía en el extremo, que golpeaba con ella en la pared para hacer caer el polvo, que iba a examinarla a la luz de una farola, que introducía pedacitos de madera en la cerradura para limpiarla, que miraba por la cerradura, primero con un ojo y después con otro, que volvía a probar la llave, que no lograba hacerla girar, y lo que es peor, que estaba menos dispuesta a salir que antes, que la torcía con gran fuerza y tirando con mano vigorosa, y que entonces salía tan súbitamente que casi le hacía caer de espaldas, que daba puntapiés en la puerta, que la sacudía, que acababa por darse palmadas en la frente, y que se sentaba en el umbral con ademán de desespero.

Cuando hubo llegado este momento de crisis, Miggs, afectando el mayor terror y asiéndose al marco de la ventana para sostenerse, sacó su cabeza cubierta con el gorro de dormir y preguntó con voz débil:

-¿Quién es?

-¡Chist! -respondió Tappertit, y retrocediendo algunos pasos en la calle, la exhortó con una pantomima frenética al secreto y al silencio.

-Pero ¿hay ladrones? -dijo Miggs.

-¡No..., no..., no! -gritó Tappertit.

-En tal caso -añadió Miggs con voz más débil aún- será fuego. ¿Dónde es? Apostaría a que es cerca de este cuarto. Nada me pesa en la conciencia, caballero, y antes prefiero morir que bajar por una escalera de mano. Lo único que deseo, siendo tal el amor que tengo a mi hermana que está casada y vive en Golden Lion Court, número 27, segundo cordón de campanilla, subiendo a mano derecha...

-Miggs -dijo Tappertit-, ¿no me conocéis? Simon... ,Sim...

-¿Dónde está? -exclamó Miggs retorciéndose las manos-. ¿Corre algún peligro? ¿Está atrapado por las llamas? ¡Cielos! ¡Ah! ¡Oh!

-No, estoy aquí -repuso Tappertit golpeándose el pecho-. ¿No me veis? ¿Estáis loca, Miggs?

-¡Cómo! -exclamó Miggs sin atender al cumplido-. ¿Qué significa esto? Señora, señora, aquí esta...

-¡No, no..., por favor! -dijo Tappertit, que estaba de puntillas, como si esperara por este medio poder acercarse lo suficiente para cerrarle la boca a Miggs-. No digáis nada. He salido sin permiso, y no sé qué hay en la cerradura. Bajad, venid a abrir la ventana de la tienda para que pueda entrar en ella.

-No me atrevo, Simon, no me atrevo. Ya sabéis cuán escrupulosa soy, y me horroriza el pensar que he de bajar a medianoche y cuando la casa está sumida en el sueño y velada por las sombras.

Y Miggs se estremeció, porque parecía coger un constipado tan sólo de pensarlo.

-Pero, Miggs -dijo Tappertit acercándose a la farola para que pudiera verle los ojos-, querida Miggs...

Miggs exhaló un grito ahogado.

-Querida Miggs, a quien amo tanto y en quien no puedo menos que pensar a todas horas. -Es imposible describir el uso que hizo de los ojos al pronunciar estas palabras-. Bajad, por favor.

-¡Oh, Simon! -dijo Miggs con zalamería- eso es peor, porque sé que si bajo vos os acercaréis y...

-¿Y qué, adorada Miggs? -dijo Tappertit.

-Y trataréis -dijo Miggs histéricamente- de besarme o de hacerme alguna maldad; sé que lo intentaréis.

-Os juro que no -respondió Tappertit sin vacilar-. Os juro por mi alma que os respetaré. Va a hacerse de día y pueden sorprenderme. Angélica Miggs, si os dignáis bajar y abrirme la

ventana de la tienda, os prometo sincera y lealmente que no lo haré.

La señorita Miggs, cuyo corazón se había enternecido, no esperó al juramento -sabiendo sin duda cuán poderosa era la tentación y temiendo que pudiera faltar a su palabra-; bajó precipitadamente la escalera y con sus bellas manos levantó la pesada barra de la ventana de la tienda. Después de haber ayudado al aprendiz a entrar, articuló con voz débil las palabras: ¡Simon, os habéis salvado! y, cediendo a su naturaleza femenina, perdió inmediatamente el sentido.

-Ya sabía yo que esto pasaría -dijo Simon algo avergonzado por aquel incidente inesperado-. Yo tengo la culpa, pero ¿qué puedo hacer? Si no le hubiera lanzado mi mirada no habría bajado. Veamos, sosteneos un momento tan sólo, Miggs. ¡Qué resbaladiza es esta mujer! No hay forma de sostenerla con comodidad. Sosteneos un minuto, Miggs.

Pero como Miggs continuaba sorda a sus súplicas, Tappertit la apoyó en la pared, como lo hubiera hecho con un bastón o un paraguas, hasta que dejo bien cerrada la ventana. Entonces volvió a tomarla en sus brazos y en pequeños intervalos y con gran dificultad, debido a que ella era de elevada estatura y él muy diminuto, y tal vez también a causa de la particularidad de su fisonomía, sobre la que él se había pronunciado ya, acabó por subir los tres tramos de la escalera, y volvió a dejarla, como un paraguas o un bastón, delante de la puerta de su aposento.

-Puede ahora ser tan desdeñoso como quiera -dijo Miggs, que volvió en sí tan pronto como se vio sola-, pero poseo su secreto y no podrá resistirse ni aunque fuera veinte Simons.

X

Era una de esas mañanas tan frecuentes a principios de la primavera, cuando el año, inconstante y voluble en su juventud como todas las demás criaturas de este mundo, está aún indeciso sobre si debe retroceder hasta el invierno o avanzar hasta el verano, y en su duda se inclina ahora hacia el uno, ahora hacia el otro, ahora hacia los dos a un tiempo, haciendo la corte al verano bajo el sol, y rezagándose en el invierno a la sombra; en una palabra, era una de esas mañanas en que el tiempo es, en el breve espacio de una hora, cálido y frío, húmedo y seco, claro y sombrío, triste y alegre. John Willet, que estaba quedándose dormido cerca del caldero de cobre, se despertó al rumor de los pasos de un caballo y, asomándose a la ventana, vio que se paraba a la puerta del Maypole un viajero de elegante apariencia.

No se trataba de uno de esos jóvenes frívolos que piden una jarra de cerveza caliente y se

instalan como si estuvieran en su casa del mismo modo que si hubieran pedido un tonel de vino; tampoco uno de esos audaces jóvenes que se pavonean y que se introducirían incluso en el interior de la barra -ese solemne santuario- y, golpeando la espalda del viejo John Willet, le preguntarían si nunca había en la casa alguna muchacha hermosa, y dónde escondía a sus pequeñas camareras, con un centenar de otras impertinencias de esta misma naturaleza; tampoco uno de esos compañeros despreocupados que se raspan las botas sobre el morillo de la sala común y dan escasa importancia a las escupideras; ningún joven gallardo sin escrúpulos de los que exigen chuletas imposibles y cogen un número sin precedente de pepinillos dándolos por gratuitos. Se trataba de un caballero serio, grave, plácido, que había superado en algo la flor de la vida, pero todavía bien tieso en su montura, por cierto, y esbelto como un sabueso. Montaba un robusto caballo castaño, y su apostura sobre la silla tenía la elegancia de

un jinete experimentado; del mismo modo, su indumentaria de viaje, aunque carecía de esos adornos de petimetre que tanto estaban de moda, era elegante y había sido elegida con tino. Llevaba un abrigo de montar de un color verde un tanto más brillante de lo que se podría haber esperado que satisficiera el gusto de un caballero de su edad, con una capa corta de terciopelo negro, y bolsillos y puños bordados, todo de aire vistoso; su camisa de lino era también de la mejor calidad, trabajada con un rico motivo en muñecas y cuello, y escrupulosamente blanca. Aunque parecía, a tenor del barro del que se había ido manchando a lo largo del camino, que procedía de Londres, su caballo estaba tan suave y fresco como su propia peluca gris hierro. Ni el hombre ni el animal se habían desgreñado en lo más mínimo, y aparte de los faldones mojados y las salpicaduras, aquel caballero, con su rostro radiante, sus dientes blancos, su vestimenta en perfecto aliño y su completa tranquilidad, parecía poder proceder di-

rectamente de una esmerada y detenida sesión de baño y afeite para posar para un retrato ecuestre ante la verja de John Willet.

No cabe suponer que John observara estos diversos hechos de otro modo que muy lentamente, paso a paso, o que se percatara de más de medio a un tiempo, o que incluso se hubiera podido dar cuenta de estar haciéndolo sin tener antes que pensarlo con total detenimiento. En realidad, si hubiera sido distraído en el primer momento por preguntas y órdenes, habría tardado al menos dos semanas en percatarse de todo lo que está aquí escrito; pero sucedió que el caballero, sorprendido por la vieja casa o por las gordezuelas palomas que revoloteaban y hacían reverencias alrededor de ella, o por el alto mayo, o por la veleta que había en lo alto de él, que llevaba sin funcionar quince años, interpretando un perpetuo paseo al ritmo de sus propios crujidos, se detuvo un instante para mirar a su alrededor en silencio. De ahí que John, con una mano sobre la brida del caballo y

los grandes ojos posados en el jinete, al no suceder nada que pudiera interrumpir sus pensamientos, había conseguido meter alguna de estas pequeñas circunstancias en su cerebro cuando fue invitado a hablar.

-Bonito lugar -dijo el caballero con una voz tan armoniosa como el conjunto de su indumentaria-. ¿Sois el posadero?

-Y servidor vuestro, caballero -respondió John Willet.

-¿Podéis mandar que cuiden bien de mi caballo, que me den de comer cualquier cosa con tal que sea pronto, y ofrecerme un cuarto decente? Supongo que no faltarán habitaciones en esta espaciosa casa -dijo el forastero, recorriendo nuevamente con la mirada el exterior del edificio.

-Tendréis, caballero -repuso John con una prontitud sorprendente-, todo lo que deseéis.

-Es una suerte que me dé por satisfecho fácilmente -dijo el jinete sonriendo-, pues de lo

contrario tal vez no saldríais airoso de vuestra promesa.

Y al mismo tiempo desmontó con el auxilio del banco de piedra que había junto a la puerta.

-¡Eh! ¡Hugh! -gritó el posadero-. Perdonad, caballero, si os hago estar de pie en la puerta, pero mi hijo ha ido a Londres por ciertos negocios y, como el muchacho me es tan útil, me encuentro en un apuro cuando no está en casa. ¡Hugh! Este mozo es un perezoso, un vago, una especie de gitano que se pasa la vida durmiendo al sol en el verano y en la paja en el invierno. ¡Hugh! ¡Que haya de esperar por él un caballero! ¡Hugh! Quisiera que en vez de dormido estuviera muerto, sí, lo quisiera.

-Tal vez lo esté -dijo el caballero- porque si estuviera vivo supongo que os habría oído a estas alturas.

-Cuando se halla en sus accesos de pereza, duerme tan profundamente -dijo el posadero, encendido como la grana- que no se despertaría

aunque le arrojaseis balas de cañón en los oídos.

El caballero no hizo ninguna observación sobre esta novedosa cura para la somnolencia y receta para infundir vitalidad, y siguió en la puerta de pie y cruzado de brazos. Parecía divertirse en extremo viendo al viejo John con las riendas en la mano, vacilando entre una violenta tentación de abandonar el caballo a su destino y cierto impulso a introducirlo en la casa y encerrarlo en el comedor mientras se ocupaba de su dueño.

-¡Los diablos se lleven a ese holgazán! ¡Ah!, ya viene -gritó John, que había llegado al cenit de su desesperación-. ¿No me oías, tunante?

El personaje a quien se dirigía no contestó, pero apoyando la mano en la silla, montó de un salto, dirigió el caballo hacia la caballeriza y desapareció en un momento.

-Parece bastante listo cuando está despierto -dijo el caballero.

-Bastante listo -repuso John mirando el sitio donde antes estaba el caballo, como si no comprendiera aún que se había ido de él-. ¡Menudo muchacho! Ahí donde le veis, es vivo como un relámpago. Le miráis y está ahí, volvéis a mirar y ya ha desaparecido.

Tras, a falta de más palabras, haber resumido en este repentino clímax lo que él hubiera querido que fuera una larga explicación acerca de la vida y el carácter de su criado, el oracular John Willet condujo al caballero por la ancha escalera medio derruida al mejor aposento del Maypole.

Era bastante espacioso desde todos los puntos de vista, pues ocupaba todo el ancho de la casa y tenía a ambos lados grandes ventanas en saliente, tan grandes como muchas habitaciones modernas, y en ellas quedaban -si bien rajados, remendados y rotos- algunos cristales tintados con fragmentos de escudos de armas estampados, testimoniando, con su mera presencia, que el primer propietario había hecho

de la mismísima luz una esclava de su casa, y colocado al mismísimo sol en la lista de quienes le adulaban; obligándole, cuando relucía en aquella sala, a reflejar los escudos de su vieja familia, y tomar nuevos tonos y colores para orgullo de ellos.

Pero aquello había sido así en los viejos tiempos, y ahora pocos eran los rayos que entraban y salían como antaño, contando la llana, desnuda, inquisitiva verdad. A pesar de ser la mejor sala de la posada, tenía el melancólico aspecto de la grandeza en decadencia, y era grande en exceso para resultar confortable. Suntuosos tapices herrumbrados, colgando de las paredes; y, todavía más, la herrumbre del vestido de la juventud y la belleza; la luz de los ojos de las mujeres, eclipsando las velas y sus propias y lujosas joyas; el sonido de lenguas gentiles, y música, y los pasos de las jóvenes doncellas que en el pasado habían estado allí y llenado la sala de gozo. Pero todo aquello se había ido, y con ello toda su alegría. No era ya

una casa; los niños ya no nacían y crecían allí; la chimenea habíase vuelto mercenaria -algo que comprar y vender-, una mera cortesana: quien iba a morir, o a sentarse a su lado, o abandonarla, ya le daba lo mismo: no echaba de menos a nadie, ni se preocupaba por nadie, tenía calor y sonrisas iguales para todos. Que Dios ayude al hombre cuyo corazón cambia con el mundo, como una mansión cuando se convierte en posada.

No se había hecho el menor de los esfuerzos por amueblar aquella gélida estancia, pero ante una amplia chimenea se habían colocado, en una alfombra cuadrada, una colonia de sillas y mesas, flanqueadas por un fantasmal biombo guarnecido con figuras sonrientes y grotescas. Después de encender con sus propias manos el haz de leña apilado en la chimenea. el viejo John se retiró para celebrar un grave consejo con su cocinera acerca de la comida del forastero, en tanto que éste, encontrando poco calor en los tizones que aún no se habían encendido, se

asomó a una de las ventanas y se calentó al lánguido resplandor de un frío sol de marzo.

Apartándose de vez en cuando de la ventana para arreglar la leña que chisporroteaba, o para pasear de un extremo a otro de aquel retumbante salón, la cerró cuando todos los tizones estuvieron bien encendidos, y habiendo arrastrado hasta la chimenea el mejor sillón, llamó a John Willet.

-¿Señor? -dijo John.

Quería una pluma, tinta y papel. Había sobre el alto borde de la chimenea un viejo escritorio que contenía entre el polvo alguna cosa que podía en rigor consistir en estos tres artículos, y habiéndolos colocado sobre una mesa, el posadero se retiraba cuando el caballero le hizo un ademán para que se quedase.

-¿Hay cerca de aquí -le preguntó después de haber escrito algunas líneas- una casa que, según creo, llamáis Warren?

Como la pregunta tenía un tono afirmativo, John se contentó con responder inclinando la

cabeza mientras, al mismo tiempo, se sacaba una mano del bolsillo para toser tras ella y después la volvía a su lugar.

-Quisiera que llevaran a esa casa al momento esta nota -dijo el caballero dirigiendo una mirada hacia el papel- y que me trajesen la respuesta. ¿Tenéis algún mensajero?

John permaneció cerca de un minuto pensativo y después contestó afirmativamente.

-Mandadle que suba.

El posadero se vio entonces en el mayor apuro, porque Joe se hallaba fuera de casa y Hugh estaba cuidando el caballo del huésped, pero reflexionó que podía encargar el recado a Barnaby, que precisamente acababa de llegar al Maypole en una de sus excursiones, y que iría a donde le mandasen.

-El caso es -dijo John tras una larga pausa- que la persona que cumpliría más pronto el encargo es una especie de idiota, y aunque tiene los pies ligeros y se puede fiar en él lo mis-

mo que en el correo, porque no es hablador, no sé si será de vuestro gusto.

-¿Os referís -dijo el caballero mirando a John-, os referís a... Barnaby?

-Sí, señor -respondió el posadero, cuya sorpresa dio una singular expresión a sus facciones.

-¿Cómo es que se encuentra aquí? -preguntó el caballero reclinándose en el sillón, hablando con el tono agradable y elegante que había sostenido siempre y conservando en su rostro la misma sonrisa invariablemente dulce y cortés-. Lo vi en Londres ayer noche.

-Tan pronto está aquí como allá -respondió John después de su pausa ordinaria, para que la pregunta tuviera tiempo de penetrar en su cerebro-. Unas veces anda, otras corre. Todo el mundo a lo largo de la carretera lo conoce. A veces va en carro, a veces en coche. Va y viene llueva, nieve o caiga granizo, en la noche más oscura. Nada le da miedo.

-¿Va con frecuencia a Warren? -dijo el caballero con indiferencia-. Me parece haber oído contar a su madre que esa casa es objeto de sus excursiones, pero he hecho poco caso de lo que me decía esa pobre mujer.

-No os equivocáis, señor -respondió John-, va con frecuencia a esa casa. Su padre fue asesinado allí.

-He oído hablar de eso -repuso el caballero sacando del bolsillo con la misma sonrisa un limpiadientes de oro-. Es una desgracia para la familia.

-Una gran desgracia -dijo John con indecisión, como si adivinase que un asunto tan grave debería tratarse con menos ligereza.

-Todas las circunstancias que siguen a un asesinato -continuó el caballero en una especie de soliloquio- son siempre muy desagradables. Tanto movimiento, tanto trastorno, las gentes que entran y salen corriendo, que suben y bajan la escalera, los gritos y los lloros, los cuchicheos, las miradas sombrías o escudriñadoras;

todo esto ha de ser insufrible. Juro por mi honor que no quisiera que semejantes escenas se vieran en casa de ninguno de mis amigos. Es una desgracia, una calamidad. Pero ¿qué queríais decirme, amigo mío? -añadió volviéndose otra vez hacia John.

-Quería decir que la señora Rudge vive de una pequeña pensión que recibe de la familia y que Barnaby está allí de continuo como el gato o el perro de la casa. ¿Le encargo vuestro recado?

-Sí, sí -respondió el huésped-. Por supuesto, que la lleve él. Tened la bondad de hacerle subir para que le ruegue que no se detenga en el camino. Si se opusiera, podéis decirle que se lo pide el señor Chester. Creo que se acordará de mi nombre.

John quedó tan sorprendido al saber quién era su huésped que fue incapaz hasta de expresar su asombro con la mirada o de cualquier otra manera, y salió del salón tan tranquilo e imperturbable como si nada supiera. Se cuenta

que después de haber bajado la escalera, se quedó mirando fijamente el caldero durante diez minutos de reloj, y que durante este tiempo no cesó de negar con la cabeza. Este hecho adquiere carácter de verosimilitud si se le añade la circunstancia de que transcurrió el mismo intervalo antes de que John volviera con Barnaby al salón.

-Acércate, muchacho -dijo el señor Chester-. ¿Conoces al señor Geoffrey Haredale?

Barnaby se puso a reír y miró al posadero como para decirle: «¡Qué pregunta!». John, asombrado de esta falta de respeto, se llevó un dedo a la nariz y negó con la cabeza a manera de muda reconvención.

-Lo conoce, señor -dijo John mirando a Barnaby de reojo y frunciendo el ceño-, tan bien como vos y como yo.

-No tengo el gusto de conocer mucho a ese caballero -repuso el huésped-. Tal vez vuestro caso sea distinto. Por lo tanto hablad sólo por vos, amigo mío.

Aunque dijo esto con la misma afabilidad y la misma sonrisa, John se sintió rebajado y, jurando vengarse en Barnaby del percance, decidió darle una patada a su cuervo en cuanto tuviera ocasión.

-Entrégale esto -dijo el señor Chester, que había doblado la nota y que mientras hablaba le indicaba que se acercase- Entrégaselo al señor Haredale en persona, espera la respuesta y tráemela aquí. En el caso de que el señor Haredale estuviese ocupado, dile... ¿Puede acordarse de un mensaje, posadero?

-Cuando quiere -respondió John-. Creo que éste no lo olvidará.

-¿Cómo podéis estar tan seguro?

John se limitó a señalarle a Barnaby, que estaba en pie con la cabeza inclinada hacia el rostro del caballero que le interrogaba, mirándolo fijamente y haciendo con toda formalidad un ademán que expresaba que había entendido lo que le decía.

-Le dirás, pues, Barnaby, si estuviera ocupado -repuso el señor Chester-, que sería para mí un gran placer que se dignara venir aquí, y que le espero a cualquiera hora esta noche... Supongo que puedo contar con una cama, señor Willet.

-Por supuesto que sí, caballero -respondió éste mientras meditaba en su obtuso cerebro acerca de distintos elogios con intención de escoger uno apropiado a las excelencias de su mejor cama. Pero sus ideas fueron desbaratadas por el señor Chester, que entregó la carta a Barnaby encargándole que partiese al momento.

-¡Rápido! -dijo Barnaby colocándose la carta en el interior del chaleco-. Si queréis ver ligereza y misterio, ¡venid aquí!

Y al decir esto, para consternación de John Willet, colocó su mano sobre la hermosa manga del sobretodo del señor Chester y lo condujo con furtivo paso hacia una de las ventanas.

-Mirad hacia allá lejos -dijo en voz baja- y ved cómo se hablan al oído unos a otros, y có-

mo bailan después y saltan para hacer creer que se divierten. ¿Veis cómo se paran un momento cuando presumen que nadie los mira, y charlan otra vez entre ellos, cómo se arrastran y juegan después alegrándose con las maldades que acaban de maquinar? Mirad cómo sé agitan y se hunden... Ya vuelven a pararse y a hablarse al oído con precaución. ¡Qué poco se figuran que más de una vez me he recostado en la hierba para mirarlos! Decidme, ¿qué proyecto maquinan? ¿Lo sabéis?

-No veo más que ropa tendida al sol -dijo el señor Chester-. Está colgada en cuerdas y se agita con el viento.

-¡Ropa! -repitió Barnaby mirándole casi en el blanco de los ojos y retrocediendo-. ¡Ja, ja, ja! En tal caso, vale más ser loco como yo que tener sana la razón como vos. ¿No veis allí seres fantásticos parecidos a los que habitan el sueño? ¿No los veis? ¡Ni ojos en los cristales de estas ventanas, ni espectros rápidos cuando el viento sopla con violencia, ni oís voces en el aire, y no

veis hombres que andan por el cielo! ¡Nada de esto existe para vos! Yo llevo una vida más divertida que vos con toda vuestra razón; sois unos estúpidos. Los hombres de talento somos nosotros. ¡Ja, ja, ja! No me cambiaría por vosotros por todo el oro del mundo.

Y tras pronunciar estas palabras agitó el sombrero sobre la cabeza y desapareció como una saeta.

-¡Extraña criatura, por vida mía! -dijo el señor Chester sacando una caja muy preciosa y tomando un poco de rapé.

-Le falta el discernimiento -dijo John Willet muy lentamente y después de un largo silencio-, eso es lo que le falta. Más de una vez he tratado de infundirle la reflexión y el juicio -añadió el posadero de una manera confidencial-, pero me he convencido de que no es posible.

De poco serviría revelar que el señor Chester se sonrió al oír la observación de John, pues conservaba la misma mirada conciliadora y agradable de siempre. Sin embargo, aproximó

al fuego su sillón como si quisiera insinuar que prefería estar solo, y John salió del salón no teniendo ya excusa razonable para quedarse.

El posadero estuvo muy pensativo mientras se preparaba la comida, y si su cerebro no estuvo nunca menos lúcido en un momento que en otro, es muy natural suponer que debió de turbarse y oscurecerse aquel día a fuerza de negar con la cabeza mientras balbuceaba palabras ininteligibles. Que el señor Chester, conocido en toda la vecindad por ser un enemigo antiguo del señor Haredale, hubiera salido de Londres con el único objeto, según parecía, de verlo, y que hubiera elegido el Maypole como escenario de su entrevista, y hubiese enviado un mensajero, eran otras tantas cuestiones contra las cuales se estrellaba la inteligencia de John. Su único recurso era consultar con el caldero y esperar con impaciencia el regreso de Barnaby.

Pero nunca había tardado tanto Barnaby. Se sirvió la comida al caballero, se levantó la mesa, se puso nueva provisión de leña en la chimenea

del salón, se ocultó el sol, asomó la niebla, se hizo de noche y no apareció Barnaby. Sin embargo, aunque John Willet estaba lleno de asombro y desconfianza, su huésped permaneció sentado en el sillón con una pierna sobre otra, sin más desarreglo al parecer en sus pensamientos que en su traje, y siendo siempre el mismo caballero tranquilo, frío, indiferente y risueño, sin más preocupación que su palillo dorado.

-Mucho tarda Barnaby -dijo John, que aventuró esta observación mientras ponía en la mesa un par de candeleros deslustrados, de tres pies de altura o poco menos, y despabilando las velas que los hacían aún más largos.

-Tarda un poco -repuso el señor Chester con tranquilidad-, pero ya no puede tardar en venir.

John tosió, y al mismo tiempo atizó el fuego.

-Como vuestros caminos no tienen muy buena fama, si he de juzgar al menos por la desgracia de mi hijo -dijo el señor Chester-, y

como no me gustaría recibir un golpe en la cabeza, lo cual no sólo deja a un hombre aturdido, sino que lo pone además en una posición ridícula a los ojos de los que lo recogen, permaneceré aquí esta noche. Me parece que me habéis dicho que podíais disponer de una cama.

-Y una cama, señor -respondió John-, una cama como hay pocas, ni aun en las casas aristocráticas, una cama que, según he oído decir, tiene cerca de doscientos años de antigüedad. Vuestro noble hijo, que es todo un caballero, es la última persona que ha dormido en ella en estos últimos seis meses.

-¡Excelente recomendación! -dijo el caballero encogiéndose de hombros y acercando aún más el sillón al fuego-. Cuidad de que las sábanas estén bien secas, señor Willet, y haced que enciendan un buen fuego en el aposento. Esta casa es húmeda y glacial.

John volvió a atizar la leña más por hábito que por presencia de ánimo o para dar cum-

plimiento a la observación de su huésped, y estaba a punto de retirarse cuando oyó pasos en la escalera. Barnaby entró en el salón casi sin aliento.

-Pondrá el pie en el estribo dentro de una hora -dijo acercándose-, ha estado fuera de casa todo el día, y acaba de llegar hace un minuto, pero se pondrá en camino después de cenar para venir a ver a su querido amigo.

-¿Es ésa su respuesta? -preguntó el señor Chester alzando los ojos, pero sin la más leve turbación, o al menos sin la más leve señal de turbación.

-Toda su respuesta, a excepción de las últimas palabras -dijo Barnaby-, pero vi en su rostro que así lo pensaba.

-Toma, por tu trabajo -dijo el señor Chester dándole dinero-. Eres un buen muchacho, Barnaby.

-Para mí, para Grip y para Hugh -repuso Barnaby tomando el dinero e inclinando la cabeza mientras lo contaba con los dedos-. Grip

uno, yo dos, Hugh tres; lo que queda para el perro, para la cabra y para los gatos. ¡Bien! Creo que lo gastaremos pronto. ¡Mirad, mirad! ¿No veis nada allí los que no estáis locas?

E inclinándose precipitadamente y sentándose con las piernas cruzadas junto a la chimenea, contempló con mirada intensa el humo que subía arremolinándose en una nube densa y negra.

John Willet, que parecía considerarse como la persona a la cual Barnaby hacía particular alusión al hablar de hombres que no estaban locos, miró en la misma dirección que él con una expresión de gravedad.

-Decidme, pues, adónde van al subir con tanta rapidez -preguntó Barnaby-. ¿Por qué se juntan atropellándose unos a otros y por qué corren siempre así? Me reprendéis porque hago lo mismo, pero no hago más que seguir el ejemplo de esos seres activos que me rodean. ¡Miradlos..., miradlos ahora! Se cogen unos a otros por los vestidos, y por deprisa que vayan,

hay otros que los siguen y los alcanzan. ¡Qué alegre baile! Quisiera que Grip y yo pudiéramos correr y volar así.

-¿Qué hay en esa cesta que lleva en la espalda? -preguntó el señor Chester al cabo de algunos momentos, durante los cuales Barnaby estuvo inclinado sobre el fuego mirando hacia el agujero de la chimenea y espiando el humo con ademán formal.

-¿Dentro de la cesta? -dijo Barnaby poniéndose en pie de un salto antes de que John Willet hubiera podido responder, al tiempo que agitaba la cesta-. ¿Por qué callas? -añadió inclinándose hacia la cesta para escuchar-. Di quién eres.

-Un demonio, un demonio -gritó una voz. ronca.

-Mira cuánto dinero, Grip -dijo Barnaby haciendo sonar las monedas en la mano-. ¡Mira cuánto dinero!

-¡Viva, viva, viva! -repuso el cuervo-. No tengas miedo. ¡Valor! ¡Coa, coa, coa!

John Willet, que creía que un caballero que vestía con tanto lujo no podía exponerse a la sospecha de haber estado en relación con personajes tan infernales como el que parecía encerrarse en el cuerpo del cuervo, hizo salir del salón a Barnaby, y se retiró después de hacer el más respetuoso saludo.

XI

Aquella noche había grandes noticias para los clientes habituales del Maypole, que fueron entrando separadamente para ocupar el sitio que les pertenecía en el rincón de la chimenea mientras John les comunicaba con una lentitud de habla muy notable y un cuchicheo apopléjico que el señor Chester estaba solo en el salón y que esperaba a Geoffrey Haredale, al cual había enviado una carta, sin duda una nota de desafío, por medio de Barnaby, que estaba allí presente.

Para un reducido círculo de fumadores y solemnes cotillas, que raramente disponían de nuevos temas de los que hablar, aquella noticia era una perfecta enviada de Dios. He aquí que había un buen misterio, bien oscuro, ocurriendo bajo aquel mismo techo, sentado junto a aquel mismo fuego, por así decirlo, y al alcance de la mano sin esfuerzo ni contratiempo alguno. Es extraordinario el entusiasmo y goce que

ese hecho le infundió a la bebida, y hasta qué punto mejoró el sabor del tabaco. Cada uno de los hombres se fumó su pipa con una cara de grave y profundo placer, y miró a su vecino con una especie de felicitación silenciosa. Sí, reinaba el sentir de que aquél era un día de fiesta, una noche especial: a instancias del pequeño Solomon Daisy, todos los hombres (incluyendo el propio John) desembolsaron seis peniques por un tonel de vino, cuyo contenido fue aderezado con toda la rapidez debida y colocado en medio de todos ellos sobre el suelo de ladrillos, tanto para que pudiera hervir y cocerse como para que su fragante aroma, elevándose entre ellos, y mezclándose con las coronas de humo de sus pipas, les cubriera de una atmósfera deliciosa y singular que dejara fuera de ella al resto del mundo. Incluso el mobiliario de la habitación pareció suavizarse y oscurecerse; el techo y las paredes parecían más negros y mejor barnizados, las cortinas, de un rojo más rubicundo; el fuego quemaba alto y claro, y los grillos en la

chimenea chirriaban con un grado de satisfacción superior al habitual.

Había dos presentes, sin embargo, que mostraron escaso interés por la generalizada satisfacción. De ellos, uno era Barnaby, que dormía o, para evitar ser acribillado a preguntas, simulaba dormir en una esquina de la chimenea; el otro, Hugh, que también dormía, estaba tendido sobre el banco, al otro lado, totalmente iluminado por el fuego resplandeciente.

La luz que caía sobre la figura dormida permitía advertir sus musculosas y agraciadas proporciones. Eran las propias de un joven, de una saludable figura atlética, con la fuerza de un gigante, cuyo rostro quemado por el sol y moreno cuello con el pelo negro habrían podido hacer de él el modelo de un pintor. Mal vestido, con la más ordinaria y tosca indumentaria, con restos de paja y heno -su lecho habitual- colgando aquí y allá y entremezclándose con su desgreñada melena, se había quedado dormido en una postura tan descuidada como su vesti-

menta. La negligencia y el desorden de todo aquel hombre, con algo fiero y huraño en sus rasgos, le daba un aspecto pintoresco que atraía las miradas incluso de los clientes del Maypole, que lo conocían bien, e hicieron que Parkes dijera que Hugh parecía aquella noche mas que nunca un ladronzuelo granuja.

-Supongo que espera aquí -dijo Solomon- para encargarse del caballo del señor Haredale.

-En efecto -repuso John Willet-. Ya sabéis que raras veces está en casa, y que le gusta más vivir entre caballos que entre hombres, de modo que casi lo considero como un animal.

Y acompañando esta opinión con un encogimiento de hombros que parecía querer decir «No podemos esperar que todo el mundo sea como nosotros», John volvió a ponerse la pipa en la boca y fumó como quien está convencido de su superioridad sobre la mayor parte de los hombres.

-Ese muchacho -dijo John quitándose nuevamente la pipa de sus labios, después de un

entreacto bastante largo y designando a Hugh con el tubo-, aunque tiene todas sus facultades intelectuales puestas en botellas bien tapadas, si así puedo expresarme....

-¡Muy bien! -dijo Parkes inclinando la cabeza-. ¡Excelente expresión! John, veo que estáis esta noche inspirado, y pobre del que se atreva a llevaros la contraria, porque lo estrangularéis a fuerza de argumentos.

-Poned tiento en vuestras palabras -dijo Willet sin agradecer el cumplido-, y cuidad de que no seáis vos el primero al que estrangule, pues sabed que lo haré si me interrumpís cuando hablo. Ese muchacho, decía, aunque tiene todas sus facultades intelectuales dentro de su cabeza puestas en botellas bien tapadas, es tan idiota como Barnaby. ¿Y por qué es un idiota?

Los tres amigos negaron con sus cabezas y se miraron como para decir, sin tomarse el trabajo de desplegar los labios: «¿No advertís qué filósofo es nuestro amigo?».

-¿Por qué es un idiota? -repuso John dando un golpe en la mesa con la palma de la mano-. Porque no le destaparon las facultades intelectuales cuando era niño. ¿Qué hubiera sido de todos nosotros si nuestros padres no nos hubieran destapado las facultades? ¿Qué hubiera sido de mi Joe si yo no se las hubiese destapado? ¿Me comprendéis, señores?

-Perfectamente -respondió Parkes-. Proseguid, John.

-Por consiguiente -continuó el posadero-, ese muchacho, cuya madre, cuando él era muy niño, fue ahorcada con otros seis de su ralea por haber utilizado billetes de banco falsos, y es un consuelo el pensar cuántas personas son ahorcadas cada semana por un motivo u otro, porque esto prueba la vigilancia paternal de nuestro gobierno; ese muchacho, que quedó desde entonces abandonado a sí mismo, que tuvo que guardar vacas, servir de espantajo a los pájaros, o hacer quién sabe qué para ganarse el sustento, que llego a cuidar los caballos y

con el tiempo a dormir en los pajares en vez de acostarse al raso y en las márgenes de los caminos, hasta que por último entró de mozo en el Maypole por la comida, casa y una módica suma anual; ese muchacho que no sabe leer ni escribir, que nunca ha tratado más que con animales y que ha vivido siempre del mismo modo que los animales, es por lo tanto un animal, y- añadió John Willet deduciendo de sus premisas la conclusión lógica- debe ser tratado como tal.

-Willet -dijo Solomon Daisy, que había manifestado alguna impaciencia al ver que se mezclaba un asunto tan indigno en el interesante tema de su conversación-, cuando ha llegado el señor Chester esta mañana, ¿ha pedido la sala principal?

-Sí, ha declarado que quería un aposento espacioso.

-¿Queréis que os diga la verdad? -añadió Solomon hablando en voz baja y con aspecto muy

grave-. Él y el señor Haredale van a batirse en desafío.

Todo el mundo miró a Willet después de esta insinuación alarmante. John Willet miró el fuego sopesando en su propia mente las consecuencias que semejante acontecimiento tendría para su establecimiento.

-Es posible -dijo-, y casi estoy seguro. Me acuerdo de que la última vez que he subido al salón había colocado los candeleros sobre la chimenea.

-Pues en tal caso es tan evidente -repuso Solomon- como que Parkes tiene la nariz en la cara.

Parkes, cuya nariz era muy abultada, se la frotó y estuvo tentado de ver en esta comparación una alusión personal.

-No lo dudéis -dijo Solomon-, se batirán en esa sala. Como habréis leído en los periódicos, son muy comunes los desafíos entre caballeros en los cafés, sin testigos. Uno de ellos quedará herido o tal vez muerto en esta posada.

-¿Es decir que la carta que llevó Barnaby era una carta de desafío? -preguntó John.

-Y contenía una tira de papel con la medida de su espada. Apostaría una guinea a que le ha enviado esa tira de papel. Por otra parte, ya conocemos el genio del señor Haredale, y nos habéis contado lo que ha dicho Barnaby de sus miradas cuando ha traído la respuesta. Creed-me, vamos a presenciar un desafío.

El ponche no había tenido sabor, y el tabaco no había sido más que un vil producto del suelo inglés, comparado con el sabor que tenían en ese momento. ¡Un desafío en el salón del primer piso! ¡La mejor cama de la posada pedida de antemano para el herido!

-Pero ¿será con espada o con pistola? -dijo John.

-¿Quién lo sabe? Tal vez será con ambas -repuso Solomon-. Esos caballeros ciñen espada y pueden llevar fácilmente un par de pistolas en los bolsillos; sí, es probable que las lleven.

Así pues, si disparan sin herirse, entonces desenvainarán y se batirán en toda regla.

Una nube pasó sobre el rostro de John Willet cuando reflexionó sobre los cristales rotos y las cortinas desgarradas, pero explicándose a sí mismo que uno de los adversarios probablemente sobreviviría y pagaría los daños, su fisonomía recobró la serenidad.

-Y además -dijo Solomon mirando uno tras otro a sus amigos- tendremos entonces en el piso del salón una de esas manchas que no se borran nunca. Si el señor Haredale triunfa, creed que será una mancha profunda, y si pierde, será más profunda aún, porque no cederá hasta que se hayan agotado sus fuerzas. Lo conocemos muy bien, ¿no es cierto?

-¡Oh!, sí, lo conocemos -repitieron todos a coro y en voz baja.

-En cuanto a que la mancha de sangre desaparezca -continuó Solomon-, os aseguro que es imposible. ¿No sabéis los esfuerzos que se han hecho en cierta casa que todos conocemos?

-¡Warren! -exclamó John-. Es verdad.

-Sí, es verdad, es verdad. Y eso que lo saben muy pocas personas, pero a pesar del sigilo que se ha guardado, es algo que ha dado mucho que hablar. Un carpintero cepilló el suelo para sacarla, pero en vano, el cepillo profundizó sin que se borrase la mancha. Entonces se pusieron tablas nuevas, y sin embargo la sangre penetró la madera y apareció en el mismo sitio. ¡Oíd..., acercaos! Habéis de saber que el señor Hareda-le convirtió ese aposento en gabinete de estu-dio, y se sienta allí teniendo siempre, según he oído contar, el pie sobre la mancha, porque está convencido, después de haberlo reflexionado durante mucho tiempo, de que no se borrará hasta que haya descubierto al que cometió el crimen.

Terminaba este relato y se acercaban todos al fuego en circulo, cuando se oyó a lo lejos el trote de un caballo.

-¡Ya ha llegado! -exclamó John levantándose con precipitación-. ¡Hugh! ¡Hugh!

Hugh se puso en pie de un salto y siguió al posadero. John volvió pocos momentos después introduciendo con demostraciones de extrema deferencia (porque el señor Haredale era el propietario de la posada) al huésped con tanta ansiedad esperado. Éste entró a grandes pasos en la sala haciendo resonar sus enormes botas en las losas, recorrió con la mirada el grupo que le saludaba y se alzó el sombrero para corresponder a su homenaje de profundo respeto.

-Tenéis aquí, Willet, un caballero que me ha enviado una carta -dijo con una voz cuyo timbre era naturalmente grave y severo-. ¿Dónde está?

-En la sala efe arriba, señor -respondió John.

-Alumbradme pues, porque creo que la escalera es oscura. ¡Buenas noches, señores!

Hizo entonces un ademán con la mano al posadero para que le precediese, y cuando salió de la sala se oyeron resonar sus botas en la escalera. John estaba tan agitado, que todo lo

alumbraba menos el camino, y tropezaba a cada paso.

-¡Deteneos! -le dijo Haredale cuando llegaron a la puerta de la sala-. Puedo anunciarme yo mismo; ya no os necesito.

Y abriendo la puerta, entró y volvió a cerrar con estrépito. John Willet hubiese intentado tal vez quedarse allí para escuchar, pero como no las tenía todas consigo y por otra parte eran muy recias las paredes, bajó más deprisa de lo que había subido para reunirse en la cocina con sus amigos.

XII

Reinó una breve pausa en el salón principal del Maypole mientras el señor Haredale se aseguraba de que estaba bien cerrada la puerta y, atravesando el espacioso aposento a grandes pasos hasta el sitio en el que el biombo rodeaba un pequeño espacio lleno de luz y de calor, se presentó bruscamente y en silencio delante del sonriente huésped.

Si estos dos hombres no albergaban más simpatía en sus pensamientos íntimos que en su exterior, su entrevista no prometía ser muy tranquila ni muy agradable. Sin que mediara entre ellos una marcada diferencia de edad, eran en todos los demás conceptos tan distintos y opuestos como pueden serlo dos hombres. El primero tenía un hablar dulce, una forma delicada y una correcta elegancia; y el segundo, corpulento, cuadrado por su base, vestido con descuido, rudo y brusco en sus maneras y de un aspecto severo, tenía en aquella ocasión una

mirada tan áspera como su lenguaje. El uno conservaba una apacible sonrisa y el otro un fruncimiento de cejas lleno de desconfianza. El recién llegado parecía en verdad que trataba de manifestar con cada uno de sus acentos y ademanes su antipatía decidida y su hostilidad sistemática contra el hombre a quien iba a visitar, y éste parecía conocer que el contraste le era favorable y que esta ventaja le causaba un placer pacífico con el cual se recreaba.

-Haredale -dijo este caballero sin la menor apariencia de embarazo o de reserva-, es un placer veros.

-Dejemos a un lado los cumplidos, que son inútiles entre nosotros -respondió Haredale levantando la mano-. Decidme únicamente lo que tenéis que decirme. Me habéis pedido una entrevista, y he venido. ¿Para qué nos encontramos cara a cara?

-Por lo que veo, conserváis el mismo carácter franco e impetuoso de siempre.

-Bueno o malo, siempre he sido el mismo -respondió Haredale apoyando el brazo en el borde de la chimenea y lanzando una mirada altanera al que estaba sentado en el sillón-. No he perdido mis antiguas simpatías y antipatías, y mi memoria lo recuerda todo sin perder un ápice. Me habéis pedido una entrevista, y repito que aquí me tenéis.

-Nuestra entrevista, Haredale -dijo el señor Chester dando un golpecito sobre su caja de rapé y acompañando con una sonrisa el ademán de impaciencia que había hecho Haredale llevándose instintivamente la mano al puño de su espada-, será pacífica.

-He venido aquí -repuso Haredale- según vuestro deseo, y no he venido para perder el tiempo en cumplidos ociosos ni en vanas protestas. Sois un hombre del gran mundo, de lengua dorada, y confieso que en el terreno de las palabras no puedo batirme con vos. Os aseguro que el último hombre con quien trabaría un combate de dulces cumplidos y de falsas sonri-

sas es el señor Chester; no me es posible defenderme con tales armas, y tengo motivos para creer que pocos hombres os ganarían en una lucha de elocuencia.

-Me hacéis mucho honor, Haredale -repuso el señor Chester con la mayor calma-, y os doy las gracias. Seré franco con vos.

-¿Qué habéis dicho?

-Que seré franco, completamente honesto.

-¡Ah! -exclamó el señor Haredale soltando una carcajada-. Pero proseguid, proseguid.

-Estoy resuelto -añadió el señor Chester después de beber un poco de vino con aire circunspecto- a no armar una contienda con vos y a no dejarme arrastrar a alguna expresión violenta o a alguna palabra aventurada.

-Situación en la cual me encontraría de nuevo en inferioridad -dijo el señor Haredale-. Vuestra contención...

-No puede alterarse cuando sirve para mis designios, querréis decir -repuso el señor Chester, interrumpiéndole con amabilidad-. No lo

niego; tengo actualmente un designio, y vos tenéis otro. Estoy seguro de que nuestro objetivo es el mismo. Permitid, pues, que lo consigamos como hombres razonables que han dejado de ser niños hace mucho tiempo. ¿Queréis beber?

-Yo no bebo más que con mis amigos -respondió Haredale.

-Al menos os dignaréis tomar asiento dijo el señor Chester.

-Estoy bien en pie -repuso con impaciencia Haredale-, y aunque este aposento está desmantelado y es miserable, no mancharé su decadencia con la hipocresía. Continuad.

-Os equivocáis Haredale -dijo el señor Chester cruzando las piernas y sonriendo mientras sostenía el vaso en alto ante la brillante llama de la chimenea-. Estáis en un error; el mundo es un teatro móvil en el que debemos colocarnos según las circunstancias, navegar con la corriente con tanta comodidad como sea posible y contentarnos con tomar la espuma por la sus-

tancia, la superficie por el fondo y la moneda falsa por la buena. Me asombra que ningún filósofo haya probado nunca que nuestro globo es hueco como todo lo demás, pues presumo que ha de serlo si la naturaleza es consecuente en sus obras.

-¿Creéis que lo es?

-Lo afirmaría -repuso bebiendo el vino a pequeños sorbos- y hasta diría que no cabe la menor duda. En cuanto a nosotros, al jugar con este cascabel, hemos cometido la torpeza de tropezar y de enemistarnos. No somos lo que en el mundo se llama dos amigos, pero no por eso dejamos de ser amigos tan buenos, tan verdaderos y tan afectuosos como las nueve décimas partes de los que llevan este título. Tenéis una sobrina, y yo tengo un hijo, un buen muchacho, Haredale, pero algo loco. Han dado en la manía de amarse, y forman lo que este mismo mundo llama una pareja adorable, cierta cosa caprichosa y falsa, como todo lo demás, y a la que bastaría con que la abandonaran a su

destino para que estallase muy pronto como una burbuja. Pero podemos no abandonarlos a su destino; la cuestión es la siguiente: ¿debemos nosotros dos, porque la sociedad nos llama enemigos, mantenernos a distancia y tolerar que se arrojen en los brazos del otro, siendo así que, acercándonos razonablemente como ahora lo hacemos, podemos impedirlo y separarlos?

-Amo a mi sobrina -dijo el señor Haredale tras un breve silencio-. Es una palabra que tal vez suene extraña a vuestros oídos, pero os repito que la amo.

-¿Y por qué ha de sonarme extraña? Nada de eso -dijo el señor Chester llenando el vaso con indolencia y quitándose de la boca el monda-dientes-. También yo siento afecto por Ned o, como vos decís, lo amo; es la palabra que se usa entre parientes próximos. Tengo gran cariño por él; es un buen tipo, amable, nada tonto, si bien un poco débil y exaltado; pero lo cierto es, Haredale, porque seré franco como os lo he prometido, que dejando a un lado cierta repug-

nancia que podríamos tener vos y yo en emparentar, y aparte de las diferencia religiosas que existen entre nosotros, lo cual, maldita sea, es muy importante, no puedo consentir semejante enlace. Ni Ned ni yo podemos. Es imposible.

-Refrenad la lengua en nombre del cielo si esta conversación ha de durar -dijo Haredale con tono de reto-. Os he dicho que amo a mi sobrina. ¿Creéis por lo tanto que podría dar su corazón a un hombre por cuyas venas circulara sangre vuestra?

-Ya veis -repuso el señor Chester- la ventaja que hay en ser franco y sincero. Eso es precisamente lo que iba a añadir; os lo juro por mi honor. Amo en extremo a Ned, pero aunque pudiéramos permitirnos tal cosa, siempre quedaría en pie esta objeción, que considero insuperable. ¿No queréis un poco de vino?

-Escuchad con atención -dijo el señor Haredale acercándose a la mesa y apoyando sobre ella con fuerza la mano-, si algún hombre cree o se atreve a creer que yo en mis palabras, en mis

acciones o en mis ilusiones más extravagantes he abrigado jamás la idea de favorecer el amor de Emma Haredale por alguien tan próximo a vos, le digo en voz alta que miente, que miente, ¿lo oís?, y que me ofende con sólo creerlo.

-Haredale -repuso el señor Chester mostrando su asentimiento con un gesto de cabeza-, es en extremo noble y varonil, es realmente muy generoso el que me habléis como lo hacéis, con franqueza y con el corazón en la mano. Os juro que esos mismos pensamientos son los míos, pero los expresáis con más energía de lo que sería yo capaz. Ya conocéis mi carácter indolente, y confío en que me lo perdonaréis.

-Por decidido que esté a prohibir a mi sobrina toda correspondencia con vuestro hijo y a romper sus relaciones aunque cause la muerte cíe Emma -dijo Haredale, que se paseaba de un extremo a otro del salón-, quisiera emplear en esta resolución toda la bondad y todo el cariño que me sea posible. Tengo que corresponder a una confianza que mi carácter no puede com-

prender, y por este motivo, la simple noticia de que existe entre ellos el amor cae sobre mí esta noche casi por vez primera.

-No puedo expresar el placer que me causa -repuso el señor Chester con su tono más amable- ver confirmadas así mis impresiones personales. Ya reconocéis cuán ventajosa es nuestra entrevista. Nos comprendemos mutuamente, estamos completamente de acuerdo, nos hemos explicado satisfactoriamente y sabemos la marcha que debemos seguir. Pero por qué no probáis el vino de vuestro arrendatario. Es excelente.

-¿Quién ha ayudado a Emma o a vuestro hijo?-preguntó el señor Haredale-. Decídmelo, por favor. ¿Quiénes son sus agentes?

-Todas las buenas gentes de la comarca, la vecindad en general, según creo -respondió el señor Chester con su más afable sonrisa-. El mensajero que os he enviado hoy se distingue entre todos los demás.

-¿El idiota? ¿Barnaby?

-¿Eso os admira? Lo creo, porque yo también estoy admirado. He arrancado este secreto a su madre, que es una mujer muy razonable, y por ella he sabido principalmente cómo se han formalizado esos amoríos. Hecho este descubrimiento, me he apresurado a venir aquí y tener con vos una conferencia en este terreno neutral. Estáis más gordo que antes. Haredale, pero no habéis desmejorado.

-Creo que hemos terminado lo que nos ha traído aquí -dijo el señor Haredale con una impaciencia que no se tomaba el trabajo de ocultar-. Confiad en mí, señor Chester; mi sobrina cambiará desde hoy. Apelaré -añadió bajando la voz- a su corazón de mujer, a su dignidad, a su orgullo y a su deber.

-Lo mismo haré yo con Ned -dijo el señor Chester volviendo a poner en su sitio dentro de la chimenea, con la punta de la bota, algunos trozos de leña-. Si alguna cosa real hay en el mundo son estos sentimientos tan bellos y estas obligaciones naturales que deben existir entre

un padre y un hijo. Le plantearé la cuestión desde el doble punto de vista del sentimiento moral y religioso, y le demostraré que de ningún modo podemos consentir tal enlace; que siempre he aspirado a un buen casamiento para él, para proveerme en el otoño de la vida; que hay un gran número de acreedores que pagar, cuyas reclamaciones están perfectamente fundadas en derecho y en justicia y que deben satisfacerse con la dote de su mujer; y en una palabra, que los sentimientos más elevados y más honrosos de nuestra naturaleza, todas las consideraciones de deber y de amor filial y todas las demás cosas de la misma clase exigen imperiosamente que se case con una rica heredera.

-¿Y que destroce el corazón de Emma cuanto antes pueda? -dijo el señor Haredale poniéndose los guantes.

-En eso hará lo que mejor le parezca -dijo el señor Chester bebiendo a pequeños sorbos-; eso es cosa suya y yo me lavo las manos. Por nada en el mundo quisiera mezclarme en los asuntos

de mi hijo más allá de cierto punto. Ya sabéis que el parentesco entre padre e hijo es positivamente un lazo sagrado... ¿No me haréis el favor de beber un vaso de vino? Bien, como gustéis..., como gustéis -añadió sirviéndose a sí mismo.

-Chester -dijo Haredale tras un breve silencio durante el cual dirigió penetrantes miradas al rostro risueño de su interlocutor-, tenéis la cabeza y el corazón de un genio maléfico, dispuesto a engañar en toda ocasión.

-Brindo a vuestra salud -dijo el señor Chester con una inclinación de cabeza con la cual parecía darle las gracias-. Hablad con toda franqueza, continuad.

-Si viéramos -dijo el señor Haredale- que es ya imposible separarlos y romper sus relaciones; si fuera, por ejemplo, difícil para vos el conseguirlo, ¿qué camino os proponéis seguir?

-El más sencillo, el más fácil, el más natural -respondió el señor Chester encogiéndose de hombros y arrellanándose cómodamente en el

sillón-. Desplegaría entonces esas poderosas facultades a las que hacéis tan grandes y lisonjeros elogios, aunque confieso que no los merezco, y recurriría a algunos ardides bastante comunes para excitar los celos y el resentimiento.

-En una palabra, justificando los medios con el fin de separarlos definitivamente, tendremos que recurrir como último extremo a la traición y a la mentira, ¿no es eso?

-No, no tanto -repuso el señor Chester tomando un poco de rapé con voluptuosidad-. Nada de mentiras; únicamente un poco de diplomacia, de intriga, de... ¿Me entendéis?

-Siento mucho no haber podido impedir ni prever siquiera lo que sucede -dijo el señor Haredale dando algunos pasos, parándose y volviendo a andar como quien se siente mal-, pero ya que se ha llegado tan lejos que es menester tener firmeza, de nada serviría retroceder o tener lástima. Bien; secundaré vuestros esfuerzos en cuanto me sea posible; es el único

punto en todo el vasto horizonte del pensamiento humano sobre el cual estamos los dos de acuerdo. Trabajaremos con el mismo objeto, pero separadamente. Espero que no sea necesaria otra entrevista.

-¿Os retiráis ya? -dijo el señor Chester levantándose con graciosa indolencia-. Permitidme que os ilumine hasta el pie de la escalera.

-Hacedme el favor de no moveros -repuso el señor Haredale con desdén-. Ya conozco el camino.

Y acompañando estas palabras con un ligero movimiento de la mano, se puso el sombrero al mismo tiempo que se dirigía a la puerta del salón. Algunos momentos después resonaba en la escalera el rumor de sus pasos precipitados.

-¡Qué hombre tan grosero y brutal! -dijo el señor Chester volviéndose a sentar en el sillón-. Es un tejón con figura humana.

John Willet y sus amigos, que habían estado muy atentos para oír el choque de las espadas o las detonaciones de las pistolas en el salón de la

posada, y que habían arreglado el orden en que se precipitarían en él al primer llamamiento, en cuyo arreglo el viejo John había sabido reservarse la retaguardia, quedaron muy asombrados al ver al señor Haredale que bajaba sin un rasguño, pedía su caballo y se alejaba con aspecto meditabundo. Después de haber reflexionado un rato, decidieron que había dejado al caballero del primer piso por muerto, y que si manifestaba tanta calma, era una estratagema para que nadie pensara en sospechar de él ni en perseguirle.

Como esta deducción les imponía la necesidad ele subir en el acto al salón para cerciorarse, estaban a punto de verificarlo en el orden acordado cuando un campanillazo, bastante fuerte y que parecía indicar suficiente vigor aún en el huésped, echo por tierra todas sus conjeturas y los abismó en la mayor incertidumbre. Finalmente Willet consintió en subir escoltado por Hugh y Barnaby, que eran los hombres de más fuerza y robustez que se hallaban en la

sala, los cuales podían acompañarlo con el pretexto de ayudarle a levantar la mesa.

Fortalecido con esta protección, el buen John, con sus anchos carrillos, entró en el salón osadamente avanzando medio paso, y recibió sin temblar la petición de un calzador de botas. Pero cuando Hugh llevó el calzador y el posadero prestó a su huésped sus robustos hombros se observó que mientras éste se quitaba las botas, John Willet miraba con afán, y que sus abultados ojos, mucho más abiertos que de costumbre, parecían expresar alguna sorpresa y cierto chasco al no encontrarlas llenas de sangre. Se proporcionó de este modo la ocasión de examinar al caballero lo más cerca que pudo, esperando descubrir en su cuerpo cieno número de agujeros hechos por la espada de su adversario. No descubriendo sin embargo ninguno y advirtiendo después que su huésped estaba tan sano, tan alegre y tan amable como antes, el viejo John exhaló al fin un profundo sus-

piro, y empezó a pensar que el desafío se había aplazado para otra ocasión.

-Y ahora, Willet -dijo el señor Chester-, si la alcoba está bien caliente podré apreciar el mérito de esa famosa cama.

-La alcoba, señor -respondió John tomando una lámpara e invitando con un codazo a Barnaby y a Hugh a acompañarlos por si repentinamente quedaba aquel hombre desmayado o muerto a causa de alguna herida interior-, la alcoba está caliente como un horno. Barnaby, toma otra lámpara y pasa delante. Hugh, sigue a este caballero con el sillón.

En este orden y llevando para mayor seguridad la lámpara muy cerca del huésped, ora haciéndole sentir el calor en torno de sus piernas, ora exponiéndose a pegar fuego a su peluca, y pidiéndole sin cesar perdón con gran torpeza y mucho embarazo, condujo John al señor Chester hasta la alcoba en la cual había una enorme y antigua cama monumental, cubierta con colgaduras ajadas y adornada en cada pilar

esculpido con un copete de plumas que debieron de ser blancas, pero que el tiempo y el polvo habían convertido en penachos de coche fúnebre.

-Buenas noches, amigos -dijo el señor Chester con grata sonrisa y sentándose en el sillón después de examinar con la mirada toda la alcoba-. Buenas noches, Barnaby. Supongo que rezas tus oraciones antes de acostarte.

Barnaby hizo un ademán afirmativo.

-Reza unas necedades que llama oraciones -dijo John, entrometiéndose-. Me temo que no son muy santas tales oraciones,

-¿Y Hugh? -dijo el señor Chester volviéndose hacia el tosco joven.

-Yo no rezo -respondió-. He oído rezar a éste -añadió señalando a Barnaby-, y me gustan sus oraciones. A veces las canta en el pajar, y yo le escucho.

-Caballero, este muchacho es un animal -dijo John al oído de su huésped con dignidad-. Perdonadle, porque si tiene alma, de seguro que es

tan pequeña que no rige lo que hace o lo que no hace. ¡Buenas noches, caballero!

-¡Que Dios os bendiga! -respondió el huésped con un gran fervor, y John, después de indicar con la cabeza a sus acompañantes que se retiraran, salió de la alcoba haciendo una reverencia y dejó al huésped para que descansara en el antiguo lecho del Maypole.

XIII

Si Joseph Willet, el joven denunciado y proscrito por los Caballeros Aprendices, se hubiera encontrado en casa cuando el amable huésped de su padre se presento en la puerta del Maypole; es decir, si esto no hubiera sucedido por una malicia de la suerte en una de las seis veces al año en las cuales era libre de ausentarse todo el día sin preguntas ni reprensiones, habría conseguido de una manera u otra profundizar en el misterio del señor Chester y descubrir sus intenciones con la misma certeza que si hubiese sido su confidente y consejero. En tal caso, habría avisado a los amantes de la desgracia que les amenazaba, y les habría auxiliado además con diversos consejos tan prudentes como oportunos, porque Joe tenía toda su agudeza, tanto de pensamiento como de acción, todas sus simpatías y sus mejores deseos, a disposición de los dos amantes, y era un firme defensor de su causa. Si esta disposición era debida a

su debilidad por la joven dama, cuya historia la había rodeado en la fantasía de Joe, casi desde la cuna, de circunstancias de inusual interés; o por su amistad con el joven caballero, cuya confianza se había ganado por medio de su sagacidad y presteza y la comisión de diversos e importantes servicios como espía y mensajero; si tenía por fuente alguna de estas circunstancias o la tendencia natural de la juventud, o el constante fastidio y tedio que le provocaba su padre, o cualquier pequeño asunto amoroso que él mismo había ocultado y le hacía sentir un cierto compañerismo en aquella circunstancia, es algo que no es necesario investigar demasiado, especialmente porque Joe no estaba allí, y no había tenido oportunidad en esa ocasión particular de declarar sus sentimientos por un bando o por el otro.

Era, aquel día, 25 de marzo, que, como muchos saben por experiencia propia, es desde tiempo inmemorial un día particularmente desagradable: el día en que vencen los pagos

del primer trimestre del año. John Willet se imponía, el 25 de marzo de todos los años, el religioso deber de saldar sus deudas con un almacenista de vinos y licores del barrio de los negocios de Londres haciéndole entrega de un saco de lienzo que contenía el importe exacto de la suma sin un penique de más ni de menos; y era para Joe el objeto de un viaje tan seguro como que el año llegaría a su fin y volvería el 25 de marzo.

Se hacía el viaje en una yegua vieja, sobre la cual John se había forjado en su mente todo un sistema de ideas de toda clase, como, por ejemplo, que aquella yegua sería capaz de ganar un trofeo si se lo proponía. Sin embargo, nunca se lo había propuesto, y era probable que nunca lo hiciera, pues tenía la friolera de entre catorce y quince años y estaba completamente pelada desde el cuello hasta la cola. Pero a pesar de estas insignificantes imperfecciones, John estaba orgulloso de su yegua, y cuando Hugh la sacó de la caballeriza y la colocó delante de la

puerta, se retiró para admirarla a sus anchas desde el mostrador de la taberna, y escondido allí tras una pirámide de limones, se puso a reír con orgullo.

-Esto es lo que se llama una yegua, Hugh -dijo John cuando recobró suficiente dominio de sí mismo para volver a salir a la puerta-. ¡Qué soberbio animal! Mírale este cuello, mira estos huesos.

En cuanto a huesos, la yegua sin duda los tenía, y así parecía pensarlo Hugh sentado a través de la silla, con el cuerpo perezosamente doblado y tocando casi las rodillas con la barba. El tosco mozo saltó de la silla al ver salir a Joe.

-Cuídala mucho -dijo John sin hacer caso de aquel inferior para dirigirse a la sensibilidad de su hijo y heredero, que se disponía a montar-. Sobre todo no la hagas galopar.

-Trabajo me costaría, padre -respondió Joe dirigiendo a la yegua una mirada de desprecio.

-No me gustan esas contestaciones -respondió el posadero-. ¿Qué animal desearía

montar este caballero? ¿Os parecería poco un asno salvaje o una cebra? ¿Querríais un león rugiente, señor? Cuidado con vuestra lengua, señor.

Cuando John Willet, en sus contiendas con su hijo, había agotado todas las ideas que acudían a su mente, y a pesar de que Joe se mantenía en el más absoluto silencio, terminaba sus filípicas mandándole que callase.

-¿Y qué pretende este muchacho -añadió Willet después de haberlo mirado largo rato con asombro- al ponerse el sombrero así ladeado? ¿Acaso vais a matar al almacenista, caballero?

-No -dijo Joe con cierto desdén-, no voy a matar a nadie.

-¿Qué significa pues ese aire de fanfarrón? -dijo Willet examinándolo de pies a cabeza-. ¿Qué significan esas flores que lleváis en el ojal de la chaqueta?

-Es un ramo -respondió Joe ruborizándose-. No creo que sea un gran pecado llevar flores.

-¡He aquí un mozo entendido en negocios -dijo Willet con sonrisa sarcástica- que supone que los negociantes en vinos y licores hacen caso de ramos!

-Yo no supongo tal cosa -respondió Joe-. Que guarden sus narices rojas para oler sus botellas y tapones. Estas flores son para llevarlas a casa del señor Varden.

-¿Y creéis que a Varden le gustan las flores?

-No lo sé, y a decir verdad me importa muy poco saberlo. Dadme, padre, el dinero, y por el amor de Dios dejadme partir.

-Aquí está, caballerito veamos si lo perdéis. Volved pronto para que pueda descansar mejor la yegua. ¿Oís?

-Sí, lo he oído -repuso Joe- y no dudo que lo necesitará.

-Y no gastes mucho en el Black Lion.

-¿Por qué no me permitís, padre, que lleve algún dinero? -dijo Joe con expresión de tristeza-. ¿Por qué me enviáis a Londres sin concederme más que el derecho de pedir en el Black

Lion una comida que pagaréis la próxima vez que vayáis, como si no tuviera edad suficiente para disponer de algunos chelines? ¿Por qué me tratáis así? Hacéis mal, señor. ¿Creéis que no debo salir nunca del estado de niño?

-¡Permitirle llevar dinero! -exclamó John lleno de asombro-. ¿Qué entiendes, pues, por dinero? ¿Guineas? ¿No llevas dinero? ¿No llevas un chelín y seis peniques?

-¡Un chelín y seis peniques! -repitió su hijo con desprecio.

-Sí, señor -repuso John-, un chelín y seis peniques. Cuando tenía tu edad, nunca había visto tanto dinero reunido. El chelín es para atender a los gastos imprevistos, como por ejemplo si la yegua perdiera una de sus herraduras, y te quedan seis peniques para divertirte en Londres. Te recomiendo sobre todo que subas a la cúpula del Monumento al Gran Incendio y descanses allí un rato. Allí no hay tentaciones, ni mujerzuelas, ni malas compañías. Cuando yo

tenía tu edad, me entretenía subiendo al Monumento.

Joe no dio más respuesta que una señal con la mano a Hugh para que le sujetase la yegua, y montó con una destreza digna de mejor montura. John permaneció en la puerta contemplándolo, o bien contemplando su yegua, porque no tenía bastantes ojos para ella, hasta que su hijo y el animal hacía veinte minutos que habían desaparecido. Entonces empezó a pensar que habían partido y, volviendo a entrar lentamente en la casa, se entregó a un apacible adormecimiento.

La infortunada yegua, la agonía de la vida de Joe, siguió el paso que mejor le pareció hasta que se halló a una distancia respetable del Maypole y, corrigiendo después su andadura de pronto y espontáneamente, tomaron sus piernas un paso que se hubiera considerado en un espectáculo de titiriteros como una torpe imitación de un pequeño trote. Como conocía a fondo a su jinete y sabía hasta sus secretos,

apresuró el paso y se le ocurrió además la idea de tomar una senda que se apartaba del camino y conducía, no a Londres, sino a las inmediaciones del Maypole, retrocediendo por un sendero paralelo a la carretera, y que terminaba en las tapias de una vasta hacienda en la cual se alzaba el edificio de ladrillos del que hemos hablado en el primer capítulo de nuestra historia, la casa Warren. Haciendo alto en un matorral inmediato, la yegua se prestó con el mayor placer a dejar desmontar al jinete, que la ató al tronco de un árbol.

-Espera aquí -le dijo Joe-, porque voy a ver si me dan algún encargo.

Y, tras permitirle que se recrease con el césped y las yerbas que crecían junto al árbol, entró en la hacienda a pie.

La senda, después de algunos minutos, le condujo cerca de la casa, y entonces dirigió una mirada escudriñadora a su alrededor y especialmente hacia una ventana en concreto. Era un edificio lúgubre, silencioso, con patios re-

tumbantes, con torrecillas desmanteladas e hileras enteras de aposentos cerrados que amenazaban ruina.

El jardín, oscurecido por los altos árboles, tenía un aire de melancolía que resultaba muy opresivo. Las grandes verjas de hierro, que no habían sido utilizadas en muchos años, rojas de óxido, caídas sobre sus bisagras y cubiertas por fétidos hierbajos, parecía como si quisieran hundirse en el suelo y ocultar su decadente estado entre la más amistosa maleza. Los fantásticos monstruos de las paredes, verdes a causa de los años y la humedad, y cubiertos aquí y allá de musgo, parecían enfadados y desolados. Tenía un aspecto sombrío incluso la parte de la mansión que era habitada y mantenida en buenas condiciones, que sorprendía al paseante con algo parecido a la tristeza; algo parecido al desamparo y la decadencia, un lugar del que había sido expulsada la alegría. Habría sido difícil imaginar siquiera un brillante fuego ardiendo en las ahora anodinas y oscu-

recidas habitaciones, o vislumbrar cualquier dejo de alegría del corazón, o de jolgorio en las paredes allí encerradas. Parecía un lugar en el que tales cosas habían estado presentes, pero no volverían a estarlo; el mismo fantasma de una casa, rondando su viejo lugar con su viejo aspecto exterior, eso era todo.

Parte muy importante de este aspecto decaído y sombrío podía atribuirse, sin dudarlo, a la muerte de su antiguo dueño y al temperamento de su presente ocupante; pero al recordar la historia que envolvía aquella mansión, parecía el escenario más adecuado para un suceso como aquél, incluso un escenario que había sido predestinado para él desde hacía años y años. Teniendo en cuenta su leyenda, la superficie de agua en la que se había encontrado el cuerpo del mozo parecía transmitir un carácter negruzco y huraño, como ningún otro estanque podría haberlo hecho; la campana situada en el tejado que había contado la historia del asesinato al viento de la medianoche, se había conver-

tido en un mero fantasma cuya voz ponía a quien la escuchara los pelos de punta; y todas y cada una de las ramas sin hojas que se asentían entre sí tenía su sigiloso susurro del crimen.

Joe se paseo de un extremo a otro del camino, parándose en ocasiones y haciendo ver que contemplaba el edificio o el paisaje, apoyándose después en un árbol afectando un aspecto de ociosidad indiferente, pero sin apartar un momento la mirada de la ventana. Al cabo de un cuarto de hora, una blanca mano apareció en la ventana y se agitó hacia él, y el joven hizo entonces un saludo respetuoso, salió de la hacienda y volvió a montar en la yegua diciéndose en voz baja: «No tengo que llevar hoy ningún recado».

Pero el aire de elegancia y el ramo de flores que había criticado John Willet ponían de manifiesto que debía llevar algún recado por su propia cuenta, destinado a alguna persona más interesante que un mercader de vinos y licores o un cerrajero.

En efecto, cuando hubo entregado el dinero al mercader, que tenía su despacho en unas bodegas profundas cerca de Thames Street, un viejo de cara tan rubicunda como si toda su vida hubiese sostenido las bóvedas con la cabeza; cuando hubo tomado el recibo y negándose a beber más de tres vasos de jerez para asombro del rubicundo negociante que había proyectado destapar veinte barriles al menos y que quedó, por así decirlo, clavado en la pared de la bodega; finalmente, cuando hubo terminado su frugal comida en el Black Lion de Whitechapel, despreciando el Monumento y el consejo de John, dirigió sus pasos hacia la casa del cerrajero, atraído por los hermosos ojos de Dolly Varden.

Joe no era tímido, pero cuando llegó a la calle donde vivía el cerrajero, no pudo dirigirse en línea recta hasta la casa. Resolvió primero dar un paseo de cinco minutos a lo largo de la calle, pero perdió más de media hora, y entonces se armó de valor y, como quien se arroja al

agua, penetró en la ahumada tienda con el rostro encendido y el corazón palpitante.

-¿Joe Willet o su sombra? -dijo Varden levantando la cabeza desde una mesa en la que estaba tomando notas y mirándolo a través de sus anteojos-. No hay duda, es Joe en carne y hueso. ¡Bienvenido, muchacho! ¿Cómo están los amigos de Chigwell?

-Como siempre, nos llevamos tan bien como de costumbre.

-¡Bien, bien! -dijo el cerrajero-. Es preciso tener paciencia, Joe, y respetar a los viejos. ¿Cómo está la yegua? ¿Anda sus cuatro millas por hora con tanta facilidad como antes? ¡Ah, Joe! ¿Qué es eso que lleváis en la chaqueta? ¿Es un ramo?

-Son unas pobres flores, señor, y creí que Dolly...

-No, no -dijo Gabriel bajando la voz y negando con la cabeza-, no se las deis a Dolly. Será mejor que se las regaléis a su madre. Su-

pongo que no tendréis inconveniente en regalárselas a mi mujer.

-¡Oh, no, señor! -respondió Joe esforzándose trabajosamente en disimular su disgusto-. Al contrario, será un gran placer para mí.

-Muy bien -dijo el cerrajero dándole una palmada en el hombro-. ¿Seguro que no os importa?

-No, señor.

¡Cómo se ahogaron estas palabras en su garganta! ¡Cómo le desgarraron su enamorado corazón!

-Entrad -dijo Gabriel-, casualmente acaban de llamarme para tomar el té. Ella está en el comedor.

«¡Ella! -pensó Joe-. ¿Cuál de las dos? ¿La madre o la hija?» El cerrajero desvaneció su duda con tanta oportunidad como si hubiera penetrado su pensamiento acompañándolo hasta la puerta y diciendo:

-Querida Martha, viene a verte el hijo del señor Willet.

La señora Varden, que consideraba el Maypole como un antro diabólico donde se pervertía a los maridos, que tenía a su propietario, a toda su familia y a todos sus criados como otros tantos enemigos y tentadores de los cristianos, y que creía además que los publicanos de que habla la Sagrada Escritura eran verdaderos posaderos porque tenían casas públicas, no estaba dispuesta a recibir favorablemente al joven cuya visita le anunciaba su marido. Así pues, a los pocos minutos se desmayó, y cuando Joe le presentó el ramo de flores, reflexionó que estas flores habían sido la causa de su accidente.

-Me es imposible soportar un minuto más la atmósfera que hay aquí -dijo la sensible señora Varden- con estas flores. Dispensadme si las coloco fuera de la ventana.

Joe insistió en que no era necesaria ninguna disculpa y sonrió tristemente cuando vio sus flores entregadas al abandono y al desprecio. Nadie sabrá jamás el trabajo que le había costa-

do componer aquel ramo tratado tan indignamente.

-¡Ah! ¡Qué alivio he sentido quitándome esas flores de la vista! -dijo la señora Varden-. Me encuentro mucho mejor.

Y en efecto, parecía que había recobrado sus sentidos.

Joe manifestó su gratitud hacia la Providencia por un favor tan precioso, y ni siquiera hizo ver que pensaba dónde podía estar Dolly.

-Sois muy malos en Chigwell, Joe -dijo la señora Varden.

-¿Señora?

-Sois las personas más crueles y desconsideradas que hay en la tierra -dijo la señora Varden- y me admira que vuestro padre, habiendo estado casado, no sepa comportarse mejor. Que lo haga por interés no es excusa. Preferiría pagar veinte veces más y que Varden volviese a su casa como debe hacer un hombre sobrio y respetable. Si hay alguien en el mundo que me

repugne de una manera invencible y más que cualquier otro son los borrachos.

-Siendo así, querida Martha -dijo el cerrajero con aire jovial-, manda que nos sirvan el té y no hablemos de borrachos. Aquí no hay ninguno, y no creo que a Joe le interese esta conversación.

En este momento crítico apareció Miggs con las tostadas.

-A buen seguro que no le interesa mucho -dijo la señora Varden-, ni a vos tampoco. No es un tema demasiado agradable, pero no diré que sea una cuestión personal.

Miggs tosió.

-No podrás figurarte nunca, Varden -continuó la señora Varden-, y nadie a la edad de Joe puede naturalmente saberlo, cuánto padece una mujer cuando espera en su casa en tales circunstancias. Si no me creéis, como me lo temo, aquí está Miggs, que lo ha presenciado mas de una vez. Haced el favor de preguntárselo.

-¡Oh!, estuvo muy mala aquella noche, señor, muy mala -dijo Miggs-. Si no fuerais tan dulce como un ángel, señora, creo que no habríais podido soportarlo.

-Miggs -dijo la señora Varden-, habéis dicho una blasfemia.

-Perdonad, señora -repuso Miggs con una estridente rapidez-, no era mi intención, y creo que no es propio de mi carácter, aunque no sea más que una humilde criada.

-Podéis responder, Miggs, sin olvidar el cuidado de vuestra salvación -replicó su dueña mirando en torno suyo con dignidad-. ¿Cómo os atrevéis a hablar de ángeles haciendo alusión a miserables pecadoras como vos y yo? ¿Qué somos -añadió dirigiendo una mirada a un espejo y arreglándose la cinta de la gorra-, qué somos más que gusanos de la tierra?

-No he abrigado nunca, señora, la intención de ofenderos -dijo Miggs confiando en la fuerza de su cumplido y poniendo toda su fuerza en la garganta como de costumbre-, y no esperaba

que se interpretase así lo que he dicho. Sé que soy muy indigna, y no siento más que odio y desprecio por mí misma y por mis semejantes, como es deber de todo buen cristiano.

-Tened la bondad, por favor -dijo la señora Varden con altivez-, de subir a ver si Dolly ha acabado de vestirse, y advertidle que la silla encargada para ella estará aquí dentro de un minuto, y que si hace esperar a esos hombres, los despediré al instante. Estoy enojada al ver que no probáis el té, señor Joe, ni tú, Varden; pero ya se ve, es muy natural, y es una locura por mi parte suponer que las cosas que se toman en casa y en compañía de señoras tengan el menor atractivo para vosotros.

Este pronombre en plural se dirigía a los dos, aunque ni uno ni otro mereciera tan severa acusación, pues Gabriel había atacado la cena con un apetito que prometía hacer terribles estragos en el té y en las tostadas, y a Joe le causaba la compañía de las señoras en casa del cerrajero, o al menos de una parte de ellas, tan-

to placer como era posible inspirar a un hombre en la tierra.

Pero no tuvo tiempo para defenderse, porque en aquel momento apareció Dolly y se quedó mudo y con los ojos deslumbrados ante su belleza. Nunca le había parecido Dolly tan hermosa como entonces, que se hallaba en todo el esplendor y la gracia de la juventud y con todos sus atractivos cien veces multiplicados por un traje que le sentaba a las mil maravillas, por las monadas y movimientos de coquetería y por el carmín que le imprimía en sus mejillas la esperanza del maldito baile de aquella noche. Es imposible explicar cuánto detestaba Joe aquel baile, dondequiera que se celebrara, y a toda la gente que iba a él, quienesquiera que fueran.

Ella apenas lo miró, sí, apenas lo miró, y cuando se vio entrar bamboleando por la puerta de la tienda la silla, se puso a dar palmas y pareció causarle la mayor alegría el marcharse. Pero Joe le ofreció el brazo, lo cual era al menos

un consuelo, y la ayudó a subir a la silla. Verla sentarse dentro, con sus ojos sonrientes más brillantes que diamantes, y su mano -sin duda tenía la mano más hermosa de la tierra- en el alféizar de la ventana abierta, y su dedo pequeño provocadora y pícaramente levantado, como si se preguntara por qué Joe no lo apretaba o lo besaba. Pensar hasta qué punto una o dos campanillas de invierno habrían favorecido a ese delicado corpiño, y cómo estaban tendidas, ignoradas, al otro lado de la ventana de la sala. Ver cómo Miggs miraba con expresión de saber a qué venían tantas atenciones, y de conocer el secreto de todo cuanto sucedía a su alrededor, hasta lo más nimio, y de decir que no era la mitad de lo que podría parecer, y que también podría mirarla a ella si ella así lo quisiera. Oír ese provocador gritito lanzado cuando la silla fue izada sobre sus postes, y captar esa pasajera pero nunca olvidada visión de la cara feliz... Qué tormentos y agravios eran todas esas cosas, y sin embargo qué placer. Incluso los hom-

bres que portaban la silla parecían rivales favorecidos mientras la llevaban calle abajo.

Nunca se había producido en un sitio tan reducido y en tan breve espacio de tiempo un cambio tan completo como el que se observó en el comedor cuando volvieron para seguir tomando el té. Tan sombrío, tan desierto, tan perfectamente carente de encanto. Joe creía que era una necedad seguir allí tranquilamente sentado mientras ella se hallaba en el baile con un número incalculable de pretendientes que revoloteaban a su alrededor, le hacían carantoñas y querían pedirla por esposa. La realidad más espantosa se apareció ante sus ojos cuando sólo vio a Miggs en torno de la mesa, y la existencia de aquella mujer, el fenómeno de que hubiera podido nacer, le parecía, comparado con Dolly, una burla inexplicable y sin objeto. Así pues, le era imposible hablar por más esfuerzos que hacía, y sólo tenía fuerzas para agitar el té con la cucharilla y con la persistencia de una mano

autómata, mientras rumiaba todas las maravillas de la adorable hija del cerrajero.

Gabriel estaba también taciturno. Y como uno de los caracteres del genio voluble de la señora Varden era estar alegre cuando veía tristes a los demás, la señora Varden dijo con una graciosa sonrisa

-Debo de ser sin duda de naturaleza alegre para poder mantener así mi buen humor; a veces no comprendo ni cómo lo hago.

-¡Ah, señora! -dijo Miggs suspirando-, perdonad si os interrumpo, pero hay pocas mujeres como vos en el mundo.

-Llévate todo esto, Miggs -dijo la señora Varden levantándose- veo que sólo sirvo aquí de estorbo, y como deseo que cada cual se divierta a su modo, lo mejor que puedo hacer es retirarme.

-No, no, Martha -dijo el cerrajero-. No te retires; tendríamos un disgusto si te marcharas. ¿No es verdad, Joe?

Joe se estremeció y dijo:

-Sin duda.

-Gracias, querido Varden -repuso su mujer-, pero sé cuál es vuestro modo de divertiros, y que el tabaco, la cerveza y los licores tienen para vosotros atracciones superiores a la compañía de una dama. Me retiro, subiré a mi cuarto y me sentaré junto a la ventana. Joe, he tenido un placer en veros, y siento únicamente no haber podido ofreceros un obsequio más adecuado a vuestro gusto y a vuestro carácter. Saludad de mi parte afectuosamente al señor Willet, y decidle que cuando venga por aquí, tenemos que hablar largo rato. ¡Buenas noches!

Después de pronunciar estas palabras con extremada amabilidad, la buena señora Varden hizo un solemne saludo y se retiró con total serenidad.

¿Para esto había esperado Joe el 25 de marzo durante tantas semanas, había recogido flores con tanto cuidado y se había puesto el traje nuevo? ¿En esto había acabado su atrevida resolución, tomada por enésima vez, de declarar-

se a Dolly y decirle que la amaba? ¡Verla un minuto, nada más que un minuto, y alegre porque se iba, y ser tratado por su madre de malvado, de pervertido y de borracho!

Se despidió de su amigo el cerrajero, y se apresuró a ir a buscar su yegua al Black Lion, pensando, como tantos otros lo habían pensado antes y lo pensarían después, que eran vanas todas sus esperanzas, que iba en pos de un imposible, que para Dolly era como si él no existiera, que sería un desgraciado toda la vida y que el único porvenir que le reservaba su suerte era sentar plaza de soldado o de marino y encontrar algún enemigo dispuesto a traspasarle el cráneo de un balazo tan pronto como fuera posible.

XIV

Joe Willet dejó que la yegua siguiera el paso que se le antojase mientras se imaginaba a la hija del cerrajero bailando interminables contradanzas, girando temiblemente con audaces desconocidos -lo cual le resultaba casi totalmente insoportable- cuando oyó tras él el trote de un caballo. Al volver la cabeza, vio a un jinete vestido con elegancia que avanzaba a medio galope. El desconocido detuvo el caballo al pasar y le llamó por su nombre. Joe espoleó la yegua y se puso al lado del jinete.

-He imaginado que erais vos -dijo quitándose el sombrero-. ¡Hermosa noche! Me alegro de veros de nuevo en campo abierto.

El caballero sonrió y, con una inclinación de cabeza, le dijo:

-¿En qué alegres ocupaciones habéis empleado el día? ¿Está ella tan hermosa como siempre? No tenéis por qué poneros colorado.

-Si estoy colorado, señor Edward -respondió Joe-, no es sino por haber sido un loco abrigando la más leve esperanza. Tan lejos está ella de amarme como yo de tocar el cielo con las manos.

-No creo que estéis tan lejos -dijo Edward, con buen humor.

-¡Ah! -dijo, suspirando-. ¡Es tan fácil bromear cuando no se tiene pesar alguno! Pero hablo en serio, no me ama..., ni siquiera piensa en mí. ¿Vais acaso al Maypole?

-Sí, como no he recobrado aún todas mis fuerzas, me detendré esta noche en vuestra casa, y mañana regresaré a Londres temprano.

-Si no vais deprisa -dijo Joe tras un breve silencio-, si podéis sufrir el paso de esta pobre yegua, será un placer acompañaros hasta Warren y ayudaros a bajar del caballo. Esto os ahorrará el cansancio de ir a pie al Maypole. Puedo detenerme todo el tiempo necesario, porque he salido de Londres antes de lo que tenía calculado.

-Y yo también -repuso Edward-. Aunque sin advertirlo iba a medio galope cuando os he alcanzado, siguiendo, según supongo, el curso de mis pensamientos, que corrían la posta. Iré gustoso con vos, Joe, al paso de vuestra yegua, y será más agradable el camino. ¡Ánimo! Pensad en la hija del cerrajero con ánimo resuelto y llegaréis a conquistarla.

Joe negó con la cabeza, pero había en el tono de estas palabras llenas de ardor y esperanza una expresión tan consoladora que el amante desdeñado abandonó su abatimiento y hasta la yegua pareció animarse, pues dejó su paso modesto y, emprendiendo un trote bastante vivo, rivalizó en agilidad con el caballo de Edward Chester; hubiérase dicho que le gustaba que el corcel hiciera esfuerzos para seguirla.

Era una noche hermosa; el cielo estaba despejado y la luz de la luna nueva, que precisamente asomaba en aquel momento, esparcía a su alrededor esa paz y esa tranquilidad que dan a la noche su más delicioso encanto. Las

largas sombras de los árboles, oscurecidas como si se reflejasen en un agua inmóvil, extendían su alfombra sobre el camino que seguían nuestros viajeros, y la leve brisa soplaba con más suavidad que antes, como para abanicar tan sólo a la naturaleza en su sueño. Poco a poco fueron dejando de hablar y siguieron avanzando juntos en agradable silencio.

-El Maypole está muy iluminado esta noche -dijo Edward cuando pasaron a lo largo de la calle de árboles desde donde se descubría la posada por entre las ramas desnudas.

-Sí, muy iluminado -respondió Joe alzándose sobre los estribos para ver mejor-. Hay luces en el gran salón, y han encendido la chimenea del primer piso. Qué raro. ¿Qué huésped tendremos en casa?

-Algún caballero que iba a Londres y que, habiendo oído contar la historia maravillosa de mi amigo el ladrón, se habrá decidido a pasar la noche en el Maypole.

-Debe de ser una persona de importancia cuando le dan la mejor habitación y vuestra cama.

-No importa, Joe, me arreglaré en cualquier otro cuarto. Pero ya dan las nueve. Apresuremos el paso.

Y emprendieron un trote bastante vivo que pudo sostener la pobre yegua hasta detenerse, antes de llegar a Maypole, en el matorral en el que Joe había dejado por la mañana su montura. Edward desmontó, entregó la rienda a su compañero y se dirigió con paso ligero hacia la casa.

Una criada esperaba en una puerta lateral de la tapia del jardín, y le introdujo sin vacilar. El joven se precipitó a lo largo de la calle de árboles, y subió como una flecha a un ancho vestíbulo que conducía a una sala antigua y sombría, cuyas paredes estaban adornadas con panoplias cubiertas de óxido, de astas de ciervo, de instrumentos de caza y de otros objetos de la misma clase. Hizo entonces una pausa, pero no

fue larga, porque en el momento que miró a su alrededor, como si hubiera pensado que la criada le seguía y se asombrara de que no lo hubiese hecho, apareció una hermosa joven, cuya cabeza de negros cabellos se apoyó muy pronto sobre su pecho. Casi al mismo tiempo una pesada mano asió del brazo a la joven, y Edward vio a su lado al señor Haredale.

Éste clavó en el joven su severa mirada sin quitarse el sombrero y, mientras con una mano apretaba el brazo de su sobrina, con la otra, en la que llevaba el látigo de montar, indicó la puerta a Edward, el cual lo miró también fijamente con actitud altiva.

-Es una verdadera hazaña, caballero, corromper a mis criadas y entrar en mi casa sin llamar y clandestinamente como un ladrón -dijo el señor Haredale-. Salid de aquí, caballero, y no volváis jamás.

-La presencia de la señorita Haredale -repuso Edward- y el parentesco que os une a ella os dan un derecho del cual no abusaréis si

sois un caballero. Vos me habéis obligado a estas entrevistas secretas, y la culpa no es mía, sino vuestra.

-No es generoso ni digno, ni propio de un hombre honrado -respondió Haredale-, forzar el afecto de una joven débil y confiada mientras tenéis la indignidad de sustraeros a la vigilancia de su tutor y protector y no os atrevéis a venir a verla a la luz del día. Nada más os diré, pero repito que os prohíbo la entrada en esta casa y os ordeno que os marchéis.

-No es generoso ni digno, ni propio de un hombre honrado hacer el papel de espía -dijo Edward-. Vuestras palabras ofenden mi honor, y las rechazo con el desprecio que merecen.

-Encontraréis -dijo el señor Haredale con tono tranquilo- a vuestro fiel confidente, que os espera en la puerta por la que habéis entrado. No he hecho el papel de espía, caballero. La casualidad me ha permitido veros cruzar la puerta y os he seguido. Habríais podido oírme llamar cuando entré, si hubierais tenido el paso

menos ligero o si os hubieseis detenido en el jardín. Hacedme el favor de retiraros. Vuestra presencia es aquí ofensiva para mí y penosa para mi sobrina.

Y al pronunciar estas palabras, pasó el brazo en torno al talle de la joven aterrada y bañada en llanto, para atraerla más hacia él, y aunque no se viese alterada la severidad habitual de sus maneras, se percibía sin embargo en su expresión la ternura y la comprensión que le inspiraba el dolor de Emma.

-Señor Haredale -dijo Edward-, rodeáis con vuestro brazo a la mujer en quien he puesto todas mis esperanzas y pensamientos, y por la cual sacrificaría con gusto mi vida si con ello pudiera darle un minuto de felicidad; esta casa es el cofre que encierra la joya más preciosa de mi existencia. Vuestra sobrina ha jurado amarme, y yo he jurado amarla. ¿Qué he hecho yo para que me tengáis en tan poco aprecio y me dirijáis palabras tan descorteses?

-Habéis hecho, caballero -dijo Haredale-, lo que es forzoso deshacer; habéis formado un lazo de amor que es preciso cortar. Repito que es forzoso. Anulo, pues, vuestros juramentos, y os rechazo a vos y a todos los de vuestra familia, por falsos, hipócritas y sin corazón.

-¡Me insultáis, caballero! -dijo Edward con desdén.

-No, mis palabras son formales e hijas de la reflexión, y pronto veréis su efecto. Grabadlas en vuestro corazón.

-Grabad, pues, éstas en el vuestro -dijo Edward-. Vuestro carácter frío y severo que hiela todos los pechos que os rodean, que torna el afecto en temor y el deber en miedo, nos ha reducido a estas relaciones clandestinas, que repugnan a nuestros deseos y nos son más dolorosas que a vos. No soy un hombre falso, hipócrita y sin corazón, y lo sois más bien vos que aventuráis miserablemente esas injuriosas expresiones a despecho de la verdad y bajo el abrigo de los sentimientos que antes os he ex-

presado. No anularéis nuestro juramento; confío en la lealtad y el honor de vuestra sobrina, y desafío vuestra influencia. Me separo de Emana lleno de confianza en su fe pura que nunca llegaréis a doblegar, y no abrigo más pesar que el de no dejarla entregada a cuidados más dignos de ella.

Y Edward se retiró después de aplicar sus labios a la fría mano de Emma, y de volver a cruzar su mirada firme con la de Haredale.

Algunas palabras a Joe al montar a caballo le explicaron suficientemente lo que había sucedido, renovaron toda la desesperación de este joven e hicieron su pena diez veces más abrumadora. Continuaron ambos su camino hacia el Maypole sin pronunciar una palabra, y llegaron a la puerta cada cual con su peso en el corazón.

El viejo John, que había acechado por detrás de la cortina encarnada cuando nuestros jinetes llamaron a Hugh, salió enseguida y dijo a Edward con aire de importancia mientras le sostenía el estribo:

-Está acostado en la mejor cama. Es todo un caballero, el más afable, el más risueño caballero que he tratado en toda mi vida.

-¿Y quién es ese caballero? -dijo Edward con indiferencia mientras desmontaba.

-Vuestro digno padre -respondió John-, vuestro distinguido y venerable padre.

-¿Qué quiere decir? -preguntó Edward, mirando a Joe con una expresión en que el temor se mezclaba con la duda.

-¿Qué queréis decir? -repitió Joe-. ¿No veis que el señor Edward no os entiende, padre?

-¡Cómo! ¿No lo sabíais? -dijo John abriendo los ojos de par en par-. Qué raro... Ha llegado aquí por la tarde, y el señor Haredale ha tenido con él una larga entrevista... Apenas hace una hora que se ha ido.

-¡Mi padre!

-Sí, señor, él mismo me lo ha dicho. Es un caballero muy elegante, airoso, con un traje verde bordado de oro. Está arriba, en vuestro aposento. Podéis ir a verlo y saludarlo -dijo

John retrocediendo algunos pasos y dirigiendo su mirada hacia la ventana-. Aún no ha apagado la luz.

Edward dirigió también su mirada hacia la ventana y, murmurando con voz trémula que había cambiado de parecer, que se había olvidado alguna cosa, y que le era preciso volver a Londres, montó a caballo y se alejó dejando a los Willet, padre e hijo, mirándose con mudo asombro.

XV

El día siguiente al mediodía, el huésped de John Willet se hallaba sentado ante el desayuno en su casa, rodeado de toda clase de comodidades que superaban con mucho las más enérgicas tentativas del Maypole para ofrecer el mejor hospedaje a sus clientes y parecían sugerir ciertas comparaciones no muy favorables para la vetusta taberna.

En el viejo asiento pasado de moda que había junto a la ventana -tan espacioso como muchos de los modernos sofás, y acolchado con el fin de hacer las veces de un lujoso diván-, el señor Chester holgazaneaba, con total comodidad, ante una bien surtida mesa de desayuno. Se había quitado su vestimenta de montar y puesto un elegante batín, se había quitado las botas y puesto unas zapatillas; había sido no poco engorro soportar no tener a mano, al lavarse tras salir de la cama, una maleta llena de ropa y el resto del equipaje, y, habiendo olvi-

dado al rato las incomodidades de pasar la noche fuera y emprender el camino temprano, se encontraba ahora en un estado de perfecta complacencia, indolencia y satisfacción.

La situación en la que se hallaba, en realidad, era particularmente favorable a tales sentimientos; pues, por no mencionar la perezosa indolencia de un desayuno tardío y solitario, con el sedante adicional de un periódico, había además un aire de reposo en toda su morada, peculiar y único, y que la llenaba por entero, incluso en estos tiempos, cuando con frecuencia se encontraba más ajetreada y ocupada que en los días de antaño. Hay, sin embargo, lugares peores que el Temple, en un día de bochorno, en los que gozar del sol, o reposar ociosamente en la sombra. Hay todavía cierta somnolencia en sus patios, y un distraído embotamiento en sus árboles y jardines; los que vagan por sus senderos y plazas pueden incluso oír los ecos de sus propios pasos en las retumbantes piedras y leer en sus verjas, tras cruzar el tumulto

del Strand o de Fleet Street, «El que aquí entra deja atrás el ruido». Todavía oírse puede la salpicadura del agua en Fair Fountain Court, y hay todavía rincones y recovecos en los que apremiados estudiantes pueden mirar desde sus buhardillas un vagabundo rayo de sol remendando la sombra de las altas casas, raramente cargado con la tarea de reflejar a un desconocido. Hay todavía, en el Temple, una atmósfera que bien podría parecer monástica y que las dependencias públicas de la ley no han perturbado; ni siquiera los despachos de abogados han podido eliminarla.

Era en una habitación de Paper Buildings - una hilera de importantes casas ensombrecidas por vetustos árboles que daba, en su parte trasera, a los jardines del Temple- donde nuestro ocioso caballero holgazaneaba; ahora volviendo a coger el periódico que había dejado un centenar de veces; en otra ocasión jugueteando con los restos de su comida; más tarde sacando su palillo de oro, y perdiendo la mirada por la

habitación, o por la ventana, en dirección a los cuidados paseos enjardinados, adonde ya habían llegado algunos tempraneros paseantes. Aquí un par de amantes se encontraban para discutir y reconciliarse; allí una niñera de ojos oscuros tenía más ojos para los inquilinos del Temple que para su oficio; a este lado una anciana solterona, con su perrillo faldero atado con una correa, contemplaba aquellas barbaridades con desdeñosas miradas de soslayo; en el contrario, un viejo caballero, comiéndose con los ojos a la niñera, miraba a su vez con desdén a la solterona, y se preguntaba si sabía que hacía mucho tiempo que había dejado de ser joven. Aparte de todos esos, junto a la ribera del río, dos o tres parejas de hombres que hablaban de negocios caminaban lentamente arriba y abajo en franca conversación, y había un joven sentado solo en un banco.

-¡Ned es increíblemente paciente! -dijo el señor Chester mirando a la persona cuyo nombre acababa de pronunciar mientras dejaba a un

lado su taza de té y jugueteaba con su palillo de oro-, ¡inmensamente paciente! Estaba sentado allí cuando empecé a vestirme y apenas ha cambiado de postura desde entonces. ¡Qué tipo tan excéntrico!

Mientras hablaba, la figura se levantó y se dirigió hacia él a paso rápido.

-Es como si me hubiera oído -dijo el padre, retomando la lectura del periódico con un bostezo-. ¡Querido Ned!

Algunos momentos después se abrió la puerta del aposento y entró el joven, al que el padre sonrió amablemente al tiempo que lo saludaba con la mano.

-¿Tenéis un momento para escucharme? -dijo Edward.

-Por supuesto. Siempre tengo tiempo. Ya me conoces. ¿Has desayunado?

-Hace tres horas.

-¡Qué madrugador! -exclamó su padre contemplándolo con su indolente sonrisa.

-Lo cierto -dijo Edward acercando una silla y sentándose cerca de la mesa- es que he dormido mal esta noche y no me ha costado trabajo levantarme temprano. Sin duda no ignoráis cuál es la causa de mi malestar, y es la cuestión sobre la que deseo hablaros.

-Ten confianza en mí, hijo mío; pero sé breve, porque no me gustan los rodeos, Ned.

-Seré claro y breve -dijo Edward.

-Explícate, hijo mío -dijo el padre, cruzándose de piernas-, o no lo serás.

-Únicamente tengo que deciros -respondió Edward con profunda aflicción- que sé dónde estabais ayer, porque yo también estuve allí. Sé a quién visteis y el objeto que os llevaba.

-¿Será posible? -exclamó el señor Chester-. Me alegro mucho de saberlo, porque esto nos ahorrará el fastidio y los disgustos de una explicación. ¿Estuviste en el Maypole, y no subiste? Me hubiera gustado mucho verte.

-Sabía que lo que tenía que deciros podría decirse mejor después de una noche de re-

flexión, cuando pudiéramos hablar con más calma -repuso su hijo.

-Te juro, Edward, que yo estaba muy tranquilo ayer por la noche. ¡Qué taberna tan detestable es el Maypole! Sin duda, quien lo construyó abrigaba la infernal idea de helar a los que se albergasen en él. ¿Te acuerdas del viento glacial que soplaba con tanta violencia hace cinco semanas? Pues te aseguro que anoche había elegido por domicilio esa maldita taberna, aunque el cielo estaba tranquilo. Pero decías que...

-Decía con la más íntima convicción que me habéis hecho desgraciado, señor. ¿Queréis escucharme un momento con formalidad?

-Te escucharé, querido Edward, con la paciencia de un anacoreta. Hazme el favor antes de acercarme la leche.

-Anoche -dijo Edward después de servir a su padre- vi a la señorita Haredale y a su tío inmediatamente después de vuestra entrevista, y, sin duda a consecuencia de vuestro acuerdo,

me prohibió volver a entrar en su casa y me despidió lanzándome injurias que seguramente son resultado de lo que dijisteis al señor Haredale.

-Te aseguro, Edward, que si ese hombre te injurió, no soy en manera alguna responsable de semejante ultraje. Es preciso excusarlo, porque es un verdadero patán, un grosero, un hombre inculto e indigno de tratar con personas decentes... ¡Qué veo! Una mosca en la taza... Es la primera que he visto este año.

Edward se levantó y dio algunos pasos por el aposento.

Su imperturbable padre siguió bebiendo el té a pequeños sorbos.

-Padre -dijo el joven parándose al fin delante de él-, hablamos de un asunto muy importante. Dejadme comportarme, como deseo, de un modo varonil, y no me rechacéis con esa indiferencia.

-Si soy o no indiferente es algo que dejo a tu juicio, querido Edward. ¿Son pruebas de indife-

rencia un viaje a caballo de veinticinco o treinta millas de pésimos caminos, una comida en el Maypole, una entrevista con Haredale que, dejando aparte la vanidad, me recordó el encuentro entre Orson y Valentine, una cama de mesón, un mesonero como el estúpido John Willet y dos criados repugnantes, idiota el uno y centauro el otro? ¿No son más bien pruebas de excesiva solicitud, de amor paternal? Tú mismo puedes juzgarlo.

-Deseo que consideréis, señor -dijo Edward-, en qué cruel situación me encuentro. Amando a Emma Haredale como la amo...

-Edward -dijo su padre interrumpiéndole con una sonrisa llena de compasión-, no sabes lo que te dices. Te creía de más talento, y me admiran tus sandeces.

-Repito -dijo su hijo con firmeza- que la amo. Habéis intervenido para separarnos, y lo habéis conseguido. ¿Puedo esperar aún que miréis nuestras relaciones favorablemente, o estáis

decidido irrevocablemente a separarnos para siempre?

-Querido Edward -respondió su padre cogiendo un poco de rapé y mostrándole la caja-, estoy decidido irrevocablemente.

-Ha transcurrido tiempo -dijo Edward- desde que empecé a conocer lo que vale Emma, ha huido como un sueño, y apenas he podido hasta ahora pararme a reflexionar sobre mi posición. Ya sabéis que desde la niñez me he acostumbrado al lujo y a la ociosidad, que he sido educado como si mi fortuna fuera considerable y mis esperanzas casi sin límites, que me han familiarizado desde mi cuna con la idea de la riqueza, que me han enseñado a considerar como indignos de mis cuidados y mis esfuerzos esos medios con los cuales llegan los hombres a la riqueza y a las distinciones, que he recibido una educación de lujo y que para nada sirvo. Me encuentro, en fin, dependiendo enteramente de vos, y sin otro recurso que vuestra benevolencia. Sobre esta cuestión de la mayor im-

portancia para mi porvenir, no estamos de acuerdo, y dudo mucho que podamos estarlo nunca. He sentido una repugnancia instintiva, tanto por las mujeres a quienes vos me habéis impulsado a hacer la corte, como por los motivos de interés y de lucro que os hacían desear que llegasen a serme amadas. Si hasta hoy no ha habido entre nosotros una franca explicación, no ha sido, señor, por culpa mía. Si os parece que hablo ahora con excesivo atrevimiento, creed, padre mío, que lo hago con la esperanza de que en adelante habrá entre nosotros más franqueza y una confianza más digna.

-Me has enternecido, querido Edward -dijo su padre sonriendo-. Te suplico que continúes, pero no olvides tu promesa. En todo lo que dices hay una gran gravedad, un inmenso candor y una evidente sinceridad, pero me temo que observo en ti tendencia a los discursos largos.

-Lo siento, señor.

-Yo también lo siento, Edward, pero ya sabes que me es imposible fijar mi atención durante mucho rato. Si quieres llegar enseguida al punto capital, imaginaré todo lo que debe precederlo y lo daré por dicho. Ten la bondad de acercarme otra vez la leche.

-He aquí en resumen lo que hubiera querido deciros -repuso Edward-. No puedo tolerar depender absolutamente de nadie, ni aun de vos, señor. He perdido mucho tiempo y he dejado pasar muchas ocasiones propicias, pero soy joven aún, y puedo recuperar el tiempo perdido. ¿Me proporcionaréis los medios que me permitan dedicar toda mi energía y mis buenos deseos a algún objeto digno de mis esfuerzos? ¿Me permitiréis que intente abrirme un camino honroso en la vida? Durante el espacio de tiempo que os plazca fijarme, cinco años, por ejemplo, me comprometo a no dar sin vuestro consentimiento un solo paso en el terreno en que estamos en desacuerdo. Durante este período me esforzaré por abrirme, con toda

la resignación que me sea posible, alguna perspectiva de porvenir y en liberaros de la carga que podríais temer ver recaer sobre vos si me casara con una mujer cuyas principales ventajas son el mérito y la hermosura. ¿Consentís en esto, señor? Cuando expire el plazo convenido, volveremos a discutir esta cuestión, y hasta entonces callaré, a no ser que vos mismo toméis la iniciativa.

-Querido Edward -dijo su padre, dejando el periódico, que había hojeado con indolencia y arrellanándose en el sillón-, creo que no ignoras cuán enemigo soy de lo que llaman negocios de familia, los cuales sólo se discuten, según la costumbre plebeya, el día de Navidad, pero que son impropios de las personas de nuestra categoría. Debo advertirte que como tu plan de conducta versa sobre un error, venceré mi repugnancia a tratar de semejantes materias y te contestaré de una manera completamente clara y franca, si tienes antes la bondad de cerrar la puerta.

Edward obedeció, y el señor Chester continuó después de sacar del bolsillo un elegante cuchillo con el cual se limpió las uñas.

-Tienes que agradecerme, Edward, el ser de buena familia, porque tu madre, que era una mujer encantadora, y que me dejó el corazón casi desgarrado -te ahorraré las demás frases de costumbre- cuando se vio prematuramente obligada a separarse de mí para gozar de la vida eterna, no tenía nada de qué presumir en ese sentido.

-Su padre era, al menos, un abogado eminente -dijo Edward.

-Es cierto, hijo mío, certísimo. Ocupaba una elevada posición en la abogacía, un gran nombre y una gran fortuna, pero no era noble. Siempre he cerrado los ojos y me he resistido obstinadamente a esta consideración, pero me temo que el padre de vuestro abuelo materno vendió carne y salchichas. Deseaba colocar a su hija en una familia distinguida, y se realizó el deseo de su corazón. Yo era el hijo menor de un

hijo menor, y me casé con vuestra madre. Ambos teníamos un fin distinto que conseguimos; ella entró de un salto en los círculos más distinguidos, en el gran mundo, y yo entré en posesión de una fortuna que, te lo aseguro, me era muy necesaria, enteramente indispensable para mis comodidades, En la actualidad, hijo mío, esa fortuna no es más que un recuerdo... Desapareció hace ya... ¿Qué edad tienes? Siempre me olvido.

-Veintisiete años.

-¿Veintisiete años tienes ya? -dijo su padre abriendo los ojos con indolente sorpresa-. Pues bien, Edward, la cola de ese brillante cometa que llaman mi fortuna desapareció del horizonte hace unos dieciocho o diecinueve años. En aquella época vine a ocupar esta casa, que ocupó en otro tiempo tu abuelo y que me legó dicha persona tan respetable, y entonces empecé a vivir de una pensión bastante mezquina y de mi pasada reputación.

-Me estáis tomando el pelo, señor.

-Te hablo con total seriedad -respondió su padre con la mayor calma-. Estas cuestiones domésticas son excesivamente áridas, y no admiten, te lo digo con el más profundo pesar, el tono de broma; eso sería al menos un consuelo. Por esta razón, y porque odio todo lo que huele a negocio, no puedo sufrirlas. Pues bien, ya sabes lo demás. Un hijo, Edward, a excepción de cuando la edad lo convierte en compañero y amigo, esto es, cuando no tiene más que veintidós o veintitrés años, no es una compañía muy agradable; es un estorbo para su padre y su padre es un estorbo para él, y ambos se perjudican mutuamente. Por esta razón también, hasta estos últimos cuatro o cinco años... Tengo muy mala memoria en materia de fechas, pero tú me rectificarás... Has continuado tus estudios a intervalos, y has adquirido una gran variedad de conocimientos. Hemos pasado aquí, según las circunstancias, una semana o dos juntos, y no nos hemos incomodado más que como pueden hacerlo tan próximos parientes.

Finalmente volviste a casa. Y te diré con franqueza, hijo mío, que si hubieras sido uno de esos jóvenes necios como muchos que conozco, te habría enviado a la otra punta del mundo.

-Siento con todo mi corazón que no lo hayáis hecho, señor -dijo Edward.

-No lo sientas, hijo mío -repuso fríamente su padre-. Te aseguro que estás en un error. He encontrado en ti un buen muchacho, simpático y elegante, y te he lanzado en un mundo donde todavía ejerzo influencia. Al obrar así, creo que te he prestado un buen servicio, y que he mirado por tu porvenir. Confío en que tú harás alguna cosa por el mío.

-No os comprendo.

-Mi idea es fácil de comprender, Edward... ¡Otra mosca en la leche! Ten la bondad de no sacarla como has hecho antes, porque estos animales, cuando andan con las patas llenas de leche, ofrecen un espectáculo nada gracioso ni agradable... Mi idea se reduce a que debes hacer lo que yo he hecho: debes hacer un casa-

miento ventajoso y sacar buen partido de tu clase y tu buena figura.

-¡Es decir, que queréis que sea un cazador de fortunas! -exclamó Edward con indignación.

-Pero ¿qué quieres ser, Edward? -repuso su padre-. ¿No son cazadores de fortuna todos los hombres? La magistratura, la iglesia, la corte, el ejército, la sociedad entera está llena de hombres que buscan fortuna y que se tropiezan unos con otros corriendo tras ella. La bolsa, el púlpito, el salón real y las cámaras, ¿no están llenas de cazadores de fortuna? Tú eres uno de ellos, Edward, y no serías otra cosa, aunque fueses el cortesano, legista, legislador, prelado o comerciante más eminente que existiera en el mundo. Si te precias de delicadeza y moralidad, Edward, consuélate con la reflexión de que al hacerte cazador de fortunas, si tu especulación consiste en buscar una buena dote, sólo puedes acarrear la desgracia de una persona. ¿A cuántas personas supones que aplastan esos especuladores de otro género, cuando co-

rren tras la fortuna? Centenares a cada paso, o millares.

El joven no respondió y apoyó la cabeza en una mano.

-Me alegro, Edward, de que hayamos tenido esta conversación, por desagradable que sea -dijo el señor Chester, que se levantó y se paseó de un lado a otro, parándose de vez en cuando para mirarse en un espejo o para examinar algún cuadro con las gafas-. Esto establece entre nosotros una confianza deliciosa y que era indudablemente necesaria, aunque te confieso que no puedo concebir que no hayas llegado a adivinar nuestra posición y mis designios. Me hallaba convencido, hasta que descubrí tu capricho por esa joven, de que todos estos puntos estaban tácitamente convenidos entre nosotros.

-Sabía que no erais rico, señor -repuso su hijo alzando la cabeza un momento y volviendo en seguida a su primera actitud-, pero nunca se me había ocurrido la idea de que fuéramos miserables, reducidos a la mendicidad como aca-

báis de pintarnos. ¿Cómo podía suponerlo yo, educado como lo he sido, y testigo de la vida y del lujo que os he visto llevar siempre?

-Eres un niño, Edward; permite que te diga que eres un niño al oírte hablar de este modo. Has sido educado según un principio de elevada prudencia, y la índole de tu educación ha sostenido mi crédito de una manera asombrosa. En cuanto a la vida que llevo, es preciso que la continúe, que tenga a mi alrededor toda clase de comodidades. Siempre las he tenido, y no podría existir de otro modo. En cuanto a nuestra situación económica, debo confesarte que es desesperada, y que todas mis rentas reunidas apenas bastan para nuestros gastos insignificantes. Ésta es la verdad.

-¿Por qué no lo he sabido antes? ¿Por qué me habéis inducido, señor, a unos gastos y a un género de vida al cual no tenemos derecho?

-Oye, muchacho -repuso su padre con voz lánguida y acento lastimero-, si no hubieras ostentado todos esos lujos, ¿cómo habrías po-

dido alcanzar la dote que te es necesaria? En cuanto a nuestro género de vida, todos los hombres, si no son unos seres desnaturalizados, tienen derecho a vivir lo mejor que puedan y a proporcionarse todas las comodidades posibles. Nuestras deudas son inmensas, no lo niego, pero tú eres un hombre de honor, y procurarás pagarlas cuanto antes casándote con una rica heredera.

-¡Qué papel de malvado he hecho sin saberlo! -murmuró Edward-. ¡Conquistar yo el corazón de Emma Haredale! Por compasión a ella quisiera haberme muerto antes.

-Me alegro de que te des cuenta, Edward -dijo su padre-, de una cosa tan evidente, y es que no puedes continuar con ese amorío. Pero aparte de esto y de la necesidad de buscar con diligencia por otro lado -como puedes hacerlo desde mañana si gustas-, desearía que mirases con más calma lo imprudente que era tu empresa. Desde el punto de vista religioso, ¿debías pensar jamás en una unión con una católica, a

no ser que fuese inmensamente rica, tú que has de ser un buen protestante, pues desciendes de una buena familia protestante? Seamos morales, Edward, o no seamos nada. Aun cuando orilláramos esta objeción, lo cual es imposible, tropezaríamos con otra que es más decisiva. La idea de casarse con una joven cuyo padre fue asesinado y hecho trozos como carne guisada, ¿no es una idea altamente desagradable? Reflexiona en lo imposible que sería respetar la memoria de un suegro que murió de forma violenta, que fue objeto del examen de los jurados y de la autopsia de los cirujanos del crimen. Esto es horrible y basta para turbar la paz de una familia. Aún más, esto me parece tan contrario a la delicadeza de las ideas que, según mi íntima convicción, el Estado debía haber dado muerte a esa joven para precaver las consecuencias. Pero veo que te fastidio, y que preferirías quedarte solo. Te daré gusto, querido Edward. Que Dios te bendiga. Voy a salir al momento, pero volveremos a vernos esta noche

o mañana. Hasta entonces cuídate mucho, hijo mío, y considera que tu salud es para mí de la mayor importancia. ¡Adiós, Edward!

Y después de haberse arreglado la corbata delante de un espejo mientras hablaba con negligencia y pausadamente, salió del aposento cantando entre dientes una canción, Edward, que parecía abismado en sus pensamientos hasta el punto de no oír ni comprender lo que decía su padre, permaneció inmóvil y silencioso. Media hora después, el señor Chester salió con un traje elegante, y su hijo continuaba aún sentado, inmóvil y con la cabeza apoyada en sus manos en lo que parecía algo cercano al estupor.

XVI

Una correlación de retratos que representaran las calles de Londres por la noche, incluso en una fecha relativamente reciente como la de esta historia, presentaría a la mirada algo tan diferente en su naturaleza de la realidad que es observada en nuestros días, que sería difícil para el espectador reconocer sus más familiares calles con su aspecto levemente alterado de hace medio siglo.

Eran todas, sin excepción, desde la más ancha hasta la más estrecha y menos frecuentada, muy oscuras. Las lámparas de aceite y algodón, aunque despabiladas dos o tres veces en las largas noches de invierno, ardían, en el mejor de los casos, débilmente, y durante la madrugada, cuando no contaban con el apoyo de las lámparas y las velas de las tiendas, arrojaban una dudosa esfera de luz sobre el pavimento, dejando las puertas de entrada de las casas y las fachadas en una oscuridad total. Muchas de

las plazuelas y callejuelas quedaban en una tiniebla absoluta; otras, donde una sola farola encendida parpadeaba para una veintena de casas, podían considerarse afortunadas. Incluso en esos lugares, los habitantes tenían con frecuencia buenas razones para apagar sus lámparas en cuanto eran encendidas; y como el guardia era completamente ineficiente e incapaz de impedírselo, lo hacían a su voluntad. Por lo tanto, en las calles más iluminadas, había siempre algún lugar oscuro y peligroso en el que un ladrón podía resguardarse, y pocos se molestarían en seguir; y estando la ciudad rodeada de campos, pasturas, tierras baldías y caminos solitarios, todo ello diferenciado de los suburbios que se habían unido a ella, escapar, incluso cuando la persecución era tenaz, resultaba de lo más sencillo.

No debe sorprender, pues, que en estas circunstancias favorecedoras los robos callejeros, con frecuencia acompañados de crueles heridas y en no pocas ocasiones de la pérdida de la vi-

da, se produjeran cada noche en el mismo corazón de Londres, o que las gentes más tranquilas sintieran un profundo pavor a recorrer sus calles una vez que las tiendas habían cerrado. No era infrecuente que los que regresaban a casa solos a medianoche caminaran por el medio de la calle para guarecerse mejor contra la sorpresa de pasos acechadores; pocos se aventurarían a frecuentar a altas horas de la noche Kentish Town o Hampstead, o incluso Kensington o Chelsea, desarmados y sin protección; mientras que el que se había mostrado más vociferante o valeroso en la mesa de la taberna y tenía una milla que recorrer se contentaba con dar propina a algún muchacho para que le escoltara hasta su casa.

Por aquel entonces, los barrios de Londres tenían otras características -no todas tan desagradables- con las que habían sido familiares por mucho tiempo. Algunas de las tiendas, especialmente las que se hallaban al este de Temple Bar, todavía mantenían la vieja práctica de

colgar en su fachada un emblema, y los crujidos y balanceos de esas planchas de madera en sus marcos de hierro las noches ventosas daban pie a un lastimoso concierto a oídos de los que se quedaban despiertos hasta tarde en la cama o se apresuraban por las calles. Largas hileras de coches de alquiler y grupos de cocheros, comparados con los cuales los conductores de las diligencias de hoy en día son amables y educados, obstruían el camino y llenaban el aire de gritos; las bodegas nocturnas, señalizadas por medio de un pequeño chorro de luz que cruzaba la acera y por el rugido en sordina de las voces procedentes de abajo, se abrían para acoger y entretener a los más abandonados representantes de ambos sexos; bajo cada cobertizo y edificio pequeños grupos de niños se gastaban las ganancias del día, o uno, más cansado que los demás, cedía al sueño y dejaba que su pedazo de vela cayera al suelo siseando sobre el piso encharcado.

También estaba el vigía con su bastón y su linterna gritando la hora y el tiempo que hacía; y los que se despertaban a causa de sus alaridos y daban vueltas en la cama se alegraban de saber que llovía, o nevaba, o hacía viento, o helaba, dando las gracias por su comodidad. El paseante solitario era sorprendido por el grito de los cocheros de «¡Libre!», mientras dos pasaban a su lado con el vehículo vacío, y corría hasta la siguiente parada. Muchos coches privados también, algunos llevando a una dama elegante, monstruosamente emperifollada, y precedida por lacayos que corrían a pie portando antorchas -razón por la que los apagavelas siguen colgados en las puertas de algunas casas del más alto postín-, hacían el camino más alegre e iluminado al pasar, y más oscuro y lúgubre una vez habían pasado. No era infrecuente que estos nobles personajes, que hacían buena gala de serlo, regañaran en la sala de los sirvientes mientras esperaban a sus señores y señoras, y, llegando a las manos en el interior o

en la misma calle, montaran refriegas y dejaran el lugar lleno de polvo para el cabello, pelucas y ramilletes de flores. El juego, ese vicio tan frecuentado por todas las clases (siendo la moda asentada por supuesto por las más altas), era generalmente la causa de estas disputas, puesto que las cartas y los dados eran abiertamente mostrados y jugados con toda clase de trampas, y manejados con inmensa excitación tanto entre los de arriba como entre los de abajo. Mientras incidentes como éstos, surgidos a causa de las jaranas, las mascaradas y las fiestas de las cuadrillas, sucedían al oeste de la ciudad, pesadas diligencias y coches de caballos a duras penas más pesados avanzaban lentamente hacia ella, con los cocheros, guardias y pasajeros armados hasta los dientes y el coche -con más o menos un día de retraso, lo cual no era nada-, asaltado por bandidos que no tenían el menor escrúpulo en tomar, solos y sin más ayuda que sus propias manos, una caravana cargada de hombres y mercancías, y que en ocasiones mataban a un

pasajero o dos, y en otras eran ellos los que resultaban muertos. El día siguiente, rumores de este nuevo acto de osadía en la carretera eran tema de conversaciones por toda la ciudad, y el traslado público de algún elegante caballero (medio borracho) a Tyburn para su ejecución, yendo vestido con la más moderna indumentaria, y maldiciendo a quienes lo observaban con una indecible galantería y gracia, daba a la población, al mismo tiempo, un agradable entretenimiento y un gravoso y profundo ejemplo.

Entre todos los peligrosos personajes que, en tal estado de la sociedad, rondaban y se ocultaban por las noches, había un hombre ante el que muchos tan zafios y fieros como él se encogían con un temor involuntario. Quién era, o de dónde venía, era una pregunta que se hacía con frecuencia. Su nombre era desconocido, nunca había sido visto antes de los últimos ocho días, poco más o menos, y era igualmente desconocido por los viejos rufianes, cuyas guaridas frecuentaba sin el menor de los miedos, como por

los jóvenes. No podía ser un espía, puesto que nunca se quitaba su sombrero de alas anchas para mirar a su alrededor, nunca había entablado conversación con nadie, llamado la atención, oído ningún discurso, observado a nadie que por allí pasara. Pero con la misma seguridad con que caería la noche, con la misma seguridad ese hombre se encontraba entre la desmañada concurrencia de la bodega abierta toda la noche en la que los parias de todas las clases recaían, y ahí estaba hasta la mañana.

No era sólo un espectro en sus licenciosas juergas; algo en mitad de su jolgorio y sus disturbios que les helaba la sangre y les perseguía. Lo mismo era en las calles. Cuando se hacía oscuro, él salía, nunca en compañía de nadie, sino siempre solo, nunca demorándose o perdiendo el tiempo, sino siempre caminando rápidamente, y mirando (eso decían los que lo habían visto) por encima de su hombro de vez en cuando, acelerando su paso al hacerlo. En los campos, los senderos, las carreteras, todos

los barrios de la ciudad -al este, el oeste, el norte y el sur-, ese hombre era visto deslizándose como una sombra. Siempre estaba huyendo. Los que se topaban con él lo veían correr, mirar a sus espaldas, y así le perdían entre las penumbras.

Esta constante agitación, este constante andar de aquí para allá, dio pie a extrañas historias. Era visto en lugares tan distantes y remotos, en momentos tan coincidentes, que algunos dudaban que no hubiera dos como él, o más; algunos lo hacían incluso de si no tenía medios sobrenaturales para viajar de un lugar a otro. El asaltante de caminos oculto en una zanja lo había visto pasando como un aparecido junto a él; el vagabundo lo había conocido en una carretera a oscuras; el pedigüeño lo había visto detenerse en el puente para mirar el agua y después desaparecer de nuevo; los que andaban metidos en asuntos de cadáveres con los cirujanos juraban que dormía en los cementerios, y que lo habían visto escabullirse entre las

tumbas al acercarse ellos. Y cuando a uno le contaban una de estas historias, juraría haberlo visto en su vecindario, y así parecía que estuviera entre ellos.

Al fin, un hombre -era uno de esos hombres cuyo oficio transcurría entre tumbas- decidió dar una explicación a la presencia de ese extraño compañero. La noche siguiente, tras haberse comido su paupérrima cena vorazmente (estaba acostumbrado a hacerlo, había sido observado, como si no comiera nada en otro momento del día), este buen hombre se sentó recostándose en su codo.

-¡Una noche oscura, señor!

-Sin duda.

-Más oscura que la pasada, aunque tampoco fue muy clara. ¿No me topé con vos en Oxford Road hace muy poco?

-No lo sé. Vos sabréis.

-Venga, señor -gritó el hombre, urgido por la mirada de sus camaradas, y dándole una palmada en el hombro-, sed más amigable y co-

municativo. Sed más caballero en buena compañía. Se dice por aquí que habéis vendido vuestra alma al diablo, y yo no sé qué decir.

-Todos lo hemos hecho, no es así? -respondió el desconocido-. Y si somos los menos, quizá deberíamos subir nuestros precios.

-Sois un hombre difícil, sin duda -dijo el hombre mientras el desconocido mostraba su cara poco aseada y se apartaba las ropas-. ¿Qué decís? Sed más alegre, señor. No son pocas las voces que entonan...

-Entonad vos si queréis oír algo -respondió el otro, apartándolo de un empujón-, y no me toquéis si sois hombre prudente; llevo armas que se disparan fácilmente, ya lo han hecho antes, y son muy peligrosas para los desconocidos que se atreven a ponerme una mano encima.

-¿Me amenazáis? -dijo el hombre.

-Sí -respondió el otro, alzándose y mirando fieramente a su alrededor como si temiera que le pudiesen atacar.

Su voz, su aspecto y su actitud -todos ellos mostrando la más salvaje temeridad y desesperación- se amilanaron mientras ahuyentaban a los que pasaban por allí. Aunque se hallaban ahora en otra esfera completamente distinta, no producía un efecto muy diferente del que había llevado al Maypole.

-Yo soy lo que todos vosotros, y vivo como todos vosotros -dijo el hombre severamente al cabo de un rato de silencio-. Me oculto aquí como los demás, y aunque fuéramos sorprendidos quizá sería yo quien de los dos haría un mejor papel. Si es mi carácter querer que me dejen estar solo, que me dejen estar solo. De lo contrario... -y aquí soltó una tremenda maldición- habrá altercados en este lugar, aunque tenga yo pocas posibilidades de salir airoso.

El grave susurro, que tal vez tuviera su origen en el temor del hombre y el misterio que lo rodeaba, o tal vez en la sincera opinión de alguno de los presentes, de que no era conveniente entrometerse con excesiva curiosidad en

los asuntos privados de ese caballero si él consideraba oportuno ocultarlos, advirtió al hombre que había provocado la discusión que lo mejor sería que no la llevara más allá. Después de un rato, el desconocido se echó en un banco para dormir, y cuando pensaron en él de nuevo, advirtieron que se había marchado.

La noche siguiente, en cuanto fue oscuro, volvía a estar a la intemperie recorriendo las calles; pasó por delante de la casa del cerrajero en más de una ocasión, pero la familia había salido y estaba cerrada. Aquella noche cruzó el puente de Londres y se adentró en Southwark. Mientras observaba una callejuela, una mujer con un pequeño cesto en el brazo dobló por el otro extremo. La observó fijamente, buscó el refugio de un arco, y se quedó allí escondido hasta que ella hubo pasado. Entonces salió con toda cautela del lugar en el que se ocultaba y se dispuso a seguirla.

La mujer entró en varias tiendas para comprar diferentes cosas necesarias en un hogar, y

en cada lugar en el que se detenía él la rondaba como su espíritu maligno; siguiéndola cuando reaparecía. Eran casi las once, y los peatones eran cada vez menos en las calles, cuando ella empezó a deshacer su camino, sin duda para ir a casa. El fantasma la siguió.

Giró por la misma callejuela en la que él la había visto por primera vez, que, carente de tiendas, era extremadamente oscura. Ella aceleró el paso allí, como si le diera miedo que alguien la detuviera y le robara las insignificantes propiedades que llevaba con ella. Avanzó sigilosamente por el otro extremo de la calle. Aun cuando se le hubiera concedido el don de correr como el viento, su terrible sombra hubiera logrado seguirla.

Finalmente la viuda -puesto que era viuda- llegó a la puerta de su casa y, jadeando, se detuvo para sacar la llave de su cesta. Colorada tras el esfuerzo que había hecho para apresurarse y por el placer de estar sana y salva en su casa, se encorvó para sacarla, alzó la cabeza y lo

vio allí, detenido en silencio tras ella: la aparición de un sueño.

Le había puesto la mano en la boca, pero era innecesario, pues la lengua se le quedó pegada al paladar y su facultad de hablar desapareció por completo.

-Os he estado buscando muchas noches. ¿Está la casa vacía? Respondedme. ¿Hay alguien en ella?

Ella sólo contestó mediante un gemido surgido de su garganta.

-Hacedme una señal.

Ella pareció indicarle que no había nadie allí. Él cogió la llave, abrió la puerta, hizo entrar a la mujer y después la cerró de nuevo.

XVII

La noche era glacial y en el hogar de la viuda no había ya casi fuego. Su extraño acompañante la sentó en una silla, se arrodilló delante de las ascuas medio apagadas y después de reunirlas las avivó con el sombrero. De vez en cuando lanzaba de reojo una mirada como para cerciorarse de que no se movía ni hacía ninguna tentativa de fuga, y tras esta mirada de precaución, volvía a ocuparse del fuego.

No sin motivo se tomaba tanto trabajo, pues su ropa estaba empapada, le rechinaban los dientes y se estremecía de pies a cabeza. Había llovido copiosamente durante la noche anterior y algunas horas de la mañana, pero desde el mediodía se había serenado el cielo. Dondequiera que hubiese pasado aquellas horas tenebrosas, su aspecto demostraba bien a las claras que lo había hecho en su mayor parte al aire libre. Manchado de lodo, la ropa saturada de agua y pegada a sus miembros, la barba creci-

da, la cara sucia, las mejillas hondas y arrugadas; es dudoso que existiera un ser más miserable en la tierra que aquel hombre arrodillado delante del hogar de la viuda que contemplaba el crepitar de la llama con los ojos inyectados en sangre.

La viuda se cubría la cara con las manos como si temiera mirar a aquel hombre. Así permanecieron durante algún rato en silencio hasta que el hombre volvió a girarse y al fin preguntó:

-¿Es ésta vuestra casa?

-Es mi casa. ¿Por qué venís a entristecerla?

-Dadme de comer y beber -respondió con tono áspero- u os arrepentiréis. Estoy helado hasta la médula por la humedad y el hambre. Necesito calor y alimento.

-¿Sois vos el ladrón de la carretera de Chigwell?

-Sí.

-Sois casi un asesino, pues.

-No me faltó la intención. Topé con un hombre que armó un revuelo, y tendría que haberme ensañado con él. Pero era diestro. Le di una estocada.

-¡Le clavasteis la espada! -exclamó la viuda alzando los ojos al cielo-. ¿Oís a este hombre, Dios mío? Vos le oís, y sois testigo de lo que dice.

El desconocido la miró mientras con la cabeza levantada y las manos crispadas pronunciaba estas palabras de agónico llamamiento. Después, poniéndose en pie como había hecho ella, avanzó en su dirección.

-¡Cuidado! -gritó la viuda con una voz ahogada y cuya firmeza cedió a la primera palabra-. No me toquéis o estáis perdido, ¿lo oís? Perdido en cuerpo y alma.

-Escuchad -repuso el bandido amenazándola con la mano-. Yo, que bajo la forma de un hombre llevo la vida de una fiera acosada, que en un cuerpo soy un espíritu, un fantasma sobre la tierra, una cosa que hace retroceder de espanto

a todas las criaturas, a excepción de esos seres malditos del otro mundo que no me soltarán, no tengo otro temor en esta noche desesperada que el del infierno en que vivo cada día. Gritad, alarmad a la vecindad, negaos a albergarme. No os haré daño. Pero no me cogerán vivo, porque es tan cierto como que me estáis amenazando en voz baja que caeré muerto en el acto sobre el suelo. ¡Caiga la sangre que en él derramaré sobre vos en nombre del espíritu maléfico que tienta a los hombres para perderlos!

En aquel momento sacó del pecho una pistola y la estrechó con fuerza en su mano.

-¡Alejad de mí a este hombre, Dios! -exclamó la viuda-. En vuestra gracia y misericordia concededle un minuto de arrepentimiento, y dadle después la muerte.

-Veo que no es de vuestro parecer -dijo el bandido mirándola-, veo que está sordo. Y ahora, dadme de beber y de comer, no sea que haga lo que no puedo menos que hacer.

-¿Me dejaréis si lo hago? ¿Me dejaréis para no volver más?

-No prometeré nada -respondió sentándose a la mesa- salvo esto: ejecutaré mi amenaza si me traicionáis.

La viuda se levantó por fin y, entrando en un aposento inmediato, sacó algunos restos de carne y pan, y los puso sobre la mesa. El bandido pidió aguardiente y agua, y bebió y comió con la voracidad de un perro de caza hambriento. Mientras apaciguaba su hambre, la viuda permaneció en la parte más lejana de la cocina, sentada, temblando y sin apartar los ojos de él. Nunca le volvió la espalda, y cuando tenía que pasar por su lado para ir a la alacena o volver, se recogía los bordes del vestido como si temiera tocarlo ni aun por casualidad; pero en medio de su terror profundo, conservó siempre su rostro contenido y observó todos los movimientos del desconocido.

Terminada su comida, si así puede llamarse lo que no era más que la satisfacción devorado-

ra de las exigencias del hambre, acercó una silla a la chimenea y dijo mientras se calentaba ante la llama, que brotaba ya brillante y animada:

-Soy un paria, para quien un techo sobre su cabeza es muchas veces un goce extraordinario, y los alimentos que rechazaría un mendigo, el regalo de un banquete. Vivís aquí con holgura y decencia. ¿Estáis sola?

-No estoy sola -respondió la viuda haciendo un esfuerzo.

-¿Quién vive con vos?

-No os importa, y haríais muy bien en salir para que no os encuentre aquí. ¿A qué esperáis?

-A que haya entrado en calor -respondió extendiendo las manos delante del fuego-. ¿Sois rica?

-¡Oh, sí! -dijo ella con voz débil-. Muy rica. Sin duda. Riquísima.

-Al menos tenéis dinero. Esta noche estabais comprando.

-Me queda muy poco. Algunos chelines.

-Dádmelos.

La viuda se acercó a la mesa y dejó sobre ella un monedero. El bandido tendió el brazo hacia la mesa, cogió el monedero y contó el dinero. Mientras lo hacía, la viuda permaneció un momento escuchando y se lanzó hacia él diciendo:

-Tomadlo todo, pero salid antes de que sea demasiado tarde. Acabo de oír en la calle pasos que conozco muy bien. ¡Marchaos antes de que llegue!.

-¿Qué queréis decir?

-No os detengáis en preguntármelo, porque no os contestaré. Por mucho horror que me despierte tocaros, os arrastraré hasta la puerta antes de dejaros perder un momento. ¡Miserable, salid de esta casa!.

-Si hay espías fuera, estoy aquí más seguro - repuso el bandido en pie y azorado-. Me quedo aquí, y huiré cuando haya pasado el peligro.

-¡Es tarde! -exclamó la viuda, que había escuchado los pasos sin prestar atención a lo que

decía-. ¿Oís esos pasos? ¿No os hacen temblar? Es mi hijo..., ¡mi hijo idiota!

Mientras la viuda pronunciaba estas palabras con terror, llamaron con fuerza a la puerta.

-Hacedle entrar -dijo el bandida con voz ronca-. Le temo menos que a la noche tenebrosa y sin asilo. Vuelve a llamar.

-El terror de este momento -repuso la viuda- ha pesado sobre mí toda la vida. No abriré. El crimen caerá sobre él si os halláis cara a cara. ¡Mi pobre hijo perdió la razón desde su nacimiento! Ángeles del cielo, vosotros que sabéis la verdad, oíd ; la súplica de una madre, y haced que mi hijo no conozca a este hombre.

-¡Agita con estruendo la puerta! -exclamó el bandido-. Os llama. Esa voz..., ese grito... Es el que me cogió por el brazo en la carretera. ¿Es él?

La viuda había caído de rodillas, y permaneció en esta actitud moviendo los labios sin proferir sonido alguno.

Mientras el bandido la contemplaba sin saber lo que podía hacer para ocultarse, se abrió de par en par la ventana de la cocina. Coger un cuchillo de la mesa, escondérselo en la manga y huir al aposento inmediato fue para el bandido cosa de un momento, y Barnaby escaló entonces la ventana con una alegría triunfante.

-¿Quién se atreve a dejarme en la calle con Grip? -dijo mirando en torno de la cocina-. ¿Estáis aquí, madre? ¿Cómo es que nos dejáis tanto tiempo lejos de la luz y del fuego?

La viuda balbuceó una excusa y le tendió la mano, pero Barnaby se arrojó en sus brazos y la besó más de cien veces.

-Hemos estado en los campos, madre, saltando zanjas, encaramándonos en los árboles, bajando por las cuestas a través de los matorrales, y avanzando siempre con paso ligero. El viento soplaba, y los juncos y las matas se inclinaban y doblaban ante él de miedo, ¡cobardes!, pero Grip, el valiente Grip, ¡ja, ja, ja!, que por nada se apura, y que cuando el viento lo arroja

en el polvo, se vuelve con ira para morderle, el valiente Grip se ha peleado con cada rama que se inclinaba hacia él, pensando, según me ha dicho, que se burlaba de él, y las ha mordido como un perro de presa, ¡ja, ja, ja!

El cuervo, que desde el cesto colocado en la espalda de su amo oía repetir con frecuencia su nombre con una voz acentuada por la más viva alegría, manifestó su simpatía cantando como un gallo, y repitiendo las diversas frases que conocía con tal rapidez y tal variedad de sonidos roncos que resonaban como los murmullos de una multitud.

-¡Y si vierais lo mucho que se preocupa por mí! -dijo Barnaby-. Sí, mucho. Vela mientras duermo, y cuando cierro los ojos para hacerle creer que estoy durmiendo, dice en voz baja las palabras nuevas que ha aprendido, pero sin perderme nunca de vista. Y si me ve reír, se para de repente. Nunca dejará de sorprenderme hasta que sea perfecto.

El cuervo se puso a cantar con una especie de rapto que decía claramente: «Ciertamente, ésas son algunas de mis características, sin duda». Barnaby había cerrado en tanto la ventana, y dirigiéndose a la chimenea, se disponía a sentarse con la cara vuelta hacia el aposento, pero su madre se lo impidió, apresurándose a ocupar aquel sitio y diciéndole que tomase el otro.

-¡Qué pálida estáis esta noche! -dijo Barnaby apoyándose en su bastón-. Ya lo ves, Grip, le hemos causado inquietud con nuestra tardanza.

Sí, grande era su inquietud, y le despedazaba el corazón. El bandido había entreabierto la puerta del aposento donde estaba escondido y vigilaba de cerca al hijo de la viuda. Grip, atento a todo lo que no podía ver su amo, sacaba la cabeza de la cesta, y respondía al espionaje del desconocido, vigilándolo con sus brillantes ojillos.

-Bate las alas -dijo Barnaby volviendo el rostro con tal rapidez que por poco vio la sombra que se retiraba- como si hubiera aquí algún

desconocido, pero Grip es demasiado juicioso para inventárselo. Sal, Grip.

Aceptando esta invitación con una dignidad muy propia de él, el pájaro saltó sobre el hombro de su amo, desde allí a la mano y por fin al suelo. Barnaby se desembarazó de las correas de la cesta y la dejó en el suelo en un rincón con la tapa abierta, Lo primero que hizo Grip fue cerrar dicha tapa y colocarse después sobre ella; después, creyendo sin duda que sería ya imposible que ningún humano volviera a encerrarlo en la cesta, imitó en su triunfo el chasquido de varias botellas al ser destapadas y lanzó otros tantos vivas.

-Madre -dijo Barnaby dejando a un lado el sombrero y el bastón y volviendo a sentarse en su silla-, ¿queréis que os diga dónde hemos estado hoy y qué hemos hecho?

La viuda tomó en su mano las de su hijo y asintió con la cabeza en muestra de un consentimiento que no tenía fuerzas para articular.

-No se lo diréis a nadie, ¿verdad? -dijo Barnaby levantando el dedo índice-. Es un secreto que sólo sabemos Grip, Hugh y yo. También estaba con nosotros el perro, pero no es tan inteligente como Grip y no se ha dado cuenta de nada. ¿Por qué miráis por detrás de mí?

-¿He mirado? -dijo ella con voz débil-. Ha sido una casualidad. Acércate, hijo mío.

-¡Estáis asustada! -dijo Barnaby mudando de color-. Madre, ¿no lo habéis visto?

-¿Visto qué?

-No estará aquí, ¿verdad? -respondió en voz muy baja, y, acercándose a su madre le estrechó la mano-. Me temo que esté aquí, cerca de nosotros. Tengo los pelos de punta y la carne de gallina. ¿Por qué estáis así? ¿Está en la sala como lo he visto en mis sueños, llenando el techo y las paredes de rojo? Decidme..., ¿está aquí

Al hacer esta pregunta se estremeció y, cubriendo con sus manos la luz, permaneció sentado, temblando de pies a cabeza hasta que

todo pasó. Algunos momentos después levantó los ojos y miró a su alrededor.

-¿Se ha ido?

-No había nadie -respondió su madre tranquilizándolo-. No hay nadie, querido Barnaby... ¿No lo ves? Estamos solos tú y yo.

El idiota la miró con ademán distraído, cada vez más tranquilo, y lanzó una risotada.

-Pero veamos -dijo, con aire pensativo-. ¿Estábamos hablando? ¿Vos y yo? ¿Dónde hemos estado?

-En ninguna parte más que aquí.

-Sí, pero Hugh y yo... Hugh del Maypole y yo... -dijo Barnaby-. Eso es, hemos estado con Grip tendidos en el bosque, entre los árboles que hay cerca del camino, cuando ya era oscuro, con una linterna y el perro atado con una correa listo para soltarlo cuando viniera el hombre.

-¿Qué hombre?

-El ladrón, aquel a quien las estrellas miran guiñando. Lo hemos esperado desde el anoche-

cer durante algunas noches; lo atraparemos. Lo conocería entre mil. Pero miradlo. Así es.

Y cubriéndose la cabeza con su pañuelo, se hundió el sombrero hasta los ojos, se embozó con su capote y se puso en pie delante de ella. Era una copia tan perfecta del original, que el sombrío personaje que lo examinaba por detrás de la puerta habría parecido su sombra.

-¡Ja, ja, ja! Lo cogeremos -exclamó quitándose el sombrero y el capote-. Ya le veréis, madre, atado de pies y manos; lo traerán a Londres amarrado sobre la silla de un caballo. Es muy probable que oigáis hablar de él en el cadalso de Tyburn, por poca fortuna que tengamos. Así lo asegura Hugh. ¿Qué os pasa? Os habéis puesto pálida, y estáis temblando. ¿Por qué miráis así por detrás de mí?

-No es nada -respondió la viuda-, no me encuentro bien. Vete a la cama, hijo mío, y déjame aquí.

-¡A la cama! -repuso el idiota-. No me gusta la cama, prefiero acostarme delante del fuego, y

acechar las imágenes que se escapan de las ascuas brillantes: los ríos, las colinas, los valles que pinta de rojo el sol al ocultarse y las figuras extraordinarias. Además, tengo hambre, y Grip no ha comido nada desde mediodía. Cenemos algo, Grip.

El cuervo batió las alas y, graznando para demostrar que estaba contento, llegó a saltitos hasta los pies de su amo y permaneció allí con el pico abierto, dispuesto a tragar todos los pedazos de comida que le arrojaran. Recibió unos veinte sin que la rapidez con que se sucedieron turbase en nada su actitud.

-Ya tienes tu ración -dijo Barnaby.

-¡Más! ¡Más! -gritó Grip.

Pero como si se diera cuenta de que no iba a haber más, se alejó con su provisión y, sacándose los pedazos del buche uno por uno, fue a ocultarlos en diversos rincones, teniendo sumo cuidado, sin embargo, de alejarse del aposento donde estaba oculto el bandido, por el temor de tentar su gula. Cuando terminó esta maniobra,

dio una vuelta o dos por la cocina afectando la mayor indiferencia, pero sin apartar los ojos de su tesoro, y después empezó de pronto a sacarlo pedazo por pedazo de los escondites y a comérselo con la mayor voluptuosidad.

Barnaby cenó con tanto apetito como Grip. Durante la cena, habiéndose acabado el pan, se levantó para ir a buscarlo al aposento, pero su madre se precipitó a impedírselo y, haciendo un esfuerzo, entró en el cuarto y sacó el pan.

-Madre -dijo Barnaby mirándola fijamente cuando se sentó a su lado después-, ¿es hoy mi cumpleaños?

-¡Hoy! -repuso ella-. ¿No te acuerdas de que fue hace ocho días, y que antes de que vuelva han de pasar el verano,. el otoño y el invierno?

-Me acuerdo bien de todo eso -dijo Barnaby-, pero creo que a pesar de todo hoy también es mi cumpleaños.

-¿Por qué?

-Voy a decíroslo. Cuando llega el día de mi cumpleaños, no sé por qué, pero me he dado

cuenta, siempre estáis muy triste. Os he visto llorar cuando Grip y yo estábamos muy alegres, y teníais la cara aterrada sin motivo alguno, y he tocado vuestra mano y he sentido que estaba muy fría. Una vez, madre, era también el día de mi cumpleaños, y Grip y yo pensábamos en esa tristeza después de habernos acostado, salimos para ver si estabais enferma, y os encontramos arrodillada. No me acuerdo de lo que decíais. Grip, ¿qué decía aquella noche?

-Soy un demonio -respondió al momento el cuervo.

-No es verdad -dijo Barnaby-, pero decíais alguna cosa en vuestra oración, y cuando os levantasteis y disteis varios pasos por el aposento, teníais, como la habéis tenido siempre, madre, cuando se acerca la noche de mi cumpleaños, la misma expresión que tenéis ahora. Aunque soy un loco, he hecho este descubrimiento. Digo, pues, que os equivocáis, y que hoy debe de ser mi cumpleaños. Mi cumpleaños, Grip.

El cuervo recibió esta noticia con tales graznidos que un gallo dotado de más inteligencia que todos los de su especie, no anunciaría el día más largo con un canto más sostenido. Y después de haber reflexionado para pronunciar a manera de brindis la frase que creía más oportuna para celebrar un cumpleaños, gritó varias veces: «¡No tengas miedo» y recalcó estas palabras batiendo las alas.

La viuda se esforzó por dar poca importancia a la observación de Barnaby, y trató de llamar su atención sobre otro objeto, cosa que era muy fácil. Terminada la cena, Barnaby, sin hacer caso de las instancias de su madre, se tendió sobre un banco delante del fuego y Grip se colocó sobre la pierna de su amo, repartiendo el tiempo entre el adormecimiento causado por el agradable calor y los esfuerzos para recordar una nueva frase que había estudiado durante todo el día.

Siguió un largo y profundo silencio, interrumpido únicamente cuando Barnaby, cuyos

ojos abiertos aún miraban fijamente el fuego, cambiaba de postura, o cuando Grip hacía algún esfuerzo memorístico y decía en voz baja: «Polly, pon la tet...» y se paraba de pronto olvidando el resto de la frase.

Después de un largo intervalo, la respiración de Barnaby se hizo más profunda y regular, y sus ojos se cerraron por fin. Pero el cuervo volvió a decir «Polly, pon la tet...» y su amo se despertó.

Finalmente, Barnaby quedó sumido en un profundo sueño, y el pájaro, con el pico apoyado en el pecho y los ojos brillantes que por momentos eran más pequeños, pareció entregarse también al descanso. Únicamente de vez en cuando murmuraba con voz sepulcral: «Polly, pon la tet...», como quien está aletargado; más como un hombre borracho que como un cuervo meditabundo.

La viuda, conteniendo el aliento por temor a despertarlos, se levantó de su asiento y el bandido salió del cuarto y apagó la luz.

-¡...etera en el fuego! -gritó Grip herido de una idea súbita y muy excitado-. ¡...etera en el fuego! ¡Polly, pon la tetera en el fuego y tomaremos el té! ¡Viva! ¡Soy un demonio! ¡Soy un demonio! ¡La tetera! ¡Ea, ánimo! ¡No tengas miedo! ¡Coa!, ¡coa!, ¡coa! Soy un demonio... La tetera... Soy... ¡Polly, pon la tetera en el fuego y tomaremos el té!

La viuda y el extraño permanecieron inmóviles, como si hubieran oído una voz que saliera de un sepulcro.

Pero ni aun esto pudo despertar a Barnaby, que se volvió hacia el fuego y dejó caer el brazo en el suelo y la cabeza sobre el brazo. La viuda y su inoportuno visitante lo miraron, se miraron mutuamente y la viuda le indicó la puerta.

-Esperad un momento -dijo en voz baja-. Instruís bien a vuestro hijo.

-No le he enseñado nada de lo que habéis oído esta noche. Salid al momento o voy, a despertarlo.

-Sois libre de hacerlo. ¿Queréis que lo despierte yo?

-No os atreveréis.

-Me atrevo a todo. Según parece me conoce, y yo también quiero conocerlo.

-¿Queréis matarlo mientras duerme? -exclamó la viuda interponiéndose entre ellos.

-Mujer -respondió con furor reconcentrado-, deseo verlo de cerca, y lo haré. Si queréis que uno de nosotros mate al otro, despertadlo.

Entonces se acercó, e inclinándose sobre Barnaby, le alzó con tiento la cabeza y le miró la cara. El resplandor del fuego daba en ella de lleno y se distinguían con claridad todas sus facciones.

Contempló aquel rostro un momento y, levantándose con precipitación, dijo al oído a la viuda:

-Acordaos bien de lo que voy a deciros. Por él, cuya existencia he ignorado hasta esta noche, os tengo en mi poder. Mirad bien lo que hacéis conmigo... ¡Ay de vos! Soy un miserable,

me muero de hambre y vago sin cesar por la tierra. Pero me vengaré inevitable y lentamente.

-Hay en vuestras palabras algo horrible que no alcanzo a comprender.

-Pues su sentido es claro, y creo que lo comprendéis bastante bien. Hacía muchos años que presentíais lo que hoy ha sucedido... Vos misma lo habéis dicho. Reflexionad, pues, y no olvidéis mi advertencia.

Señaló con la mano a Barnaby y tras salir de puntillas de la cocina, se oyeron sus pasos en la calle. La viuda cayó de rodillas cerca de su hijo y permaneció en esta actitud como una mujer petrificada hasta que las lágrimas, congeladas hasta entonces por el terror, brotaron copiosamente causándole un tierno alivio.

-¡Oh, tú -exclamó—, que me enseñaste un amor tan profundo por este único resto de las promesas de una vida feliz, por este hijo cuyo cariño es para mí el manantial de mi único consuelo! ¡Cuando veo en él un niño lleno de confianza en mí, lleno para mí de amor, sin llegar a

ser nunca viejo ni frío de corazón, y condenado en el momento álgido de la edad viril, como cuando estaba en la cuna, a necesitar mi solicitud maternal y mi apoyo, dígnate protegerlo durante su marcha oscura a través de este triste mundo, o morirá y quedará destrozado mi pobre corazón!

XVIII

Deslizándose por las silenciosas calles, eligiendo las más sombrías y aterradoras, el hombre que había salido de la casa de la viuda cruzó el puente de Londres y, al entrar en la City, se internó en las plazas apartadas, en los callejones y en los patios, sin otro objeto que el de perderse entre sus rodeos y burlar toda persecución si alguien seguía sus pasos.

Era medianoche y todo estaba en silencio. De vez en cuando los pasos adormilados de un vigilante sonaban sobre el pavimento, o el farolero en sus rondas pasaba rápidamente a su lado dejando tras de sí un rastro de humo mezclado con los relucientes bocados de su eslabón al rojo vivo. Se ocultaba incluso de estos otros paseantes solitarios, y, encogiéndose en algún arco o callejón al pasar ellos, volvía a salir cuando habían desaparecido y seguía su camino.

Carecer de refugio y estar solo en el campo abierto, oyendo el gemido del viento y buscando el día a lo largo de la interminable y pesarosa noche; escuchar la lluvia que cae, y acucillarse para calentarse al abrigo de algún viejo establo o almiar, o en el hueco de un árbol, son cosas horribles, pero no tan horribles como vagar arriba y abajo allí donde hay refugio, donde las camas y los durmientes se cuentan por miles; una criatura rechazada, sin casa. Caminar sobre retumbantes piedras, una hora tras otra, contando las monótonas campanadas de los relojes; observar las luces parpadeando a través de las ventanas de las habitaciones, pensar qué alegre olvido encierra la puerta de cada casa; que hay niños enroscados en sus camas, aquí la juventud, aquí la edad, aquí la pobreza, aquí la riqueza, todos iguales en su sueño, y todo lo demás; no tener nada en común con el mundo durmiente que te rodea, ni siquiera el sueño, el regalo del cielo a todas las criaturas, y no tener más que desesperación; sentirte, por el hórrido

contraste con todo lo que tienes a mano, más completamente solo y expulsado que en un desierto sin camino alguno; ésta es la clase de sufrimiento que en no pocas ocasiones acaba en el fondo del río de las grandes ciudades, y la soledad que sólo entre la muchedumbre despierta.

El hombre desesperado vagaba por las calles -tan largas, tan cansinas, tan parecidas las unas a las otras- y con frecuencia echaba una mirada nostálgica hacia el Este, con la esperanza de ver los primeros y débiles rayos del día. Pero la irreducible noche todavía tenía apresado al cielo y el perturbado e incesante caminar de aquel hombre no hallaba en ninguna parte alivio.

Una casa en una calle interior estaba iluminada con el alegre resplandor de las luces; se oía también en ella el rumor de la música, y los pasos de los bailarines, y un grandísimo número de carcajadas. A ese lugar -para estar cerca de algo despierto y alegre- regresaba una y otra

vez, y más de uno de los que abandonaban aquel jolgorio cuando encontrábase en su momento más álgido, daban un respingo en su alborozado estado al verlo revolotear arriba y abajo como un agitado fantasma. Finalmente los invitados se marcharon, todos sin excepción; y entonces la casa fue cerrada y se tornó tan vulgar y silenciosa como todas las demás.

Su vagar lo llevó en una ocasión a la cárcel de la ciudad. En lugar de alejarse a todo correr de aquel lugar de tan mal agüero, y por el que además tenía razones para sentir rechazo, se sentó sobre unos duros escalones cercanos y, apoyando la barbilla sobre la mano, se quedó mirando sus toscos y pesados muros como si hasta ellos fueran un refugio a sus hastiados ojos. La rodeó en no pocas ocasiones, volvió al mismo lugar y volvió a sentarse. Lo hizo con frecuencia, y en una ocasión, con un rápido movimiento, se cruzó en el lugar en el que algunos hombres estaban mirando la guardia de la cárcel, y puso pie en la escalera como si estu-

viera resuelto a acercarse a ellos. Pero mirando a su alrededor, vio que el día empezaba a romper y, sin cumplir su propósito, se giró y huyó.

Muy pronto se encontró en el barrio que había recorrido antes. Descendía por un callejón, cuando de una casa inmediata salieron ruidosas aclamaciones y aparecieron en un patio oscuro una docena de jóvenes gritando, llamándose unos a otros, y separándose con estrépito tomaron diferentes caminos en pequeños grupos.

Con la esperanza de encontrar allí alguna taberna que le procurase un asilo seguro, entró en el patio cuando se alejaron los jóvenes y miró a su alrededor para descubrir una puerta entreabierta, una ventana con luz o algún otro indicio del sitio de donde salían aquellos jóvenes; pero todo se hallaba en una oscuridad tan profunda y tenía un aspecto tan siniestro que llegó a creer que los mozalbetes sólo se habían introducido allí equivocándose de camino y que retrocedían en el momento en que lo habí-

an advertido. Con semejante opinión y reconociendo, por otra parte, que no existía más salida que aquella por donde había entrado, iba a volverse atrás cuando de una verja situada casi a sus pies brotó de pronto una corriente de luz y el rumor de una conversación.

El desconocido se retiró a un portal para acechar a los que salían, y mientras ejecutaba este movimiento, la luz llegó al nivel del patio, y subió un hombre con una antorcha en la mano. Este personaje abrió la verja, y la sostuvo levantada para dejar pasar a otro, que apareció inmediatamente bajo la forma de un joven de pequeña estatura y aire petulante, vestido según una moda muy antigua y con un lujo de mal gusto.

-¡Buenas noches, noble capitán! -dijo el hombre de la antorcha-. ¡Adiós, comandante! ¡Felicidades, ilustre general!

El joven respondió a sus cumplidos mandándole que callase y se guardase para sí tan ruidosos elogios y le dirigió varias reprensiones

con gran acopio de palabras y una gran severidad de ademanes.

-Expresiones a esa Miggs cuyo corazón habéis traspasado -repuso el de la antorcha bajando de tono-. Mi capitán aspira a un pájaro de mejor plumaje que Miggs. ¡Ja, ja, ja! Mi capitán es un águila, y tiene su vista penetrante y sus alas.

-Estáis loco, Stagg -dijo Tappertit saltando al patio y frotándose las piernas para quitarse el polvo que había recogido en su ascensión.

-¡Qué preciosas piernas! -exclamó Stagg estrechándole una de sus pantorrillas-. ¿Cómo se atreve esa tal Miggs a pretender unas piernas hechas con torno como éstas? No, no, mi capitán, secuestraremos a las doncellas y nos casaremos con ellas en nuestra secreta taberna.

-Tengo que advertiros -dijo Tappertit sacando su pantorrilla de las manos de Stagg- que no os toméis conmigo tales libertades ni toquéis ciertas cuestiones sin que os autorice. Hablad sólo cuando os hablen de ciertos asuntos reser-

vados, pero de lo contrario... punto en boca. Tened la antorcha levantada hasta que haya salido del patio. ¿Me oís?

-Os oigo, noble capitán.

-Pues obedeced -dijo Tappertit con altivez-. ¡Señores, adelante!

Al pronunciar esta voz de mando, dirigida a su imaginario estado mayor, se cruzó de brazos y salió del patio con la dignidad de un general o de un monarca. Su obsequioso acólito permaneció en pie y con la antorcha levantada sobre su cabeza, y el espía vio entonces por primera vez desde su escondite que era un ciego.

Un movimiento involuntario del espía hirió el fino oído del ciego, aunque aquél sólo había avanzado un paso, y se volvió de pronto gritando:

-¿Quién va?

-Un amigo -dijo el otro adelantándose.

-Los desconocidos no son amigos míos -repuso el ciego-. ¿Qué hacéis ahí?

-He visto salir a vuestro compañero y he esperado aquí hasta que partiera. Necesito un aposento.

-¡Un aposento a estas horas! -dijo Stagg indicándole con la mano el alba como si la viera-. ¿Sabéis que va a hacerse de día muy pronto?

-Lo sé perfectamente -respondió el desconocido-. He recorrido durante toda la noche esta ciudad con el corazón de hierro.

-Pues os aconsejo que volváis a recorrerla -dijo el ciego preparándose para bajar- hasta que encontréis un hospedaje a vuestro gusto. Yo no alquilo habitaciones a nadie.

-¡Deteneos! -gritó el desconocido cogiéndolo del brazo.

-No me toquéis, o voy a romperos la antorcha en esa cara de holgazán, porque es a una cara de holgazán a lo que se parece vuestra voz, y voy a despertar a toda la vecindad. Dejadme en paz. ¿Oís?

-¿Y oís vos? -repuso el desconocido haciendo sonar algunos chelines y poniéndoselos en la

mano con precipitación-. No soy un mendigo, pagaré el hospedaje que me deis. ¡Por el amor de Dios! ¿Es pedir demasiado a un hombre como vos? Llego del campo y deseo descansar en alguna parte al abrigo de los curiosos. Estoy débil, rendido de cansancio, muerto de hambre. Dejadme recostar como un perro delante de vuestro hogar, no os pido más. Si queréis desembarazaros de mí, partiré mañana.

-Cuando un caballero tiene una desgracia en el camino -dijo Stagg cediendo al otro, que siguiéndole de cerca había puesto su pie en la escalera- y puede pagar su hospedaje...

-Os daré cuanto tengo. Casualmente ahora no necesito alimento, Dios lo sabe, y sólo deseo un refugio. ¿Hay alguien abajo?

-Nadie.

-Pues entonces cerrad la verja y enseñadme pronto el camino.

El ciego consintió después de un momento de vacilación y bajaron juntos. El diálogo había sido muy rápido y los dos hombres llegaron a

la miserable morada de Stagg antes de que éste pudiera volver en sí de su primera sorpresa.

-¿Puedo ver adónde conduce esta puerta? -preguntó el desconocido mirando a su alrededor.

-Yo mismo os lo enseñaré. Seguidme o pasad primero, como prefiráis.

El desconocido le dijo que le precediese, y a la luz de la antorcha que su guía levantaba con tal fin examinó minuciosamente las tres bodegas. Viendo que el ciego no le había engañado y que vivía allí solo, volvió con su anfitrión a la primera bodega, en la cual había un buen fuego, y se tendió en el suelo exhalando un profundo gemido.

Su anfitrión continuó con sus ocupaciones ordinarias sin reparar en él, pero una vez que se quedó dormido, lo cual advirtió el ciego tan pronto como lo hubiera hecho el hombre dotado de la vista más penetrante, se arrodilló a su lado y le pasó con tiento la mano por la cara y el cuerpo.

Su sueño se veía interrumpido por temblores, gemidos y algunas palabras que murmuraba, y tenía los puños cerrados, las cejas fruncidas y la boca muy apretada. Nada de esto escapó al inventario exacto que el ciego hizo de su persona, y excitándose vivamente su curiosidad como si hubiera penetrado el secreto del desconocido, permaneció sentado vigilándolo, si se puede vigilar sin ver, y escuchándolo hasta que el sol envió alguno de sus rayos a la bodega.

XIX

La cabecita de Dolly Varden se hallaba como absorta en los diversos recuerdos del baile y sus animados ojos, deslumbrados aún por una multitud de imágenes que revoloteaban ante ella como átomos en los rayos del sol. Entre estas imágenes figuraba especialmente la efigie de una de sus parejas, joven cochero con título de maestro, que le había dicho al ofrecerle la mano para acompañarla hasta su silla en el momento de partir que su idea fija y su irrevocable resolución era olvidar en adelante sus negocios y morir lentamente de amor por ella. La cabeza de Dolly, sus ojos, sus pensamientos y todos sus sentidos se hallaban, pues, en un estado de agitación desordenada que el baile justificaba a la perfección, si bien habían transcurrido ya tres días cuando, en el momento en que, sentada a la mesa durante el almuerzo y muy distraída, leía su buenaventura, esto es, magníficos casamientos y espléndidas riquezas, en el poso

de su taza de té, se oyeron pasos en la tienda y se vio al mismo tiempo por la puerta de cristales a Edward Chester, de pie en medio de cerrojos y llaves oxidadas como el Amor en medio de las rosas, comparación que no pertenece al historiador, pues su invención es propiedad exclusiva de otra persona, de la casta y modesta Miggs, la cual, al ver al joven desde la puerta, donde estaba fregando los cristales, iluminada por una feliz inspiración, se permitió esta comparación poética en su alma virginal.

El cerrajero, con los ojos fijos en el techo y la cabeza hacia atrás, se hallaba casualmente en aquel momento en el ardor de sus comunicaciones íntimas con Toby, y no vio a la persona que lo visitaba hasta que la señora Varden, más alerta que los demás, suplicó a Simon Tappertit que abriese la puerta e introdujese a aquel caballero. Adviértase que la buena señora se aprovechó de ver a su marido descuidado y desatento para dirigirle una reprensión moral, con el más fútil pretexto, sobre la perniciosa cos-

tumbre, por ejemplo, de echar un trago de cerveza por la mañana, costumbre irreligiosa y pagana, cuyas delicias debían dejarse en manos de Satanás y sus sectarios y horrorizar a los justos como una obra de crimen y de pecado. Iba sin duda a extender a otro punto su sermón, y hubiera añadido una larga lista de preceptos de un valor inapreciable, si Edward Chester, que parecía sentir una cierta incomodidad mientras ella reprendía a su marido, no la hubiese inducido a terminar bruscamente.

-Estoy segura, caballero, de que me perdonaréis -dijo la señora Varden levantándose y haciéndole profundas reverencias-. Varden es tan atolondrado que necesita que se le recuerden sus deberes... Simon, traed una silla.

Tappertit obedeció con una floritura que parecía decir que lo hacía en contra de su voluntad.

-Podéis retiraros, Simon -dijo el cerrajero.

Tappertit obedeció también, todavía protestando, y al volver a la tienda empezó a temer

de veras que se vería obligado a envenenar a su amo antes de terminar su aprendizaje.

Edward contestó en tanto a las reverencias de la señora Varden con los cumplidos más adecuados. La señora Varden quedó radiante de satisfacción, y llegó al apogeo su amabilidad cuando el agraciado joven aceptó una taza de té de las hermosas manos de Dolly.

-Si Varden y yo y hasta la misma Dolly podemos serviros en alguna cosa -dijo la señora Varden-, será una gran satisfacción para nosotros, caballero.

-0s quedo sumamente agradecido, señora -repuso Edward-, y me animáis a deciros, precisamente, que vengo a veros para implorar vuestra benevolencia.

La señora Varden estaba encantada.

-Se me ha ocurrido que probablemente vuestra hermosa hija iría a Warren hoy o mañana -dijo Edward mirando a Dolly- y en caso de ser así, y consentís en que llevara allí esta carta, me haríais, señora, un favor que os agradecería en

el alma. Lo cierto es que a pesar del más vivo deseo de que mi carta llegue a su destino, tengo razones para no confiarla más que a una persona amiga, de lo cual se desprende que sin vuestro apoyo me vería en el mayor apuro.

-No debía ir a Warren, caballero, hoy ni mañana, ni aun en la próxima semana -repuso con amabilidad la señora Varden-, pero será un placer para nosotros tomarnos la molestia por vos, y si lo deseáis, podéis contar con que irá hoy mismo. Tal vez supondréis -añadió la señora Varden mirando a su esposo con ceño-, al ver a Varden sentado allí sombrío y taciturno, que trata de oponer alguna objeción a nuestro proyecto, pero os suplico que no hagáis caso, tiene por costumbre estar así cuando se encuentra en casa, porque fuera de su familia siempre está muy alegre y animado,

Lo cierto, sin embargo, es que el infortunado cerrajero, bendiciendo su estrella al ver a su esposa de tan buen humor, había permanecido sentado con el rostro radiante de satisfacción y

de alegría, de modo que tan súbito ataque le cogió de improviso.

-¡Querida Martha! -dijo.

-Sí, muy querida -respondió la señora Varden interrumpiéndolo con una sonrisa en la que el desdén competía con la jovialidad.

-Pero querida, estás en un error, en un completo error. Sentía el más grato placer al ver con cuánta bondad contestabas a este caballero, y te juro que esperaba con ansiedad lo que ibas a decir.

-¡Esperabas con ansiedad! -repitió la señora Varden-. Gracias, Varden, gracias. Esperabas, como lo haces siempre, que pudiera exponerme a alguna reprensión tuya si encontrabas pretexto para dirigírmela, pero ya estoy acostumbrada -dijo la dama con una risita solemne- y esto es lo que me consuela.

-Te juro, Martha... -dijo Gabriel.

-Yo también te juro, querido -dijo su mujer interrumpiéndolo con una sonrisa caritativa-, que cuando entre marido y mujer hay ciertas

discusiones, lo mejor es zanjarlas pronto. No hablemos, pues, más del asunto, Varden. Habría dicho muchas cosas, pero prefiero callar y te suplico humildemente que imites mi resignación.

-Punto en boca, pues -repuso el cerrajero.

-No hablemos más -dijo la señora Varden.

-Únicamente debo añadir -dijo el cerrajero con buen humor- que no he sido yo el que ha comenzado.

-¡No has sido tú el que ha comenzado! -exclamó su mujer abriendo desmesuradamente los ojos y mirando a su alrededor como si dijera: «¿Oís lo que dice este hombre?»-. No has comenzado, Varden, pero no dirás que yo estaba de mal humor. Bien..., bien, no has sido tú el que ha comenzado.

-Muy bien, muy bien -dijo el cerrajero-. Asunto zanjado.

-Sí, sí -repuso su mujer-, asunto zanjado. Si quieres decir que Dolly ha sido la que ha comenzado no seré yo quien te lleve la contraria,

Varden, porque sé cuál es mi deber. Creía que tenía razón, pero tú me has demostrado que estaba en un error. Te doy las gracias, Varden.

Y al hablar de este modo con una enérgica demostración de humildad y clemencia, cruzó las manos y miró a su alrededor con una sonrisa que decía claramente: «Si queréis ver a la que merece ocupar el primer puesto entre las mujeres mártires, aquí la tenéis».

Este pequeño incidente, ilustrativo como era de la dulzura y la amabilidad de la señora Martha, era asimismo el más adecuado para entibiar la conversación y desconcertar a todo el mundo, exceptuando a esta apreciable señora. Así pues, sólo mediaron algunos monosílabos hasta que Edward se marchó, lo cual hizo muy pronto, dando las gracias una infinidad de veces a la dueña de la casa por su condescendencia, y diciendo al oído de Dolly que volvería a verla el día siguiente para saber si le habían contestado a su nota. Dolly no tenía necesidad de que se lo dijera para saberlo, porque Barna-

by y Grip se habían introducido en su casa la noche anterior para anunciarle la visita que recibía en aquel momento.

Gabriel acompañó a Edward hasta la puerta de la calle y volvió con las manos en los bolsillos. Después de pasearse por el comedor con inquietud y embarazo y de haber dirigido varias miradas oblicuas hacia su esposa, que con la expresión más tranquila estaba hundida a cinco brazas de profundidad en el *Manual protestante*, interpeló a Dolly y le preguntó cuándo pensaba ir a Warren. Dolly respondió que, según tenía previsto, iría con la diligencia, y miró a su madre, que viendo que le hacían un llamamiento silencioso, se abismó todavía más en el *Manual* y se aisló de todas las cosas terrenales.

-Martha -dijo el cerrajero.

-Te oigo, Varden -dijo su mujer sin subir a la superficie.

-Siento, querida Martha, que abrigues prevenciones contra el Maypole y el viejo John,

porque de no ser así, siendo la mañana tan hermosa y no teniendo los sábados mucho trabajo, iríamos los tres a Chigwell, donde pasaríamos un día muy divertido.

La señora Varden cerró inmediatamente el *Manual*, prorrumpió en llanto y pidió a su hija que la acompañara a su cuarto.

-¿Qué tienes, Martha? -preguntó el cerrajero.

A lo cual Martha respondió:

-¡Oh, no me hables! -dijo, y protestó agónicamente que no habría creído lo que le decía ni aunque alguien se lo hubiera contado.

-Pero Martha -dijo Gabriel siguiéndola mientras se dirigía a su habitación apoyada en el hombro de Dolly-. ¿Qué es lo que no hubieses creído? Dime el nuevo agravio que te he hecho, dímelo, pues te juro que no lo sé. ¿Lo sabes tú, hija mía? ¡Maldita sea! -exclamó el cerrajero quitándose la peluca un tanto frenético-. Nadie lo sabe, nadie, con la posible salvedad de Miggs.

-Miggs -dijo la señora Varden en un tono lánguido y con síntomas de inminente incoherencia-, Miggs me es fiel, y esto basta para atraer sobre ella el odio de esta casa. Pues bien, sí, esta muchacha es un consuelo para mí, aunque eso no guste a los demás.

-No siempre es un consuelo para mí -exclamó Gabriel, a quien la desesperación infundió audacia-. Es la desgracia de mi vida. Es peor que todas las plagas de Egipto.

-Hay personas que lo creen, no lo dudo -dijo la señora Varden-. Estaba preparada para oír algo así, no me sorprende. Si me insultas a la cara como lo haces, ¿cómo puede extrañarme que lo hagas a su espalda?

Y la incoherencia de la señora Varden llegó a tal extremo que lloró, rió, suspiró, se estremeció, tuvo hipo y sofocos, dijo que era una estupidez, pero que no podía evitarlo, y que cuando estuviera muerta tal vez se arrepentirían de lo que la hacían padecer, lo cual no le parecía muy probable en ese momento. En una palabra,

no olvidó ninguna de las ceremonias que suelen acompañar a pataletas como aquélla, y haciéndose sostener hasta el extremo de la escalera, fue depositada en un estado espasmódico de extrema gravedad en su propio lecho, donde muy pronto se arrojó Miggs sin aliento sobre su pobre señora.

El secreto de todo aquello era que la señora Martha deseaba ir a Chigwell, que no quería hacer concesión alguna ni dar explicaciones, y que se había propuesto no ir hasta que se lo suplicaran encarecidamente. Por consiguiente, después de una enorme cantidad de gemidos y gritos en el piso superior; una vez; que hubieron humedecido bien la frente de la enferma, aplicado vinagre a sus sienes y puesto esencias olorosas bajo sus narices; después de las patéticas súplicas que Miggs apoyó con un ponche muy caliente y no muy flojo y con diversos cordiales de una virtud no menos estimulante, administrados primero con una cucharilla, pero después en dosis cada vez mayores de las que

la misma Miggs tomó su parte como medida preventiva -pues los síncopes son contagiosos-, finalmente, después de recurrir a otros remedios que sería prolijo citar, sazonados todos con consuelos morales y religiosos, el cerrajero se humilló y se logró lo que se deseaba.

-Padre -dijo Dolly-, subid al cuarto de mi madre, aunque sólo sea por un poco de paz y tranquilidad.

-Oh, Dolly, Dolly -dijo el buen cerrajero-, si llegas a casarte...

Dolly dirigió una mirada al espejo.

-Cuando estés casada -continuó el cerrajero- no te desmayes nunca, muchacha. El desmayo repetido con exceso causa por sí solo, Dolly, mayor número de males domésticos que todas las pasiones juntas. Acuérdate de esto, hija mía, si deseas ser realmente dichosa, y no podrás serlo si no lo es tu marido. Otro consejo debo darte, querida Dolly, y es que no tengas a tu lado a ninguna Miggs.

Con este consejo dio un beso en la mejilla arrebolada de su hija y subió lentamente al cuarto de su esposa, donde ésta yacía pálida y abatida sobre la almohada, confortándose con el aspecto de su nuevo sombrero, que Miggs, como medio para calmar sus turbados sentidos, desplegaba en el borde de la cama del modo más favorable posible.

-Aquí está el amo, señora -dijo Miggs-. Oh, ¡qué alegría produce ver a dos esposos reconciliándose! ¡Parece imposible que puedan reñir nunca!

Mientras enunciaba enérgicamente estas exclamaciones, que fueron pronunciadas como una apelación a los cielos en general, Miggs se encasquetó el sombrero de su señora, cruzó las manos y rompió en amargo llanto.

-No puedo contener las lágrimas -exclamó Miggs-, no podría aunque me anegase en ellas. ¡Es mi señora tan clemente y misericordiosa! Veréis como va a olvidarlo todo y a ir con vos,

señor. Oh, ¡si fuera preciso iría con vos hasta el fin del mundo!

La señora Varden, con una sonrisa llena de languidez, censuró el entusiasmo de su acompañante y le manifestó que se encontraba muy mal para salir de casa aquel día.

-Oh, no estáis tan mal, señora, exageráis -dijo Miggs-. Que lo diga el amo. ¿No es cierto, señor, que no está tan mal? El aire del campo y el movimiento del carruaje os probarán muy bien, señora. No os dejéis abatir o enfermaréis de veras. ¿No es verdad, señor, que debe levantarse por el bien de todos? Esto es precisamente lo que iba a decirle. Debe acordarse de nosotros aunque se olvide de sí misma. Ya está la señorita Dolly vestida y dispuesta a salir con el amo y con vos, y los tres estáis contentos como unas pascuas. ¡Oh! -exclamó Miggs prorrumpiendo otra vez en llanto antes de salir del cuarto con la mayor emoción-, nunca he visto una criatura tan angelical como ella por su clemencia, no,

jamás la he visto. El amo no la ha visto tampoco nunca, ni nadie en el mundo la verá jamás.

Durante unos cinco minutos, la señora Varden sostuvo una débil oposición a las súplicas de su marido, que repetía que le daría una gran satisfacción accediendo, pero por fin se ablandó, se dejó persuadir y, concediéndole una amnistía cuyo mérito, según decía con humildad, pertenecía al *Manual protestante* y no a ella, expresó el deseo de que Miggs la ayudara a vestirse. Miggs acudió al momento, y es un acto de justicia a los esfuerzos de la dueña y la criada consignar aquí que la buena señora, cuando bajó después de cierto tiempo con su traje completo de viaje, parecía disfrutar, como si nada hubiese sucedido, de la salud más envidiable.

También estaba dispuesta Dolly, epítome de la belleza, engalanada con un abrigo de color cereza, con la capucha caída sobre el cuello, y sobre esta capucha un sombrerillo de paja con cintas de color cereza y un poco ladeado, lo suficiente para convertirlo en el más provoca-

dor y perverso adorno que hubiera inventado jamás una maliciosa modista. Y por no hablar de la manera en que esta serie de adornos de color cereza aumentaba el brillo de sus ojos, rivalizaba con sus labios o esparcía sobre su cara una nueva flor de belleza, llevaba un manguito tan cruel y un par de zapatos tan capaces de traspasaron el corazón, y estaba rodeada y envuelta, si así puede decirse, de tantas coqueterías de toda clase, que cuando Simon Tappertit vio salir a la joven de casa sintió la tentación de subir con ella al coche y huir a escape como un loco. Y lo hubiera hecho indudablemente, de no ser por las dudas que tenía acerca del camino más corto para llegar a Gretna-Green, pues no sabía si quedaba al norte o al sur, girando a la derecha o a la izquierda; y si, aun suponiendo que venciese todos los obstáculos del camino, el cerrajero de la localidad los casaría en definitiva a crédito, lo cual parecía inverosímil hasta a su imaginación exaltada. Mientras vacilaba y lanzaba a Dolly miradas de raptor con

silla de posta de seis caballos, sus amos salieron de su casa con la fiel Miggs, y la ocasión propicia se esfumó para siempre, porque el coche rechinó cuando subió el cerrajero, se estremeció como si le palpitase el corazón cuando subió Dolly, y partió dejándolo solo en la calle con la lúgubre Miggs.

El buen cerrajero estaba muy contento, como si en doce meses no hubiera tenido el menor disgusto; Dolly era toda elegancia y sonrisas, y la señora Varden estaba de buen humor y pletórica de salud. Mientras cruzaban las calles hablando de diversas cosas, vieron en medio de la calzada nada más y nada menos que al joven cochero del baile, que tenía un aire tan distinguido que se hubiera podido creer que no se había subido a un coche jamás sino para pasearse y saludar desde allí a los transeúntes como cualquier noble. A buen seguro que Dolly se quedó confusa cuando le devolvió el saludo, y a buen seguro que las cintas de color cereza temblaron un poco cuando descubrió su me-

lancólica mirada, que parecía decir: «He cumplido mi promesa, la cosa ya está en marcha, el negocio se va al diablo y es por culpa vuestra». El cochero se quedó clavado en el suelo como una estatua, según la expresión de Dolly, y como un poste, según la comparación de la señora Varden, hasta que volvieron la esquina, y cuando su padre declaró que aquel joven era muy imprudente, y su madre preguntó con asombro cuál podía ser su intención, Dolly se puso tan encarnada, que las cintas parecían amarillas.

Pero no por eso continuaron con menos alegría su viaje. El cerrajero, en la imprudente plenitud de su corazón, se paraba en todas partes y revelaba la más estrecha intimidad con todas las tabernas del camino y todos los posaderos y posaderas, amistosas relaciones de las que participaba verdaderamente el caballo, pues se paraba por iniciativa propia. Sería imposible describir el júbilo que causaba a estos posade-

ros y posaderas el ver al señor Varden, la señora Varden y la señorita Varden.

-¿No bajáis? -decía uno.

-Es preciso que entréis en mi casa -decía otro.

-Si os negáis a tomar alguna cosa, me enfadaré y me convenceré de que sois orgullosos -añadía otra persona del sexo femenino.

Y lo mismo sucedía en todas las posadas y hosterías, hasta el punto de que más que un viaje parecía aquello una marcha solemne, una escena de hospitalidad que se prolongaba desde el principio hasta el fin. Como era muy lisonjero gozar de semejante aprecio, la señora Varden no dijo nada por de pronto y desplegó una afabilidad deliciosa, pero ¡qué cúmulo de testimonios recogió aquel día contra el desventurado cerrajero para emplearlos en caso oportuno! Nunca se hizo semejante colección con finalidad matrimonial.

Al cabo de un rato, un rato muy, muy largo, pues perdieron bastante tiempo con estas gra-

tas interrupciones, llegaron al bosque y, después del más delicioso paseo bajo las copas de los árboles, llegaron por fin al Maypole. El jubiloso saludo del cerrajero atrajo inmediatamente al portal al viejo John, y tras él a Joe, tan asombrados y alegres uno y otro al ver a aquellas damas que durante un momento les fue imposible articular una sola palabra y no hicieron más que abrir la boca y los ojos.

Sin embargo, Joe recobró muy pronto su serenidad y, empujando a su padre, que se indignó al sentir la impresión dolorosa del codazo, salió del portal con la rapidez del rayo y se colocó cerca del carruaje en actitud de ayudar a bajar a las señoras. Era preciso que Dolly bajase primero, y Joe la sostuvo en sus brazos, sí, Joe la sostuvo en sus brazos durante el brevísimo tiempo de un segundo. ¡Qué vislumbre de la felicidad!

Sería difícil explicar lo vulgar y anodino que fue para Joe ayudar a bajar después a la señora Varden, pero lo hizo, y lo hizo con la mayor

gracia y galantería. El viejo John, que, teniendo una vaga y nebulosa idea de que la señora Varden no le miraba con buenos ojos, no estaba bien seguro de que no viniese con intenciones belicosas, hizo un esfuerzo de valor diciéndole que esperaba que se encontrara en perfecto estado, y después se ofreció a conducirla a su casa. Esta oferta fue aceptada de una manera amistosa, y se dirigieron juntos hacia el interior, seguidos por Joe y Dolly cogidos del brazo (¡de nuevo felicidad!) y finalmente por Varden.

El viejo John insistió en que se sentaran en la barra, y dado que nadie puso objeciones, en la barra se sentaron. Todas las barras son lugares cómodos y acogedores, pero la del Maypole, era sin duda la barra más cómoda, acogedora, agradable y completa que jamás haya contemplado un hombre. Esas impresionantes botellas en viejos casilleros de roble; esas refulgentes jarras colgando de alcayatas con aproximadamente la misma inclinación con que las sostendría un hombre sediento contra sus labios; esos

resistentes barriles holandeses alineados en hileras sobre estanterías; todos esos limones colgando en redecillas separadas que acabarían conformando, junto a generosas raciones de nevoso azúcar, el ponche ya mencionado en esta crónica, idealizado más allá de todo conocimiento mortal; esos armarios, esas prensas, esos cajones llenos de pipas, esos lugares para meter las cosas en los asientos huecos junto a las ventanas, todos llenos hasta arriba de comestibles, bebidas o deliciosos condimentos; finalmente, y para coronar todo lo hasta aquí mencionado, como ilustración de los inmensos recursos del establecimiento y su desafío a sus clientes de atreverse a volver, ¡ese maravilloso queso!

Pobre es el corazón que nunca se alegra; el más pobre, el más débil y el más deslavazado sería aquel corazón vivo que no se reconfortara ante la barra del Maypole. Lo hizo el de la señora Varden de inmediato. Podría haberle reprochado algo a John Willet entre aquellos dio-

ses lares, los barriles, las botellas, los limones, las pipas y el queso lo mismo que clavarle su brillante cuchillo de trinchar. El menú, por otro lado, habría saciado a un salvaje.

-Un poco de pescado -dijo John a la cocinera-, algunas costillas de ternero empanadas con mucha salsa de tomate, una buena ensalada, un pollo asado, un plato de salchichas con puré de patatas o algo por el estilo.

¡Algo por el estilo! ¡Qué recursos no tendrán las posadas! Sugerir negligentemente platos que eran una comida de primera clase y día de fiesta, propios de un banquete de boda, y llamarlos «algo por el estilo», ¿no era lo mismo que si hubiera dicho: «Si no tenéis pollo, .servidnos cualquier tontería, no sé, un faisán»? Y la cocina, con su chimenea ancha como una caverna, una cocina en la que parecía que el arte culinario no tenía límites. La señora Varden volvió a la barra tras admirar estas maravillas con la cabeza aturdida e impresionada, pues su talento como ama de casa no era sufi-

ciente para asimilar todo aquello. Por ello se vio obligada a quedarse dormida, porque no podía estar con los ojos abiertos ante semejante inmensidad.

Mientras tanto, Dolly, cuyo corazón y cuya cabeza estaban ocupados por muy distintos asuntos, salió por la puerta del huerto y, mirando de vez en cuando hacia atrás -aunque por supuesto no era para ver si Joe la seguía-, se internó con pie ligero en una estrecha senda que conocía muy bien para cumplir con su encargo en Warren, y asegurarse puede que difícilmente se hayan visto jamás cosas tan agradables como el abrigo y las cintas de color cereza cuando se agitaban a lo largo de las verdes praderas a la brillante luz del día.

XX

El orgullo que le causaba la misión que se le había confiado y la inmensa importancia que naturalmente le daba la habrían puesto en evidencia a ojos de toda la casa si hubiera tenido que verse expuesta a las miradas de sus moradores, pero como Dolly había jugado infinitas veces en cada pasillo y en cada salón en los días de su infancia, y desde entonces había sido la humilde amiga de la señorita Haredale, de quien era hermana de leche, conocía las entradas y salidas de la casa lo mismo que Emma. Así pues, sin tomar más precauciones que reprimir el aliento y andar de puntillas al pasar por delante de la puerta de la biblioteca, se dirigió a la habitación de su amiga sin anunciarse.

Era la habitación más alegre del edificio. La sala era indudablemente sombría como las demás, pero la juventud y la hermosura hacen alegre una cárcel (excepto cuando las marchita el aislamiento) y prestan algunos de sus pro-

pios encantos a la más lúgubre escena. Aves, flores, libros, dibujos y mil cosas de este género, mil graciosos testimonios de las afecciones y gustos femeninos, daban mayor vida y ternura humana a aquella sala para la que parecía haberse construido todo el edificio. Había un corazón en aquella sala, y el que tiene un corazón no deja nunca de reconocer la silenciosa presencia de otro corazón como el suyo.

Dolly tenía uno, sin duda, y no era de piedra, aunque hubiera a su alrededor una neblina de inconstancias y caprichos comparable con esos vapores que envuelven al sol de la vida en su mañana y oscurecen ligeramente su brillo. Así pues, cuando Emma se levantó para recibirla y la besó afectuosamente en la mejilla, se hubiera dicho que era muy desgraciada porque acudieron las lágrimas a sus ojos y expresó la más profunda tristeza; pero un momento después, alzó los ojos, los vio en el espejo y tenían en verdad tanta gracia y hermosura, que sonrió

exhalando un suspiro y se sintió muy consolada.

-He oído hablar de eso, señorita -dijo Dolly-, y es en efecto muy triste, pero cuando las cosas van peor, no pueden hacer sino mejorar.

-¿Estáis segura de que ahora van peor? -preguntó Emma sonriéndose con tristeza.

-No creo que puedan ser menos esperanzadoras -dijo Dolly-. Pero pronto se trocará la situación, y yo misma os traigo una buena noticia.

-¿De parte de Edward?

Dolly asintió y sonrió. Después se puso la mano en el bolsillo (había bolsillos en aquella época) y, simulando no lograr encontrar lo que buscaba, dándose una gran importancia, sacó por fin la carta. Cuando Emma rompió con presteza el sobre y devoró lo que había escrito en la nota, los ojos de Dolly, por una de esas casualidades extrañas y difíciles de explicar, se dirigieron nuevamente hacia el espejo, y no

pudo menos de pensar que el cochero debía en efecto sufrir mucho y lo compadeció.

Era una carta larga, larguísima, escrita en líneas muy estrechas en las cuatro caras, pero no era muy consoladora, porque Emma se paró durante su lectura varias veces para llevarse el pañuelo a los ojos. Es indudable que Dolly estaba muy asombrada al verla sumida en tamaña aflicción, porque el amor era para ella uno de los entretenimientos más divertidos, una de las cosas más graciosas de la vida, pero pensó para sí que era posible que todo aquello se debiera a la extrema constancia de Emma, y que si ella quisiera enamorarse de algún otro galán de la manera más inocente del mundo y únicamente para mantener a su primer amante en el ardor de la pasión, se aliviaría de un modo muy sensible.

«A buen seguro que así lo haría yo si me hallase en su situación», pensó Dolly. «Hacer desgraciado a tu amante es lógico y no pasa

nada, pero hacerte desgraciada a ti misma es una tontería.»

Sin embargo, semejante consejo no habría tenido éxito alguno, y por lo tanto permaneció sentada y en silencio. Y le fue preciso hacer esfuerzos de paciencia, porque una vez leída la carta desde el principio hasta la firma, fue leída una segunda y tercera vez sin dejarse ni una línea. Durante este largo intervalo, Dolly recurrió para pasar el rato al mejor método que se le ocurrió: rizarse el cabello enrollándoselo alrededor de los dedos, con la ayuda del espejo que había consultado ya más de una vez, y hacerse algunos tirabuzones mortales.

Todo acaba en este mundo, y hasta las jóvenes enamoradas no pueden leer eternamente las cartas que les escriben. Así pues, doblada otra vez la carta de Edward, lo único que le quedaba por hacer era escribir la respuesta.

Pero como esto prometía ser una obra que exigiría también tiempo, Emma la aplazó hasta después de comer diciendo que era indispensa-

ble que Dolly comiese con ella. Puesto que Dolly había pensado precisamente lo mismo, no fue necesario que le insistiera demasiado y, acordado así, las dos amigas salieron para pasear por el jardín.

Recorrieron en todas direcciones la arboleda hablando continuamente -Dolly al menos no cesó de hablar un minuto- y dando a aquel espacio de la lúgubre casa una completa alegría, no porque hablaran en voz alta y se rieran mucho, sino porque las dos eran tan bellas, soplaba aquel día una brisa tan agradable, y sus ligeros vestidos y los rizos de sus cabelleras parecían tan libres y tan gozosos en su abandono, que no había flores tan preciosas como ellas en el jardín.

Después del paseo comieron, después se escribió la carta, y después hubo un rato más de charla, durante la cual Emma aprovechó la ocasión para acusar a Dolly de coquetería o inconstancia, si bien pareció que Dolly tomaba estas

acusaciones por cumplidos, pues se reía a carcajadas.

Viendo que era completamente incorregible, Emma consintió en su partida, pero no sin haberle confiado antes la importante respuesta, advirtiéndole que no la perdiese. Además, le regaló un bonito brazalete para que le sirviera de recuerdo.

Habiéndolo colocado en el brazo de su hermana de leche, y habiéndole aconsejado formalmente que se enmendase en sus coqueterías, pues Emma sabía que Dolly amaba a Joe en el fondo de su corazón -lo cual negaba Dolly con energía, repitiendo altivas protestas y diciendo que esperaba encontrar mejores partidos-, la señorita Haredale se despidió de su amiga. Sin embargo, la volvió a llamar para darle para Edward algunos encargos extras que ni una persona diez veces más circunspecta que Dolly apenas habría podido recordar, y se separaron por fin definitivamente.

Dolly bajó saltando la escalera, y llegó a la puerta de la terrible biblioteca, por delante de la que se disponía a pasar de puntillas cuando de pronto la puerta se abrió y apareció el señor Haredale. Dolly, que desde su infancia había considerado a este caballero como una especie de fantasma, y cuya conciencia se hallaba además agitada por el remordimiento, se quedó tan confundida al ver al tío de Emma, que no pudo saludarlo ni seguir adelante y, después de sentir un gran estremecimiento, se quedó delante de él con los ojos bajos, trémula e inmóvil.

-Ven, niña -dijo Haredale tomándola de la mano-. Tengo que hablar contigo.

-Señor, perdonad, pero tengo prisa -balbuceó Dolly- y además me habéis asustado saliendo tan repentinamente. Preferiría irme, señor, si tuvieseis la bondad de permitírmelo.

-Te irás inmediatamente -dijo el señor Haredale, que la había conducido mientras tanto a la biblioteca y cerrado la puerta-. ¿Acabas de despedirte de Emma?

-Sí, señor, hace un minuto. Mi padre me espera, y si tenéis la bondad...

-Bien, bien -dijo Haredale-. Responde tan sólo a esta pregunta. ¿Qué has traído hoy aquí?

-¿Qué he traído?

-Vas a decirme la verdad, estoy seguro -dijo Haredale con cariño.

Dolly vaciló un momento y, animada por el tono amable del tío de Emma, dijo al fin:

-He traído una carta.

-De Edward Chester, por supuesto. ¿Y llevas respuesta?

Dolly volvió a vacilar, y para salir del apuro prorrumpió en amargo llanto.

-Te alarmas sin motivo -dijo el señor Haredale-. ¿A qué vienen esas niñerías? Contéstame. Sabes que sólo tendría que preguntárselo a Emma y conocería la verdad de primera mano. ¿Llevas contigo la respuesta?

Dolly tenía carácter a pesar de su apariencia tímida, y al verse acosada, lo desplegó como mejor pudo.

-Sí, señor -repuso temblando y aterrada-, la llevo, y podéis matarme si queréis, señor, pero no os la entregaré.

-Elogio tu firmeza y tu franqueza -dijo el señor Haredale-. Puedes estar segura de que tanto deseo quitarte la carta como la vida. Eres una mensajera muy discreta y una muchacha honrada.

No teniendo una completa certeza, como lo confesó más adelante, de que no iba a arrojarse sobre ella tras pronunciar aquellos cumplidos, Dolly se mantuvo a tanta distancia como le fue posible, y volvió a llorar decidida a defender su bolsillo, donde tenía la carta, hasta el último extremo.

-He pensado -dijo el señor Haredale después de un breve silencio, durante el que una sonrisa desvaneció la sombría nube de melancolía natural que velaba su rostro- proporcionar una compañera a mi sobrina, porque su vida es muy solitaria. ¿Te gustaría estar a su lado? Eres

su más vieja amiga, y la más capaz de desempeñar esta tarea.

-No lo sé, señor -respondió Dolly temiendo que se burlara de ella-. No puedo contestaros. Ignoro lo que pensarían en casa, y antes de aceptar...

-Si tus padres no se opusieran ¿accederías? -dijo el señor Haredale-. Ya ves que la pregunta es muy sencilla y que es fácil contestar a ella.

-¿Y por qué no había de acceder, señor? -repuso Dolly-. Sería para mí una dicha vivir al lado de la señorita Emma, porque la amo como a una hermana.

-Bien -concluyó el señor Haredale-. Esto es todo lo que tenía que decirte. Veo que estás impaciente por marcharte. Anda, vete.

Dolly no se hizo repetir estas palabras, pues apenas habían salido de los labios del señor Haredale, estaba ya fuera de la biblioteca y de la casa y se encontraba en el campo.

Lo primero que hizo cuando volvió en sí y reflexionó sobre el riesgo que había corrido fue

volver a llorar y lo segundo, cuando recordó el feliz éxito de su resistencia, fue reírse a carcajadas. Desterradas las lágrimas, cedieron el puesto a las sonrisas, y Dolly acabó por reír tanto, que tuvo que apoyarse en un árbol. Cuando no pudo reír más y se sintió cansada, se arregló el peinado, se enjugó los ojos, volvió a mirar con alegría viva y triunfante las chimeneas de Warren que muy pronto iban a desaparecer y continuó su camino.

El crepúsculo teñía el cielo de rojas ráfagas, y la oscuridad crecía con rapidez en la campiña, pero Dolly conocía tan bien el camino que apenas hacía caso de las sombras y no le producía malestar alguno hallarse sola. Por otra parte, quería admirar el brazalete, y cuando lo frotó bien y se lo colocó ante los ojos con el brazo doblado, brillaba y centelleaba tan magníficamente sobre el cutis que contemplarlo desde todos los puntos cíe vista y doblando el brazo de todas las maneras posibles acabó por ser una ocupación que la absorbía completamente. Lle-

vaba además la carta, que le pareció tan misteriosa y tan bien escrita cuando la sacó del bolsillo que fue para ella objeto de ocupación continua volverla por todos lados, preguntándose cómo empezaría, cómo acabaría y qué diría desde el principio hasta el fin. Entre el brazalete y la carta tenía suficiente que hacer sin necesidad de pensar en otra cosa, y Dolly siguió alegremente su camino admirando estos objetos.

Al pasar por un paraje donde la senda era estrecha y cubierta con dos hileras de árboles corpulentos, oyó a su lado un rumor que la hizo pararse de pronto y prestar atención. El rumor se había extinguido y continuó andando, no precisamente con miedo, pero algo más deprisa que antes, y es posible también que no las tuviera todas consigo, pues un rumor es siempre sospechoso en un paraje desierto.

Apenas había dado algunos pasos más cuando oyó el mismo rumor, parecido al que causaría una persona que se deslizase a lo largo de la maleza, y mirando hacia uno de los már-

genes del camino creyó distinguir una forma que se arrastraba.

Se volvió a parar de pronto, pero todo se quedó en silencio como antes. Continuó entonces su camino aún más deprisa, y hasta trató de cantar para distraerse. Tenía que ser el viento.

Pero ¿cómo podía ser que el viento soplara tan sólo cuando ella andaba y cesara de soplar cuando permanecía inmóvil? Se paró sin quererlo al hacer esta reflexión y el rumor se paró también. Dolly estaba ya verdaderamente asustada y vacilaba sobre lo que debía hacer cuando las ramas crujieron, se rompieron, y un hombre saltó al camino y se colocó delante de ella.

XXI

Dolly se tranquilizó cuando reconoció a Hugh, del Maypole, y pronunció su nombre con un tono de deliciosa sorpresa que le salía del corazón.

-¿Erais vos? -dijo-. ¡Cuánto me alegro de veros! ¿Por qué me habéis asustado de este modo?

Hugh no respondió, pero permaneció inmóvil mirándola e interceptándole el paso.

-¿Habéis venido a recibirme? -preguntó Dolly.

Hugh asintió y dijo que llevaba varias horas esperándola.

-Ya me figuraba que vendrían a buscarme -dijo Dolly tranquilizada por las palabras de Hugh.

-Nadie me ha enviado -respondió con áspero acento-. He venido por mi propia iniciativa.

Los rústicos modales de aquel mozo y su aspecto extraño e inculto habían causado a Dolly

muchas veces un vago temor, aun cuando no estaba sola con él, y ese temor era causa de que se alejara involuntariamente de su lado. La idea de que hubiera ido a recibirla por su propia iniciativa en aquel paraje solitario Y cuando las tinieblas se esparcían con rapidez a su alrededor renovó y hasta aumentó la alarma que al principio la había agitado.

Si Hugh hubiera presentado su aspecto tosco de costumbre no le hubiese causado su compañía más repugnancia que la que le inspiraba siempre, y tal vez le habría halagado tal escolta, pero había en su mirada una especie de grosera y audaz admiración que la aterró. Ella le dirigía miradas tímidas, indecisa sobre si debía avanzar o retroceder, y él la miraba como un hermoso sátiro.

Así permanecieron durante algunos minutos sin moverse ni romper el silencio, hasta que por fin Dolly hizo un esfuerzo, se puso delante de él corriendo y se alejó rápidamente.

-¿Por qué huís? -dijo Hugh corriendo también y alcanzándola.

-Quiero volver pronto al Maypole. Y además camináis muy cerca de mí -respondió Dolly.

-¡Muy cerca! -dijo Hugh inclinándose hacia ella de modo que podía sentir su aliento en la frente-. Veo que siempre seréis orgullosa conmigo, señorita.

-No soy orgullosa con nadie. Os equivocáis -respondió Dolly-. No os acerquéis tanto y dejadme.

-No, señorita -repuso Hugh queriendo cogerla del brazo-, iré con vos.

Dolly se soltó y, cerrando su linda mano, le descargó un golpe en el pecho. Este golpe hizo que Hugh prorrumpiera en una estrepitosa carcajada, después de lo cual, pasándole el brazo por la cintura, la sujetó en un estrecho abrazo tan fácilmente como si hubiera sido un pajarillo.

-Muy bien, señorita. Volved a pegarme. Arañadme, arrancadme los cabellos: en todo

consiento por amor a vuestros lindos ojos. No os detengáis, me dais el mayor placer.

-¡Dejadme! -gritó Dolly tratando con ambas manos de desembarazarse de él-. ¡Dejadme ahora mismo!

-Haríais mejor en ser más amable conmigo, querida Dolly -dijo Hugh-. Veamos: ¿por qué sois tan cruel? No os culpo de que seáis orgullosa. Por el contrario, así me gustáis más. ¡Ja, ja, ja! ¿Cómo podéis ocultar vuestra belleza a un pobre joven como yo?

Dolly no contestó, pero como Hugh no le había impedido aún continuar su marcha, andaba con toda la rapidez que le era posible. Por último, después de pocos y precipitados pasos, en medio de su terror y sintiéndose cada vez más estrechamente abrazada, a la pobre muchacha le faltaron las fuerzas y se paró casi sin aliento.

-Hugh -le dijo-, si me soltáis, os daré todo lo que tengo y no diré a nadie lo que habéis hecho conmigo.

-Veo que sois razonable -respondió Hugh-. Todo el mundo me conoce aquí y sabe de lo que soy capaz cuando quiero. Si algún día os sentís tentada a hablar de esto, deteneos antes de que las palabras salgan de vuestros labios y pensad en el mal que hablando atraeréis sobre ciertas cabezas inocentes de las que no quisierais que cayese un solo cabello. Si lo decís, ellas lo pagarán por vos. Me importa tanto su vida como la de un perro. Antes mataría a un hombre que a un perro. Nunca he sentido pena por la muerte de un hombre, en toda mi vida, y sí la he sentido por la de un perro.

Había una expresión tan salvaje en estas palabras y en las miradas y los gestos que las acompañaban que el terror de Dolly le dio nuevo vigor y le permitió soltarse con un súbito esfuerzo y echar a correr con toda la rapidez que le era posible.

Pero Hugh era ágil y robusto, y aún no había andado cien pasos cuando la estrechó de nuevo en sus brazos.

-No corráis tanto, señorita. ¿Queréis huir del tosco Hugh, que os ama tanto como el galán más acicalado?

-Sí, lo quisiera -respondió Dolly esforzándose en soltarse-, lo quiero. ¡Socorro!

-Multa por haber gritado -dijo Hugh-. ¡Ja, ja, ja! Una multa, una preciosa multa que van a pagar vuestros labios. Me cobro yo mismo. ¡Ja, ja, ja!

-¡Socorro!, ¡socorro!, ¡socorro!

Mientras lanzaba este grito penetrante con toda la vehemencia que podía, oyó un grito que respondía al suyo.

-¡Gracias, Dios mío! -exclamó Dolly al verse salvada-. ¡Joe, querido Joe, por aquí! ¡Socorro!

Hugh permaneció indeciso durante algunos momentos, pero como los gritos se aproximaban se vio obligado a tomar una pronta resolución, y soltando a Dolly, le dijo con acento de amenaza:

-Contad lo que acaba de pasar y veréis las consecuencias.

Después se internó en la maleza y desapareció al momento.

Dolly echó a correr y fue a arrojarse en los brazos que le tendía Joe Willet.

-¿Qué ha sucedido? ¿Estáis herida? ¿Quién era? ¿D6nde está? ¿Cómo era?

Ésas fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Joe junto a un gran número de exclamaciones y de protestas de que nada tenía que temer, pero la pobre estaba tan cansada y tan aterrorizada, que durante algún tiempo no pudo contestarle y permaneció apoyada en su hombro llorando y sollozando como si su corazón quisiera desgarrarse.

Joe no podía oponer la menor objeción a que Dolly continuase apoyada en su hombro, aunque esto arrugaba sin compasión las cintas de color rosa y deformaba el elegante sombrerillo, pero no pudo soportar las lágrimas que caían sobre su corazón. Así pues, trató de consolarla, se inclinó sobre ella, le dijo al oído algunas palabras muy tiernas, y Dolly le dejó continuar sin

interrumpirle una sola vez, transcurriendo diez minutos antes de que estuviera en estado de levantar la cabeza y darle las gracias.

-¿Qué es lo que os ha asustado? -preguntó Joe.

Dolly contó que un hombre, un desconocido, la había seguido, que había empezado por pedirle una limosna, y que después había pasado a amenazarla con robarle, cosa que habría hecho de no haber acudido Joe a tiempo para defenderla. Joe atribuyó la manera vacilante y confusa con que contó esta aventura al terror que le había causado, y ni por lo más remoto sospechó la verdad.

Cien veces durante aquella noche Dolly recordó esta advertencia de Hugh: «Deteneos antes de que las palabras salgan de vuestros labios», y muchísimas veces, en adelante, cuando la revelación iba a escapársele, contuvo su lengua. El terror profundamente arraigado por aquel hombre, la certeza de que su carácter feroz una vez excitado no retrocedería ante

ningún obstáculo, y la convicción de que si lo acusaba su cólera y su venganza caerían sobre Joe, que la había salvado, fueron consideraciones que no tuvo valor para dominar y argumentos muy poderosos para guardar silencio.

Joe estaba por otra parte demasiado entusiasmado para pensar en hacer más preguntas, y como Dolly se sentía muy débil para andar sin apoyo, continuaron su camino muy lentamente hasta que brillaron las luces del Maypole.

Dolly se paró entonces de pronto y exclamó:

-¡La carta!

-¿Qué carta? -preguntó Joe.

-La que me habían entregado. La llevaba en la mano. También he perdido el brazalete -dijo estrechando una mano con otra.

-¿No os habéis dado cuenta?

-Las he dejado caer o me las han robado -respondió Dolly mientras registraba en vano el bolsillo y se sacudía el vestido-. ¡No las tengo! ¡Qué desgraciada soy!

Y tras estas exclamaciones, la pobre Dolly, que a decir verdad estaba tan apenada por la pérdida de la carta como por la del brazalete, volvió a llorar y gimió por su destino de un modo conmovedor.

Joe la consoló asegurándole que en cuanto la hubiera dejado en el Maypole, volvería a aquel paraje con una linterna, pues la noche era muy oscura, y buscaría con cuidado los objetos perdidos, que sin duda hallaría, porque no era verosímil que hubiese pasado alguien por allí, y Dolly no estaba del todo segura de que se los hubiesen robado.

Dolly le dio las gracias con mucha ternura, confesando que no esperaba que tuviesen buen éxito sus pesquisas, y de este modo, con hondas lamentaciones por parte de ella y muchas palabras de esperanza por parte de él, una extrema debilidad de Dolly y la más tierna solicitud en sostenerla de Joe, pudieron llegar por fin al Maypole, donde el cerrajero, su mujer y John prolongaban un alegre festín.

El posadero recibió la noticia del percance de Dolly con aquella sorprendente presencia de ánimo y aquella lentitud en expresarse que lo distinguían de una manera tan eminente y lo colocaban sobre los demás hombres; la señora Varden expresó su lástima por el dolor de su hija reprendiéndola porque llegar muy tarde, y el buen cerrajero besaba y consolaba a Dolly y prodigaba los apretones de mano a Joe, elogiando su conducta y dándole las gracias.

El viejo John estaba muy lejos de hallarse de acuerdo con su amigo sobre este punto, porque, además de que por lo general no le gustaban los hombres aventureros, se le ocurrió la idea de que si su hijo y heredero hubiese recibido alguna herida grave, esto habría tenido consecuencias sin duda alguna perjudiciales para su bolsillo y para los negocios de la posada. Por esta razón y también porque no miraba con buen ojo a las muchachas, pues las consideraba, así como al sexo femenino en masa, como una especie de defecto de la naturaleza, se alejó con

un pretexto cualquiera y fue a negar con la cabeza a solas delante del caldero de cobre. Inspirado e incitado por este silencioso oráculo, hizo con el codo algunos signos clandestinos a Joe, a guisa de paternal reproche y suave amonestación para que recordara que debía meterse en sus propios asuntos y no cometer estupideces.

Sin embargo, Joe cogió una linterna, la encendió y, armándose de un sólido garrote, preguntó si Hugh estaba en la caballeriza.

-Está durmiendo en la cocina, caballerito -dijo con tono solemne el posadero-. ¿Para qué le queréis?

-Para que me acompañe a buscar el brazalete y la carta -respondió Joe-. ¡Hugh! ¡Hugh!

Dolly se puso pálida como la muerte y se sintió próxima a desmayarse. Algunos momentos después, entró Hugh con paso vacilante, desperezándose y bostezando como de costumbre, simulando que acababa de despertarse de un profundo sueño.

-¡Ven aquí, dormilón! -dijo Joe dándole la linterna-, lleva esto y llama al perro. ¡Y que ese hombre se prepare si lo cogemos!

-¿Qué hombre? -preguntó Hugh frotándose los ojos.

-¿Qué hombre? -repuso Joe-. Sabrías lo que sucede, perezoso, si estuvieras un poco más alerta. ¿Te parece bien pasarte todo el día roncando en un rincón de la chimenea mientras las muchachas honradas no pueden andar solas por aquí al anochecer sin ser atacadas por ladrones y verse expuestas a morir de miedo?

-A mí nunca me roban -dijo Hugh riendo-, porque nada tengo que puedan robarme. Pero no me importaría, porque veríamos quién roba a quién. ¿Cuántos eran?

-Uno solo -dijo Dolly con voz débil porque todos la miraban.

-¿Y como era ese hombre? -dijo Hugh lanzando a Joe una mirada tan rápida que sólo para Dolly fue terrible y amenazadora-. ¿Era de mi estatura?

-No, no era tan alto -respondió Dolly, que apenas sabía lo que se decía.

-Y su ropa -dijo Hugh dirigiéndole una mirada penetrante- ¿se parecía a la nuestra? Conozco a todas las personas de los alrededores, y tal vez si me dierais unas señas más exactas sabría a quién os referís.

Dolly balbuceó y se puso pálida; después respondió que iba embozado en un ancho gabán, que le ocultaba el rostro un pañuelo y que no podía dar otras señas.

-De modo que, probablemente, lo reconoceríais si lo vierais -dijo Hugh con una maliciosa sonrisa que descubrió sus dientes.

-No lo reconocería -respondió Dolly prorrumpiendo otra vez en llanto-. No deseo volver a verlo, pensar en él me resulta insoportable, y ni siquiera puedo hablar más de él. Joe, os suplico que no vayáis a buscar esos objetos, que no vayáis con este hombre.

-¡Que no vaya conmigo! -gritó Hugh-. Soy demasiado fuerte para ellos. Todos me tienen

miedo. Aunque tengo el corazón más tierno de la tierra. Yo adoro a todas las damas, señora - dijo Hugh, girándose hacia la esposa del cerrajero.

La señora Varden opinó que, si lo hacía, debía avergonzarse; tales sentimientos eran más propios (así lo afirmó) de un ignorante musulmán o un salvaje isleño que de un devoto protestante. Tratando todavía el asunto de la imperfección de su moral, la señora Varden prosiguió opinando que Hugh nunca había leído el *Manual*. Reconociéndolo éste, que por lo demás no sabía leer, la señora Varden declaró con total severidad que debería avergonzarse todavía más que antes, y le recomendó con entusiasmo que ahorrara un poco para comprarse uno, y que después se aprendiera su contenido con toda la diligencia posible. Ella seguía con esta línea de pensamiento cuando Hugh, con no demasiada ceremonia ni reverencia, siguió afuera a su joven amo, y la dejó allí para que edificara al resto del grupo. Y eso fue lo que

procedió a hacer, y descubriendo que los ojos del señor Willet estaban fijos en ella con el aspecto de prestar gran atención, fue gradualmente dirigiendo su discurso hacia él, al que supuso un hombre de considerables lecturas morales y teológicas, con la convicción de que grandes movimientos estaban teniendo lugar en su espíritu. Lo cierto, con todo, era que el señor Willet, si bien tenía los ojos abiertos de par en par y veía ante sí a una mujer, cuya cabeza era alargada y parecía ir haciéndose cada vez más grande hasta que llenó toda la sala, estaba por todo lo demás completamente dormido, y así estuvo, apoyado contra el respaldo de la silla y con las manos en los bolsillos hasta que el regreso de su hijo le hizo despertarse con un profundo suspiro y la débil impresión de que había estado soñando con cerdo en vinagre y cierta verdura, una visión de sus sueños que sin duda se podía explicar por la circunstancia de que la señora Varden había pronunciado con frecuencia y gran énfasis la palabra «protestan-

te», palabra que, al penetrar los portales del cerebro de John, se convirtió para él en «guisante», y de allí fue a relacionarse con la carne antes mencionada, puesto que con ella solían servirse los guisantes.

Nada había descubierto Joe a pesar de haber registrado una docena de veces el camino, la hierba, la zanja y las matas de las márgenes. Dolly, inconsolable con su doble pérdida, escribió a Emma Haredale una nota en la que daba las mismas explicaciones que había dado ya en el Maypole, y Joe se encargaría de entregar esa nota con sus propias manos al día siguiente muy, temprano. Una vez escrita la carta, todos se sentaron para tomar el té, acompañado de una prodigalidad poco común de tostadas con mantequilla, y para que los viajeros no sufriesen debilidad por falta de alimento, y haciendo, por así decirlo, un buen alto a mitad del camino entre la comida y la cena, se sacaron algunas deliciosas exquisiteces en forma de anchas taja-

das de carne, asadas a su punto y humeantes aún, que exhalaban un perfume delicioso.

La señora Varden raramente era muy protestante en las comidas a menos que los platos estuviesen poco cocidos o quemados o alguna otra causa la tuviera de mal humor. En aquella ocasión, sin embargo, el suyo mejoró todavía más y pasó de sus reflexiones sobre las buenas obras y la fe al jamón y las tostadas. Y bajo la influencia de estos saludables estimulantes reprendió vivamente a su hija por estar abatida y desanimada, lo cual consideraba una disposición de ánimo muy reprensible, e hizo observar mientras cogía con el tenedor otra tajada, que en vez de desconsolarse por la pérdida de un insignificante recuerdo y una hoja de papel, haría mejor en reflexionar sobre las privaciones de los misioneros en los países infieles, donde estos buenos cristianos llevan su abnegación hasta el extremo de no sustentarse más que de ensaladas.

Los diversos accidentes de un día semejante suelen provocar algunas fluctuaciones en el termómetro humano, especialmente cuando este instrumento es de una construcción tan delicada y de sensibilidad tan exquisita como el de la señora Varden. Así pues, durante la cena, la señora Varden mostró una temperatura veraniega, serena, risueña y deliciosa y, después de comer, con la inestimable ayuda del vino, había subido al menos media docena de grados. Nunca había estado más amable, más cariñosa. Después volvió a bajar a una temperatura menos extrema, y cuando se acabó el té y el viejo John, sacando de su armario de encina una botella de cierto cordial, insistió para que se bebiera dos vasitos a pequeños sorbos y lentamente, volvió a subir y marcó cuarenta grados durante una hora y cuarto. El cerrajero, aleccionado por la experiencia, aprovechó esta temperatura para fumar y, merced a su conducta prudente, se hallaba dispuesto a partir para

regresar a Londres en cuanto el termómetro volvió a bajar.

De tal modo que el caballo fue enganchado y el carruaje llevado a la puerta. Joe, a quien nadie hubiera podido disuadir de servirles de escolta hasta que hubiesen pasado la parte más solitaria y temible del camino, sacó al mismo tiempo la yegua de la caballeriza y, después de ayudar a Dolly a subir al carruaje (¡más felicidad!), montó con agilidad y alegría. Después del intercambio de despedidas, de recomendaciones de que se abrigasen, de luces llevadas para que se sentaran bien y se taparan con sus chales, el carro se alejó del Maypole y Joe se colocó al lado de Dolly tocando casi con la rueda.

XXII

Era una noche hermosa y serena, y a pesar de su abatimiento, Dolly miraba las estrellas de una manera tan hechizante (¡y ella lo sabía!) que Joe casi se volvió loco, cosa que demostró a las claras que si algún hombre estuvo jamás enamorado, no ya hasta escapar el amor a su control, sino hasta llegar a lo más alto del Monumento, de la torre de la catedral de Saint Paul, era él. El camino era excelente, sin desigualdades ni roderas, y sin embargo Dolly se apoyaba con su blanca y diminuta mano en el borde del carruaje. Aunque hubiera estado allí un verdugo con el hacha levantada y dispuesta a cortarle la cabeza si tocaba aquella mano, Joe no hubiera podido menos que hacerlo. Después de colocar su propia mano sobre la de Dolly como por casualidad, y de haberla retirado al cabo de un minuto, siguió todo el camino con la mano puesta sobre la de la joven. Hubiérase dicho que el escolta tenía esta consigna como

parte importante de su servicio, y que no había salido del Maypole para otra cosa. El incidente más curioso de este episodio es que Dolly simulaba no advertirlo, y parecía tan llena de inocencia, de candor, cuando volvía hacia él sus lánguidos ojos, que resultaba enormemente provocadora.

Habló, sin embargo, habló de su miedo, de la llegada de Joe en su auxilio, y de su gratitud, de su temor de no haberle dado las gracias como se merecía, y de la esperanza de que en adelante vivirían como dos buenos amigos. Y cuando Joe le manifestó por el contrario su esperanza de que no vivieran como dos amigos, Dolly se quedó muy sorprendida, y le dijo que al menos no serían siempre enemigos. Por último, cuando Joe le preguntó si no podrían ser otra cosa mejor que amigos o enemigos, Dolly descubrió de pronto una estrella más brillante que todas las demás, y llamó sobre ella la atención del joven con un aire de candor que desconcertaría al hombre más atrevido.

De este modo continuaron su viaje, hablando en voz muy baja y deseando que el camino fuese diez veces más largo de lo que era. Así al menos lo deseaba Joe cuando en el momento de salir del bosque y de llegar a la parte más frecuentada del camino, oyeron los pasos de un caballo que se acercaba al trote.

Este rumor se oía más distintamente a medida que se aproximaba, y arrancó de la señora Varden un grito penetrante, al cual respondió esta exclamación:

-¡Soy un amigo! -lanzada por el jinete, que llegó casi sin aliento y paró el caballo junto al carro.

-¡Este hombre otra vez! -dijo Dolly estremeciéndose.

-¿Qué recado traes, Hugh?-le preguntó Joe.

-Me envían para que te acompañe a la vuelta -respondió lanzando una mirada secreta a la hija del cerrajero.

-¿Te envía mi padre?

-Sí.

Joe pronunció en voz baja estas palabras de despecho:

-¿Cree acaso que soy un niño?

-Dice tu padre que de algún tiempo a esta parte no son muy seguros los caminos, y que es preferible que a estas horas no vuelvas solo.

-En tal caso, sigue adelante -dijo Joe-, porque no vuelvo aún.

Hugh obedeció, y se continuó el viaje. Por capricho o por gusto, se colocó delante del carro, pero tocando casi con el caballo que lo tiraba, y volvía sin cesar la cabeza para mirar atrás. Dolly advirtió que la miraba, pero bajó los ojos, y era tal el terror que le inspiraba que ni una sola vez se atrevió a levantarlos.

Esta interrupción, que había despertado a la señora Varden -ésta había dormido hasta entonces con la cabeza inclinada con breves intervalos de uno o dos minutos en que volvía en sí para reñir al cerrajero, que se permitía sostenerla para que no se cayese de bruces-, puso obstá-

culos a la conversación, y fue muy difícil reanudarla.

En efecto, antes de haber andado otra milla, Gabriel paró al caballo, según el deseo de su esposa, que declaró terminantemente que Joe no les acompañaría un paso más bajo ningún pretexto. En vano Joe protestó que no estaba cansado, que se despediría muy pronto y que únicamente quería verlos llegar sanos y salvos hasta tal o cual punto; la señora Varden se obstinó, y cuando ella se obstinaba, no había poder en el mundo suficiente para sacarla de sus trece.

-¡Buenas noches, pues! -dijo Joe con tristeza.

-Buenas noches -dijo Dolly; y hubiera añadido que se guardase de aquel hombre, que no se fiase de él, pero Hugh había retrocedido y estaba muy cerca de ellos. Así pues, no pudo hacer más que permitir que Joe le estrechase la mano, y cuando el carro estuvo a alguna distancia, mirar hacia atrás y agitar su mano, en tanto que

Joe permanecía parado en el sitio de la separación al lado del siniestro Hugh.

En qué pensaba Dolly cuando volvió a su casa, o si el cochero ocupaba en sus meditaciones un lugar tan preferente como por la mañana es algo que se ignora. Llegaron por fin a Londres, porque el camino era largo y no lo hicieron más corto las rarezas y amenidades del carácter de la señora Varden.

Miggs oyó el rumor del carruaje y salió a la puerta, exclamando:

-¡Ya están aquí, Simon, ya están aquí!

Y corrió hacia el carruaje para ayudar a bajar a su señora.

-Traed una silla, Simon. ¿Os habéis divertido, señora? ¿No os habéis cansado? Estoy segura de que dormiréis con más gusto que si os hubierais quedado en casa. ¡Cielos! ¡Qué frías tenéis las manos! ¡Misericordia divina! ¡Cielos, señor, parecen dos pedazos de hielo!

-No he podido evitarlo -dijo el cerrajero-. Y ahora llévala junto al fuego.

-Podrá decir el amo lo que quiera, señora -dijo Miggs en tono compasivo-, pero en el fondo estoy segura de que no es tan insensible como parece. Después de lo que he visto hoy, creeré siempre que tiene sentimientos más afectuosos en el corazón que en los labios. Entrad, venid a sentaros cerca del fuego.

La señora Varden obedeció. El cerrajero la siguió con las manos en los bolsillos y Tappertit llevó el carruaje a una cochera vecina.

-Querida Martha -dijo el cerrajero cuando llegaron al comedor-, quizá fuera más razonable que te ocupases de Dolly o dejases a los demás que se ocupasen de ella. La pobrecilla tiene miedo, y no está muy bien esta noche.

En efecto, Dolly se había recostado en el sofá sin acordarse de los alegres pensamientos que por la mañana tanto la habían enorgullecido, y lloraba amargamente con la cara apoyada en las manos.

Al ver por vez primera dicho fenómeno (pues Dolly no acostumbraba ni mucho menos

a escenas como aquélla, y había aprendido del ejemplo de su madre a evitarlas en la mayor medida), la señora Varden expresó su creencia de que nunca hubo ninguna mujer tan acosada como ella; que su vida era una sucesión de pruebas; que siempre que ella estaba bien y alegre, seguro que había a su alrededor alguien que echara por tierra su buen humor; y que, como aquel día lo había pasado bien, y el cielo sabía que sólo muy raramente lo pasaba bien, ahora tenía que pagar el castigo. Ante todas esas afirmaciones, Miggs asentía enérgicamente. La pobre Dolly, sin embargo, no mejoraba con esos reconstituyentes, sino que más bien empeoraba; y viendo que estaba realmente enferma, la señora Varden y Miggs se vieron movidas a la compasión y se dispusieron a cuidarla con todo su cariño.

Pero incluso entonces, su amabilidad adoptó la forma habitual de las bruscas maneras, y a pesar de que Dolly se había desvanecido, quedó claro hasta más allá de toda discusión que

quien más sufría era la señora Varden. De modo que cuando. Dolly empezó a encontrarse un poco mejor, y entró en esa fase en que las enfermeras consideran que un reconstituyente y unas cuantas palabras pueden aplicarse con éxito, su madre le hizo saber, con lágrimas en los ojos, que si ella había estado nerviosa y preocupada aquel día, debía recordar que así lo estaba la mayor parte de la humanidad, en especial las mujeres, que a lo largo de toda su experiencia no deben esperar menos y han de acostumbrarse a la mansa resistencia y la paciente resignación. La señora Varden le urgió a recordar que algún día, con toda probabilidad, tendría que violentar sus sentimientos para hallar marido; y que el matrimonio, como vería cada día de su vida (y ciertamente lo haría), era un estado que requería gran fortaleza y aguante. Le describió con vívidos colores que si ella (la señora Varden), en su tránsito por este valle de lágrimas, no hubiera contado con el apoyo de un fuerte principio del deber, que era lo que

le impedía desfallecer, habría sido enterrada hacía ya muchos años, en cuyo caso deseaba saber qué habría sido de ese espíritu sin rumbo (en referencia al cerrajero), de cuyos ojos era ella la niña, y en cuyo camino ella era, por así decirlo, la luz que le iluminaba y la estrella que lo guiaba.

Miggs también tomó la palabra en el mismo sentido. Dijo que sin duda, sin duda, la señorita Dolly debía seguir el patrón marcado por la bendita de su madre, que ella siempre había dicho y siempre diría, aunque la colgaran, ahogaran o desmembraran, que era la más dulce, más amable, más comprensiva y más sufridora mujer que ella había conocido. La mera narración de estas excelencias había obrado tal cambio en la mente de su propia cuñada que, mientras antes ella y su marido vivían como perro y gato, y tenían por costumbre arrojarse candelabros de latón, tapas de botes, planchas y otros objetos igualmente contundentes, eran ahora la pareja más feliz y cariñosa de la tierra, como

podía ser comprobado cualquier día en Golden Lion Court, número veintisiete, segunda campana de la entrada por la derecha. Después de tildarse a sí misma como, en comparación, una vasija sin valor ninguno, pero aun así merecedora de castigo, le suplicó que recordara que su querida y única madre era de constitución débil y temperamento excitable, que tenía que sufrir constantemente las aflicciones de la vida doméstica, comparados con la cual los ladrones no eran nada, y que sin embargo nunca se hundía ni se dejaba llevar por la desesperación o la ira, sino que, con una fraseología digna de premio, siempre acertaba a aparecer a tiempo con un semblante alegre con el que a todo se sobreponía como si nada hubiera sucedido. Cuando Miggs terminó su recital, su señora lo retomó de nuevo, y las dos perpetraron un dueto con el mismo fin; siendo así que la señora Varden era la perfección perseguida y el señor Varden, como representante de la masculinidad en aquel hogar, una criatura de costumbres

viciosas y brutales, completamente insensible a las bendiciones de que gozaba. De tan refinada naturaleza, en realidad, era su talento para asaltar bajo la máscara de la comprensión, que cuando Dolly, recuperándose, abrazó a su padre con ternura, como para reivindicar su bondad, la señora Varden expresó la solemne esperanza de que esto le serviría de lección para el resto de su vida, y que en adelante haría más justicia al mérito de las mujeres; de dicho deseo manifestó participar completamente Miggs con suspiros y accesos de tos alternativos más elocuentes que el más largo discurso.

Pero el placer mayor para Miggs consistió en que no tan sólo recogió todos los detalles de lo que había sucedido, sino que tuvo la suprema delicia de comunicárselos a Tappertit para mortificar sus celos, porque este caballero, en vista de la indisposición de Dolly, había cenado en la tienda, siendo servido por las bellas manos de la señorita Miggs en persona.

-¡Qué cosas tan extraordinarias han sucedido hoy, Simon! -dijo la solterona-. ¡Qué cosas!

Tappertit, que no estaba de buen humor y a quien disgustaba Miggs, especialmente cuando se ponía las manos sobre el corazón palpitante, porque nunca era más aparente la falta de contorno de su cintura que entonces, le lanzó una mirada de expresión soberbia y no se dignó manifestar la menor curiosidad.

-Nunca se había visto cosa semejante, nunca, Simon -continuó Miggs-. Abusar de ella. No sé qué puede ver la gente en ella para tratarla así, no puede ser más que una broma.

Viendo que se trataba de una mujer, Tappertit invitó de una manera altiva a Miggs a que fuese más explícita y a que le dijese a quién se refería por «ella>.

-¿Ella? ¿Quién ha de ser? ¡Dolly! -dijo Miggs dando a este nombre el más marcado de los énfasis-. Pero confieso que Joe Willet es un buen muchacho, y que la merece. Eso es evidente.

-¡Mujer! -dijo Simon saltando del mostrador donde estaba sentado-. ¡Cuidado! ¡Cuidado!

-¡Cielos, Simon! -exclamó Miggs con fingido asombro-. ¡Qué susto me habéis dado! ¿Qué sucede?

-Sucede que hay cuerdas en el corazón humano -dijo Tappertit blandiendo el cuchillo que le servía para cortar el pan y el queso- que vale más no hacer vibrar, esto es lo que sucede.

-Veo que estáis de mal humor. Os dejaré solo -dijo Miggs volviéndole la espalda, como para alejarse.

-De mal humor o alegre -dijo Tappertit deteniéndola por el brazo-. ¿Qué queríais decir, Jezabel? ¿Qué ibais a decirme? Responded.

A pesar de esta descortés exhortación, Miggs accedió gustosa a lo que se le exigía, y contó cómo Dolly, estando sola en el campo cuando ya había anochecido, había sido acometida por tres o cuatro hombres formidables que le hubieran robado y tal vez asesinado si Joe Willet no hubiese llegado a tiempo para vencerlos

y ahuyentarlos, y no la hubiese salvado, una heroica acción que le hacía objeto de la perpetua admiración de sus semejantes en general y del eterno amor de la agradecida Dolly Varden, en particular.

-Muy bien -dijo Tappertit respirando con fuerza y crispándose con ambas manos los cabellos hasta que su cabeza se convirtió en un enorme erizo-. Sus días están contados.

-¡Oh, Simon!

-Os lo repito -dijo el aprendiz-. Sus días están contados. Y ahora dejadme solo.

Miggs obedeció, menos tal vez por docilidad que por la necesidad de ir a reírse a sus anchas. Cuando se cansó de reír, se secó las lágrimas, tomó un aspecto compungido y volvió al comedor, donde el cerrajero, estimulado por la dicha que le inspiraba Toby, tenía ganas de hablar y parecía dispuesto a recordar con tono jovial los incidentes de aquel día. Pero la señora Varden, cuya religión práctica (como de costumbre) era normalmente del orden contrario,

lo interrumpió enseguida discurseando contra los pecados que ocasionan los placeres y sosteniendo que era hora de irse a acostar. Se fue, pues, a dormir con un aspecto tan severo y sombrío como el de la cama del salón del Maypole, y el resto de la familia se acostó también.

XXIII

La aurora había reemplazado a la noche hacía algunas horas, y el sol había llegado a la mitad de su carrera en aquellos barrios de la ciudad que el gran mundo consiente en morar, pues el gran mundo era entonces, como ahora, de pequeñas dimensiones y cómodo aposento, cuando el señor Chester se tendió en un sofá de su dormitorio del Temple y se entretuvo con un libro.

Se estaba vistiendo, al parecer, por pasos bien meditados, y tras haber realizado la mitad de la tarea, se había echado a descansar. Completamente ataviado con la mejor moda por lo que respectaba a piernas y pies, todavía tenía que acabar de arreglarse. El abrigo estaba colgado, como un refinado espantapájaros, en su percha; el chaleco estaba dispuesto para mostrarse con su mayor elegancia; los varios artículos de vestir ornamentales estaban cuidadosamente colocados en el más atractivo orden; y

sin embargo él estaba tendido con las piernas caídas entre el sofá y el suelo, tan concentrado en su libro como si nada quedara en aquel día entre aquel momento y la cama.

-Por mi honor -dijo, alzando al fin los ojos al techo con el aire de un hombre que está reflexionando seriamente sobre lo que ha leído-. Por mi honor, la más perfecta composición, los más delicados pensamientos, el más fino código moral, y los más caballerosos sentimientos del universo. Ah, Ned, Ned, si formaras tu mente con arreglo a estos preceptos, tendríamos un parecer semejante en cada disputa que pudiera surgir entre nosotros.

Estos comentarios estaban dirigidos, como todos los demás, al aire, pues Edward no se encontraba allí y el padre estaba a solas.

-Mi lord Chesterfield -dijo, apretando el libro con la mano tiernamente mientras lo dejaba a un lado-, si me hubiera podido aprovechar de vuestro genio lo suficiente para formar a mi hijo de acuerdo con el modelo que vos dejasteis

a los padres más listos, tanto él como yo habríamos sido hombres ricos. Shakespeare es sin duda muy bueno a su manera; Milton es bueno, pero prolijo; lord Bacon, profundo y sin duda sabio, pero el escritor que debiera ser el orgullo de este país es sin duda lord Chesterfield.

Volvió a sumirse en sus pensamientos, y a tal efecto sacó su palillo.

-Creía que yo era un hombre de éxito como hombre de mundo -prosiguió-. Me enorgullecía de estar bien versado en esas pequeñas artes y elegancias que distinguen a los hombres de mundo de los groseros y campesinos, y separa su carácter de esos intensos sentimientos vulgares dados en llamar el carácter nacional. Aparte de mi natural atractivo, creía serlo. Sin embargo, en cada página de este ilustrado escritor, encuentro una cautivadora hipocresía que nunca se me había ocurrido antes, o cierta muestra superlativa de egoísmo que me era por completo desconocida. Debería sonrojarme ante esta

maravillosa criatura, si, recordando sus preceptos, uno debiera sonrojarse ante nada. ¡Un hombre impresionante! ¡Todo un noble! Cualquier rey o reina puede ser lord, pero sólo el Diablo -y las Gracias- puede ser Chesterfield.

»Los hombres que son completamente falsos y huecos raramente tratan de ocultarse esos vicios a sí mismos; y en el mismo acto de elogiarlos, los visten de las virtudes que más simulan despreciar. "Pues -dicen- esto es la honestidad, esto es la verdad. Toda la humanidad es como nosotros, pero no tiene la franqueza de reconocerlo." Cuanto más tratan de simular que niegan la existencia de sinceridad en el mundo, más creen poseerla en su más audaz expresión; y esto es un halago inconsciente a la verdad de estos filósofos, que suscitarán carcajadas contra ellos el día del juicio Final.

El señor Chester, después de elogiar así a su autor favorito en un arranque de entusiasmo, volvió a tomar el libro que tanto admiraba, y se disponía a continuar la lectura de tan sublime

moral cuando le interrumpió un rumor extraño en la puerta; le pareció que su criado cerraba el paso a algún visitante inoportuno.

-Es tarde para un acreedor impaciente -dijo alzando las cejas con una expresión de asombro indolente, como si el ruido procediera de la calle y en nada le concerniese-. Es mucho más tarde de lo que esa gente acostumbra a venir. Lo mismo de siempre. Algún plazo importante que vence mañana. Pobre hombre. Pierde el tiempo, y el tiempo es dinero, como dice el proverbio, aunque a mí nunca me lo ha parecido. Bien, ¿qué hay? Ya sabéis que no estoy en casa.

-Un hombre, señor -respondió el criado, que era a su manera tan indolente como su amo-. Os trae el látigo que perdisteis hace unos días. Le he dicho que no estabais en casa, pero me ha respondido que esperaría hasta que os hubiese entregado el látigo.

-Tiene mucha razón -respondió el señor Chester-, y tú eres un imbécil sin dos dedos de

frente. Dile que entre, y ten cuidado de que se limpie los zapatos durante cinco minutos antes de entrar.

El hombre dejó el látigo sobre una silla, y se retiró. El amo, que había oído tan sólo sus pasos sin tomarse el trabajo de volverse para verlo, cerró el libro y continuó el curso de sus pensamientos interrumpidos por su entrada.

-Si el tiempo fuera dinero -dijo dando vueltas a la caja de rapé-, satisfaría a mis acreedores, y les daría... Vamos a ver... ¿Cuánto les daría cada día? Les daría una hora después de comer. Puedo sacrificar todo esto para que saquen el mejor partido posible. Por la mañana, entre el almuerzo y la lectura de los periódicos, les reservaría otra hora y por la tarde les concedería otra antes de cenar. Total, tres horas diarias. Se pagarían a sí mismos con visitas junto a los intereses en el espacio de un año. Tengo la tentación de proponérselo un día de éstos... ¡Ah!, ¿eres tú, mi centauro?

-Sí -respondió Hugh entrando con largos pasos, seguido de un perro tan basto y huraño como él-. He hecho mal en venir. ¿Por qué me enviáis a llamar, si luego no me dejáis entrar cuando vengo?

-Me alegro de verte, muchacho -repuso el señor Chester alzando la cabeza del almohadón y examinándolo con indiferencia-, y veo que te han dejado entrar por más que digas lo contrario. ¿Cómo va?

-Bien -dijo Hugh con impaciencia.

-Lo creo. Al menos tu cara indica que gozas de perfecta salud. Siéntate.

-Prefiero estar de pie -dijo Hugh.

-Como gustes, muchacho -respondió el señor Chester levantándose, quitándose la bata y sentándose delante del espejo.

Y el señor Chester se puso a vestirse con la mayor finura, ignorando a su huésped, que permanecía en pie en el mismo sitio, sin saber qué debía hacer y mirando de vez en cuando con expresión de mofa.

-¿Por qué me habéis hecho llamar? -dijo después de un largo silencio.

-Veo que estás algo turbado -respondió el señor Chester- y no de muy buen humor. Esperaré a que te tranquilices, no tengo prisa.

Este proceder produjo inmediatamente su efecto: humilló al hombre, lo cubrió de confusión y aumentó su perplejidad. De haberle dirigido palabras duras, habría contestado, pero aquel recibimiento frío y desdeñoso de un hombre dueño de sí mismo le hizo sentir su inferioridad de una manera mucho más completa que lo hubiesen hecho las razones mejor explicadas.

Todo contribuía, pues, a desconcertarlo. Su rudo lenguaje que tan extraño contraste hacía con los acentos dulcemente persuasivos del caballero, su aspecto tosco y las maneras finas del señor Chester, el desorden y negligencia de su vestimenta haraposa y el elegante traje que veía junto al tocador, el aspecto de la sala llena de voluptuosas comodidades a que no estaba

acostumbrado, el silencio, que le dio tiempo para observar estas cosas y sentir cuánto malestar le causaban, todas estas influencias que muchas veces experimentan personas bien educadas, pero que adquieren un poder casi irresistible cuando pesan sobre un hombre rústico, dominaron a Hugh en un momento. Se acercó, pues, lentamente hacia la silla del señor Chester, y mirando de reojo por el espejo, como si buscara en su expresión algún indicio de amabilidad, le dijo por fin con un rudo esfuerzo de conciliación:

-¿Queréis hablarme, señor, o deseáis que me retire?

-A ti te toca hablar, amigo mío -respondió el señor Chester-. Yo he hablado ya, y estoy esperando a que te expliques.

-Me habré equivocado -dijo Hugh con un embarazo creciente-. ¿No me entregasteis a mí el látigo antes de salir del Maypole y me dijisteis a mí que os lo trajera cuando desease hablaros sobre cierto asunto?

-¿Quién lo duda? A ti -dijo el señor Chester mirando la inquieta cara de Hugh por el espejo-. A no ser que tengas un hermano gemelo, lo cual no es probable.

-He venido, pues, a traeros el látigo -dijo Hugh-, y traigo además otra cosa: esta carta que quité a la persona a quien se la habían entregado.

Y al mismo tiempo dejó sobre el tocador la carta de Emma, la nota cuya pérdida había causado tanto pesar a Dolly.

-¿Se la quitaste por la fuerza? -preguntó el señor Chester mirando la carta sin manifestar asombro ni alegría.

-No del todo -respondió Hugh.

-¿Quién era la mensajera a quien se la quitaste?

-Una mujer, la hija de un tal Varden.

-¿Una joven, eh, picarillo? ¿Y no le quitaste otra cosa?

-¿Qué otra cosa?

-Sí, alguna otra cosa -dijo el señor Chester con lentitud porque estaba ocupado en pegarse un pedacito de tafetán inglés sobre un grano que tenía en el labio.

-Sí, un beso.

-¿Y nada más?

-Nada más.

-Diría -dijo el señor Chester con la misma calma y sonriéndose dos o tres veces para ver si el tafetán estaba bien pegado al grano-, diría que llevaba alguna otra cosa. He oído hablar de una joya..., de una chuchería, una cosa de tan poco valor que tal vez la hayas olvidado. ¿No llevaba también... un brazalete?

Hugh soltó una maldición, se llevó la mano al pecho y se sacó el brazalete envuelto en un puñado de heno. Iba a dejarlo sobre el tocador cuando el señor Chester lo detuvo y lo invitó a guardárselo en el sitio de donde lo había sacado.

-Eso es tuyo, amigo mío, porque tú lo has robado. No soy un ladrón encubridor. Te acon-

sejo que no lo enseñes a nadie ni digas dónde lo ocultas -dijo volviendo la cara.

-¡No sois un encubridor! -dijo Hugh con tono brusco a pesar del respeto que le inspiraba el señor Chester-. ¿Cómo llamáis, pues, a esto?

Y tocó la carta con su pesada mano.

-Eso se llama de una manera muy distinta -dijo fríamente el señor Chester-, y voy a probártelo al instante. Pero supongo que tendrás sed.

Hugh se pasó la mano por los labios y respondió afirmativamente con la voz sorda.

-Entra en ese cuarto, y tráeme una botella y un vaso que encontrarás allí.

Hugh obedeció, y el señor Chester lo siguió con la mirada, sonriéndose cuando hubo vuelto la espalda, cosa que se había guardado muy bien de hacer mientras el mozo estuvo en pie junto al espejo.

Cuando éste volvió, le llenó el vaso y le dijo que bebiera. Despachado el primer trago, repitió hasta tres veces.

-¿Cuántos vasos te beberías? -le dijo al llenar el cuarto.

-Tantos como quisierais. Llenad, llenad hasta que se salga , la espuma. Si me dais suficiente -añadió, haciendo resonar el líquido en la garganta-, podríais mandarme asesinar a un hombre y os obedecería.

-Como no tengo intención de mandártelo y tal vez lo harías sin que te lo pidiera si continúas bebiendo -dijo el señor Chester con la mayor calma-, nos pararemos si te parece bien en el próximo vaso. ¿No habías bebido antes de venir aquí?

-Yo bebo siempre si se me presenta la ocasión -dijo Hugh con voz atronadora, agitando sobre su cabeza el vaso vacío y tomando, de pronto, la tosca actitud de un sátiro que va a bailar-. Bebo siempre. ¿Por qué no? ¡Ja, ja, ja! ¿Hay nada mejor que beber? ¡No, no y no! ¿No me defiende del frío en las noches de invierno? ¿No me sostiene cuando me muero de hambre? ¿Qué me hubiera dado la fuerza y el valor de

un hombre cuando los hombres me dejaban morir siendo un débil niño? A no ser por la bebida, ¿qué sería de mí? ¡Bebo, pues, mi amo, a la salud de la bebida! ¡Viva el vino! ¡Viva el aguardiente!

-Eres un joven entusiasta y de genio muy vivo -dijo el señor Chester poniéndose la corbata con gran circunspección y moviendo de un lado a otro la cabeza para colocarse en su debido sitio la barba.

-¿Veis esta mano, mi amo, y este brazo? -dijo Hugh alzándose la manga hasta el codo-. Este brazo no era en otro tiempo más que pellejo y huesos, y ya no sería más que polvo en algún cementerio de no ser por la bebida.

-Puedes bajarte la manga.

-Nunca me hubiera atrevido a dar un beso a aquella orgullosa de no ser por la bebida -dijo Hugh-. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué beso tan rico! ¡Os aseguro que sabía a miel! Voy a beber otra vez a la salud de la bebida. Llenadme el vaso. Vamos..., otro vaso.

-Eres un mozo que promete mucho -dijo el señor Chester poniéndose el chaleco con el mayor cuidado-, y es mi deber preservarte de las acciones involuntarias a que te arrastraría infaliblemente la bebida y que pueden hacerte ahorcar antes de llegar a viejo. ¿Qué edad tienes?

-No lo sé.

-En todo caso -dijo el señor Chester-, eres muy joven para librarte durante algunos años de lo que puedo llamar una muerte natural. ¿Cómo vienes, pues, a ponerte en mis manos, cuando apenas me conoces, con la cuerda en el cuello? ¡Qué naturaleza confiada la vuestra!

Hugh retrocedió dos pasos y lo examinó con una expresión en que se mezclaban el terror, la indignación y la sorpresa. El señor Chester continuó mirándose en el espejo con la misma afabilidad que antes, y prosiguió hablando con tanta calma como Si estuvieran charlando sobre la cuestión más indiferente.

-El asalto en las carreteras, amigo mío, es una ocupación peligrosa en extremo. No negaré que es agradable mientras dura, pero como todos los placeres de este mundo en que todo pasa, raras veces dura mucho tiempo. Y en realidad, si en el candor de la juventud confiáis vuestros secretos tan fácilmente a todo el mundo, me temo que vuestra carrera acabará muy pronto.

-¿Qué estáis diciendo? -dijo Hugh-. ¿Quién me ha inducido a lo que llamáis el robo?

-¿Cómo? -repuso el señor Chester volviéndose para mirarlo de frente por vez primera-. No te he entendido. ¿Quién te ha inducido?

Hugh se turbó y balbuceó algunas palabras que no pudieron entenderse.

-¿Quién te ha inducido? Tengo curiosidad por saberlo -dijo el señor Chester con la mayor amabilidad-. ¿Alguna rústica beldad tal vez? Has de ser prudente, amigo mío; no te fíes de las muchachas. No olvides el consejo.

Y al pronunciar estas palabras volvió a mirarse en el espejo y continuó vistiéndose. Hugh le hubiera contestado que era él quien le había inducido, pero se le atragantaron las palabras. El arte consumado con que el señor Chester había dirigido la conversación desconcertó completamente a Hugh, que estaba convencido de que si hubiera contestado cuando el señor Chester se volvió tan rápidamente, lo hubiese mandado prender en el acto y conducir ante un magistrado con el objeto robado en su poder, en cuyo caso era tan segura su muerte en la horca como que era entonces de día.

El ascendiente que el hombre de mundo había querido adquirir sobre aquel rústico instrumento quedó conquistado desde entonces, y la sumisión de Hugh fue completa. Éste pasó un susto terrible, porque conoció que la casualidad y el artificio acababan de hilarle una cuerda de cáñamo que al menor movimiento de una mano tan hábil como la del señor Chester la colgaría de la horca.

En medio de estos pensamientos que cruzaban rápidos por su mente, y preguntándose sin embargo cómo era posible que en el momento mismo en que se presentaba con aspecto provocador para dominar a aquel hombre quedara a él sojuzgado tan pronto y tan completamente, Hugh permaneció humilde y trémulo delante del señor Chester, mirándolo de vez en cuando con una especie de malestar mientras acababa de vestirse.

Cuando acabó, tomó la carta, rompió el sobre y, reclinándose en su sillón, leyó despacio las páginas de Emma desde el principio hasta el fin.

-¡Qué estilo! ¡Qué elocuencia tan insinuante! Es una verdadera carta de mujer, llena de lo que llaman desinterés, ternura y demás sentimientos de la misma clase.

Y al hacer este elogio estrujaba el papel y miraba con indolencia a Hugh como si quisiera decirle: «Ya lo ves», pero lo acercó a la llama de una bujía que encendió y cuando empezó a

arder lo arrojó a la escupidera, donde quedó convertido en ceniza.

-Era una carta para mi hijo -dijo el señor Chester volviéndose hacia Hugh-, y has obrado muy bien entregándomela. La he abierto bajo mi responsabilidad paterna, y ya ves lo que he hecho con ella. Toma esto por tu trabajo.

Hugh se adelantó, tomó la moneda de plata que el señor Chester le daba y éste le dijo:

-Si te fuera posible encontrar alguna cosa como ésta o adquirir algún dato que te parezca que puede interesarme, ven a traérmelo y a enterarme de todo. ¿Me harás este favor?

Y dijo esto con una sonrisa que significaba: «Si no obedeces me la pagarás».

Hugh respondió que obedecería.

-Y no estés tan abatido por esa temeridad de la que hemos hablado -continuó el señor Chester con el tono más afectuoso-. Te aseguro que tu cuello está en mis manos tan libre de la cuerda como el monarca en su palacio. Bebe otro vaso ahora que estás más tranquilo.

Hugh lo aceptó de su mano y bebió en silencio mirando a hurtadillas su cara amable y risueña.

-¡Cómo! ¿No brindas ya por la bebida? -preguntó el señor Chester de la manera más seductora.

-Brindo por vos -respondió Hugh haciendo un saludo.

-Gracias y buen provecho. Y a propósito, ¿cómo te llamas?

-Hugh.

-Ya lo sé. Te pregunto por el apellido.

-No tengo apellido.

-¡Bravo, muchacho! Pero ¿no lo tienes o es que prefieres olvidarlo?

-Si tuviera apellido os lo diría -respondió Hugh-. Siempre me han llamado Hugh a secas, y nunca he conocido a mi padre, lo cual me importa un bledo. Tenía seis años cuando ahorcaron a mi madre en Tyburn para dar a dos mil hombres la diversión de verla en el cadalso.

Bien pudieran haberla dejado vivir, porque era muy desgraciada.

-Es una historia muy triste -dijo el señor Chester con una sonrisa llena de condescendencia-. Supongo que tu madre sería muy hermosa.

-¿Veis este perro? -dijo Hugh bruscamente.

-Parece que es fiel e inteligente -respondió el señor Chester mirando al perro con las gafas-. Los animales virtuosos, ya sean hombres, ya sean perros, son siempre muy feos.

-Este perro, ahí donde lo veis, fue el único ser viviente que lloró aquel día -dijo Hugh-. De dos mil hombres, y quizá más, porque la multitud era más numerosa por ser una mujer a la que ahorcaban, el perro y yo fuimos los únicos que manifestamos dolor. Si en vez de ser un perro hubiera sido un hombre, no se hubiese entristecido con su muerte, porque en su miseria lo dejaba casi morir de hambre, pero no era más que un perro, y como no tenía naturalmen-

te los sentimientos de un hombre, sintió un agudo dolor.

-Fue una torpeza de perro -dijo el señor Chester-, muy digna de un perro tan feo como él.

Hugh no contestó y, silbando al perro, que acudió al momento dando saltos de alegría, se despidió de su amigo, su protector.

-Dios os guarde, amigo mío -dijo el señor Chester-. No olvidéis que conmigo estáis seguro, completamente seguro. Mientras lo merezcáis, y espero que lo merezcáis siempre, tendréis en mí un amigo con cuyo silencio podéis contar. Reflexionad, pues, sobre vuestras acciones y calculad a lo que os exponéis. Adiós.

Hugh, intimidado por el sentido oculto de esas palabras, se dirigió a la puerta con una actitud tan sumisa y tan diferente del aire de matón con que había entrado que el señor Chester se sonrió más que nunca cuando se quedó solo.

-Y sin embargo -dijo tomando un poco de rapé-, siento que hayan ahorcado a su madre. Ese muchacho tiene unos bonitos ojos, y estoy seguro de que era hermosa. Pero ¿quién sabe? Probablemente sería una mujer vulgar con la nariz roja y los pies como barcas. Tal vez le hicieron un favor ahorcándola.

Después de esta reflexión consoladora, se puso la casaca, dirigió una mirada de despedida al espejo y llamó al criado.

-¡Puf! -dijo el señor Chester-, la atmósfera que ese centauro respiraba apesta, huele a heno y a cuadra. Entra, Peak. Trae agua aromática y riega el suelo, coge la silla en la que ha estado sentado y sácala a que le dé el aire. Salpícame también con esa esencia. ¡Qué hedor!

El criado obedeció, y purificados el aposento y el amo, el señor Chester pidió el sombrero, se lo colocó graciosamente debajo del brazo, bajó al patio donde le esperaba la silla de manos y salió a la calle cantando entre dientes una canción de moda.

XXIV

Cómo pasó este caballero distinguido la noche en medio de un círculo brillante y deslumbrador; cómo encantó a cuantos le hablaron con la gracia de su exterior, la finura de sus maneras, la amenidad de su conversación y la dulzura de su voz; cómo se reparó en cada ángulo del salón en que Chester era un hombre de buen humor, que nada le apesadumbraba, que los cuidados y errores del mundo no le pesaban más que su casaca, y que en su rostro risueño reflejaba constantemente un alma serena y tranquila; cómo algunas personas honradas, que por instinto lo conocían mejor, se inclinaron sin embargo ante él, escuchando con deferencia todas sus palabras y buscando el favor de una de sus miradas; cómo otras personas bondadosas se dejaron llevar por la corriente, lo lisonjearon, lo adularon, lo aprobaron y se despreciaron a sí mismas por tanta bajeza: y finalmente, cómo fue uno de esos que son recibidos

y obsequiados en la sociedad por muchas personas que individualmente se hubieran alejado con repugnancia del que era en aquel momento objeto de sus atenciones, es algo que, por descontado, no escapa a ninguna imaginación.

Los que desprecian a la humanidad -no hablo de los idiotas ni de los farsantes- son de dos clases: unos creen que se desprecia o desconoce su mérito, y otros reciben la lisonja y la adulación convencidos de que no las merecen. Los misántropos de frío corazón pertenecen siempre a la segunda clase.

El señor Chester estaba sentado en la cama al día siguiente tomando su taza de café con leche y recordaba con una especie de satisfacción desdeñosa cómo había brillado la noche anterior y cómo había sido acariciado y obsequiado cuando su criado entró a entregarle una hoja de papel muy sucia puesta dentro de un sobre cerrado con dos obleas. Era una nota escrita con letras enormes que decía:

«Un amigo. Se desea una entrevista. Inmediatamente. En particular. Quemad la carta después de leerla.»

-¿Quién te ha entregado esta carta? -dijo el señor Chester.

-Una persona que espera en la puerta -respondió el criado.

-¿Con una capa y un puñal?

-Esa persona no lleva nada amenazador, según me ha parecido, salvo un mandil de cuero y una cara sucia.

-Que entre.

Y entró. Entró Simon Tappertit, con sus cabellos erizados y llevando en la mano una gran cerradura que dejó en el suelo en medio de la sala, como si se dispusiera a ejecutar alguna representación en que debiera figurar una cerradura.

-Caballero -dijo Tappertit haciendo un profundo saludo-, os doy las gracias por vuestra condescendencia y me alegro de veros. Perdonad el empleo servil a que estoy condenado, y

extended vuestra simpatía hasta un hombre que a pesar de su humilde apariencia, trabaja interiormente en una obra muy superior a su rango social.

El señor Chester apartó el cortinaje de la cama y contempló a Simon con una vaga sospecha de que tenía en su presencia un chiflado que no tan sólo había forzado la puerta de su habitación, sino que se había llevado además la cerradura.

Tappertit volvió a saludar y se colocó en la actitud más ventajosa para ostentar el mérito de sus piernas.

-¿Habéis oído hablar, caballero -dijo Simon llevándose la mano al pecho-, de Gabriel Varden, "Cerrajero; coloca las campanillas y ejecuta con prontitud las reparaciones en la ciudad y en el campo», Clerkenwell, Londres?

-Sí, ¿y qué?

-Soy su aprendiz, caballero.

-Bien, ¿y qué?

-¿Me permitiréis, caballero, que cierre la puerta, y os dignaréis además, caballero, a darme vuestra palabra de honor de que guardaréis secreto eterno de lo que va a hablarse entre los dos?

El señor Chester volvió a acostarse con calma y, volviendo el rostro en el que no se traslucía la menor inquietud hacia la extraña aparición que había cerrado en tanto la puerta, suplicó al desconocido que se explicase tan razonablemente como le fuera posible.

-En primer lugar, caballero -dijo Tappertit sacando un pañuelo y agitándolo para desplegarlo-, como no tengo tarjetas de visita, pues la envidia de los amos no nos lo consiente, permitid que os enseñe lo que en cierto modo puede hacer las veces de tarjeta. Si os dignáis tomar este pañuelo, caballero, y mirar la punta que está a vuestra derecha -dijo Tappertit entregándole el lienzo sucio de carbón-, encontraréis mis credenciales.

-Gracias -respondió el señor Chester tomando el pañuelo con finura, y mirando en uno de los ángulos algunas letras de color de fuego que decían: «Cuatro. Simon Tappertit. Uno». ¿Es esto?

-Es mi nombre, caballero. No hagáis caso de los números -repuso el aprendiz-, pues sólo están aquí para guiar a la lavandera, pero sin tener relación alguna conmigo, ni con mi familia. Presumo que vuestro nombre es Chester -dijo Tappertit mirando fijamente el gorro de dormir del noble-. No tenéis necesidad de quitároslo. Gracias, caballero. Ya veo las iniciales E. C., y por ellas deduzco lo demás.

-Permitid que os haga una pregunta, señor Tappertit -dijo el señor Chester-. ¿Esa complicada pieza de cerrajería que me habéis hecho el favor de traer aquí, tiene alguna relación inmediata con el asunto que vamos a discutir?

-No tiene ninguna, caballero -respondió el aprendiz-: iba a colocarla en la puerta de un almacén en Thames Street.

-Pues si es así -dijo el señor Chester-, como despide un perfume de grasa y aceite algo más subido del que acostumbro a respirar en mi cuarto, ¿tendréis la bondad de dejarla fuera de la puerta?

-Será un placer, caballero -dijo Tappertit apresurándose a acceder a este deseo.

-Supongo que me perdonaréis la libertad.

-Caballero, os suplico que no os excuséis. Podemos, pues, hablar de nuestro asunto.

Durante este diálogo, el señor Chester había mirado al aprendiz con su sonrisa y amabilidad habituales, y Simon Tappertit, que tenía de sí mismo una opinión muy elevada para sospechar que nadie por debajo del rey pudiera divertirse a su costa, creyó reconocer en esta sonrisa el respeto que le era debido, e hizo con esta conducta cortés por parte de un extraño una comparación que no fue del todo favorable a la del digno cerrajero, su amo.

-Por lo que sucede en nuestra casa -dijo Tappertit- estoy enterado, caballero, de ciertas

relaciones que vuestro hijo mantiene contra vuestra voluntad con una señorita. Vuestro hijo no se porta bien conmigo, caballero.

-Señor Tappertit -replicó el señor Chester-, lo siento en, el alma.

-Gracias, caballero -repuso el aprendiz-. Diré más aún vuestro hijo es muy orgulloso.

-Mucho me lo temo, amigo mío. Os diré que lo sospechaba, pero vuestro testimonio no me permite dudarlo.

-Necesitaría un tomo en folio para contar los bajos servicios que he tenido que hacer por vuestro hijo, caballero -dijo Tappertit-, las sillas que he tenido que acercarle, los carruajes que he ido a buscarle y las numerosas tareas degradantes y sin la menor relación con mi contrato de aprendizaje que he tenido que sufrir por él. Por otra parte, caballero, él no es más que un joven como yo, y no considero «Gracias, Sim» un trato adecuado en tales circunstancias.

-Señor Tappertit, tenéis más perspicacia que edad. Tened la bondad de continuar.

-Gracias por la buena opinión que os habéis formado mí, caballero -dijo Simon muy engreído-. Trataré de justificarla. Pues bien, caballero, a causa de estos agravios y tal vez por una o dos razones que no es necesario declararos, estoy de vuestro lado y os digo: mientras vayan y vengan recados, cartas y confidencias del Maypole a Londres y de Londres al Maypole no podréis impedir que vuestro hijo tenga relaciones con esa señorita aunque lo vigilen de día y de noche todos los soldados de Su Majestad de riguroso uniforme.

Tappertit se detuvo para tomar aliento después de decir esto y continuó:

-Pasaré ahora, caballero, al punto capital. Me preguntaréis: ¿y como podemos impedirlo? Voy a decíroslo. Si un noble tan bueno, tan amable, tan elegante como vos...

-Señor Tappertit...

-No, no, hablo muy en serio -repuso el aprendiz-, os lo juro por mi honor. Si un noble tan bueno, tan amable y tan elegante como vos

consintiera en hablar tan sólo diez minutos con la señora Varden, mi ama, y lisonjearla un poco, sería vuestra para siempre, y conseguiríamos además otro resultado, y es que su hija Dolly -el rostro de Tappertit se encendió como la grana al pronunciar este nombre- no tendría en adelante permiso para servir de confidente entre los amantes. Pero no lo conseguiremos mientras no tengamos a la madre de nuestra parte. Tenedlo en cuenta.

-Señor Tappertit, vuestro conocimiento del corazón humano...

-Esperad un momento -dijo Simon cruzándose de brazos con una calma aterradora-. Llego ahora al punto más capital. Caballero, existe en el Maypole un malvado, un monstruo con figura humana, un vago consumado, un perdido, y si no os desembarazáis de él, si no lo hacéis al menos secuestrar o hundir en una mazmorra, nada conseguiréis, porque estad seguro de que casará a vuestro hijo con esa mujer como si fuera el arzobispo de Canterbury en

persona. Lo hará, señor, aunque no sea más que por el malicioso odio que os tiene, además del placer de cometer una mala acción, que basta para remunerarle todo lo que trabaje. Si supierais cómo ese pillo, ese Joe Willet, que así se llama, va y viene a nuestra casa difamándoos, denunciándoos y amenazándoos, y cómo me estremezco cuando lo oigo, lo aborreceríais aún más que yo -dijo Tappertit con ademán feroz, erizando sus cabellos, que parecían ya púas de erizo, y haciendo rechinar los dientes como si quisiera desmenuzar a su enemigo con sus mandíbulas.

-¿Es una venganza particular, señor Tappertit?

-Venganza particular, caballero, o interés público o ambas cosas a la vez, importa muy poco. El caso es que lo aniquiléis -respondió Tappertit-. Miggs opina como yo. Miggs y yo no podemos tolerar todas esas conspiraciones subterráneas que repugnan a nuestros corazones. También están metidos en esto Barnaby

Rudge y su madre, pero el líder es ese infame Joe Willet. Miggs y yo estamos enterados de sus planes, y si deseáis adquirir datos no tenéis más que consultarnos. ¡Muera Joe Willet! Destruidlo, aplastadlo y haréis una obra meritoria.

Y pronunciando estas palabras, Tappertit, que parecía no esperar contestación y considerar como una consecuencia necesaria de su elocuencia que su oyente se quedase absorto, mudo de admiración, reducido al silencio y anonadado, se cruzó de brazos de manera que la palma de cada mano se quedó pegada en el hombro opuesto, y desapareció con el ademán de esos agoreros misteriosos que había visto pintados en los libros de cuentos ilustrados.

-Este mozo -dijo el señor Chester riendo cuando vio que había salido- puede ser de ayuda. Veo que puedo dominar completamente mi fisonomía cuando no he prorrumpido en una carcajada. Sin embargo, ese mozo ridículo confirma mis sospechas. Hay circunstancias en que algunas herramientas defectuosas valen para el

uso que se quiere hacer de ellas más que las herramientas perfectas. Temo que voy a verme en la necesidad de hacer un gran estrago entre esas buenas gentes. ¡Triste necesidad! Estoy desconsolado por ellos.

Después de hacer esta reflexión, se adormeció poco a poco, y quedó al fin sumido en un sueño tan pacífico y agradable que parecía propio de un niño.

XXV

Dejaremos al hombre favorecido, bien recibido y lisonjeado por el mundo, al hombre de sociedad más mundano que nunca se comprometió con una acción innoble, que nunca fue culpable de una acción viril, durmiendo en su cama con rostro risueño, porque hasta en el sueño conservaba su sonrisa hipócrita y calculada, y seguiremos a dos viajeros que se dirigían lentamente a pie hacia Chigwell.

Barnaby y su madre. Y Grip, por supuesto.

La viuda, a quien cada penosa milla parecía más larga que la anterior, seguía su camino triste y cansada, pero Barnaby, cediendo a todos los impulsos del momento, corría por todos lados, dejándola muy atrás, siguiéndola desde lejos, penetrando en alguna senda mientras su madre continuaba sola su camino, apareciendo otra vez entre unas matas y acercándose a ella lanzando un grito de triunfo y alegría, según las inspiraciones de su fantástico y caprichoso

carácter. Unas veces la llamaba desde las ramas más elevadas de los árboles más altos del borde del camino; otras veces, sirviéndose del bastón a modo de percha para saltar, cruzaba una ancha zanja o un vallado, y con frecuencia corría por el camino a larga distancia para jugar con Grip en el césped hasta que llegaba su madre. Estas correrías le entusiasmaban, y cuando su paciente madre oía su voz o contemplaba su rostro animado y lleno de salud, no se atrevía a interrumpir con una triste palabra o con una queja sus diversiones, aunque la alegría que daba tanto placer a su hijo era para ella origen de penosas reflexiones.

No es poco contemplar la alegría, que sea libre y salvaje y se halle entre la naturaleza, aunque no sea más que la alegría de un idiota. No es poco saber que el cielo ha albergado capacidad para el regocijo en el pecho de una criatura semejante; no es poco saber que, por muy ligeramente que los hombres puedan aplastar esa cualidad en sus congéneres, el Gran Creador de

la humanidad le infunde incluso en su obra más desdeñada y desairada. ¡Quién no preferiría ver a un pobre idiota feliz a la luz del sol que a un hombre sabio encadenado en una lúgubre celda!

Vosotros, los hombres melancólicos y austeros, que pintáis la cara de la Infinita Benevolencia con el ceño perpetuamente fruncido, leed en el Libro Eterno la lección que os enseña. Sus retratos que no son en colores negros ni sombríos, sino tintes brillantes y resplandecientes; su música -excepto cuando es por vosotros sofocada- no consiste en suspiros y gemidos, sino en canciones y alegres sonidos. Escuchad el millón de voces en el aire del verano y encontrad una taciturna como la vuestra. Recordad, si podéis, la esperanza y el placer que cada feliz regreso del día despierta en el corazón de todos aquellos de vosotros que no han cambiado su naturaleza, y aprended un poco de sabiduría incluso de los tontos, cuando sus corazones

están inflamados no saben por qué, por todo el alborozo y felicidad que ello trae.

El corazón de la viuda estaba abrumado por la inquietud y por un secreto terror, pero la alegría de su hijo la regocijaba y hacía llevaderos los disgustos de aquel largo viaje. Algunas veces el idiota la invitaba a apoyarse en su brazo y permanecía tranquilo a su lado durante un breve trecho, pero le gustaba más correr de un lugar a otro, y ella sentía más placer en verlo libre y feliz porque lo amaba más que a sí misma.

Había abandonado el lugar al que ahora se dirigían después del acontecimiento que había cambiado su existencia, y durante veintidós años no había tenido valor para volver allí. Era su aldea natal. ¡Qué multitud de recuerdos se agolpó en su mente cuando distinguió las casas de Chigwell!

Veintidós años. Toda la vida y toda la historia de Barnaby. La última vez que volvió la vista sobre esos tejados entre los árboles, lo

llevaba en brazos, era un bebé. Con qué frecuencia desde ese momento se había sentado junto a él día y noche, esperando un amanecer del entendimiento que nunca llegaba; cómo temía, y dudaba y sin embargo esperaba, mucho después de que se impusiera la evidencia. Las pequeñas estratagemas que había llevado a cabo para ponerlo a prueba, las pequeñas recompensas que le había dado a sus infantiles ademanes, no por falta de brillo sino de algo infinitamente peor, tan horrible y nada infantil en su malicia, regresando tan vívidamente como si hubiera sido ayer. La habitación en la que solían estar, el lugar en el que se hallaba su cuna; él, viejo como un elfo en la cara, pero siempre adorado por ella, mirándola con una mirada salvaje y ausente, y canturreando alguna zafia canción mientas ella se sentaba a su lado y le tarareaba; cada circunstancia de su infancia regresaba ahora, y lo más trivial era quizá lo que lo hacía de una manera más precisa.

También sus últimos años, las extrañas imaginaciones que tenía; su terror a determinadas cosas sin sentido: objetos familiares a los que él daba vida; el lento y gradual asentamiento de ese horror, en el que se inició, antes de su nacimiento, su oscurecido intelecto; cómo, en mitad de todo aquello, ella había hallado esperanza y consuelo en que el suyo fuera un hijo como ningún otro y casi había creído en el lento desarrollo de su mente hasta que se hizo un hombre, entonces su infancia hubo terminado para siempre; uno tras otro, todos estos pensamientos surgieron en su interior, poderosos después de su largo ensueño y más amargos que nunca.

Cogió a Barnaby del brazo y cruzaron rápidamente la calle de la aldea. Era la misma aldea, como la había conocido en otro tiempo, pero encontró una transformación, un aspecto diferente. Este cambio procedía de ella, pero no lo advertía, y se preguntaba por aquel cambio, y en qué consistía, y dónde estaba.

Todo el mundo reconoció a Barnaby, y los niños se agolparon en torno suyo como recordaba ella que lo hacían sus padres y sus madres cuando veían algún mendigo idiota, cuando ella era también una niña, pero a ella nadie la reconoció; pasaron por delante de cada casa, de cada patio, de cada cercado, y todo lo recordaba muy bien y, saliendo a los campos, se hallaron muy pronto solos.

Warren fue el término de su viaje. El señor Haredale estaba paseando por el jardín, los vio pasar por delante de la verja, la abrió y les dijo que entrasen.

-Por fin habéis tenido valor para visitar la antigua morada -dijo a la viuda-. Me alegro de que hayáis hecho este esfuerzo.

-Vengo por primera y última vez, señor.

-La primera en tantos años, pero no la última.

-¡Oh sí, la última!

-¿Queréis decir -repuso Haredale mirándola con cierta sorpresa- que después de haber

hecho este esfuerzo, estáis resuelta a no perseverar y vais a caer otra vez en el desaliento? Sería indigno de vos. Os he dicho repetidas veces que debíais volver aquí, donde seríais más feliz que en ninguna otra parte. En cuanto a Barnaby, está aquí como en su casa.

-Y también Grip -dijo Barnaby abriendo su cestito de mimbre.

El cuervo salió del cesto, se colocó en el hombro de su amo y, dirigiéndose al señor Haredale como pidiéndole de comer, gritó sacudiendo las alas.

-Polly, pon la tetera en el fuego y tomaremos el té.

-Escuchad, Mary -dijo afectuosamente el señor Haredale mientras le indicaba que lo siguiera hacia la casa-. Vuestra vida ha sido un ejemplo de paciencia y de valor, a excepción de esta única debilidad. Basta saber que os visteis cruelmente envuelta en la catástrofe que me privó de mi único hermano y a Emma de su padre, a menos que deba pensar, como me su-

cede algunas veces, que nos relacionáis con el autor de nuestro doble infortunio.

-¡Relacionaros con él, señor! -exclamó la viuda.

-Es verdad -dijo el señor Haredale- que en ocasiones lo creo. Estoy tentado a creer que, como numerosos lazos unían a vuestro marido con mi hermano, y murió en su servicio y por su defensa, habéis llegado en cierto modo a confundirnos con el asesino.

-¡Ah, qué poco conocéis mi corazón, señor! ¡Qué lejos estáis de la verdad!

-¡Es un pensamiento tan natural! Es probable que lo hayáis tenido a pesar vuestro -dijo el señor Haredale hablándose a sí mismo más que a la propia viuda-. Nuestra casa ha venido a menos. El dinero, gastado con mano pródiga, no sería más que una pobre indemnización para vuestros padecimientos, pero dado con manos tan mezquinas como las nuestras es una miserable irrisión. Así lo creo y Dios lo sabe -

añadió con precipitación-. ¿Por qué me he de asombrar de que así lo creáis también?

-Hacéis una injusticia conmigo, señor -respondió la viuda con energía-, y cuando hayáis oído lo que deseo tener permiso para deciros...

-¿Se confirmarán acaso mis sospechas? -dijo observando que la viuda balbuceaba y estaba turbada-. Sí, es cierto.

Y aceleró su paso delante de ella, pero muy pronto retrocedió y dijo:

-En una palabra, ¿habéis venido tan sólo para hablarme?

-Sí -dijo la viuda.

-¡Maldita sea nuestra posición de miserables orgullosos -murmuró el señor Haredale-, que nos separa del rico lo mismo que del pobre! El uno nos muestra condescendencia en todas sus acciones y palabras, y el otro se ve obligado a tratarnos con apariencias de frío respeto. Decidme, en vez de tomaros el trabajo de romper por tan poca cosa la cadena del hábito que han

forjado veintidós años de ausencia, ¿no podíais haberme escrito manifestándome que deseabais verme?

-No he tenido tiempo -contestó la viuda-, porque no he tomado la decisión hasta anoche, pero desde entonces he creído que no debía perder un día, ¿qué digo?, ni una hora para venir a hablar con vos.

Durante este diálogo habían llegado a la casa. El señor Haredale se paró un momento y la miró como si le asombrara la energía de su voz. Advirtiendo sin embargo que, en vez de prestarle atención, levantaba los ojos y lanzaba una mirada estremecedora a aquellas viejas paredes, la condujo por una escalera particular a su biblioteca, donde Emma estaba leyendo asomada a la ventana.

La señorita se levantó precipitadamente, dejó el libro y, con palabras muy afectuosas y derramando una lágrima, quiso dar la bienvenida más solícita y cordial a la visitante, pero ésta

rehuyó su abrazo como si le tuviera miedo y se dejó caer en una silla temblando.

-Es el efecto de vuestro regreso tras una ausencia tan larga -dijo Emma con dulzura-. Llamad, querido tío..., o no, no os mováis: Barnaby irá a buscar vino.

-No, no lo hagáis, señorita; no quiero beber nada. Sólo necesito un momento de descanso y nada más.

Emma permaneció en pie cerca de su silla mirándola con silenciosa compasión. La viuda se levantó al cabo de un rato y se volvió hacia el señor Haredale, que se había sentado en un sillón y la contemplaba con la mayor atención.

-No sé cómo empezar -dijo la viuda-, vais a creer que tengo trastornado el juicio.

-Todo el transcurso de vuestra vida pacífica e irreprensible desde que partisteis de Warren -respondió con amabilidad el señor Haredale-, es un testimonio en favor vuestro. ¡Por qué teméis excitar semejante sospecha! No habláis con extraños, no es la primera vez que tenéis

que reclamar nuestro interés o nuestra consideración. Reponeos; cobrad ánimo. ¿Qué consejo o que auxilio venís a pedirme? Ya sabéis que tenéis derecho a hacerlo y que nada puedo negaros.

-¿Qué diríais, pues, señor, si supierais que he venido, siendo así que no tengo más amigos que vos en la tierra, para rechazar vuestro auxilio desde este momento, y para anunciaros que en adelante me lanzo al océano del mundo, sola y sin apoyo, dispuesta a hundirme en él o a sobrevivir, según lo disponga el cielo?

-Si hubierais venido con semejante intención -respondió con calma el señor Haredale-, tendríais que darme sin duda la razón de una conducta tan extraordinaria, y a pesar del asombro que podría causarme una resolución tan repentina y extraña, naturalmente no la trataría con ligereza.

-He aquí, señor, lo que hay de más deplorable en mi desgracia. No puedo daros razón alguna; lo único que puedo ofreceros es mi reso-

lución, pero sin explicación de ninguna clase. Es mi deber, un deber imperioso, y si no lo cumpliera sería una criatura vil y criminal. Ahora que os he dicho esto, quedan sellados mis labios, no puedo deciros más.

Y como si se sintiera aliviada por haber dicho tanto y esto le hubiera dado ánimo para el resto de su tarea, continuó hablando, con voz más fuerte y con más valor.

-El cielo es testigo, como lo es mi propio corazón, y no dudo, señorita, que el vuestro hablará por fin, de que he vivido desde la época de la que tan amargos recuerdos tenemos todos animada de un afecto y una gratitud invariables por esta familia. El cielo es testigo de que, dondequiera que habite, conservaré los mismos sentimientos inalterables, y de que ellos tan sólo me empujan a la senda que voy a seguir y de la que nada me desviará. Creedlo, esto es tan cierto como que creo en la misericordia divina.

-¡Extraños enigmas! -dijo el señor Haredale.

-Enigmas que tal vez no se explicarán nunca en este mundo, señor -repuso la viuda-. En el otro se descubrirá por sí la verdad. ¡Ojalá esté lejano ese día! -añadió en voz baja.

-Creo que os he comprendido -dijo el señor Haredale-, si es que no me engañan mis propios sentidos. ¿Queréis decir que habéis decidido voluntariamente privaros de los medios de subsistencia que durante tanto tiempo habéis recibido de nosotros, que estáis determinada a renunciar a la pensión que os otorgamos hace veinte años, a dejar vuestra casa y todo lo que os pertenece para empezar una nueva vida, y que lo hacéis por algún secreto motivo o algún monstruoso capricho que no admite explicación, que no existe más que desde hoy y que no ha cesado de dormir en la sombra durante todo este tiempo? En nombre de Dios, ¿de qué ilusión sois víctima?

-Es tan cierto que no subsistiré ya más a expensas de vuestra liberalidad y que no permitiré que me socorráis -repuso la viuda- como que

estoy profundamente agradecida por las bondades de los que, vivos o muertos, han sido o son los dueños de esta casa y como que no quisiera que sus techos se desplomasen y me aplastaran o sus paredes sudasen sangre cuando oyeran pronunciar mi nombre. No sabéis -añadió con vehemencia- a qué usos pueden aplicarse vuestros beneficios, a qué manos pueden llegar. Yo lo sé, y por eso renuncio a ellos.

-Me parece -dijo el señor Haredale- que sois dueña absoluta de vuestra pensión.

-Lo fui, pero no puedo serlo por más tiempo. Podría ser que se dedicara, y se dedique ya, a un uso que se mofara de los muertos en sus sepulcros. Esto sólo puede acarrearme desgracias y atraer alguna otra espantosa condenación del cielo, sobre la cabeza de mi querido hijo, cuya inocencia pagaría las culpas de su madre.

-¿Qué es lo que oigo? -exclamó el señor Haredale mirándola con asombro-. ¿En qué

lazos habéis caído? ¿Qué falta es esa a la que habéis sido arrastrada por sorpresa?

-Soy culpable y sin embargo soy inocente; tengo culpa y, tengo razón; son puras mis intenciones, y me veo obligada a proteger y auxiliar a los malvados. No me hagáis preguntas, señor, pero creed que soy más digna de lástima que de castigo. Es forzoso que abandone mañana mi casa porque mientras me encuentre allí, la turbarán horribles apariciones. Mi futura residencia, si deseo vivir en paz, debe ser un misterio. Si mi pobre hijo llegara hasta aquí algún día en sus correrías, no tratéis de descubrir nuestro asilo, porque si nos descubren, tendremos que huir. Y ahora que mi alma se ha quitado este peso, os suplico, señor, lo mismo que a vos, señorita Emma, que tengáis confianza en mí si os es posible y os acordéis de esta desventurada mujer con tanto afecto como hasta ahora. Si muero sin poder revelar mi secreto, aun entonces, porque esto puede suceder a causa del paso que doy hoy, mi pecho se sentirá

más ligero en la hora suprema, y el día de mi muerte y cada día hasta que llegue aquél rogaré por vosotros dos, os daré las gracias y no volveré a molestaros.

Al terminar de hablar, quiso marcharse, pero la detuvieron y con muchas palabras cariñosas y afectuosas instancias le suplicaron que considerase lo que hacía, y sobre todo que tuviese más confianza en ellos y les contase lo que afligía su alma de una manera tan desgarradora. Viéndola sorda a sus esfuerzos de persuasión, el señor Haredale ideó un doble recurso: le propuso que tomase por confidente a Emma, que a causa de su juventud y su sexo le impondría menos que él. Esta proposición la hizo retroceder, sin embargo, con la misma expresión de repugnancia que había manifestado al principio de su entrevista, y todo lo que se pudo obtener de ella fue la promesa de recibir en su casa al señor Haredale el día siguiente y de emplear este intervalo en reflexionar nuevamente sobre su resolución y sus consejos, aun-

que no podía esperarse, les dijo la viuda, ningún cambio por su parte.

Tras oír esto, aceptaron a regañadientes su partida, pues se negaba a comer o a beber en la casa; y ella, Barnaby y Grip salieron al unísono como habían llegado, por la escalera privada y la verja del jardín, sin ver a nadie ni ser vistos en el camino.

Era notable que el cuervo hubiera mantenido la mirada fija en un libro durante todo el encuentro con exactamente el aire de un malicioso pillo humano que, bajo la máscara de simular leer, estuviera escuchándolo todo. Todavía parecía tener la conversación fuertemente grabada en su mente, pues si bien cuando volvieron a estar solos dictaminó la orden de que se preparasen innumerables teteras para la preparación del té, estaba pensativo, y más bien parecía hacerlo movido por un abstracto principio de obligación que por querer ser simpático o lo que habitualmente se considera una compañía agradable.

Iban a volver en la diligencia. Como faltaban dos horas para que saliera, y tenían necesidad de descanso y de algún alimento, Barnaby insistió en que fueran al Maypole, pero su madre, que no deseaba ser reconocida por aquellos que hacía tanto que la conocían y que temía además que el señor Haredale, después de reflexionarlo, enviase en su busca algún criado a la taberna, propuso esperar en el cementerio en vez de ir al Maypole. Siendo cosa muy fácil para Barnaby comprar y llevar a aquel sitio los modestos alimentos que necesitaban, consintió con alegría, y muy pronto se sentaron en el cementerio para hacer su frugal comida.

Aquí de nuevo, el cuervo se mostró en un estado altamente reflexivo, caminando arriba y abajo cuando hubieron comido, con un aire de anciana complacencia gracias al que parecía que tenía las manos debajo de los faldones del frac; y pareciendo leer las inscripciones de las lápidas con un juicio muy crítico. En ocasiones, después de inspeccionar largamente un epita-

fio, frotaba el pico contra la tumba en cuestión y gritaba con su tono estridente: «Soy el demonio, soy el demonio, soy el demonio», pero si dirigía esas observaciones a cualquier persona supuestamente allí enterrada o si las pronunciaba simplemente como un comentario general, es algo que se ignora.

Era un bonito y silencioso lugar, pero triste para la madre de Barnaby, pues el señor Reuben Haredale descansaba allí, y cerca de la cripta en la que reposaban sus cenizas, había una piedra en memoria de su marido, con una breve inscripción en la que se conmemoraba cómo y cuándo había perdido la vida. Ella siguió allí sentada, pensativa y a solas, hasta que su tiempo terminó y la bocina distante les dijo que se acercaba la diligencia.

Barnaby, que había estado durmiendo en la hierba, se puso en pie de un salto al oír el sonido, y Grip, que pareció comprenderlo igualmente bien, caminó directamente hasta el interior de su cesto, suplicando a la sociedad en ge-

neral (aunque parecía querer representar para ellos una sátira, puesto que se encontraban en un cementerio) que nunca tuviera miedo en ningún caso. Pronto estuvieron montados en la diligencia y de camino a casa.

Pasó el coche junto al Maypole y se detuvo en la puerta. Joe no estaba en casa y Hugh acudió lentamente a recoger el paquete que había para la casa. No había riesgo de que John saliera del establecimiento. Lo vieron desde la diligencia durmiendo en su elegante barra. Era parte del carácter de John. Siempre se tomaba la molestia de dormirse a la hora de la diligencia. No le gustaba callejear; consideraba las diligencia cosas que merecían ser prohibidas, como provocadoras de disturbios de la paz de la humanidad; artilugios inquietos, bulliciosos, provistos además de una bocina, por debajo de la dignidad humana, y sólo apropiados para niñas alocadas sin nada más que hacer que charlar e ir de compras.

-Aquí no sabemos nada de diligencias, señor -decía John si un desconocido con mala suerte preguntaba algo referente a esos ofensivos vehículos-, no las usamos, la verdad es que no, dan más quebraderos de cabeza que servicio, con todo ese ruido y ese traqueteo. Si queréis esperarla podéis hacerlo, pero no, nosotros no sabemos nada de ellas, puede que llame y puede que no, hay un servicio que fue considerado bastante apropiado para nosotros cuando yo era un niño.

La viuda se bajó el velo cuando Hugh subió, y mientras él se subía por detrás, habló con Barnaby en susurros. Pero ni él ni nadie le dijo nada, o se percató de ella, o sintió alguna curiosidad por ella; así, como una desconocida, visitó y abandonó la aldea en la que había nacido y vivido como una niña feliz, una chica bonita, donde había conocido toda la alegría de la vida y había entrado en sus más duras penalidades.

XXVI

-¿Y no os sorprendéis, Varden? -dijo el señor Haredale-. Es muy extraño. Vos y ella habéis sido siempre los mejores amigos, y nadie puede explicar como vos su conducta.

-Perdonad, señor -respondió el cerrajero-, yo no os he dicho que pueda explicarla, porque no abrigo la presunción de decir semejante cosa de ninguna mujer. Insisto sin embargo en afirmar que no me sorprende.

-¿Puedo preguntaros en qué os fundáis?

-He visto, señor -repuso el cerrajero haciendo un esfuerzo-, he visto en su casa cierta cosa que me ha llenado de desconfianza e inquietud. Ha contraído malas amistades, ignoro cómo ni cuándo, pero no juraría que su casa no sirva de refugio a un ladrón o a una mala cabeza cuando menos. He aquí lo que hay, no puedo tener con vos secreto alguno.

-¡Varden!

-Apelo, señor, al testimonio de mis propios ojos, y a buen seguro que quisiera, por lo que la aprecio, ser muy corto de vista y tener la dicha de dudar de mis ojos. He guardado el secreto hasta hoy y sé que no saldrá de nosotros, pero declaro que vi con mis propios ojos y estando bien despierto una noche en la entrada de su casa al ladrón que robó e hirió al señor Edward Chester y que me amenazó aquella misma noche.

-¿Y no hicisteis ningún esfuerzo para prenderlo? -dijo el señor Haredale.

-Ella misma me lo impidió, me contuvo con toda su fuerza y se colgó de mi cuello hasta que huyó.

Y habiendo llevado hasta este punto la confidencia, contó detalladamente la escena que recordarán nuestros lectores. Este diálogo había transcurrido en voz baja en el comedor del cerrajero, adonde el buen Gabriel introdujo al señor Haredale, que había ido a suplicarle que lo acompañase en su visita a la viuda; deseaba

tener la cooperación de su influencia persuasiva, y esta petición había sido el origen de la conversación.

-Me he abstenido -dijo Gabriel- de contar a nadie el caso porque no podía serle favorable. Creía y esperaba, hablando más propiamente, que vendría a verme, me hablaría de esto y me declararía la verdad; pero aunque he ido varias veces a su calle para salirle al encuentro, nunca me ha dicho una palabras y únicamente su mirada me ha indicado cosas que no hubiera podido expresar en una larga conversación. Esta mirada me decía entre otras cosas: «No me hagáis preguntas», con un aire tan suplicante, que nunca le pregunté nada. Tal vez diréis, señor, que soy un viejo tímido, que soy... lo que gustéis, pero nunca me atreveré a pedirle explicaciones.

-Lo que acabáis de decirme me llena de confusión -dijo el señor Haredale después de un momento de silencio-. ¿Qué habéis pensado, Gabriel, de ese misterio?

El cerrajero movió la cabeza y miró por la ventana con incertidumbre.

-No es posible que haya vuelto a casarse -dijo el señor Haredale.

-Y mucho menos que os lo ocultase, señor.

-Y sin embargo, puede habérmelo ocultado por el temor de que este proyecto la expusiese a alguna objeción o a alguna demostración de repugnancia. Supongamos que se ha casado imprudentemente, lo cual es posible porque su existencia ha sido durante muchos años solitaria y monótona, y que su marido es un malvado y ella tiene deseos de protegerlo aunque le indignen sus crímenes. Esto es muy posible, esto concuerda con el conjunto de su conversación de ayer, y nos explicaría completamente su conducta. ¿Suponéis que Barnaby conoce el secreto?

-Me es imposible contestar -dijo el cerrajero volviendo a negar con la cabeza- y es casi imposible preguntárselo. Si vuestra suposición es

exacta, tiemblo por ese muchacho, porque es muy fácil arrastrarlo al mal.

-¿No sería posible, Varden -dijo el señor Haredale bajando aún más la voz-, que esa mujer nos hubiera engañado desde un principio? ¿No sería posible que esa amistad secreta se formara en vida de su esposo y que fuera la causa de que él y mi hermano...?

-No abriguéis tan sombríos pensamientos, señor -dijo Gabriel interrumpiéndolo-. Trasladaos con la memoria a veintidós años antes. ¿Dónde hubierais hallado una joven como ella, alegre, hermosa, risueña y de ojos tan brillantes y serenos? Recordad lo que era entonces, señor. Me conmueve el corazón aún ahora, sí, ahora que soy viejo con una hija casadera, pensar en lo que era y ver lo que es hoy. Todos cambiamos, pero es con el tiempo; el tiempo hace lo que debe, y no lo censuro por eso. ¡Pícaro tiempo, señor Haredale! Portaos bien con él y será un buen amigo que os tendrá en consideración, pero lo que la han cambiado a ella son las pe-

nas y los disgustos; éstos son los demonios secretos y traidores que minan, que huellan las flores más lozanas del Edén y que hacen más estragos en un mes que el tiempo en un año. Representaos un minuto tan sólo lo que era Mary antes de que atacasen su corazón y su rostro, en su lozanía, hacedle justicia y decid si es posible vuestra sospecha.

-Sois un hombre honrado, Varden -dijo el señor Haredale-, y tenéis razón. Veo que me he equivocado.

-No creáis -continuó el cerrajero, cuyos ojos se animaron y cuya voz tenía el acento de la lealtad-, no creáis que porque la cortejé antes que Rudge y sin éxito digo que ella valía más que él, porque también podría decir que valía más que yo. Sin embargo, es cierto que valía más que Rudge, que no se portaba con ella como merecía. No acuso su memoria. Dios lo tenga en su seno, pero no puedo menos de recordaron lo que era realmente. En cuanto a mí, conservo un antiguo retrato de ella en mi alma,

y mientras piense en este retrato y en el cambio que ha sufrido, la pobre viuda tendrá en mí un amigo leal que se esforzará en hacerle recobrar la paz. Y Dios me condene, señor -exclamó Gabriel-, perdonad la expresión, si no obrase del mismo modo aunque se hubiera casado en un año con cincuenta ladrones. Creo que esto debe de estar en el *Manual protestante*. Por más que Martha diga lo contrario, lo sostendré hasta el día del juicio final.

Aun cuando el oscuro comedor cubierto de una densa niebla se hubiera iluminado de pronto, no lo habría dejado tan bello de esplendor y tan radiante como con esta explosión del corazón de Varden.

Casi en voz tan alta y con tanto entusiasmo exclamó el señor Haredale:

-¡Bien dicho! -y lo invitó a salir sin prolongar la conversación.

Como Gabriel aceptó gustoso, subieron los dos en un coche de alquiler que esperaba en la puerta de la herrería. Bajaron en la esquina de

la calle y, despidiendo el vehículo, se dirigieron a pie a la casa de la viuda.

Llamaron a la puerta y nadie respondió. Volvieron a llamar, y nadie respondió tampoco, pero en respuesta a la tercera ver que llamaron se abrió con lentitud una ventana y dijo una voz musical:

-Haredale, querido, me alegro mucho de veros. Veo que estáis mejor de salud desde nuestra última entrevista. Tenéis una cara más risueña. ¿Cómo estáis?

El señor Haredale alzó los ojos hacia la ventana, de donde salía la voz, aunque no fuera necesario para reconocer a su propietario, y el señor Chester le saludó con la mano y con la más cariñosa sonrisa.

-Van a abriros la puerta al momento. La persona encargada de este servicio es una mujer que apenas puede moverse. Perdonad sus achaques; si tuviese una posición social más elevada, se quejaría de gota, pero como su oficio consiste en fregar y barrer, sólo se queja de

reumatismo. Querido Haredale, ya veis que hasta en las enfermedades hay distinción de clases.

El señor Haredale, cuyo rostro había recobrado su expresión sombría y desconfiada desde que oyó la voz, bajó los ojos al momento y volvió la espalda al que le hablaba.

-¿Aún no han abierto? -dijo el señor Chester-. Supongo que esa momia de Egipto no habrá tropezado con alguna telaraña. ¡Ya abrió! Tened la bondad de entrar.

El señor Haredale entró seguido del cerrajero, y volviéndose con grande asombro hacia la vieja que había abierto la puerta, le preguntó por Barnaby y su madre.

-Han partido juntos -respondió la vieja moviendo su descarnada cabeza-. Arriba hay un caballero que os dará tal vez más explicaciones.

-¿Os dignaréis, caballero -dijo el señor Haredale presentándose ante el señor Chester-, indicarme dónde está la persona que venía a ver?

-Querido amigo -repuso el señor Chester-, no sé de quién me habláis.

-Vuestras bromas no vienen a cuento -dijo el señor Haredale-, reservadlas para vuestros amigos en vez de gastarlas conmigo. No os permito que me tratéis con esa rudeza.

-Veo que os ha acalorado el camino. ¿Habéis venido muy deprisa? Hacedme el favor de sentaros. ¿Puedo tomarme la libertad de preguntar quién es este amigo?

-Es un hombre de bien, y nada más -respondió el señor Haredale.

-Caballero, me llamo Gabriel Varden -dijo el cerrajero.

-Un apreciable artesano -dijo el señor Chester-, un apreciabilísimo artesano de quien he oído hablar muchas veces a mi hijo Edward, y que tenía muchos deseos de ver. Varden, amigo mío, me alegro de conoceros. Os sorprenderá mucho encontrarme aquí, ¿no es cierto? -dijo volviéndose con indolencia hacia el señor Haredale-. Confesadlo; os sorprende.

El señor Haredale lo miró (no era muy amistosa la mirada), se sonrió y permaneció silencioso.

-Muy pronto va a descubrirse el misterio -dijo el señor Chester-. Dignaos venir hacia este lado. ¿Recordáis nuestro pequeño acuerdo relativo a Edward y a vuestra amada sobrina? ¿Recordáis la lista de los que les ayudaban en su inocente intriga? ¿Recordáis que Barnaby y su madre figuraban entre ellos? Pues dadme y daos la enhorabuena; he comprado su partida.

-¿Qué habéis hecho?

-¿No aprobáis mi ardid? He creído necesario tomar algunas medidas activas para poner término a los amoríos de esos muchachos, y he empezado por alejar a dos de sus agentes. ¿Os sorprende? ¿Quién puede resistir a la influencia del oro? Lo necesitaban y he comprado su viaje. Nada debemos temer de ellos. Han partido.

-¡Han partido! -repitió el señor Haredale-. ¿Adónde?

-Querido amigo, permitid que os diga que es tan cierto que no lo sé como que nunca os he visto tan rejuvenecido como hoy. El mismo Colón se vería en apuros para descubrir su paradero. Hablando entre nosotros, creo que tienen razones ocultas, pero sobre este punto les he prometido el secreto. Sé que la viuda os había dado cita para esta noche, pero ciertos inconvenientes le impedían cumplir su palabra. Aquí tenéis la llave de la puerta. Temo que os parezca demasiado enorme y pesada, pero como la casa es vuestra, vuestra natural bondad me perdonará, Haredale, que os cargue con una alhaja tan incómoda.

XXVII

El señor Haredale permaneció inmóvil y con la llave en la mano, mirando al señor Chester y a Gabriel Varden, y dirigiendo a veces su mirada hacia la llave como si esperase que le fuera a revelar el misterio, hasta que el señor Chester, poniéndose el sombrero y los guantes, le hizo volver en sí preguntándole si seguían la misma dirección.

-No -dijo-, ya sabéis que nuestros caminos son muy opuestos. Por ahora, me quedo aquí.

-Muy mal hecho, Haredale; esta casa es muy triste y os va a poner de mal humor. Es el peor sitio para un carácter tan tétrico como el vuestro. Si os quedáis, os vais a morir de tristeza.

-No importa -dijo el señor Haredale sentándose-. Hacedme el favor de creerlo. ¡Buenas noches!

El señor Chester, haciendo ver que no había reparado en el brusco movimiento que más que un adiós amistoso era una imperiosa expulsión,

contesto con expresión cariñosa, y después preguntó a Gabriel hacia dónde se dirigía.

-Sería demasiado honor para un hombre como yo seguir el mismo camino que vos -respondió Gabriel vacilando.

-Desearía que os quedarais aquí un momento, Varden -dijo el señor Haredale sin mirarlos-. Tengo que deciros dos palabras.

-No me opondré a vuestra conferencia -dijo el señor Chester con la más fina cortesía-. ¡Quiera Dios que tenga para los dos satisfactorios resultados! Buenas noches.

Y dirigiendo al cerrajero la sonrisa más seductora, salió del aposento.

«¡Qué hombre tan grosero y antipático! -dijo para sí cuando estuvo en la calle-. Es un verdadero oso mal domesticado, y lleva consigo mismo su castigo. He aquí una de las inapreciables ventajas de saber uno dominar sus propias inclinaciones. Tentado he estado en nuestras dos cortas entrevistas de sacar la espada y reñir con él. De seguro que de seis hombres,

cinco habrían cedido a este impulso, pero al reprimir el mío le he causado una herida más profunda que si fuera yo el mejor espadachín de Europa y él el más torpe. Eres el último recurso del hombre de talento -dijo acariciando el puño de su espada- y no debemos echar mano de ti hasta haber agotado todos los esfuerzos. Si se empezase por desenvainarte, se daría demasiado placer a los adversarios; es un proceder de matón, propio tan sólo de hombres bárbaros, pero enteramente indigno de un caballero bien educado.»

Y se sonrió de una manera tan agradable al comunicarse a sí mismo estas reflexiones, que un mendigo se animó a acompañarlo para pedirle limosna y seguirle los pasos largo rato. Al señor Chester le causó sumo placer este incidente, que consideró como un homenaje al poder de su fisonomía, y para recompensarlo le permitió que le escoltase hasta que llamó una sillas entonces le despidió con un «¡Dios os asista!» lleno de fervor.

«Esto cuesta tanto como enviarlo al diablo -añadió juiciosamente sentándose en la silla de manos-, y cae mejor a la fisonomía...»

-¡A Clerkenwell, muchachos!

Estas palabras, pronunciadas con toda amabilidad, dieron alas a los dos hombres, que partieron a paso gimnástico hacia Clerkenwell.

Al apearse en el punto que les había indicado durante el camino, y pagándoles mucho menos de lo que aquellos buenos hombres esperaban de un caballero tan lujoso y amable, entró en la calle donde vivía el cerrajero y se paró muy pronto bajo la sombra de la llave de oro. Simon Tappertit, que trabajaba a la luz de una lámpara en un rincón de la tienda, no reparó en, la presencia del caballero hasta que una mano que se apoyó en su hombro le hizo volver la cabeza estremeciéndose.

-La industria -dijo el señor Chester- es el alma de los negocios y la base de la prosperidad. Señor Tappertit, espero que me invitéis a comer cuando seáis alcalde de Londres.

-Caballero -dijo el aprendiz dejando el martillo y frotándose la nariz con el dorso de la mano tiznada de hollín-, desprecio al alcalde y todo cuanto concierne a su persona. Hemos de tener otro estado social antes de que me veáis ocupar ese puesto. ¿Cómo estáis, caballero?

-Estoy mucho mejor, señor Tappertit, desde que vuelvo a ver vuestro rostro lleno de honradez y franqueza. Y vos, ¿cómo estáis?

-Estoy tan bien, caballero -dijo Simon irguiéndose para hablar al oído al señor Chester-, como puede estarlo un hombre bajo las vejaciones a que me veo expuesto. La vida me es una carga, y si no fuera por la idea de la venganza, me la jugaría el día menos pensado a cara o cruz.

-¿Está en casa la señora Varden?

-Está -respondió Simon lanzándole una mirada de concentrada expresión-. ¿Deseáis verla?

El señor Chester asintió.

-Pues venid por aquí, caballero -dijo Simon enjugándose la cara con el mandil de cuero-.

Seguidme. Me permitiréis que os diga dos palabras al oído.

-Con mucho gusto.

Tappertit se puso de puntillas, acercó sus labios al oído del señor Chester, retiró la cabeza sin decir nada, lo miró fijamente, volvió a aproximar los labios al oído del noble, retiró otra vez la cabeza, y dijo por fin:

-Su nombre es Joe Willet. ¡Chist! No os digo más.

Y después de hacer esta revelación, indicó al señor Chester que le siguiera a la puerta del comedor, donde le anunció con el tono de un ujier del rey.

-El señor Chester, y no se trata del señor Edward -dijo Simon lanzando otra mirada al comedor y añadiendo a manera de posdata de su cosecha-: Es su padre.

-Su padre, señorita Varden -dijo el señor Chester entrando sombrero en mano cuando advirtió el efecto de esta última explicación-.

No quisiera incomodaros en vuestras ocupaciones domésticas.

-¡Oh, escuchad! -exclamó Miggs dando palmas-. ¿No lo he dicho mil veces? Toma a la señora por su propia hija. ¿Y quién lo duda? ¿Quién no diría que es tan joven como Dolly?

-¿Será posible? -dijo el señor Chester con su tono más amable-. ¿Tengo el honor de hablar con la señora Varden? Estoy confundido. Esa joven no es hija vuestra, no es posible. Es vuestra hermana.

-Es mi hija, caballero -respondió la señora Varden ruborizándose como una niña.

-¡Ah, señora Varden! -exclamó el señor Chester-. ¡Ah, señora, no se puede quejar de su suerte la mujer que tiene la ventaja de reproducirse en sus hijos sin cesar de ser tan joven como ellos! Permitid que os abrace como se hace en el campo, señora, y a vuestra hija también.

Dolly manifestó cierta repugnancia al acceder a esta ceremonia, pero su madre la reprendió severamente e insistió en que no se hiciese

de rogar, porque el orgullo, añadió en tono lastimero, es uno de los siete pecados capitales, en tanto que la humildad es una virtud. Por esto quiso que Dolly se dejase abrazar enseguida, so pena de causarle un gran disgusto; insinuó al mismo tiempo que todo lo que veía hacer a su madre podía hacerlo con toda seguridad de conciencia sin tomarse el trabajo de discurrir sobre este punto, lo cual sería por otra parte una falta de respeto, y por consiguiente una infracción del catecismo de la Iglesia establecida.

Después de esta reprimenda, Dolly accedió, aunque haciéndose la remolona, porque había en el rostro del señor Chester una mirada de admiración demasiado evidente cuyo atrevimiento trataba de moderar sin embargo una sonrisa muy cortés.

Quedose, pues, con la mirada gacha después del abrazo, sin atreverse a mirar al caballero, que la contempló con ademán de aprobación, y dijo volviéndose hacia la madre:

-Mi amigo Varden, a quien he conocido esta misma noche debe de ser un hombre muy feliz, señora Varden.

-¡Ah! -suspiró la señora Varden negando con la cabeza.

-¡Ah! -dijo como el eco Miggs.

-¿Será posible? -dijo el señor Chester con compasión-. ¡por el amor de Dios!

-El amo haría muy mal, caballero -murmuró Miggs acercándose de puntillas al señor Chester-, en no manifestarse tan agradecido como le permite su carácter por todo el mérito que puede apreciar en las personas que le rodean; pero ya sabéis, caballero -añadió Miggs, mirando oblicuamente a su dueña y enlazando su discurso con un suspiro-, que muchas veces sólo apreciamos lo que poseemos cuando lo perdemos. Tanto peor para los que desconocen el mérito de lo que poseen y que debe heredar el cielo algún día para siempre.

Y Miggs alzó los ojos al cielo con una expresión de patetismo. Como la señora Varden oía

claramente todo lo que Miggs decía de ella y estas palabras parecían presentar en términos metafóricos un presagio o una predicción y anunciarle que a su debido tiempo, pero no muy largo, sucumbiría a sus penas y sería acogida en el seno del Señor, empezó enseguida a encontrarse mal, y tomando de una mesa inmediata un tomo del *Manual protestante*, apoyó en él su brazo como si ella fuera la Esperanza y aquel libro su áncora. El señor Chester adivinó sus pensamientos y, leyendo en la cubierta del tomo el título de la obra, lo sacó con finura de debajo del brazo de la mujer y dijo hojeándolo:

-Es mi libro favorito, señora. ¡Cuántas veces, sí, cuántas veces en su más tierna edad, antes incluso de que pudiera recordarlo -esto era estrictamente cierto-, he sacado lecciones de moral de las páginas de mi *Manual* para mi querido hijo Ned. ¿Conocéis a Ned?

-Tengo el honor, y es un joven caballero afable y elegante.

-Sois madre, señora Varden -dijo el señor Chester tomando un poco de rapé-, y sabéis lo que siento cuando lo elogian. Me causa muchos disgustos, muchos; es de un carácter inconstante, señora, vuela de flor en flor, de amiga en amiga. Pero a la edad que tiene se puede ser mariposa, y no tenemos razón para ser severos por semejantes calaveradas.

El señor Chester miró a Dolly, que escuchaba con atención. ¡Justamente lo que él deseaba!

-El único rasgo de Ned que me disgusta -dijo el señor Chester-, y la mención de su nombre me recuerda de paso que he de pediros el favor de un minuto de conversación con vos a solas; lo único que me disgusta de él es la falta de sinceridad. Sin embargo, por más que me esfuerzo en disfrazar la verdad a mis ojos por lo mucho que quiero a Edward, no es menos cierto que si no somos sinceros no somos nada... nada sobre la tierra. Seamos sinceros, señora.

-Y protestantes -murmuró la señora Varden.

-Y protestantes por encima de todo. Seamos sinceros y protestantes, estrictamente morales, estrictamente justos, aunque inclinándonos siempre hacia la indulgencia, estrictamente honrados y estrictamente verídicos, y seremos buenos.

El señor Chester, con el libro en una mano indolentemente tendida y puesta la otra mano en el pecho, habló de la manera más deliciosa y encantó a sus oyentes, fueran cuales fuesen sus intereses y sus pensamientos. Hasta Dolly, que entre la mirada penetrante del señor Chester y los ojos fascinadores de Tappertit estaba desconcertada, no pudo menos de confesar para sus adentros que nunca había visto un caballero de palabras tan melosas; hasta Miggs, que luchaba entre su admiración hacia el señor Chester y los celos mortales que le inspiraba Dolly, tuvo tiempo para sosegarse, y hasta Tappertit, aunque ocupado, como hemos dicho, en contemplar las delicias de su corazón, no pudo sustraer completamente sus pensamientos de la

voz del otro encantador. La señora Varden, según su opinión personal e íntima, nunca había aprendido tantas cosas en la vida, y cuando, el señor Chester, levantándose y solicitando permiso para hablar con ella en privado, le ofreció su mano y la condujo a la sala del primer piso, lo consideró casi como un ser sobrehumano.

-Señora -dijo estampando un beso en la mano de la señora Varden-, tened la bondad de tomar asiento.

La señora Varden se sentó con prosopopeya cortesana.

-¿Sospecháis mis intenciones? -dijo el señor Chester acercando una silla-, ¿adiviná is mi objeto? Soy un padre atento, señora Varden.

-Lo creo -dijo ésta.

-Mil gracias -repuso el señor Chester golpeando con un dedo la caja de rapé-. Los padres y las madres tienen responsabilidades morales, señora.

La señora Varden levantó las manos, negó con la cabeza y miró el techo como si traspasara con sus miradas el globo de un confín a otro y la inmensidad del espacio.

-Puedo fiarme de vos sin reserva -dijo el señor Chester-. Amo a mi hijo, señora, con ternura, y como lo amo tanto, quisiera apartarlo de una perdición segura. Vos sabéis algo de sus amoríos con la señorita Haredale, y le habéis apoyado, en lo cual habéis dado pruebas de vuestra bondad. Os estoy muy agradecido por el interés que por él os habéis tomado, pero os aseguro que os habéis equivocado.

-Lo siento en el alma -dijo la señora Varden.

-¿Lo sentís, señora? -repuso el señor Chester interrumpiéndola-. No os arrepintáis de una cosa tan amable, tan buena en la intención, tan digna de vos. Pero existen graves y poderosas razones, apremiantes consideraciones de familia, y hasta haciendo omisión de ellas, dificultades en la diferencia de religión que se oponen a sus sentimientos y hacen imposible, entera-

mente imposible, su unión. Hubiera expuesto estas circunstancias a vuestro esposo, pero, perdonadme si os hablo con tanta franqueza, no tiene vuestra comprensión admirable para apreciar las cosas ni vuestro sentido moral... ¡Qué aspecto tan agradable tiene esta casa, y qué aseo, qué orden tan admirable reina en ella! Para un hombre como yo, viudo desde hace tantos años, estas muestras de solicitud y la vigilancia de una mujer tienen inexplicables atractivos.

La señora Varden empezó a creer, sin saber por qué, que Edward debía de estar equivocado y que su padre debía de estar en lo cierto.

-Mi hijo Edward -repuso el tentador con el ademán más seductor- ha merecido, según me han contado, el apoyo de vuestra amable hija y de vuestro esposo, que es franco como el que más.

-Pero no ha merecido siempre el mío, caballero -dijo la señora Varden-. He tenido siempre mis dudas, porque...

-Es un mal ejemplo -dijo el señor Chester terminando la frase-, sí, no hay que dudarlo, es un mal ejemplo. Vuestra hija se halla en una edad en la que debe evitarse que vea el ejemplo de otros jóvenes que se rebelan contra sus padres; es un acto muy imprudente. Tenéis razón, señora. También yo debí caer en esto, pero confieso que no se me había ocurrido una idea tan natural. ¡Ah, señora, vuestro sexo es superior al nuestro en penetración y sagacidad!

La señora Varden tomó un ademán tan grave como si realmente hubiese dicho alguna cosa que mereciera este cumplido, y acabó por convencerse de que era suya la idea que acababa de apuntarle el señor Chester, con la cual creció la buena opinión que tenía de su talento.

-Señora -dijo el señor Chester-, me alentáis a hablaros con franqueza. Mi hijo y yo no estamos de acuerdo sobre este punto, y en el mismo caso se hallan Emma Haredale y su tutor En una palabra, Edward está obligado en nombre

de sus deberes de hijo, de su honor y de los lazos más solemnes a casarse con otra mujer.

-¿Estaba comprometido con otra señorita? -dijo la señora Varden alzando las manos.

-Señora, ha sido educado, instruido y formado expresamente con este proyecto. Me han dicho que la señorita Haredale es bella y encantadora.

-Figuraos si la conozco, que he sido su nodriza. Es la joven más perfecta del mundo.

-No lo dudo, me guardaré muy bien de dudarlo. Y vos que habéis tenido tan íntimas relaciones con ella, estáis más que nadie obligada a velar por su felicidad. ¿Cómo puedo, pues, según he dicho a Haredale, que opina como yo, cómo puedo permitir (aunque pertenezca a una familia católica) que se eche en brazos de un joven que por ahora carece de corazón? No creo injuriarlo diciendo que carece de todo sentimiento, porque son raros los jóvenes abismados en el fondo de las frivolidades mundanas que lo tengan. El corazón no se les forma jamás,

señora, hasta los treinta años, y no creo que yo tuviera un corazón verdadero a la edad de Edward.

-Caballero -dijo la señora Varden-, creo que lo teníais; es demasiado grande y noble el vuestro ahora para que no lo tuvierais entonces.

-Confío en Dios, creo..., espero -respondió bajando los ojos con humildad-tener corazón. Pero volviendo a Edward, no dudo que habéis pensado, cuando teníais la bondad de intervenir en su favor, que yo no hacía a la señorita Haredale toda la justicia que merece. Es muy natural. Pero no es así, querida señora, pues yo responsabilizo únicamente a Ned.

La señora Varden quedó asombrada al oír esta revelación.

-Si cumple como hombre de honor la promesa solemne de que os he hablado antes (y es preciso que sea hombre de honor, querida señora Varden, o no sería hijo mío), llegará a sus manos una inmensa fortuna. Con su costumbre de gastar y de arruinarse, si en un momento de

capricho y de tenacidad se casara con esa señorita y se privara así de los medios de satisfacer los gustos a que hace tanto tiempo está acostumbrado, despedazaría el corazón de esta tierna e inocente criatura. Señora Varden, querida amiga mía, vos misma sentenciaréis, a vos tan sólo apelo en este asunto. ¿Puede una mujer hacer tal sacrificio? El corazón de una mujer, ¿es cosa que se deja tratar tan a la ligera? Interrogad el vuestro, señora, interrogadlo; hacedme este favor.

«Este caballero es un santo», pensó la señora Varden, y añadió en alta voz y con mucha ingenuidad:

-Pero si quitáis a Emma el objeto amado, ¿qué será, señor, del corazón de esa pobre niña?

-La observación es justa -respondió el señor Chester sin desconcertarse-, y a este punto quería conduciros. Una boda con mi hijo, que me vería obligado a desaprobar, no tendría más consecuencia que largos años de miseria; pero estoy seguro, señora, de que se separarían al

cabo de un año. Romper estas relaciones, que están fundadas en un amor más imaginario que real, como vos y yo sabemos muy bien, costará tan sólo algunas lágrimas a esa pobre niña, pero esto no impedirá que sea después muy dichosa. Juzgadlo por lo que sucede con vuestra hija, esa niña hermosa y amable que es vuestra propia imagen.

La señora Varden tosió y se sonrió con el mayor candor.

-Hay un joven, siento decirlo, un joven vicioso, libertino, de mala reputación, de quien he oído hablar a Edward. Se llama Boulet, o Polet o Mollet.

-Conozco a un joven que se llama Joe Willet, señor -dijo la señora Varden cogiéndose las manos con dignidad.

-Es cierto, Joe Willet -dijo el señor Chester-. Suponed, pues, que el tal Joe Willet aspirara a ser correspondido por vuestra graciosa hija, y que hiciera todo lo posible para conseguirlo.

-Sería mucha imprudencia, mucho atrevimiento -dijo la señora Varden agitándose en la silla.

-Es el mismo caso, señora; exactamente el mismo. Sería mucho atrevimiento, y éste es el atrevimiento de que culpo a Edward. Me figuro que, aunque hubiese de costar algunas lágrimas a vuestra hija, no dejaríais de impedir sus relaciones nacientes, y esto es lo que hubiera querido decir a vuestro esposo cuando, le he visto esta tarde en casa de la señora Rudge...

-Mi marido -dijo la señora Varden interrumpiéndolo con emoción- debiera quedarse en su casa en vez de ir con tanta frecuencia a ver a esa Rudge.

-Si no os parece que expreso mi adhesión a los sentimientos que acabáis de manifestar -repuso el señor Chester- con tanta energía como desearais tal vez, es porque debo a su presencia en aquella casa, amiga mía, y a su poca afición a la conversación, el haber venido aquí para molestaros con esta entrevista, pero en

cambio me ha proporcionado la dicha de conocer a una señora en quien están concentradas, por lo que veo, la completa dirección y la prosperidad de la familia.

Y diciendo estas palabras, volvió a tomar la mano de la señora Varden y, después de estampar en ella un beso con la más exagerada galantería para deslumbrar mejor a aquella mujer, continuó empleando la misma mezcla de sofismas y lisonjas suplicándole que hiciera todo lo posible para que su marido y su hija no auxiliasen a Edward en sus amoríos con la señorita Haredale.

La señora Varden, que como mujer tenía su parte de vanidad, de obstinación y de amor al poder, firmó un tratado de alianza ofensiva y defensiva con su galante tentador, y creyó en realidad, como hubiesen hecho muchos otros que lo veían y oían, que al obrar de esta suerte dedicaba todos sus esfuerzos al triunfo de la verdad, de la justicia y de la moralidad.

Alborozado por el feliz éxito de su negociación, y singularmente divertido para sus adentros, el señor Chester la acompañó hasta el comedor con las mismas ceremonias y después, sin olvidar la más agradable, la del abrazo, incluso a Dolly, se retiró completando la conquista del corazón de Miggs con esta pregunta:

-¿Tendría esta joven la amabilidad de alumbrarme hasta la puerta?

-Ama, ama mía -dijo Miggs cuando volvió con la luz-, ¡qué caballero más guapo, más afable! Cuando hablaba parecía un ángel, cuando miraba parecía que no se atrevía a hacerlo de pura humildad. ¡Y qué risueño, qué galán, qué cumplido! ¿Y habéis visto cómo os ha tomado primero por Dolly, y ha tomado después a vuestra hija por una hermana? ¡Ah!, señora, ¿sabéis que si estuviera en el lugar de mi amo tendría celos?

La señora Varden reprendió a su criada por tan liviana observación, pero lo hizo con tanta tibieza y sonriendo con tanta benignidad que

más pareció aprobación su censura, y añadió además para excusarla que era una loca, una cabeza ligera, cuya vivacidad le hacía traspasar los límites del decoro, y que no pensaba la mitad de las cosas que decía, pues de lo contrario se habría enfadado mucho.

-Por mi parte -dijo Dolly con aire pensativo-, estoy tentada a creer que sobre este punto el señor Chester se parece mucho a Miggs. Creo que con su finura y sus buenas palabras se estaba burlando de nosotras.

-Si os atrevéis a decir tales cosas y a hablar mal de las personas ausentes delante de mí, señorita -dijo la señora Varden-, os mandaré coger una vela para que vayáis a acostaros al momento. ¿Cómo te atreves a hablar así? Me asombras. Tu conducta esta noche ha sido muy chocante. ¿Se ha visto jamás -exclamó la matrona furiosa y prorrumpiendo en llanto- que una hija dijera a su madre que se burlaban de ella?

¡Qué temperamento tan inconstante tenía la señora Varden!

XXVIII

Al salir de la casa del cerrajero, el señor Chester se dirigió a un distinguido café de Covent Garden, donde permaneció sentado mucho tiempo prolongando su cena, divirtiéndose con los graciosos recuerdos de su visita reciente y felicitándose por el triunfo de su insigne destreza. Merced a la influencia de sus pensamientos, su rostro tenía una expresión tan benigna y tranquila que el mozo encargado del servicio de su mesa se sentía casi capaz de morir en su defensa, y se le puso en la cabeza (muy pronto se desengañó al recibir por toda propina un penique) que un caballero tan apostólico valía tanto como media docena de clientes normales.

Una visita a la mesa de juego, no como un calavera que apuesta fuerte para satisfacer su pasión, sino como hombre prudente y sesudo que sacrifica dos o tres escudos para condescender con las locuras de la sociedad y sonreír con igual benevolencia al perder que al ganar,

fue causa de que no se retirase hasta una hora muy avanzada. Tenía costumbre de decir a su criada que se fuera a la cama cuando quisiera, a no mediar orden de lo contrario, y dejar únicamente una luz en la escalera, porque llevaba siempre consigo una llave de la puerta.

El señor Chester abrió el cristal para activar la mortecina llama de un pabilo convertido en ascua e hinchado como la nariz de un borracho y un ruido parecido al ronquido profundo de un hombre dormido algunos escalones más arriba hizo volver la cabeza al señor Chester. Era la respiración de un hombre que dormía profundamente, tendido en el suelo. Después de encender una vela y de abrir la puerta, el caballero subió despacio y, llevando la luz tras la mano que le servía de pantalla, miró a su alrededor con precaución, movido por la curiosidad de averiguar quién era el hombre que había elegido para pasar la noche un albergue tan poco cómodo.

Era Hugh, que yacía con la cabeza apoyada en el rellano y sus grandes extremidades extendidas sobre media docena de escalones con tanto desorden como si fuera un cadáver arrojado allí por desenterradores sorprendidos, con el rostro destapado, la larga cabellera esparcida como un alga silvestre sobre su almohada de madera y con el ancho pecho palpitante con un ronquido que turbaba el silencio de la escalera a altas horas de la noche.

El señor Chester, que no esperaba verlo allí, iba a interrumpir su reposo empujándolo con el pie cuando lo contuvo la mirada que lanzó hacia el rostro del que dormía. Se inclinó, pues, y acercando la luz, contempló las facciones de Hugh, pero no le bastó este primer examen, pues pasó y volvió a pasar sobre la cara del joven la luz concentrada con la mano para que sus rayos lo iluminasen mejor.

Mientras se hallaba ocupado en este examen minucioso, Hugh se despertó sin estremecerse ni volver siquiera el rostro, y hubo en el en-

cuentro súbito de su fija mirada una especie de fascinación que quitó a su observador la presencia de ánimo paró volverse y le obligó en cierto modo a sostener el brillo de esa mirada. Permanecieron así contemplándose con asombro recíproco, hasta que el señor Chester rompió por fin el silencio y le preguntó en voz baja qué hacía allí durmiendo.

-Me parecía -dijo Hugh esforzándose por incorporarse con la mirada todavía fija en él- que formabais parte de mi sueño. Un sueño curioso, pero espero que nunca se haga realidad, señor.

-¿Por qué tiemblas?

-Será de frío -respondió desperezándose y poniéndose en pie-. Aún no sé dónde estoy.

-¿No me has conocido? -dijo el señor Chester.

-¡Oh, sí os he conocido! -repuso-. Soñaba con vos, pero no estamos donde creía estar con vos, a Dios gracias.

Y al decir estas palabras miró a su alrededor y particularmente hacia el techo, como si esperase encontrarse bajo algún objeto que formaba parte de su sueño. Después se frotó los ojos, volvió a desperezarse y siguió al señor Chester a la habitación.

El caballero encendió las bujías de su tocador y, acercando un sillón a la chimenea donde había aún fuego, se sentó delante y le dijo a Hugh:

-Ven y quítame las botas... Has estado bebiendo otra vez -dijo cuando Hugh se arrodilló para ejecutar la orden que había recibido.

-Os juro, señor, que he andado doce largas millas y después he esperado aquí no sé cuánto tiempo sin que haya probado una sola gota desde mediodía.

-¿Y tan desocupado estabas para venir a alborotar esta casa con tus ronquidos? -dijo el señor Chester-. ¿No podías ir a soñar al pajar del Maypole en vez de venir aquí a molestar a

todo el mundo? Tráeme las babuchas y anda despacio.

Hugh obedeció en silencio.

-Oíd lo que voy a deciros, caballero -dijo el señor Chester poniéndose las babuchas-. La primera vez que volváis a soñar, hacedme el favor de no soñar conmigo sino con el perro o la yegua, que son vuestros íntimos amigos. ¿Qué hacéis ahí parado como un poste? En el mismo sitio encontraréis la botella compañera de la que vaciasteis en vuestra primera visita. Haced lo mismo con ella.

Hugh obedeció al momento y, después de apurar un vaso tras otro, volvió a presentarse ante su protector.

-Ahora que estáis más despierto -dijo el señor Chester-, ¿podréis explicarme el objeto de vuestra visita nocturna?

-Hay novedades.

-Adelante.

-Vuestro hijo ha venido hoy a casa a caballo y ha tratado de ver a la señorita Emma, pero

sólo ha podido divisarla desde lejos. Ha dejado una carta de la que se ha encargado Joe, pero él y el viejo han discutido por esto cuando ha partido vuestro hijo. El viejo no quería que entregase el recado, porque dice que no quiere que nadie se mezcle en este asunto, que sólo puede proporcionarle disgustos. Dice que es posadero, y que no quiere descontentar a sus parroquianos.

-Es un verdadero diamante -dijo Chester sonriendo-, un diamante en bruto. ¿Y qué más?

-La hija de Varden..., la muchacha a quien di un beso...

-Y a quien robaste un brazalete en la carretera -añadió el señor Chester tranquilamente-. ¿Qué ha hecho la hija del Varden?

-Ha escrito a la señorita Emma una carta para anunciarle que había perdido la que os traje y vos quemasteis. Joe debía llevar esta carta a Warren, pero el viejo ha encerrado a su hijo

todo el día en casa para que no cumpliese el encargo. Me la ha entregado a mí, y os la traigo.

-¡Cómo! ¿No la has llevado a quien iba dirigida? -dijo el señor Chester estrujando la nota de Dolly entre los dedos y afectando sorpresa.

-He creído que no os disgustaría leerla -respondió Hugh-, y además, me parece que quien quema una, bien puede quemarlas todas.

-Por vida mía, señor diablo tentador -dijo Chester-, que si no discurrís mejor, vuestra vida va a ser muy corta. ¿No sabéis que la carta que me entregasteis era para mi hijo que vive en esta misma casa? ¿No hay para vos diferencia alguna en estas cartas y las que van dirigidas a otras personas?

-Si os habéis enojado -dijo Hugh, desconcertado con esta reprensión, siendo así que esperaba demostraciones de alegría y gratitud- dádmela y la entregaré a quien va dirigida. No sé cómo contentaros, mi amo.

-Yo mismo la entregaré -repuso el señor Chester dejándola sobre la mesa después de

haber reflexionado un momento-. ¿Sale a pasear por la mañana la señorita Emma?

-Muchas veces, normalmente al mediodía.

-¿Sola?

-Sí, sola.

-¿Y por dónde pasea?

-Por el prado que hay delante de la mansión.

-Si hace buen tiempo, tal vez mañana le salga al encuentro -dijo el señor Chester con tanta indiferencia como si Emma fuera una de sus íntimas amigas-. Te advierto, Hugh, que si paso por delante del Maypole, me harás un favor si haces como quien no me ha visto más que una vez. Debes suprimir tu gratitud y tratar de olvidar mi tolerancia en el asunto del brazalete. Esta gratitud es natural y no me admira que la manifiestes, porque eso te honra; pero cuando me veas con otras personas, por tu propia seguridad debes continuar siempre siendo para mí un extraño, como si no me debieras ninguna obligación, como si nunca me hubieses hablado aquí a solas. ¿Me entiendes?

Hugh le entendía perfectamente y, después de una pausa, dijo balbuceando que esperaba que no lo expondría a ningún conflicto por la última carta, pues se la había quedado creyendo prestarle un servicio. Iba a continuar con el mismo tono, cuando el señor Chester interrumpió sus excusas con el ademán del más generoso de los protectores y le dijo:

-Tienes mi promesa, mi palabra, mi juramento, porque mis promesas valen tanto como un juramento, de que te protegeré mientras lo merezcas. Tranquilízate, pues, y no temas. Cuando un hombre se me entrega atado de pies y manos como lo has hecho tú, tiene a mi parecer contraído un derecho que debo respetar. No sabes, Hugh, cuán dispuesto estoy a la misericordia y a la tolerancia en este asunto. Considérame tu protector, y por lo que respecta a esta indiscreción, puedes estar seguro de que no te acarreará el menor disgusto. Llena por última vez el vaso, para poder volver con más agilidad al Maypole. Me asombra pensar el camino que

has de andar esta noche. Pero bebe, y Dios te dé un feliz viaje.

-Se creen -dijo Hugh después de apurar el vaso- que estoy durmiendo en la caballeriza. ¡Ja, ja, ja! La puerta de la caballeriza está cerrada, pero el pájaro voló.

-Lástima que no puedan volar los jumentos, porque en tal caso, sería más exacta la metáfora. Me gusta tu buen humor. ¡Buenas noches! Cuídate mucho.

Es notable que durante esta entrevista cada uno de ellos había tratado de mirar a hurtadillas el rostro del otro sin poder conseguir verlo de lleno. Intercambiaron una rápida mirada, cuando Hugh cerró la puerta con tiento y sin ruido, y el señor Chester permaneció en su sillón mirando fijamente el fuego de la chimenea.

-Muy bien -dijo tras una larga meditación, con un profundo suspiro y cambiando trabajosamente de expresión, como si alejara de su mente algunos pensamientos extraños para no ocuparse más que de los que lo habían domi-

nado todo aquel día-. La intriga se complica. He arrojado ya mi bomba, y estallará dentro de veinticuatro horas ahuyentando de una manera prodigiosa a todas esas buenas gentes. Veremos.

Se acostó y se durmió, pero hacía poco rato que dormía cuando se despertó sobresaltado, creyendo que Hugh estaba en la puerta de la calle y pedía con voz extraña y muy distinta de la suya que le dejase entrar. La ilusión era tan poderosa y tan llena estaba de ese vago terror que da la noche a semejantes visiones, que se levantó y, empuñando la espada, abrió la puerta, miró el sitio de la escalera donde había encontrado a Hugh, durmiendo y hasta lo llamó por su nombre. Pero todo estaba oscuro y tranquilo. Volvió, pues, a acostarse, y después de una, hora de penosa vigilia, concilió el sueño y no se despertó hasta la mañana siguiente.

XXIX

Los pensamientos de las personas del gran mundo están regidos de una manera invariable por una ley moral de gravitación que, como la ley física, los arrastra hacia la tierra en virtud de la atracción. El glorioso resplandor del día y las silenciosas maravillas de una noche tachonada de estrellas no producen efecto alguno en sus almas, no saben leer los signos que hay en el sol, en la luna y en las estrellas, y se asemejan a algunos sabios que conocen a cada planeta por su nombre latino, pero que han olvidado completamente algunas pequeñas constelaciones celestes como la caridad, la tolerancia, el amor universal y la misericordia, aunque brillan de noche y de día con claridad tan espléndida que pueden verlas los ciegos, y que al mirar el cielo sembrado de astros, no ven en ellos más que el reflejo de su gran saber y de su instrucción sacada de los libros.

Es curioso observar a esos hombres del gran mundo cuando se distraen por un momento de sus grandes negocios para volver la mirada por casualidad hacia las innumerables esferas que centellean en la bóveda celeste. ¿Qué creéis que ven? Nada más que la imagen que llevan en su corazón. El hombre que sólo vive en la atmósfera de los príncipes, no ve en el cielo más que estrellas para condecorar el pecho de los cortesanos; el envidioso sólo distingue allí con odio celoso los honores brillantes de sus rivales y para el avaro y para la inmensa mayoría de las ambiciosos, todo el firmamento brilla con libras esterlinas, recién salidas de la casa de moneda, con el busto del soberano; por más que miren por todos lados, no ven otra cosa entre ellos y el cielo. De esta suerte las sombras de nuestros deseos vienen a colocarse entre nosotros y nuestros ángeles custodios que eclipsan a nuestros ojos.

Todo era extraordinario y alegre, como si el mundo no hubiera sido creado más que para

aquella mañana, cuando el señor Chester recorría con su caballo al paso el camino del bosque. Aunque la estación no estaba muy adelantada, la temperatura era tibia y agradable, los retoños de los árboles formaban sus racimos de hojas, los vallados y la hierba estaban verdes, el aire era un verdadero concierto, merced a los cantos de las aves, y la alondra, remontando más que las otras su vuelo, lanzaba al espacio sus más ricas melodías.

En los parajes sombríos el rocío de la mañana fulguraba sobre cada hoja y cada tallo, y donde tocaba el sol brillaban aún algunas gotas diamantinas, como pesarosas de dejar un mundo tan bello y de tener tan breve existencia. Hasta el viento ligero, cuyo murmullo era tan grato al oído como el agua de las acequias, prometía un hermoso día, y dejando un suave perfume por huella mientras se alejaba besando los árboles contaba en secreto sus relaciones íntimas con el verano, cuyo fausto regreso esperaba de un momento a otro.

El jinete solitario continuaba su camino lentamente lanzando a través de los árboles una mirada del sol a la sombra y de la sombra al sol, pero si pensaba con cierto placer en el día tan sereno y en el camino sin lodo ni polvo era tan sólo para felicitarse en interés de su traje, que brillaba más haciendo buen tiempo. Se sonreía entonces con complacencia, pero satisfecho de sí mismo más que de otra cosa, continuando su paseo en su arrogante caballo, de tan bello aspecto como el jinete, y probablemente más sensible a las interesantes escenas de la naturaleza que lo rodeaban.

Las pesadas chimeneas del Maypole asomaron por fin sobre la copa de los árboles, pero no aceleró el paso y llegó al portal de la posada con la misma calma y gravedad. John Willet, que se asaba su rubicunda cara delante de la chimenea donde ardía un abundante fuego y que con una previsión y una viveza de imaginación prodigiosas acababa de pensar, mirando el cielo azul que si el buen tiempo se prolonga-

ba sería preciso economizar leña y abrir las ventanas de par en par, salió para ayudar a desmontar al señor Chester llamando con voz desentonada a Hugh.

-¿Cómo, ya estáis aquí? -dijo John asombrado de la prontitud con que había aparecido Hugh-. Lleva a la caballeriza este precioso animal y ten más cuidado del que acostumbras si no quieres ser despedido... Caballero, es un holgazán.

-Pero tenéis un hijo -repuso el señor Chester entregando la rienda después de desmontar y contestando al saludo del posadero llevándose la mano al sombrero con indolencia-. ¿por qué no lo utilizáis?

-El caso es que mi hijo -respondió John dándose mucha importancia-, el caso es que mi hijo... ¿Qué haces ahí escuchando, holgazán?

-¿Quién escucha? -replicó Hugh airado-. ¡Es muy divertido, es cierto, escucharos! ¿Queréis que lleve el caballo a la cuadra sudando?

-Paséalo un rato a algunos pasos de nosotros -dijo John-, y siempre que me veas hablando con algún caballero, retírate a una respetuosa distancia. Si es que no sabes qué distancia es la que te corresponde -añadió el posadero después de una pausa enormemente larga, durante la cual fijó sus ojos estúpidos en Hugh y aguardó con una paciencia ejemplar que le acudiera a la mente alguna cosa que se pareciese a una idea-, ya encontraremos la forma de enseñártelo.

Hugh se encogió de hombros desdeñosamente, adoptó su expresión temeraria y se dirigió al extremo del prado, donde, después de echarse las riendas sobre el hombro, paseó al caballo lanzando de vez en cuando a su amo miradas siniestras.

El señor Chester que, sin manifestarlo, lo había observado atentamente durante esta breve disputa, entró en el portal y, volviéndose bruscamente hacia el posadero, le dijo:

-Tenéis criados muy extraños.

-En efecto, ese muchacho tiene un aspecto muy extraño, pero es un buen criado para los quehaceres de fuera de casa. En cuanto a caballos, perros y demás animales, no hay en Inglaterra un mozo más entendido. Sin embargo, para el interior de la casa -añadió el posadero con el aire confidencial de un hombre que sabe apreciar su superioridad-, es un chico enteramente nulo. Lo de casa es asunto mío. Pero si ese muchacho tuviera una chispa de talento, caballero...

-Apostaría cualquier cosa a que es un muchacho activo, -dijo el señor Chester hablando como distraído.

-¿Que si es activo? ¡Vaya! Vais a verlo -dijo John, cuyo rostro adoptó una expresión extraordinaria-. ¡Eh!, ¡muchacho! Trae por aquí el caballo y sube a colgar de la veleta mi peluca para que vea este caballero si eres listo.

Hugh no contestó, sino que entregando las riendas a su amo y arrancándole de la cabeza la peluca con tan poca ceremonia y tanta precipi-

tación que desconcertó al mismo John, se encaramó como un mono por el mayo plantado delante de la casa y, suspendiendo la peluca de la veleta, le hizo dar vueltas como asador. Terminado este ejercicio, la arrojó al suelo y, deslizándose a lo largo del árbol con inconcebible rapidez, se encontró de pie casi al mismo tiempo que llegaba al suelo la peluca.

-¿Qué os parece, caballero? -dijo John volviendo a su estado habitual de entorpecimiento-. Encontraréis pocas posadas como el Maypole por lo que se refiere al trato a personas y animales... Ni tampoco por lo que se refiere a eso...

Esta última observación aludía a la manera en que Hugh había montado el caballo y desaparecía en un abrir y cerrar ojos en la caballeriza.

-Aunque eso para él no es nada -dijo John limpiándose peluca con la manga y decidiéndose a distribuir sobre los diversos puntos de la cuenta de su huésped unas monedas más por el

deterioro causado por el polvo a la peluca-. Salta desde todas las ventanas de la casa y no ha existido jamás un mozo como él para arrojarse por cualquier parte sin rompe la cabeza. Soy del parecer, caballero, que debe esta facultad su falta de inteligencia, y que si se le pudiera meter en la cabeza un poco de sabiduría (cosa del todo imposible) no sería capaz de hacer lo que hace. Pero me hablabais de mi hijo.

-Es cierto, es cierto, señor Willet -dijo el señor Chester volviéndose hacia el posadero con su serenidad habitual-. ¿Sabéis lo que cuentan de él?

Se ha afirmado que John guiñó el ojo antes de responder, pero como nunca se lo reconoció culpable de tamaña ligereza de conducta ni anterior ni posteriormente, se puede considerar esta falta de dignidad como una invención de sus enemigos, basada tal vez en el hecho siguiente, que es innegable. Cogió a su huésped por el tercer botón de la casaca empezando a contar por el cuello y le dijo al oído:

-Caballero, sé cuál es mi deber. No necesitamos aquí amoríos a despecho de los padres. Respeto a cierto joven porque es todo un caballero, y respeto a cierta señorita porque es toda una señorita; pero en cuanto a sus trapicheos, no entro ni salgo, me lavo las manos y no quiero ser cómplice de nada ni de nadie. Mi hijo está ya fuera de peligro.

-En efecto, me parece haberlo visto asomado a una ventana hace un momento -dijo el señor Chester.

-No os habéis equivocado, caballero, y debéis de haberlo visto -repuso el posadero-. Os decía que está fuera de peligro en cuanto a sucumbir a la tentación de servir de correveidile de ese par de enamorados. Me ha prometido no salir de aquí. Yo y algunos de mis amigos que vienen todas las noches de tertulia al Maypole hemos pensado que el medio más eficaz para que no pudiera oponerse a vuestros deseos sería encerrarlo en casa bajo su palabra de honor. Y estad seguro, caballero, de que sabre-

mos prolongar de una manera indefinida el plazo de su libertad.

John alejó del oído de su huésped su rubicunda cara y, sin modificación alguna en sus facciones, prorrumpió en tres carcajadas sordas. Aquello era lo más parecido a la risa en lo que incurría jamás (y eso sólo en ocasiones infrecuentes y extremas), y ni siquiera curvaba el labio o infligía el menor cambio en su gran papada, que en aquellos tiempos, como en todos, era un perfecto desierto en el gran mapa de su cara: estático, pesado, tremendamente blanco.

Nadie se asombre de que John se permitiera esta risa sin respeto hacia una persona que había pagado siempre con generosidad el gasto que hacía en el Maypole, pues por el contrario, esta demostración poco formal y más que familiar era aconsejada por el convencimiento de su penetración y sagacidad. En efecto, John, después de haber pesado con cuidado al padre y al hijo en sus balanzas mentales, había llegado a la categórica deducción de que el señor Chester

padre era mejor cliente que el señor Chester hijo. Y echando después en el mismo platillo, ya victorioso, al señor Haredale, la satisfacción de contrariar al desgraciado Joe y su resistencia paternal por principios a todos los negocios de amor y de matrimonio, este platillo cayó hasta el suelo haciendo subir hasta el techo al pobre Edward. El señor Chester no era la clase de hombre que pudiera confundir los motivos que impulsaban a John, pero le dio las gracias con tanta amabilidad como si el posadero fuera uno de los mártires más desinteresados que existieran en el mundo y, pidiéndole que le preparara la comida que le pareciera más propicia a la ocasión, una prueba de confianza en su gran destreza, según le dijo con tono ceremonioso, dirigió sus pasos hacia Warren.

Vestido con más elegancia aún que de costumbre, dando a su actitud una gracia completa que a pesar de ser el resultado de un largo estudio, parecía el más gracioso desembarazo, dando a sus facciones la expresión más serena y

más adecuada para atraerse los corazones, y en una palabra, todo él seducción y sonrisas, lo cual indicaba que daba gran importancia a la impresión que iba a producir su persona, entró en los límites del paseo habitual de la señorita Haredale y apenas había dado algunos pasos y mirado a su alrededor cuando vio a una joven hermosa que salía de una calle de árboles y se dirigía hacia la casa. Una rápida mirada a su talle y su traje, mientras pasaba por un puente de madera que les separaba, bastó para cerciorarle de que era la persona que deseaba ver. Se adelantó, pues, hacia ella y un momento después estaba a su lado.

Se quitó el sombrero, y retirándose a un lado, dejó pasar a Emma. Después, como si de pronto le hubiera acudido a la mente una idea, se volvió hacia ella con precipitación y te dijo con voz agitada:

-Perdonad, señorita, ¿tengo el honor de hablar con Emma Haredale?

Emma se paró, bastante confusa al verse interpelada de una manera tan inesperada por un extraño, y respondió afirmativamente.

-No sé por qué me figuré -repuso con una mirada que era un cumplido a su belleza- que no podíais ser otra. Señorita Haredale, llevo un nombre que no os es desconocido y que, perdonad que sienta por ello tanto orgullo como pesar, creo que suena agradablemente en vuestros oídos. Soy ya viejo como veis, y me llama padre el hombre a quien os dignáis distinguir con vuestra preferencia. ¿Puedo suplicaros, por poderosas razones que me son penosas, que me concedáis aquí un minuto de conversación?

¿Cómo hubiera podido dudar de la sinceridad de aquel hombre una joven que desconocía la astucia, con el corazón lleno de franqueza, especialmente cuando percibía en su voz el eco de un acento que conocía tan bien y que tanto la halagaba? Inclinó la cabeza, se paró y bajó los ojos con pudor.

-Apartémonos de aquí, hacia esos árboles. Os ofrezco la mano de un anciano, señorita Haredale, una mano leal y honrada.

Emma se dejó tomar la mano y ambos fueron a sentarse en un banco rústico.

-Me alarmáis, caballero -dijo Emma en voz baja-. ¿Traéis alguna mala noticia?

-Ninguna que podáis temer antes de oírme -respondió sentándose a su lado-. Edward está bien, muy bien. De él deseo hablaros, pero no vengo a anunciaros desgracia alguna.

Emma volvió a inclinar la cabeza como para suplicarle que continuase, pero sin responder.

-Sé que hablo con vos en desventaja, señorita Haredale. Creedme, no he olvidado los sentimientos de mi juventud hasta el punto de ignorar que no estáis dispuesta a mirarme con ojos propicios. Habréis oído decir que soy un hombre de corazón frío, calculador y egoísta.

-Nunca he oído hablar de vos, caballero, en términos duros o indecorosos -dijo Emma con ademán descontento y voz firme-. Hacéis poca

justicia a Edward si creéis a vuestro hijo capaz de sentimientos tan bajos y vulgares.

-Perdonad, señorita, pero vuestro tío...

-Tampoco mi tío es capaz de tal bajeza -repuso Emma con las mejillas encendidas-. No es propio de su carácter hablar de los ausentes ni permitir que se hable mal de nadie.

Y se levantó para alejarse, pero el señor Chester la detuvo suavemente con la mano y le suplicó con acento persuasivo que le oyera un minuto más. Emma se calmó y consintió en volver a sentarse.

-¡Cómo puedes ofender, Ned -dijo el señor Chester alzando los ojos al cielo y apostrofando al aire-, a un corazón tan franco, tan ingenuo y tan noble! Debería darte vergüenza.

Emma se volvió hacia él con una mirada de desdén y de indignación. El señor Chester tenía los ojos bañados en lágrimas, pero se las enjugó precipitadamente como si no quisiera que sorprendieran su debilidad y la miró con admiración y lástima.

-Nunca hubiera creído hasta ahora -dijo- que la conducta frívola de un joven pudiera conmoverme, como acaba de hacerlo la de mi propio hijo, ni nunca había sabido hasta hoy lo que vale el corazón de una mujer que esos jóvenes despedazan como un juguete que se abandona. Creed, querida Emma, que nunca había apreciado vuestro mérito hasta ahora, y aunque al venir a veros sólo he cedido al horror que me causa la mentira y el engaño, porque hubiera hecho lo mismo con la joven más pobre y más desgraciada, no hubiera tenido valor para arrostrar esta entrevista si hubiese podido figurarme en mi mente que erais tal como os encuentro en realidad.

¡Oh! ¡Cuánto hubiera gozado la señora Varden si hubiese podido ver al virtuoso señor Chester cuando pronunció estas palabras con sus ojos llenos de indignación, si hubiese podido oír su voz entrecortada y trémula, si hubiese podido contemplarlo, cuando con la cabeza

descubierta daba rienda suelta a su elocuencia con insólita energía!

Emma lo contemplaba en silencio con expresión altiva, pero pálida y temblando. No hablaba ni se movía, pero lo miraba como si quisiera leer en su corazón.

-Arrojaré el temor -dijo el señor Chester- que el afecto natural impondría a algunos hombres, y romperé todos los lazos menos los de la verdad y del deber. Señorita Haredale, os engañan; os engaña vuestro indigno amante, mi indigno hijo.

Emma lo miró fijamente y tampoco contestó.

-Siempre me he opuesto al amor que os fingía, y me haréis la justicia de recordar, querida Emma, que vuestro tío y yo fuimos enemigos en nuestra juventud. Así pues, el galanteo de mi hijo hubiera sido para mí una fácil venganza. Pero como con la edad se van olvidando los rencores, me opuse desde un principio a que mi hijo llevase a cabo su proyecto, porque preveía el resultado, y quería evitaros un disgusto.

-Hablad sin rodeos, caballero -balbuceó Emma-. ¿Me engañáis? No os creo, no puedo ni debo creeros.

-En primer lugar -dijo el señor Chester con tono insinuante-, como existe en vuestra alma algún secreto sentimiento de cólera que no quiero explotar, os suplico que toméis esta carta. Ha venido a mis manos por casualidad, por una equivocación; me han dicho que está destinada a explicaros por qué no ha contestado mi hijo a otra nota vuestra. No quiera Dios, señorita Haredale -dijo el señor Chester con gran emoción-, que quede en vuestro tierno corazón un injusto motivo de queja contra Edward. Debéis conocer, como vais a verlo, que Edward no ha faltado sobre este punto.

Semejante proceder parecía tan cándido, tan escrupuloso, tan noble, tan verdadero y tan justo, y había en él un desprendimiento que hacía de su leal autor un hombre tan digno de confianza, que Emma sintió por vez primera

desfallecer su corazón, y volviendo el rostro, prorrumpió en llanto.

-Quisiera -dijo el señor Chester inclinándose hacia ella y hablándole con voz dulce y venerable-, quisiera poder desvanecer vuestro dolor y no acrecentarlo. ¡Ah, no me es posible! Mi hijo, mi hijo extraviado..., porque no quiero acusarlo de ser criminal con deliberación, y sé muy bien que los jóvenes que han tenido ya dos o tres amoríos antes obran sin reflexión y sin saber siquiera el mal que causan... Mi hijo romperá los juramentos que os ha hecho, y los ha roto ya. ¿Guardaré ahora silencio, y después de haber dado este aviso, dejaré al porvenir el cuidado de justificarlo, o queréis que continúe?

-Continuad, caballero -respondió Emma-, y hablad con más franqueza aún. Debéis hacerlo tanto por él como por mí

-Querida Emma -dijo el señor Chester inclinándose hacia ella de la manera más afectuosa-, a quien quisiera dar el dulce nombre de hija, lo cual no permite el destino. Edward trata, de

romper sus relaciones con un pretexto falso y que no tiente excusa. Tengo pruebas de lo que digo. Perdonad si he vigilado su conducta, pero me interesaba por vuestra honra y vuestra paz, y no me quedaba otro recurso. Tiene en su escritorio, una carta, que he leído y que recibiréis muy pronto, en la cual os dice que nuestra pobreza..., nuestra pobreza, la suya y la mía, le impide continuar pretendiendo vuestra mano; en la cual os ofrece, os propone voluntariamente que dejéis el compromiso, y dice con magnanimidad (esto lo hacen los hombres comúnmente en tales casos) que será algún día más digno de vuestra atención, y varias frases por el mismo estilo; una carta, en fin, en la cual, no sólo gasta con vos cumplimientos, perdonad la expresión, pues quisiera llamar en vuestro auxilio, vuestro orgullo y vuestra dignidad, no tan sólo gasta con vos cumplidos para volver, según me temo, a galantear a la que había desdeñado por vos durante su corto capricho, hijo únicamente de su orgullo ofendido, sino que

trata de hacerse un mérito y una virtud con su supuesto sacrificio.

Emma lanzó al señor Chester otra mirada orgullosa como por, un movimiento voluntario, y repuso con voz conmovida:

-Si es cierto lo que decís, se toma un trabajo inútil para ejecutar su designio. Hace muy mal en inquietarse por la paz de mi alma. No obstante, se lo agradezco.

-Reconoceréis si es cierto lo que digo, señorita -añadió señor Chester-, recibiendo o no la carta de la que os hablo... Me alegro de veros, Haredale, aunque nos volvamos a encontrar en una circunstancia singular y bastante triste. Espero que estéis bien.

Al oír estas palabras Emma alzó los ojos, que estaban bañados en lágrimas, y al ver a su tío en pie junto a ellos y sintiéndose incapaz de añadir una palabra, se alejó precipitadamente, dejando a los dos enemigos mirándose y mirándola cómo se retiraba sin que durante largo rato rompiese ninguno de ellos el silencio.

-¿Qué significa esto? Explicaos -dijo por fin el señor Haredale-. ¿Por qué estabais aquí con ella?

-Querido amigo -respondió el señor Chester tomando su actitud habitual con prodigiosa prontitud y sentándose en el banco como si estuviese cansado-. Me dijisteis días pasados en ese vetusto mesón del que sois digno propietario (un precioso establecimiento para las personas que se dedican a las faenas rurales y tienen una salud a prueba de pulmonías) que tenia la cabeza y el corazón de un genio maléfico en materia de engaño. Pensé entonces, sí, lo pensé en realidad, que me adulabais, pero ahora empiezo a asombrarme de vuestro discernimiento, y dejando la vanidad a un lado, creo que teníais razón. ¿Habéis fingido alguna vez ingenuidad, santa indignación y compasión virtuosa y noble? No podéis figuraros, amigo mío, si no habéis hecho la prueba, cuánto cansa a un hombre un esfuerzo de esta clase.

El señor Haredale lo miró con frío desprecio.

-Creo que desearíais evitar una explicación -dijo cruzando los brazos-, pero la necesito y puedo esperar.

-Y no esperaréis mucho, amigo mío -repuso el señor Chester cruzando las piernas con indolencia-. Es la cosa más sencilla del mundo, y la explicación no será larga. Edward ha escrito una carta, una obra literaria infantil, honrada y sentimental, y no se ha atrevido a enviarla. Yo me he tomado una libertad que mi afecto y mi ansiedad paternal excusan suficientemente; he leído dicha carta y he explicado su contenido con algunas correcciones, adiciones y comentarios a vuestra sobrina, que es una niña preciosa, encantadora, angelical. En adelante podéis dormir tranquilo, todo queda arreglado. Privados de sus confidentes y cómplices, excitados hasta el más alto grado el orgullo y los celos de Emma, porque nadie podía desmentirme y porque vos apoyaréis por vuestra parte mis afirmaciones, ya veréis cómo cesan sus relaciones con la respuesta que dará vuestra sobrina.

Si recibe la carta de Edward al mediodía, su separación tendrá lugar por la tarde. No os exijo gratitud porque he trabajado por mi propia cuenta, y si he anticipado los resultados de nuestro pacto con un ardor y una actividad dignos de mejor causa, confieso que lo he hecho por puro egoísmo.

-Maldigo ese pacto, como vos lo llamáis, con todo mi corazón y con toda mi alma -dijo el señor Haredale-. En mala hora se hizo. Me he comprometido a mentir, me he asociado con vos, y aunque me haya impulsado un poderoso motivo y me cuesta un esfuerzo sobrehumano, me odio y me desprecio por esta acción.

-No os acaloréis tanto -dijo el señor Chester con benévola sonrisa.

-Sí, me acaloro, y vuestra sangre fría me vuelve loco. Chester, si la sangre circulara con más calor por vuestras venas, y no me ataran deberes santos e imperiosos... Pero tenéis razón, todo queda arreglado, y es lo único en que puedo creeros. Cuando sienta remordimientos

por esta perfidia, pensaré en vos y en vuestro casamiento, y trataré de justificarme con este recuerdo de haber separado a toda costa a Emma de vuestro hijo. Queda, pues, nuestro pacto cumplido, y sólo nos resta separarnos, si es posible para siempre.

El señor Chester le envió elegantemente un beso con la mano y, con el rostro tranquilo que había conservado durante todo el encuentro a pesar de que había visto a su compañero encolerizado hasta el punto de estremecerse todo su cuerpo, permaneció en el banco en actitud indolente observando cómo se alejaba el señor Haredale.

-¡Mi víctima y juguete en la escuela -dijo alzando la cabeza para mirar hacia atrás-, mi viejo amigo, que no supo conservar a su amada cuando la hubo tenido y me lanzó en su camino para que yo la recogiera! Triunfo en el presente y en el pasado. Ladra, mísero perro, la fortuna me ha favorecido siempre, me gusta oírte.

El sitio donde se habían encontrado estaba en una calle de árboles que el señor Haredale siguió sin abandonarla en ningún momento. Cuando estuvo a cierta distancia, volvió la cabeza por casualidad, y viendo a su antiguo amigo en pie y mirándolo, se paró creyendo que se había decidido a ir a su alcance y esperó con arrogancia.

«Otro día, otro día tal vez, pero no aún -dijo para sí el señor Chester moviendo la mano como si fuesen los más íntimos amigos y volviéndose para alejarse-. Aún no, Haredale. La vida me es grata y para ti es triste y pesada. No. Cruzar la espada con semejante hombre y saciar así su odio, a no ser en el postrer extremo, sería en verdad una locura.»

Sin embargo, desenvainó la espada mientras andaba, y su mirada recorrió veinte veces el acero. Pero ten prudencia y llegarás a viejo. Se acordó de este refrán, volvió a envainar la espada, relajó su expresión con una sonrisa, entonó entre dientes una canción de moda y volvió

a ser como antes el imperturbable señor Chester.

XXX

Hay por desgracia personas de quienes dice el refrán que si les dais la mano os tomarán el brazo. Sin citar los ilustres ejemplos de esos heroicos azotes de la humanidad, cuyo amable camino en la vida se trazó desde su nacimiento hasta su muerte a través de la sangre, el fuego y las riñas, y que parece que sólo existieron para enseñar a la humanidad que como la ausencia del mal es un bien, la tierra, liberada de su presencia, sería un lugar de bendición, nos contentaremos con el ejemplo de John Willet.

John Willet se había tomado hasta el codo la libertad de Joe, y le había llegado hasta cerca del hombro en el permiso de abrir la boca, de modo que su despotismo no conocía ya valla ni límites. Cuanto más se sometía Joe, más exigente era John. Muy pronto se tomó todo el brazo y, día a día, fue imponiendo más privaciones de palabra y de obra a su esclavo, hasta conducirse en su pequeña esfera con tanta altivez y

majestad como el más glorioso tirano de los tiempos antiguos y modernos.

Así como los grandes hombres son excitados por los abusos del poder (cuando tienen necesidad de ser excitados, lo cual sucede raras veces), por sus aduladores o subalternos, del mismo modo el viejo John se vio impulsado a sus excesos de autoridad por el aplauso y la admiración de los clientes del Maypole, que todas las noches, entre sus pipas y sus vasos de cerveza, negaban con sus cabezas y decían que el viejo Willet era un padre de la antigua escuela inglesa, que no iban con él esas invenciones modernas de dulzura paternal, que convendría más al país que hubiese más padres como él y que era una lástima que fuesen tan pocos, y otras mil reflexiones originales de la misma especie. Condescendían después en hacer comprender a Joe que todo aquello lo hacían por su bien y que algún día les daría las gracias. El señor Cobb, en particular, le explicaba que cuando tenía su edad, su padre le daba pater-

nales puntapiés, tirones de orejas, coscorrones en la cabeza o cualquier otra advertencia cariñosa por el estilo, y advertía además con miradas muy significativas que de no ser por tan prudente educación nunca habría podido llegar a ser lo que era. Y la conclusión era muy probable, porque se distinguía entre los amigos del Maypole por ser especialmente torpe.

En una palabra, entre John y los amigos de John, jamás había existido un joven tan desgraciado, tan reprendido, tan molestado, tan irritado, tan hostigado ni tan aburrido de la vida como el pobre Joe Willet. Este sistema despótico había llegado a su último extremo, pero como John tenía un vivo deseo de hacer brillar su supremacía delante del señor Chester, se propasó aquel día, y aguijoneó y exasperó de tal modo a su hijo y heredero que si Joe no se hubiera hecho a sí mismo el juramento solemne de estarse con las manos en los bolsillos cuando no estaban ocupadas en otra cosa, es imposible decir lo que hubiera sucedido. Pero el día más

largo tiene su fin, y el señor Chester salió del mesón para montar a caballo.

Como el viejo John no estaba allí en aquel momento, Joe, que meditaba en el portal sobre su triste suerte y sobre las innumerables perfecciones de Dolly Varden, salió para sostener las riendas del caballo. El señor Chester acababa de montar y Joe iba a dirigirle un gracioso saludo cuando John salió disparado y cogió a su hijo por el cuello de la chaqueta.

-¡A casa! ¡A casa, caballerito! -dijo John-. ¿Así se falta a la palabra? ¿Cómo os atrevéis a salir de la puerta sin mi permiso? ¿Tratáis de huir como un perjuro? ¿Qué pretendéis?

-Dejadme, padre -dijo Joe con aire de súplica viendo una sonrisa en el rostro del señor Chester, que se divertía con su percance-. Esto pasa ya de la raya. ¿Quién trata de huir?

-¿Quién trata de huir? -dijo John sacudiéndolo-. Vos, tunante -añadió teniéndolo cogido con una mano y empleando la otra en saludar al señor Chester-. Vos, que queréis deslizaros

como una culebra en las casas ajenas y suscitar contiendas entre padres e hijos. ¿Diréis que no sois vos? ¡Silencio!

Joe no hizo esfuerzos para replicar. La última gota iba a colmar el vaso. Se desprendió, pues, de su padre, lanzó una mirada de ira al huésped que se alejaba y entró en la casa.

«Si no fuera por ella -pensó Joe sentándose junto a una mesa y dejando caer la cabeza en los brazos-, si no fuera por Dolly (pues no podría soportar la idea de que creyera que soy un malvado, como no dejarían de decir si huyese de casa), el Maypole y yo nos separaríamos esta noche.»

Al anochecer habían llegado a la posada Solomon Daisy, Thomas Cobb y el gigantesco Parkes, que habían presenciado la escena desde una ventana, y cuando John se reunió con ellos unos momentos después, recibió las felicitaciones de sus compañeros con calma, encendió la pipa y se sentó entre ellos.

-Veremos -dijo John tras una larga pausa- quién es aquí el amo y quién no lo es. Veremos si los niños han de dirigir a los hombres o si los hombres han de dirigir a los niños.

-Es cierto -dijo Solomon Daisy con algunas inclinaciones de cabeza muy elocuentes-. Tenéis razón. Bien dicho, John. Muy bien, señor Willet.

El posadero fijó lentamente sus ojos en Solomon, lo miró largo rato y acabó por dar esta respuesta, que consternó al auditorio de una manera inconcebible:

-Cuando necesite consejos, no será a vos a quien los pida. Os suplico que me dejéis en paz. Ni os necesito ni espero necesitaros. No me provoquéis.

-No lo toméis a mal, querido John, no he tratado de ofenderos -dijo el hombrecillo en su defensa.

-Muy bien, señor mío -dijo John más obstinado que nunca después de su victoria-. No os metáis en mis asuntos, sabré sostener mi auto-

ridad sin que os toméis el trabajo darme vuestro apoyo.

Y después de esta respuesta, el posadero, fijando los ojos en el caldero, cayó en un estúpido éxtasis. Como su conducta poco galante había amortiguado la animación de los tertulianos, reinó el más profundo silencio durante largo rato, pero el señor Cobb se atrevió por fin a hacer observar, levantándose para tirar la ceniza de la pipa, que Joe aprendería indudablemente desde entonces a obedecer en todo a su padre, habiéndose convencido aquel día de que el señor Willet no era hombre con quien se jugaba fácilmente, y añadió que le recomendaba, poéticamente hablando, que se durmiese sobre las pajas.

-Y yo os recomiendo -dijo Joe levantándose con el rostro encendido de cólera- que no me dirijáis la palabra.

-¡Silencio! -gritó John despertando de pronto de su letargo y volviendo la cara.

-No callaré, padre -dijo Joe descargando sobre la mesa tan formidable puñetazo que bailaron los vasos y los jarros-. De vos lo sufriré todo, pero no lo sufriré de ningún otro. Así pues, os repito, señor Cobb, que no me dirijáis la palabra.

-¿Por qué? ¿Quién eres tú -dijo el señor Cobb con acento burlón- para que no se te pueda hablar?

Joe no respondió, y volvió a ocupar su puesto con un sombrío movimiento de cabeza que no presagiaba nada bueno. Probablemente allí se habría quedado en silencio hasta que la casa hubiera cerrado, pero estimulado Cobb por el asombro qué había causado a sus compañeros la presunción del joven, continuó lanzándole algunas pullas que agotaron la paciencia de Joe. En aquel momento se acumularon en su alma las humillaciones y enconos de muchos años, y Joe no pudo reprimirse. Saltó, pues, derribando la mesa, se arrojó sobre su enemigo inveterado, le descargó terribles golpes y después de zu-

rrarlo de lo lindo, lo lanzó con sorprendente rapidez contra un rincón sobre dos grandes cubos. El buen Cobb cayó de cabeza con formidable estruendo. y quedó tendido en el suelo entre los restos, aturdido y sin moverse. El vencedor, sin aguardar a que los espectadores lo felicitasen por su triunfo, se retiró a su cuarto y considerándose como en estado de sitio, amontonó contra la puerta todos los muebles a manera de barricada.

-Está hecho -dijo Joe sentándose en la cama y enjugándose la cara cubierta de sudor-. Un día u otro tenía que suceder. Es forzoso que el Maypole y yo nos separemos. Soy un vagabundo, y ella me aborrecerá para siempre. ¡Se ha terminado

XXXI

Joe permaneció largo rato sentado y prestando oído mientras reflexionaba sobre su malhadado destino; en algunas ocasiones, esperaba oír rumor de pasos en la escalera o la voz de su digno padre que subía a exigirle una rendición inmediata y sin condiciones. Pero no llegaron a sus oídos rumores de pasos ni voz alguna, y aunque los ecos de las puertas que se cerraban y de las personas que entraban y salían en los cuartos con precipitación le hacían comprender que reinaba en toda la casa una agitación extraordinaria, ningún rumor cercano turbó su retiro, que parecía más pacífico aún a causa de los estruendos lejanos, aunque era triste y sombrío como la celda de un ermitaño.

El sol apuntaba ya sobre los árboles del bosque, y se extendían a través de la ondulante neblina brillantes barras de oro cuando Joe arrojó desde la ventana un pequeño paquete con su palo y se preparó a bajar. No era una

empresa muy difícil, pues había tantas piedras salientes y tantos tejados sobrepuestos que desde la ventana hasta el suelo formaban como una especie de escalera que sólo exigía un salto de algunos pies.

Joe se encontró muy pronto en tierra firme con su palo en la mano y su paquete al hombro, y alzó los ojos para contemplar el viejo Maypole, quizá por última vez. No se despidió con solemnidad, pues no era un gran erudito, ni tampoco lo maldijo, porque no guardaba en su corazón rencor alguno contra nada. Sentía por el contrario más afecto y más ternura por aquella morada que los que había sentido en toda su vida y se despidió, deseándole toda la felicidad que a él le faltaba.

Se puso en camino a paso rápido, llena la cabeza de grandes pensamientos: quería ser soldado, morir en algún país extraño donde hubiera mucha arena y un calor ardiente, y legar al morir inmensas riquezas de su botín a Dolly, que quedaría muy agradecida al saberlo.

Absorto por estas visiones propias de un joven, en ocasiones entusiastas y en ocasiones melancólicas, pero que tenían siempre a Dolly por centro, apresuró el paso hasta que resonó en sus oídos el estruendo de Londres y se presentó a su vista la enseña del Black Lion.

No eran más que las ocho, y el León se quedó muy asombrado al verlo entrar con los pies cubiertos de polvo y sin la yegua para hacerle al menos compañía, pero habiendo pedido Joe que le sirviesen el desayuno cuanto antes y habiendo dado, cuando se lo pusieron delante, incontestables pruebas de excelente apetito, el León le hizo como siempre una acogida hospitalaria y lo trató con esas demostraciones de distinción a las cuales, a título de parroquiano y de cofrade en el oficio, tenía todos los derechos que podían exigirse.

-¿Quién es ese que hace tanto ruido en la otra sala? -preguntó Joe cuando hubo desayunado, se hubo levantado y se hubo limpiado.

-Un sargento que recluta jóvenes para el ejército -respondió el León.

Joe se estremeció involuntariamente, porque encontraba allí el objeto de los proyectos que había meditado por el camino.

-Y desearía -dijo el León- que se hubiese marchado, porque éstas son gentes que sólo abren la boca para gritar. Mucha charla, eso sí, pero en cuanto a hacer gasto, buenas noches. Ya sé que a vuestro padre le gustan muy poco los parroquianos como éste.

Tal vez no le gustaban en ninguna circunstancia, pero es probable que le hubiesen gustado menos si hubiera llegado a saber lo que meditaba su hijo.

-¿Es bueno el regimiento para el que recluta? -dijo Joe mirándose en un espejo que había en la sala.

-Creo que sí -respondió el León-, pero me parece que, para recibir un balazo tanto vale ser de un buen regimiento como de uno malo.

-No todos los soldados que van a la guerra reciben un balazo -dijo Joe.

-No todos -repuso el León-, pero los que quedan muertos en una batalla, si lo hacen sin mayor dificultad, son según mi parecer los más afortunados.

-Veo que no dais importancia a la gloria.

-¿A qué?

-A la gloria.

-No -respondió el León con la mayor indiferencia-, no le doy ninguna importancia. Cuando la gloria venga a pedirme de comer y de beber y no tenga dinero para pagar, no le perdonaré el gasto que haga. Si en vez de ser hombre de negocios fuera un aventurero, un perdonavidas o un fanfarrón haría más caso de eso que llamáis gloria y que sólo seduce a los tontos o a los tunantes.

Estas observaciones desanimaron a Joe, pero se dirigió a la puerta de la sala inmediata y escuchó la conversación del sargento y de sus

compañeros. El reclutador describía la vida militar, y decía:

-El soldado pasa el tiempo bebiendo, a excepción de algunos largos intervalos que emplea en comer y en hacer el amor a las muchachas. Una batalla es una cosa muy divertida, especialmente cuando se alcanza la victoria, y los ingleses nunca son vencidos.

-Pero supongamos que os mata una bala -dijo una voz tímida desde un extremo del aposento.

-¿Y qué? Supongamos que os mate -dijo el sargento-. ¿Qué sucede entonces? Que vuestro país os venera, que Su Majestad el rey Jorge os ama, que vuestra memoria es honrada, querida y respetada, que todo el mundo os aprecia y os da las gracias, y que vuestro nombre queda inscrito en los archivos del Ministerio de la Guerra. Y por otra parte, amigo mío, ¿no hemos de morir todos un día u otro?

La voz calló y no presentó más objeciones.

Joe entró en la sala, donde había una media docena de mozalbetes imberbes reunidos y agrupados escuchando con avidez. Uno de ellos, un carretero con blusa, parecía vacilar todavía, aunque estaba dispuesto a alistarse, y los demás, que no tenían tal intención, le impulsaban, le instaban y le apremiaban para que se decidiese apoyando los argumentos del sargento (de acuerdo con lo que es habitual entre la especie humana).

-No hay necesidad, señores -dijo el sargento que estaba sentado en una mesa bebiendo un vaso de aguardiente-, de animar a los que ya están decididos.

El sargento dirigió una mirada a Joe, y añadió:

-El rey no quiere gallinas, ni está tan apurado para rogar a nadie. Por otra parte, para el ejército no sirven los cobardes, Queremos sangre joven y briosa, no leche y agua. No queremos a hombres tibios, sólo los mejores. Si os citara todos los hijos de familias nobles que

sirven en nuestro cuerpo después de algunas calaveradas o de haber reñido con sus padres...

La mirada del sargento se fijó entonces con tanta amabilidad en Joe, que éste le indicó que deseaba hablar con él a solas. El sargento se levantó enseguida, y dándole una amistosa palmada en el hombro, le dijo:

-Apostaría cualquier cosa a que sois un noble disfrazado, yo también lo soy. Seamos amigos.

Joe le apretó la mano y le dio las gracias.

-¿Deseáis servir? -preguntó el sargento-. Sí, serviréis, habéis nacido para militar. Sois uno de los nuestros. ¿Queréis beber?

-Nada por ahora -respondió Joe con un débil suspiro- No estoy aún del todo decidido.

-¡Cómo! ¿Un joven tan fogoso como vos no está aún decidido? -exclamó el sargento-. Permitid que llame; ya veréis como antes de un minuto os decidís.

-Estáis equivocado -repuso Joe-, y os advierto que me conocen en esta casa, y que si llamáis

vais a hacer evaporar en un momento mi vocación militar. Miradme cara a cara. ¿Me veis bien?

-¿No os he de ver? -respondió el sargento soltando una maldición-. Nunca he tenido ante mi vista un mozo más propio para servir a su rey y a su patria.

-Gracias -dijo Joe-. No os lo he preguntado para que me elogiaseis, pero sin embargo os lo agradezco. Lo que quise deciros era si tenía cara de cobarde o de embustero.

El sargento respondió con muchas protestas lisonjeras que tenía cara de hombre valiente y franco, y que si su propio padre sostuviese lo contrario, le traspasaría el corazón con la espada convencido de hacer un acto meritorio.

Joe le manifestó su agradecimiento y continuó:

-Podéis fiaros de mí y creer mi promesa. Es muy probable que me aliste esta tarde en vuestro regimiento. Si no lo hago ahora, es porque

no quiero arrepentirme. ¿Dónde os encontraré esta tarde?

El sargento contestó con cierta renuencia, y después de muchas e inútiles instancias a terminar inmediatamente lo que tenían entre manos, que su cuartel general estaba en el Crooked Billet en Tower Street, donde lo encontraría despierto hasta las doce de la noche y durmiendo hasta el día siguiente a la hora del desayuno.

-Y si voy a alistarme, lo cual es muy probable, ¿cuándo partiré de Londres?

-Mañana mismo a las ocho y media de la mañana -respondió el sargento-. Partiréis al extranjero..., el mejor clima del mundo.

-¡Partiré al extranjero! -dijo Joe dándole un apretón de manos-. Precisamente es lo que deseo. Podéis esperarme.

-Sois un joven digno de empuñar las armas -dijo el sargento reteniendo la mano de Joe en el exceso de su entusiasmo-. Haréis fortuna. No lo digo por envidia ni por rebajar en nada vuestro

mérito, pero si hubiera recibido una educación como la vuestra, a estas horas sería coronel.

-Gracias por el halago -dijo Joe-, no soy tan necio como os figuráis. El diablo nos empuja cuando no nos sopla el viento de la fortuna, y el diablo que me empuja a mí es el bolsillo vacío y disgustos de familia. ¡Hasta luego!

-¡Viva el rey! ¡Viva Inglaterra! -gritó el sargento.

-¡Viva el pan! -gritó Joe sonriendo.

Y los dos nuevos amigos se separaron. Joe tenía tan poco dinero que, después de haber pagado el desayuno, pues era demasiado orgulloso para cargar el gasto en la cuenta de su padre, sólo le quedaba un penique. Sin embargo, tuvo valor para resistir a todas las afectuosas importunidades del sargento, que lo acompañó hasta la puerta con muchas protestas de eterna amistad y le suplicó, en particular, que le hiciera el favor de aceptar aunque no fuese más que un chelín a cuenta de su reclutamiento. Rechazando a un tiempo sus ofertas de dinero

y de crédito, Joe se marchó como había venido, con su palo y su paquete, determinado a pasar el día como mejor pudiera, y a dirigirse a casa del cerrajero al anochecer, porque no quería partir sin despedirse de la hermosa Dolly.

Salió de Islington y llegó hasta Highgate, sentándose en muchas piedras y delante de muchas puertas, pero sin oír que las campanas le dijesen que volviera. Desde la época del noble Whittington, momento álgido de los mercaderes, las campanas han acabado no despertando tantas simpatías entre la humanidad. Ya no suenan más que por el dinero y en ocasiones solemnes; el número de emigrantes ha aumentado; los buques salen del Támesis hacia lejanas regiones sin más cargamento que hombres y mujeres desde la popa hasta la proa, y las campanas se mantienen silenciosas, sin expresar con sus tañidos súplicas ni penas, porque se han acostumbrado a ver partir a la gente por millares.

Joe compró un panecillo, y redujo su bolsillo (con una diferencia) a la condición de la célebre bolsa de Fortunato, que cualesquiera que fuesen las necesidades de su privilegiado dueño, siempre contenía la misma cantidad. En nuestra época de realismo, en que las hadas están muertas y enterradas, hay todavía un buen número de bolsillos que tienen la misma virtud. Lo que contienen se expresa en aritmética mediante un círculo que puede sumarse o multiplicarse por sí mismo dando el que es sin duda el resultado más sencillo de todos los números. Llegó por fin la noche, y se dirigió a casa del cerrajero con el sentimiento de desconsuelo de un hombre que no tiene casa ni hogar y que se halla completamente solo por primera vez en el mundo. Había aplazado hasta entonces la visita porque sabía que la señora Varden iba algunas veces sola o acompañada de Miggs a oír los sermones de la noche, y esperaba que aquella sería una de las noches dedicadas a tan religiosa ocupación.

Pasó por delante de la casa, caminando por el lado opuesto de la calle, dos o tres veces, y cuando volvió a hacerlo descubrió de pronto un vestido en la puerta. Era el de Dolly. ¿A quién podía pertenecer en efecto aquel talle gracioso? Se armó, pues, de valor y siguió el vestido a la tienda de la Llave de oro.

Al tapar la luz de la puerta al entrar, Dolly volvió la cabeza.

«¡Qué hermosa! -pensó Joe-. Podría casarse con un lord, incluso con un rey. Me alegro de haber reñido con mi padre, pues esta circunstancia me proporciona la ocasión de verla.»

Joe no dijo estas palabras, sólo las pensó, pero a buen seguro que estaban escritas en sus ojos. Dolly se alegró de verlo, pero como dijo sentir que su padre y su madre no estuvieran en casa, Joe le suplicó que no sintiese pena por tan poco. Dolly dudaba si conducirlo al comedor, porque estaba oscuro, y al mismo tiempo dudaba si hablar de pie en la tienda, porque estaba aún muy clara y podían verlos los que

pasaban por la calle. Habían llegado hasta la fragua, y Joe tenía cogida en sus manos la de Dolly, que se la había alargado al saludarle, como si estuviesen allí delante de algún altar mitológico para casarse, aunque era la posición más embarazosa que puede imaginarse.

-He venido -dijo Joe- para despedirme de vos por muchos años, quizá para siempre. Parto para el extranjero.

Era precisamente lo que no hubiera debido decir. Hablaba como un caballero dueño de sí mismo, libre de marchar o volver y de correr mundo a su capricho, cuando el galante cochero había jurado la noche anterior que la señorita Varden lo tenía sujeto con cadenas diamantinas y le había declarado terminantemente que le hacía morir a fuego lento, y que antes de quince días lo habrían enterrado si sus padecimientos no merecían compasión.

Dolly soltó su mano.

-¿De veras? -dijo, observando sin detenerse un momento que hacía una noche muy hermo-

sa y manifestando tanta emoción como el yunque de la fragua.

-No he podido irme -dijo Joe- sin venir a veros. Me faltaba el valor.

Dolly le respondió que sentía que se hubiese tomado la molestia. El camino era muy largo, y tendría tantas cosas que hacer... ¿Y cómo estaba el señor Willet, ese viejo caballero?

-¿Eso es todo lo que tenéis que decirme? -preguntó Joe.

¡Todo! ¡Pero qué esperaría aquel hombre!

Dolly se vio obligada a cogerse el delantal con una mano y secarse los ojos con el dobladillo para evitar reírse.

Joe tenía poca experiencia en asuntos amorosos, y no tenía ni idea de hasta qué punto varían las jóvenes según las ocasiones. Esperaba encontrar a Dolly en el punto en que la había dejado en aquel delicioso viaje nocturno, y esperaba tanto aquel cambio como ver salir el sol a medianoche. Lo había sostenido todo el día la vaga idea de que le diría: «No partáis», o «¿Por

qué partís?» o «¿Por qué me dejáis?», o que le animaría con alguna frase por el estilo; y hasta había admitido como posible que se echara a llorar, que se arrojara en sus brazos o se desmayara repentinamente, y estaba muy lejos de pensar que lo recibiría con tanta frialdad e indiferencia.

La miró, pues, con silencioso asombro, mientras Dolly alisaba los pliegues del delantal y permanecía no menos silencioso Finalmente, Joe dijo después de una larga pausa:

-¡Adiós, Dolly!

-Adiós, Joe -dijo Dolly con la misma sonrisa que si Joe fuera a dar un paseo por la calle antes de volver a cenar.

-Dolly, querida Dolly -dijo Joe tendiéndole las dos manos-, no podemos separarnos así. Os amo con ternura, con todo mi corazón y toda mi alma, y con tanta sinceridad y firmeza como amó jamás hombre alguno. Soy un pobre muchacho, como sabéis, más pobre ahora que nunca, porque he huido de la casa paterna por

no poder soportar por más tiempo el trato que se me da, y es forzoso que viva sin auxilio alguno. Vos sois bella y admirada, todos os aman, nada os falta y sois dichosa. ¡Ojalá lo seáis siempre! ¡El cielo me libre de comprometer vuestra felicidad! Pero decidme una palabra de consuelo. Sé que no tengo derecho a reclamárosla, pero os la pido porque os amo, y porque una palabra vuestra será para mí un tesoro que conservaré toda mi vida. Dolly, querida Dolly, ¿nada tenéis que decirme?

No. Nada. Dolly era coqueta por carácter, y además una niña mimada. No le gustaba que la cogieran de improviso de aquella manera. El cochero hubiera prorrumpido en llanto, se hubiera arrodillado, hubiera crispado las manos, se hubiera dado golpes en el pecho, se hubiera estrechado el corbatín hasta estrangularse y habría hecho, en fin, otros mil arrebatos de poesía. Además, Joe no tenía derecho a partir al extranjero, ni siquiera de pensarlo; si se

hallara sujeto con cadenas diamantinas, no podría hacerlo.

-Os he dicho adiós -dijo Dolly-. No me cojáis más del brazo, señor Joe, o llamaré a Miggs.

-No os acusaré -respondió Joe-, la culpa es tal vez mía. Había llegado a creer que no me despreciabais, y veo que estaba loco al creerlo. Debo ser despreciado por todo el mundo, y por vos más que nadie. ¡Que Dios os bendiga!

Se fue. Se fue de veras. Dolly esperó un rato, pensando que iba a volver, y hasta salió a la puerta, miró hacia ambos lados de la calle hasta donde se lo permitió la oscuridad, volvió a entrar en la tienda, esperó otro rato, subió a su cuarto, se encerró con llave, dejó caer su cabeza sobre el lecho, y lloró como si se despedazase su corazón. Y sin embargo, los genios como los de Dolly están llenos de contradicciones, y si Joe Willet hubiera vuelto aquella noche, al día siguiente, o la otra semana o un mes después, lo habría tratado de la misma manera, y habría llorado después con el mismo dolor.

Cuando salió de la tienda, se hubiera podido ver asomar por detrás de la chimenea de la fragua una cara que había salido ya dos o tres veces de dicho escondite sin ser vista, y que después de asegurarse de que no había nadie, fue seguida de una pierna, de un hombro, y así sucesivamente hasta que apareció completa la forma de Tappertit con una gorra de papel, indolentemente hundida de un lado, y las manos altivamente apoyadas en las caderas.

-¿Me han engañado mis oídos o estoy soñando? -dijo el aprendiz-. Fortuna, ¿debo darte las gracias o maldecirte?

Bajó con gravedad del sitio elevado que ocupaba, tomó su pedazo de espejo, lo colocó sobre el banco habitual, apoyándolo en la pared, se arregló el cabello y se miró las piernas con atención.

-¿Estoy soñando? -añadió Simon acariciándose las piernas-. No, no, es la realidad. El sueño no crea miembros tan perfectos como éstos.

Tiembla, Willet, tiembla de desesperación. ¡Es mía..., es mía!

Al pronunciar estas triunfantes palabras, cogió un martillo y descargó un golpe violento sobre un clavo, cuya cabeza representaba a los ojos de su imaginación la de Joe Willet. Después, prorrumpió en una estrepitosa y prolongada carcajada, que hizo estremecer a Miggs en la cocina, y hundiendo la cabeza en un barreño lleno de agua, se lavó, y con la toalla colgada detrás de la puerta, se enjugó la cara y ahogó su excesivo alborozo.

Joe, desconsolado y abatido, tuvo sin embargo valor, al salir de la casa del cerrajero, para ir al cuartel de Crooked Billet, donde preguntó por su amigo el sargento. El veterano, que no lo esperaba, lo recibió con los brazos abiertos. Cinco minutos después estaba alistado ya Joe entre los esforzados defensores de la patria, y al cabo de media hora le daban para cenar un humeante plato de tripas con cebolla, preparado, como aseguró más de una vez su

nuevo amigo, por orden expresa de Su Majestad el rey. El guisado le pareció muy sabroso después de su largo ayuno, de modo que lo devoró. y cuando lo hubo acompañado de diversos brindis a su príncipe y a su patria, lo condujeron a un aposento, donde pasó la noche bajo llave sobre un jergón.

Al día siguiente, merced a la solicitud de su belicoso amigo encontró su sombrero adornado con varias cintas de colores brillantes que le daban un aspecto muy gracioso. Se dirigió entonces hacia el Támesis en compañía del sargento y de otros tres jóvenes alistados tan cubiertos de cintas que apenas se veían más que tres zapatos, una bota y una chaqueta y media. Allí se les unieron un cabo y cuatro héroes más, de los cual dos estaban borrachos y no dejaban de reñir, y los otros dos parecían tristes y arrepentidos, pero todos llevaban como Joe el bastón y su paquete atado en el extremo. Los reclutas se embarcaron en una barca que iba a Gravesend, desde donde debían llegar a pie a

Chatham. El viento era favorable, y muy pronto perdieron de vista Londres, que se les había aparecido durante algunas horas como el espectro de un gigante en medio de nieblas sombrías.

XXXII

Las desgracias, dice el refrán, nunca vienen solas. En efecto, es indudable que las tribulaciones son por naturaleza enormemente gregarias, y que se complacen en volar a bandadas para ir a posarse según su capricho sobre la cabeza de algún pobre hombre hasta que no le dejan una pulgada libre en el cráneo, ignorando otras cabezas que ofrecerían a sus pies bastante espacio, pero que se obstinan en no ver. Sucedió quizá que una bandada de tribulaciones volando sobre Londres, y acechando a Joe Willet, sin encontrarlo, cayeron al azar sobre el primer joven que vieron pasar por la calle. Lo cierto es que el mismo día que partió Joe, un enjambre de tribulaciones hizo en derredor de los oídos de Edward Chester tan terrible zumbido con su aleteo que ensordecieron a esta infortunada víctima.

Eran las ocho de la noche en punto cuando su padre y él, delante de los postres que el cria-

do acababa de poner en la mesa, se quedaron solos por primera vez aquel día. Habían comido juntos, pero una tercera persona había estado presente y en el momento de sentarse a la mesa casi no se habían visto desde la noche anterior.

Edward estaba reservado y silencioso, y el señor Chester, más alegre que de costumbre, pero no se molestaba en entablar conversación con una persona que estaba de un humor tan diferente y daba rienda suelta a su jovialidad con sonrisas y miradas provocadoras, ignorando el malestar de su hijo. Permanecieron así algún tiempo, el padre tendido en un sofá con su apariencia habitual de graciosa indolencia, y el hijo sentado enfrente de él, cabizbajo y evidentemente abismado en tristes pensamientos.

-Querido Edward -dijo el señor Chester con una sonrisa muy amable-, no extiendas tu influencia narcótica hasta la botella. Llena al menos los vasos, para impedir que se encharque tu mal humor.

Edward se excusó, y echó vino en el vaso de su padre. Después volvió a abismarse en su estupor.

-Haces muy mal en no llenarte el vaso -dijo el señor Chester colocando el suyo delante de la luz-. El vino tomado con moderación y sin exceso, porque la embriaguez afea, ejerce una influencia muy agradable. Da a los ojos mayor brillo, a la voz un tono más grave, a las ideas más viveza y mayor gracia a la conversación. Deberías probarlo, Edward.

-¡Ah, padre! -exclamó su hijo-. Si...

-Por el amor de Dios -dijo precipitadamente su padre interrumpiéndolo, dejando el vaso en la mesa y arqueando las cejas con una expresión horrorizada-, no me llames con ese nombre anticuado y rancio. Te suplico que seas más elegante, más atento. ¿Estoy acaso ya lleno de canas y arrugas? ¿Ando con muletas? ¿He perdido los dientes? ¡Qué falta de delicadeza!

-Iba a hablaros desde el fondo de mi corazón, señor -respondió Edward-, con toda la

confianza que debiera existir entre nosotros, y me interrumpís desde las primeras palabras.

-No prosigas, por favor, Edward -dijo el señor Chester, alzando la mano como para implorar a su hijo-. No me hables desde el fondo del corazón. ¿No sabes que el corazón es una parte importante de nuestro mecanismo, el centro de los vasos sanguíneos, y que tiene tanta relación con tus palabras y pensamientos como tus pantorrillas? Es raro que seas tan vulgar ridículo. Estas referencias anatómicas las debes dejar para los médicos y los cirujanos, porque no son admitidas en la buena sociedad. Me sorprendes, Ned.

-Sé muy bien que para vos son quimeras e ilusiones los corazones heridos, los corazones consolados y los corazones merecedores de lástima. Conozco vuestros principios sobre ese punto, y usaré otro lenguaje.

-Estás equivocado -dijo el señor Chester bebiendo y saboreando el vino-. Digo terminantemente, por el contrario que existen tales cora-

zones, que no son quimeras. Los corazones de los animales, de las vacas y de los carneros, por ejemplo, son cocidos y devorados con delicia, según me han contado, por el populacho. Hay hombres heridos de una puñalada o de un balazo en el corazón, pero las locuciones «del fondo del corazón» o «hasta el corazón», «corazón frío y corazón caliente», «corazón destrozado», «es todo corazón» o «no tiene corazón», son frases sin sentido común, Edward.

-No lo niego, señor -repuso su hijo viendo que hacía una pausa para dejarle hablar.

-Ahí tienes a la sobrina de Haredale, el objeto de tus ansias amorosas -dijo el señor Chester como si mencionase el primer ejemplo que se le ocurría para ilustrar su idea-. En otro tiempo, es indudable que era todo corazón en tus pensamientos, y ahora ya no tiene corazón, siendo sin embargo la misma persona, exactamente la misma.

-Esa persona ha cambiado, señor -dijo Edward ruborizándose-, y me temo que ha cambiado por influencias odiosas...

-Has recibido un frío rechazo, ¿verdad? ¡Pobre Edward! Ya te decía que un día u otro te llegaría este percance. ¿Me haces el favor de servirme más vino?

-No tengo ninguna duda de que alguna maquinación se ha tramado a su alrededor, la han engañado de la manera más pérfida -dijo Edward levantándose de la mesa-. No creeré nunca que conocer mi verdadera posición haya podido producir semejante cambio. Sé que ha sido asediada y atormentada, pero aunque se hayan roto nuestras relaciones para siempre, y a pesar de acusarla de falta de firmeza y de fidelidad conmigo y consigo misma, no creo ni creeré jamás que ningún motivo bajo, ni su propio impulso, ni su voluntad libre y espontánea le hayan dictado tan pérfida conducta.

-Me haces salir los colores al rostro -repuso jovialmente su padre- al ver tu carácter fantás-

tico, creo... Si bien es cierto que nadie se conoce a sí mismo..., creo que no hay en el tuyo ningún reflejo del mío. Por lo que concierne a esa señorita, ha obrado muy naturalmente y con mucha prudencia, Edward; ha hecho lo que tú mismo le hubieras propuesto, según me ha dicho Haredale, y lo que te había vaticinado, pues no es preciso ser muy sagaz para hacer tales vaticinios. Te suponía rico, o al menos bastante rico, y descubre que eres pobre. El matrimonio es un contrato civil, y las gentes se casan en este mundo para mejorar su posición y su apariencia; es un negocio de casa y de muebles, de libreas, de criados, de coche y de comodidades. Ella es pobre, tú también, y todo queda deshecho. Brindo por esa señorita, a quien respeto y honro por su talento, porque te ha dado un buen ejemplo.

-Es un ejemplo -repuso su hijo- del que no pienso aprovecharme jamás, y si la experiencia de los años graba semejantes lecciones en...

-No vayas a decir en el corazón -dijo su padre interrumpiéndolo.

-En hombres a los que el mundo y la hipocresía han echado a perder -dijo Edward acalorado-, ¡el cielo me preserve de conocerlos!

-¡Basta ya! -repuso su padre incorporándose en el sofá y mirándolo fijamente-. Pasemos a otro asunto, y hazme el favor de recordar tu deber, tus obligaciones morales, tu afecto filial y todas las cosas de este género sobre las cuales es tan grato reflexionar, o te arrepentirás.

-No me arrepentiré jamás de conservar mi respeto por mí mismo -dijo Edward-. Perdonad si os declaro que no lo sacrificaré a vuestro mandato, y que no seguiré el camino que quisierais obligarme a tomar para hacerme cómplice de la parte secreta que habéis tenido en esta última separación.

El padre irguió la cabeza y, mirándolo con una expresión de curiosidad para ver si hablaba en serio, volvió a reclinarse otra vez y dijo con

la voz totalmente tranquila mientras comía nueces:

-Edward, mi padre tuvo un hijo que, siendo loco como tú y que como tú albergaba sentimientos de desobediencia bajos y vulgares, fue desheredado y maldecido una mañana después de desayunar. Recuerdo aquella escena esta noche con una exactitud admirable. Me acuerdo de que estaba comiendo magdalenas. Aquel hijo arrastró una vida miserable y murió joven, y fue una fortuna bajo todos los conceptos, porque deshonraba a la familia. Es muy triste, Edward, que un padre se vea en la necesidad de recurrir a medidas tan extremas.

-Sí, no hay duda -repuso Edward-, y es muy triste también que un hijo que ofrece a su padre su amor y sus cuidados se vea rechazado siempre y obligado a desobedecer. Querido padre -añadió con tono aún más grave pero cariñoso-, he reflexionado mucho sobre lo que pasó entre nosotros cuando por vez primera discutimos este asunto. Permitid que tengamos una con-

versación confidencial, franca y sincera. Prestadme atención.

-Como adivino de qué se trata y no puedo menos de adivinarlo, Edward -respondió fríamente su padre-, me niego a prestarte atención. Estoy seguro de que tu confidencia me pondría de mal humor, y no quiero disgustos de ninguna clase. Si te propones poner obstáculos a mis planes relativos a tu matrimonio y a la conservación de la nobleza que ha sostenido durante tantas generaciones nuestra familia, en una palabra, si estás resuelto a seguir la senda que te has trazado, síguela y llévate contigo mi maldición. Lo siento, pero no hay otra alternativa.

-La maldición puede salir de vuestros labios -dijo Edward-, pero no será más que un vano soplo. No creo que un hombre tenga en la tierra poder para atraer sobre un semejante, y especialmente sobre su propio hijo, una maldición, así como no tiene poder tampoco para hacer caer sobre nosotros con sus conjuros impíos

una gota de agua o un copo de nieve. Reflexionad lo que decís, señor.

-Eres tan irreligioso, tan rebelde y tan profano -respondió su padre volviéndose hacia él con indolencia-, que debo interrumpirte. Es imposible que nuestra conversación continúe en este tono. Si tienes la bondad de tirar del cordón de la campanilla, el criado te acompañará hasta la puerta, y te suplico que no te presentes más en esta casa. Puedes marcharte, ya que no te queda ningún sentido moral, y vete al diablo. Buenos días.

Edward salió del aposento sin responder, sin mirar, y se alejó de su casa para siempre.

El rostro de su padre se encendió levemente, pero no se advertía ya en él la menor alteración cuando llamó y dijo a su criado cuando entró:

-Peak, si ese caballero que acaba de salir...

-¿Qué caballero? ¿El señorito Edward?

-¿Había aquí alguna otra persona, majadero? Si ese caballero envía a buscar su ropa, se la entregas, y si se presenta en persona, no estoy

para él nunca en casa. Se lo dirás así, y cerrarás la puerta.

Pocos días después se decía en voz baja en todos los salones que el señor Chester era muy desgraciado, y que su hijo le causaba muchos disgustos. Las buenas gentes que lo oyeron y lo repitieron se asombraron de la grandeza de alma del desdichado padre. «¡Qué carácter tan noble ha de ser el suyo -decían- para manifestar tanta calma tras tantas penalidades!» Y cuando se pronunciaba el nombre de Edward, la sociedad negaba con la cabeza y se llevaba el dedo a los labios, suspiraba y tomaba una grave expresión. Los que tenían hijos de la edad de nuestro héroe, en un acceso de piadosa cólera y de virtuosa indignación, le deseaban la muerte como una expiación debida a la piedad filial.

Pero esto no impidió que el mundo siguiera su curso durante cinco años, acerca de los cuales esta historia guarda silencio.

XXXIII

Era una tarde de invierno de los primeros meses del año de Nuestro Señor de 1780. Un viento penetrante del norte se alzó hacia la niebla, y cuando apareció la noche, el cielo estaba negro y encapotado. Una violenta borrasca de granizo menudo, frío como el hielo, barrió las calles húmedas y resonó en las trémulas ventanas. Las muestras de las tiendas, sacudidas sin piedad en sus marcos quejumbrosos, cayeron con estrépito en la calle, algunas vetustas chimeneas vacilaron y bambolearon bajo el huracán como hombres ebrios, y más de un campanario se balanceó aquella noche como en un terremoto.

No era momento para que aquellos que de algún modo pudieran hacerse con un poco de luz y calor desafiaran la furia del tiempo. En los mejores cafés, los huéspedes se apiñaban alrededor del fuego, se olvidaban de la política y se contaban con una alegría secreta que la embes-

tida empeoraba a cada momento. Todas las humildes tabernas junto a la ribera del río contaban con su grupo de toscas figuras alrededor de la chimenea, que hablaban de naves que se hundían en los mares con la pérdida de la vida de todos los que iban a bordo; describían muchos un deprimente relato de naufragio y hombres ahogados, y esperaban que algunos de ellos se hubieran salvado, y negaban con la cabeza en señal de duda. En moradas particulares, los niños se apiñaban junto a la lumbre, escuchando con tímido placer los cuentos de fantasmas, duendes, altas figuras ataviadas de blanco junto a las camas y gente que se había refugiado en viejas iglesias y se había hallado a solas en mitad de la noche; hasta que se estremecían al pensar en la oscura habitación del piso de arriba a pesar de que les encantaba oír cómo el viento gemía y esperaban que siguiera haciéndolo con valentía. De vez en cuando esta feliz gente resguardada gritaba «¡Escuchad!», y entonces, por encima de la chispeante chimenea

y el rápido golpeteo del cristal, se oía un gemido, un sonido ensordecedor que agitaba los muros como si la mano de un gigante se hubiera posado sobre ellos; después, un grave rugido, como si el mar se hubiera alzado; después tal torbellino y tumulto que el aire parecía haber enloquecido; y finalmente, con un aullido prolongado, las oleadas del viento se alejaban dejando un momentáneo intervalo de reposo.

Alegremente, aunque nadie había allí cerca para verlo, el Maypole resplandecía aquella noche. Bendita fuera la cortina roja -rojo oscuro, resplandeciente- de la ventana, mezclándose con una rica corriente de luz, fuego y velas, carne, bebida y compañía, brillando como un ojo jovial sobre el tumulto de la intemperie. En el interior, la moqueta como arena crujiente, la música alegre como sus crepitantes troncos, el perfume como el aliento exquisito de la cocina. Bendita la vieja casa, que seguía inquebrantablemente en pie. Cómo el irritante viento aullaba y rugía por encima de su fornido tejado;

cómo jadeaba y peleaba contra sus anchas chimeneas, que seguían echando humo a través de sus hospitalarias gargantas y le desafiaban a la cara cómo, por encima de todo, empujaba y hacía traquetear las ventanas, tratando de extinguir aquel alegre resplandor, que no sería amortiguado y parecería más brillante todavía debido a la refriega.

John Willet estaba sentado en el sitio donde le vimos ya cinco años antes con los ojos fijos en el mismo caldero. Estaba sentado allí desde las ocho, y no daba más señales de vida que su respiración acompañada de un ronquido sonoro y continuo, aunque estaba muy despierto, y el movimiento de sus mano, al llevarse el vaso de vez en cuando a los labios y al vaciar de ceniza y renovar el tabaco de la pipa. Eran ya las diez y media.

El señor Cobb y el alto Phil Parkes eran sus compañeros como en otro tiempo, y durante dos horas y media mortales nadie había pronunciado una palabra en la cocina.

¿Será acaso cierto que de tanto sentarse juntos en el mismo sitio y en la misma posición, y de tanto hacer exactamente lo mismo durante un gran número de años, los hombres acaban por adquirir un sexto sentido, o a falta de él, la facultad oculta de ejercer mutua influencia? Cuestión es esta cuya resolución dejo a la filosofía. Sin embargo, es indudable que el viejo John y sus compadres Parkes y Cobb estaban firmemente convencidos de que formaban un terceto de hombres superiores de talento excepcional. Es igualmente indudable que se contemplaban de vez en cuando entre sí como si se comunicasen continuamente sus ideas, que ninguno de ellos consideraba que él mismo ni el que se hallaba a su lado estaban en silencio, y que cada uno de ellos, cuando encontraba la mirada del otro, hacía un ademán afirmativo con la cabeza como para decirle: «Lo que acabáis de decir no tiene réplica, amigo mío, no se puede expresar mejor y soy de vuestro mismo parecer».

La sala estaba tan caliente, el tabaco era tan delicioso y el fuego tan cariñoso, que John se fue adormeciendo gradualmente; sin embargo, como a consecuencia de un prolongado hábito había aprendido el arte de fumar durmiendo, y como su respiración era casi la misma dormido o despierto, a excepción de que en el primer caso experimentaba una pequeña dificultad parecida a la que experimenta un carpintero cuando su cepillo o su sierra encuentran un nudo en el camino, ninguno de sus compañeros se había apercibido de que dormía hasta que tropezó con uno de estos obstáculos.

-Ya se ha dormido John -dijo en voz baja Parkes.

-Y ronca como un fuelle -añadió Cobb.

No dijeron nada más hasta que John Willet llegó a otro nudo, nudo de dureza sorprendente que parecía que iba a causarle convulsiones, pero que por un esfuerzo sobrehumano logró vencer sin despertarse.

-Está soñando -dijo Cobb.

Parkes, que era asimismo un dormilón de primera clase, repuso con algún desdén:

-¡Qué dormir tan pesado tiene!

Y dirigió la mirada a un anuncio pegado en el borde de la chimenea. En la parte superior de este anuncio se veía un grabado de madera que representaba un niño de pocos años huyendo rápidamente con un paquete en la punta de un palo, y para facilitar la inteligencia de los espectadores, el dibujante había añadido algunas insignias militares al lado del fugitivo, Cobb dirigió la vista al mismo sitio y examinó igualmente el anuncio como si lo viera por primera vez. Este anuncio lo había encargado el posadero cuando desapareció su hijo Joe, y en él informaba a la nobleza, al clero y al público en general de las circunstancias en que su hijo había huido de la casa paterna, mostraba su traje y figura, y ofrecía una gratificación de cinco libras esterlinas a la persona o personas que se apoderasen del fugitivo y lo remitiesen sano y salvo al Maypole de Chigwell o lo hospeda-

sen en alguna de las cárceles de Su Majestad hasta que su padre acudiese a reclamarlo. En este anuncio, John, a despecho de los consejos y ruegos de sus amigos, había insistido de una manera obstinada en representar a su hijo como «un niño» y lo mostraba con dieciocho pulgadas de estatura menos de las que medía en realidad. Esta doble inexactitud bastaba para explicar tal vez el único resultado que había producido el anuncio, esto es, el haber sido enviados a Chigwell diferentes veces y con gastos considerables hasta cuarenta o cincuenta vagabundos cuya edad oscilaba entre los seis y los doce años.

Cobb y Parkes miraban, pues, con aire misterioso, el anuncio, después se miraban mutuamente, y por último miraban al viejo John. Desde el día en que el posadero había cogido a su hijo por el cuello de la chaqueta, no había hecho nunca alusión alguna sobre este punto ni de palabra ni de ademán, así como no había permitido que nadie le hablase de su hijo. Así

pues, nadie sabía cuáles eran sus ideas o sus opiniones sobre cuestión tan importante, si se acordaba de Joe o si lo había olvidado, e incluso si había llegado a creer que la fuga de su hijo era un, acontecimiento fabuloso. Por consiguiente, incluso cuando dormía, nadie se atrevía a hacer alusión alguna sobre este punto en su presencia, y ésta era la causa del silencio de sus amigos.

John había tropezado sin embargo en tal complicación de nudos que era indudable que iba a despertarse o a morir. Optó por la primera alternativa, y abrió los ojos.

-Si no llega dentro de cinco minutos -dijo John-, cenaremos sin él.

El antecedente de este pronombre había sido pronunciado por última vez a las ocho. Parkes y Cobb, acostumbrados a este género de conversación intermitente, respondieron sin dificultad que Solomon tardaba en efecto mucho y que les asombraba su insólita tardanza.

-Supongo que no se lo habrá llevado el viento -dijo Parkes- aunque el viento es bastante fuerte para llevarse fácilmente a un hombre como él. ¿Oís? Cualquiera diría que disparan cañonazos. Esta noche habrá gran tumulto en el monte y mañana podrá recogerse más de una rama rota en el suelo.

-No romperá nada en el Maypole -dijo John-. Que lo intente, le doy permiso. ¿Qué es eso?

-El viento -respondió Parkes-. Aúlla como un perro y gime como un cristiano; no ha hecho otra cosa en toda la noche.

-¿Habéis oído alguna vez -preguntó el posadero después de un minuto de contemplación- que el viento dijese «Maypole»?

-¿Y quién lo habrá oído? -dijo Parkes.

-¿Ni «eh» tal vez?-añadió John.

-Tampoco.

-Me alegro de saberlo -dijo el posadero tranquilizándose-. Sin embargo, era el viento lo que oía hace un momento, y si os tomáis el trabajo de escuchar sin hablar, vais a ver cómo pro-

nuncia esas dos palabras de una manera muy clara.

John tenía razón. Después de haber prestado oído durante un rato, pudieron oír claramente gritos humanos sobre el tumulto que rugía fuera del Maypole, y estos gritos tenían una energía tan penetrante que indicaba que procedían de alguna persona presa de un gran dolor o de un terror profundo. Se miraron unos a otros, se pusieron pálidos y contuvieron el aliento, pero ninguno de ellos se movió. En esta crítica situación fue cuando John Willet desplegó una parte del vigor moral y de la plenitud de recursos mentales que le granjeaban la admiración de todos sus amigos y vecinos. Después de mirar a Parkes y a Cobb en silencio durante algunos segundos, se acercó las dos manos a las mejillas formando una concavidad, y lanzó un rugido que hizo bailar los vasos y estremecer los cristales, un berrido largo tiempo sostenido y discorde que, rodando con el viento y despenando los ecos, aumentó el tumulto de aquella noche bo-

rrascosa. Entonces, con todas las venas de la frente y de la cara hinchadas por este formidable esfuerzo, y cubiertas sus mejillas con color púrpura, se acercó más al fuego y, volviéndose de espaldas, dijo con dignidad:

-Si esto sirve a alguien de consuelo, que lo aproveche, y si es inútil, lo siento por él. Si alguno de vosotros quiere salir a ver quién anda por ahí fuera, es libre de hacerlo; por mi parte, debo confesar que no siento la menor curiosidad.

Mientras hablaba, el grito se fue acercando, acercando, acercando, se oyó rumor de pasos debajo de la ventana, una mano levantó el picaporte de la puerta, la cual se abrió y volvió a cerrarse con violencia, y el sacristán Solomon Daisy se precipitó en la cocina con su linterna en la mano, su vestido desordenado y chorreando agua. Sería difícil imaginar un retrato más exacto del terror que el que presentaba el sacristán. Su sudor le perlaba toda la cara, sus rodillas chocaban una con otra, todos sus

miembros temblaban y había perdido la fuerza de articular palabras. Se quedó en pie, respirando con dificultad, fijando en sus amigos miradas tan despavoridas que quedaron infectados por su terror aunque ignorasen la causa, y reflejando su rostro espantado, retrocedieron sin atreverse a dirigirle pregunta alguna. Finalmente John, en un acceso de momentáneo delirio, lo cogió por el corbatín y lo sacudió con tal fuerza que a punto estuvo de estrangularlo y se oyeron rechinar sus dientes.

-Decidnos al momento lo que tenéis -gritó el viejo John- o vais a morir. Decidnos lo que os pasa u os arrojo de cabeza al caldero. ¿Cómo os atrevéis a venir tan asustado? ¿Os persigue alguien? Hablad, hablad... o voy a estrangularos.

John estuvo tan próximo a cumplir en su frenesí su amenaza que Solomon Daisy empezaba a sacar un palmo de lengua y a emitir ciertos sonidos roncos parecidos a los de un hombre que se asfixia cuando los dos amigos, que

habían recobrado en parte la presencia de ánimo, le arrancaron la víctima y colocaron sobre el banco al sacristán de Chigwell. Éste dirigió una mirada recelosa en torno de la cocina, suplicó con voz débil que le diesen de beber, e instó para que pasasen el cerrojo a la puerta de la casa y echasen las barras en las ventanas sin perder un momento.

La última petición no era la más propia para tranquilizar a sus oyentes, pero hicieron lo que pedía con toda la celeridad posible, y después de servirle un vaso de ponche casi hirviendo, esperaron con impaciencia el relato de su aventura.

-¡Oh, John! -dijo Solomon cogiéndole la mano y sacudiéndosela-. ¡Oh, Parkes! ¡Oh, Thomas Cobb! ¿Por qué salí esta tarde de la posada? ¡El diecinueve de marzo! El día más terrible del año..., el diecinueve de marzo!

Todos se acercaron al fuego. Parkes, que era el que estaba más cerca de la puerta, se estre-

meció y miró de reojo, y el viejo John, que reparó en esta mirada, le dijo con indignación:

-Que Dios me perdone.

Y mirando hacia la puerta con soberano desprecio, se retiró hacia el rincón hasta pegarse en la pared.

-Cuando os dejé esta tarde aquí -dijo Solomon Daisy-, no recordé que los días eran muy cortos. Nunca había ido a la iglesia después de anochecer en semejante día desde hace veintisiete años, porque he oído decir que, así como nosotros celebramos nuestros aniversarios durante nuestra vida, los fantasmas de los muertos que no están a su gusto en sus sepulcros celebran el aniversario de su muerte... ¡Cómo ruge el viento!

Nadie dijo una palabra; todas las miradas estaban fijas en Solomon.

-Debí reconocer la fecha al ver este tiempo tan execrable. En todo el año no hay una noche como ésta, no, no la hay. Nunca duermo tranquilo el diecinueve de marzo.

-Ni yo tampoco -dijo Cobb en voz baja-. Continuad.

Solomon Daisy se llevó el vaso a los labios y lo dejó en la mesa con la mano tan temblorosa que la cucharilla sonó en el cristal como una campana.

-¿No os decía yo -continuo- que todos los años, este mismo día, sucedía alguna cosa que nos recordaba aquel terrible suceso? ¿Suponéis que únicamente por casualidad me había olvidado de dar cuerda al reloj del campanario? Nunca me olvido, y eso que es preciso darle cuerda todos los días. ¿Por qué me había de fallar la memoria en este día y no en otro?

»Salí de aquí con tanta celeridad como me era posible, pero tenía que ir antes a casa para coger las llaves, y el viento y la lluvia me azotaban con tal furia por el camino que a duras penas podían sostenerme las piernas. Llego por fin, abro la puerta y entro. No había encontrado un alma en todo el camino, y esta soledad me alarmaba. Ninguno de vosotros quiso acompa-

ñarme, y teníais razón si presagiabais lo que iba a suceder.

»El viento soplaba con tal violencia que tuve que empujar con toda mi fuerza para cerrar la puerta de la iglesia, y a pesar de ello se abrió de par en par dos veces con tanto ímpetu que cada uno de vosotros habría jurado al ver la resistencia que oponía a mis esfuerzos que alguien la empujaba por fuera. Pude sin embargo pasar el cerrojo, entré en la torre y subí hasta el reloj. Llegué justo a tiempo, porque apenas le quedaba cuerda para veinte minutos.

»Cuando cojo la linterna para salir de la iglesia, de pronto acude a mi mente la idea de que es diecinueve de marzo, pero me acude como si una mano robusta me la hubiese encasquetado de un puñetazo en la cabeza. En aquel momento oigo una voz fuera de la torre... Una voz que se alzaba entre los sepulcros.

»Y no me digáis que sería efecto de mi imaginación ni que confundía el ruido del vendaval con una voz humana. Oía silbar el viento a

través de los arcos de la iglesia, oía el campanario que se bamboleaba resistiéndose al huracán, oía la lluvia que azotaba las paredes, oía que las cuerdas de las campanas se agitaban y las hacían tocar, y oía también aquella voz.

-¿Qué decía? -preguntó Thomas Cobb.

-¿Qué sé yo? Ni siquiera sé si eran palabras. Profirió una especie de grito, como lo haría cualquiera de nosotros si nos persiguiera en el sueño una visión terrible o se nos apareciera de improviso. Después se desvaneció en el aire repetida por el eco de la iglesia.

-No creo que eso sea motivo suficiente para tanta alarma -dijo John respirando con desahogo y mirando en torno suyo como quien se siente aliviado de un gran peso.

-Tal vez no -repuso el sacristán-, pero aún no he concluido.

-¿Qué más nos vais a contar? -preguntó John parándose en el momento en que se disponía a enjugarse la frente.

-Lo que he visto.

-¡Lo que habéis visto! -repitieron los tres inclinándose hacia él.

-Cuando abrí la puerta de la iglesia para salir -dijo el sacristán con una expresión que era un testimonio evidente de la sinceridad de su convicción-, cuando abrí la puerta de la iglesia para salir, lo cual hice bruscamente porque tenía que cerrarla antes de que otra ráfaga de viento me lo impidiese, pasé tan cerca de un bulto que se parecía a un hombre que hubiera podido tocarlo alargando el brazo. ¡Estaba con la cabeza descubierta en medio del huracán! Se volvió para mirarme, y clavó sus ojos en los míos. ¡Era un fantasma..., un espíritu!

-¿De quién? -preguntaron los tres a coro.

Con aquel exceso de emociones, porque cayó sobre el respaldo del banco y agitó su mano como si les suplicara que no le preguntasen más, su respuesta se perdió para todos a excepción de John, que estaba sentado cerca del sacristán.

-¿De quién? -volvieron a preguntar Parkes y Cobb mirando con ansiedad a Solomon Daisy y al posadero.

-Señores -dijo el viejo John tras una larga pausa-, no hay necesidad de preguntárselo. Era la imagen de un hombre asesinado. ¡Hoy es diecinueve de marzo!

Siguió a estas palabras un profundo silencio.

-Soy del parecer -dijo John- de que haríamos muy bien todos en guardar el secreto. Semejantes historias no gustarían mucho en Warren. Guardemos el secreto por ahora, porque podríamos atraernos alguna desgracia, y quién sabe si Solomon perdería su colocación. Importa poco que sea una realidad o una ilusión lo que nos ha contado, pero estoy seguro de que nadie lo creerá. En cuanto a las probabilidades -dijo John mirando los rincones de la sala de una manera que indicaba que, como algunos otros filósofos, no estaba del todo seguro sobre su teoría-, no creo que un fantasma que haya sido un hombre sensato durante su vida salga a pa-

searse con un tiempo como éste, y digo por mi parte que de estar yo en su caso no haría semejante cosa.

Terminada la cena, volvieron a juntarse delante del fuego, y con arreglo a la costumbre en tales circunstancias, discutieron todas las cuestiones relativas a aquella misteriosa historia. Pero Solomon Daisy, a pesar de las tentaciones de la incredulidad, se mantuvo tan firme en su fe, y repitió tantas veces su relato con variantes tan ligeras y con protestas tan solemnes de la verdad de lo que había visto con sus propios ojos, que sus oyentes se asombraron con legítimo derecho mucho más que la primera vez. Como aprobó la opinión de John Willet relativa a la obligación de no contar a ningún extraño aquella historia, a no ser que se le apareciese de nuevo el fantasma, en cuyo caso sería necesario aconsejarse inmediatamente con el párroco, se tomó la resolución solemne de guardar el más estricto secreto y esperar los acontecimientos. Y como la mayor parte de los hombres gustan de

tener un secreto que en determinado momento pueda darles importancia, llegaron a esta conclusión con completa unanimidad.

Sin embargo, se iba haciendo muy tarde, había pasado hacía ya mucho rato la hora habitual de su separación, y los amigos se despidieron para ir a acostarse. Solomon Daisy puso un nuevo cabo de vela en la linterna y se retiró a su casa escoltado por Phil Parkes y Cobb, que estaban casi más nerviosos que él. John Willet, después de acompañarlos hasta la puerta, volvió junto a la chimenea para entregarse a sus meditaciones con auxilio del caldero mientras escuchaba el viento y la lluvia que continuaban bramando con desatada furia.

XXXIV

Apenas habían transcurrido veinte minutos desde que John se pusiera a contemplar el caldero cuando logró al fin concentrarse en la historia de Solomon Daisy. Cuanto más meditaba, mayor era la convicción de su talento y sagacidad y era más intenso su deseo de comunicar su opinión al señor Haredale. Por último, resuelto a representar en este asunto un papel principal, un papel de la mayor importancia, y deseando por otra parte anticiparse a Solomon y a sus dos amigos, que no tardarían en dar a conocer la aventura con considerables adiciones y corolarios, confiándola al menos a unos veinte amigos discretos como ellos y muy verosímilmente al mismo señor Haredale, al día siguiente tal vez, resolvió ir a Warren antes de acostarse.

«Es el propietario de esta casa -pensó el viejo John mientras cogía una vela y, fijándola en un rincón fuera del alcance del viento, abría una

ventana en la parte trasera de la casa que daba a la caballeriza-. Durante estos últimos años -añadió el mesonero-, no hemos tenido relaciones tan frecuentes como antes, y como se verán muy pronto cambios en la familia, es preciso que mi dignidad no desmerezca. Los cuentos e historias a que dará lugar esta aventura le molestarán sin duda, y me conviene prevenirlo y que lo sepa todo gracias a mí. Hola? ¡Hugh! ¡Hugh!

Cuando hubo repetido este grito una docena de veces y despenado a las gallinas y las palomas, se abrió la puerta de una de las caballerizas y una voz preguntó qué diablos pasaba para no dejarle dormir en paz por la noche.

-¡Cómo! ¿No duermes bastante, perezoso, para que no se te pueda despertar una vez al año?-dijo el mesonero.

-No -respondió la voz mientras bostezaba y se desperezaba-. No duermo ni la mitad de lo que necesito.

-No sé cómo puedes dormir cuando el viento ruge como un león y hace volar las tejas como una baraja de cartas -dijo John-. Pero no importa, abrígate como puedas y sube, porque tienes que acompañarme a Warren. ¡Muévete!

Hugh, después de murmurar y gruñir dos o tres segundos, entró en la caballeriza y volvió a salir con una linterna, un garrote y la cabeza y parte del cuerpo cubiertas con una vieja manta de caballo. John lo recibió en la puerta excusada, y lo introdujo en la cocina mientras se arropaba con una manta y una capa y se envolvía la cabeza con tantas bufandas que era un misterio cómo respiraba.

-Supongo, mi amo -dijo Hugh-, que no permitiréis que salga a acompañaros a medianoche sin darme un trago.

-No lo permitiré -repuso John-, te daré un trago cuando me hayas traído sano y salvo a casa, porque entonces podrás beber con menos peligro para la solidez de tus piernas. Venga,

levanta la linterna y anda dos pasos por delante para alumbrarme el camino.

Hugh obedeció de mala gana negando con la cabeza y lanzando una mirada de impaciente deseo hacia las botellas. John, después de mandar a su cocinero que tuviera la puerta cerrada con llave durante su ausencia y que no abriese a nadie so pena de ser despedido, siguió a Hugh en medio del tumulto del aire y la oscuridad del cielo.

Llegaron por fin a la calle de árboles que conducía a Warren. El edificio estaba sombrío, pero desde una ventana salía un rayo de luz que oscilaba entre las tinieblas. John mandó a su guía que le condujese hacia ese punto luminoso, que era lo único que animaba aquella escena fría, triste y silenciosa.

-El antiguo salón -dijo el posadero lanzando una mirada despavorida-, el aposento del señor Reuben... ¡Dios nos asista! Me asombra que a su hermano le apetezca estar allí a estas horas, y especialmente en una noche como ésta.

-¿Y dónde podría estar mejor? -preguntó Hugh colocándose la linterna junto al pecho para preservarla del viento mientras despabilaba la vela con los dedos-. ¿No es un cuarto aseado, caliente y bonito?

-¡Bonito! -dijo John con indignación-. Veo una idea de lo bonito un tanto peculiar. ¿Sabes, estúpido, lo que sucedió en ese cuarto?

-¿Y por eso ha de ser más feo? -repuso Hugh mirando fijamente el abultado rostro de su amo-. ¿Protege menos de la lluvia, de la nieve y del viento? ¿Es menos caliente o menos seco porque hayan asesinado allí a un hombre? Un hombre más o menos importa muy poco.

Y Hugh prorrumpió en una carcajada. Willet fijó sus ojos estúpidos en el chico y empezó a pensar, por una especie de inspiración, que era verdaderamente muy posible que Hugh fuese un hombre peligroso y que su prudencia le aconsejaba despedirlo cuanto antes. Pero como era suficientemente sagaz como para no poner por obra su resolución antes de volver a casa, se

dirigió a la verja junto a la que había tenido lugar este diálogo, y tiró del cordón de la campanilla.

Como la ventana de la que salía la luz se hallaba en una de las alas del edificio y sólo estaba separada de la calle de árboles por un extremo del jardín, el señor Haredale se asomó y preguntó quién llamaba.

-Perdonad, señor -dijo el posadero-, sabía que os retirabais tarde, y me he tomado la libertad de venir porque tengo que hablar con vos.

-¿No sois Willet?

-Del Maypole, para serviros, señor.

El señor Haredale cerró la ventana y se retiró, pero volvió a aparecer muy pronto en la puerta que daba al jardín y abrió la verja.

-Muy tarde venís, Willet. ¿Qué sucede?

-Muy poca cosa, señor -respondió el posadero-. Es una historia insignificante, pero he creído que no debíais ignorarla.

-Que vaya vuestro criado delante con la linterna y dadme la mano. La escalera es tortuosa

y estrecha. ¡Poco a poco, muchacho! Agitáis la linterna como si fuera un incensario.

Hugh, que había llegado ya a la puerta, dejó de agitar la linterna, y subió por la escalera volviéndose de vez en cuando para alumbrar los escalones. El señor Haredale iba detrás de él y observaba su rostro sombrío con una mirada poco favorable, y Hugh contestaba a este examen devolviéndole sus miradas antipáticas mientras los tres subían por la escalera de caracol. La ascensión terminó en una pequeña antesala inmediata al aposento donde el posadero y Hugh habían visto la luz.

El señor Haredale entró primero, los condujo a través de esta estancia hasta la del fondo y se sentó ante el escritorio en el que se hallaba al tirar John del cordón de la campanilla.

-Entrad -dijo al posadero, que se quedaba en la puerta y saludaba-. Vos no -añadió con precipitación dirigiéndose a Hugh, que entraba como su amo-. Willet, ¿por qué traéis aquí a este hombre?

-Señor -respondió John arqueando las cejas y bajando su voz hasta igualar el tono del señor Haredale-, es un mozo robusto y un buen compañero para andar por la noche.

-No os fiéis mucho de él -dijo el señor Haredale fijando sus ojos en Hugh-. A mí me inspiraría menos confianza. Tiene mala mirada.

-Hay muy poca inteligencia en su mirada -repuso Willet lanzando la suya de reojo a su criado-. Es medio idiota.

-Creedme, no os fiéis de él -dijo el señor Haredale-. Esperad en esa sala, muchacho, y cerrad la puerta.

Hugh se encogió de hombros y, con un ademán desdeñoso que indicaba que había oído o adivinado el sentido de las palabras que su amo y Haredale habían pronunciado en voz muy baja, hizo lo que le mandaban, y cuando se retiró y cerró la puerta, el señor Haredale se volvió hacia John y lo invitó a que le dijese lo que tenía que comunicarle, pero sin alzar la

voz, porque había oídos muy atentos en la otra parte de la puerta.

Hecha esta advertencia, Willet contó en voz muy baja lo que había oído decir y lo que había pasado aquella noche, apoyándose particularmente en su sagacidad personal, en su gran respeto a la familia y en su solicitud por la paz de su alma y su felicidad.

La historia conmovió a su oyente mucho más de lo que se esperaba John. El señor Haredale cambió de pronto de actitud, se levantó, se paseó por el aposento, volvió a sentarse, le suplicó que repitiese con tanta exactitud como le fuera posible las mismas palabras de que se había servido Solomon, y dio tantos indicios de turbación y malestar que sorprendió al mismo Willet.

-Habéis hecho bien -dijo al terminar aquella larga conversación- en aconsejarles que no divulgasen semejante historia. Es una ilusión, producto del débil cerebro de un hombre lleno de temores supersticiosos. La señorita Emma se

disgustaría muchísimo si llegase esta historia a sus oídos, porque toca muy de cerca a un asunto que nos llena de dolor, y no podría oírlo con indiferencia. Habéis sido muy prudente y os estoy sumamente agradecido.

Estas palabras colmaron las esperanzas de John, pero habría preferido ver al señor Haredale tranquilo mientras le daba las gracias y no paseando de un extremo a otro de la sala, hablando con tono brusco, parándose de pronto para clavar los ojos en el suelo y volviendo a pasear como un loco y casi sin saber lo que decía ni lo que hacía.

Tal fue sin embargo su actitud durante la conversación, y John estaba tan confuso que permaneció largo rato sentado como un espectador pasivo sin saber qué hacer. Finalmente se levantó, y el señor Haredale lo miró un momento con asombro, como si se hubiese olvidado de que no estaba solo, le dio un apretón de manos y abrió la puerta.

Hugh, que dormía o simulaba dormir tendido en el suelo, se puso en pie de un salto cuando entraron y, cubriéndose con la manta, cogió el garrote y la linterna y se preparó para bajar la escalera.

-Esperad -dijo el señor Haredale-, quizá este hombre quiera beber un trago.

-¡Beber! Se bebería el Támesis si no fuese agua -respondió John Willet-. Ya beberá cuando estemos en casa. Será preferible que no beba antes.

-¡Me gusta la idea! -exclamó Hugh-. Ya hemos andado la mitad del camino. ¡Qué amo tan malo sois! Volveré mejor a casa si bebo a mitad de camino. ¡Venga un trago!

Como John no contestó, el señor Haredale llenó un vaso de licor y se lo entregó a Hugh, que al cogerlo arrojó algunas gotas al suelo.

-¿Cómo te atreves a manchar la casa de un caballero? -le reprochó John.

-Brindo por esta casa y por su amo -repuso Hugh levantando el vaso sobre su cabeza y

fijando la mirada en el rostro del señor Haredale.

Y bebiéndose el líquido de un tirón, dejó el vaso sobre una mesa y les precedió sin añadir una sola palabra. John se escandalizó con la conducta de su criado, pero viendo que el señor Haredale hacía muy poco caso de Hugh y que tenía el pensamiento en otra parte, se dispensó de darle excusas y, bajando silenciosamente la escalera, cruzó el jardín y salió por la verja. Se paró entonces para que Hugh alumbrase al señor Haredale mientras éste cerraba por dentro y John vio con asombro, como lo contó más adelante repetidas veces, que estaba muy pálido. y que sus ojos miraban con una expresión tan sombría que casi parecía otro hombre.

No tardaron en llegar a la carretera. John Willet seguía a Hugh en el mismo orden que al salir del Maypole, y meditaba profundamente sobre lo que acababa de ver. De pronto Hugh, lo cogió del brazo para tirar de él a un lado, y casi al mismo tiempo pasaron galopando tres

jinetes que lo habrían atropellado de no ser por el brusco movimiento de Hugh. Los jinetes detuvieron sus caballos y esperaron a que llegasen el posadero y su criado.

XXXV

Cuando John Willet vio que los jinetes daban media vuelta y formaban de frente mientras esperaban que se acercasen, le acudió a la mente con una precipitación insólita la idea de que tal vez fueran bandoleros. Si Hugh, en vez de un buen garrote, hubiera empuñado una escopeta, a buen seguro que le hubiese mandado disparar, y mientras éste ejecutaba su orden, el mesonero hubiese procurado por su seguridad personal salir huyendo a todo correr. Pero en las desfavorables circunstancias en que se hallaban él y su criado, juzgó prudente adoptar otra táctica, y dijo al oído a Hugh que les dirigiese la palabra en los términos más pacíficos y corteses. Para cumplir exactamente con el espíritu y la letra de esta orden, Hugh se adelantó haciendo una floritura con el palo ante las barbas del jinete más próximo y le preguntó con qué objeto venía con sus compañeros a galopar

atropellando a la gente honrada por la carretera real a aquellas horas.

El jinete a quien se dirigía iba a responder con cólera y en el mismo estilo cuando le interrumpió el del centro, que interponiéndose con aire de autoridad, dijo en voz alta pero con amabilidad:

-¿Me haréis el favor de decirme si estamos en la carretera de Londres?

-Si seguís en línea recta llegaréis a Londres -respondió Hugh con rústico acento.

-Veo -dijo la misma persona- que sois un inglés muy grosero, si es que sois inglés, cosa que dudo a juzgar por vuestra lengua. Estoy seguro de que vuestro compañero me contestará con más cortesía. ¿Qué decís, buen hombre?

-Digo, caballero, que estáis en la carretera de Londres -respondió John-. Y desearía -añadió en voz baja volviéndose hacia Hugh- que tú estuvieses a cien pies bajo tierra. ¿Estás acaso cansado de vivir para provocar a tres bandidos famosos que podrían llevársenos por delante,

cosernos a cuchillazos y coger después nuestros cuerpos en la grupa para arrojarnos al río y ahogarnos?

-¿Qué distancia hay hasta Londres?- preguntó el mismo jinete.

-Trece millas escasas -respondió John.

Con la utilización de ese adjetivo, John pretendía animar a los viajeros a que continuasen su camino sin tardanza, pero en vez de producir el efecto deseado, hizo brotar de los labios del jinete una exclamación enteramente contraria.

-¡Trece millas! Es mucho.

Y a esta observación siguió una breve pausa de indecisión.

-Decidme, amigo mío -añadió el jinete-. ¿Hay posadas cerca de aquí?

Al oír la palabra «posada», el viejo John cobró aliento de una manera sorprendente, sus temores se desvanecieron como por encanto y volvió a su estado normal de posadero.

-¿Posadas? No -respondió John remarcando el plural-. Hay una posada. El Maypole. Y no habréis visto muchas veces una posada así.

-¿Sois tal vez el amo de este establecimiento? -dijo el jinete sonriendo.

-Sí, señor -respondió John, muy sorprendido de que el desconocido hubiera hecho tal descubrimiento.

-¿Qué distancia hay hasta el Maypole?

-Una milla.

John iba a añadir que una milla escasa, la milla más corta que pudiera imaginarse, cuando el tercer jinete, que hasta entonces había permanecido detrás de sus compañeros, le interrumpió diciéndole:

-¿Y tenéis una buena cama, una cama cuyas sábanas estén limpias y secas, donde sólo hayan dormido caballeros aseados y respetables?

-En primer lugar, en el Maypole no se hospedan personas de tres al cuarto -respondió el posadero-, y en cuanto a la cama...

-Tres camas -repuso interrumpiéndole el que había hablado primero-. Porque necesitamos tres si es que vamos a hospedarnos en vuestra casa, aunque mi amigo sólo hable de una.

-No, no, señor, sois muy bondadoso, excesivamente benévolo. Y vuestra vida importa mucho a la nación en estos tiempos siniestros para que se ponga al nivel de una vida tan inútil y mezquina como la mía. Una gran causa, señor, una causa grandiosa depende de vos, que sois su líder y defensor, su centinela y su vanguardia. Es la causa de nuestros altares y de nuestros hogares, de nuestra patria y de nuestra fe. Permitid que duerma en una silla..., sobre una alfombra..., en cualquier parte. Nadie se alarmará si cojo un constipado o una calentura. Dejad que John Grueby pase la noche al raso... ¿Qué le importará al mundo? Pero cuarenta mil hombres de nuestro país, de esta tierra que rodean las olas -sin contar las mujeres y los niños-, tienen sus ojos y sus pensamientos fijos en lord George Gordon, y todos los días, desde

que el sol sale hasta que se oculta, ruegan a Dios que conserve su robustez y su salud. Sí, señor -dijo el orador enderezándose sobre los estribos-, es una causa gloriosa y no debe ser olvidada. Es una causa poderosa, y no debe ponerse en peligro. Es una causa santa, y no debe ser abandonada.

-¡Es una causa santa! -exclamó su señoría alzando el sombrero de una manera muy solemne-. ¡Amén!

-John Grueby -dijo el otro jinete en tono de tibio reproche-. Su señoría ha dicho amén.

-Ya lo he oído, señor -dijo el hombre sentado sobre el caballo como un jinete de palo.

-¿Por qué no decís amén con él?

John Grueby continuó tieso e inmóvil sin desplegar los labios.

-Me sorprendéis, Grueby -dijo el jinete-. En una crisis como la actual, cuando la reina Isabel, aquella reina virgen, llora desde el fondo de su tumba, y María I de Inglaterra con un rostro sombrío y ceñudo marcha triunfante...

-Señor -dijo Grueby con tono adusto-, ¿es prudente hablar de María I de Inglaterra en la situación actual, cuando nuestro señor está mojado hasta los huesos y rendido de cansancio? Dejadnos seguir nuestro camino hasta Londres, o detengámonos en una posada, pues de lo contrario, esa desventurada María I de Inglaterra será responsable de otra desgracia, y habrá causado en su tumba mucho más daño que durante toda su vida.

-¿Qué os parece, Gashford? ¿Nos detenemos en la posada o continuamos nuestro camino? Decid.

-Expondré mi parecer, señor -respondió en tono obsequioso Gashford-. Soy de la opinión de que vuestra salud y vuestro ánimo, que, bajo la Providencia, tan importantes son para nuestra causa pura y fiel -se quitó el sombrero aunque llovía a cántaros-, requieren descanso.

-Id delante, posadero, y enseñadnos el camino -dijo lord George Gordon-. Os seguiremos al paso.

-Si lo permitís, señor -dijo John Grueby en voz baja-, cambiaré de sitio y cabalgaré junto a vos. El aspecto del acompañante del posadero no es muy halagüeño, y sería prudente tomar algunas precauciones.

-John Grueby tiene mucha razón -dijo el señor Gashford colocándose detrás precipitadamente-. Señor, no debe exponerse una vida tan preciosa como la vuestra. Colocaos delante, Grueby, y si albergáis la menor razón para sospechar de ese, tipo, levantadle la tapa de los sesos.

Grueby no contestó, pero mirando a otro lado como parecía hacerlo por costumbre cuando hablaba el secretario, le dijo a Hugh que se pusiera en marcha y lo siguió de cerca. Iba detrás el lord y Willet a su lado. El secretario de lord Gordon, porque tal era al parecer el empleo de Gashford, cerraba la marcha.

Hugh andaba rápidamente y a grandes pasos, volviéndose con frecuencia para mirar al criado cuyo caballo le besaba casi la espalda y

dirigiendo de reojo una mirada a las pistoleras. El criado era un inglés de pura raza, un mozo cuadrado, robusto, de cuello de toro, que miraba a Hugh con desdén mientras éste lo observaba. Tendría unos cuarenta y cinco años de edad, pero era uno de esos hombres de cabeza dura, fría e imperturbable que no hacen caso al recibir un garrotazo y no se detienen por tan poca cosa en su camino.

-Si os hiciera extraviar -dijo Hugh con sonrisa burlona-, ¿me levantaríais la tapa de los sesos como os han mandado?

Grueby hizo tanto caso de esta pregunta como si fuera sordo y Hugh mudo, y continuó su camino mirando hacia adelante.

-¿Os peleasteis alguna vez con alguien cuando erais joven, señor? -dijo Hugh-. ¿Sabéis manejar el palo?

Grueby lo miró de reojo con la misma indiferencia y no se dignó responderle.

-¡Así! -dijo Hugh ejecutando con su garrote una de aquellas hábiles florituras que hacían las delicias de los campesinos de aquella época.

-O así -respondió Grueby rechazando con su látigo el palo de Hugh y descargándole un golpe en la cabeza con el mango-. Sí, en otro tiempo manejé algo el palo. Lleváis el cabello muy largo, de lo contrario os habría abierto el cráneo.

En efecto, el golpe fue muy fuerte, de modo que Hugh se vio tentado, después de su primer aturdimiento, a arrojar de la silla a su nuevo amigo. Pero como el rostro de Grueby no demostraba malicia, triunfo, encono ni nada que pudiera hacer creer en una ofensa premeditada, y su aspecto era tan tranquilo e indiferente como si acabase de ahuyentar una mosca que le molestase, Hugh se vio tan desarmado y tan dispuesto a considerarlo un hombre de fuerza casi sobrenatural, que se limitó a reír y exclamar:

-¡Buen golpe!

Pero desde entonces fue más prudente y, separándose de su peligroso compañero, no volvió a romper el silencio. Algunos minutos después los tres jinetes hicieron alto en la puerta del Maypole. Lord George y su secretario entregaron sus caballos al criado, que guiado por Hugh los llevó a la caballeriza. Contentos de verse libres de la inclemencia de la noche, los dos caballeros siguieron a John a la cocina, se colocaron ante la chimenea, en la que ardía un buen fuego, se calentaron y se secaron mientras el posadero se ocupaba en dar las órdenes correspondientes y dirigía los preparativos que exigía el elevado rango de su huésped.

Mientras entraba y salía muy atareado tuvo ocasión de observar a los dos viajeros que hasta entonces sólo había visto a la pálida luz de la linterna. El lord, el gran personaje que tanto honor hacía al Maypole, era de mediana estatura, flaco y de rostro macilento, tenía la nariz aguileña, y sus largos cabellos castaños caían lacios sobre sus orejas. Vestía debajo de su ga-

bán un traje completamente negro, sin adornos y de corte sencillo y modesto, y la gravedad de su vestido, unida a lo enjuto de sus mejillas y su austero continente, le echaban diez años más, pero no había pasado de los treinta. Mientras meditaba en pie al rojizo resplandor del fuego llamaba la atención ver sus ojos rasgados y brillantes, que revelaban una continua movilidad de pensamientos y designios en completo desacuerdo con la calma estudiada de su aspecto y su extraño y sombrío traje. Su fisonomía no tenía nada de áspera ni cruel en su expresión como tampoco su figura, que era delgada y nerviosa, pero anunciaba un malestar indefinible que no se podía ver sin sentir compasión hacia aquel personaje, aunque hubiera costado trabajo explicar por qué inspiraba sentimientos compasivos.

Gashford, el secretario, era más alto, de formas angulosas, cargado de hombros, descarnado y poco airoso. Su traje, a imitación del de su superior, era modesto y grave hasta el exceso y

se veía en sus ademanes un amaneramiento estudiado. Sus cejas eran abultadas, grandes sus manos, grandes sus pies, grandes sus orejas, y sus ojos parecían haberse retirado al fondo de su cabeza, abriéndose allí una caverna para ocultarse. Su aspecto era amable y humilde, pero tortuoso y evasivo, y parecía que estaba constantemente al acecho, esperando alguna presa que no quería llegar, pero era paciente, tan paciente como un perro cazador que menea la cola sin moverse. Hasta aquel momento, mientras se calentaba y se restregaba las manos delante del fuego, no parecía tener otra pretensión que la de disfrutar del calor como un subalterno, y aunque sabía que su amo no le miraba, le lanzaba de vez en cuando una mirada, y se reía con aire sumiso y lleno de deferencia como para no perder el hábito.

Tales eran los huéspedes en los cuales clavaba sus ojos John Willet examinándolos con imperturbable obstinación. Se adelantó por fin

hacia ellos llevando en cada mano un candelero, y les suplicó que le siguiesen al salón.

-Porque esta cocina, milord -dijo John con énfasis, pues es indudable que muchas personas tienen tanto gusto en dar tratamiento como en recibirlo de los grandes señores-, porque esta cocina, milord, no es propia para vuestra señoría, y debo pediros perdón por haberos dejado aquí un solo minuto.

Después de esta alocución, el posadero los condujo al salón principal del Maypole, que como todas las cosas de ceremonia y aparato, era frío e incómodo. El rumor de sus pasos, repercutido a través del aposento, hería los oídos con un sonido hueco, y su atmósfera húmeda y glacial era doblemente desagradable por su contraste con el calor de la sala que acababan de abandonar.

Pero hubiera sido inútil, sin embargo, pensar en volver a ella, porque los preparativos se hicieron con tal presteza, que ni siquiera hubiesen tenido tiempo de detenerlos. John, llevando

en ambas manos los altos candeleros, precedió a los nobles huéspedes hacia la chimenea con una profunda reverencia; Hugh, entrando a grandes pasos, arrojó un tizón encendido y ramas secas en la chimenea; John Grueby, llevando en el sombrero una escarapela azul de la cual parecía hacer poco caso, dejó en el suelo la manta de viaje que había quitado al caballo, y los tres se ocuparon en el acto en desplegar el biombo, poner los manteles, examinar las camas, encender fuego en las chimeneas de los dormitorios y arreglar todo lo que era susceptible de arreglo en el más breve plazo posible.

En menos de una hora la cena estuvo servida y despachada, y lord George y su secretario, con las piernas extendidas delante del fuego y reemplazadas las botas con unas babuchas, se sentaron cerca de un barreño lleno de vino caliente con azúcar.

-Así se termina, milord -dijo Gashford llenando el vaso con mucha gracia-, la buena obra de un día que el cielo bendice.

-Y de una noche igualmente bendita -dijo el lord levantando la cabeza.

-¡Ah! -exclamó el secretario poniendo las manos en cruz-, ¡una noche bendita de verdad! Los protestantes de Suffolk son hombres piadosos y fieles. Aunque muchos de nuestros compatriotas están extraviados en las tinieblas, como lo hemos estado nosotros esta noche en el camino, esas buenas gentes no han abandonado la senda de la luz y la gloria.

-¿Los he conmovido, Gashford? -dijo lord George.

-¡Si los habéis conmovido, milord! Clamaban para que los llevasen contra los papistas, pedían una terrible venganza, rugían como poseídos.

-¡Poseídos! -dijo lord George-. Pero no poseídos del demonio.

-¿Del demonio, milord? No, decid más bien de los ángeles.

-Sí, de los ángeles, no hay duda -dijo lord George metiéndose las manos en los bolsillos y

sacándolas para morderse las uñas mirando al fuego con cierto embarazo-. Sólo pueden estar poseídos de los ángeles. ¿No es cierto, Gashford?

-¿Lo dudáis, milord?-dijo el secretario.

-No -repuso lord George-, no. ¿Por qué había de dudarlo? Supongo que sería irreligioso dudarlo... ¿No es cierto, Gashford? Es verdad, sin embargo -añadió sin esperar respuesta-, que había entre ellos algunos que tenían una fisonomía verdaderamente diabólica.

-Cuando hicisteis con entusiasmo aquella noble declaración -dijo el secretario lanzando una mirada penetrante a lord George, cuyos ojos recobraron poco a poco su animación mientras Gashford hablaba-, cuando les declarasteis que no pertenecíais a la tribu de los tibios o de los tímidos, y los invitasteis a considerar que se preparaban a seguir a uno que los conduciría adelante aunque encontrara la muerte, cuando les hablasteis de ciento veinte mil hombres que en la frontera de Escocia se

harían justicia el día menos pensado si no se les hacía, cuando gritasteis: «¡Perezcan el papa y todos sus secuaces! ¡Las leyes penales escritas contra ellos no se anularán jamás mientras los ingleses tengan corazones y manos!» y agitasteis las vuestras antes de llevarlas al puño de la espada, y cuando exclamaron ellos: «¡No más papismo!» y vos les contestasteis: «¡No! Aun cuando nos veamos precisados a pisar sangre», y ellos agitaron los sombreros gritando: «¡Viva! ¡No, aun cuando pisáramos sangre. No más papismo, lord George!», mientras sucedía esto y una palabra vuestra excitaba o apaciguaba el tumulto, ¡ah!, entonces comprendí toda la grandeza de vuestra empresa, y me decía interiormente: «¿Hubo jamás un poder comparable con el de lord George Gordon?».

-¡Tenéis razón, es un gran poder! -exclamó con los ojos centelleantes de entusiasmo-. Pero ¿dije realmente todo eso, querido Gashford?

-Y mucho más aún -respondió el secretario alzando los ojos al cielo-; mucho más aún.

-¿Y les hablé de los ciento veinte mil hombres de Escocia, como decíais, amigo Gashford? -preguntó con evidente placer-. Es mucho atrevimiento.

-Nuestra causa es también un atrevimiento. La verdad es siempre atrevida.

-Es cierto, lo mismo que la religión. También es atrevida.

-Lo es la verdadera religión, milord.

-Y lo es la nuestra -respondió lord George agitándose con inquietud en su asiento y mordiéndose las uñas como poeta que no encuentra rimas-. Es indudable que la nuestra es la verdadera. ¿Estáis tan seguro como yo, Gashford, de que es la verdadera?

-¿Y milord puede preguntármelo a mí -dijo Gashford con su tono hipócrita y zalamero, acercando la silla con ademán encendido y descansando la palma de la mano sobre la mesa-, a mí -repitió dirigiéndole desde las sombrías cuencas de sus ojos una sonrisa maléfica-, que convencido hace un año por vuestra mágica

elocuencia, abjuré de los errores de la Iglesia romana y me adherí a vuestra señoría como a un salvador que me había arrancado del borde del precipicio?

-Es cierto. No, no quería decir eso -repuso lord George dándole un apretón de manos, levantándose de su asiento y paseándose por la sala con agitación-. ¿Sabéis que guiar al pueblo llena de orgullo? -añadió parándose de pronto.

-Y guiarlo por la fuerza de la razón -respondió su adulador.

-Sí, es cierto. Pueden toser, mofarse y murmurar en el Parlamento, y pueden tratarme de loco y visionario, pero ¿quién de ellos puede levantar ese océano humano y hacerlo hinchar y rugir a su antojo? Nadie.

-Nadie -repitió Gashford.

-¿Quién de ellos puede vanagloriarse como yo de no haber admitido del ministro un soborno de mil libras esterlinas anuales para ceder mi puesto a otro? Nadie.

-Nadie -volvió a repetir Gashford tomándose entre tanto un vaso entero de vino caliente con azúcar.

-Y como somos hombres honrados y sinceros, como somos los defensores fieles de una causa sagrada -dijo lord George, cuya tez se animaba y cuya voz era más fuerte a medida que hablaba, apoyando su mano febril en el hombro de su secretario-, como somos los únicos que nos interesamos por el pueblo, lo apoyaremos hasta el fin, y lanzaremos contra esos ingleses renegados que se han hecho papistas un grito que retumbará por todo el país con el estampido del trueno. Seré digno de la divisa de mi escudo de armas: «Llamado, elegido y fiel».

-Llamado por el cielo -dijo el secretario.

-Así es.

-Elegido por el pueblo.

-Sí.

-Fiel a los dos.

-¡Hasta el cadalso!

Sería imposible dar una completa idea de la excitación con que respondió a cada expresión de su secretario, o de la violencia de su voz y sus ademanes. Durante algunos minutos paseó de un extremo a otro de la sala con precipitados pasos y parándose de pronto, exclamó:

-Gashford, también vos los habéis conmovido.

-Ha sido un reflejo de la aureola de milord -repuso el secretario llevándose la mano al corazón.

-Habéis hablado muy bien -dijo lord George-, y sois un gran y digno instrumento. Si me hacéis el favor de llamar a Grueby para que traiga la maleta a mi cuarto y de esperar aquí hasta que me haya desnudado, arreglaremos los negocios como de costumbre, si no estáis muy cansado.

-¡Muy cansado, milord! Reconozco en esas palabras vuestra caridad. Sois cristiano de pies a cabeza.

Y el secretario inclinó el barreño del vino caliente, y miró muy formalmente el fondo para ver la cantidad de líquido que quedaba. Entraron a un tiempo en la sala John Willet y John Grueby, y encargándose el uno de los candeleros y el otro de la manta de viaje, condujeron a su cuarto al fanático lord, dejando al falso secretario solo bostezando y haciendo esfuerzos para no dormirse junto al fuego.

-Milord se ha acostado, señor Gashford -le dijo algunos minutos después John Grueby al oído despertándolo.

-Bien, gracias, Grueby. No hay necesidad hoy de velar. Ya sé cuál es mi cuarto.

-Supongo que no iréis a hablar con milord a estas horas de la noche de María I de Inglaterra -dijo Grueby-. ¡Ojalá no hubiera existido nunca esa desventurada mujer!

-He dicho que podíais acostaros, John -repuso el secretario-. ¿No me habéis oído?

-Con todas esas Marías de Inglaterra, esas escarapelas azules, esas gloriosas reinas Isabe-

les, esos gritos de «no más papistas», esas asociaciones protestantes y ese furor por hacer discursos -prosiguió John Grueby, sin hacer caso de la advertencia de Gashford-, milord ha perdido el juicio o poco menos. Cuando salimos a la calle una multitud de pilluelos nos sigue gritando: «¡Viva Gordon!», y yo me avergüenzo tanto que no sé adónde mirar. Cuando estamos en casa, vienen a rugir a la calle como una legión de demonios, y milord, en vez de ordenar que los dispersen, se asoma al balcón, se rebaja hasta el punto de dirigirles discursos y los llama «ciudadanos de Inglaterra» y «compatriotas», como si los amase apasionadamente y les diera las gracias por venir a atronarle los oídos. No puedo explicarme el misterio, pero todo tiene que ver de una manera u otra con esa María I de Inglaterra, y se ponen roncos de tanto vociferar su nombre. Todos son sin embargo buenos protestantes, pero es forzoso creer que esos protestantes tienen una terrible afición por las cucharas y la vajilla de plata en

general, cuando se dejan abiertas por descuido las puertas de la cocina. Me alegraré de que no suceda otra cosa peor, pero si no contenéis a tiempo a esa chusma de perdidos, señor Gashford, porque me consta que vos atizáis el fuego, os aseguro que se os subirán a las barbas y que el día menos pensado los protestantes os ahogarán entre sus brazos, cosa que no ha hecho nunca hasta ahora María I de Inglaterra, o al menos no lo he oído contar.

Gashford había salido de la sala y estas reflexiones se perdieron en el vacío. Cuando Grueby lo advirtió, se hundió con rabia el sombrero en la cabeza, alzando sus alas para que no pudiera ver la sombra de la odiosa escarapela, y se fue a la cama haciendo ademanes proféticos y siniestros.

XXXVI

Con el rostro risueño pero lleno de deferencia y humildad, Gashford se dirigió al cuarto de su señor alisándose los cabellos mientras entonaba en voz baja un salmo. Cuando estuvo cerca de la puerta se aclaró la garganta y cantó con más vigor.

Había un notable contraste entre la ocupación de este hombre en aquel momento y la expresión de su rostro, que era repulsiva y maliciosa. Sus abultadas cejas casi oscurecían sus ojos, sus labios se contraían de una manera desdeñosa y hasta sus hombros parecían comunicarse en voz baja y en tono de mofa con sus enormes orejas caídas.

-¡Chist! -dijo con sigilo lanzando desde la puerta una mirada inquisidora-. Parece que se ha dormido. ¡Dios quiera que duerma! ¡Cuántas vigilias! ¡Cuántos cuidados! ¡Cuántos desvelos! ¡Ah, el Señor lo reserva para hacer de él un

mártir! Es un santo, si es que ha habido un santo en esta miserable tierra.

Dejó la luz sobre una mesa, se acercó de puntillas hasta el fuego y, sentándose en una silla de espaldas a la cama, continuó hablando consigo mismo como quien piensa en voz alta.

-El salvador de su patria y de la religión, el amigo de los pobres, el enemigo del rico orgulloso, el amor de los desgraciados y de los oprimidos, el ídolo de cuarenta mil corazones ingleses atrevidos y fieles... ¡Qué feliz será su sueño!

Y suspiró, se calentó las manos y negó con la cabeza como lo hacen los que tienen el corazón enternecido, volvió a suspirar y siguió calentándose las manos.

-¿Qué hay, Gashford? -dijo lord George, que estaba en la cama despierto y lo miraba desde que había entrado.

-Milord -dijo Gashford estremeciéndose y mirando a su alrededor como sorprendido-. ¿Os he molestado?

-No dormía.

-¡No dormíais! -repitió con fingida confusión-. ¿Qué puedo decir para excusarme por haber expresado en vuestra presencia algunos pensamientos? Pero eran sinceros -exclamó el secretario enjugándose con la manga los ojos-. ¿Y por qué he de sentir que los hayáis oído?

-Gashford -dijo el pobre lord tendiéndole la mano con manifiesta emoción-, no lo sintáis. Me queréis, lo sé, demasiado, y no merezco tal homenaje.

Gashford no respondió, pero cogió la mano y se la llevó a los labios. Se levantó entonces para ir a sacar del arcón un pequeño pupitre, lo colocó en una mesa cerca del fuego, lo abrió con una llave que llevaba en el bolsillo, se sentó delante, cogió una Pluma y, antes de mojarla en el tintero, la chupó, quizá para formar una nueva expresión con la boca, en la que todavía había una sonrisa.

-¿Cómo ha evolucionado nuestra lista de reclutados desde ayer? -preguntó lord George-.

¿Disponemos realmente de cuarenta mil hombres, o sólo lo decimos por hablar con números redondos?

-Superamos ese número en veintitrés asociados -respondió Gashford hojeando los papeles.

-¿Y los fondos?

-No prosperan mucho, pero hay maná en el desierto, milord. El viernes entró en nuestra caja el óbolo de la viuda. Cuarenta basureros, tres chelines y cuatro peniques. Un carpintero remendón de la parroquia de Saint Martin, seis peniques. Un campanero de esta misma iglesia, seis peniques. Un niño protestante, medio penique. La sociedad de faroleros, tres chelines, uno de ellos falso. Los presos antipapistas de Newgate, cinco chelines y cuatro peniques. Un amigo en Bedlam, media corona. Dennis el verdugo, un chelín.

-Ese Dennis -dijo el lord- es un hombre muy fervoroso. Me llamó la atención en medio de la multitud en Welb Street el viernes pasado.

-Un hombre excelente -respondió el secretario-, un hombre sólido, sincero y verdaderamente celoso.

-Es preciso animarlo -dijo lord George-. Tomad nota de Dennis. Hablaré con él.

Gashford obedeció y continuó leyendo la lista de suscripción.

-Los Amigos de la Razón, media guinea. Los Amigos de la Libertad, media guinea. Los Amigos de la Paz, media guinea. Los Amigos de la Caridad, media guinea. Los Amigos de la Misericordia, media guinea. Los Hermanos Vengadores de María I de Inglaterra, media guinea. Los Perros de Presa Unidos, media guinea.

-Los Perros de Presa -dijo lord George mordiéndose las uñas rabiosamente-. ¿Son una nueva sociedad?

-Se llamaron antes los Caballeros Aprendices. Dado que ha ido terminando el tiempo de aprendizaje de los antiguos socios, han cam-

biado su nombre, aunque existen todavía entre ellos algunos aprendices.

-¿Cómo se llama su presidente? -preguntó lord George.

-Presidente -dijo Gashford leyendo un papel-, señor Simon Tappertit.

-Sí, me acuerdo de él; es un hombre muy pequeño. Trae algunas veces a una hermana mayor a nuestras reuniones y a otra mujer, que podrá ser buena y ferviente protestante, pero que es horriblemente fea.

-El mismo, milord.

-Tappertit es un joven entusiasta -dijo lord George con aire pensativo-, ¿no es cierto, Gashford?

-De los que más, señor. Huele la batalla de lejos, como los caballos de guerra, arroja al aire su sombrero en la calle como si estuviera inspirado y pronuncia discursos muy emocionantes encaramándose sobre los hombros de sus amigos.

-Tomad nota de Tappertit -dijo lord George Gordon-. Quizá lo ascendamos a un cargo de confianza.

-He aquí -respondió el secretario después de tomar nota-. He aquí el total de la suscripción, exceptuando la donación de la señora Varden (es la decimocuarta que hace), siete chelines y seis peniques en plata y cobre y media guinea en oro, y Miggs (son los ahorros de un trimestre de propinas), un chelín y tres peniques.

-¿Miggs es un hombre? -dijo lord George.

-El nombre aparece en la lista como mujer -respondió el secretario-. Creo que es esa mujer tan poco favorecida por la naturaleza de quien hablabais antes y que viene algunas veces a oír los discursos en compañía de Tappertit y la señora Varden.

-¿Es decir que la señora Varden es una mujer anciana?

El secretario hizo con la cabeza una inclinación afirmativa y se frotó la nariz con las barbas de la pluma.

-Es una hermana celosa -dijo lord George-. Las donaciones que reúne prosperan y continúan con fervor. ¿Se ha asociado su marido?

-Es un malvado -respondió el secretario doblando los papeles-, indigno de tal mujer. Permanece en el fondo de sus tinieblas y se niega obstinadamente a seguir el ejemplo de su esposa.

-¡Caigan sobre su cabeza las consecuencias! Amigo Gashford...

-¿Qué mandáis, milord?

-¿Creéis que esas gentes no me abandonarán cuando llegue, el momento? -dijo volviéndose y agitándose en la cama-. He hablado osadamente por ellos, me he expuesto mucho, me he comprometido. ¿Retrocederán? ¿Qué os parece?

-No temáis, milord -respondió Gashford con una mirada significativa que era más bien la expresión involuntaria de su propio pensamiento que una respuesta a la inquietud de su

señor, porque el rostro de lord George estaba vuelto hacia el lado opuesto-. No hay peligro.

-Tampoco es de temer -dijo agitándose con más impaciencia- que los... Pero no, no los pueden castigar por haberse asociado con este objeto. La verdad está de nuestra parte, aunque tuviéramos en contra la fuerza. Estáis convencido de esto como yo, ¿no es verdad?

El secretario iniciaba su respuesta diciendo «No dudéis...», cuando su señor lo interrumpió, y repuso con impaciencia:

-¡Dudar! No. ¿Quién dice que dudo? Si dudase, ¡renegaría de mis parientes, de mis amigos, de todo en favor de este desgraciado país! -exclamó incorporándose en la cama, después de repetirse a sí mismo la frase: «En favor de este desgraciado país» al menos una docena de veces-, de este país olvidado de Dios y de los hombres, entregado a una peligrosa confederación de papistas, víctima de la corrupción, de la idolatría y del despotismo. ¿Quién puede decir,

pues, que dudo? ¿No soy llamado, elegido y fiel?

-Sí, fiel a Dios, a la patria y a vos mismo -dijo Gashford.

-Lo soy y lo seré, lo digo sin rodeos, lo seré hasta el cadalso. ¿Quién dice otro tanto? ¿Vos acaso? ¿Algún otro? Que me citen uno solo en el mundo.

El secretario bajó la cabeza con una expresión de completo convencimiento de lo que su señor había dicho o podía decir, y lord George reclinó la cabeza en la almohada y pocos momentos después dormía profundamente.

Gashford, lanzando hacia la cama miradas astutas, permaneció sentado burlándose de la locura de su señor, hasta que una profunda y pesada respiración le advirtió que podía retirarse. Cerró, pues, el pupitre, y, volviéndolo a poner en el arcón, después de sacar dos hojas de papel impresas, se retiró con precaución. Antes de salir del cuarto se volvió para contemplar el rostro de lord Gordon. Encima de la

cabeza de su señor, los polvorientos penachos que coronaban el regio lecho del Maypole se agitaban con aire triste y lúgubre como sobre un féretro.

Se paró en la escalera para cerciorarse de que todos dormían en la posada y para quitarse los zapatos, temiendo que sus pasos alarmasen a alguien que tuviese el sueño ligero, bajó hasta el patio, y arrojó una de las hojas impresas debajo de la puerta principal de la casa. Volvió a subir entonces, entró en su cuarto y desde la ventana dejó caer en el patio otra hoja impresa cuidadosamente enrollada alrededor de una piedra para que no se la llevase el viento.

En el dorso de estas proclamas se leía. «A todo protestante en cuyas manos caiga este papel»; y en el interior: «Hombres y hermanos, el que encuentre esta carta debe considerarla como un aviso para que vaya a reunirse sin tardanza con los amigos de lord Gordon. Grandes acontecimientos se preparan y los tiempos están llenos de peligros y conmociones. Leed

estas palabras con cuidado y hacedlas circular. Por el rey y el país, unión».

XXXVII

Se envuelve algo, por monstruoso o ridículo que sea, con una aureola de misterio, se lo rodea de un secreto encanto, y el poder de atracción para las masas es irresistible. Falsos sacerdotes, falsos profetas, falsos médicos, falsos patriotas, falsos prodigios de toda clase, velando sus procedimientos en misterio, han obtenido siempre el inmenso favor de la credulidad popular, y han debido más, tal vez, a ese recurso para ganarse y mantener por un tiempo la mano alzada de la verdad y el sentido común que a media docena cualesquiera de artículos del catálogo de la impostura. La curiosidad es, y ha sido desde la creación del mundo, una pasión dominadora. Despertar a ella, gratificarla gradualmente y dejar siempre algo en suspense es establecer el más seguro método de sujeción que puede tenerse sobre la parte de la humanidad que no piensa.

Si un hombre se hubiera subido al puente de Londres gritando hasta quedarse afónico a los paseantes que se unieran a lord George Gordon, aunque fuera con un propósito que ningún hombre entendiera, y que en ese caso tuviera un cierto encanto particular, lo más probable es que pudiera atraerse a unas decenas de personas al cabo de un mes. Si se hubiera pedido públicamente a todos los protestantes celosos que se unieran a una asociación con el confeso objetivo de cantar un himno o dos ocasionalmente, escuchar una serie de discursos y, en última instancia, pedir al Parlamento que no aprobara una ley mediante la que quedaban abolidas las leyes penales contra los curas católicos, la pena de cadena perpetua contra los que educan a sus hijos en dicha fe, y la prohibición de que todo miembro de la iglesia romana herede propiedad real en el Reino Unido por derecho de compra o descendencia, asuntos bien lejanos de las preocupaciones de la masa, podría haber reunido a un centenar de perso-

nas. Pero cuando surgieron vagos rumores de que en esta asociación se estaba empleando un poder secreto contra el gobierno con fines indefinidos pero poderosos; cuando el aire se llenó de susurros acerca de una confederación entre los poderes papales para degradar y esclavizar Inglaterra, establecer la Inquisición en Londres y convertir los corrales del mercado de Smithfield en estacas y calderos; cuando los terrores y alarmas que ningún hombre comprendía fueron perpetuamente anunciados en el Parlamento y fuera de él por un entusiasta que no se comprendía a sí mismo, y pesadillas del pasado que habían yacido en silencio en sus tumbas durante siglos fueron recuperadas para hechizar a los ignorantes y los crédulos, cuando todo esto se hubo hecho, por así decirlo, en la oscuridad, e invitaciones secretas a unirse a la defensa de la religión, la vida y la libertad fueron distribuidas en las vías públicas, deslizadas bajo las puertas de las casas, metidas por las ventanas y colocadas en las manos de los que

vagan por las calles de noche; cuando resplandecieron en todos los muros y colgaron de cada poste y columna, de modo que los troncos y las piedras aparecían infestados del miedo común, exhortando a todos los hombres a unirse en ciega resistencia a algo que no sabían qué era, ni por qué, entonces la obsesión se expandió y el grupo, todavía creciendo día a día, llegó a contar con cuarenta mil almas.

Eso decía, al menos. ese mes de marzo de 1780, lord George Gordon, el presidente de la Asociación. Si era cierto o no, pocos hombres lo sabían o se molestaban en determinarlo. No se produjo ninguna manifestación pública, apenas se había oído hablar de ello, salvo por medio de él; nunca había sido visto; y no eran pocos los que consideraban que no era más que una criatura de su cerebro trastornado. Estaba acostumbrado a hablar a la multitud, y le habían estimulado a representar ese papel de tribuno los motines que habían estallado en Escocia el año anterior por causas religiosas. Miembro de

la Cámara de los Comunes, se lo consideraba un loco que atacaba a todos los partidos sin pertenecer a ninguno, y no gozaba de gran reputación.

Se sabía que reinaba, como ha reinado siempre, cierto descontento en el país, y lord George Gordon se aprovechaba de esta situación para dirigirse al pueblo por medio de octavillas, discursos y folletos. Pero sus hazañas oratorias se habían limitado a Escocia, y en Londres no se hacía caso de sus manejos revolucionarios. Sin embargo, tras cinco años de constantes esfuerzos, había conseguido extender su propaganda hasta la capital de Inglaterra, y millares de estúpidos fanáticos o de malvados se habían asociado con diversos designios a su descabellada empresa.

-Milord -le dijo Gashford al oído, descorriendo al día siguiente muy temprano las cortinas de su cama-. ¡Milord!

-¿Qué pasa?

-Han dado las nueve -respondió el secretario con las manos cruzadas humildemente-. ¿Habéis dormido bien? Espero que hayáis descansado. Si mis oraciones han sido atendidas, el reposo ha debido de restableceros las fuerzas.

-A decir verdad -dijo lord George frotándose los ojos y mirando en torno del aposento- he dormido tan profundamente que no recuerdo bien dónde estamos.

-¡Milord! -dijo Gashford sonriendo.

-¡Ah, sí ...! -repuso lord George-. Entonces, no sois judío.

-¿Judío? -exclamó el secretario retrocediendo con terror.

-Soñaba que éramos judíos. Gashford, vos y yo, y recuerdo que llevábamos unas largas barbas.

-¡El cielo nos libre de tal desgracia, milord! Más valdría que fuéramos papistas.

-Más valdría -repuso lord George al momento-. ¿Así lo creéis, Gashford?

-No lo dudéis -dijo el secretario manifestando la mayor sorpresa.

-Sí, sí... -balbuceó lord George-, me parece muy razonable.

-Espero, milord... -dijo el secretario.

-Esperáis -exclamó lord George interrumpiéndolo-. ¿Por qué decís que esperáis? No veo que sea culpable de tener tales ideas.

-En sueños -respondió el secretario. -¡En sueños! Tampoco estando despierto.

-Llamado, elegido y fiel -dijo Gashford cogiendo el reloj de lord George, que estaba sobre una silla, y leyendo distraídamente la divisa grabada en la cubierta.

Fue una acción totalmente intrascendente, que en nada parecía poder llamar la atención de lord George, pues no era más que un acto fruto de la distracción, pero modificó su expresión imperiosa, se ruborizo y guardó silencio tras oír las tres palabras pronunciadas.

El astuto secretario, simulando que no había advertido el repentino cambio de conducta de

su jefe, se alejó con el pretexto de levantar la celosía y, volviendo algunos minutos después, dijo con acento grave:

-La causa santa progresa, milord. Esta noche no he estado ocioso; he arrojado dos proclamas antes de acostarme y han desaparecido esta mañana. Nadie ha dicho una palabra en la casa aunque he estado en la cocina más de media hora. Confío en que nos traerán al menos dos nuevos asociados, y ¿quién sabe si serán muchos más merced a la bendición que el cielo derrama sobre vuestros inspirados esfuerzos?

-Ha sido una gran idea -repuso lord George-, una idea sublime que ha dado ya excelentes resultados en Escocia, una idea digna de vos. Me recordáis, Gashford, que no debo permanecer ocioso mientras la viña del Señor está amenazada de destrucción y corre el peligro de ser hollada por los pies de los papistas. Mandad que ensillen los caballos dentro de media hora. ¡En pie y manos a la obra!

Al pronunciar estas palabras su rostro estaba tan encendido y su tono revelaba tanto entusiasmo, que el secretario creyó, inútil estimularlo y se retiró.

-Ha soñado que era judío -dijo con ademán pensativo cuando cerró la puerta del aposento-. No sería extraño que acabase judío antes de morir; es capaz de eso y de mucho más. Veremos; con tal que yo nada pierda, no diré que esa religión me convenga menos que otra cualquiera. Entre los judíos hay muchos ricos, y por otra parte es muy fastidioso tener que afeitarse. Sí, me convendría ser judío. Sin embargo, al menos por ahora debemos ser cristianos en cuerpo y alma. Me consuela pensar que nuestra divisa es aplicable a todas las creencias.

Se dirigió a la sala reflexionando sobre esta fuente de consuelo, y llamó para pedir el desayuno.

Lord George se vistió rápidamente, porque no necesitaba mucho rato para su tocador, y como era tan sobrio en sus comidas como en su

traje puritano, despachó en un abrir y cerrar de ojos su desayuno. Pero el secretario, que era más cuidadoso de los placeres de la vida o tal vez trataba de reunir fuerzas y vigor en favor de la causa protestante, no cesó de comer y beber a conciencia hasta el último momento, de modo que fue preciso que John Grueby lo llamase tres o cuatro veces para que se decidiera a abandonar la mesa. Bajó por último al patio limpiándose la boca, y después de pagar la cuenta a Willet, montó a caballo.

Lord George, que estaba paseándose por delante de la posada hablando entre dientes con ademanes grotescos y animados, después de contestar al saludo del posadero y a las reverencias de una docena de ociosos que había reunido en la puerta del Maypole la noticia de que iba a partir de la posada un verdadero lord de carne y hueso, montó también a caballo y se alejó escoltado por su secretario y el robusto John Grueby.

A John le había parecido lord George Gordon un gran señor muy ridículo, pero aún le extrañó más su figura cuando lo vio aquella mañana. Clavado como una lanza sobre su caballo, con el cabello largo y lacio que le colgaba en torno a la cara y despeinaba el viento, con todos sus miembros tiesos y puntiagudos, con los codos pegados a los costados como si los llevara atados, y con todo su cuerpo sacudido a cada movimiento del caballo como si fuese de una sola pieza, a duras penas podría concebirse una figura más grotesca. En vez de látigo empuñaba un enorme bastón con puño de oro, y sus diversas evoluciones para el manejo de esta arma pesada, primero recta delante de la cara como un sable de caballería, después al hombro como un fusil, más tarde entre el dedo índice y el pulgar y siempre con muy poca gracia, contribuían sobremanera a darle un exterior ridículo. Tieso, enjuto, solemne, vestido contra las leyes de la moda y desplegando con ostentación, fuera a propósito o por casualidad, todas

las singularidades de su porte, de sus gestos y de su exterior, todas las cualidades naturales y artificiales que lo distinguían de los demás hombres, hubiera hecho reír al observador más grave. Júzguese, pues, si excitaría las sonrisas y los cuchicheos de los burlones que lo saludaron al partir del Maypole.

El buen lord, sin cuidarse del efecto que había producido, trotaba al lado de su secretario entregándose a largos monólogos durante el camino hasta que llegaron a una o dos millas de Londres. Entonces empezaron a encontrar de vez en cuando algún transeúnte que lo conocía de vista y que se lo señalaba a sus compañeros parándose para contemplarlo o para gritar en son de burla o en serio: «<¡Viva lord George! ¡No más papismo!».

Cuando llegaron a la ciudad y se internaron por las calles, estos reconocimientos fueron más frecuentes; algunos se reían, otros silbaban, algunos volvían el rostro sonriendo, otros preguntaban con asombro quién era, y otros corrí-

an detrás de él por las aceras y le aplaudían. Cuando ocurría esto en medio de un grupo de carros, coches y sillas de mano que obstruían el paso, se detenía de pronto y, quitándose el sombrero, gritaba: «¡Caballeros, no más papismo!». Los caballeros respondían a este grito con atronadoras aclamaciones, y después continuaba su camino escoltado por veinte o treinta pilluelos que formaban una destemplada gritería.

También las viejas damas, puesto que había en las calles muchas viejas damas y todas lo conocían. Algunas de ellas, no de alto copete, sino de las que vendían verdura o llevaban cestos sobre sus hombros, palmoteaban con sus arrugadas manos y gritaban con voz ronca, aguda y chillona: «¡Viva milord!». Otras agitaban sus pañuelos o sus manos, o sacudían sus abanicos y sombrillas, y abrían las ventanas y gritaban precipitadamente a los que estaban dentro de las habitaciones: «¡Venid..., venid! ¡Ahora pasa!». Y lord George recibía todas estas demostraciones de aprecio popular con solem-

ne gravedad y respeto profundo, y saludaba con tanta frecuencia y bajando tanto el sombrero que apenas tenía un momento cubierta la cabeza, y miraba las casas por delante de las que pasaba con el ademán de un guerrero o monarca en un paseo triunfal, pero sin manifestar orgullo.

Así recorrieron la ciudad, con gran descontento de John Grueby, cruzando Whitechapel, Leadenhall Street, Cheapside y Saint Paul, y al llegar cerca de la catedral, lord George se paró, habló a Gashford, miró hacia lo alto de la gran cúpula y movió la cabeza como si dijera: «¡La Iglesia está en peligro!». Los espectadores lo ensordecieron con sus clamores, y reemprendió su camino en medio de las aclamaciones furibundas del populacho, a quien saludaba tocando casi el suelo con el sombrero. Siguió su marcha triunfal por el Strand, Swallow Street, Oxford Road, y desde allí hasta su casa en Welbeck Street, cerca de Cavendish Square, adonde lo acompañaron una docena de seguidores a los

que saludó desde la puerta con estas breves palabras:

-¡Caballeros, no más papismo! ¡Buenos días! ¡Dios os guarde!

Como esperaban un discurso, lo saludaron con cierto disgusto gritando: «¡Un discurso! ¡Un discurso!».

Iba a acceder a esta petición cuando John Grueby, cargando furiosamente contra ellos con los caballos que llevaba a la cuadra, obligó a aquellos vagos a dispersarse por los campos vecinos, donde se pusieron en seguida a jugar a cara o cruz, al hoyuelo, a pares y nones, a combates de perros y otros entretenimientos protestantes.

Por la tarde volvió a salir lord George vestido con casaca de terciopelo negro, calzón ancho y chaleco escocés del clan Gordon, prendas todas de aire cuáquero, y se dirigió a pie a Westminster con este traje que le daba un aspecto veinte veces más ridículo y extravagante. Gashford se había quedado en casa y seguía

trabajando cuando poco después de anochecer Grueby entró a anunciarle una visita.

-Que entre -dijo Gashford.

-¡Por aquí! -dijo Grueby en un tono áspero desde la puerta mirando hacia la antesala-. Supongo que sois protestante.

-Hasta la muerte -respondió una voz bronca.

-Tenéis toda la pinta -dijo John Grueby-. Os hubiera creído protestante aunque hubieseis dicho lo contrario.

Hecha esta observación, introdujo al de la voz bronca, se retiró y cerró la puerta. El hombre que entró en la sala era pequeño, ancho de espaldas, barrigudo, de frente baja, cabellos enmarañados y ojos tan pequeños y tan juntos que parecía que únicamente su nariz chata impedía que se juntaran y formasen un solo ojo extraordinario. Un corbatín de color oscuro retorcido alrededor de su cuello como una cuerda dejaba ver sus abultadas venas, hinchadas y prominentes como si fuesen a reventar, y su traje de terciopelo raído era de color rapé, o

más bien del color de ceniza de pipa o de ascua apagada con agua, y estaba además lleno de manchas de vino y de grasa y olía a taberna a doce pasos de distancia. En vez de cordones llevaba en las rodillas tiras de cuero sacadas de algún zapato viejo, y empuñaba con sus sucias manos un garrote nudoso cuyo puño esculpido representaba la tosca imagen de su innoble figura. Tal era el personaje que se quitó el tricornio para saludar a Gashford y esperó a que le dirigiesen la palabra.

-¡Hola, Dennis! -dijo el secretario-. Sentaos.

-Acabo de ver a milord allá -dijo Dennis señalando con el dedo pulgar en dirección al barrio donde habitaba- y me ha dicho: «Dennis, si no estáis ocupado, id a mi casa y hablad con Gashford». Como sabéis muy bien, no me aprieta el trabajo, pues las tardes las tengo libres. ¿Qué creéis que hacía cuando oí a milord? Tomaba el aire de la noche.

Y prorrumpió en una estúpida carcajada.

-También tomáis el aire por la mañana -dijo el secretario- cuando salís acompañado de una escolta como un rey.

-¡Como un rey! -exclamó Dennis dándose una palmada la pierna-. Nadie os gana a gracioso, ni en Londres ni en Westminster. No lo digo por ofender a milord, pero en cuanto a genio no os llega a la suela de los zapatos.

-Cuando salís en vuestra carroza, con vuestro capellán al lado -añadió el secretario.

-¡Bravo! Me haréis reventar de risa -dijo Dennis prorrumpiendo en otra carcajada aún más estúpida y estrepitosa-. Pero ¿qué hay de nuevo. Gashford? -preguntó con voz vinosa y sorda como si saliese de una cuba-. ¿Estamos a punto de recibir la orden de pegar fuego a alguna capilla papista u otra broma por el estilo?

-¡Callad! -dijo el secretario sonriendo con discreción-. ¡Qué deprisa vais, Dennis! Ya sabéis que nuestra asociación defiende la paz y el respeto a la ley.

-Ya lo sé -dijo Dennis dando un chasquido con la lengua-. No me chupo el dedo.

-Os conozco bien -dijo Gashford sonriendo.

Dennis prorrumpió en otra carcajada y se dio sendas palmadas en la pierna. Su risa duró tanto rato que su cara se puso colorada como un tomate y se enjugó las lágrimas con su mugriento corbatín.

-Lo digo y lo diré siempre: no hay otro como vos en toda Inglaterra -dijo Dennis cuando dominó su risa.

-Lord George y yo hablamos de vos anoche -dijo Gashford después de una pausa-. Dice que sois un muchacho muy fiel.

-Sí, lo soy -contestó el verdugo.

-Y que odiáis a muerte a los papistas.

-¡Sí, los odio!

Y corroboró su aserto con una horrible blasfemia.

-Mirad, Gashford -continuó dejando el sombrero y el palo en el suelo y golpeándose lentamente la palma de una de sus manos con los

dedos de la otra-, soy un funcionario público que trabaja para vivir y cumple con su deber honradamente. ¿Es verdad o no?

-Por supuesto.

-Mi cargo es elevado, protestante, constitucional, un cargo inglés. ¿Es verdad o no?

-¿Y quién lo duda?

-Dice el Parlamento: «Si un hombre, una mujer o un niño hace alguna cosa contraria a cierto número de leyes...». ¿Cuántas leyes tenemos que condenan a la horca, Gashford? ¿Cincuenta?

-No sé el número exactamente -respondió Gashford arrellanándose en la silla y bostezando-, pero sé que son muchas.

-Bueno. Supongamos que son cincuenta. El Parlamento dice: «Si un hombre, una mujer o un niño hace alguna cosa contra una de estas cincuenta leyes, el hombre, la mujer o el niña han de ser ejecutados por Dermis». Jorge III intervino cuando el número subió con exceso en la última legislatura, y dijo: «Digo que tiene

mucho que hacer Dennis, y por lo tanto me quedo con la mitad y la otra mitad para Dennis». Sin embargo, algunas veces me traen alguno que no me espero, como hace tres años; cuando me entregaron a Mary Jones, aquella mujer de diecinueve años que conduje a Tyburn con su bebé y que ahorqué por haber robado una pieza de tela en el mostrador de una tienda de Ludgate Hill. La muy necia iba a devolver lo robado cuando la atisbó el tendero. No había cometido crimen alguno hasta aquel día, y si cedió entonces a la tentación fue porque habían cogido a su marido tres semanas antes en una leva y se había visto obligada a mendigar con dos niños, como probó después en el proceso. ¡Ja, ja, ja! ¿Qué importaba su inocencia anterior? La ley de Inglaterra está por encima de todo, la gloria de nuestro país. ¿No es cierto, Gashford?

-Por supuesto.

-Y en lo venidero -continuó el verdugo-, si nuestros nietos piensan en la época de sus

abuelos y ven que han cambiado las costumbres, dirán: «¡Qué tiempo aquél! Ni para descalzarlos valdríamos nosotros». ¿No es verdad que lo dirán?

-Seguro que lo dirán -respondió el secretario.

-Pues bien, escuchad con atención -dijo el verdugo-: si esos papistas se apoderan del gobierno y se ponen a hervir y asar a la gente en vez de ahorcarla, ¿qué será de mi empleo? Y si suprimen mi empleo, que forma parte de tantas leyes, ¿qué será de las leyes en general? ¿Qué será de la religión? ¿Qué será de Inglaterra? ¿Vais alguna vez a la iglesia, Gashford?

-¿Alguna vez? -repitió el secretario con indignación-. ¡Qué pregunta!.

-Pues... lo mismo que yo -dijo el verdugo-. He ido a la iglesia también una o dos veces, incluyendo el día que me bautizaron. Mirad, Gashford, cuando me dijeron que se iba a suplicar al Parlamento y me acordé del gran número de leyes de horca que se votaban en cada

legislatura, me di yo también por suplicado, porque ya comprenderéis -continuó volviendo a coger el palo y agitándolo con ademán de amenaza- que malditas las ganas que tengo de que vengan a quitarme mi empleo protestante ni de que se cambie nada en la situación actual, y haré cuanto pueda para impedirlo. No quiero que los papistas vengan a mezclarse en mis asuntos, a no ser que recurran a mí para hacerse ejecutar con arreglo a la ley, ni quiero que cuezan, asen ni frían a la gente, sino que se contenten con ahorcarla. Milord tiene razón al decir que soy un hombre fiel. Para defender el principio protestante de ahorcar a docenas, me tendréis siempre dispuesto, y sabré quemar, combatir, matar y hacer cuanto me mandéis, por atrevido o diabólico que sea -añadió dando golpes en el suelo con el palo-, aun cuando al final me vea transformado de ahorcador en ahorcado. ¡Soy un fiel protestante!

Como era de esperar, acompañó esta frecuente prostitución de la noble palabra «protes-

tante», destinada a los peores propósitos, vomitando como un loco más de veinte maldiciones y blasfemias, y después se enjugó la cara con el corbatín y gritó: «¡No más papismo! ¡Soy un fiel protestante!».

Gashford, que continuaba arrellanado en la silla, lo miraba con ojos tan hondos y tan oscurecidos por sus abultadas cejas que el verdugo podía muy bien creer que estaba ciego. Permaneció sonriendo un rato en silencio y después dijo con voz lenta:

-Veo en efecto que sois un muchacho celoso, Dennis, un hombre de gran precio, uno de los mejores de nuestros asociados. Pero os falta sosiego, os falta ser pacífico y manso como un cordero. Procurad enmendaros.

-Bien, bien, ya veremos, Gashford, ya veremos. No tendréis quejas de mí -repuso el verdugo negando con la cabeza.

-Confío en ello -dijo el secretario con el mismo tono amable y el mismo énfasis-. Según parece, en el próximo mes, o como muy tarde

en mayo, cuando se presente en la cámara la ley en favor de los papistas, tendremos que reunirnos por primera vez. Milord tiene proyectado hacer una manifestación por las calles para hacer gala de nuestra fuerza y para acompañar nuestra petición hasta la puerta de la Cámara de los Comunes.

-Cuanto antes mejor -afirmó Dennis lanzando otra maldición.

-Como el número de participantes será muy elevado, tendremos que marchar por divisiones, y creo que puedo atreverme a decir, aunque no me han dado instrucciones terminantes sobre este punto, que lord George es del parecer que vos seríais un jefe muy apto para una de esas divisiones, y yo comparto su opinión.

-Haced la prueba y veréis que milord no se equivoca -dijo el verdugo guiñando el ojo de una manera atroz.

-Sé que tendréis serenidad -continuó el secretario sonriendo y lanzando sus miradas cavernosas como a través de una tronera-, que

guardaréis bien vuestra consigna y que os portareis con moderación. Estoy seguro de que no expondréis vuestra columna al peligro.

-La expondría, Gashford...

El verdugo iba a echarlo todo a perder cuando el secretario se levantó precipitadamente, se llevó el índice a los labios y cogió la pluma en el mismo momento en que entraba John Grueby.

-¡Otro protestante! -dijo Grueby desde la puerta.

-Que espere un momento -dijo el secretario con la voz más amable-, estoy muy ocupado.

Pero John Grueby había introducido ya al nuevo protestante, y no pudo cumplir el mandato. El nuevo protestante era Hugh en persona.

XXXVIII

El secretario se puso la mano delante de los ojos para defenderlos de la luz del quinqué, y durante un rato contempló a Hugh frunciendo las cejas como si se acordase de haberlo visto alguna vez pero sin saber cuándo ni dónde. Su incertidumbre duró poco, porque antes de que Hugh hubiese pronunciado una palabra dijo al mismo tiempo que retiraba la mano:

-Sí, sí, me acuerdo. Está bien, Grueby, podéis retiraros... No os vayáis, Dennis.

-Vuestro servidor -dijo Hugh cuando hubo salido Grueby.

-Gracias, amigo mío -respondió el secretario con amabilidad-. ¿Puedo saber el objeto de vuestra visita? ¿Nos olvidamos tal vez de pagar a vuestro amo?

Hugh se rió al oír esta pregunta y, metiéndose la mano en el bolsillo del chaleco, sacó una de las proclamas, sucia y arrugada, y la dejó sobre la mesa después de alisar el papel y

tratar de borrar los pliegues con la ancha palma de su mano.

-Os olvidasteis esto, pero cayó en buenas manos, como veis.

-¿Qué es esto? -dijo Gashford examinando el papel con aire de inocente sorpresa-. ¿Dónde habéis encontrado esto? ¿Qué significa?

Algo desconcertado con esta acogida, Hugh dirigió una mirada interrogadora a Dennis, que se había levantado y estaba también cerca de la mesa, observando de reojo al criado del Maypole y manifestando la mayor simpatía por sus maneras y su aspecto. Creyéndose apelado en silencio a proceder así, Dennis inclinó tres veces la cabeza como confirmando lo que decía Gashford: «No, no sabe lo que significa, me consta que no lo sabe, juraría que no sabe lo que significa», y ocultando su perfil a Hugh con una de las puntas de su sucio corbatín, hacía guiños elocuentes y se burlaba detrás de esta careta admirando la conducta discreta del secretario.

-Supongo que diréis lo mismo a todos los que vengan a veros -dijo Hugh-. No leo muy bien, pero se lo he entregado a un amigo y me ha asegurado que decía esto.

-Sí, es cierto -repuso Gashford abriendo desmesuradamente los ojos-. En mi vida me había sucedido cosa semejante. ¿Cómo ha llegado esto a vuestras manos?

-Gashford -dijo el verdugo en voz baja-, no he visto un hombre igual en todas las cárceles de Londres.

Fuera porque había oído estas palabras o porque había adivinado por la sonrisa de Dennis y la cara solapada de Gashford que se estaban burlando de él, Hugh adoptó una expresión grosera y osada, según su costumbre, y dijo volviendo a tomar la palabra:

-No prestéis atención al papel, ni a lo que dice o lo que no, dice. No sabéis nada de él, no más que yo, no más que él -añadió lanzando una mirada a Dennis-. Nadie sabe lo que significa ni de dónde ha salido. Quiero alistarme

contra los católicos, soy antipapista y estoy dispuesto a entrar en la asociación. Por eso he venido.

-Incluidlo en la lista, Gashford -dijo Dennis con ademán de aprobación-. Así me gustan los hombres, que sean francos y vayan al grano.

-¿De qué sirve gastar pólvora en salvas? -dijo Hugh.

-¡Este mozo es mi propia imagen! -exclamó el verdugo-. He aquí un soldado que honraría mi división, Gashford. Alistadlo, alistadlo sin tardanza. Quiero ser su padrino aunque para su bautizo sea preciso hacer una hoguera con los billetes del Banco de Inglaterra.

El verdugo acompañó este testimonio de confianza y otros cumplidos no menos lisonjeros con una buena palmada en hombro de Hugh, que éste le devolvió sin hacerse esperar.

-¡Abajo el papismo, hermano! -gritó el verdugo.

-¡Abajo la propiedad, hermano! -respondió Hugh.

-El papismo, el papismo -dijo el secretario con su habitual mansedumbre.

-¿Qué importa? -dijo Dennis-. Abajo también. Mi amigo tiene razón. ¡Abajo todo el mundo! ¡Viva la religión protestante!

El secretario los contempló con una expresión muy favorable mientras daban rienda suelta a todas estas demostraciones de sus sentimientos patrióticos, e iba a hacer alguna advertencia en voz alta, cuando el verdugo se acercó a la silla de Gashford, le tapó la boca con la mano, y le dijo al oído con voz ronca mientras le tocaba con el codo:

-No le digáis que soy un funcionario público. Sabéis que hay cierta inquietud popular, y quién sabe si no le desagradaría saber a qué me dedico. Esperad a que seamos amigos más íntimos. Es un hombre robusto, ¿no es cierto?

-¡Sin duda!

-¿Habéis visto jamás, Gashford -dijo el verdugo con la admiración salvaje y monstruosa de un caníbal hambriento mirando a su amigo

íntimo-, habéis visto jamás un cuello como el suyo? -Entonces se acercó más al oído del secretario ocultando la boca con las dos manos-. Miradlo, miradlo. ¡Qué cuello para darle dos vueltas con la cuerda!

El secretario aprobó esta opinión con toda la gracia que pudo, pero hay goces que difícilmente pueden simularse no siendo del oficio, y después de hacer al candidato un pequeño número de preguntas poco importantes, procedió a su alistamiento como miembro de la Gran Asociación Protestante de Inglaterra.

Si alguna cosa hubiese podido superar la alegría que causó al verdugo la feliz conclusión de esta ceremonia, habría sido el alborozo con que escuchó la declaración que hacía el nuevo socio de no saber leer ni escribir.

-Estas dos ciencias, ¡voto al diablo! -decía el verdugo-, son la peor maldición que pueda caer sobre una sociedad civilizada y causan más perjuicio a los emolumentos personales y a la utilidad de la gran profesión pública que tengo

la honra de ejercer, que todos los azotes que Dios ha enviado al mundo como castigo.

Habiéndose verificado el alistamiento y después de contar Gashford al neófito los medios pacíficos y estrictamente legales de la corporación a que ya tenía la honra de pertenecer, durante lo cual el verdugo tocó con frecuencia a Gashford con el codo y le hizo diversas muecas, el secretario les manifestó que deseaba quedarse solo.

Los dos nuevos amigos se despidieron de él al momento y salieron juntos de la casa.

-¿Queréis dar un paseo, hermano? -le preguntó el verdugo.

-Vamos adonde gustéis -respondió Hugh.

-He aquí lo que se llama un buen amigo -dijo el verdugo-. ¿Adónde podemos ir? ¿Queréis que vayamos a echar una ojeada a las puertas donde debemos armar bronca algún día? ¿Qué os parece?

Habiendo aceptado Hugh la oferta, se dirigieron hacia Westminster, donde las dos cáma-

ras del Parlamento estaban entonces reunidas en sesión, e internándose por entre los coches, los caballos, los lacayos, las sillas de mano, los mozos de cordel y los vagos ociosos de toda ralea, recorrieron las cercanías. El nuevo amigo de Hugh le señaló enfáticamente las partes débiles del edificio, le explicó que era muy fácil penetrar en el corredor y desde allí hasta la misma puerta de la Cámara de los Comunes, le hizo ver por fin que cuando avanzasen en masa, sus alaridos y sus aclamaciones llegarían fácilmente hasta los oídos de los miembros del Parlamento, y añadió otras muchas observaciones análogas que escuchó Hugh con el mayor placer.

Le indicó también el nombre de algunos de los lores y los comunes mientras éstos entraban y salían, si eran amigos de los papistas o no, y le instó a prestar atención a sus libreas y maletines. En ocasiones lo acercó a las ventanillas de un carruaje que pasaba para que viera la cara de su dueño a la luz de las farolas; y mostró

grandes conocimientos acerca de los que por allí pasaban y de todo el lugar, y quedó evidente que lo había estudiado todo con frecuencia antes, como, cuando se hubieron tenido un poco más de confianza, confesó. Cuando hubieron recorrido la calle y todas las cercanías del edificio durante unas dos horas, se alejaron de allí, y Dennis le preguntó qué era lo que pensaba de lo que acababa de ver y si estaba dispuesto a armar gresca en caso de que fuera necesario.

-Por supuesto -dijo Hugh.

-Yo también -respondió el verdugo-, y somos muchos.

Entonces se dieron un apretón de manos acompañado de una terrible maldición y de espantosas imprecaciones contra los católicos. Como tenía sed, Dennis propuso ir a hacer una visita a la taberna The Boot, donde había excelente compañía y buenos licores. Hugh no se hizo de rogar, y se dirigieron a aquel templo de Baco sin perder un momento. The Boot era un establecimiento público situado en el campo, a

espaldas del hospicio, sitio muy solitario en aquella época y enteramente desierto al caer la noche.

La taberna estaba distante de las calles principales, y se comunicaba con la ciudad por un callejón estrecho y sombrío, de modo que Hugh se sorprendió al encontrar en ella una concurrencia numerosa. Pero fue mayor su asombro cuando reconoció en aquellas gentes todas las caras que habían llamado su atención entre la multitud. Sin embargo, como el verdugo le había advertido en voz baja antes de entrar que en The Boot era considerado de mala educación mostrar curiosidad por los parroquianos, se guardó para sí las reflexiones y manifestó que no conocía allí a nadie.

Antes de llevarse a los labios el licor que les habían servido, Dennis brindó en voz alta por lord George Gordon, presidente de la Gran Asociación Protestante, y Hugh correspondió a este brindis con el mismo entusiasmo. Había en la taberna un violinista, que parecía desempe-

ñar el cargo de trovador oficial de la concurrencia, que se puso a tocar inmediatamente un canto guerrero de Escocia, y lo hizo con tanta destreza que Hugh y su amigo, que ya se habían bebido dos o tres vasos, se levantaron de sus asientos como de común acuerdo y con grande admiración de los parroquianos formados en círculo ejecutaron el baile de «No más papismo».

XXXIX

No habían cesado aún los aplausos que el baile ejecutado por Hugh y su nuevo amigo arrancó a los espectadores de The Boot, y los dos bailarines estaban aún sin aliento a causa de sus cabriolas, que habían sido de gran violencia, cuando la concurrencia recibió un nuevo refuerzo. Era una sección de los Perros de Presa Unidos que mereció halagüeños comentarios de distinción y respeto.

El jefe de esta cuadrilla poco numerosa (se componía de tres, contándolo a él) era nuestro viejo amigo Simon Tappertit, que parecía, físicamente hablando, haber empequeñecido en lugar de crecer con los años (particularmente por lo que hacía a sus piernas, que eran verdaderamente minúsculas), mientras que en lo moral, en cuestión de dignidad personal y autoestima, había crecido como un gigante. No era necesario ser muy observador para descubrir estos sentimientos en el antiguo aprendiz,

pues no sólo se pavoneaba con el fin de causar impresión y no dejar lugar a dudas con una actitud majestuosa y una mirada fulminante, sino que había encontrado además un excelente medio de expresión en su nariz que, apuntando hacia arriba, parecía afectar el más profundo desdén hacia todas las cosas de la tierra y no querer entrar en comunicación más que con el cielo.

Simon Tappertit, como jefe o capitán de los Perros de Presa, iba acompañado de sus dos lugartenientes; uno era el alto compañero de su vida juvenil, y el otro un Caballero Aprendiz de antaño, Mark Gilbert. Estos caballeros, lo mismo que su jefe, se habían emancipado ya de su esclavitud de aprendices y servían como oficiales, pero en su humilde anulación del gran ejemplo que tenían a la vista, eran almas atrevidas, audaces, y aspiraban a un papel distinguido en los grandes acontecimientos políticos. Por esta razón se habían aliado con la Asociación Protestante de Inglaterra, sancionada por

el nombre de lord George Gordon, y a esto se debía también su visita actual a The Boot.

-¡Caballeros! -dijo Tappertit quitándose el sombrero como si fuera un famoso general que se dirige a su tropa-. Bien hallados. Milord nos hace el honor de mandarnos sus saludos.

-¿Habéis visto a milord? -preguntó Dennis-. Yo le he visto esta tarde.

-Mi deber me llamaba a las puertas de la cámara una vez cerrada la tienda, y lo he visto allí, caballero -respondió Tappertit al mismo tiempo que se sentaba con sus dos subordina das-. ¿Estáis bien?

-Muy bien -dijo el verdugo-. Os presento a un nuevo hermano, apuntado hoy mismo en la lista por Gashford. Hará honor a la causa porque es un valiente. Miradlo: ¿no os parece que es un hombre que cumplirá con su obligación? ¿Qué decís? -gritó dando una palmada en las espaldas a Hugh.

-Que lo parezca o no lo parezca -respondió Hugh, cuyo brazo hizo una floritura de borra-

cho-, soy el hombre que necesitáis. Aborrezco a los papistas, a todos, desde el primero hasta el último. Me aborrecen y los aborrezco. Me hacen todo el mal que pueden y yo les haré todo el mal que pueda.

-¿Habéis visto jamás un mozo como éste? -dijo Dennis cuando se desvaneció el eco de la voz petulante de Hugh-. Creedme si queréis, hermanos, pero aunque Gashford hubiera andado cien mil millas y alistado a cincuenta hombres normales, no habría hecho tan buena adquisición.

La mayor parte de los circunstantes se adhirió implícitamente a esta opinión y manifestó su confianza en Hugh con inclinaciones de cabeza y miradas muy elocuentes. Simon Tappertit lo contempló largo rato en su asiento, como si suspendiera el juicio, después se aproximó a Hugh para examinarlo más de cerca y por último lo cogió del brazo y lo condujo a un extremo de la sala.

-Decidme -preguntó dando principio a su interrogatorio frunciendo las cejas-, ¿no os he visto ya en alguna parte?

-Es muy posible -respondió Hugh con indiferencia-. No lo sé, pero no sería extraño.

-No, pero es fácil comprobarlo -repuso Simon-. Miradme bien: ¿me habéis visto alguna vez? Probablemente no lo habríais olvidado. Miradme, no tengáis miedo, no os haré ningún daño.

La alentadora manera en que Tappertit hizo esta pregunta divirtió muchísimo a Hugh, de modo que cesó de ver al hombrecillo que tenía delante cuando cerró los ojos en un acceso de risa tan estrepitosa que le daba convulsiones y dolor en el vientre.

-Responded -dijo Tappertit, que comenzaba a impacientarse al verse tratado con tanta irreverencia-. ¿Me conocéis, muchacho?

-No -respondió Hugh comprimiéndose con las manos los costados-. ¡Ja, ja, ja! No, pero quisiera conoceros.

-Pues yo apostaría una moneda de siete chelines -dijo Tappertit cruzándose de brazos y mirándolo cara a cara con las piernas muy separadas y sólidamente apoyadas en el suelo- que habéis sido mozo del Maypole.

Hugh abrió los ojos al oír estas palabras y lo miró con gran sorpresa.

-Y lo erais, en efecto -continuó Tappertit-. Mis ojos no han engañado nunca más que a las muchachas lindas. ¿No me conocéis ahora?

-¿Sois acaso...? -balbuceó Hugh.

-¿Aún no estáis seguro? -dijo Tappertit-. Supongo que conocéis a Gabriel Varden.

Hugh conocía en efecto al cerrajero y también a su hija Dolly, pero no contestó.

-Recordaréis quizá que cuando era aún aprendiz iba al Maypole a saber noticias de un vago que había huido de su casa dejando a su pobre padre desconsolado. ¿Tampoco os acordáis de eso?

-Sí, me acuerdo -dijo Hugh-. Allí debí de veros.

-Sí, allí me visteis -dijo Tappertit-. De no ser por mí no se hubiera hecho nada de provecho. ¿No os acordáis de que os creí amigo de aquel vago y que por este motivo por poco nos pegamos? ¿No os acordáis, además, de que, habiendo sabido que lo detestabais os invité a echar un trago? ¿No os acordáis de eso?

-Sí.

-Bien. ¿Sois aún de la misma opinión?

-¡Claro que sí! -gritó Hugh.

-Habláis como un hombre -dijo Tappertit-. Y os daré un apretón de manos. Tras estas expresiones conciliadoras, la acción siguió a la palabra. Hugh correspondió amistosamente a Simon, y la ceremonia se llevó a cabo con demostraciones de franca cordialidad.

-Señores -dijo Tappertit mirando a todos los allí presentes con la mayor gravedad-, os anuncio que el hermano..., ignoro su nombre..., y yo somos antiguos amigos..., ¿No habéis oído hablar más de aquel perdido?

-Ni una palabra -respondió Hugh-. Tampoco lo deseo. Pero no espero oír hablar más de él, porque creo que murió ya no sé dónde.

-Creamos en favor de la humanidad en general y de la dicha de la sociedad que ha muerto ya -dijo Tappertit frotándose las piernas con la palma de la mano, que se miraba de vez en cuando-. ¿Tenéis la otra mano menos sucia? Da lo mismo. Os debe otro apretón, pero supongo que lo daréis por recibido.

Hugh volvió a prorrumpir en locas carcajadas y se entregó tan completamente a su buen humor que parecía que sus miembros iban a dislocarse y todo su cuerpo corría el peligro de estallar como una granada. Pero Simon Tappertit, lejos de acoger con enfado este júbilo tan exagerado, se lo tomó a bien y hasta se unió a su regocijo en la medida en que podía hacerlo un personaje tan grave y de categoría tan elevada que conoce la reserva y el decoro que debe guardar en todas ocasiones un hombre que ocupa una elevada posición.

Tappertit no se contentó con esto, como hubiesen hecho muchos personajes públicos, sino que, llamando a sus dos subalternos, les presentó a Hugh con las más halagüeñas recomendaciones, declarando que en los tiempos que corrían era hombre digno de toda consideración. Le hizo además el honor de advertir que su ingreso llenaría de orgullo a los Perros de Presa Unidos, y después de haberse cerciorado sondeándolo de que estaba dispuesto a entrar gustoso en la Sociedad (¿qué le importaba a Hugh que aquella noche hubiera entrado en la sociedad más terrible y peligrosa?), quiso que se verificasen en el acto los preliminares indispensables. Esta honra al mérito reconocido entusiasmó a Dennis, el cual lo manifestó con una avalancha de maldiciones y blasfemias muy satisfactorias, y todos los concurrentes aplaudieron con alborozo una distinción tan meritoria.

-¡Haced de mí lo que queráis! -exclamó Hugh agitando en el aire el vaso que había va-

ciado ya dos o tres veces-. Imponedme el servicio que se os antoje. Soy vuestro y cumpliré con mi deber. He aquí mi capitán..., he aquí mi jefe... ¡Ja, ja, ja! ¡Que me lo mande, y yo solo combatiré con todo el Parlamento o arrojaré una antorcha encendida al trono del rey!

Al decir esto descargó en la espalda de Tappertit un golpe tan violento que su pequeño cuerpo pareció reducirse a su más mínima expresión. Después prorrumpió en nuevas carcajadas tan estrepitosas que a buen seguro que hubieron de despertarse estremeciéndose en sus camitas los niños expósitos del establecimiento inmediato. En efecto, la idea de la singular protección que la casualidad le había brindado le parecía tan cómica que no podía quitársela de su rudo cerebro. Verse subordinado a aquel formidable capitán al que hubiera aplastado de un puñetazo se presentó a sus ojos como algo tan excéntrico y fantástico que una especie de júbilo salvaje poseía y sojuzgaba todo su ser. Reiteró sus carcajadas, brindó cien

veces por Tappertit, se declaró Perro de Presa hasta la médula y juró serle fiel hasta derramar la última gota de su sangre.

Tappertit recibió estos cumplimientos como cosas muy naturales..., tal vez algo aduladoras, pero cuya exageración sólo debía atribuirse a su inmensa superioridad. Su grave aplomo divirtió todavía más a Hugh, y en última instancia, el gigante y el enano contrajeron una amistad que prometía ser duradera, porque el uno consideraba el mando como su derecho legítimo, y el otro consideraba su obediencia como una broma muy graciosa. Así pues, para demostrar que no sería uno de esos acólitos pasivos que tienen escrúpulo en obrar sin órdenes categóricas y terminantes, cuando Tappertit se encaramó a un tonel vacío que estaba en pie a guisa de tribuna e improvisó un discurso sobre la crisis alarmante que iba a estallar, el achispado Hugh fue a colocarse al lado del orador y, aunque se reía a cada palabra de su capitán, dirigía a los burlones advertencias enarbolando su

garrote, de tal modo que los que estaban más dispuesto a interrumpir al orador prestaron una notable atención y fueron los primeros en dar señales de aprobación y en aplaudir.

No era sin embargo todo risas en The Boot, ni todos los parroquianos escuchaban el discurso, pues se veían de vez en cuando en el extremo de la sala, que era muy larga y baja de techo, algunos hombres conversando. Cuando uno de estos personajes salía de la taberna entraba otro y ocupaba su sitio, como si debiera relevarlo, y así era indudablemente, pues estas entradas y salidas se verificaban cada media hora. Estas personas hablaban en voz baja, estaban separadas y miraban a alrededor con frecuencia, como si temiesen que algún indiscreto oyese lo que decían. Dos o tres de ellos apuntaban en libros los partes que traían los recién llegados, y cuando deja los lapiceros, recurrían a los periódicos esparcidos sobre mesa y leían en voz baja a los demás en el *St. James Chronicle*, el *Herald*, el *Chronicle* o el *Public Ad-*

vertiser algún pasaje relativo a la cuestión que tanto interesaba a todos. Pero lo que atraía más su atención era un folleto titulado *El trueno*, que propugnaba sus mismas opiniones y era considerado en aquella época una emanación directa de la Asociación. Era requerido constantemente, y fuera leído en voz alta a un pequeño grupo entregado, o repasado por un solo lector, seguía infaliblemente a lectura una borrascosa conversación.

En medio de su alegría y su admiración hacia su capitán, Hugh reconoció en estos indicios y otros muchos el aire misterio que le había llamado la atención antes de entrar. Era claro como la luz del día que se tramaba algún asunto grave, que las ruidosas consumiciones de la taberna ocultaban maquinaciones peligrosas. Como hacía poco caso de este descubrimiento, hubiera permanecido allí sin temor hasta la mañana siguiente si su guía no se hubiese levantado a las doce de la noche para retirarse a su casa. Tappertit siguió el ejemplo de Dennis y

no le quedó ya a Hugh pretexto alguno para quedarse. Salieron, pues, los tres juntos de la taberna entonando una canción de «No más papistas» con voces tan destempladas que se pusieron a ladrar todos los perros del vecindario.

-¡Otra copla, capitán -gritó Hugh, que se había quedado afónico.

Tappertit entonó otra copla sin hacerse de rogar, y el trío continuó su camino con paso vacilante, cogidos los brazos, lanzando desaforados gritos y desafiando a los vigilantes nocturnos con la mayor osadía. Aunque lo cierto es que no era tanta su audacia ni tan exagerado su valor si se tiene en cuenta que los vigilantes de aquella época, debiendo sus empleos a una edad avanzada o a achaques crónicos, se encerraban herméticamente en sus garitas a los primeros síntomas de gresca y no salían hasta que se habían alejado los alborotadores. El verdugo, que tenía una voz de bajo profundo y unos pulmones muy fuertes, se distinguía en

estas escandaleras y lo admiraban con justicia sus dos compañeros.

-¡Qué reservado y discreto sois! -dijo Tappertit-. ¿Por qué no decís nunca cuál es vuestra profesión?

-Tengo una profesión tan distinguida, hermano, como la del más encopetado caballero de Londres, una ocupación tan descansada como pudiera desearla un lord.

-¿Habéis hecho aprendizaje? -preguntó Tappertit.

-No. Mi oficio no se aprende, es cosa de afición, de genio natural. Gashford sabe cuál es mi profesión. ¿Veis esta mano? Pues bien, sin necesidad de aprendizaje, he trabajado siempre con una destreza que nadie había desplegado hasta mí. Cuando contemplo esta mano -dijo el verdugo agitándola en el aire-, y recuerdo los elegantes quehaceres a que se ha dedicado, siento que se apodera de mí la melancolía al pensar que me vuelvo viejo y se me acaban las

fuerzas. ¡Como ha de ser! La vida ha de seguir su curso fatal.

Exhaló un profundo suspiro al abandonarse a estas reflexiones y, apoyando como por distracción sus dedos en el cuello de Hugh, particularmente debajo de la oreja izquierda, como si estudiase el desarrollo anatómico de esta parte de su cabeza, negó con la suya con ademán consternado y vertió verdaderas lágrimas.

-Diría que sois un artista o cosa parecida -dijo Tappertit.

-Sí -respondió el verdugo-, sí... Puedo llamarme un artista..., un primoroso artesano. Mi divisa es: «El arte embellece la naturaleza».

-¿Qué es esto? -dijo Tappertit tomándole de la mano el bastón.

-¿El puño? Es mi retrato -respondió Dennis-. ¿Verdad que se me parece?

-No digo que no, aunque os favorece bastante -dijo Tappertit-. ¿Quién lo ha hecho, vos?

-¡Yo! -repuso Dermis mirando con ternura su imagen-: Quisiera tener tanto talento. Este

retrato lo esculpió uno de mis amigos que ya no existe. La víspera misma de su muerte lo hizo de memoria con la navaja que llevaba en el bolsillo. «Moriré con valor -dijo mi amigo-, y mis últimos momentos los dedicaré a hacer el retrato de Dennis.»

-¡Qué idea tan original! -dijo Tappertit.

-Sí, sí, una idea muy original -repuso el verdugo soplando sobre la nariz de su retrato y sacándole lustre con la manga de su chaqueta-. Pero era un hombre aventurero..., una especie de gitano... Uno de los mozos más guapos que he conocido en mi vida. Aquel amigo mío dijo el día mismo de su muerte cosas que os harían estremecer.

-¿Estabais a su lado cuando murió? -dijo Tappertit.

-Pues ¿no había de estar? -dijo Dennis sonriéndose y lanzando una mirada muy singular-. Ya lo creo: como que de no ser por mí no se hubiera ido al otro mundo con tanta comodidad. Me había encontrado en las mismas cir-

cunstancias con tres o cuatro individuos de su familia. Todos eran unos guapos mozos.

-Os apreciarían mucho-dijo Tappertit dirigiéndole una rada oblicua.

-No sé si me querían -respondió Dennis, vacilando-, pero todos murieron a mi lado y hasta heredé su ropa. El pañuelo que llevo en el cuello pertenecía a uno de ellos, al que hizo mi retrato.

Tappertit miró el pañuelo y pareció decirse a sí mismo que el difunto tenía ideas muy particulares en el vestir, y en todo caso, no muy costosas. No comunicó, sin embargo, esta reflexión, y dejo que su misterioso amigo continuase.

-Estos calzones -dijo Dennis golpeándose las piernas-, estos mismos calzones... pertenecían a uno de mis amigos, que se libró para siempre de las tribulaciones de la vida. Esta chaqueta... ¡Si supierais cuántas veces seguí al individuo que la llevaba por calles y plazas preguntándome si algún día sería mía! Este par de zapa-

tos bailaron más de una danza marinera hasta que quedaron inmóviles por toda una eternidad. ¿Y qué diré de este sombrero? -añadió quitándoselo y haciéndole dar vueltas sobre su mano-. Cuando pienso que vi tantas veces este sombrero sobre el pescante de un coche de alquiler...

-Supongo que no han muerto todas las personas a quienes pertenecían esos objetos -dijo Tappertit alejándose dos o tres pasos del verdugo al hacerle esta pregunta.

-Todos han muerto -respondió Dennis.

-¿Todos?

-Todos, desde el primero hasta el último.

Había algo tan lúgubre en esta circunstancia, que explicaba de una manera tan extraña y horrible su traje usado, descolorido y manchado tal vez por la tierra de los sepulcros, que Tappertit anunció bruscamente que tenía que retirarse a su casa y se detuvo para darles las buenas noches.

Como se hallaban cerca de la cárcel de Old Bailey y Dennis se acordó de que en la portería encontraría algunos carceleros con los cuales podría pasar la noche discutiendo sobre asuntos interesantes cerca de la chimenea y echando algún trago, se separó de sus compañeros sin manifestar pesar y, después de dar un apretón de manos a Hugh citándolo para la mañana siguiente muy temprano en The Boot, los dejó continuar su camino.

-Es un hombre extraño -dijo Tappertit mientras seguía con la vista el sombrero del difunto cochero deslizándose calle abajo con un movimiento oscilatorio-. No puedo adivinar qué oficio será el suyo. ¿Por qué ha de vestir con los despojos de los muertos? ¿Por qué no gasta dinero en ropa como todo hijo de vecino?

-Es un hombre afortunado, capitán -dijo Hugh-. Quisiera tener amigos como los suyos.

-Supongo sin embargo que no les obligará a hacer testamento para matarlos después -dijo Tappertit con ademán pensativo-. Pero venid,

los Perros de Presa me esperan. ¡Venga! ¿Qué pasa?

-Casi me olvidaba -exclamó Hugh de pronto, estremeciéndose al oír el reloj de una torre vecina-. Tenía que ver a una persona esta noche. Debo volver ahora mismo. Se me olvidó mientras estábamos allí bebiendo y cantando. Menos mal que me he acordado.

Tappertit lo miró como si estuviera a punto de acusarlo majestuosamente por su deserción, pero como la precipitación de Hugh indicaba que el asunto era urgente, dejó a un lado sus observaciones y le concedió permiso para retirarse en el acto, favor que Hugh agradeció con una estrepitosa carcajada.

-¡Buenas noches, capitán! -dijo Hugh-. Acordaos de que, soy vuestro hasta la muerte.

-¡Adiós! -dijo Tappertit saludándolo con la mano-. ¡Valor y vigilancia!

-¡No más papismo! -gritó Hugh.

-¡Caigan antes torrentes de sangre en Inglaterra! -gritó su formidable jefe.

Hugh aplaudió sin cesar de reír y echó a correr con ligereza de galgo.

-Este mozo honrará mi organización -dijo Tappertit continuando su camino con ademán pensativo-. Veamos. En una sociedad distinta, que es inevitable si nos levantamos y triunfamos, cuando la hija del cerrajero sea mía, tendré que desembarazarme de Miggs de una manera u otra, pues de lo contraria la noche menos pensada la envenenaría durante mi ausencia con una taza de té. ¿No podría ese patán casarse con Miggs en un momento de embriaguez? Sí, sí, magnífica idea. La apuntaré para que no se me olvide.

XL

Poco pensaba Hugh en el plan para asentar su vida que acababa de trazar el fecundo cerebro de su capitán cuando llegó ante los gigantes de Saint Dunstan. Cerca de la iglesia había una fuente y, colocando la cabeza debajo del chorro, dejó que él agua corriera un poco por sus despeinados cabellos y quedó empapado hasta la cintura. Considerablemente refrescado por esta ablución y ya casi sobrio, se secó como mejor pudo y, cruzando la calle, levantó y dejó caer el aldabón de la puerta de Middle Temple.

El portero miró con un ojo ceñudo a través de la mirilla y preguntó:

-¿Quién llama?

-Un amigo -respondió Hugh-. Abrid pronto.

-Aquí no vendemos cerveza -replicó el portero-. ¿Qué queréis?

-Entrar -respondió Hugh, y descargó una gran patada en la puerta.

-¿Adónde queréis ir?

-A la habitación de sir John Chester.

Y acentuó cada una de sus palabras con un puntapié. Después de murmurar algunos segundos, el portero abrió la puerta y Hugh pasó bajo su mirada inquisitiva.

-¿Queréis ver a sir John a estas horas?

-Sí. ¿Y qué?

-Os acompañaré para ver si vais a su habitación, porque no lo creo.

-Haced lo que queráis.

El portero, con una llave y una linterna, lo acompañó hasta la habitación del señor Chester. El aldabonazo que dio Hugh en la puerta resonó a través de la oscura escalera como el grito de un fantasma e hizo temblar la pálida luz de la linterna.

-¿Creéis ahora que desea verme? dijo Hugh.

Antes de que el portero tuviese tiempo de contestarle, se oyeron pasos en el interior, apareció una luz, y el mismo sir John abrió la puerta con bata y zapatillas.

-Perdonad, sir John -dijo el portero quitándose el gorro-, Aquí hay un joven que pregunta por vos, y como ésta no es hora de visitas, he creído prudente acompañarlo.

-¡Sois vos! -dijo sir John mirando a Hugh-. Entrad. Está bien, amigo mío. Agradezco vuestra prudencia. Gracias, que Dios os bendiga, buenas noches.

No era poco para un portero que le diera las gracias, le deseara que Dios le bendijera y le diera las buenas noches un caballero que antecedía su nombre con el título de «sir» y firmaba además M. P., miembro del Parlamento. Se retiró despidiéndose con humildad. Sir John precedió a Hugh hasta su tocador y, colocándose en su sillón delante del fuego que atizó para verlo mejor en pie cerca de la puerta y con el sombrero en la mano lo miró de pies a cabeza.

La misma vieja cara sonrosada, tranquila y amable, fresca y juvenil, con la misma sonrisa, con la precisión y elegancia habituales de su tocado, con los dientes blancos y bien coloca-

dos, sin huellas de la edad ni de las pasiones, de la envidia, del odio ni del descontento. Era un caballero de aspecto noble y se no que cautivaba las miradas.

Firmaba con las siglas M. P., pero ¿cómo? Su familia era o orgullosa; en realidad, más orgullosa que opulenta. Él se vio en peligro inminente de ir a parar a la cárcel, a la cárcel más vulgar adonde se destinaban las personas normales de escasos recursos. Los individuos de las casas más nobles y más antiguas no gozan de privilegio alguno que les exima de leyes tan crueles y únicamente son inviolables y quedan libres de la persecución de los acreedores cuando pertenecen al Parlamento. Un pariente muy orgulloso halló un medio excelente para enviarlo a la Cámara de los Comunes. Se ofreció no a pagar sus deudas, pero sí a dejarle representar un distrito adicto hasta que su propio hijo hubiera llegado a la mayoría de edad. Este favor era inmenso, pues tenía veinte años de tregua. Era tan bueno como una declaración de

insolvencia e infinitamente más refinado. De modo que sir John Chester era miembro del Parlamento.

¿Pero «sir» John? Nada más sencillo. Basta que os toque la espada real y queda hecha la transformación. John Chester, Esquire, M. P., fue cierto día nombrado por la cámara presidente de una comisión. Sus maneras elegantes, su esbelta figura, su agradable y fina elocuencia no podían pasar desapercibidas. Un hombre tan aristocrático hubiera debido nacer duque. ¡Es tan caprichosa la fortuna! Pues muchos duques debieran ser mozos de cuadra. Sir John gustó al rey, se arrodilló crisálida y se levantó mariposa. John Chester, Esquire, fue nombrado caballero y se convirtió en sir John.

-Creía cuando os habéis ido esta noche -dijo sir John tras un silencio bastante largo- que teníais intención de volver más temprano.

-Es cierto, señor.

-¿Y así cumplís vuestras promesas? -replicó sir John dirigiendo una mirada al reloj.

En vez de responder Hugh puso una pierna sobre otra, se pasó el sombrero de la mano derecha a la izquierda, miró al techo, a las paredes, al suelo, y por fin a sir John, y al encontrar la cara risueña de su protector, bajó otra vez los ojos y los fijó en el suelo.

-¿Qué habéis hecho? -dijo sir John cruzando las piernas con indolencia-. ¿Dónde habéis estado? ¿Qué maldades habéis cometido?

-Ninguna maldad, señor -respondió Hugh con humildad-. No he hecho más que lo que me habéis mandado.

-¿Lo que yo os he mandado? -repuso sir John.

-Mandado... no -dijo Hugh con embarazo-. Lo que me habéis aconsejado, lo que me habéis indicado que debía hacer o que haríais vos mismo si estuvierais en mi lugar. No seáis tan severo conmigo, señor.

En las facciones del caballero brilló una expresión de triunfo al percatarse de con cuánta precisión obedecía sus designios aquel rudo

instrumento, pero esta expresión se desvaneció muy pronto cuando respondió mientras se cortaba las uñas.

-Al referiros a lo que os he mandado -le dijo- queréis decir que os he encargado algo para mí. Alguna cosa que deseaba que hicierais. Alguna cosa relativa a mis intereses particulares. ¿No es así? Pues bien, debéis saber que semejante idea es absurda, aunque la hayáis abrigado sin calibrar su importancia, y os pido que pongáis más cuidado en lo que decís. Espero que os acordéis de esta advertencia.

-No ha sido mi intención ofenderos -dijo Hugh-. No sé qué decir. ¡Me tratáis con tanto rigor!

-Os trataré con menos rigor, amigo mío, dentro de algunos días -repuso su protector con calma-. En lugar de asombrarme que hayáis tardado tanto, debería admirarme que hayáis venido. ¿Qué queréis?

-Ya sabéis, señor -dijo Hugh-. que no podía leer el papel que había encontrado, y os lo traje creyendo que era alguna cosa extraordinaria.

-¿Y no podíais haber pedido a otro que os lo leyese?

-No conocía a nadie a quien confiar el secreto, señor. Desde que Barnaby Rudge desapareció hace cinco años, no he hablado más que con vos.

-Es un honor.

-Mis visitas durante estos cinco años se han repetido, señor, cuando tenía que contaros alguna cosa, porque sabía que os enojaríais si no os informaba de todo, y porque deseaba hacer todo lo posible para agradaros, para que no fuerais mi enemigo. He aquí la única razón por la que he venido esta noche. Bien lo sabéis, señor, sin que necesite decíroslo.

-Sois un hombre engañoso -repuso sir John fijando en él su mirada-, sois un hombre con dos caras como todos los hombres astutos. ¿No me habéis dicho antes, en este mis aposento,

que teníais otro motivo? ¿No me habéis dicho que odiabais a cierta persona que últimamente os ha despreciado, que en todas las ocasiones os ha humillado, y que os ha tratado como un perro?

-Es verdad -dijo Hugh enardeciéndose como había previsto sir John-, os lo he dicho y os lo repito: haría cualquier cosa para vengarme de él, cualquier cosa. Y cuando me habéis dicho que él y los católicos lo pasarían mal si conseguían su objeto los que se han reunido para hacer lo que dice ese papel, os he declarado que quería ser uno de ellos, aunque fuese su jefe el diablo en persona. Pues bien, ya soy uno de ellos. Ved si no soy un hombre de palabra y si se puede confiar en mí. Tal vez no tenga talento para muchas cosas, señor, pero lo tengo para acordarme de los que me ofenden e injurian. Veréis, verá él y otros cien verán lo que valgo cuando llegue el momento. No basta oírme, es preciso verme morder. Conozco algunas personas a quienes valiera más ser perseguidos por

un león que por mí cuando esté desencadenado. ¡Sí, sí, más les valiera!

Sir John lo miró con una sonrisa muy expresiva y, mostrándole la mesa donde había una botella y un vaso, lo siguió con la vista mientras echaba un trago. Cuando Hugh volvió la espalda, sir John sonrió de una manera incluso más expresiva.

-Esta noche estáis muy valiente, Hugh -dijo cuando éste cesó de beber.

-No, señor -dijo Hugh-. No digo ni la mitad de lo que pienso. No sé explicarme. Ya hay suficientes entre nosotros que hablan, yo seré de los que hagan.

-De modo que formáis parte de la Asociación Protestante -afirmó sir John con la mayor indiferencia.

-Sí, he ido a la casa que señalasteis y me he unido a ellos. He encontrado allí a un hombre llamado Dennis.

-¿Dennis? Sí, lo conozco -dijo sir John riendo-. Un tipo agradable, creo.

-Un perro mordedor, señor, entusiasta, muy entusiasta.

-Eso he oído -dijo sir John sin prestar atención-. Supongo que sabréis cuál es su oficio.

-No ha querido decírmelo. Es un secreto.

-¡Ja, ja! -exclamó sir John-. Qué extravagante. Lo sabréis algún día, sin duda.

-Somos ya muy amigos -dijo Hugh.

-Es natural. Y naturalmente habréis ido con él a echar un trago, ¿no es verdad? ¿Dónde me dijisteis que habíais estado después de salir de casa de lord George?

Hugh no se lo había dicho, ni había pensado en decírselo, pero se lo contó todo, y como esta pregunta fue seguida de otras muchas, le explicó todo lo que había sucedido en casa de lord George, en la calle y en la taberna, la clase de hombres que había visto, sus opiniones, su conversación, sus esperanzas y sus intenciones aparentes. El interrogatorio fue dirigido con tal inteligencia que Hugh creía dar las noticias espontáneamente, y gracias al hábil sistema de

sir John estaba tan convencido de que su protector prestaba escaso interés a sus explicaciones que al verlo bostezar y quejarse de cansancio, pidió disculpas por haberlo molestado tanto tiempo con su charla.

-Podéis retiraros -dijo sir John abriendo la puerta-. Ved que os habéis metido esta noche en un atolladero, y lo siento, porque os aprecio. Sin embargo, supongo que estáis resuelto a correr los mayores peligros por hallar la ocasión de vengaros de vuestro orgulloso Haredale.

-¡Oh! Sí, sí -respondió Hugh deteniéndose en el momento de salir y volviendo el rostro-. Pero ¿a qué me expongo? ¿Qué tengo que perder? ¿Amigos? ¿Familia? ¿No estoy solo en el mundo? Que se presente una buena ocasión, que me dejen arreglar mis cuentas en un motín donde haya hombres que me apoyen y después que sea de mí lo que el infierno quiera.

-¿Qué habéis hecho con aquel papel?

-Lo llevo conmigo, señor.

-Arrojadlo al suelo cuando estéis en la calle: no hay que llevar esas cosas encima.

Hugh asintió y se alejó respetuosamente.

Sir John cerní la puerta, volvió a su gabinete, se sentó delante de la chimenea y permaneció largo rato en grave meditación.

-Bien -dijo por fin sonriendo-, este muchacho promete. Reflexionemos. Mis parientes y yo, que somos los protestantes más exaltados del mundo, deseamos todo el mal posible a la causa de los católicos romanos, y en cuanto a Saville, que ha presentado la ley en su favor, tengo contra él además una objeción personal. Pero como cada uno de nosotros hace de su persona el primer artículo de su credo, no nos comprometeremos asociándonos a un loco estúpido como indudablemente lo es ese Gordon. Únicamente puedo fomentar en secreto los desórdenes que ocasiona y servirme para apoyar mis designios de mi amigo salvaje. Puedo además manifestar en todas las ocasiones convenientes, en términos moderados y elegantes, que des-

apruebo sus actos aunque estemos de acuerdo con él en principio, y éste es el mejor medio para formarme una reputación de persona honrada y cabal que me será enormemente ventajosa y me elevará a alguna importancia política. ¡Muy bien! Queda arreglada mi conducta en la parte pública de éste asunto. En cuanto a las consideraciones privadas, confieso que si esos vagos armaran algún motín, lo cual no me parece imposible, e impusiesen un pequeño castigo a Haredale por ser uno de los católicos más activos, me parecería muy bien y me divertiría mucho. ¡Muchísimo!

Tras esta exclamación, tomó un poco de rapé y, mientras se desnudaba, retomó sus meditaciones diciendo con una sonrisa:

-Temo que mi amigo siga más pronto de lo que se figura las huellas de su madre. Su intimidad con el verdugo es un mal augurio. Pero de todos modos hubiera sido ése su final. Si le presto mi apoyo, la única diferencia estribará en que echará menos tragos en esta vida de los

que hubiera echado sin mi intervención. No es asunto mío y no tiene la menor importancia.

Y tomando otro poco de rapé, se acostó.

XLI

Del taller de la Llave de Oro salía un sonido metálico tan alegre y jovial que inducía a pensar que el que hacía una música tan agradable debía de trabajar a gusto. Ningún hombre que maneja el martillo tan sólo para cumplir con una tarea enojosa y monótona saca nunca sonidos tan festivos del hierro y del acero, pues para esto es preciso ser un hombre franco, honrado, robusto, bueno con todo el mundo. Un hombre de este temple, aunque sea calderero, conviene su martillo y su caldero en un instrumento de música, y aunque dirija un carro saltando sobre las piedras de la calle y cargado de barras de hierro, produce con sus saltos alguna imprevista armonía.

Tin, tin, tin. El sonido era claro como el de una campanilla de plata, y se oía a cada pausa de los ruidos más ásperos de la calle, como si dijera: «Nada me contraría; estoy resuelto a ser feliz». Las mujeres gritaban, los niños chillaban,

los pesados carros pasaban provocando un sordo estruendo, roncos y discordes alaridos salían de los pulmones de los vendedores callejeros, pero el martillo seguía golpeando, ni más alto, ni más bajo, ni más grave, ni más suave, sin llamar la atención al ser ahogado por ruidos más fuertes. Tin, tin, tin.

Era la personificación perfecta de la vocecita de un niño que nunca ha estado constipado, que no ha tenido nunca anginas ni otra incomodidad en la garganta. Los que por allí pasaban aminoraban el paso y se detenían; los vecinos que se habían levantado por la mañana de mal humor sentían cómo la alegría los embargaba al oírlo; las madres hacían bailar a sus niños de pecho al compás de aquel martillo, y el taller de la Llave de oro no cesaba de enviar a la calle su mágico tin, tin, tin.

¡Sólo el cerrajero podía hacer semejante música! Un rayo de sol, brillando a través de la ventana y rompiendo la oscuridad de la sombría tienda con un ancho cuadro de luz, caía de

lleno sobre él, como atraído por su generoso corazón. Se lo veía de pie junto al yunque, con el rostro radiante a causa del ejercicio y la alegría, con las mangas dobladas hasta el codo y la peluca echada hacia atrás. Era el hombre más libre, más tranquilo, más feliz del mundo. Cerca de él había un gato de pelo lustroso que hacía mohines, guiñaba los ojos a la luz del sol y se abandonaba de vez en cuando a un adormecimiento perezoso como por exceso de comodidad. Toby miraba desde un banco y era todo, de los pies a la cabeza, una radiante sonrisa. Hasta los cerrojos, las llaves y las cerraduras colgadas de las paredes parecían tener, pese al óxido, un aspecto jovial. Todo era alegre y festivo en aquella escena. Parecía imposible que en aquella colección de llaves hubiera una sola dispuesta a abrir las arcas de un avaro o la puerta de una cárcel. Aquellas llaves habrían sido muy útiles en bodegas llenas de cerveza y vino, y para lo aposentos con buen fuego, con libros interesantes, con conversación agradable

y con alegres carcajadas. Los lugares recelosos, crueles y violentos los hubieran cerrado sin vacilar con doble vuelta.

Tin, tin, tin. El cerrajero hizo por fin una pausa y se enjugo la frente. El silencio despenó al gato, que saltando con sigilo al suelo, se arrastró hasta la puerta y acechó desde allí con ojo de tigre un pájaro que estaba en su jaula en una ventana de casa de enfrente. Gabriel se llevó a Toby a los labios y dio un buen trago.

Entonces, estando él erguido, con la cabeza inclinada hacia atrás y el corpulento pecho saliente, se pudo ver que la parte inferior del traje de Gabriel pertenecía al uniforme militar. Si se hubiera mirado además la pared, se hubiese observado, colgados de sus diferentes clavos, un sombrero con plumero, un sable, un cinturón y un capote encarnado, y cualquiera un poco versado en semejantes asuntos, habría reconocido por la hechura y las insignias de aquellos diversos objetos el uniforme de sar-

gento de los Voluntarios Reales del Este de Londres.

Al volver a dejar la jarra en el banco desde el que antes sonreía Toby, el cerrajero contempló con júbilo aquellos objetos, y ladeando algo la cabeza como si quisiera reunirlos dentro de su campo visual, dijo apoyándose en el martillo:

-Recuerdo que en mis años juveniles habría enloquecido de contento al vestir un uniforme, y que cuando mi padre se burlaba de mi entusiasmo, casi llegaba a cegarme la indignación y por poco le falté un día al respeto. Y sin embargo, he hecho una verdadera locura.

-Sí, una verdadera locura -dijo la señora Varden, que había entrado en la tienda sin ser vista-. Un hombre de tu edad, Varden, debería haberlo sabido.

-Qué mujer tan ridícula eres, Martha -dijo el cerrajero, que volvió el rostro sonriendo.

-Sí -repuso la señora Varden con gravedad solemne-. Por supuesto que lo soy. Lo sé, Varden. Gracias.

-Quiero decir...

-Sí, ya sé lo que quieres decir -repuso la señora Varden interrumpiendo a su marido-. Hablas muy claro y se te entiende perfectamente. Eres muy amable al adaptarte a mis limitaciones.

-Te enfadas por nada, mujer -dijo el cerrajero con bondad-. Es muy extraño que estés en contra del voluntariado cuando es para defenderte a ti y a todas las mujeres, y nuestra chimenea y la de todo el mundo en caso de necesidad.

-No es cristiano -dijo la señora Varden negando con la cabeza.

-¡Que no es cristiano! -exclamó Gabriel-. Qué diablos...

La señora Varden alzó los ojos al techo como si esperase que la consecuencia inmediata de aquella profanación fuera el derrumbe de la casa, incluidos los muebles, sobre la tienda. Pero como no se produjo ningún desastre visible, exhaló un prolongado suspiro y suplicó a su marido con tono resignado que continuase,

pero sin blasfemar ni invocar al espíritu maléfico.

El cerrajero pareció dispuesto al principio a complacerla, pero reflexionando un momento, continuó con el mismo tono

-¿Por qué dices que no es cristiano? ¿Qué sería más cristiano, Martha, quedarse de brazos cruzados mientras un ejército enemigo nos saquea la casa o levantarse como un hombre para echarlo? ¿Sería yo un buen cristiano si me escondiera en un rincón de la cocina mientras un puñado de salvajes se llevaban a Dolly o a ti?

Cuando dijo: «A ti», la señora Varden no pudo menos de sonreír. Había un halago en esa idea.

-Confieso que si las cosas llegasen hasta ese punto... -dijo ella con una sonrisa modesta.

-¡Si las cosas llegasen hasta ese punto! -repitió el cerrajero-. Quién sabe si no nos veremos amenazados el día menos pensado. La misma Miggs no estaría libre de esa turba. Algún negrito, tocando una pandereta y con un

gran turbante en la cabeza, vendría a llevársela, y a menos que el panderetero estuviera a prueba de patadas y arañazos, me temo que se llevaría la peor parte. ¡Ja, ja, ja! Pobre panderetero. Lo compadecería.

Y el cerrajero prorrumpió con tanto gusto en una carcajada estrepitosa que acudieron a sus ojos las lágrimas, para consternación de la señora Varden, que creía que el rapto de una protestante tan formal, de una persona tan estimable en su vida privada como Miggs, a manos de un negro pagano, era una circunstancia demasiado espantosa para siquiera imaginarla.

El cuadro que Gabriel acababa de bosquejar amenazaba tener las consecuencias más graves, y las hubiera tenido sin duda si por fortuna no se hubiese oído un ligero rumor de pasos en la puerta y Dolly no se hubiese arrojado al cuello de su padre.

-¡Ya está aquí! -dijo Gabriel-. ¡Qué guapa estás y qué tarde de vienes!

¿Guapa? Aunque hubiera agotado todos los adjetivos laudatorios del diccionario, no habría sido halago suficiente. ¿Cuándo y dónde ha habido en el mundo una niña tan sonrosada, tan graciosa, tan linda, tan elegante, tan cautivadora, tan deslumbrante, tan divina como Dolly? ¿Qué era la Dolly de hacía cinco años en comparación con la Dolly de ahora? Cuántos cocheros, talabarteros, ebanistas y maestros de otros oficios habían abandonado a sus padres, a sus madres, a sus hermanas, a sus hermanos y, sobre todo, a sus primos por amor a Dolly. Cuántos caballeros desconocidos, que se suponían inmensamente ricos y cargados de títulos y honores, habían acechado a Miggs desde la esquina de la calle tras el anochecer para conquistar la mediación de esta solterona incorruptible, para tentarla con guineas de oro y obligarla a que entregase a su ama ofertas de matrimonio bajo el sello de una nota perfumada. Cuántos padres desconsolados y negociantes acomodados habían visitado al cerrajero por el

mismo motivo y le habían contado lúgubres historias domésticas, de cómo sus hijos, perdiendo el apetito, habían llegado a caer enfermos o a vagar por los arrabales solitarios con caras pálidas como difuntos, y todo porque Dolly era tan cruel como hermosa. Cuántos jóvenes que en época anterior habían observado una conducta ejemplar se habían entregado de pronto por el mismo motivo a extravagancias imperdonables, como arrancar los aldabones de las puertas o derribar las garitas de los vigilantes dormidos durante la noche. A cuántos habían reclutado para el servicio del rey, tanto en mar como en tierra, reduciendo a la desesperación a los vasallos de Su Majestad que se habían enamorado de ella entre los dieciocho y los veinticinco años. Cuántas señoritas habían declarado públicamente, derramando lágrimas, que era demasiado baja, demasiado alta, demasiado descarada, demasiado fría, demasiado morena, demasiado flaca, demasiado gorda y demasiado todo, pero no bonita. Cuántas viejas

madres habían dado gracias al cielo con sus amigas de que sus hijas no se le parecieran, y habían manifestado el deseo de que no le sucediese alguna desgracia, aunque estaban bien persuadidas de que tendría mal paradero, y habían llegado a decir que tenía un aire descocado que no les gustaba, y que eran ciegos los que le encontraban alguna gracia.

Y sin embargo, Dolly Varden era tan caprichosa e inconquistable que era aún la misma Dolly Varden, con sus sonrisas, sus hoyuelos, sus muecas. La misma Dolly que ignoraba a los cincuenta o sesenta jóvenes cuyo corazón ardía en deseos de obtener su mano como si fueran otras tantas ostras contrariadas en sus amores que estuviesen con la concha abierta.

Dolly abrazó a su padre, como se ha dicho ya, y después de abrazar también a su madre, los acompañó al comedor, donde la mesa estaba puesta para comer y donde Miggs, algo más tiesa y áspera de lo acostumbrado, los recibió

con una contracción histérica de su boca que ella creía una sonrisa.

Dolly entregó a la solterona su sombrero y sus adornos de paseo -que eran de un gusto terriblemente artificioso, lleno de malas intenciones- y dijo entonces con una risa que rivalizaba con la música del cerrajero:

-¡Con qué gusto vuelvo siempre a casa!

-¡Y con qué alegría -dijo su padre acariciando los cabellos de su hija- te recibimos siempre! Dame un beso.

Si hubiera habido allí algún desgraciado representante del sexo masculino para ver el beso que le dio Dolly... Pero afortunadamente no había ninguno.

-No me gusta que te quedes en Warren -dijo el cerrajero-. No puedo soportar que estés tanto tiempo lejos de nosotros. ¿Qué noticias nos traes, Dolly?

-¿Qué noticias? Creo que ya las sabéis -respondió su hija-. Sí, seguro que ya las sabéis.

-Quizá no -dijo el cerrajero-. Habla, ¿qué sucede?

-Ya lo sabéis. Pero decidme, ¿por qué el señor Haredale (que vuelve a estar muy bronco) se fue de Warren hace algunos días y por qué viaja (sabemos que está de viaje por sus cartas) sin decir siquiera a su sobrina por qué o adónde?

-Apostaría cualquier cosa a que la señorita Emma no desea saberlo -repuso el cerrajero.

-No lo sé -dijo Dolly-, pero yo soy más curiosa. Decídmelo. ¿A qué viene tanto misterio? ¿Qué historia de fantasmas es esa que nadie debe contar a Emma, y que parece tener relación con la partida de su tío? Veo que lo sabéis, porque os habéis puesto colorado.

-En cuanto a lo que significa esa historia, o lo que es el fondo, o la relación que tiene con ese viaje, estoy tan enterado como tú, querida Dolly -respondió el cerrajero-, y lo único que sé es el susto que se llevó una noche el sacristán Solomon, que no significa nada, porque el buen

hombre creyó realidad lo que no eran más que visiones de su miedo. En cuanto al viaje del señor Haredale, ha ido según creo...

-¿Adónde, adónde?

-Ha viajado por negocios, Dolly -respondió el cerrajero dando a su hija un golpecito en las mejillas.

-¿Y qué negocios son ésos?

-¿Lo sabes tú?

-No.

-Pues yo tampoco. Eres muy curiosa y muy mimada, niña. ¿Qué te importan a ti los negocios del señor Haredale? Nada. Por consiguiente, la comida nos espera, esto es lo que más nos interesa.

A pesar de la sopa que acababa de poner Miggs en la mesa, Dolly se hubiera rebelado contra la insistencia de su padre en dejar de lado aquel asunto si la señora Varden no hubiese intervenido protestando porque las conversaciones de su casa tomaban un giro poco digno de una familia protestante, y diciendo que

para completar la educación de Dolly sería preciso suscribirse al *Trueno*, periódico en el que leería palabra por palabra los discursos de lord George Gordon, discursos que le serían más útiles para el alma que las historias más hermosas del mundo. Apeló para tal fin a Miggs, que estaba al acecho. Ésta dijo que excedía toda ponderación la calma de espíritu que había obtenido de la lectura de ese periódico en general, pero en particular de un artículo de la semana pasada, titulado «La Gran Bretaña anegada en sangre». Añadió que el mismo artículo había producido en el ánimo de una hermana suya, casada y domiciliada en Golden Lion Court, número 27, segundo cordón de campanilla de la puerta subiendo a mano derecha, un efecto tan consolador y confortante, que en el estado delicado de salud en que se hallaba, pues iba a dar un nuevo vástago a la familia, había tenido un ataque de nervios y sólo había hablado en su delirio de Inquisición y de hogueras con gran edificación de su marido y

sus amigos. Miggs no vacilaba en decir que aconsejaba a cuantos tuvieran el corazón endurecido que oyeran al mismo lord George, a quien elogiaba en primer lugar por su firme protestantismo y por su genio oratorio, en segundo lugar por sus ojos, por su nariz y por sus piernas, y finalmente, por el conjunto de su figura, que creía digna de una estatua, un príncipe o un ángel, opinión que suscribió por complete la señora Varden.

La señora Varden se quedó mirando una caja pintada, colocada sobre la chimenea, que imitaba una casa de ladrillos muy rojos, con un tejado amarillo y su correspondiente chimenea; por donde los suscritos voluntarios echaban sus monedas de oro, plata o cobre en el comedor y en cuya puerta se leían estas dos palabras: Asociación Protestante. Y mientras la miraba declaró que era para ella el motivo de desgarradora aflicción pensar que Varden nunca había echado nada en aquel templo a excepción de cierto día que introdujo, secretamente, como había

descubierto ella posteriormente, dos pedazos de pipa, profanación de la que esperaba que no se le hiciese responsable día del juicio final. Manifestó después, y le causaba pena decirlo, que Dolly no era menos morosa en su contribución, y que prefería al parecer comprar cintas y objetos mundanos a fomentar la gran causa, sometida por aquel entonces a tan terribles tribulaciones. Le suplicaba, pues, porque en cuanto a su padre temía que fuese incorregible, le suplicaba que no despreciase sino que por el contrario imitase el brillante ejemplo Miggs, que arrojaba sus propinas, por decirlo así, a la cara del papismo.

-No habléis de eso, por favor, señora -dijo Miggs-. Deseo que nadie lo sepa. Sacrificios como los que yo puedo hacer son el óbolo de la viuda. Doy cuanto tengo -exclamó Miggs prorrumpiendo en llanto, porque en ella las lágrimas brotaban siempre de pronto como lluvia en una tormenta de verano-, pero la recompensa es grande, sí, muy grande.

Esto era completamente cierto, aunque no en el sentido que indicaba Miggs. Como no dejaba nunca de consumar sus generosos sacrificios en presencia de la señora Varden, esto le acarreaba tantos regalos en forma de gorras, vestidos y otros artículos de tocador que la casa de ladrillos rojos era sin duda la mejor inversión que podía encontrar para sus capitales, puesto que le daba un interés de entre el siete y el ocho por ciento en metálico y de por lo menos un cincuenta en reputación personal y aprecio.

-No hay motivo para llorar, Miggs -dijo la señora Varden, llorando también-. No debéis estar avergonzada, aunque tengáis en esto la misma desgracia que vuestra pobre señora.

Al oír esta observación, Miggs sollozó como un perro que aúlla, diciendo que sabía que Varden la odiaba, que era muy terrible vivir con otra familia a la que no gustaba, que no podía soportar la acusación que se le hacía de sembrar la cizaña, y que sus sentimientos no le permitían representar por más tiempo un papel

tan abyecto, que si su amo deseaba desprenderse de ella, lo mejor sería separarse cuanto antes, y que lo único que deseaba era que fuese dichoso, porque sólo quería el bien y pedía al cielo que le buscase un amo que la apreciase como merecía. Sería una dolorosa prueba separarse de una dueña tan buena, continuó, pero era capaz de soportar cualquier calamidad cuando la conciencia le dictaba que estaba en el buen camino, y esto le infundía valor para resignarse a su suerte. No creía, añadió, que sobreviviese mucho tiempo a tal separación, pero ya que la aborrecían y la miraban con disgusto, lo que más deseaba en el mundo era morir, pero morir muy pronto. Cuando llegó a esta desgarradora conclusión, Miggs vertió nuevas lágrimas.

-¿Puedes sufrir esto, Varden? -dijo la señora Varden con voz solemne enarbolando el tenedor y el cuchillo.

-Bastante hago -respondió el cerrajero- con escuchar sin salirme de mis casillas.

-No quiero que riñáis por mí, señora -dijo Miggs suspirando-. Mejor será que nos separemos. ¡Misericordia divina! ¿Creéis que quiero quedarme para causar disensiones? No, no me quedaría ni aun por una mina de oro.

Para que no le cueste tanto trabajo al lector descubrir el motivo de la profunda emoción de Miggs, se le susurrará en un aparte que, como siempre estaba escuchando, había oído en el momento en que Gabriel y su esposa hablaban en la tienda, la broma del cerrajero relativa a aquel negro que tocaba la pandereta, y no había podido contener la explosión de los sentimientos de despecho que este sarcasmo había despertado en su seno. Las cosas llegaron entonces a su crisis, y el cerrajero que deseaba la paz y la tranquilidad de la familia, trató de intervenir en el asunto, y dijo:

-¿Por qué lloras, muchacha? ¿Qué te pasa? ¿Por qué he de aborrecerte? Yo no te aborrezco, ni aborrezco a nadie. Enjuaga las lágrimas, aleja

las penas, y no nos hagamos más desgraciados de lo que realmente somos.

Las potencias aliadas, juzgando que sería buena táctica considerar estas palabras una excusa suficiente del enemigo común y una confesión de sus agravios, enjugaron las lágrimas y se dieron por satisfechas. Miggs advirtió que no quería mal a nadie ni aun a su mayor enemigo, y que lo amaba por el contrario más cuanto más cruel era su persecución, y la señora Varden aprobó completamente este espíritu de mansedumbre y de clemencia, y declaró incidentalmente, como si hubiera sido una de las cláusulas del tratado de paz, que Dolly la acompañaría aquella misma noche a la reunión de la Asociación que se celebraría en Clerkenwel.

Esto fue un ejemplo extraordinario de su gran prudencia y su política. Hacía mucho tiempo que aspiraba a este resultado y como suponía secretamente que el cerrajero, que era siempre atrevido cuando se trataba de su hija,

no dejaría de hacer objeciones, había apoyado tanto a Miggs para obtener una concesión. La maniobra tuvo el más feliz éxito, Gabriel se contentó con hacer un gesto de disgusto, y para no atraerse una segunda escena como la anterior, no se atrevió a despegar los labios.

Miggs recibió de la señora Varden un vestido, y de Dolly media corona en recompensa por haberse distinguido en la senda de la virtud y la santidad. La señora Varden, según su costumbre, manifestó la esperanza de que lo que acababa de suceder sería para Varden una lección que le enseñaría a observar en lo sucesivo una conducta más generosa. Habiéndose enfriado la comida, y como lo sucedido no había despertado el apetito de nadie, continuaron comiendo, según dijo la señora Varden, como cristianos.

Aquella tarde había un gran desfile de los Voluntarios Reales del Este de Londres, y el cerrajero no volvió a trabajar, sino que se sentó con toda comodidad con la pipa en la boca y el

brazo en torno de la cintura de su linda hija, mirando de vez en cuando a su esposa con expresión amable y presentando desde la cabeza hasta los pies una superficie risueña de buen humor. Y a buen seguro que era el padre más orgulloso de toda Inglaterra cuando llegó la hora de vestirse el uniforme, y Dolly, desprendiendo a su alrededor toda clase de actitudes graciosas y seductoras, le ayudó a abotonarse, a peinarse, a cepillarse y a encajonarse en uno de los uniformes más estrechos que cortara jamás sastre alguno en el mundo.

-¡Qué niña tan lista! -dijo el cerrajero a su esposa, que estaba en pie admirándolo con los brazos cruzados (porque a pesar de todo le enorgullecía su marcial esposo), en tanto que Miggs le entregaba el morrión y el sable desde una vara de distancia, como si temiera que al arma le diese la ocurrencia de atravesar el cuerpo de alguien-. Pero, Dolly, hija mía, no te cases con un militar.

Dolly no preguntó por qué ni dijo una palabra, pero bajó mucho la cabeza para abrochar el cinturón.

-No me pongo nunca este uniforme -dijo el honrado Gabriel- sin que me acuerde del pobre Joe Willet. Lo quería mucho. ¡Pobre Joe! ¡Niña, no aprietes tanto!

Dolly se echó a reír, pero no era su risa habitual; era una risa tan extraña que parecía más bien llanto, y al mismo tiempo bajó aún más la cabeza.

-¡Pobre Joe! -continuó el cerrajero pronunciando entre dientes estas palabras-. ¿Por qué no vino a consultarme? Todo se hubiera arreglado. John se equivocaba, sí, se equivocaba tratando a su hijo con tanta dureza... Pero, muchacha, ¿no acabarás de abrocharme el cinturón?

Por fuerza debía de estar muy mal hecho aquel dichoso cinturón, porque acababa de desprenderse y de caer al suelo.

Dolly se vio obligada a arrodillarse y a luchar con el rebelde broche.

-¿A qué viene ahora hablar de Joe Willet? -dijo la señora Varden frunciendo el ceño-. ¿No podías hablar de cosas de más interés?

Miggs exhaló un murmullo ronco y desapacible que significaba lo mismo.

-No seamos tan severos con él, Martha -dijo el cerrajero-. Si ese joven ha muerto, honremos al menos su memoria con nuestro afecto.

-¡Un fugitivo, un vago!

Miggs se manifestó en el mismo sentido que su señora.

-Un fugitivo tal vez, pero no un vago -repuso con amabilidad el cerrajero-. Joe era un muchacho honrado y juicioso ¡Un vago! No seas injusta, Martha.

La señora Varden tosió, y también Miggs.

-Y que hacía cuanto le era posible para granjearse tu aprecio, Martha -añadió el cerrajero sonriendo y acariciándose barba-. Sí, el pobrecillo hacía lo que podía. Me acuerdo como si fue-

ra ayer, que una noche me siguió a la puerta del Maypole y me suplicó que no dijera que lo trataban como un niño... Que no lo dijera aquí, en casa, aunque confieso que no lo comprendí bien entonces. Y siempre que me encontraba, me decía e tanto afán: «¿Cómo está Dolly?». ¡Pobre muchacho!

-¡Misericordia! -exclamó Miggs.

-¿Qué hay? ¿Qué te ha pasado? -preguntó Gabriel volviéndose precipitadamente hacia la criada.

-¿No veis que la señorita Dolly -dijo Miggs agachándose para mirarla mejor- está hecha un mar de lágrimas? ¡Oh, señora! ¡Oh, señor! Estoy tan trastornada -exclamó la impresionable camarera apretándose el costado con la mano para contener las palpitaciones de su corazón- que me caería muerta si me tocaseis con la punta de una pluma.

El cerrajero, después de lanzar una mirada a Miggs como si hubiera deseado que le trajesen en el acto una pluma, dirigió sobresaltado sus

ojos hacia Dolly, que huía seguida de la comprensiva Miggs. Se volvió después hacia su esposa, y le dijo:

-¿Estará enferma Dolly? ¿Qué le he hecho yo? ¿Es culpa mía?

-¡Culpa tuya! -exclamó la señora Varden con tono de reproche-. Sí. Debías haberte marchado antes.

-¿Qué he hecho yo? -dijo el pobre Gabriel-. Habíamos convenido que nunca se pronunciaría el nombre de Edward, pero no he hablado de él. ¿Lo he nombrado acaso?

La señora Varden respondió únicamente que no tenía paciencia para escucharlo y corrió tras Miggs y su hija. El desventurado cerrajero se abrochó el cinturón, se ciñó el sable, se puso el morrión y salió.

-No estoy muy diestro en el ejercicio -dijo en voz baja-, pero antes aprenderé a manejar las armas que a las mujeres. Cada hombre viene al mundo para alguna cosa, pero veo que mi des-

tino es hacer llorar a todas las mujeres muy a mi pesar.

Sin embargo, aún no había llegado al extremo de la calle cuando ya se había olvidado de este incidente, y continuó su camino con el rostro radiante, saludando con la cabeza al pasar por delante de cada vecino y esparciendo a su alrededor sus saludos amistosos como lluvia de primavera.

XLII

Los Voluntarios Reales del Este de Londres presentaron aquel día un brillante aspecto. Formados en líneas, en cuadros, en círculos, en triángulos y, cómo no, al ritmo del tambor y con banderas desplegadas, ejecutaron un inmenso número de complejos movimientos, y el sargento Varden fue uno de los que más se distinguieron. Después de haber desplegado toda su proeza militar en estas escenas guerreras, marcharon al paso, con un orden deslumbrante, hacia Chelsea BunHouse, y allí se solazaron hasta la noche en las tabernas adyacentes. Después, al redoble del tambor, volvieron a formar y regresaron entre los vítores de los vasallos de Su Majestad al lugar del que habían salido.

Esta marcha hacia sus casas se retardó algún tanto a causa de la conducta poco militar de ciertos cabos, caballeros de hábitos tranquilos en la vida privada, pero muy excitables fuera de casa; rompieron a culatazos los cristales de

varias ventanas, y pusieron al comandante en jefe en la imperiosa necesidad de someterlos a la custodia de una fuerte escolta con la cual se batieron a intervalos a lo largo del camino. Por esta razón, el cerrajero no llegó a su domicilio hasta las nueve de la noche. Un coche de alquiler esperaba cerca de la puerta, y en el momento de entrar, el señor Haredale sacó la cabeza por la portezuela y lo llamó por su nombre.

-Veros es bueno para los ojos vagos, señor Haredale -dijo el cerrajero acercándose al coche-. Siento que no hayáis entrado en casa.

-Según parece, no hay nadie -respondió el señor Haredale-. Deseo hablar con vos en privado.

-¡Cómo! -dijo el cerrajero mirando a su alrededor-. ¡Habrán salido con Simon Tappertit, sin duda para ir a esa famosa Asociación!

El señor Haredale le invitó a subir al coche y le propuso dar un paseo si no estaba cansado o no tenía prisa por llegar a casa.

Gabriel aceptó con gusto y el cochero subió al pescante y arreó los caballos.

-Varden -dijo el señor Haredale después de una pausa de un minuto, os asombrará el proyecto que me trae a Londres.

-Creo que será razonable y muy sensato, señor -repuso cerrajero-, o de lo contrario habríais cambiado de carácter ¿Hace mucho que llegasteis a la ciudad?

-Apenas media hora.

-¿Traéis noticias de Barnaby y de su madre? -preguntó el cerrajero con inquietud-. ¡Ah!, no tenéis necesidad de negar con la cabeza, señor. Era una pregunta muy arriesgada, lo sé. Además, transcurrido tanto tiempo desde que partieron, hay pocas esperanzas, muy pocas.

-¿Dónde estarán? -dijo el señor Haredale con impaciencia-. ¿Dónde pueden estar? ¿Habrán muerto?

-Solo Dios lo sabe -respondió el cerrajero-. Hay más uno que conocí también hace cinco años y que duerme ahora bajo tierra. ¡Y es tan

grande el mundo! Creedme, señor, es una tentativa sin esperanza. Debemos dejar el descubrimiento de este misterio, así como de todos los demás, al tiempo, a la casualidad y a la voluntad del cielo.

-Varden, amigo mío -dijo el señor Haredale-, siento un afán irresistible para continuar mis pesquisas. No lo hago por puro capricho, no lo hago porque se despierten en mí antiguos deseos, no, es un designio vehemente, solemne. Todos mis pensamientos, todos mis sueños tienden a fijarlo más y más en mi alma. No gozo de reposo de día ni de noche, no encuentro tregua ni paz, es una pasión que domina todo mi ser.

Se advertía tal alteración en el tono habitual de su voz y sus ademanes indicaban tan viva emoción, que Gabriel, en medio de su asombro, permaneció sentado mirándolo en la oscuridad para tratar de adivinar la expresión de su rostro.

-No me pidáis explicaciones -continuó el señor Haredale-. Si os las diera, me creeríais víctima de una repugnante alucinación. Os bastará saber que es cierto lo que os digo, que no puedo descansar tranquilamente en el lecho, y que paso la noche en tareas que os parecerían incomprensibles.

-¿Desde cuándo -preguntó el cerrajero después de una pausa- sois víctima de ese malestar?

El señor Haredale vaciló un rato y después contestó

-Desde la noche de la tempestad. Desde el diecinueve de marzo.

Y como si temiera que Varden manifestara sorpresa o quisiera discutir con él, se apresuró a continuar diciendo:

-Creeréis, sin duda, que soy víctima de una ilusión. Tal vez así sea, pero en todo caso no es producto de la locura, pues es producto de mi mente, que razona sobre hechos reales. Recordaréis que la viuda dejó sus muebles en la casa

en la que vivía. Desde su partida, esta casa ha continuado cerrada por orden mía, exceptuando uno o dos días a la semana que una vecina va para abrir las ventanas y barrerla. Allí voy ahora.

-¿Para qué? -preguntó el cerrajero.

-Para pasar la noche -respondió-. Y no sólo ésta, sino muchas otras. Es un secreto que os confío por si ocurriera algo inesperado. No vengáis a verme si no hay una necesidad apremiante. Estaré allí desde el anochecer hasta la mañana siguiente. Emma, vuestra hija y los demás me suponen lejos de Londres, como estaba hace una hora. No les digáis lo contrario. Sé que puedo fiarme de vos, y cuento con que no me haréis más preguntas por ahora.

Y como si deseara cambiar de tema, el señor Haredale recordó al confundido cerrajero la noche en que encontró en el Maypole al bandido, el robo perpetrado en la carretera y la puñalada que recibió aquella misma noche Edward Chester, la nueva aparición del bandido en casa

de la viuda y todas las extrañas circunstancias que mediaron después. Le hizo, como para pasar el rato, algunas preguntas sobre la estatura, la cara, la voz y la figura de aquel hombre, le preguntó si se parecía a alguien que hubiera visto en otro tiempo, y le hizo otras preguntas de esta clase, que el cerrajero consideró destinadas a distraer su atención y desvanecer su asombro. Por este motivo respondió sin fijarse en lo que decía.

Llegaron por fin a la calle donde estaba la casa. El señor Haredale bajó del coche y pagó al cochero.

-Si queréis ver cómo vivo -dijo volviéndose hacia Varden con una sombría sonrisa-, subid conmigo.

Gabriel, para quien todas las maravillas pasadas no eran nada en comparación con aquélla, lo siguió en silencio por la acera hasta que llegaron a la puerta. El señor Haredale la abrió con una llave que se sacó del bolsillo y volvió a cerrarla cuando entró Varden. Se encontraron

entonces en la más completa oscuridad y llegaron a tientas hasta la sala del piso bajo. Haredale encendió una vela que también llevaba en el bolsillo y entonces, a la luz que le alumbraba, pudo ver el cerrajero que estaba pálido, hosco y demudado, que estaba extenuado y macilento, y que su apariencia se correspondía perfectamente con las extrañas palabras que había pronunciado en el coche.

Era un movimiento muy natural en Gabriel, después de todo lo que había oído, observar con curiosidad la expresión de ojos, y la encontró llena de calma y de buen sentido, hasta el punto de que, avergonzándose de sus sospechas pasajeras, bajó sus propios ojos cuando el señor Haredale le miró, temiendo que revelasen lo que pensaba.

-¿Queréis que examinemos la casa? -dijo el señor Haredale dirigiendo una mirada a la ventana, cuyos poco sólidos cristales estaban cerrados y reforzados con barras-. Hablad en voz baja.

Aquella casa inspiraba tal terror que hubiera sido difícil hablar de otro modo. Gabriel asintió y siguió a Haredale por la escalera. Todo se hallaba como lo había visto en otro tiempo; se respiraba un olor a casa cerrada provocado por la escasa ventilación y reinaba una oscuridad pesada, como si un largo encarcelamiento hubiera hecho más lúgubre aun el mismo silencio. Las bastas cortinas de la alcoba y de las ventanas se caían a pedazos y se veía una gruesa capa de polvo en sus pliegues; la humedad se había abierto paso en el techo, las paredes y el suelo, que crujía bajo sus pies como si se rebelara contra los insólitos pasos de algún intruso; ágiles arañas paralizadas por el brillo de la vela detenían el movimiento de sus patas en la pared o se dejaban caer al suelo como cosas inanimadas; se oía el cric-cric de la carcoma y, detrás del revestimiento de madera, el movimiento de los ratones y las ratas.

Al contemplar aquellos maltrechos muebles, les pareció rara la viveza con que hacían pensar

en los seres a los que habían pertenecido y que se servían de ellos en otro tiempo para sus usos familiares. Grip parecía aún suspendido sobre la silla de alto respaldo, Barnaby acurrucado en su antiguo rincón favorito cerca del fuego, y su madre sentada y mirando melancólicamente al pobre idiota. Y aun cuando podían alejar de su mente estos objetos de los fantasmas que habían desaparecido, estos fantasmas se ocultaban tan sólo de su vista, pero permanecían a su lado, y parecía que les acechaban desde el fondo de los aposentos o por detrás de las puertas, prontos a salir de allí de golpe para hablarles con sus voces tan conocidas.

Bajaron la escalera y volvieron al aposento de donde habían salido algunos momentos antes. El señor Haredale se quitó la espada y la colocó sobre la mesa con un par de pistolas de bolsillo, y después dijo al cerrajero que iba a alumbrarlo hasta la puerta.

-Éste es un lugar terrible -dijo Gabriel, que se marchaba contra su voluntad-. ¿No queréis que nadie os haga compañía?

El señor Haredale negó con la cabeza y manifestó tan positivamente su deseo de estar solo, que Gabriel no se atrevió a insistir, y un momento después el cerrajero estaba en la calle, desde donde vio que la luz subía otra vez al primer piso, y que no tardaba en descender al cuarto bajo y a brillar a través de las rendijas de las ventanas.

El cerrajero se retiró a su casa apesadumbrado e inquieto, y hasta cuando se vio cómodamente sentado junto a la chimenea, teniendo enfrente a su esposa con gorro de dormir, a su lado a Dolly con su traje de casa más aseado, rizándose los cabellos y sonriendo como si no hubiera llorado en toda su vida ni debiera llorar jamás, a Toby al alcance de su mano y la pipa en la boca, y finalmente a Miggs (pero quizá ésta no ayudaba demasiado) durmiendo en un rincón, hasta entonces se sentía domina-

do por su profunda sorpresa y su viva inquietud. Lo mismo sucedió en sus sueños, en los que vio al señor Haredale macilento, pálido, huraño, devorado por el dolor, escuchando en la casa desierta el menor rumor, el menor movimiento al resplandor de la vela que brillaba a través de las rendijas hasta que la luz del nuevo día la apagaba y daba fin a su solitaria vigilia.

XLIII

El cerrajero continuaba la mañana siguiente dominado por la misma inquietud, de la que no se desprendió en muchos días. Sucedía con frecuencia que después de anochecer entraba en la calle y dirigía sus miradas a la casa misteriosa, donde estaba seguro de ver la luz solitaria brillando siempre a través de las hendiduras de las ventanas, cuando todo parecía dentro mudo, inmóvil y triste como una tumba. No atreviéndose a perder la amistad del señor Haredale desobedeciendo sus peticiones afectuosas pero terminantes, nunca se aventuraba a llamar a la puerta o a revelar su presencia; pero lo cierto es que el atractivo de un vivo interés y de una curiosidad no satisfecha lo impulsaba hacia aquella casa, y la luz brillaba a través de las ventanas.

Aun cuando hubiera sabido lo que pasaba dentro, no hubiese adelantado mucho, ni le hubiese dado esto la clave de aquellas vigilias

misteriosas. El señor Haredale se encerraba en su casa al anochecer y salía al despuntar el día. Todas las noches sucedía lo mismo, y entraba y salía solo sin variar en lo más mínimo sus costumbres.

Al acercarse el crepúsculo, entraba en su casa del mismo modo que el día en que le había acompañado el cerrajero; encendía una vela, recorría las habitaciones, examinándolas con la mayor atención, volvía a descender a la sala del piso bajo, dejaba la espada y las pistolas sobre la mesa, y se sentaba delante hasta la mañana siguiente.

Casi siempre llevaba consigo un libro que con frecuencia trataba de leer, pero nunca podía fijar sus ojos o su pensamiento en las páginas cinco minutos seguidos. El más leve rumor en la calle le llamaba la atención, y parecía que no podía resonar, un paso en la acera sin que le hiciera estremecer.

No pasaba las largas horas de la soledad sin tomar alimento. Por lo regular llevaba en el

bolsillo jamón o fiambre con una botella de vino, del cual echaba algunas gotas en una gran cantidad de agua, y bebía este sobrio licor con ardor febril, coma si tuviera la garganta abrasada.

Si era cierto, como parecía dispuesto a creerlo tras maduras reflexiones, que este sacrificio voluntario de sueño y de bienestar debía atribuirse a la expectación supersticiosa de la aparición de una visión o de un sueño en relación con el acontecimiento que dominaba en exclusiva su alma hacía tantos años; si era cierto que esperaba la visita de algún aparecido que recorría el campo durante las horas en que todos los demás hombres duermen tranquilamente en su lecho, no manifestaba nunca el menor indicio de temor o vacilación. Sus sombrías facciones expresaban una resolución inflexible; sus cejas fruncidas y labios apretados anunciaban una decisión firme y profunda, cuando se estremecía al más leve rumor con el oído atento, no era el estremecimiento del miedo sino más bien el

de la esperanza, porque al momento empuñaba la espada, como si hubiera llegado por fin la hora propicia, y escuchaba con avidez, con mirada brillante y ademán impaciente hasta que el rumor se extinguía en medio del silencio.

Estos chascos eran frecuentes porque se repetían a cada rumor de la calle, pero no debilitaban su constancia. Siempre, todas las noches, estaba allí en su puesto como un centinela lúgubre y sin sueño. Pasaba la noche, asomaba el nuevo día y seguía despierto.

Y así vigiló durante largas semanas. Había tomado una habitación amueblada en el Vauxhall para pasar el día y disfrutar de algún descanso, y desde allí, a favor de la marea, iba por común por el río desde Westminster hasta el puente de Londres para evitar las calles populosas.

Una tarde, pocos momentos antes del crepúsculo, seguía su acostumbrado camino a lo largo del río, con intención de pasar por Westminster Hall y después por Palace Hall para ir a

tomar la barca del puente. Se veía bastante gente reunida en las cercanías de las cámaras para ver entrar y salir a los miembros del Parlamento, a quienes acompañaban con sus ruidosas aclamaciones o con murmullos y silbidos según sus opiniones conocidas. y al cruzar por la multitud oyó dos o tres veces el grito de «¡No más papismo!», que no era nuevo a sus oídos y al que no hizo el menor caso al ver que salía de un grupo de ociosos de baja estofa, y continuó su camino con la mayor indiferencia.

Se veían en Westminster Hall pequeños grupos dispersos, en medio de los cuales algunos pocos elevaban los ojos hacia la majestuosa bóveda del edificio, iluminada por los últimos fulgores del sol, cuyos oblicuos rayos enrojecían los cristales antes de extinguirse en la sombra; otros transeúntes ruidosos, trabajadores que regresaban a sus casas al salir de sus talleres, apresuraban el paso, despertando con sus animadas voces los ecos sonoros; otros, conversando seriamente sobre asuntos políticos o per-

sonales, se paseaban con lentitud de un extremo a otro, con los ojos fijos en el suelo y pareciendo ser todo oídos de pies a cabeza para escuchar lo que se decía; aquí media docena de pilluelos encaramándose unos sobre otros como si quisieran hacer de Westminster una verdadera torre de Babel; allá un hombre aislado, medio pasante medio mendigo, se paseaba a pasos contados, acosado por el hambre que se revelaba en la desesperación de sus facciones, codeado al pasar por algún muchacho cargado de una cesta y hendiendo con sus penetrantes gritos las vigas del techo, en tanto que un estudiante, mas discreto y sobre todo más prudente, se paraba a medio camino para meterse la pelota en el bolsillo al ver al conserje que acudía desde lejos refunfuñando.

Era la hora del día en que si uno cierra un momento los ojos ve al volverlos a abrir que la oscuridad ha hecho grandes progresos. El suelo, gastado por los pasos que lo reducían a polvo, hacía un llamamiento a las elevadas pare-

des del recinto para repetir el sordo rumor de los pies en continuo movimiento, a menos que lo dominase de pronto el golpe de alguna pesada puerta que al volver a caer sobre el edificio retumbaba como un trueno y ahogaba todos los demás ruidos en su terrible estruendo.

El señor Haredale había cruzado ya la sala sin dirigir más que una mirada distraída a aquellos grupos cuando le llamaron la atención dos personas que encontró de frente. Una de ellas un caballero de porte elegante, llevaba en la mano un bastón que agitaba al pasearse de la manera más distinguida, y la otra le escuchaba con la actitud de un perro sumiso, con maneras obsequiosas y rastreras, pues apenas se permitía deslizar algunas palabras en el coloquio; con la cabeza hundida en los hombros, se frotaba las manos con complacencia y respondía de vez en cuando con una inclinación de cabeza que parecía ser una señal de aprobación y una humilde reverencia al mismo tiempo.

Sin embargo, aquellos dos hombres no ofrecían nada de notable, porque es muy común ver a ciertas personas mostrarse serviles ante un rico traje acompañado de un hermoso bastón -sin que queramos hablar aquí de los bastones de puño de oro o de plata de nuestros señores lores-, pero en aquel caballero tan bien vestido y lo mismo en el otro se veía algo que produjo al señor Haredale una sensación desagradable, pues vaciló, se paró, y se disponía a alejarse para evitar su encuentro cuando, al mismo tiempo, habiéndose vuelto de pronto los caballeros, se encontraron frente a él antes de poder alejarse.

El caballero del bastón levantó el sombrero y empezaba a excusarse del imprevisto choque, y el señor Haredale se apresuraba a aceptar la disculpa y a evadirse, cuando se paró de pronto al oír que aquél exclamaba:

-¡Qué veo! Es Haredale... Qué extraña casualidad.

-Cierto -respondió el señor Haredale con impaciencia-. Sí, yo...

-Querido amigo -dijo el otro deteniéndolo-, lleváis mucha prisa. Un minuto, Haredale, en nombre de nuestra antigua amistad.

-En efecto, tengo prisa, y como ni uno ni otro deseábamos este encuentro, lo mejor será no alargarlo. ¡Buenas tardes!

-Nada, nada -repuso sir John, pues él era-. Casualmente estábamos hablando de vos. Tenía aún vuestro nombre en la boca, y tal vez lo habréis oído pronunciar... ¿No? Lo siento, lo siento de veras. Supongo que reconoceréis a mi amigo, Haredale, y por él decía que era una extraña casualidad.

El amigo en cuestión, que no las tenía todas consigo, se había tomado la libertad de tocar con el codo a sir John y de darle a entender con toda clase de signos y guiños que deseaba evitar aquella presentación, pero como eso no entraba en los planes de sir John, simuló no percibir aquellas súplicas unidas, y lo señaló con la

mano al mismo tiempo que decía «mi amigo» para llamar más particularmente sobre él la atención.

El amigo no tuvo, pues, más remedio que dar a su rostro la sonrisa más brillante de que podía disponer y hacer una reverencia propiciatoria en el momento en que fijó en él sus ojos el señor Haredale. Al verse reconocido, tendió la mano con torpeza y vergüenza que no hicieron sino crecer cuando Haredale la rechazó con ademán de desprecio diciendo fríamente:

-¡Gashford! Veo que no me habían engañado. Según parece, caballero, habéis arrojado por fin la máscara y perseguís ahora con el amargo ardor de un renegado a los que piensan como pensabais vos en otro tiempo. ¡Qué honra para la causa que abrazáis, caballero! La felicito por semejante adquisición.

El secretario se frotaba las manos haciendo muchas reverencias como para apaciguar a su adversario humillándose, y sir John exclamó con el mayor júbilo:

-Reconozcamos que el encuentro ha sido muy extraño.

Y sacando la caja tomó un poco de rapé con su calma habitual y sonriendo.

-Haredale -dijo Gashford, alzando los ojos con temor y bajándolos enseguida cuando encontraron la mirada fija y firme de su antiguo amigo-, sois hombre consciente, muy noble, muy sincero y muy leal para que atribuyáis a motivos indignos un cambio de opiniones lleno de lealtad, aunque estas opiniones no estén precisamente de acuerdo con las vuestras. Sois muy justo, muy generoso, de una inteligencia muy elevada para...

-Continuad, caballero -repuso Haredale con sarcástica sonrisa al ver que Gashford se interrumpía confuso y avergonzado.

Gashford se encogió de hombros, y bajando los ojos, guardó silencio.

-No se puede negar -dijo sir John acudiendo entonces en su auxilio- que el encuentro ha sido muy singular. Perdonad, querido Haredale,

pero creo que no os ha admirado tanto como lo merecía. El caso no es para menos. Nos hallamos aquí, sin habernos dado cita, tres antiguos compañeros de colegio reunidos en Westminster Hall; tres antiguos pensionistas del triste y fastidioso seminario de Saint Omer, donde los dos estabais obligados por vuestro título de católicos a seguir vuestros estudios, y donde yo, una de las esperanzas en ciernes del partido protestante en aquella época, había sido enviado a estudiar francés con un parisino.

-Podríais añadir una particularidad que da a nuestro encuentro un carácter más extraño, sir John -dijo el señor Haredale-, y es que algunas de aquellas esperanzas en ciernes del partido protestante se han aliado en el Parlamento para despojarnos del privilegio abusivo y monstruoso de enseñar a nuestros hijos a leer y escribir. En este país de pretendida libertad, en la misma Inglaterra en la que cada año ingresamos por miles en el ejército para defender vuestra libertad, y para ir a morir en masa a vuestro

servicio en las sangrientas batallas del continente, os dejáis persuadir por ese señor Gashford de que es preciso que nos consideréis a todos como lobos y fieras. Podríais añadir también que esto no obsta para que este hombre sea recibido en vuestra sociedad y se pasee tranquilamente por las calles en pleno día con la cabeza erguida (no como en este momento), y os aseguro que es la particularidad más extraña de este extraño encuentro.

-Sois muy severo con nuestro amigo -repuso sir John con una sonrisa.

-Dejadlo continuar -dijo Gashford estrujando los guantes-, dejadlo continuar. No me falta paciencia, sir John. Cuando se tiene la honra de merecer vuestro aprecio, se puede pasar muy bien sin el de Haredale. Haredale es uno de esos hombres que se reconocen bajo el peso de nuestras leyes penales, y naturalmente no debo esperar que hable en mi favor.

-¡Que hable en vuestro favor! -repuso Haredale lanzando una mirada amarga a su antiguo

compañero-. ¿Qué necesidad tenéis de mi apoyo si contáis con el de vuestros amigos? ¿No sois ambos la esencia de vuestra famosa Asociación?

-Debo deciros -respondió sir John con la sonrisa más amable- que estáis en un error, y me extraña que un hombre tan exacto, tan justo y tan entendido haya podido incurrir en él. No pertenezco a la Asociación de la que habláis; es verdad que profeso un inmenso respeto por sus miembros, pero no formo parte de ella aunque me opongo por conciencia a que os restituyan vuestros derechos. Considero esta conducta como un deber, y lo siento en el alma, pero es una necesidad imperiosa y que me cuesta mayores sacrificios de los que os imagináis... ¿Queréis rapé? Si deseáis probar esta ligera infusión de un perfume inocente, os aseguro que encontraréis su aroma exquisito.

-Perdonad, sir John -dijo Haredale rechazando el rapé con un gesto-, perdonad si os he colocado en la categoría de los humildes ins-

trumentos que trabajan a la vista de los demás hombres. Hubiera debido hacer más honor a vuestro genio. Los hombres de vuestra capacidad se complacen en maquinar impunemente a la sombra y en dejar a sus hijos expuestos al primer fuego de los descontentos.

-No tenéis necesidad de excusaros, Haredale -dijo sir John siempre con la misma amabilidad-. Sería ridículo que entre amigos tan antiguos como nosotros no pudieran usarse ciertas libertades.

Gashford, que había estado en tanto en una agitación perpetua, pero sin levantar los ojos, los volvió al fin hacia sir John y se aventuró a decirle al oído que tenía que partir para no hacer esperar a lord George.

-No os toméis tanta molestia, caballero -le dijo Haredale-, porque voy a dejaros en paz continuando mi camino.

Y así iba a hacerlo sin ceremonia cuando le detuvo un rumor de voces y de pasos que se oía en el extremo de la sala y, dirigiendo la mi-

rada en aquella dirección, vio llegar a lord George Gordon rodeado de una gran multitud.

El rostro de sus dos compañeros de colegio dejó ver, cada cual a su manera, una expresión de secreto triunfo que infundió a Haredale el deseo de no retirarse como si hubiera sido derrotado y de esperar allí mismo al jefe de la Asociación Protestante. Se irguió, pues, y cruzándose de brazos, tomó una actitud altiva y desdeñosa mientras lord George avanzaba lentamente a través de la multitud que se agrupaba a su alrededor hasta llegar al sitio donde estaban reunidos los tres antiguos amigos.

Lord George acababa de salir de la Cámara de los Comunes y entraba en la sala del palacio esparciendo según su costumbre la noticia de lo que se había dicho aquella misma tarde en relación con los papistas, las peticiones presentadas en su favor, las personas que las habían apoyado, el día que se votaría la ley y el momento oportuno que debería elegirse para presentar a su vez su gran petición protestante.

Explicaba todo esto a las personas que lo rodeaban alzando la voz y con exagerados ademanes. Los que se hallaban cerca se comunicaban sus comentarios y prorrumpían en amenazas y quejas, y los que se hallaban más distantes gritaban «¡Silencio!» o bien «¡No cerréis el paso!», o se empujaban unos a otros para quitarse el puesto; en una palabra, avanzaban penosamente, de la manera más irregular y desordenada, como hace siempre la multitud.

Cuando llegaron cerca de donde estaban su secretario, John y el señor Haredale, lord George se volvió haciendo algunas reflexiones incoherentes con cierta violencia, acabó con el grito vulgar de «¡Abajo los papistas!», y pidió a la turba tres hurras para apoyar su proposición.

Mientras se agrupaban a su alrededor para contestar con la mayor energía, se desembarazó de la multitud y se acercó Gashford. Como ambos, al igual que sir John, eran muy conocidos por el populacho, la multitud retrocedió para dejar a los cuatro juntos.

-Os presento al señor Haredale, lord George -le dijo John al ver que el noble lord miraba al desconocido con expresión escudriñadora-, un caballero católico, desgraciadamente... Siento mucho que sea católico..., pero es un amigo de la niñez a quien amo entrañablemente, y es también antiguo conocido del señor Gashford. Querido Haredale, este caballero es lord George Gordon.

-Habría conocido al momento a su señoría aunque no le hubiese visto antes -dijo el señor Haredale-. Creo que no hay dos nobles en Inglaterra que, al dirigirse a un populacho ignorante y apasionado, fueran capaces de hablar en los términos injuriosos que acabo de oír acerca de una parte considerable de sus conciudadanos. ¿No os da vergüenza, milord?

-No debo contestaros, caballero -repuso lord George en alta voz agitando la mano con emoción visible-, nada tenemos en común.

-Hay muchas cosas que deberían ser comunes entre nosotros -dijo el señor Haredale- y

hasta puedo decir que Dios nos lo ha dado todo común..., la caridad común a todos los hombres, el sentido común y las nociones más comunes de la buena educación que deberían prohibiros semejante conducta. Aun cuando todos esos hombres que os rodean tuvieran armas en las manos, como las llevan ya en el corazón, no me alejaría de aquí sin deciros que deshonráis vuestra ilustre estirpe.

-No os escucho, caballero -repuso lord George en voz alta-, no quiero escucharos, me inspiráis tan sólo lástima. Gashford, no contestéis -en efecto, el secretario parecía que iba a responder-, nada tengo en común con los adoradores de ídolos.

Al pronunciar estas palabras dirigió una mirada a sir John, que alzó las manos y las cejas como para deplorar la conducta temeraria de Haredale al mismo tiempo que dirigía a la multitud y a su jefe una sonrisa de admiración.

-¡Replicarme él..., él! -exclamó Haredale mirando a Gashford de pies a cabeza-. ¡Un hom-

bre que empezó siendo un ladrón cuando no tenía dos pies de altura, y que desde entonces ha sido el pícaro más servil, más falso y más desvergonzado! ¡Un hombre que se ha arrastrado como un perro toda su vida, despedazando la mano que lamía y mordiendo a los que adulaba! ¡Un estafador que en toda su vida no ha sabido lo que es el honor, la verdad y el valor, y que después de robar la inocencia a la hija de su bienhechor, se casó con ella para atormentarla! ¡Un perro rastrero que iba a menear la cola a la ventana de la cocina para coger un mendrugo de pan! ¡Un mendigo que pedía tres peniques a las puertas de nuestras iglesias! He aquí el apóstol de fe cuya delicada conciencia reniega de los altares donde se denunció públicamente su viciosa vida... ¿Conocéis a este hombre?

-Sois muy severo..., demasiado severo con nuestro amigo -exclamó sir John.

-Dejadle continuar -dijo Gashford, cuya cara, bañada en asqueroso sudor, se contraía horri-

blemente y estaba pálida como la de un cadáver-, puede decir cuanto quiera porque me es indiferente lo mismo que a milord. Si trata a lord George como acabáis de oír, ¿me puede tratar a mí con más benevolencia?

-¿No basta, milord -continuó Haredale-, que yo, tan noble y caballero como vos, no pueda conservar mi propiedad, cualquiera que sea, sino por una connivencia con el Estado, aterrado de las leyes crueles dictadas contra nosotros, y que no podamos enseñar a nuestros hijos en las escuelas los primeros elementos del bien y del mal, sino que es preciso además que lancen en pos de nosotros denunciadores como este hombre?. He aquí un brillante jefe de coro para dar la señal de vuestros gritos de «¡No más papistas!». ¡Qué vergüenza!

El noble lord Gordon había mirado repetidas veces de reojo a sir John como para preguntarle si había alguna cosa de verdad en lo que decía Haredale de su secretario, y él había contestado siempre encogiéndose de hombros y guiñándo-

le el ojo como si dijera: «No, señor. ¿No veis que está loco?».

Entonces el lord contestó en voz alta y con afectación:

-Caballero, no merecéis contestación, y me importa poco lo que decís. Os suplico por lo tanto que no me impongáis vuestra conversación y no me mezcléis en vuestros ataques personales. Cumpliré con mi deber con mi país y mis compatriotas y no me detendrá en mi camino la violencia, venga o no de los emisarios del papismo. He dicho. Venid, Gashford.

Habían dado algunos pasos hablando y llegaban a la puerta de la sala cuando Haredale, sin despedirse de ellos, se dirigió hacia la escalera del Támesis y llamó al único barquero que había en la orilla.

Pero el populacho, cuya vanguardia no se había perdido una sola palabra de lord George Gordon, y entre el que había circulado al momento el rumor de que el desconocido era un papista que acababa de insultar a lord Gordon

por haberse erigido en abogado de la causa popular, se precipitó en tropel y, empujando al noble lord, a su secretario y a sir John, que hacían ademán de ir a su cabeza, se reunió en lo alto de la escalera donde el señor Haredale esperaba al barquero, dejando un espacio vacío entre él y la turba.

La turba permaneció inmóvil, pero no muda. Algunos empezaron a emitir sordos murmullos, seguidos de algunos silbidos que bien pronto se convirtieron en atronadores gritos. Se oyó entonces una voz que gritó: «¡Abajo los papistas!» y todo el mundo lo repitió, pero nada más. Un momento después otra voz gritó: «¡Apedreémoslo!», otra: «¡Echémoslo al río!», otra voz vinosa: «¡No más papismo!» y mil voces repitieron como un eco este grito favorito que la muchedumbre acogió con aclamación.

El señor Haredale había permanecido tranquilo hasta entonces en el primer escalón, pero al oír esta manifestación, les lanzó a todos una mirada de desprecio y bajó lentamente la esca-

lera. Estaba ya cerca del bote cuando Gashford volvió el rostro con expresión inocente y al mismo tiempo una mano se alzó en la turba y lanzó al señor Haredale una enorme piedra que le hirió en la cabeza y le hizo bambolear como si estuviera ebrio.

La sangre brotó al instante de la herida y empapó su vestido. Haredale se volvió en el acto y, volviendo a subir la escalera con una audacia y una cólera que hizo retroceder a la turba, preguntó:

-¿Quién ha sido? Que salga el que me la ha tirado.

Nadie se movió excepto un hombre o dos de los que estabas en la última fila, que se escurrieron a lo largo del muelle y se pararon para mirar con las manos en los bolsillos como espectadores indiferentes.

-¿Quién ha sido? -repitió-. ¡Que salga! Perro... miserable, ¿has sido tú? Si la piedra no ha salido de tu brazo, ha salido de tu lengua... Te conozco.

Y al pronunciar estas palabras se arrojó sobre Gashford y le derribó. Hubo entonces un movimiento súbito en la multitud y varios brazos se levantaron contra él, pero al ver su espada desnuda todos retrocedieron.

-¡Milord! ¡Sir John! -gritó-. Uno u otro, desenvainad la espada. Os pido una satisfacción. Sacad la espada si sois caballeros.

Y al mismo tiempo pegaba de plano con su acero en el pecho de sir John y se ponía en guardia con el rostro inflamado y la mirada brillante, solo contra todos. Un instante, un instante tan sólo, rápido como el pensamiento, se vio pasar por el risueño rostro de sir John un relámpago sombrío que nadie había visto en él jamás. Un momento después, dio un paso adelante y tendió la mano hacia el arma de Haredale en tanto que con la otra apaciguaba a la turba.

-Querido amigo, os ciega la cólera; es natural, muy natural, pero eso os impide reconocer a los amigos entre los enemigos.

-Los reconozco muy bien, no temáis que me equivoque -repuso casi loco de furor-. ¡Sir John! ¡Lord George! ¿No me oís? Sois unos cobardes.

-Calmaos, caballero -dijo un hombre saliendo de entre la multitud y conduciéndolo con atención hacia la escalera-. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué queréis hacer delante de esa gente? ¿No veis que acuden a miles desde las calles inmediatas y van a despedazaros sin piedad?

Y en efecto, corría hacia la escalera una multitud inmensa.

-Antes de dar la primera estocada caeríais sin sentido bajo una lluvia de piedras. Retiraos, caballero, o vais a sucumbir. Creedme, calmad el enojo, y seguidme..., ¡pronto..., pronto!

El señor Haredale, volviendo en sí de su ciego furor, reconoció la prudencia de este consejo y bajó la escalera acompañado de John Grueby, que era el hombre que le instaba a retirarse. Cuando Haredale entró en el bote, Grueby lo empujó con el pie y lo lanzó del golpe a treinta pies de la orilla después de recomendar al bar-

quero que remase con fuerza. Entonces volvió a subir la escalera con tanta calma y serenidad como si acabase de desembarcar.

El populacho tuvo al principio intención de hacerle pagar cara su intervención, pero como Grueby era robusto y llevaba además la librea de lord George, cambió de parecer y se contentó con lanzar hacia el bote una lluvia de guijarros que dieron inocentes saltos por el agua, porque la barca había pasado el puente y navegaba a todo remo cerca de la orilla opuesta.

Después de esta diversión, el populacho se alejó del río dando grandes y protestantes aldabonazos en las puertas de los católicos, rompiendo algunos faroles y apedreando a algún que otro agente de policía aislado; pero cuando se anunció que llegaba un destacamento de guardias del rey, todos se marcharon corriendo y la calle quedó vacía en un momento.

XLIV

Cuando se dispersó la muchedumbre, que dividida en pequeños grupos corrió hacia las calles más retiradas, sólo quedó un hombre en el lugar de la escena. Era Gashford. Adolorido por su caída, pero más abatido aún por la vergüenza y furioso por el ultraje que acababa de recibir, se retiró cojeando y exhalando maldiciones y amenazas de venganza.

El secretario no era hombre que ahogaba su cólera en vanas palabras. Mientras evaporaba con estas efusiones violentas las primeras bocanadas de su odio, seguía con la mirada fija a dos hombres que, después de desaparecer con los demás cuando se dio el grito de alarma, habían vuelto y se paseaban al resplandor de la luna por la orilla del Támesis en animada conversación.

No se acercó a ellos, pero esperó con paciencia en la parte donde no alumbraba la luna que se cansasen de pasear y se internasen por algu-

na calle. Los siguió entonces desde lejos, pero sin perderlos de vista y especialmente sin que sospechasen que les seguía. Los dos paseantes entraron en la calle del Parlamento, pasaron por delante de la iglesia de Saint Martin, doblaron la esquina de Saint Giles y se internaron por la calle de Tottenham Court, a cuya espalda se hallaba entonces al oeste una plaza llamada de los Caminos Verdes. Era un sitio solitario y de mala fama que conducía al campo. Los rasgos más notables del cuadro que presentaba este paisaje eran enormes montones de ceniza, charcos de agua cenagosa, grandes matas de zarza y de cardos silvestres, algunas estacas de empalizadas antiguas, escombros de vajilla rota y algunos estercoleros donde crecía una hierba verde y lozana. Únicamente se veía allí algún caballo decrépito o algún asno flaco atados a un poste con una cuerda larga que les permitía recorrer un ancho círculo y recrearse con la hierba que crecía entre las piedras. Estos animales estaban en completa armonía con el resto

y anunciaban claramente, aun cuando las casas no lo hubiesen indicado, la pobreza de las gentes que vivían en los resquebrajados caserones que formaban la plaza y la temeridad del hombre que, llevando dinero en el bolsillo, se aventurase a pasear por allí sin compañía de noche.

Los pobres son en ciertos aspectos iguales a los ricos, pues tienen también sus caprichos en materia de gusto. Entre aquellas casuchas había algunas con sus correspondientes torrecillas y otras con falsas ventanas pintadas en las ruinosas paredes. Una de ellas sostenía un campanario en miniatura sobre una torre de cuatro pies de altura que servía para ocultar la chimenea, y ninguna dejaba de tener delante de la puerta un banco rústico. Los habitantes de aquel recinto se dedicaban al comercio de huesos, trapos, vidrios rotos, ruedas viejas, pájaros y perros, y todos estos diversos objetos, desparramados sin orden, llenaban los corrales y esparcían un perfume no exactamente delicioso en el aire lleno

además de ladridos, gritos y llantos de chiquillos.

Hasta ese lugar siguió el secretario a los dos hombres que no había perdido de vista, y allí los vio entrar en una de las casas más miserables, que sólo se componía de un aposento no muy espacioso. Esperó en la plaza hasta que el rumor de sus voces mezclado con cantos discordes le dio a conocer que estaban de buen humor, y acercándose por una tabla vacilante colocada encima de una zanja llena de cieno, llamó a la puerta.

-¡Señor Gashford! -exclamó el hombre que salió a abrir quitándose la pipa de la boca con evidente sorpresa-. No esperábamos tanto honor. Entrad, señor Gashford, entrad.

Gashford entró sin hacerse de rogar y dando a su rostro el aspecto más risueño. En medio del aposento había un hornillo lleno de óxido con fuego, porque, a pesar de que la primavera estaba muy adelantada, las noches eran frescas, y Hugh se calentaba sentado en un vetusto

banquillo fumando su pipa. Dennis acercó una silla, su única silla, para el secretario y volvió a sentarse en el banquillo, del que se había levantado para ir a abrir la puerta.

-¿Qué hay de nuevo, señor Gashford? -dijo volviendo a tomar la pipa y mirando de soslayo-. ¿Han llegado órdenes del cuartel general? ¿Vamos a ponernos en marcha? Contádnoslo, Gashford.

-Nada, no hay nada de nuevo -dijo el secretario asintiendo amistosamente-. Pero ya hemos roto el hielo. ¿No es cierto, Dennis?

-Sólo un poquito -respondió el verdugo con voz ronca-. Menos de lo que yo hubiera querido.

-Lo mismo digo -exclamó Hugh-. Hagamos algo con muertos.

-¿Queréis decir -preguntó el secretario con la expresión más repugnante y el tono de voz más meloso- que no tendríais inconveniente en matar?

-¿Acaso lo dudáis? -respondió Hugh-. Yo nunca hablo en broma.

-Ni yo tampoco -dijo el verdugo.

-¡Valientes! -exclamó el secretario en un tono tan dulce como paternal-. A propósito... -añadió interrumpiéndose un momento para calentarse las manos y mirándolos después cara a cara-. ¿Quién ha arrojado aquella piedra?

Dennis tosió y movió la cabeza como si dijera «¿Quién lo sabe?». Hugh continuó fumando sin despegar los labios.

-¡Buena puntería! -dijo el secretario volviendo a calentarse las manos-. Desearía conocer a ese hombre.

-¿Desearíais conocerlo? -preguntó Dennis después de mirarlo para cerciorarse de que hablaba en serio-. ¿Realmente queréis conocerlo, señor Gashford?

-Sí -respondió el secretario.

-Pues bien, no está lejos de aquí -dijo el verdugo riendo a carcajadas y señalando a Hugh con la punta de la pipa-. Este es vuestro hom-

bre. Cielos, Gashford -añadió en voz baja acercando su banquillo a la silla y tocando al secretario con e¡ codo-, es todo un hombre. Tan difícil es sujetarlo como a un perro de presa sin cadena. De no ser por mí, iba a arrojar al río a aquel papista, y en menos que canta un gallo se armaba una gorda.

-¿Y por qué no? -dijo Hugh con voz ronca cogiendo al vuelo esta última observación-. ¿Qué se gana en dar tiempo al tiempo? El que da primero, da dos veces. Ése es mi sistema.

-Joven inexperto -dijo Dennis negando con la cabeza como si compadeciese el candor de su amigo-, ¿creéis que ha llegado el momento? No, antes es preciso que se calienten las cabezas, que se prepare el terreno. ¿Os parece que no hay más que hacer una calaverada como la vuestra? Si os dejase rienda suelta, mañana mismo dabais al traste con todo y arruinabais nuestra causa.

-Dennis tiene razón -dijo Gashford con un tono melifluo-, y habla como un oráculo. Dennis conoce el mundo a fondo.

-¿Cómo no he de conocer el mundo si he ayudado a tanta a salir de él? -dijo el verdugo riéndose y haciendo un gesto extraño.

El secretario se rió para tener contento a Dennis, y dijo mirando a Hugh:

-Habréis podido observar que la política de Dennis es también la mía. Habréis visto por ejemplo cómo me dejé caer al primer empuje y que no he opuesto la menor resistencia para evitar un conflicto.

-No, por lord Harry -exclamó Dennis riendo a carcajadas-, os habéis caído de golpe, señor Gashford, y habéis quedado tendido. ¿Sabéis lo que pensé entonces? Pensé que ya no volvíais a levantaros. En mi vida he visto caer a un hombre suelo tan a plomo ni dando un batacazo tan solemne sino cuando se cae arrojando el alma por la boca. ¡No tiene malos puños aquel papista!

La figura del secretario, mientras Dennis se reía a carcajadas guiñando el ojo a Hugh, que lo acompañaba en su risa y en sus guiños, habría podido servir de modelo para un retrato del diablo. Pero continuó silencioso hasta que se calmó la risa de los dos amigos. Entonces dijo mirando a su alrededor:

-Se está tan bien aquí, Dennis, que de no ser porque milord ha insistido en que cenase esta noche con su señoría y ha llegado el momento de retirarme para complacerlo, me detendría aquí aunque me expusiera a tener un mal encuentro en el camino. He venido a visitaros para tratar de un pequeño negocio..., sí... Una cosa que no sospecháis siquiera. Y debe halagaros que haya pensado en vosotros. Si algún día nos viéramos en la necesidad... ¿y quién puede decir que ese día no llegará? La vida es una cosa tan incierta...

-¡Qué me diréis a mí, Gashford! -dijo el verdugo interrumpiéndolo y asintiendo con la cabeza lleno de dignidad-. ¡He visto tantas in-

certidumbres en lo que concierne a la vida en el mundo! ¡He visto tantas casualidades imprevistas!

Y pareciéndole el tema demasiado vasto para poder agotar todas sus reflexiones, continuó fumando y moviendo largo rato la cabeza.

-Decía, pues -repuso el secretario lentamente y con una marcada intención-, que no podemos responder de lo que sucederá, y si algún día nos viéramos en la necesidad de recurrir a la violencia, su señoría, que hoy ha sufrido todas las impertinencias imaginables, os ha elegido a los dos, porque os he recomendado como decididos y valientes, y como hombres con los cuales se puede contar, para encargaros de castigar a Haredale. Arreglaos con él como mejor os parezca, con tal de que no le deis cuartel y no dejéis en su casa dos vigas en pie en el sitio donde las colocó el carpintero. Saquead, incendiad, haced lo que queráis, pero que no quede piedra sobre piedra. Dejadlo a él y a todos los suyos desnudos como gusanos, en cueros como

recién nacidos que arrojan sus madres en medio de la calle. ¿Me entendéis? -dijo Gashford haciendo una pausa.

-¿Si os entendemos? -dijo Hugh-. Habláis bien claro. Así me gustan a mí los hombres.

-No ignoraba que os gustaría el plan -dijo Gashford dándole un afectuoso apretón de manos-. Buenas noches, pues. No será ésta la última vez que vendré a visitaros, y prefiero venir aquí para que no os molestéis. ¡Buenas noches!

Y salió de la casa y cerró la puerta. Los dos amigos se miraron con un ademán de satisfacción, y Dennis dijo atizando el fuego:

-Esto es ya otra cosa, esto marcha.

-¡Así me gusta! -exclamó Hugh.

-Había oído contar que Gashford -dijo el verdugo- tenía buena memoria y una constancia sorprendente, y que ignoraba lo que es olvido y perdón... ¡Bebamos a su salud!

Hugh no se hizo de rogar, y sin derramar una sola gota de líquido en el suelo, bebieron a

la salud del secretario, el hombre de su corazón.

XLV

Mientras las pasiones más perversas de los hombres más malvados fermentaban en las tinieblas, y la capa de la religión con que se cubrían para ocultar las deformidades más terribles amenazaba convertirse en sudario de lo más honrado y pacífico de la sociedad, sobrevino una circunstancia que trocó la posición de dos de nuestros personajes, de los que hace mucho que no se ocupa esta historia y a los que debe ahora regresar.

En una ciudad de provincias de Inglaterra, cuyos habitantes se ganaban la subsistencia con trabajos manuales, especialmente tejiendo y preparando la paja para los fabricantes de sombreros y otros artículos de adorno, vivían con nombre falso y en una pobreza oscura Barnaby y su madre, ajenos a los acontecimientos, a las diversiones y a los desvelos de este mundo, y ocupados únicamente en ganarse el pan de cada día con el sudor de sus frentes.

En los cinco años que habían transcurrido desde que fueron allí a buscar asilo, ningún pie humano había cruzado el umbral de su morada, ni habían reanudado su amistad en este intervalo con las personas de quienes habían huido. La triste viuda sólo pensaba en trabajar en paz y sacrificarse en cuerpo y alma por su pobre hijo, y si la dicha pudiera ser alguna vez la suerte de una mujer asediada por pesares secretos, hubiese podido creerse feliz entonces. La tranquilidad, la resignación y el amor puro y santo que profesaba a un ser a quien era tan necesaria, formaban el estrecho círculo de sus sencillas alegrías y sólo pedía al cielo una gracia: poder morir al mismo tiempo que su hijo.

El tiempo había transcurrido para Barnaby con la rapidez del viento; los días y los años pasaban sin desvanecer las nubes de su razón, sin que hubiese asomado aún la aurora que debía ahuyentar la sombría noche de su inteligencia. Muchas veces permanecía días enteros sentado en su banquillo junto al fuego o en la

puerta de la cabaña, ocupado sin descanso en la tarea que le había enseñado su madre, y prestando oído a los cuentos que ella le repetía para retenerlo a su lado con el cebo de este inocente ardid. El cuento de ayer era nuevo para él hoy, y lo escuchaba siempre con gusto; y en los momentos de tranquilidad, se quedaba resignado en casa oyendo las historias de su madre como un niño, y trabajando alegremente hasta que las sombras de la noche lo impedían.

Otras veces -y entonces sus escasos ingresos eran apenas suficientes para un poco de alimento, y de la peor valía- iba a pasear desde las primeras horas del día hasta el momento en que el crepúsculo es vencido por la noche. Casi nadie allí, ni aun los niños, podía perder el tiempo en la ociosidad, y no tenía compañero alguno que lo siguiera a aquellas excursiones sin objeto. Sin embargo, había en las cercanías una veintena de perros vagabundos cuya compañía le halagaba, y cogía a dos o tres, y algunas veces hasta media docena, que lo escolta-

ban ladrando y mordiéndole los talones cuando salía para alguna expedición que debía durar todo el día. Por la noche, cuando volvían juntos, estaban tan cansados de sus correrías que sudaban como máquinas de vapor y sacaban un palmo de lengua, y únicamente Barnaby, en pie al día siguiente al despuntar la aurora, como si no hubiese salido en un mes, repetía con una escolta perruna de refresco sus paseos lejanos y volvía sin cansarse. En todos sus viajes no faltaba Grip, metido en su cesta; colgada de los hombros de su amo, y cuando el buen tiempo lo ponía de buen humor, no había perro en toda la traílla que armase tanto ruido como el cuervo.

Sus placeres eran muy sencillos; un pedazo de pan moreno con un bocado de carne y el agua de una fuente o de un arroyo bastaban para sus comidas. Barnaby se divertía andando, corriendo y saltando hasta que se cansaba; entonces se tendía sobre la hierba en medio de un sembrado o a la sombra de alguna gruesa enci-

na, siguiendo con la mirada las nubes que cruzaban por la superficie del cielo azul y escuchando el canto de la alondra que se elevaba en el aire. Había además flores campestres que coger, el jacinto perfumado, la escondida violeta, la pálida margarita, el blanco jazmín o la rosa de brillante corola; había pájaros que contemplar, peces, hormigas, insectos, conejos o liebres que cruzaban como una flecha por el bosque y desaparecían a lo lejos en la maleza; había, en fin, millones de criaturas vivas que estudiar y acechar y que acompañaba con palmadas cuando huían de su vista. Y a falta de este espectáculo, estaba el sol alegre que perseguir a través de las hojas y las ramas de los árboles, donde jugaba al escondite con él, internándose adentro, muy adentro, en recintos parecidos a estanques de plata, donde las ramas trémulas bañaban su follaje jugueteando; había suaves perfumes en el aire en las tardes de verano cuando pasaba a través de las huertas y los campos, el aroma de las hojas o del musgo

húmedo, y la agitación viviente de los árboles, cuyas inconstantes sombras seguían todos sus movimientos. Finalmente, si se cansaba de admirar el cielo y la tierra, o más bien para saborear mejor su goce, cerraba los ojos, y lo visitaban los sueños más hermosos en medio de aquellas inocentes seducciones del campo con el blando murmullo del viento, cuya música amaban sus oídos y con todos los objetos cuyo espectáculo y cuyos rumores se confundían en un sueño delicioso.

Su choza, porque no merecía otro nombre su casa, estaba situada fuera de la ciudad, a corta distancia de la carretera, pero en un paraje retirado, donde era muy raro que se encontrasen en ninguna estación del año viajeros extraviados. Detrás de la casita había un huerto que Barnaby cultivaba o regaba, pero sin orden ni constancia, pues tanto dentro como fuera de casa era su madre la que no cesaba de atender a todo, sin hacer caso de la lluvia, del viento, del sol o de la nieve.

Aunque muy lejos ya de las escenas de su vida pasada, y muy lejos especialmente de pensar o de esperar que volviesen jamás, sentía sin embargo un extraño deseo de saber lo que pasaba en el mundo de actividad del cual vivía entonces separada. Cuando llegaba a sus manos algún periódico atrasado o algún papel extraviado con noticias de Londres, los leía con avidez, y la impresión que le causaban no era siempre agradable, porque en aquellos momentos se revelaban en sus facciones, aunque sin cansar su curiosidad, la más viva ansiedad y la angustia del temor. En las noches de tempestad y en invierno, cuando el viento silbaba con furor, su fisonomía recobraba su antigua expresión y temblaba como en un acceso de fiebre. Pero Barnaby no advertía nada, y ella se contenía como mejor podía y acababa por recobrar su calma antes de que su hijo reparase en el cambio pasajero de sus facciones.

No se crea que Grip fuera un individuo ocioso e inútil en la familia, no; merced a las

lecciones de Barnaby, al desenvolvimiento de una especie de instrucción natural común a su raza y al ejercicio que hacía de sus raras facultades de observación¡ había adquirido un grado de sagacidad que lo había hecho famoso a varias millas a la redonda. Su conversación y sus ocurrencias sorprendentes eran objeto de la admiración general, y como iba mucha gente a ver al pájaro prodigioso, y cada curioso dejaba un recuerdo de su satisfacción, cuando le daba la gana hablar, porque no hay nada más caprichoso que el genio, lograba añadir un recurso importante a las ganancias de la familia. Aún más, parecía que el pájaro estaba convencido de su mérito, porque a pesar de la libertad sin reserva a la cual se abandonaba en presencia de Barnaby o de su madre, guardaba en público una asombrosa gravedad, y no se rebajaba nunca a dar más representaciones gratuitas que las de ir a picotear las piernas de los niños vagos (ejercicio, dicho sea entre paréntesis, que le divertía en extremo), o bien de matar cuando se le

antojaba algún pollo o, finalmente, de comerse la comida de los perros del vecindario, que lo miraban con respetuoso temor.

El tiempo había transcurrido, pues, así, sin que suceso desagradable alguno turbase o modificase la uniformidad de su vida, cuando en una tarde de verano se hallaban juntos en el huerto descansando de las fatigas del día. Barnaby estaba en pie, apoyado en el mango del azadón, mirando el sol que se ocultaba en el horizonte, y la viuda tenía aún el trabajo en la falda y la paja necesaria para su tarea amontonada sobre una piedra.

-¡Qué tarde tan hermosa, madre! -dijo Barnaby-. Si pudiéramos convertir en monedas algún pedazo de ese oro que está apilado allí en el cielo, seríamos ricos para toda la vida.

-Estamos más tranquilos con nuestra pobreza -respondió la viuda con una apacible sonrisa-. Debemos conformarnos con nuestra suerte y no hacer caso del oro aunque brillara a nuestros pies.

-Sí -dijo Barnaby cruzando los brazos sobre el azadón y mirando con atención el sol que se ocultaba-, es cierto, madre, pero no tiene nada de malo tener oro. Ojalá supiera dónde encontrarlo. Grip y yo sabríamos qué hacer con el oro.

-¿Qué harías?

-¿Qué haría? Muchas cosas. Viviríamos como príncipes... Quiero decir vos y yo, no Grip. Tendríamos caballos, perros, trajes de ricos colores y plumas en el sombrero, no trabajaríamos más y viviríamos a nuestro gusto. Sí, ya veríais qué bien lo emplearíamos. Si supiese dónde está enterrado, qué rápido lo desenterraría.

-No sabes, hijo mío -dijo la viuda levantándose y poniéndole la mano sobre el hombro-, lo que han hecho muchos hombres para ganarlo, y cómo han conocido con el tiempo que nunca brilla más que cuando está lejos, pero que pierde todo su valor y su brillo cuando se tiene en la mano.

-¡Eh! No digáis eso, madre. ¿Eso creéis? -dijo Barnaby con la mirada fija en el sol-. Pero no importa, de todos modos quisiera saber dónde está.

-¿No ves, hijo mío, qué rojo es? No hay nada en el mundo que tenga tantas manchas de sangre como el oro. Huye de él, Barnaby. No existe nadie que tenga tantos motivos para detestarlo como nosotros. El oro ha amontonado sobre tu cabeza y sobre la mía más miseria y padecimiento que halló persona alguna jamás en el mundo. Antes que verte anhelar el oro, preferiría que estuviéramos muertos y durmiendo en el sepulcro.

Barnaby volvió la cabeza para mirar a su madre con asombro, y dirigiendo alternativamente sus ojos del rojo vivo del cielo a la cicatriz que tenía en la mano para comparar su color, iba a hacer a su madre una pregunta cuando otra cosa llamó de pronto su distraída atención y le hizo olvidarse de todo.

La viuda y su hijo vieron detrás de las matas que separaban el huerto del camino a un hombre con la cabeza descubierta y con el traje lleno de polvo que se inclinaba modestamente hacia ellos como para terciar en su conversación cuando pudiera encontrar la ocasión de hablar. Tenía también la cara vuelta hacia el sol, pero sus ojos expuestos a los rayos de luz indicaban con su inmovilidad que era ciego y que no los sentía.

-¡Dios bendiga las voces que llegan a mi oído! -dijo el viajero-. La tarde me parece más hermosa al oírlas, porque las voces son para mí los ojos. Seguid hablando para alegrar el corazón de un pobre peregrino.

-¿No tenéis lazarillo? -preguntó la viuda tras un momento de silencio.

-No tengo más guía que esto -respondió levantando el bastón-, y algunas veces por la noche otro más grato para dirigir mis pasos, pero en este momento descansa.

-¿Venís de un largo viaje?

-De un viaje largo y cansado -respondió el ciego asintiendo con la cabeza-. ¿Qué es esto? Acabo de tocar con el palo el brocal de vuestro pozo... ¿Tendréis la bondad de darme un vaso de agua, señora?

-¿Por qué me llamáis señora? -dijo la viuda-. Soy tan pobre como vos.

-Porque tenéis la voz dulce y distinguida, por eso; para mí cuando no puedo tocarlos, lo mismo es el sayal que la seda. No puedo juzgar a las personas por el traje.

-Venid aquí -dijo Barnaby, que había salido del huerto a recibirlo-. Dadme la mano. ¿Sois ciego, estáis siempre en la oscuridad? ¿No os dan miedo las tinieblas? ¿Veis entre las sombras una multitud de figuras que cuchichean no sé qué palabra haciendo muecas?

-¡Ah! -repuso el ciego-, no veo nada; duerma o esté despierto, nunca veo nada.

Barnaby le miró los ojos con curiosidad y se los tocó como podría haberlo hecho un niño al conducirlo a la casa.

-Si venís de lejos -dijo la viuda saliendo a recibirlo a la puerta-, ¿cómo habéis encontrado el camino?

-Siempre he oído decir que el tiempo y la necesidad son excelentes maestros, y en efecto, son los mejores -dijo el ciego sentándose en la silla adonde lo había conducido Barnaby y dejando el sombrero y el bastón en el suelo-. Sin embargo, Dios quiera que vos y vuestro hijo no necesitéis sus lecciones.

-Y a pesar de tan buenos maestros, os habéis desviado de vuestro camino -dijo la viuda con tono compasivo.

-Es posible -respondió el ciego suspirando, pero con una extraña sonrisa-. Las piedras de los caminos, las cercas y los postes no hablan conmigo. Os doy las gracias con toda sinceridad por haberme proporcionado una silla para descansar y un vaso de agua para apagar mi sed.

Al mismo tiempo cogió el vaso y se lo llevó a los labios. Era un agua hermosa, cristalina, fres-

ca y apetitosa, pero no la encontraría de su gusto o tendría poca sed, porque no hizo más que humedecerse los labios y volvió a dejar el vaso sobre la mesa.

Llevaba pendiente de una larga correa en torno del cuello una especie de saca o zurrón donde depositaba sus provisiones. La viuda le quiso dar un pedazo de pan y de queso, pero el ciego le dio las gracias diciendo que, gracias a algunas almas caritativas, había desayunado por la mañana y que no tenía apetito.

Después de esta respuesta, abrió el zurrón para sacar algunos peniques, lo único que parecía tener dentro, y dijo volviéndose hacia Barnaby, que no lo perdía de vista:

-¿Me permitiréis que os pregunte a vos, que no estáis privado del don de la vista, si tendríais la bondad de ir a comprarme un pan para sostenerme en el camino? ¡Dios derrame sus bendiciones sobre los ágiles pies que van a molestarse para acudir en auxilio de la miseria de un pobre ciego!

Barnaby miró a su madre, que le indicó que podía aceptar el encargo, y salió de la casa impulsado por sus sentimientos generosos. El ciego escuchó con atención hasta que se perdió a lo lejos el rumor de los pasos del idiota, y cambiando bruscamente de tono y ademanes, dijo:

-Habéis de saber, señora, que hay clases de cegueras además de la verdadera, de la física, de la que ofrezco yo un ilustre ejemplo. Tenemos la ceguera conyugal, habréis podido observar vos, que es una ceguera casi voluntaria y que se pone ella misma la venda sobre los ojos; tenemos la ceguera de partido y de los hombres de Estado, que se parece a un toro furioso en medio de un regimiento de soldados con uniforme encarnado; existe la confianza ciega de la juventud, que se parece a la ceguera de los gatitos, cuyos ojos no se han abierto aún a la luz; finalmente, señora, hay una ceguera de inteligencia, de la cual nos presenta una muestra ese joven, vuestro hijo, y que a pesar de algunos

fulgores, de algunos destellos lúcidos, no puede inspirar más confianza que densas tinieblas. Por esta razón me he tomado la libertad de alejarlo de aquí por algún rato, mientras tengo con vos una pequeña conversación, y como esta precaución no es sino una muestra de mi delicadeza, estoy seguro de que me perdonaréis.

Después de pronunciar este discurso con maneras elegantes y con desembarazo, sacó de debajo de la blusa una calabaza, la destapó, y mientras tenía el corcho entre los dientes, echó en el vaso de agua una buena cantidad de aguardiente.

Entonces tuvo la delicada atención de brindar por la viuda y por las señoras en general, y volviendo a dejar el vaso vacío sobre la mesa, hizo chasquear los labios con manifiesta satisfacción.

-Soy un ciudadano del mundo, señora -dijo el viejo tapando la calabaza-, y si os he parecido franco y de genio abierto voy a merecer la idea que os habéis formado de mí. Os preguntaréis

tal vez, señora: ¿por qué ha venido aquí este hombre? No tengo necesidad de ojos para leer en los vuestros, pues me basta la experiencia y el conocimiento de la naturaleza humana para adivinar los movimientos de vuestra alma como si los viera escritos en vuestras facciones femeninas. Voy a satisfacer al instante vuestra curiosidad, señora, inmediatamente.

Y dando una palmada sobre la calabaza, la ocultó debajo de la blusa, se puso una pierna sobre otra, se cruzó de brazos y se arrellanó en la silla antes de proceder a sus explicaciones. Esta transformación en el tono de la voz y en los ademanes había sido tan súbita e inesperada, la astucia y la audacia de su conducta formaban tal contraste con su dolencia, pues estamos acostumbrados a ver en los que han perdido el uso de algún sentido que su vacío es colmado por algo divino, y esta metamorfosis inspiraba tantos temores a la viuda, que le fue imposible pronunciar una sola palabra.

El ciego, después de esperar una reflexión o una respuesta, y viendo que esperaba en vano, continuo

-Señora, yo me llamo Stagg. Un amigo mío, que ha estado esperando cinco años el honor de haceros una visita, me ha encargado que viniera a cumplir por él. Desearía deciros al oído el nombre de ese caballero... ¿Sois sorda, señora? ¿No oís que os digo que desearía pronunciar ante vuestro oído el nombre de mi amigo?

-Os he oído, os he oído -respondió la viuda con un gemido ahogado-. No sé de parte de quién venís.

-Os aseguro, señora, como hombre de honor -dijo el ciego dándose un golpe en el pecho-, que no hay motivo para dudar de las poderes de que vengo revestido, y por lo tanto, me permitiré repetiros que quiero, ¿oís?, que quiero deciros el nombre de ese caballero. ¡Bien!, ¡bien! -añadió como si viera con su oído hasta el movimiento de las manos de la viuda al recha-

zar aquella confidencia-. Con vuestro permiso, señora, deseo el favor de decíroslo en voz baja.

La viuda se acercó y bajó la cabeza, y el ciego le murmuró un nombre al oído. La pobre mujer se retorció las manos y se paseó de un extremo a otro del aposento llena de desesperación. El ciego, con la calma más completa, sacó otra vez la calabaza, vertió en el vaso más de dos dedos de aguardiente, empinó el codo como antes y, saboreando el licor a pequeños sorbos, contempló a la pobre viuda en silencio.

-Veo que no sois muy habladora, y es un mérito en vuestro sexo -dijo durante un breve intervalo entre dos sorbos-. ¿Preferís acaso que hablemos delante de vuestro hijo?

-¿Qué queréis de mí? ¿Qué queréis?

-Somos pobres, señora, muy pobres -respondió el ciego extendiendo la mano derecha y frotándose el dedo pulgar con la palma de la mano.

-¡Pobres! -exclamó la viuda-. ¿Acaso yo soy rica?

-Las comparaciones son siempre odiosas -dijo el ciego-. No lo sé, y no me importa. Lo que sé es que somos muy pobres. Los negocios de mi amigo van muy mal, y no son más brillantes los míos. Reclamamos nuestros derechos o una indemnización. Por otra parte, lo sabéis tan bien como yo... ¿Para qué tanto charlar? Al asunto.

La viuda continuó paseándose por el aposento llena de terror. Se paró al fin de pronto delante del ciego, y exclamó:

-¡Estoy perdida!

-¿Perdida? -dijo el ciego con calma-. Por el contrario, decid más bien que estáis hallada. ¿Queréis que lo llame?

-¡No, no! -respondió la viuda estremeciéndose.

-Como gustéis -repuso el ciego cruzando nuevamente las piernas, porque había hecho el ademán de levantarse para ir a la puerta-. Como gustéis, señora; no creo que sea necesaria su presencia. Pero volvamos al asunto: mi amigo y

yo hemos de vivir, y como para vivir es preciso comer y beber, y como para comer y beber se necesita dinero... A buen entendedor, etcétera.

-¿No sabéis que yo también vivo en medio de privaciones. Es preciso fingir que lo ignoráis. Si tuvierais ojos y pudierais mirar a vuestro alrededor, tendríais lástima de mí viendo tanta miseria. ¡Ah!, señor, creo que tenéis buen corazón y que os compadeceréis de esta pobre mujer.

El ciego hizo chasquear los dedos y respondió:

-Señora, os alejáis de la cuestión. Tengo el corazón más tierno del mundo, pero esto no da de comer. Por el contrario, conozco a muchos caballeros que se lo pasan muy bien y tienen el alma de Caín y el corazón duro como una roca. Oíd, señora. No se trata aquí de corazones ni de ternuras. Como amigo y como mensajero deseo arreglar el asunto de una manera satisfactoria. Si sois pobre como decís, es por vuestro gusto,

porque tenéis amigos que no os dejarían padecer si lo supieran. Mi amigo se halla en la posición más triste y precaria que puede imaginarse, y como vos y él sois eslabones de una misma cadena es muy natural que acuda a vos para obtener auxilio. Durante mucho tiempo ha comido y bebido a mis expensas porque, como os decía antes, tengo el defecto de ser tierno de corazón, y no puedo menos de reconocer, como buen amigo, que está en su derecho al recurrir a vuestra generosidad. Vos habéis vivido siempre bajo techo, y él ha andado siempre errante, sin casa ni hogar; vos tenéis un hijo que os ayuda y consuela, y él está solo..., completamente solo en el mundo. Ya veis que las posiciones respectivas no son iguales. Ya que os embarcasteis en el mismo buque, es preciso que se reparta el lastre con más equidad.

La viuda iba a responder, pero el ciego la interrumpió diciendo:

-Un momento y concluyo. El único medio de hacerlo es que nos proporcionéis fondos a mi

amigo y a mí; éste es el consejo que quería daros. No os tiene odio ni rencor, señora, nada de eso; porque, a pesar de la dureza con que lo habéis tratado más de una vez echándolo de vuestra casa como un perro, os tiene, según creo, tanta consideración que aun en el caso de que burlarais hoy su esperanza, consentiría en encargarse de vuestro hijo para darle la educación correspondiente.

Pronunció estas últimas palabras con una expresión particular, y calló para ver el efecto que habían producido. La pobre viuda sólo respondió con el llanto.

-Ese muchacho -dijo el ciego con ademán reflexivo- no es tan idiota como parece a primera vista, y se puede sacar de él algún provecho. Según he oído en la conversación que teníais cuando llegué, está dispuesto a romper con la monotonía de la vida que lleva aquí... Pero dejando a un lado este punto, tengo encargo de deciros que mi amigo necesita sin falta veinte libras esterlinas. Ya que rehusáis una pensión

para vos, podéis hacerle fácilmente este favor. No creo que os gustase ver turbada por tan poca cosa la paz de vuestra casa. Según parece, os encontráis bien aquí, y es preciso hacer un pequeño sacrificio para asegurar vuestra tranquilidad. Por otra parte, veinte libras es poca cosa. Ya sabéis que podéis tenerlas cuando queráis. Escribís una cartita, y a vuelta de correo llegan las veinte libras esterlinas.

La viuda iba a responder cuando la interrumpió nuevamente para decirle:

-No os apresuréis a darme la contestación porque podríais arrepentiros. Pensadlo despacio. Veinte libras esterlinas... tomadas de bolsillo ajeno... no es cosa del otro mundo. Reflexionad. No tengo prisa. Va llegando la noche; si no me dais hospedaje, no iré muy lejos. ¡Veinte libras! Os cedo veinte minutos para reflexionar, una libra esterlina por minuto. El trato es ventajoso para vos. Entre tanto, voy a tomar un rato el aire, que es puro y muy saludable en este lugar.

Y al mismo tiempo salió a tientas llevándose la silla. Se sentó debajo de una madreselva y, extendiendo las piernas a través de la puerta para que no entrase ni saliese nadie sin su conocimiento, sacó del bolsillo una pipa, una piedra, un eslabón y yesca, y se puso a fumar sosegadamente.

La tarde era apacible, el viento fresco y perfumado y el cielo estaba teñido con los más hermosos colores. De vez en cuando el ciego se paraba para dejar que el humo de la pipa ascendiera en espirales y para respirar el delicioso perfume de las flores. ¡Se hallaba allí tan bien! Parecía un respetable y bondadoso patriarca y esperaba sin impaciencia la respuesta de la viuda y el regreso de Barnaby.

XLVI

Cuando Barnaby volvió con el pan y vio al anciano peregrino fumando y sentado con tanta despreocupación como si estuviera en su propia casa pareció causarle gran sorpresa, especialmente cuando reparó en que el respetable personaje, en vez de tomar con cuidado el pan y guardárselo en el zurrón, lo dejaba con indiferencia en la mesa, y sacaba la botella invitándole a sentarse a su lado y echar un trago.

-Nunca me embarco sin provisiones -dijo-. Pruébalo. ¿Qué tal, es bueno?

El aguardiente era tan fuerte, que a Barnaby se le saltaron las lágrimas y no pudo responder.

-¡Otro trago, muchacho! -dijo el ciego-. No hagas aspavientos: no bebes de esto todos los días.

-¿Todos los días? -exclamó Barnaby-. Nunca.

-Eres muy pobre -repuso el ciego suspirando-. He aquí el mal de tu madre, la pobre mujer sería más feliz si tuviera dinero, Barnaby.

-Sí, pero ¿dónde está el dinero? Precisamente le hablaba de esto cuando habéis llegado, al ver todo el oro que brillaba en el cielo -dijo Barnaby acercándose al ciego y mirándolo con atención-. Decidme. ¿No habría medio de llegar a ser rico?

-Hay mil.

-¿De veras? ¿Y cómo? No os enfadéis, madre, que hago esta pregunta por vos, no por mí. Cuando digo que es por vos... ¿Cómo?

El ciego volvió el rostro con una sonrisa de triunfo hacia la viuda, que estaba muy agitada.

-En primer lugar, para llegar a ser rico es preciso no estar metido siempre en casa.

-¡Metido siempre en casa! -exclamó Barnaby-. No lo diréis por mí, o estáis en un error, porque casi todos los días salgo de casa al amanecer y no vuelvo hasta la noche. Me encontraríais en el bosque antes de que el sol haya alejado las sombras, y estoy aún allí muchas veces cuando sale la luna y mira a través de las ramas para ver la otra luna que hay en el agua. Corro

de un lado a otro, y busco entre las piedras el musgo para ver si hallo alguna de esas monedas que tanto cuestan de ganar a mi madre y por las cuales vierte tantas lágrimas. Y cuando estoy reclinado a la sombra o me duermo, sueño que desentierro un montón, que descubro arcas llenas de oro debajo de la maleza, y que veo brillar las monedas en las hojas de los árboles como gotas de rocío. Y sin embargo, nunca encuentro ninguna. Decidme dónde hay, que aunque hubiese de andar un año iría a buscarlas, porque sé como vos que sería más feliz cuando volviera cargado de oro. Habladme, os escucharé aunque no duerma en toda la noche.

El ciego se levantó para pasar la mano por todo el cuerpo del pobre idiota, y viendo que tenía los codos apoyados en la mesa, la cabeza en las dos manos, y que se inclinaba con avidez hacia él indicando en su actitud el interés y la impaciencia que lo animaban, se calló un momento antes de responder para que la viuda pudiera contemplar a su hijo.

-El dinero, Barnaby, está en las alegres diversiones del mundo, entre la multitud y el estruendo de las ciudades, no en los sitios solitarios como éstos, donde pasas la vida oscuramente.

-¡Fantástico! -exclamó Barnaby frotándose las manos-. Eso es lo que a mí me gusta. Y también a Grip. Eso es lo que necesitamos los dos.

-En las grandes ciudades -continuó el ciego-, un joven que ama a su madre puede hacer más en un mes por ella, y también por él, que aquí en toda su vida. Por supuesto, teniendo un amigo que lo dirija, que le dé buenos consejos.

-¿Oís, madre? -dijo Barnaby volviéndose hacia ella radiante de alegría-. ¿Y me diréis todavía que el oro no vale la pena tanto como para agacharse a cogerlo aun cuando brillase a nuestros pies? ¿Y por qué lo buscamos ahora? ¿Por qué nos matamos trabajando de día y de noche para ganar algunas monedas?

-Es cierto -dijo el ciego-. Señora, ¿aún no habéis pensado la respuesta? ¿No estáis aún decidida? -añadió en voz baja.

-Deseo hablar a solas con vos.

-Llevadme adonde queráis -dijo Stagg levantándose de su silla-. ¡Animo, Barnaby! Después hablaremos un rato. Me gustas, muchacho. Espera un poco, ahora vuelvo. Vamos. señora.

La viuda lo llevó a la puerta, y después al huerto, donde se pararon.

-Sois un buen mensajero -dijo en voz baja-. Representáis bien al que os envía.

-Se lo diré así de parte vuestra -respondió Stagg-. Como os tiene tanta consideración, el elogio que os dignáis hacerme contribuirá a que me aprecie mucho más. Pero necesitamos nuestros derechos.

-¡Vuestros derechos! ¿Sabéis que una sola palabra mía...?

-¿Por qué no continuáis? -repuso el ciego con calma después de un largo silencio-. ¿Creéis que ignoro que una palabra vuestra

bastaría para que mi amigo diera el último paso en el baile de la vida? Sí, lo sé muy bien. Pero ¿no me consta al mismo tiempo que no saldrá jamás de vuestra boca esa palabra?

-¿Estáis seguro?

-Estoy tan seguro que ni siquiera permitiré que perdamos el tiempo en discutir esta cuestión. Os repito que reclamamos nuestros derechos o una indemnización. No nos separemos de este punto, o vuelvo a reunirme con mi amigo, porque ese muchacho me interesa y tengo la tentación de ponerlo en camino para hacer fortuna. Ya... ya sé lo que ibais a decir -añadió al momento-: no tenéis necesidad de volver a tocar esa cuerda. Porque es tiempo perdido. Queréis preguntarme cómo no tengo compasión de vos siendo un pobre ciego. El argumento es falso. ¿Os imagináis acaso que porque no veo he de valer más que los que ven? ¿Con qué derecho? ¿No parece que la mano de Dios se manifiesta más bien en mí privándome de la vista que en vosotros dejándoos ver? Los que ven

tienen un modo de discurrir muy peregrino. Se trata de un ciego que ha robado, que ha mentido, que ha asesinado, y todo el mundo exclama: ¡Qué horror! ¿Acaso es más culpable porque mendiga por las calles que vosotros que podéis ver, trabajar y vivir independientes de la caridad ajena? ¡Idos todos al diablo! Creéis que como tenéis vuestros cinco sentidos podéis ser tan viciosos como queráis; pero en cambio, pretendéis que nosotros, que sólo tenemos cuatro y que nos falta el más precioso, seamos honrados por fuerza como lo entiende el mundo. ¡He aquí la caridad y la justicia del rico para el pobre!

Se paró entonces de pronto, y al oír sonar dinero en la mano de la viuda, continuó con más calma:

-Bien; he aquí el único medio de arreglar los negocios. ¿Está ahí toda la cantidad?

-Quiero que me contestéis antes a una pregunta. Decís que está cerca de aquí. ¿Ha partido de Londres?

-Si está cerca de aquí es natural que haya partido de Londres.

-Sí, pero quiero decir, si ha partido para mucho tiempo.

-Sólo os contestaré, y con esto os doy una prueba de lealtad y franqueza, que si hubiera permanecido allí por más tiempo, lo hubiese pasado muy mal. Por esta razón poderosa ha partido de Londres.

-Escuchad -dijo la viuda haciendo sonar las monedas en el banco de piedra donde estaban sentados-. Contad.

-Una, dos, tres, cuatro, cinco, seis -dijo el ciego escuchando-. ¿Eso es todo?

-Son los ahorros de cinco años.

El ciego cogió una de las monedas, la palpó con atención, la apretó con los dientes, la hizo sonar en el banco e invitó a la viuda a que continuase.

-Las he reunido penique a penique para los casos de enfermedad o previendo la muerte que podría arrebatarme a mi hijo. Es el precio

de cinco años de hambre, de vigilias y de trabajo. Si no vaciláis en aceptarlas, hacedlo, pero ha de ser con la condición de que habréis de salir de esta casa al momento y de que no volveréis a ver a mi hijo, que os está esperando.

-¡Seis guineas! -dijo el ciego moviendo la cabeza-. Es verdad que tienen el peso y son de buena ley, pero no son las veinte que os pido.

-Ya sabéis que para adquirir esa cantidad tendría que escribir, y que enviar una carta y esperar la contestación exige tiempo.

-Unos dos días -dijo Stagg.

-Más.

-¿Cuatro días?

-Una semana. Volved dentro de ocho días a la misma hora, pero no aquí; esperadme en la esquina de la primera calle.

-Y, por supuesto -dijo el ciego con acento irónico-, puedo estar seguro de encontraros aún aquí.

-¿Adónde queréis que vaya a buscar refugio? ¿No es suficiente haberme convertido en

una pedigüeña y haberme despojado del pequeño tesoro que tan dolorosamente había reunido? ¿No queréis dejarme en paz en mi casa?

-Bien -dijo el ciego tras algunos momentos de reflexión-. Ponedme de cara al lugar que decís. ¿Estoy bien así?

-Sí.

-Pues bien, hasta dentro de ocho días al anochecer. Saludad de mi parte a vuestro hijo. ¡Buenas tardes!

La viuda no le contestó, ni él lo esperaba. Así pues, se alejó lentamente, volviendo de vez en cuando la cabeza y parándose para escuchar, como si quisiera saber si alguien lo observaba o le seguía los pasos. Las sombras de la noche crecían por momentos, y muy pronto desapareció el mensajero en la oscuridad. La viuda no entró en su cabaña hasta después de recorrer la calle y asegurarse de que el ciego estaba lejos. Entonces se dio prisa en cerrar la puerta y la ventana.

-Madre, ¿qué habéis hecho? ¿Dónde está el ciego?

-Se ha ido.

-¡Se ha ido! -exclamó con disgusto-. ¡Tenía que preguntarle tantas cosas! ¿Por dónde se ha marchado?

-No lo sé -respondió su madre cogiéndolo del brazo-. No salgas esta noche. Hay duendes y fantasmas.

-¡Duendes! -dijo Barnaby en voz baja estremeciéndose.

-No salgas esta noche. Mañana nos iremos.

-¿Adónde?

-Iremos muy lejos, a Londres.

-¿Y dejaremos esta casa tan hermosa y este huerto, madre?

-Tenemos que huir a la ciudad y evitar que nos sigan y nos encuentren. Después partiremos otra vez para buscar otra casa como ésta. Tenemos que hacerlo, hijo mío.

No eran necesarios grandes esfuerzos de persuasión para reconciliar a Barnaby con la

idea de un viaje. Al principio prorrumpió en exclamaciones de alegría, y un momento después estaba lleno de dolor al pensar que iba a separarse de sus amigos los perros. Más tarde estaba más contento que nunca, después se estremecía al recordar que su madre le había hablado de duendes que le impedían salir aquella noche, y hacía mil extrañas y diversas preguntas, y por último, dominando su miedo, merced a la inconstancia de sus sentimientos, se acostó vestido para estar más listo a la mañana siguiente y no tardó en dormirse al lado del fuego.

La viuda no cerró el ojo en toda la noche, y permaneció junto a su hijo en vela. Cada soplo del viento resonaba en su oído como el rumor de aquellos pasos que conocía tan bien, o como si una mano malvada empujara la puerta. Aquella pacífica noche de verano fue para ella una noche de horror. Por fin apuntó la aurora. Cuando terminó sus preparativos de viaje y se arrodilló para rezar con lágrimas en los ojos,

despertó a Barnaby, quien se puso en pie al momento.

El paquete de su ropa no era una carga muy pesada, y Grip era una diversión más que un estorbo, de modo que en el momento en que el sol enviaba a la tierra sus primeros rayos, cerraron la puerta de su casa, que quedaba abandonada, y partieron. El cielo estaba sereno y azul y el aire era fresco y perfumado. Barnaby se reía a carcajadas.

Pero como era uno de los días que acostumbraba dedicar a sus grandes excursiones, uno de los perros, el más feo de todo salió al encuentro del idiota saltando y ladrando de alegría. Barnaby tuvo que hacer un esfuerzo para despedirlo amenazándolo. El perro se retiró retrocediendo como si tomase la cosa a broma o como suplicando, y después de dar algunos pasos, se paró asombrado.

Era la última súplica de un antiguo compañero, de un amigo fiel que perdía para siempre. Barnaby no pudo soportar esta idea, y cuando

se despidió con la mano y moviendo la cabeza de su compañero de diversiones y de paseos, prorrumpió en un torrente de lágrimas.

-¡Madre! ¡Qué triste se pondrá cuando vaya a arañar la puerta y la encuentre cerrada para siempre!

No era él el único que pensaba en la casa. Los ojos de la viuda bañados en lágrimas indicaban también que no podía olvidarla, pero no se hubiera quedado en ella por todo el oro del mundo.

XLVII

En el inagotable catálogo de gracias que el cielo ha dado al hombre, debe ocupar sin duda un lugar preferente la facultad que tenemos de encontrar algunos gérmenes de consuelo en nuestras tribulaciones. No tan sólo porque eso nos anima y sostiene cuando más necesidad tenemos de apoyo, sino porque en esta fuente de consuelo hay cierta cosa, según podemos creer, que emana del espíritu divino, cierto reflejo de esa bondad suprema que saca de entre nuestras faltas una cualidad que las rescata, y cierto aliento que hasta en nuestra caída disfrutamos con los ángeles y que se remonta a aquellos antiguos tiempos en que ellos recorrían la tierra y que han dejado, al subir otra vez al cielo, por compasión a los hombres.

¡Cuántas veces durante el viaje se acordó la viuda con el corazón agradecido de que si Barnaby estaba tan alegre y cariñoso lo debía especialmente a las tinieblas en que yacía su inteli-

gencia! ¡Cuántas veces reflexionaba que de no ser por este defecto, hubiera sido triste, duro y, ¿quién sabe?, tal vez malvado y cruel! ¡Cuántas veces halló un consuelo en la fuerza de su hijo y una esperanza en la sencillez de su carácter! El mundo era para el idiota un hermoso edén de dichas. No había un árbol, una planta, una flor, un pájaro, un débil insecto arrojado a la hierba por el hálito de la brisa de verano que no le causara placer, y el placer del hijo era también el de la madre. ¡Cuántos hijos más sensatos hubieran sido en las condiciones de su vida un motivo de pesar para ella, en tanto que aquella alma oscurecida por la demencia llenaba el corazón de su madre de un sentimiento de gratitud y amor!

Su bolsillo era muy ligero, pero la viuda había conservado una guinea del pequeño tesoro que entregara al ciego, y agregada a algunos peniques, equivalía para sus hábitos frugales a una gran cantidad en el banco. Tenía además a Grip, y muchas veces en que no había más re-

medio que cambiar la guinea, les bastaba dar una representación en la puerta de una taberna, en la plaza de una aldea o delante de una casa de campo para obtener con la charla del pájaro algún auxilio que no hubieran alcanzado mediante la caridad pública.

Un día -viajaban muy lentamente, y a pesar de los carros y carretas que a veces los recogían, emplearon cerca de una semana en su viaje- Barnaby, con el cuervo en la espalda y andando delante de su madre, pidió permiso a un guarda para llegar hasta una magnífica mansión que se descubría desde la carretera para ir a enseñar su pájaro. El guarda iba a concederle lo que pedía cuando llegó montado en un arrogante caballo a la verja un señor muy corpulento, con un látigo de caza en la mano, con el rostro encendido como si acabase de beberse una botella de ron para desayunar, y jurando y vociferando más de lo necesario para que abriesen sin tardanza.

-¿Con quién estás? -dijo encolerizado al guarda que le abría la verja de par en par quitándose la gorra-. ¿Quiénes son? ¿Sois una mendiga, buena mujer?

La viuda respondió con una humilde reverencia que eran pobres viajeros.

-Sí, vagos, aventureros -dijo el caballero-. ¿Tenéis ganas de ir a dormir a la cárcel o de probar el látigo? ¿De dónde venís?

La, viuda, con tono tímido al verlo encendido de cólera y oír su voz bronca, le suplicó que no se enojase, porque no hacían mal a nadie e iban a seguir su camino.

-¿Creéis que dejamos andar por aquí a sus anchas a los vagos? No ignoro lo que venís a hacer. Venís para ver si hay ropa tendida en alguna mata o alguna gallina extraviada en los caminos. Y tú, pícaro, ¿qué llevas en ese cesto?

-Grip, Grip, Grip el astuto, Grip el sabio, Grip, Grip -gritó el cuervo que Barnaby se apresuró a esconder cuando vio al caballero iracundo-. Soy un demonio, soy un demonio.

No tengas miedo. ¡Viva! ¡Cooo! ¡Cooo! ¡Cooo! Polly, pon la tetera en el fuego y tomaremos café.

-Saca este animalejo, tunante; quiero verlo.

Barnaby, ante una invitación tan elegante, sacó el cuervo con temor y lo dejó en el suelo. En el momento en que Grip se vio libre destapó al menos cincuenta botellas seguidas y se puso a bailar, mirando al mismo tiempo al caballero con insolencia sin igual y meneando la cabeza como si jurara que iba a desafiarlo.

Los chasquidos de tapones parecieron causar más impresión en el ánimo del caballero que el meneo del pájaro, sin duda porque simpatizaban mejor con sus hábitos y aficiones. Quiso entonces que repitiese ese ejercicio, pero a pesar de sus órdenes terminantes y de las caricias de Barnaby, Grip se obstinó en no darles gusto y guardó el más sombrío silencio.

-¡Tráelo! -dijo el caballero señalando la finca con la mano.

Pero Grip, que no las tenía todas consigo, empezó a saltar delante de ellos huyendo de la persecución de su amo, y batía las alas y gritaba mientras corría.

Barnaby y su madre seguían al señor gordo que desde lo alto del caballo les miraba de vez en cuando con mirada hosca y altiva, dirigiendo con voz desabrida alguna pregunta a Barnaby, que no se atrevía a responderle y temblaba de miedo. Enojado el caballero con su silencio, levantó el látigo para castigar su muda obstinación, pero la viuda se tomó la libertad de decirle en voz baja y derramando una lágrima que su hijo no estaba cuerdo.

-¿Conque eres idiota? -dijo el caballero mirando a Barnaby-. ¿Cuánto tiempo hace que eres idiota?

-Madre lo sabe -dijo Barnaby con timidez-. Creo que lo he sido siempre.

-Es de nacimiento -dijo la viuda.

-No lo creo -dijo el caballero-, no lo creo; es una excusa para hacer el perezoso. No hay re-

medio como un látigo para curar esa enfermedad. Os juro que en cinco minutos quedaría curado si lo ponían en mis manos.

-El cielo ha empleado ya más de veinte años, caballero, sin conseguirlo -dijo la viuda con amabilidad.

-¿Por qué no lo lleváis a una casa de locos? Bastante caros pagamos todos esos establecimientos de beneficencia que Dios confunda. Pero ya caigo, preferís pasearlo por este mundo para pedir limosna. Conozco perfectamente todas vuestras mañas.

El caballero que así hablaba a la pobre viuda gozaba sin embargo de una reputación muy envidiable; unos lo llamaban «noble campesino de buena cepa», otros «noble campesino de los buenos tiempos», otros «atlético hombre de campo» otros «un inglés de pura raza», y otros un verdadero «John Bull»; pero todos estaban de acuerdo en afirmar que era una pena que no hubiera muchos como él y que a esto se debía

que el país marchase sin remedio hacia su ruina.

Era juez de paz y apenas sabía firmar, pero tenía cualidades de primer orden. En primer lugar, era muy severo con los cazadores sin licencia; en segundo lugar, no había en doce leguas a la redonda un tirador mejor que él ni un jinete más intrépido; nadie tenía mejores caballos ni mejores perros; comía más carne y bebía más vino que un gigante, y no había en el condado un hombre como él para acostarse todas las noches más borracho sin que se le conociera a la mañana siguiente. Era tan conocedor de la raza equina como un veterinario, y poseía nociones de caballeriza que avergonzaban a su primer cochero. Aunque no ocupaba un asiento en el Parlamento, era muy patriota, conducía a votar a docenas de colonos y labradores, se preciaba de ferviente partidario de la Iglesia y del Estado, y por nada en el mundo hubiera dado un beneficio de los de su jurisdicción al cura que no justificase que se bebía tres

botellas en cada comida y cazaba el zorro con perfección. No tenía confianza alguna en la honradez de los pobres que tenían la desgracia de saber leer y escribir, y en el fondo de su alma, no había perdonado aún a su mujer que supiera más que él. Se había casado con esta dama por esa razón que sus amigos llamaban «una buena razón inglesa», esto es, que las dos haciendas estaban lindantes. En una palabra, si llamamos a Barnaby idiota y a Grip criatura de puro instinto, sería muy difícil decir qué era ese noble.

Llegó hasta la puerta de una magnífica casa adonde se subía por una escalinata. Al pie de los escalones esperaba un criado para encargarse del caballo. Los condujo entonces a un gran vestíbulo que, a pesar de ser espacioso, conservaba aún los perfumes de la orgía de la noche anterior. Por todos lados se veían mantas de caballo, látigos, riendas, botas de montar, espuelas, etcétera, que componían con grandes

cuernos de ciervos y retratos de perros y caballos el adorno principal del salón.

Se arrellanó en un sillón que entre paréntesis le servía con frecuencia para roncar por la noche cuando, según sus admiradores, era un buen noble campesino, dio orden al criado de que dijera a la señora que bajase, y pocos momentos después se vio aparecer bastante agitada a causa de un recado tan insólito una señora de menos edad que él, que no indicaba por el rostro ser muy feliz con su noble esposo.

-Mira este animalucho. A ti que no te gustan los perros como a toda buena inglesa, te divertirás con este pájaro.

La señora sonrió, se sentó a bastante distancia de su marido y dirigió a Barnaby una mirada de compasión.

-Es un idiota, según dice esta mujer -añadió el noble negando con la cabeza-, aunque no lo creo.

-¿Sois su madre? -preguntó la señora.

-Sí, señora.

-¿Por qué le haces esa pregunta? -dijo el noble metiéndose las manos en los bolsillos-. ¿Crees que dirá que no? Es probable que sea un imbécil alquilado a tanto el día. ¡Vamos, muchacho! Haz que se luzca tu pajarraco.

Grip se había repuesto ya de su enojo, y accediendo a las súplicas de Barnaby, se dignó repetir su vocabulario y ejecutar todas sus gracias con el éxito más completo. El destape sucesivo de botellas y su frase habitual de: «No tengas miedo, muchacho», divirtieron tanto al caballero, que exclamó: «¡Que los repita!». Pero Grip se coló en la cesta y se obstinó en no decir una palabra más. La señora se complació también mucho en oírlo, pero nada divirtió tanto a su marido como la obstinación del animal en su negativa, de modo que prorrumpió en unas carcajadas tan estrepitosas que se estremeció la casa, y preguntó cuánto valía.

Barnaby pareció no entender la pregunta, y probablemente no la entendía.

-¿Cuál es su precio? -dijo el caballero haciendo sonar dinero en el bolsillo-. ¿Cuánto queréis por el pájaro?

-No está en venta -respondió Barnaby apresurándose a cerrar la cesta y a pasarse la correa por el cuello-. ¡Madre, vámonos!

-Ya veis si es idiota, señora sabia -dijo el caballero lanzando a su esposa una mirada de desprecio-. Ya veis como no es tan tonto y hace valer su mercancía. Y vos, buena anciana, ¿cuánto queréis por él?

-Es el fiel compañero de mi hijo -respondió la viuda-. Os aseguro, señor, que no lo vendemos.

-¡No lo vendéis! -gritó el caballero con el rostro colorado como el moco de un pavo y con ademán provocador-. ¡No lo vendéis!

-Os aseguro que no -repuso la viuda-. Nunca se nos ha ocurrido separarnos de él.

El noble iba a prorrumpir seguramente en alguna réplica violenta cuando, habiendo cogido al vuelo algunas palabras pronunciadas en

voz baja por su mujer, se volvió de pronto hacia ella para decirle:

-¡Cómo! ¿Qué dices?

-Digo que no podemos obligarles a que vendan el pájaro si no quieren -respondió la señora en voz baja-. Si prefieren...

-¡Si prefieren! -repitió el noble-. ¿Una gente como ésta, que recorre el país mendigando, cuando no puede robar, ha de preferir guardar un pájaro que quiere comprarles un hacendado, un noble, un juez de paz? Apostaría a que esta vieja ha ido a la escuela; fácil es conocerlo. ¡No digáis que no! -gritó con toda la fuerza de sus pulmones-. ¡Sí, yo digo que sí!

La madre de Barnaby se reconoció culpable de haber ido a la escuela.

-Pero ¿qué mal hay en eso?-dijo.

-¿Conque no hay mal en eso? ¿No hay mal? Ninguno, vieja rebelde, ninguno. Si tuviera aquí al alguacil, te enviaría a la cárcel a aprender a vagar mirando adónde puedes clavar las uñas. ¡Sal de aquí, bruja, gitana! ¡Simon! ¡Si-

mon!, arroja de aquí a estos mendigos y ponlos en la puerta al instante. ¿Conque no queréis vender el pájaro y venís a pedir limosna? Si no salen pronto, suéltales los perros.

Barnaby y su madre no se expusieron a tal percance, porque salieron con toda la rapidez que el miedo les permitía, dejando al caballero solo dando gritos, porque la señora se había retirado antes, e hicieron los mayores esfuerzos para acallar a Grip que, excitado por las voces del noble, destapó a lo largo de la calle de árboles botellas en número suficiente para regocijar a toda una ciudad, sin duda complaciéndose de haber sido la causa de aquel escándalo.

Habían llegado ya a la verja cuando salió un criado de entre los árboles del parque, y haciéndoles señas para que acelerasen el paso, puso una corona en la mano de la viuda, diciéndole en voz baja que era de parte de la señora, y cerró la verja.

Cuando la viuda se paró con su hijo a la puerta de una taberna a algunas millas de la

opulenta mansión y oyó elogiar el carácter del juez de paz, no pudo menos que pensar que se necesitaba algo más que un extraordinario estómago y la afición por los perros y los caballos para formar un perfecto noble campesino, un inglés de pura raza o un verdadero John Bull, y que probablemente esos términos eran poco precisos, por no decir totalmente equivocados. Poco pensó, en cambio, que una circunstancia como aquélla podría influir en su futura fortuna, pero el tiempo y la experiencia la ilustrarían en ese sentido.

-Madre -dijo Barnaby mientras estaban tendidos el día siguiente en el carro que debía conducirlos hasta diez millas de la capital-, primero iremos a Londres, ¿no es verdad? ¿Veremos allí al ciego?

La viuda iba a responder: «¡Dios nos libre!» pero se contuvo y se limitó a decir:

-No, creo que no. ¿Por qué me haces esa pregunta?

-Es un hombre ingenioso -dijo Barnaby con aire pensativo-, quisiera volver a verlo. ¿Qué decía de la mucha gente? ¿Que el oro se encontraba en los sitios donde hay mucha gente, y no entre los árboles ni en los parajes tranquilos y solitarios? Como en Londres hay mucha gente, y él es muy aficionado al bullicio, creo que allí lo encontraremos.

-¿Por qué tienes tanto empeño en verlo, hijo mío?

-Porque me hablaba de oro -dijo Barnaby mirándola con una expresión grave-, de oro, que es una cosa tan preciosa, y que, por más que digáis, también quisierais tener vos. Y además, ¡aparece y desaparece de una manera tan extraña! Me ha recordado a aquellos viejos de cabeza cana que vienen algunas veces a los pies de mi cama a decirme una infinidad de cosas de las que no puedo acordarme a la mañana siguiente cuando se hace de día. Me había dicho que volvería a verme antes de partir, y no sé por qué no cumplió la palabra.

-Hijo mío, antes no pensabas nunca en ser pobre ni rico, y siempre estabas contento.

Barnaby se puso a reír suplicando a su madre que repitiese aquellas palabras, y después exclamó con grandes carcajadas:

-¡Sí, sí, estoy muy contento, madre!

Pero muy pronto cruzó por su mente otra idea, y tras ésta, otra muy diferente, para dar lugar a una serie de infinitas meditaciones. Con todo, era indudable por lo que acababa de decir y porque la misma idea lo asedió con persistencia muchas veces aquel día, que la visita del ciego, especialmente sus palabras, habían producido una honda impresión en su mente. ¿La idea de la riqueza le había acudido por vez primera al contemplar aquella tarde las doradas nubes en el cielo, aunque antes hubiese tenido ante sus ojos imágenes parecidas en el horizonte? ¿Había puesto en su cabeza esta idea su vida miserable y pobre? ¿O era preciso creer más bien que lo había decidido la aprobación fortuita dada por el ciego a los pensamien-

tos que en su alma germinaban? ¿Había por fin contribuido a arraigarlos la circunstancia de ser el primer ciego con quien había hablado en toda su vida? Era un misterio para su madre, que hizo cuanto pudo para aclararlo, pero en vano, y es probable que el mismo Barnaby no se lo explicara.

Causaba a la viuda gran pesar que su hijo abrigase semejante idea, pero todo lo que podía hacer se reducía a cambiar de conversación para distraerlo de tan peligrosas tentaciones. Respecto a ponerlo en guardia contra el ciego y a manifestar temores o sospechas, recelaba que esto sería más bien un medio para acrecentar el interés que tenía Barnaby, y de hacerle desear más el encuentro que el pobre idiota anhelaba. La viuda esperaba que, confundiéndose en la multitud, se salvaría de la persecución que tanto temía, y por otra parte, al proyectar su partida de Londres con precaución para alejarse y huir a un país remoto, quería, si era posible,

buscar un asilo recóndito donde pudiera gozar de paz, y soledad.

Llegaron por fin a la aldea situada a diez millas de Londres, y allí pasaron la noche después de llegar a un acuerdo por un precio insignificante con un carretero para que los llevara en un carro que regresaba vacío y debía salir a las cinco de la mañana.

El carretero fue puntual, el camino estaba bien a excepción de un poco de polvo que el calor y la sequedad hacían insufrible, y a las siete de la mañana del viernes 2 de junio de 1780 se apearon en el puente de Westminster, se despidieron del carretero y se encontraron en el empedrado abrasador, pues se había evaporado la humedad que esparce la noche sobre las calles de Londres, y el sol brillaba ya en el horizonte.

XLVIII

No sabiendo adónde ir, y confundidos con el estruendo y el movimiento de la multitud, se sentaron en un sitio retirado del puente para descansar. No tardaron en reparar en que la corriente de la multitud se dirigía casi toda hacia un mismo lado, y que había un numero infinito de personas que cruzaban el Támesis desde la orilla de Middlesex hasta la de Surrey con extraordinaria precipitación y en un estado de excitación evidente. Corrían por lo común reunidas en grupos de tres o cuatro, y hasta de media docena, hablaban poco, algunas veces guardaban silencio absoluto, y seguían su camino con paso rápido como personas impulsadas por un objeto único y común.

Barnaby y su madre se sorprendieron al ver que casi todos los hombres de aquel inmenso concurso, que pasaba por delante de ellos sin cesar, llevaban una escarapela azul en el sombrero, y que los que no llevaban este distintivo,

transeúntes inofensivos, estaban inquietos y trataban tímidamente de no llamar la atención de los demás, a quienes cedían la acera como si así pudieran tranquilizarlos. Esto era muy natural considerada la inferioridad de su número, porque los que llevaban escarapelas azules estaban en proporción de cuarenta o cincuenta contra uno de los que no las llevaban.

Sin embargo, no se armaban disputas: las escarapelas azules se agrupaban como enjambres, tratando de adelantarse unas a otras, y apresurándose con afán por entre la multitud, dirigiéndose tan sólo mutuas ojeadas, y mirando con ademán provocador a los transeúntes que no pertenecían a su asociación.

Al principio la corriente popular se había limitado a ocupar las dos aceras, y únicamente iban por la calzada algunos rezagados, pero media hora después, el paso quedó completamente obstruido por la multitud, que agrupada y compacta, impedida por los carros y coches que encontraba, sólo podía avanzar lentamente

y hasta viéndose algunas veces obligada a detenerse durante ocho o diez minutos.

Al cabo de unas dos horas, el número de transeúntes empezó a disminuir, y se les vio poco a poco aclararse, desocupar el puente y desaparecer, a excepción de algunos rezagados con escarapelas, que conscientes de que habían llegado tarde, corrían con el rostro lleno de polvo y sudor, o se paraban a preguntar el camino que habían tomado sus amigos, y se apresuraban después de enterados a seguir aquella dirección con satisfacción visible.

En medio de aquella soledad relativa, que le parecía tan extraña y tan nueva después de la multitud que la había precedido, la viuda preguntó a un anciano que se había sentado junto a ellos qué significaba aquella extraordinaria muchedumbre.

-¿De dónde venís, buena mujer? -respondió-. ¿No habéis oído hablar de la Gran Asociación de lord George Gordon? Hoy presenta a la cá-

mara la petición contra los católicos. ¡Dios le ayude!

-Pero ¿qué tienen que ver todas esas gentes con la petición?

-¡Qué tienen que ver! Me extraña vuestra ignorancia. ¿No sabéis que su señoría ha declarado que no presentaría nada a la cámara si no apoyaban la petición cuarenta mil hombres corno mínimo? Figuraos cuánta gente habrá allí. -En efecto, ¡cuánta gente! -dijo Barnaby-. ¿Oís, madre?

-Se dice -continuó el anciano- que van a reunirse hasta cien mil hombres. ¡Ah!, ya veréis lo que hace lord George. Es un hombre muy poderoso. Hay caras respetables en aquellas tres ventanas (e indicó la Cámara de los Comunes que dominaba el río) que se pondrán pálidas como la muerte cuando vean subir esta tarde a lord George a la tribuna. Pero no tendrán razón. ¡Ah!, dejad hacer a su señoría, y veréis, veréis lo que sucede.

Y murmurando palabras entre dientes, riéndose con malicia y moviendo el dedo índice con ademán significativo, se levantó con auxilio de su bastón y se dirigió hacia el Parlamento con paso vacilante.

-Madre -dijo Barnaby-, ¡cuánta gente! Vamos.

-No hacia donde está esa multitud -dijo la viuda.

-Sí, sí -respondió el idiota tirándole del vestido-. ¿Por qué no vamos?

-No sabes -dijo ella con intención- el mal que pueden causar esas gentes, adónde pueden llevarnos ni cuáles son sus intenciones. Por lo mucho que me quieres...

-Pues precisamente quiero que vayamos, madre, por lo mucho que os quiero. ¿No recordáis lo que nos decía del oro el ciego? Allí sí que hay gente. ¡Vamos! Pero no, mejor será que me esperéis aquí. Vuelvo enseguida.

La viuda se esforzó con toda la energía de su temor maternal en hacerle desistir de su idea,

pero fue en vano. Se había agachado para atarse el cordón del zapato cuando pasó rápidamente un coche junto a ellos y una voz mandó desde dentro al cochero que parase.

-¡Muchacho! -dijo la voz.

-¿Qué queréis? -gritó Barnaby alzando la vista.

-¿Quieres ponerte este distintivo? -dijo el desconocido enseñándole una escarapela azul.

-¡En nombre del cielo, no se la deis! -exclamó la viuda.

-¿Qué os importa a vos, buena mujer? -dijo el del coche con aspereza-. Dejad que el muchacho haga lo que quiera. Me parece que ya es hombre para no necesitar consejos, y sabe muy bien, sin que tengáis que decírselo, si quiere o no llevar el distintivo de un fiel inglés.

Barnaby, estremeciéndose de impaciencia, empezó a gritar:

-¡Sí, sí, quiero llevarlo!

Había repetido ya este grito más de veinte veces cuando el del coche le arrojó la escarapela diciéndole

-Daos prisa en acudir a Saint George's Fields.

Después mandó al cochero que continuase su camino al trote y los dejó en el puente. Barnaby, con las manos trémulas de emoción, iba a ponerse de cualquier modo la escarapela en el sombrero, respondiendo con viveza a las lágrimas e instancias de su madre, cuando dos caballeros que pasaban por la acera opuesta repararon en ellos, y viendo a Barnaby engalanándose con el distintivo de la Gran Asociación, se dijeron algunas palabras al oído y retrocedieron.

-¿Qué hacéis aquí con tanta calma? -dijo uno de ellos vestido de negro y con un bastón en la mano-. ¿Por qué no habéis seguido a los demás?

-Ya voy, señor -respondió Barnaby terminando su trabajo y calándose el sombrero ladeado-. Ahora mismo.

-Decid milord y no señor, joven, cuando su señoría os hace el honor de dirigiros la palabra -dijo el segundo caballero con aire de amistoso reproche-; si no habéis reconocido a lord George Gordon, aun estáis a tiempo.

-No, no, Gashford -dijo lord George, mientras Barnaby se descubría y hacía un elegante saludo-. ¿Qué importa eso en un día como éste, que todo inglés fiel recordará con placer y orgullo? Cubríos, amigo, y seguidme, porque os habéis retrasado y llegaréis tarde. Ya han dado las diez. ¿No sabéis que la hora de la reunión era a las diez en punto?

Barnaby negó con la cabeza mirándolos como si dudara de la verdad de lo que le decían.

-Debíais saberlo, amigo -dijo Gashford-; era la hora acordada. ¿De dónde venís que estáis tan mal informado?

-No podrá contestaros, señor -dijo la viuda-. Es inútil que le hagáis preguntas. Acabamos de llegar a Londres desde muy lejos, y nada sabíamos sobre lo que decís.

-Parece que la causa ha echado lejos sus raíces y que tiende sus ramas por todos lados -dijo lord George a su secretario-. ¡Buenas noticias! ¡Loado sea Dios!

-Así será -respondió Gashford con solemnidad.

-No me habéis entendido, milord -dijo la viuda-. Perdonad, pero os habéis equivocado. No sabemos nada de lo que sucede, y no tenemos intención ni derecho de tomar parte alguna en esa causa a que aludís. Este joven es mi hijo, mi pobre hijo, enfermo de alma, y al que quiero como a mi vida. En nombre del cielo, milord, seguid vuestro camino sin él, evitadle la tentación de seguiros a algún peligro.

-Buena mujer -dijo Gashford-, ¿cómo es posible? No os entiendo. ¿Qué es eso de tentación y de peligro? ¿Tomáis acaso a milord por un

león en busca de víctimas que devorar? ¡Dios me bendiga!

-No, no, milord; perdonad -repuso la viuda desconsolada, apoyando las dos manos en el pecho de lord George sin saber lo que hacía ni lo que decía en la turbación de su ferviente súplica-, pero tengo razones para rogaros que cedáis a mis lágrimas, a las lágrimas de una madre. ¡En nombre del cielo! ¡Dejadme a mi hijo! ¡Dejadme a mi hijo! No está en su juicio, no sabe lo que hace, os lo juro.

-He aquí la perversidad del siglo -dijo lord George retrocediendo ante las manos de la viuda y ruborizándose de pronto-. Acusan de locura el celo de los que quieren servir fielmente la buena causa. ¿Cómo tenéis valor de hablar así de vuestro hijo, madre desnaturalizada?

-Me llenáis de asombro -dijo Gashford a la viuda con severidad pero sin encono-. He aquí un triste ejemplo de la depravación de las mujeres.

-Si tiene trastornado el juicio este muchacho -dijo lord George lanzando una mirada a Barnaby-, no lo dice su fisonomía. Y aun cuando estuviera loco, no debemos detenernos en semejante bagatela. ¿Quién de nosotros -y volvió a ruborizarse- se libraría de tal suposición si se le pusiera a prueba?

-Ninguno -respondió el secretario-. En un caso como éste, cuanto más celo, más fidelidad y más buena voluntad hay, más santa es la locura. En cuanto a este joven, milord -añadió frunciendo el labio superior mientras contemplaba a Barnaby, que estaba de pie, dando vueltas al sombrero entre las manos y haciendo señas a hurtadillas de que se fueran-, os juro que tiene el juicio tan sano como nosotros.

-¿Deseáis formar parte de la Gran Asociación? -dijo lord George dirigiéndose al idiota-. ¿Tenéis intención de ser uno de los nuestros?

-¡Sí, sí! -respondió Barnaby con entusiasmo-. Tengo esa intención. Ahora mismo se lo estaba diciendo a mi madre.

-Ahora lo comprendo todo -repuso lord George lanzando a la desventurada viuda una mirada acusadora-, me lo figuraba. Pues bien, seguidnos y se cumplirá vuestro deseo.

Barnaby dio un beso cariñoso a su madre, diciéndole en voz baja que tuviera valor porque habían hecho ya su fortuna, y siguió a lord George Gordon y al secretario. La pobre viuda los siguió también llena de terror y de aflicción.

Pasaron rápidamente por Bridge Road, cuyas tiendas estaban cerradas, porque al ver cruzar aquellas turbas y temiendo los excesos de su regreso, los mercaderes no creían seguras sus mercancías ni los cristales de sus ventanas. Así pues, podía verse en el piso superior de sus casas a todos los habitantes reunidos en las ventanas, mirando hacia la calle con rostros alarmados en los que se pintaban de una manera diversa el interés, el temor y la indignación. Unos silbaban y otros aplaudían. Pero, lord George Gordon, sin hacer caso de estas manifestaciones y prestando tan sólo el oído a los

clamores de la multitud que resonaban a lo lejos como los bramidos del mar agitado, apresuró el paso y no tardó en llegar a Saint George's Fields.

Había en ese lugar campos en aquella época, y eran muy extensos. Veíase allí reunida una multitud inmensa enarbolando banderas de diversas formas, pero todas de color azul como las escarapelas. Había pelotones en formación militar, otros en línea, otros en cuadro o en círculo, y un gran número de las columnas que marchaban por los campos y de las que permanecían paradas cantaban salmos e himnos. No sabemos quién fue el primero a quien se le ocurrió esta idea, pero no era desacertada, porque el clamor de aquellos millares de voces conmovía el alma más insensible, y no podía menos de producir efecto prodigioso sobre los entusiastas de buena fe en su extravío.

Se habían apostado algunos centinelas para anunciar la llegada del jefe, y cuando éstos se replegaron para darse el santo y seña, circuló la

noticia en un momento por toda la multitud; reinó entonces un intervalo de profundo y sombrío silencio durante el cual las masas estuvieron tan tranquilas e inmóviles, que por donde quiera que se tendiera la vista no se veía más movimiento que el de las ondeantes banderas. Después estalló un viva terrible que se repitió tres veces. Él parecía como agitado y desgarrado por un cañonazo.

-Gashford -dijo lord George estrechando contra el suyo el brazo de su secretario y hablando con una emoción que se revelaba igualmente en la alteración de su voz y de sus facciones-, ahora sí que me creo predestinado, lo sé. Soy el jefe de un ejército. Si me pidieran en este momento que los condujese a la muerte, lo haría, sí, aunque fuese yo el primero en sucumbir.

-En efecto, el espectáculo es magnífico y sublime -dijo el secretario-. ¡Glorioso día para Inglaterra y para la gran causa del mundo! Recibid, milord, el homenaje de un humilde, pero fiel servidor...

-¿Qué vais a hacer? -exclamó lord George cogiéndole ambas manos, porque había hecho ademán de arrodillarse a sus pies-. Querido Gashford, no me enternezcáis y me privéis de cumplir con los deberes que me esperan en este glorioso día.

Y al pronunciar estas palabras, el pobre lord derramaba lágrimas.

-Crucemos las filas; necesitamos encontrar sitio en alguna división para nuestro nuevo socio.

Gashford deslizó su mano fría e insidiosa en la mano fanática de lord George, y asidos por la mano y seguidos de Barnaby y su madre, penetraron entre la multitud. La Asociación había continuado en tanto sus cánticos; a medida que su jefe pasaba entre sus filas, todos alzaban la voz hasta desgañitarse. Entre aquellos asociados, unidos para defender hasta la muerte la religión de su patria, había muchos que ni siquiera habían oído un salmo ni un cántico en toda su vida; pero como en su mayor parte eran

truhanes, lo cual no les impedía tener buenos pulmones, y como naturalmente les gustaba el canto, hacían coro diciendo todas las indecencias y obscenidades que se les ocurrían, porque sabían que se confundirían entre la batahola de tantas voces, y porque les importaba muy poco que las oyesen.

Hasta cuando pasó junto a ellos lord George repitieron sus canciones indecentes, pero el jefe no hizo caso de tal desvergüenza y continuó su marcha con su gravedad habitual y su majestad solemne, edificado con la piedad de sus partidarios.

Seguían, pues, andando, andando, andando, ya por el frente de esta línea, ya por detrás de aquélla, ya rodeando la circunferencia de un círculo, ya recorriendo los cuatro lados de un cuadro, y era interminable la revista de aquellas líneas, de aquellos círculos y de aquellos cuadros. El calor del día había llegado a su apogeo; la reverberación del sol en el campo de la reunión lo hacía aún más sofocante; los que

llevaban las pesadas banderas empezaban a desfallecer y estaban próximos a caerse al suelo, rendidos de cansancio; la mayor parte de los hermanos y amigos empezaban a quitarse los corbatines y a desbotonarse las chaquetas y los chalecos; en el centro, algunos de ellos, abrumados por el exceso de calor, que era más insoportable por la multitud que los rodeaba, se tendían en el césped casi sin aliento y ofrecían por un vaso de agua todo el dinero que tenían; y sin embargo, ninguno abandonó el puesto, ni aun los que más padecían. Lord George, bañado en sudor, continuaba su marcha con Gashford, y Barnaby y su madre los seguían de cerca.

Habían llegado al fin de una línea de unos ochocientos hombres, y lord George había vuelto el rostro, cuando se oyó un grito de alegría medio ahogado, como todos los gritos que se dan al aire libre en medio de una multitud, y al mismo tiempo salió de las filas un hombre que

lanzó una estrepitosa carcajada y apoyó su pesada mano en el hombro de Barnaby.

-¿De dónde sales, Barnaby Rudge? -le dijo-. Hacía un siglo que no te había visto. ¿Dónde te escondías?

En aquel momento, Barnaby pensaba en cosas muy distintas; el olor del césped pisoteado le recordaba los juegos de la niñez, la época en que saltaba y corría por el prado de Chigwell. Sorprendido por aquella interpelación repentina, fijó sus ojos en su antiguo amigo, y sólo pudo decir:

-¿No eres Hugh?

-Sí, Hugh en persona -respondió el mozo de posada-. Hugh del Maypole. ¿Te acuerdas del perro? Aún vive, y estoy seguro de que te conocerá. Pero ¿qué veo? ¿También llevas la escarapela? ¡Mejor! ¡Mejor! ¡Ja, ja, ja!

-¿Conocéis a este joven? -dijo lord George.

-¡Sí, lo conozco, milord! Lo conozco como a mi mano derecha. También mi capitán lo conoce. Todos lo conocemos.

-¿Queréis admitirlo en vuestra división?

-No hay en el mundo un mozo más guapo, más ágil ni más resuelto que Barnaby Rudge -dijo Hugh- y apuesto a que no tiene aquí igual. Marchará, milord, entre Dennis y yo, y será el que llevará la más hermosa bandera de seda de este valiente ejército -añadió cogiendo una bandera de manos de un compañero cansado.

-¡Dios del cielo! No, no -exclamó la viuda corriendo hacia ellos-. Barnaby..., milord..., mirad..., es preciso que se retire. ¡Barnaby! ¡Barnaby!

-¿Cómo es que se dejan entrar mujeres en el campo? -gritó Hugh separando a la madre y al hijo-. Capitán.

-¿Qué pasa aquí? -gritó Simon Tappertit-. ¿Llamáis a esto orden?

-No, capitán -respondió Hugh, todavía sosteniendo a la viuda-, más bien es desorden. Las mujeres están distrayendo a nuestros soldados de sus obligaciones.

-¡Atención! -gritó Simon Tappertit con toda la fuerza de sus pulmones-. ¡Formen! ¡Marchen!

La pobre viuda se había caído al suelo. Todo el campo estaba en movimiento, y Barnaby se veía arrastrado en medio de una compacta masa de hombres. Ella no volvió a verlo.

XLIX

La muchedumbre se dividió al principio en cuatro secciones; la de Londres, la de Westminster, la de Southwark y la de Escocia. Cada una de estas secciones se subdividía asimismo en diversas divisiones cuya estructura, muy lejos de presentar un conjunto uniforme, ofrecía al primer golpe de vista un orden que sólo comprendían tal vez los jefes y capitanes, siendo para los demás ininteligible como el gran plan de batalla para el soldado con menos luces. Con todo, aquel ejército no carecía de un método, porque apenas habían transcurrido cinco minutos desde la orden de marchar y la masa ya estaba dividida en tres secciones dispuestas a cruzar el río -cada cual, según las órdenes dadas anteriormente, por un puente diferente- y a dirigirse en columnas separadas hacia la Cámara de los Comunes.

Lord George Gordon ocupó su puesto a la cabeza de la sección que marchó por el puente

de Westminster, llevando a su derecha a Gashford y a su alrededor una especie de estado mayor compuesto de pillos y bandidos. El mando de la segunda división, que debía pasar por Blackfriars, estaba confiado a un comité compuesto de unos doce ciudadanos. Finalmente, la tercera, que debía pasar por el puente de Londres y recorrer las calles de un extremo a otro para darse a conocer entre los buenos vecinos de Londres, estaba liderada por Simon Tappertit, que era auxiliado por algunos socios de la Hermandad de Perros de Presa, Dennis el verdugo, Hugh y otros.

Dada la orden, cada una de estas secciones tomó el camino que se le había asignado y formó en el orden más perfecto y con sombrío silencio. La que recorrió la City era más numerosa que las demás, y ocupaba una línea tan extensa que cuando la retaguardia empezó a ponerse en movimiento, la cabeza estaba ya a cuatro millas de distancia, aunque marchaba en columna cerrada y ocupando toda la calle. Al

frente de esta división, y en el sitio que Hugh había dado a Barnaby entre el verdugo y él mismo, marchaba el idiota con la frente erguida, y mucha gente que más adelante recordaría las escenas de aquel día no olvidó al joven arrogante que empuñaba la bandera. Ajeno a toda distracción, con el rostro encendido y la mirada brillante de júbilo, sintiendo apenas en su éxtasis el peso del enorme pendón que enarbolaba, y sin acordarse más que de hacerlo brillar al sol ondear al soplo de la brisa de verano, avanzaba más altivo, más contento y más exaltado que todos: era tal vez el único corazón tranquilo, la única criatura inocente de toda la concurrencia.

-¿Qué te parece esto? -le preguntó Hugh al pasar por las calles invadidas por la multitud, haciéndole levantar la mirada hacia las ventanas llenas de espectadores-. Mira cómo han salido todos para ver nuestras banderas. ¿Qué te parece? Por el amor de Dios, Barnaby, eres el héroe de la fiesta. Tu bandera es la más alta y

sobre todo la más hermosa. No hay nadie en todo este concurso que pueda compararse contigo. ¡Mira..., mira! Todos fijan sus ojos en ti.

Y Hugh prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

-No arméis escándalo, hermano -dijo el verdugo refunfuñando y lanzando a Barnaby una mirada nada lisonjera-. Supongo que no os imagináis que habéis venido con nosotros tan sólo para llevar la bandera como un niño en un desfile. ¿Estáis dispuesto a todo? Responded. Hablo con vos -añadió tocando bruscamente con el codo a Barnaby-. ¿Qué hacéis ahí papando moscas? ¿Por qué no me contestáis?

Barnaby no tenía en efecto más que ojos para su bandera. Sin embargo, al oír esta interpelación, miró a Hugh y a Dennis con expresión vaga y estúpida.

-No sabe lo que decís -repuso Hugh-. Ya veréis como me entiende a mí. Barnaby, amigo mío, escucha.

-Te escucho -dijo Barnaby mirando a su alrededor con inquietud-, pero quisiera verla y no la veo.

-¿A quién? -preguntó Dennis con tono brusco-. ¿Estáis acaso enamorado? No faltaba más que eso. No queremos a enamorados entre nosotros.

-¡Qué orgullo tendría en verme! ¿Verdad, Hugh? -dijo Barnaby-. ¡Qué contenta se pondría si me viera al frente de este gran espectáculo! Estoy seguro de que lloraría de alegría. ¿Dónde estará? Nunca me ha visto así, y sin embargo, ¿qué me importa llevar esta bandera si ella no me ve?

-¡Válgame Dios! -exclamó Dennis con soberano desdén-. ¿Creéis acaso, galán, que en nuestra asociación entran los enamorados para divertir a sus damas?

-No os enfadéis, hermano -le dijo Hugh-. La mujer a la que quisiera ver no es su amante.

-¿Quién es?

-Su madre.

-¡Su madre! -exclamó el verdugo lanzando una horrible blasfemia-. ¿Creéis que formo parte de esta división de valientes para oír a los niños llamar a sus mamás? -añadió Dennis con el más profundo desprecio-. La idea de una amante me empalagaba, pero una mamá... me da asco.

Y como si le vinieran náuseas escupió al suelo haciendo una mueca.

-Barnaby tiene razón -añadió Hugh con una sonrisa-. Mira, amigo, si tu madre no está aquí para admirarte es porque me he cuidado de ella. Le he enviado a media docena de caballeros, todos ellos con su preciosa escarapela azul, aunque ninguna tan hermosa como la tuya, para que la lleven con gran ceremonia a una casa magnífica adornada con banderolas de oro y plata, donde te esperará hasta que vuelvas y donde te aseguro que nada le falta.

-¿De veras? -dijo Barnaby con el rostro radiante de alegría-. Gracias, Hugh.

-Y eso no es nada en comparación con lo que vamos a ver -prosiguió Hugh guiñando el ojo a Dennis, que miraba con asombro al nuevo compañero de armas.

-¿Sí?

-Por supuesto. Dinero, sombreros con magníficas plumas, trajes bordados de oro, soberbios caballos, perlas, diamantes, todo será nuestro si prometemos a aquel caballero, que es el más noble de la tierra, llevar nuestras banderas durante algunos días sin perderlas. He aquí lo único que debemos hacer.

-¿Eso tan sólo? -exclamó Barnaby con los ojos animados y apretando con toda su fuerza el asta de su bandera-. Pues te aseguro que yo no perderé la mía. Déjala a mi cuenta, en buenas manos está. Ya me conoces, Hugh, y sabes que ha de ser muy listo el que me la quite.

-¡Muy bien dicho! -exclamó Hugh-. Reconozco en ti a aquel intrépido Barnaby con quien tanto he corrido y saltado por los campos. No me equivocaba al confiarte ese tesoro... ¿No

veis -añadió hablando a Dennis al oído- que este muchacho es idiota y que podremos hacer con él lo que queramos si lo dirigimos con maña? Os aseguro que él solo vale por diez hombres. Hagamos la prueba. Pronto veréis si puede sernos útil o no.

Dennis escuchó estas explicaciones asintiendo con la cabeza y guiñando el ojo para anunciar su aprobación, y desde aquel momento habló en tono muy distinto a Barnaby. Hugh se llevó el dedo a la nariz para pedirle discreción, volvió a colocarse en su sitio y los tres continuaron el paseo en silencio.

Eran las tres de la tarde cuando las tres grandes divisiones se reunieron en Westminster y, formando una masa formidable, lanzaron un viva atronador, no tan sólo para anunciar su presencia, sino como una señal para los que tenían que ocupar los pasillos de las dos cámaras, todas las puertas y las escaleras de la galería.

Dennis y Hugh, llevando en medio de ellos a Barnaby, se precipitaron sin vacilar hacia la escalera, dejando la bandera en manos de uno de los compañeros que se encargaban de recogerlas en la puerta. Empujados por los que les seguían, se vieron llevados como una oleada hasta la puerta de la galería, desde donde era imposible retroceder a causa de la multitud que obstruía el paso. Se dice con frecuencia, para hacer referencia a una inmensa y apretada multitud, que bien se podría andar por encima de las cabezas. Así sucedió en este caso al pie de la letra, porque un niño que, sin saber cómo, se había introducido entre la gente, y que estaba en inminente peligro de ser ahogado, se encaramó sobre los hombros de un hombre que estaba a su lado y corrió sobre los sombreros y las cabezas hasta la calle inmediata atravesando en su marcha casi aérea dos escaleras y una larga galería. Y fuera del edificio no era menos densa la multitud, porque una cesta que arrojaron sobre la gente fue saltando de cabeza en

cabeza y de hombro en hombro, dando vueltas caprichosas, y desapareció a lo lejos sin caerse una sola vez al suelo.

En esta inmensa muchedumbre había algunos fanáticos honrados, pero la mayor parte se componía de la hez de Londres, de aventureros, perdidos y ladrones, alentados por un mal código de leyes penales, por un vicioso sistema de cárceles y por una organización de policía detestable, de modo que los individuos de las dos cámaras del Parlamento que no habían tenido la precaución de ir a la sesión con tiempo, se veían obligados a abrirse paso a puñetazos entre la multitud. Los defensores de la Asociación detenían y hacían pedazos sus coches, arrancaban las ruedas, reducían a polvo los cristales de las portezuelas, sacaban a los lacayos, a los cocheros y a los amos de sus asientos y los arrojaban al lodo, y lores, obispos y diputados, sin distinción de personas ni de partidos, recibían puntapiés, empujones y palos, pasando de mano en mano y sufriendo todo género

de ultrajes, y cuando conseguían llegar a la asamblea, era con el vestido hecho jirones, sin peluca, sin voz y sin aliento, y cubiertos con el polvo que habían hecho caer de sus cabellos sobre todo su cuerpo a fuerza de sacudirlos y zarandearlos.

Hubo un lord que permaneció tanto rato en manos del populacho que los pares resolvieron salir en grupo para liberarlo, y se disponían en efecto a realizar su proyecto cuando afortunadamente apareció en el salón cubierto de lodo, acribillado de golpes y en un estado tan lastimoso que apenas lo conocían sus mejores amigos. El estruendo, el griterío y el escándalo crecían por momentos; no se oían más que maldiciones, blasfemias, silbidos, carcajadas y quejas; el furioso motín bramaba sin cesar como un monstruo rabioso, y cada nuevo insulto contra personas indefensas acrecentaba su furia.

Dentro del edificio la turba era aún más amenazadora. Lord George, precedido de un hombre que llevaba sobre un cojín una enorme

petición que fue recogida a la puerta de la cámara por dos ujieres que la colocaron sobre una mesa dispuesta para sostenerla, había ocupado su asiento antes de abrirse la sesión. Sus partidarios se habían aprovechado de este momento para ocupar el corredor y las puertas, de modo que los representantes no se veían detenidos tan sólo en las calles, sino que también les obstruían el paso en el mismo recinto del Parlamento, y el tumulto, tanto fuera como dentro, ahogaba la voz de los que querían tomar la palabra. Ni siquiera podían deliberar sobre el partido que les aconsejaba la prudencia en aquel conflicto, ni animarse unos a otros a una resistencia noble y firme. Cada vez que llegaba un representante, con el traje descompuesto, los cabellos despeinados y empujando a los que obstruían el corredor para abrirse paso, se oía un grito de triunfo, y en el momento en que la puerta, entreabierta con precaución para dejarle entrar, permitía a la multitud lanzar una mirada rápida hacia el salón, los amotinados se

hacían más salvajes y feroces, como fieras que han visto su presa, y se arrojaban sobre las hojas de la puerta con tanta furia que parecía que iban a arrancar los cerrojos y hasta a romper las vigas del techo.

La galería de los extranjeros, situada inmediatamente encima de la puerta de la cámara, había sido cerrada por orden superior cuando se tuvo noticia del motín, y estaba por consiguiente desierta. Únicamente lord George iba a sentarse en ella de vez en cuando para estar más cerca de la escalera y dar parte al pueblo de lo que se deliberaba. En el extremo superior de esta escalera estaban Hugh, Barnaby y Dennis. Había allí dos tramos de escalones cortos, altos, estrechos y paralelos, que conducían a dos puertas pequeñas que comunicaban con un pasillo bajo que se abría en la galería, y entre estos dos tramos se veía una especie de abertura circular sin cristales para dar paso al aire y a la luz en el corredor, y que tenía unos dieciocho o veinte pies de profundidad.

En una de estas escalerillas, no en la que aparecía de vez en cuando lord George, sino en la otra, estaba Gashford con el codo apoyado en la barandilla y la cabeza reclinada en la mano, con la expresión de astucia que le era habitual. Cada vez que cambiaba de postura, aunque no fuera más que para mover el brazo, se oían nuevos gritos furiosos, no tan sólo allí, sino también en el corredor, donde había un hombre de atalaya examinando constantemente sus menores movimientos.

-¡Orden! -gritó Hugh con una voz estentórea que dominó el motín y el tumulto, al ver asomarse a lord Gordon en lo alto de la escalera-. ¡Noticias! Milord trae noticias.

Sin embargo, continuó el griterío hasta que Gashford volvió la cara. Reinó entonces el más profundo silencio, hasta entre la gente que inundaba los pasos y las otras escaleras, y que nada había podido oír, pero que obedeció la señal de callarse con prodigiosa rapidez.

-Señores -dijo lord George muy pálido y agitado-, tengamos firmeza. Se habla aquí de aplazar la discusión, pero eso no nos conviene. Se habla de tomar nuestra petición en consideración el martes próximo, pero es preciso que se discuta en el acto. Se manifiestan disposiciones poco favorables al buen éxito de nuestra causa, pero es forzoso que triunfemos, lo queremos.

-¡Sí, sí! ¡Lo queremos! -repitió la turba como un eco.

Entonces, en medio de sus gritos y aplausos, les saludó, se retiró y casi al mismo tiempo volvió a asomarse. A otro ademán de Gashford se restableció al instante el más profundo silencio.

-Me temo -dijo- que no va a hacernos hoy justicia el Parlamento. Pero la necesitamos y la alcanzaremos, señores. Tengamos confianza en la Providencia, y bendecirá nuestros esfuerzos.

Como este discurso era más moderado que el otro, no fue recibido con el mismo favor. El griterío y la exasperación habían llegado a su colmo cuando volvió a asomarse para decirles

que se había dado el grito de alarma a varias millas a la redonda, y que en cuanto el rey supiera la fuerza con que contaba la Asociación, era indudable que Su Majestad enviaría órdenes expresas para que se discutiera la petición. Continuaba esta arenga anodina, lánguida y vacilante, cuando aparecieron en la puerta dos caballeros, pasaron por delante de lord George, y bajando dos o tres escalones, miraron al pueblo con ademán resuelto.

Esta osadía los cogió desprevenidos, pero se quedaron más desconcertados aún cuando uno de aquellos caballeros, volviéndose hacia lord George, le dijo con voz tranquila, pero alzándola para que todo el mundo pudiera oírle:

-¿Os dignáis hacerme el favor de decir a esa gente, milord, que soy el general Conway, de quien habrán oído hablar, y que me opongo a su petición, condenando su conducta así como la vuestra? ¿Queréis decirle, además, que soy militar y que sabré proteger la libertad de la cámara con la espada en la mano? Ya sabéis,

milord, que todos hemos venido armados, sabéis que el paso que conduce a la cámara es estrecho, y no ignoráis que hay para defenderlo hombres resueltos que harán caer sin vida a más de uno de los vuestros si no los despedís. ¡Cuidado con lo que hacéis!

-Y yo, milord George -dijo el otro caballero con acento resuelto-, no necesito deciros, siendo como soy el coronel Gordon, vuestro próximo pariente, que si en esa chusma que nos asorda con sus gritos hay un solo hombre, un solo hombre que cruce el umbral de la Cámara de los Comunes, doy aquí mi palabra de honor de que al mismo tiempo traspasaré, de parte a parte, no su cuerpo sino el vuestro.

Y volviendo a subir la escalera con la mirada constantemente fija en la multitud, cogieron por el brazo al noble lord, mal inspirado por su fervor religioso, lo arrastraron por el corredor y cerraron la puerta por dentro. Esta escena fue tan rápida, y el aspecto de los dos caballeros, que no eran jóvenes calaveras, demostraba tan-

ta firmeza y tal arrojo, que los amotinados se miraban unos a otros con expresión tímida y vacilante. Muchos de ellos se dirigían hacia las puertas, otros menos atrevidos decían en voz alta que no les quedaba más recurso que retirarse, y pedían que les abrieran paso, y la confusión y el terror se propagaron con rapidez inesperada.

Gashford hablaba en voz baja con Hugh.

-¿Por qué os retiráis, cobardes? -gritó éste con voz de trueno-. ¿Dónde podéis estar mejor que aquí? Demos un buen empuje a esta puerta, y al mismo tiempo otro a la puerta de abajo, y es nuestra esta casa. Aquí sobra gente. En cuanto a la puerta de abajo, que se retiren los que tengan miedo, y que los valientes rivalicen en ser los primeros en entrar. ¡Ya veréis, ya veréis!

Al mismo tiempo se descolgó por la barandilla al corredor y, apenas se había puesto en pie, cuando ya estaba Barnaby a su lado. Algunos miembros de la Cámara de los Comunes que

estaban en la puerta suplicando al pueblo que se retirase huyeron precipitadamente, y al mismo tiempo la multitud, lanzando un grito atronador, se arrojó contra las puertas para sitiar en regla a la cámara.

En aquel momento, y cuando un segundo esfuerzo iba a ponerlos enfrente de sus enemigos, que les esperaban armados en el salón, y a verter sangre en una lucha desesperada, se vio a la multitud que se hallaba en última fila huir apresuradamente, y circuló de boca en boca el rumor de que un mensajero había ido por el río a buscar tropas, las cuales estaban formadas ya en las calles. El populacho, que no tenía deseos de sostener un ataque en los angostos corredores donde estaba bloqueado, se retiró con tanta impetuosidad como había entrado.

Barnaby y Hugh fueron arrastrados por la corriente y, a fuerza de codos, de luchar a puñetazos, de pisotear a los que caían huyendo y de ser pisoteados, acabaron por desembocar con la turba que les rodeaba en la calle en el

mismo momento en que llegaba a paso redoblado una numerosa partida de guardias a pie y a caballo, barriendo delante de ellos la plaza con tanta rapidez que parecía que el populacho se derretía en su fuga.

A la voz de «¡Alto!» la tropa formó a lo largo de la calle, y los amotinados, mohínos, rotos, sin aliento y estrujados, formaron también, pero de una manera irregular y desordenada. El oficial que mandaba la fuerza armada cruzó a caballo el espacio que separaba a ambos ejércitos, acompañado de un magistrado y de un ujier de la Cámara de los Comunes, a los cuales dos jinetes se habían apresurado a prestar su caballo. Se leyó la ley contra los motines que se leía antes de mandar hacer fuego, pero nadie se movió.

En la primera fila de los insurgentes estaban Barnaby y Hugh. Uno de los compañeros había puesto en manos de Barnaby, cuando salió a la calle, su preciosa bandera. Si ha existido alguna vez en el mundo un hombre que con toda la

sinceridad de su alma se creyera empeñado en una causa justa y estuviese resuelto a ser fiel a su jefe hasta la muerte, era indudablemente el pobre Barnaby, defensor de lord George Gordon.

El magistrado, viendo que era inútil la lectura de la ley, mandó al jefe de las tropas que hiciese una carga, y los guardias a caballo empezaron a romper las filas de los amotinados, y aunque los soldados eran el blanco de algunas pedradas, las órdenes que habían recibido no les permitían más que prender a los revoltosos más furibundos y ahuyentar a los demás descargando sablazos de plano.

Cuando la multitud vio que corrían hacia ella los caballos, cedió en varios puntos, y los guardias, aprovechándose de esta ventaja, dejaron muy pronto despejado el terreno. Sin embargo, dos o tres de los que iban en la vanguardia, y que se hallaban en aquel momento casi aislados, acometieron a Hugh y Barnaby, a los que habían designado sin duda como los dos

hombres que se habían descolgado desde la escalera hasta el corredor. Avanzaban, pues, al paso, descargando a uno y otro lado algunos golpes pero incruentos, que dejaban contusionados los brazos de sus compañeros en medio de gemidos y de confusión.

Barnaby palideció y sintió que le desfallecía el corazón al ver aquellas figuras despavoridas y ensangrentadas que cayeron junto a él en medio de la multitud; pero permaneció firme en su puesto, apretando convulsivamente la bandera, y fijando la vista en el soldado más inmediato, mientras respondía a Hugh, que le daba al oído satánicos consejos, asintiendo con la cabeza.

El soldado espoleó el caballo, descargando algunos mandobles a los que alargaban las manos para cogerle las riendas, volvió el rostro para indicar a sus compañeros que fueran a reforzarle, en tanto que Barnaby le esperaba sin retroceder un paso. Varios insurgentes le gritaron para que huyese y otros corrían hacia él

para favorecer su fuga, pero en ese momento el asta de la bandera se inclinó sobre sus cabezas y un momento después estaba vacía la silla del jinete.

Hugh y Barnaby volvieron entonces la espalda, huyeron a través de la multitud que les abrió paso y se cerró enseguida para que no viesen por dónde habían huido, y llegando sin aliento, bañados en sudor y cubiertos de polvo a la orilla del río sanos y salvos, subieron en un bote que les permitió escapar del peligro inmediato. Al bajar por el río oían los aplausos del pueblo, y hasta suponiendo que tal vez habían obligado a la tropa a retirarse con su audacia, permanecieron un momento apoyados en los remos vacilando entre volver o continuar huyendo. Pero el populacho que pasaba por el puente de Westminster no tardó en asegurarles que el motín había sido sofocado, y habiendo conjeturado Hugh que los aplausos que habían oído eran una aclamación de la multitud para dar las gracias al magistrado por haber despe-

dido la fuerza armada, con la condición expresa de que cada cual se retirara a su casa, y que por consiguiente, lo mejor que podían hacer Barnaby y él era retirarse también, resolvió no cesar de remar hasta Blackfriars, y dirigirse desde este punto hacia The Boot, donde encontrarían con seguridad buen vino y compañeros adictos con quienes pasar agradablemente la noche. Barnaby consintió en este plan, y remaron en dirección a Blackfriars.

Felizmente para ellos llegaron en un momento favorable. Al entrar en Fleet Street encontraron toda la calle en conmoción, y habiendo preguntado la causa, les dijeron que acababa de pasar un escuadrón de guardias escoltando a algunos presos que iban a encerrar en Newgate. Contentos por haberse salvado de aquel peligro, no perdieron el tiempo con preguntas, y se dirigieron a buen paso hacia The Boot, aunque parándose de vez en cuando con prudencia y para no comprometerse llamando la atención del público.

L

Habían sido los primeros en llegar a la taberna, pero apenas transcurrieron diez minutos cuando vieron entrar uno tras otro algunos grupos compuestos de hombres que habían tomado parte en el motín. Entre ellos se distinguían Dennis y Simon Tappertit que saludaron, especialmente el primero, a Barnaby de la manera más cordial, felicitándolo por su proeza.

-Cielo santo -dijo el verdugo dejando su palo apoyado en la pared con el sombrero encima-, te aseguro que me has hecho pasar un buen rato, muchacho. ¡Qué ocasión! Pero la hemos dejado pasar sin aprovecharla. ¡Por vida mía! No sé qué es lo que va a suceder. Veo que todos son unos gallinas. ¡Hola, tabernero!, traednos algo de comer y buen vino. Estoy disgustado con nuestra gente.

-¿Por qué? -preguntó Tappertit, que acababa de apagar el ardor de su expresión en cuatro o

cinco vasos de cerveza-. ¿No os parece que ha sido un buen principio de fiesta?

-¿Y quién me asegura que este principio no es también el fin? -dijo el verdugo-. Cuando aquel militar cayó al suelo podíamos habernos apoderado de Londres. ¿Y qué hemos hecho? Graznar como grajos y aplaudir al juez de paz. Hubiera querido que tuviera una bala de pistola en cada ojo, que yo mismo le habría puesto allí, cuando decía con voz melosa: «Hijos míos, si me dais la palabra de dispersaros despediré a la tropa». ¿Qué hicieron entonces nuestros valientes? Aplaudir, vitorearlo, arrojar los palos y las banderas y desfilar como un rebaño de corderos o una traílla de perros. ¡Ah! -continuó el verdugo con un tono de soberano desprecio-, me avergüenzo de parecerme a semejantes imbéciles. Preferiría haber nacido buey o carnero, lo juro por lo más sagrado.

-Estoy seguro de que habríais sido un excelente buey o carnero -repuso Simon Tappertit saliendo de la taberna con majestuoso talante.

-Mal hecho en suponerlo. Si al menos tuviera cuernos o cola, trataría de igual a igual con mis compañeros. Pero debo citar como una excepción a estos dos muchachos -dijo señalando a Hugh y Barnaby-, que son los únicos que han demostrado hoy ser hombres.

Después de hacer justicia así al valor de los dos amigos, el verdugo buscó algún consuelo en un pedazo de fiambre y en un jarro de vino, pero sin modificar su triste y sombría expresión, cuyo siniestro aspecto aumentaron en vez de disipar aquellas distracciones sólidas y líquidas.

Los que escuchaban los insultos del verdugo, tal vez hubieran tomado el asunto en serio y se hubieran liado a garrotazos de no estar tan cansados y desanimados. La mayor parte de ellos estaban aún en ayunas, todos se sentían rendidos de cansancio y mareados por el calor, los gritos, la excitación y los esfuerzos violentos, y hasta muchos de ellos habían perdido la voz y no tenían fuerza para sostenerse en pie.

No sabían ya qué hacer, temían las consecuencias de lo que habían hecho, y sabían que se había frustrado su plan y que no habían logrado más que empeorar las cosas. Al cabo de una hora habían salido de la taberna muchos de los que se habían refugiado en ella; y los más honrados juraron no volver a ver jamás a sus camaradas. Otros se quedaron allí para recuperar fuerzas, y después se fueron a casa alicaídos. Otros que habían frecuentado el lugar a diario, decidieron no volver más. La media docena de presos que había caído en poder de la tropa se multiplicó prodigiosamente al pasar de boca en boca hasta llegar a centenares, y sus amigos, débiles y abatidos, vieron desfallecer de una manera tan sensible su energía bajo la influencia de estas noticias alarmantes que a las ocho de la noche sólo quedaban en la taberna Dennis, Hugh y Barnaby, y estaban casi dormidos en los bancos cuando les despertó la llegada de Gashford.

-¡Cómo! ¿Aquí estáis? -dijo el secretario-. No creía que fuera a encontraros.

-¿Y dónde queréis que estemos, Gashford? -repuso Dennis incorporándose.

-¡Oh! En ninguna parte, en ninguna parte -respondió con tono meloso-. Como las calles están llenas de escarapelas azules creía que aún estabais allí. Me alegro de ver que me he equivocado.

-Lo cual significa que tenéis que darnos algunas órdenes, ¿no es eso? -preguntó Hugh.

-¡Órdenes! No, amigo mío. ¿Qué órdenes puedo yo daros? ¿Estáis por ventura a mi servicio?

-¿Acaso, Gashford -dijo Dennis-, no pertenecemos a la causa?

-¡La causa! -repitió el secretario mirándolo como si no entendiera lo que le decía-. La causa ya no existe. Está perdida.

-¡Perdida!

-Indudablemente. ¿No os han llegado las noticias? La petición ha sido denegada por una

mayoría de ciento noventa y dos votos contra seis, y es ya un asunto concluido. Hemos hecho mal en tomarnos tanto trabajo. Si no fuera por esto y por no contrariar a milord, ni siquiera pensaría en tal cosa. Y por otra parte, ¿qué más me da a mí?

Al mismo tiempo sacó del bolsillo un corta-plumas y, colocándose el sombrero sobre las rodillas, se dispuso a descoser la escarapela azul que había llevado todo el día, murmurando un cántico que había estado en boga aquella mañana y moviendo la cabeza con ademán de disgusto.

Sus dos acólitos se miraban con asombro, y después le miraron a él sin saber cómo continuar la conversación sobre el tema que tanto les interesaba. Por último, Hugh, después de tocar con el codo a Dennis y de dirigirse sendas miradas, se aventuró a cogerle la mano para preguntarle por qué arrancaba la escarapela del sombrero.

-¿Por qué? -dijo el secretario alzando los ojos con una sonrisa que podía pasar muy bien por una mueca-. Porque es una farsa indigna llevar esto estando sentado o durmiendo. Por eso la quito.

-¿Qué queréis que hagamos, señor? -preguntó Hugh.

-Nada -contestó Gashford encogiéndose de hombros-; nada. Cuando milord se vio insultado y amenazado porque venía a vuestro lado, por prudencia hubiese deseado que no hicierais nada. Cuando los soldados vinieron a atropellarnos y a arrojarnos a los pies de sus caballos, hubiera sentido veros hacer alguna cosa. Y finalmente, cuando uno de ellos fue arrojado al suelo por una mano atrevida y vi la confusión y el temor en todos sus semblantes, me hubiera enojado que hubieseis hecho alguna cosa. Y pensasteis como yo, puesto que os cruzasteis de brazos y sólo tratasteis de huir. ¿No está ahí el joven que fue tan atrevido e imprudente? Le tengo lástima.

-¡Lástima! -exclamó Hugh.

-¡Lástima! -repitió Dennis.

-Supongo que mañana fijarán en las esquinas un bando prometiendo cincuenta libras esterlinas o alguna miseria por el estilo a quien lo entregue, y supongo también que estará comprendido en el mismo bando otro hombre que se descolgó de la escalera al corredor, y ¿para qué, para no hacer nada?

-¡Venga! -exclamó Hugh saltando sobre el banco-. ¿En qué hemos faltado para que nos habléis así?

-Nada -dijo Gashford sonriendo-. Si os encierran en lo cárcel, si ese joven -añadió mirando fijamente el rostro formal y atento de Barnaby- es arrancado de nuestros brazos y de los de sus amigos, de personas que ama tal vez y a las que su muerte arrastrará al sepulcro, y si, después de tenerlo uno o dos días en la cárcel, lo sacan para ahorcarlo ante sus ojos, ¿qué importa? Encojámonos de hombros y... paciencia.

Estoy seguro de que pensaréis como yo que lo más prudente es no hacer nada.

-¡Vámonos! -gritó Hugh dirigiéndose a grandes pasos hacia la puerta-. Dennis, Barnaby, vámonos.

-¿Adónde? ¿Para qué? -dijo Gashford corriendo hacia la puerta y no dejándole salir.

-¡Iremos a cualquier parte! -respondió Hugh-. Dejadme pasar, señor, o saldremos por la ventana. ¡Dejadnos salir!

-¡Qué muchachos tan traviesos! -dijo Gashford, que de pronto cambió de tono y tomó el de una familiaridad alegre y burlona-. ¡Qué genios tan inflamables! Supongo que el entusiasmo no os privará de echar un trago antes de salir.

-Por supuesto que no -respondió Dennis con voz ronca y enjugándose de antemano los labios ávidos con la manga-. Ya está, hermanos, bebamos con Gashford.

Hugh se enjugó el sudor de la frente y se sonrió en tanto que el secretario se reía a carcajadas.

-Venga, muchachos, bebamos, aunque me parece que un trago no exige mucho tiempo. ¡Es un valiente! -dijo el hipócrita secretario, a quien Dennis respondía con asentimientos, blasfemias y maldiciones dichas entre dientes-. Cuando se enardece, ni el mismo demonio podría contenerlo.

Hugh balanceó su puño robusto en el aire, y descargó un buen golpe a Barnaby en el hombro diciéndole: «No tengas miedo». Después de lo cual se dieron un apretón de manos. Barnaby se hallaba aún bajo el dominio de la misma idea, de que no había en el mundo un héroe tan desinteresado y tan virtuoso como su amigo, y esto causaba risa a Gashford.

-He oído decir -añadió tranquilamente, echando en los vasos a medida que los vaciaban tanto licor como querían y repitiendo con gusto este ejercicio-, he oído decir, pero no

puedo asegurar si es cierto o no, que muchos de los que están andando por esas calles desearían destruir una o dos iglesias católicas si encontraran jefes. Hasta se ha hablado de la de Duke Street, en Licoln's Inn Fields, y de la de Warwick Street, en Golden Square. Sin embargo, no puedo asegurarlo. ¿Iréis allí?

-¿Y será para no hacer nada, mi amo? -dijo Hugh-. Nada de cárceles ni cadalsos para Barnaby ni para mí. Ahora sí que vamos a dar gusto a esos señores. ¿No dicen que necesitan jefes? Pues manos a la obra, señores.

-¡Qué muchacho tan fogoso! -exclamó el secretario-. He aquí un hombre que no conoce el miedo. ¡Qué fuego! ¡Qué vehemencia! Es un hombre capaz de...

Pero no se tomó el trabajo de terminar la frase, porque los tres habían salido precipitadamente de la casa y ya no podían oírle. Se paró, pues, en medio de una carcajada, prestó oído, se puso los guantes, se llevó las manos a la espalda y, después de recorrer largo rato la sala

desierta, se dirigió hacia la City y se internó en un laberinto de calles.

En todas partes encontró mucha gente, porque los acontecimientos del día habían causado gran alarma. Los que no tenían valor para alejarse de sus casas estaban en las puertas o asomados a las ventanas, y en todas las calles se oía la misma conversación: unos contaban que el motín estaba completamente sofocado, y otros decían que se había iniciado nuevamente; éstos pretendían que lord George Gordon había sido conducido con una respetable escolta a la Torre de Londres, aquéllos aseguraban que se había atentado contra la vida del rey, que habían vuelto a llamar a la tropa, y que apenas hacía una hora se había oído claramente fuego graneado en el extremo opuesto de la ciudad.

A medida que la noche era más sombría, las noticias eran más terribles y misteriosas, y con frecuencia bastaba que un transeúnte anunciase corriendo que los revoltosos estaban cerca, para que todos los vecinos pacíficos cerrasen las

puertas, reforzasen las ventanas bajas y reinase tanta consternación como si un ejército enemigo acabase de tomar la ciudad por asalto.

Gashford se paseaba cautelosamente, escuchando las conversaciones, negando o confirmando con su testimonio los falsos rumores según más favorecieran a sus fines. Ocupado en esta tarea, acababa de doblar por vigésima vez la esquina de Holborn, cuando llamó su atención una turba de mujeres y niños que huían sin aliento y volviendo continuamente la cabeza hacia atrás en medio de un estruendo confuso de voces. Este indicio, sumado a un resplandor rojizo cuyo reflejo se veía en, las casas de enfrente, le anunció la llegada de algunos amigos, y entrando en un patio cuya puerta había encontrado abierta al pasar y subiendo con algunas otras personas a una ventana del segundo piso, pudo mirar sin ser visto la multitud que pasaba por la calle.

Los revoltosos llevaban antorchas que iluminaban los rostros de los principales actores

de aquella escena. Acababan de destruir algunos edificios, y era indudable que el blanco de sus iras había sido algún sitio dedicado al culto católico, a juzgar por los despojos que llevaban a modo de trofeo, como sotanas, estolas y ricos ornamentos de altar cubiertos de sebo, polvo y yeso. Barnaby, Hugh y Dennis, con el vestido roto, los cabellos enmarañados, las manos y las caras arañadas y llenas de sangre a causa de los clavos oxidados, iban a la cabeza de la turba furiosos y exaltados como locos que han escapado de su jaula. Unos cantaban, otros lanzaban gritos de victoria; algunos disputaban y reñían; muchos amenazaban a los espectadores al pasar; no pocos, empuñando pedazos de tabla en los que descargaban su ira como si fueran víctimas animadas, los hacían astillas y los arrojaban al aire, y otros, completamente ebrios, ni siquiera sentían los golpes que habían recibido con la caída de las piedras, de los ladrillos o de los maderos. Algunos llevaban a un hombre tendido sobre una hoja de ventana en

medio de la multitud, cubierto con un paño sucio, debajo del cual sólo se veía un bulto inanimado. Detrás de este grupo se veían rostros que pasaban iluminados a intervalos por las antorchas humeantes, formando una fantasmagoría de cabezas de demonios, de ojos salvajes, de garrotes y de barras de hierro que vibraban y se agitaban sin fin en el aire. Era un cuadro horrible en el que se veía a un tiempo tanto y tan poco, tantos fantasmas que no podían olvidarse en toda la vida, y tantos objetos como podían verse de una sola y rápida mirada.

Mientras la turba pasaba para proseguir con su empeño de ruina y de cólera, se oyó un grito penetrante hacia el cual se precipitaron algunas personas. Gashford era una de ellas, porque había bajado expresamente a la calle para contemplar aquella escena, pero se quedó detrás del grupo de los curiosos, y supo por boca de uno de los que se hallaban delante que era una pobre mujer que acababa de reconocer a su hijo entre los amotinados.

-¿No es más que eso? -dijo el secretario volviéndose como para entrar de nuevo en la casa-. Vamos, la cosa empieza a animarse.

LI

A pesar de las esperanzas que habían inspirado a Gashford estos violentos preliminares, que indicaban en efecto que el motín empezaba a animarse, los revoltosos dieron muy pronto fin a sus hazañas, porque salió otra vez la tropa de los cuarteles y la multitud se dispersó en el acto después de una breve resistencia y de dejar media docena de prisioneros en poder de los soldados, pero sin derramarse una sola gota de sangre. En medio de su locura y de su embriaguez, los amotinados no habían traspasado sin embargo todos los límites ni se habían desmandado abiertamente contra el gobierno y las leyes. Conservaban aún un resto de su respeto habitual a la autoridad, y si el gobierno hubiera tomado medidas más eficaces para restablecer la majestad del poder, el secretario hubiese desistido por fuerza de sus maquinaciones y únicamente le habría quedado la amargura de un completo fracaso.

A las doce de la noche las calles estaban desiertas y tranquilas y, exceptuando dos barrios de la ciudad donde se veía un montón de escombros al pie de paredes vacilantes en el mismo sitio donde el sol había dorado el día anterior con sus rayos dos magníficos edificios, todo tenía su aspecto ordinario. Los católicos burgueses o comerciantes, que eran bastante numerosos en la City y sus arrabales, no sentían ya inquietud alguna por sus bienes o sus casas, y tal vez no habían sentido gran indignación por el agravio que se les hacía saqueando y destruyendo sus iglesias. Una fe sincera en el gobierno, cuya protección no les faltaba hacía algunos años, y una confianza en apariencia bien fundada en los buenos sentimientos de la gran masa de ciudadanos, con los cuales vivían, a pesar de la diferencia de sus opiniones religiosas, bajo un espíritu de intimidad, de afecto y de amistad, los tranquilizaba contra la repetición de los excesos cometidos el día anterior, y estaban, convencidos de que los verdaderos

protestantes no eran responsables de aquellos ultrajes, así como éstos sabían que los católicos no tenían la más remota intención de resucitar el tormento y las hogueras de la Inquisición, de lo cual les acusaba el populacho.

El reloj iba a dar la una, y Gabriel Varden, su esposa y Miggs, estaban aún sentados en el comedor esperando. El hecho por sí era ya extraordinario, pero el pabilo macilento de las velas casi consumidas, el silencio que reinaba entre ellos, y sobre todo los gorros de dormir de la señora y de su criada demostraban patentemente que haría largo rato que estarían en la cama de no mediar poderosas razones para esperar en las sillas después de la hora acostumbrada.

A falta de otras pruebas, se hubiera encontrado un testimonio suficiente en el aspecto de Miggs, que había llegado a ese estado de sensibilidad nerviosa y de agitación del sistema que resultan de una vigilia prolongada. En efecto, no cesaba de frotarse la nariz ni de moverse en

su sitio, como si el asiento de la silla estuviese lleno de huesos de melocotón que le obligase mudar a cada instante de postura; igualmente se frotaba con frecuencia los párpados, y no olvidaba las tosecillas, los gemidos, los estremecimientos espasmódicos, los bostezos y otras mil demostraciones de la misma clase que habían acabado por apurar de tal modo la paciencia del cerrajero que, después de mirarla algunos momentos en silencio, estalló con este apóstrofe repentino:

-Miggs, acostaos. Hacedme el favor de iros a la cama. Preferiría oír caer gota a gota durante una hora la lluvia de veinticinco goteras o roer una corteza de pan detrás de un biombo a veinticinco murciélagos que oír vuestros gemidos.

-¡Ah!, señor, vos no tenéis nada que os escueza -respondió Miggs-, y por lo tanto no me admira vuestra tranquilidad. Pero la señora no está en el mismo caso... y mientras la inquietud os desvele, señora -añadió volviéndose hacia la mujer del cerrajero-, me será imposible acos-

tarme con el ánimo tranquilo, aunque todas las goteras de que habla el amo derramaran su agua helada sobre mi espalda.

Después de esta declaración, Miggs hizo toda clase de esfuerzos y de movimientos de hombros para frotarse una picazón ficticia en un sitio imaginario, y se estremeció de pies a cabeza para dar a entender que las mencionadas goteras le inundaban todo el cuerpo, pero que el sentimiento del deber la retenía bajo tan helado chorro así como ponía a prueba su paciencia contra todos los demás padecimientos.

La señora Varden estaba muy amodorrada para poder hablar, y habiendo dicho Miggs todo cuanto tenía que decir, el cerrajero no tuvo más remedio que suspirar y tener paciencia. Pero ¿qué paciencia divina no habría necesitado para estar con sosiego delante de aquella mujer? Si miraba hacia otro lado para no verla era peor, porque sentía que se frotaba la cara, se torcía la oreja, guiñaba los ojos y daba a su nariz las formas más extravagantes. Si Miggs se

veía libre por algunos momentos de estas pequeñas molestias, era porque se le había dormido el pie, o tenía comezón en los brazos, o calambres en la pierna, o le asediaba alguna otra dolencia horrible que la torturaba cruelmente. ¿Disfrutaba por fin de un momento de reposo? Entonces, cerrando los ojos y abriendo la boca, se la veía tiesa como un palo en la silla, y después inclinaba un poco la cabeza hacia adelante y se detenía como por medio de un resorte. Volvía a bajar otra vez la cabeza un poco, el resorte volvía a maniobrar y se paraba. Entonces se sentaba como Dios manda, pero un momento después su cabeza caía, caía, caía insensiblemente. ¡Cielos, iba a perder el equilibrio! El pobre cerrajero iba a gritar para impedir que se hiciera un chichón en la frente o se fracturase el cráneo, pero era inútil porque, sin saber cómo ni de qué manera, volvía a estar al instante tiesa, con los ojos abiertos y con una expresión provocadora, como si el sueño no tuviera poder para vencer su obstinación, pare-

ciendo decir al cerrajero: «Puedo juraros por mi honor que no he cerrado siquiera los ojos desde la última vez que os he mirado».

Por último, cuando el reloj dio las dos, se oyó ruido en la puerta de la calle como si alguien hubiese tropezado por casualidad con el aldabón, y en seguida Miggs, saltando y dando palmadas, exclamó con una extraña mezcla de sagrado y profano:

-¡Aleluya, señora! Es el modo de llamar de Simon.

-¿Quién es?-gritó Gabriel.

-Yo -respondió la conocida voz de Tappertit.

Gabriel abrió la puerta y le dejó entrar.

El pobre Simon se presentó en un estado deplorable. Un hombre de su estatura no debía hallarse muy cómodamente en medio de la multitud, y como había tenido un papel activo en los desfiles y los empujones del día anterior, todo su traje estaba literalmente estrujado de pies a cabeza. Su sombrero especialmente había sufrido tantos golpes y magulladuras que no

tenía ya forma alguna, y sus zapatos destalonados hubieran servido apenas como zapatillas. Su casaca ondeaba como una bandera rota en torno suyo, había perdido en la batalla las hebillas de los calzones y de los zapatos, no le quedaba más que medio corbatín y el pecho de la camisa estaba hecho jirones. Sin embargo, a pesar de todos estos inconvenientes, a pesas de su cansancio, y a pesar de la arena, de la cal y del yeso con que estaba embadurnado, hasta el punto de no poder distinguirse el color de su cara; a pesar de todo esto, entró con talante majestuoso en el comedor, se sentó en una silla y, haciendo vanos esfuerzos para meterse las manos en los bolsillos, que estaban fuera de los calzones y le colgaban a lo largo de las piernas como dos gorros de algodón, contempló a la familia con sombría dignidad.

-Simon -le dijo el cerrajero-, ¿cómo es que os retiráis a casa a tales horas y en semejante estado? Juradme que no habéis tomado parte en el motín y no os haré más preguntas.

-Caballero -respondió Tappertit con una expresión de desprecio-, me parecéis muy atrevido al dirigirme tal pregunta.

-Veo que habéis bebido -dijo el cerrajero.

-En su acepción general y en el sentido más injurioso de la palabra, caballero -dijo Simon con gran calma-, os considero un mentiroso, pero por lo que respecta a esta última suposición, debo deciros que sin quererlo..., sin quererlo, caballero, habéis dado en el blanco,

-Martha -dijo el cerrajero volviéndose hacia su mujer y moviendo la cabeza tristemente mientras su franco rostro disimulaba mal una sonrisa al contemplar a su absurdo dependiente arrellanado en la silla-, estoy seguro de que se acabará por reconocer que este pobre muchacho no se ha comprometido con los locos y malvados de quienes tanto hemos hablado y que tanto mal han hecho esta noche. Si ha estado en Warwick Street o en Duke Street esta noche...

-No ha estado en un lugar ni en el otro -repuso Tappertit con una voz elevada que acabó de pronto en una especie de gruñido sordo. Y repitiéndolo para el cerrajero, en quien tenía clavados los ojos, dijo-: No ha estado en un lugar ni en el otro.

-Me alegro en el alma -dijo el cerrajero, con gravedad-, porque si hubiera estado y se hubiera probado, ya puedes figurarte, Martha, que vuestra Asociación se hubiese convertido en la carreta del verdugo que lleva a la gente al patíbulo y la deja allí con las piernas al aire.

La señora Varden estaba muy aterrada al ver el cambio que se había verificado en las maneras y el aspecto de Simon, y le habían aterrado demasiado las cosas que le habían contado sobre los excesos de los amotinados para aventurar respuesta alguna ni recurrir a su sistema ordinario de política matrimonial. Miggs se retorcía las manos y lloraba.

-No he estado en Duke Street ni en Warwick Street, señor Varden -dijo Simon con ademán

hosco y fiero-, pero he estado en Westminster. Es muy posible que allí haya dado más de un puntapié a algún miembro de la cámara y sendos bofetones a algún lord... ¡Ah!, ¿esto os admira? Pues bien, os lo voy a repetir. He podido hacer brotar sangre de la nariz de algunos lores y puesto la planta del pie en los faldones de la casaca de otros. ¿Quién sabe? -añadió llevándose la mano al bolsillo del chaleco-, tal vez este palillo -y sacó un palillo muy largo que arrancó un grito de horror a Miggs y a la señora Varden- era de un duque o de un obispo. ¿Lo veis, señor Varden?

-Sí, lo veo -respondió el cerrajero al momento-, y preferiría haber perdido quinientas guineas que veros metido en ese motín. ¿Sabéis el peligro a que os exponéis?

-Sí, señor, lo sé, y me vanaglorio de ello. Estaba allí y todo el mundo ha podido verme, porque era uno de los primeros, uno de los jefes. Por lo tanto espero las consecuencias.

El cerrajero, realmente agitado, se paseaba en silencio de un extremo a otro del comedor lanzando de vez en cuando una mirada a su aprendiz, pero al fin se paró y le dijo:

-Acostaos aunque no sea más que por pocas horas, para despertaros con la cabeza menos acalorada y arrepentido. Manifestad tan sólo que os pesa lo que habéis hecho, y trataremos de salvaros. Si lo despierto a las cinco -dijo Varden a su mujer, hacia la que se volvió bruscamente-, que se levante y que se mude de traje, después podrá dirigirse a la escalera de la Torre y partir para Gravesend aprovechando la marea baja antes de que se hagan pesquisas contra él. Desde allí podrá llegar, fácilmente a Canterbury, donde tu primo le dará trabajo hasta que haya pasado la borrasca. No estoy bien seguro de obrar como es debido salvándolo del castigo que merece, pero ha vivido en casa doce años y me dolería en el alma que acabase mal. Baja a cerrar la puerta de la calle,

Miggs, y que vean tu luz en la calle cuando subas a tu cuarto. ¡Simon, a la cama!

-¿Y suponéis, caballero -repuso Tappertit con una dificultad y una lentitud que formaban un completo contraste con la rapidez y el ardor de su excelente amo-, suponéis que soy tan bajo y vil como para aceptar vuestra humillante proposición? ¡Mal protestante!

-Seré lo que gustéis, pero vais a acostaros sin perder un minuto. Miggs, alumbrad.

-Sí, id a la cama enseguida -dijeron las dos mujeres a un tiempo.

Tappertit se levantó y, rechazando la silla para probar que sus piernas no necesitaban su auxilio, contestó paseándose de un extremo a otro del comedor, pero sin lograr que su cabeza llegase a alguna conclusión con respecto a los movimientos de su cuerpo.

-¿Qué decís, Miggs? -preguntó de pronto-. Habría que quemaros viva.

-¡Simon! -exclamó Miggs con voz desfallecida-. ¡Por el amor de Dios! ¡Qué golpe acaba de darme!

-Toda la familia merecería ser quemada viva -repuso Tappertit mirándola con una sonrisa de soberano desprecio-, a excepción de la señora, por quien he venido esta noche. Señora, tomad este papel, es una salvaguardia que necesitaréis muy pronto.

Y sacó un pedazo de papel sucio y arrugado. El cerrajero lo cogió y leyó lo siguiente:

> Espero que todos los buenos amigos de nuestra causa tendrán cuidado de respetar la propiedad de todo buen protestante. Me consta que el propietario de esta casa es un seguro y respetable partidario de la causa.
>
> GEORGE GORDON

-¿Qué es esto? -dijo el cerrajero.

-Es una cosa que puede prestaros un buen servicio, amigo mío -respondió Simon-, y creo que no os pesará poseerla cuando llegue el caso. Escondedla en un sitio seguro y donde podáis tenerla a mano para cuando sea necesario. Y no olvidéis escribir mañana en la puerta de la calle con yeso, al menos durante ocho días, estas palabras: «¡No más papismo!».

-Por vida mía que es un documento auténtico -dijo el cerrajero después de examinarlo-, conozco la letra. ¿Qué peligro nos acecha? ¿Qué demonio se ha desatado?

-Un demonio de fuego -contestó Simon-, un demonio de llama y cólera. Haced de modo que no lo encontréis en vuestro camino, porque os devoraría. No me diréis que no os he avisado a tiempo. ¡Buenas noches!

Las dos mujeres se pusieron delante de Simon, especialmente Miggs, que cayó sobre él con tanto fervor que lo estrechó contra la pared, suplicándole una y otra con las expresiones más patéticas que no saliese antes de recobrar

el juicio, de oír los consejos de la razón, de reflexionar sobre lo que iba a hacer y de descansar algunas horas, después de lo cual podría hacer lo que quisiera.

-¡Os digo que estoy resuelto! La patria ensangrentada me llama y corro en su auxilio. Miggs, si no os apartáis voy a estrangularos.

Miggs, abrazada con toda su fuerza al rebelde, lanzó un grito doloroso, sólo un grito, pero no se sabe si era efecto de los transportes de su emoción o de que su enemigo ejecutaba ya su amenaza.

-¡Soltadme! -dijo Simon haciendo esfuerzos desesperados para desprenderse del casto pero ahogador abrazo de la araña que le sujetaba todo el cuerpo-. Dejadme salir. Os tengo reservado, en nuestra nueva sociedad, un confortable destino. ¿Estáis ahora contenta?

-¡Simon! -exclamó Miggs-. ¡Bendito Simon! ¡Ah!, señora, ¡si supierais en qué estado se hallan mis sentimientos en este instante de prueba!

Un estado bastante turbulento, podría decirse. Había perdido el gorro en la batalla, estaba arrodillada en el suelo recogiendo sin pudor la más extraña colección de papelillos azules y amarillos, de trenzas de cabellos sospechosos, de alfileres, de corchetes de corsé, de cordones y de toda clase de cosas más, Estaba sin aliento, con las manos crispadas, sin vérsele más que el blanco de sus ojos, llorando profusamente, y manifestando en fin todos los síntomas más agudos de un gran padecimiento moral.

-Dejo en mi aposento -dijo Simon volviéndose hacia el cerrajero sin hacer siquiera caso de la aflicción virginal de Miggs-, algunos efectos que no necesito y de los cuales podéis hacer el uso que gustéis. Buscad otro obrero para vuestros trabajos; yo no soy más que obrero de la patria, y en adelante sólo trabajaré para ella.

-Dentro de dos horas haréis lo que gustéis, pero ahora iréis a acostaros -respondió el cerrajero bloqueándole la puerta-. ¿Me oís? ¡A la cama!

-Sí, os oigo y me burlo de vos, Varden -dijo Simon-. He ido esta tarde al campo a arreglar una expedición que hará estremecer vuestra alma temerosa de cerrajero. Es un negocio que exige toda mi energía. ¡Dejadme pasar!

-Si hacéis ademán de acercaros a la puerta os arrojo al suelo como a un niño. Así pues, lo más prudente es que os acostéis.

Simon no contestó, pero se empinó cuanto pudo y descargó con su cabeza un golpe sobre el pecho de su amo, y quedaron después cogidos de pies y manos, tan enredados y ensortijados, que se hubiera creído que eran al menos media docena de combatientes... Hasta Miggs y Martha contaban doce en medio de sus gritos penetrantes.

Al cerrajero le habría costado muy poco trabajo derribar a Simon y atarlo de pies y manos, pero le repugnaba maltratarlo en aquel estado de embriaguez sin defensa, y se contentaba con parar los golpes cuando podía, con colocarse delante de la puerta de la calle y con esperar

una ocasión favorable para obligarlo a retirarse a la escalera y encerrarlo bajo llave en su cuarto. Sin embargo, el buen cerrajero se había fiado demasiado de la debilidad de su adversario, y no debió olvidar que hay borrachos que apenas tienen fuerza para sostenerse en pie pero que a lo mejor echan a correr como liebres. Simon Tappertit, aprovechando una ocasión, hizo ver traidoramente que caía de espaldas, y mientras el cerrajero se bajaba para levantarlo, se coló en un abrir y cerrar de ojos por entre sus piernas, abrió la puerta, cuyo cerrojo conocía tan bien, y se precipitó calle abajo como un perro rabioso. El cerrajero se paró un momento en el exceso de su asombro y después salió en su persecución.

No se podía elegir un momento más favorable para correr. En aquella hora silenciosa, las calles estaban desiertas, y la figura que perseguía se veía claramente a cierta distancia huyendo como una flecha con una sombra larga y gigantesca en pos de sus talones. Pero el

pobre cerrajero no tenía ninguna posibilidad de vencer en la carrera a un joven como Simon a quien le pesaban poco las carnes. En otro tiempo lo hubiera alcanzado al momento. Así pues, viendo que le ganaba ventaja, y que al volver una esquina le deslumbraban los ojos los primeros rayos de la aurora, Varden tuvo que desistir de su empresa y se sentó en un escalón para recobrar el aliento. Simon huía en tanto con la misma rapidez y sin pararse una sola vez en dirección a The Boot, donde sabía que encontraría a sus compañeros. Este respetable establecimiento, conocido por haber llamado ya la atención de la policía, había organizado una vigilancia amistosa colocando centinelas para esperar el regreso del formidable capitán.

-Haced lo que queráis, Simon -dijo el cerrajero cuando recobró el uso de la palabra-. He hecho cuanto he podido para salvaros, pero veo que es inútil y que vos mismo os ponéis la cuerda al cuello.

Al mismo tiempo movió la cabeza con tristeza y desaliento, se levantó y se dio prisa en volver a su casa, donde le esperaban Martha y la fiel Miggs, que aguardaban con impaciencia su regreso. El caso es que la señora Varden, y por consiguiente también la señorita Miggs, se dirigían a sí mismas secretos reproches y estaban llenas de inquietud. ¡He aquí las consecuencias, decían, de haber auxiliado y sostenido con todas sus fuerzas el principio de un desorden cuyo término no podía prever ya nadie! ¡He aquí las consecuencias de haber ocasionado indirectamente la escena de que acababan de ser testigos! En adelante iba a triunfar el cerrajero y a echarles justas reprimendas. Esta última idea era tan singularmente cruel para la señora Varden que bajaba los ojos avergonzada y, mientras su marido corría en persecución del fugitivo Simon, ocultaba debajo del sillón la casita de ladrillos rojos con tejado amarillo, temiendo que su presencia suscitara de nuevo tan penosa cuestión.

Pero precisamente el cerrajero había pensado en este objeto por el camino, y apenas entró en casa lo buscó con la mirada por todos lados, y no hallándolo preguntó enseguida dónde estaba.

La señora Varden no tuvo más remedio que entregar su alcancía al tiempo que repetía, con lágrimas y sentidas protestas, que de haber ella sabido...

-Sí -dijo Varden-, lo sé muy bien. No trato de reprenderos por eso, querida; pero recordad que de todas las cosas malas, las peores son las buenas cuando se hace mal uso de ellas. Por ejemplo: una mujer mala es muy mala, pero cuando se extravía una buena por malas influencias, es peor que la mala. Lo mismo sucede con la religión. No hablemos más del asunto, Martha.

Y dejando caer la casita roja y amarilla al suelo, la hizo mil pedazos con el pie. Las gruesas monedas de cobre, las de plata y hasta alguna de oro rodaron hacia todos los rincones

del aposento sin que nadie pensara en moverse para recogerlas.

-He aquí una cosa fácil de hacer -dijo el cerrajero-. ¡Pluguiera al cielo que las demás obras de la Asociación no presentasen mayores dificultades!

-Para dicha nuestra, Varden -le dijo su mujer enjugándose los ojos con el pañuelo-, en caso de nuevos desórdenes..., espero que no los habrá..., lo deseo con todo mi corazón...

-Y yo también, Martha.

-En tal caso, al menos, tendremos el papel que ese desdichado nos ha traído.

-Es verdad -dijo el cerrajero volviendo el rostro con viveza-. ¿Dónde está ese papel?

La señora Varden se puso a temblar de miedo al verle coger el precioso documento, rasgarlo en mil pedazos y arrojarlos al fuego.

-¿No queréis serviros de él?

-¡Servirme de él! -dijo el cerrajero-. No. Pueden venir si quieren, aplastarnos debajo de nuestro techo, incendiar nuestra casa, pero no

quiero la protección de su jefe ni quiero poner en la puerta su grito bárbaro de antipapismo. Antes me dejaría fusilar. ¡Servirme de él! Que vengan, les desafío a que lo hagan. El primero que ponga el pie en la escalera de mi casa volverá a bajar para no moverse ya en este mundo. Hagan los demás lo que gusten, pero no iré yo a mendigar su perdón. No, ni aunque me dieran en oro todo el hierro que hay en mi tienda. Acostaos, Martha. Yo voy a abrir la puerta y a ponerme a trabajar.

-¿Tan temprano? -dijo su mujer.

-Sí, tan temprano -respondió jovialmente el cerrajero-. Pueden venir cuando quieran, pues no me encontrarán ocultándome como si tuviéramos miedo de tomar nuestra parte de la luz del día para dejársela toda a ellos. Así pues, os deseo felices sueños.

Al mismo tiempo, dio un abrazo cordial a su mujer, recomendándole que no perdiera el tiempo, pues de lo contrario sería hora de levantarse antes de que se hubiese acostado.

Martha subió a su cuarto con humor tranquilo y afable, seguida de Miggs, que no estaba menos alegre. Pero esto no obstó para que durante todo el trayecto tuviese accesos de tos y prorrumpiese en suspiros, alzando al cielo las manos asombrada por el osado comportamiento de su señor.

LII

El motín es un ser de misteriosa existencia, especialmente en una ciudad populosa. Casi nadie sabe de dónde viene ni adónde va. Se reúne y se dispersa con la misma rapidez, y es tan difícil remontarse hasta los diferentes manantiales de que se compone como hasta los de las aguas del mar, con el cual tiene más de un punto de semejanza, porque el océano no es más inconstante, más incierto y más terrible cuando alza sus olas, ni es más cruel e insensato en su furia.

Las personas que habían ido a promover disturbios en Westminster el viernes por la mañana, y que por la noche habían consumado la obra de devastación en Duke Street y Warwick Street, eran en general las mismas, y exceptuando algunos miserables más -pues todos los motines los atraen en una ciudad en la que hay un gran números de holgazanes y pillos-, se puede decir que el motín se componía en estos

dos episodios de los mismos elementos. Sin embargo, cuando fue dispersado por la tarde, se esparció en diversas direcciones, y como no se había dado un nuevo punto de cita ni había plan concebido o meditado, cada cual se retiró a su casa sin esperanza de volverse a reunir.

En The Boot, el cuartel general, como hemos visto, de los amotinados, sólo había una docena de ellos el viernes por la noche, dos o tres en la caballeriza, donde estaban acurrucados, otros tantos en la tienda y un número igual acostados en camas. Los restantes habían vuelto a sus casas o más bien a sus ordinarias guaridas. Es probable que entre los que estaban tendidos en los campos y sendas inmediatas, al pie de los montones de heno o cerca de los hornos de cal, apenas hubiera unos veinte que tuviesen domicilio propio. Sin embargo, el resto de albergues públicos, las posadas y las habitaciones de alquiler, contaban casi exclusivamente con sus clientes habituales, y no otros; y tenían su can-

tidad habitual de vicio y de desdicha, pero no más.

El ensayo de una sola noche había bastado sin embargo para demostrar a estos jefes del motín que con sólo presentarse en las calles verían reunirse en torno suyo al instante grupos que no hubieran podido mantener reunidos sino a costa de grandes esfuerzos y riesgos. Una vez dueños de este secreto, se creyeron tan seguros como si tuviesen a sus órdenes un campamento de veinte mil soldados fieles. Permanecieron tranquilos todo el sábado, y el domingo prefirieron tener a sus gentes expectantes que llevar a cabo con alguna medida enérgica la ejecución de sus primeros proyectos.

-Espero -dijo Dennis bostezando el domingo por la mañana e incorporándose sobre un saco de paja que le había servido de cama durante la noche, al mismo tiempo que apoyaba la cabeza en la mano y despertaba a Hugh, que estaba tendido a su lado-, espero que Gashford nos

deje descansar un poco, a menos que nos toque trabajar.

-No es propio de él enfriar las cosas -respondió Hugh bostezando-. Y sin embargo, malditas las ganas que tengo de moverme de aquí. Estoy molido, como si me hubiesen corrido a palos, y tengo el cuerpo lleno de heridas, cardenales y arañazos como si hubiera pasado el día riñendo con una docena de gatos.

-Sois tan entusiasta... -dijo Dennis contemplando con admiración la cabeza despeinada, la barba enmarañada, las manos ensangrentadas y el rostro arañado de su selvático compañero-. Sois el diablo en persona y hacéis cien veces más daño del necesario por el afán de ser siempre el primero y de distinguiros entre todos.

-En cuanto a eso -dijo Hugh echándose hacia atrás los cabellos y dirigiendo una mirada a la puerta de la caballeriza donde estaban acostados-, allí hay uno que vale mucho más que yo. ¿Os engañaba cuando os decía que él solo valía

tanto como doce? Y no obstante no confiabais en él.

Dennis, que estaba aún tendido y soñoliento, apoyó la barbilla en la mano para imitar la actitud de Hugh y le dijo mirando también en dirección a la puerta:

-Es cierto, es cierto. Lo conocéis bien. Pero ¿quién hubiera supuesto nunca al ver a ese mozo que fuese el hombre que ha resultado ser? ¿No es una pena que en lugar de descansar como nosotros para prepararse para nuevas acciones en favor de nuestra noble causa, se entretenga jugando a los soldados como un niño? Reparad además qué limpio va -continuó Dennis, que no sentía gran simpatía por las personas particularmente limpias-, y cómo se conoce su imbecilidad hasta en el exceso de limpieza. A las cinco de la mañana estaba ya en la fuente, en lugar de seguir durmiendo. Daba gusto además ver cómo se ponía una pluma de pavo en el sombrero cuando terminó de asearse. Siento en el alma que tenga la cabeza tan

vacía. Pero ¿qué le vamos a hacer? El mejor de nosotros tiene sus defectos.

El objeto de este diálogo y de esta conclusión pronunciada con un tono de reflexión filosófica, no era otro, como ya habrá sospechado el lector, que Barnaby, que estaba de centinela al sol en la puerta exterior del edificio con la bandera en la mano, paseándose de un lado a otro y cantando al compás de las campanas que tañían en las iglesias vecinas. Pero estuviera inmóvil con las dos manos apoyadas en el asta de la bandera, o se la pusiera al hombro para pasear con gravedad, el esmero con que había arreglado su pobre traje y su raro contenido manifestaba toda la importancia que daba al puesto que le habían confiado y el orgullo que infundía en su alma. Desde el sitio donde Hugh y Dennis estaban tendidos en el sombrío rincón de la caballeriza, Barnaby formaba con el tañido pacífico de las campanas que acompañaba su voz un cuadro delicioso, al cual servía de marco la puerta. Este cuadro tenía su pareja, y

era el que representaban Hugh y Dennis arrastrándose como animales inmundos en su corrupción y en la paja de su lecho. Ellos mismos conocían el contraste, y se miraron algunos momentos en silencio y como avergonzados.

-Un tipo raro, ese Barnaby -dijo por fin Hugh lanzando una estrepitosa carcajada-. Ninguno de nosotros puede hacer tanto sin dormir, comer ni beber, como él. En cuanto a lo que decís que juega a los soldados, yo lo he puesto allí de centinela.

-Entonces tiene motivo para estar allí, y un buen motivo -repuso el verdugo enseñando todos los dientes al reír y maldiciendo como un pagano-. ¿Por qué lo habéis hecho?

-Ya sabéis -dijo Hugh acercándose al verdugo sin levantarse de la paja- que nuestro noble capitán llegó ayer por la mañana empapado de licor y, como vos y yo mismo, rendido.

Dennis miró hacia un rincón, donde se veía a Simon Tappertit hundido en un saco de heno roncando como un fuelle, y asintió.

-Pues bien -continuó Hugh con una carcajada-, nuestro formidable capitán y yo hemos planeado para mañana una expedición que será grande y provechosa.

-¿Contra los papistas? -preguntó el verdugo frotándose las manos.

-Sí, contra los papistas, o al menos contra un papista con quien algunos de nosotros, y yo el primero, tenemos que arreglar cuentas.

-¿Será tal vez aquel amigo de Gashford de quien nos hablaba ayer en mi casa? -dijo Dennis lleno de alegría y de impaciencia,

-Sí, el mismo.

-Es un negocio digno de vos -exclamó el verdugo dándole un apretón de manos-. ¡Enhorabuena! Venguémonos, matemos, quememos y la causa progresará. Veamos cuál es ese famoso plan.

-¡Ja, ja, ja! El capitán -dijo Hugh- quiere aprovecharse de la expedición para robar a una mujer y... ¡Ja, ja, ja! Y yo también.

Dennis hizo un gesto al oír esta parte del plan, porque por lo general no quería habérselas con mujeres, por ser, según decía, criaturas tan poco seguras y tan resbaladizas, que se escurrían como anguilas y cambiaban de opinión como de camisa. Sobre este punto tenía mucho que decir Dennis, pero prefirió preguntar a Hugh qué relación podía haber entre la expedición proyectada y la guardia de Barnaby, puesto de centinela en la puerta de la caballeriza. He aquí lo que contestó su compañero con misterio:

-Las personas a quienes deseamos hacer una visita de cortesía son amigos suyos desde hace muchos años, y como conozco a fondo su carácter, estoy seguro de que si llegara a creer que íbamos a hacerles daño, lejos de ayudarnos, se volvería contra nosotros. Por eso lo he persuadido, ¡lo conozco tanto!, de que lord George lo había elegido para guardar este sitio mañana en nuestra ausencia, y que era para él una gran

honra. Por eso hace de orgulloso centinela. ¿Qué os parece?

Dennis se deshizo en halagos y añadió:

-Y en cuanto a la expedición, ¿cuál es su objeto?

-Sabréis -dijo Hugh- los detalles de boca del gran capitán y de la mía, a un tiempo o separadamente. Ya se despierta. ¡Arriba. Corazón de León! ¡A las armas! Ánimo, echad un trago. ¿No os ha dado sed el sueño? Pedid de beber al mozo. Guardo debajo de mi cama bastantes tazas y candeleros de oro y plata para pagar el gasto, capitán, aunque vaciéis todos los toneles.

Y al mismo tiempo, revolviendo la paja, enseñaba el sitio donde había ocultado su tesoro.

Tappertit escuchó de mal humor tan atrevido lenguaje, pues dos noches de jarana lo habían rendido, y su ánimo estaba tan fatigado como su cuerpo. Apenas podía tenerse en pie, pero con auxilio de Hugh consiguió llegar bamboleándose hasta la fuente, donde se refrescó la garganta con un buen trago de agua

fresca y la cabeza y la cara con un chorro helado antes de pedir un vaso de ron caliente. Merced a esta bebida, acompañada de galletas y de queso, se confortó el espíritu, y volviéndose a acostar en la paja entre sus dos compañeros, que también habían bebido, empezó a explicar detalladamente al verdugo el proyecto anunciado para el día siguiente.

Su conversación fue bastante larga y los tres prestaron gran atención. Que no era de carácter penoso y que estuvo amenizada con algunos momentos hilarantes, era patente a juzgar por sus frecuentes carcajadas, que eran tan estrepitosas que el mismo Barnaby se estremecía en la puerta, escandalizado por su ligereza. Sin embargo, no lo invitaron a que se reuniese con ellos hasta que comieron y bebieron bien y durmieron una siesta de algunas horas, esto es, hasta el anochecer. Dijéronle entonces que iban a hacer una pequeña manifestación en las calles, únicamente para que no se enfriase el en-

tusiasmo, porque era domingo y convenía dar al público un rato de diversión.

Sin grandes preparativos, aparte de coger los garrotes y ponerse escarapelas azules en el sombrero, se pusieron a pasear las calles con el único designio de alborotar y hacer todo el mal posible, y como su número creció a los pocos instantes, se dividieron en dos grupos para después citarse en los campos inmediatos a Balbeck Street, y cruzaron la ciudad en todas direcciones. El grupo más considerable, el que aumentó con mayor rapidez, era el que capitaneaba Hugh auxiliado de Barnaby, que se dirigió hacia Moorfield, donde había una rica capilla que servía a algunas familias católicas muy conocidas que vivían en el barrio.

Para empezar, iniciaron las hostilidades contra las casas de estas familias, echando abajo las puertas y las ventanas, destruyendo los muebles, no dejando más que las cuatro paredes y llevándose para su uso particular todos los instrumentos de destrucción que encontra-

ron, como martillos, palas, hachas, sierras y otros enseres. Un gran número de revoltosos se colocaban estos instrumentos en las fajas que se hacían con una cuerda, un pañuelo, un pedazo de lienzo u otro harapo cualquiera que sirviera para el caso, y llevaban estas armas improvisadas tan ostensiblemente como un zapador que va a trabajo en un campo de batalla. Nadie iba disfrazado aquella noche, nadie disimulaba, y se advertía además poca excitación y hasta cierto orden.

En las iglesias católicas arrancaron y se llevaron hasta las losas de los altares, los bancos, las sillas, los púlpitos y los confesionarios, y en las casas particulares destrozaron hasta las escaleras. Esta diversión dominical fue para ellos como una tarea que se habían impuesto y que querían desempeñar a conciencia. Con cincuenta hombres resueltos hubiera sido fácil ahuyentarlos, y una simple compañía de soldados los hubiese hecho desaparecer como el viento barre la paja; pero nadie se presentaba a impedírselo,

no había autoridad para reprimirlos, y a excepción de las víctimas que huían con terror, todo el mundo los miraba con tanta indiferencia como si fuesen brigadas de trabajadores que se entregaban a sus quehaceres legales con tanto orden como decoro.

Terminada su obra de destrucción, se dirigieron al sitio de la cita, encendieron grandes hogueras en los campos y, conservando tan sólo lo más precioso de su botín, quemaron el resto. Los ornamentos sacerdotales, las imágenes de los santos, los ricos mantos, los hermosos bordados, el tesoro de la sacristía, todo fue presa de las llamas, que muy pronto iluminaron las lejanas colinas. Y mientras tanto bailaban, gritaban, vociferaban, reían, saltaban en torno de las hogueras hasta caer rendidos por el cansancio, sin que nadie les inquietase un solo instante en tan edificantes ejercicios.

Cuando la turba se alejó del escenario del desorden y entraba en Balbeck Street, encontraron a Gashford, que había sido testigo de su

conducta y los seguía con paso furtivo por la acera. Se acercó a Hugh y, sin mostrar que lo conocía ni le hablaba, le dijo estas palabras al oído:

-Mal, muy mal.

-¿No aprobáis lo que hacemos? -dijo Hugh sin volver el rostro.

-No, siempre hacéis lo mismo.

-Pues ¿qué queréis que hagamos?

-Quiero -respondió Gashford pellizcándole el brazo con tanta fuerza que dejó impresa la huella de sus uñas-, quiero que sigáis un método, imbéciles. ¿Acaso no podéis hacer hogueras e iluminaciones más que con tablas y hojas de papel? ¿No estáis dispuesto a hacer un incendio en grande?

Tened más paciencia, señor -dijo Hugh-. Sólo os pido algunas horas y quedaréis contento. No tenéis más que mirar al cielo mañana si queréis ver una aurora boreal.

Entonces retrocedió un paso para volver a ocupar su puesto al lado de Barnaby, y cuando

el secretario quiso fijar en él los ojos, había desaparecido ya entre la multitud.

LIII

Al asomar el sol del día siguiente, todas las iglesias tañeron sus campanas, se oyeron salvas de cañonazos en la Torre de Londres, se izaron banderas en lo alto de los campanarios y se hicieron, en una palabra, todas las ceremonias de costumbre en solemnidad del cumpleaños del monarca. Todo el mundo salió de casa para ir a sus quehaceres o a sus diversiones, como si reinara en Londres el orden más completo, y sólo se veían en algunos de sus barrios escombros humeantes que iban a avivarse al anochecer para difundir a lo lejos la desolación y la ruina.

Los jefes del motín, más audaces aún con los triunfos de la noche anterior y el botín que habían conquistado, conservaban firmemente unidas las masas de sus partidarios, y sólo pensaban en comprometerlos bastante para que en lo sucesivo no les quedase siquiera la esperanza del perdón o de alguna recompensa si se sentí-

an tentados a traicionar a sus jefes y entregarlos en manos de la justicia. Es indudable que el temor de haberse comprometido demasiado para poder alcanzar el perdón retenía a los más tímidos bajo sus banderas lo mismo que a los más atrevidos. Muchos de ellos, que no hubieran vacilado en denunciar a los jefes y presentarse contra ellos como testigos en los tribunales, sabían que no podían esperar su salvación de este recurso, porque sus propios actos habían sido observados por miles de personas que no habían tomado parte en el motín, que habían sufrido en sus personas, su tranquilidad y sus bienes ultrajes del populacho, que deseaban declarar contra ellos, y cuyas declaraciones preferiría sin duda el gobierno del rey a todas las demás. En esta categoría se encontraban muchos artesanos que habían dejado de trabajar el sábado por la mañana; había entre ellos algunos que sus amos y principales habían vuelto a ver tomando una parte activa en el tumulto; otros sabían que se sospechaba de

ellos, y no ignoraban que si volvían a presentarse en los talleres, serían despedidos en el acto; otros, en fin, habían obrado a la desesperada desde el principio y se consolaban pensando que la cosa ya no podía empeorar; pero todos esperaban y creían firmemente en los instantes de menos desaliento que el gobierno estaba aterrado, y que acabaría por transigir con ellos y aceptar sus condiciones. Los más razonables decían que por malas que fueran las cosas, eran muy numerosos para poder castigarlos a todos, y cada cual se lisonjeaba con la esperanza de que tenía más probabilidades que los demás de librarse del castigo. En cuanto a la mayoría, a la masa de los amotinados, éstos no raciocinaban ni pensaban en nada y obedecían tan sólo a sus pasiones impetuosas, a los instintos de la pobreza y de la ignorancia, a la tendencia al mal y a la esperanza del robo y el saqueo.

Se ha de advertir, además, que, desde el momento de su primera explosión en West-

minster, había desaparecido entre ellos todo indicio de orden determinado de antemano o de plan concertado. Cuando se dividían en cuadrillas para recorrer los diferentes barrios de la ciudad, lo hacían por una inspiración súbita y espontánea. Cada una de ellas aumentaba en su camino como los ríos a medida que corren al mar, y siempre que se necesitaba un jefe, se presentaba uno, que desaparecía tan pronto como dejaba de ser necesario, para volver a presentarse a la primera ocasión. El tumulto tomaba cada vez una forma nueva e inesperada, según las circunstancias del momento. Veíanse trabajadores honrados que volvían a su casa terminado el jornal, y que dejaban en medio de la calle sus herramientas para tomar momentáneamente una parte activa en el motín, y los mozos y dependientes los imitaban olvidando los recados que sus amos les habían encargado. El estruendo, el tumulto y la agitación tenían para ellos un atractivo irresistible que los seducía por centenares; el contagio se

propagaba como el tifus, que infectaba por momentos a nuevas víctimas, y la sociedad empezaba a alarmarse ante sus furores.

Eran las dos o las tres de la tarde cuando Gashford se presentó en la guarida descrita en el capítulo anterior, y no encontrando a nadie más que a Dennis y a Barnaby, preguntó por Hugh.

-Ha salido hace más de una hora -respondió Barnaby- y todavía no ha vuelto.

-Dennis -dijo el secretario sonriendo y con su voz más dulce sentándose en uno de los bancos de la taberna.

El verdugo, que estaba durmiendo, se despertó asustado, se incorporó y abrió los ojos de par en par.

-¿Cómo estáis, Dennis? -dijo Gashford saludándolo-. Espero que no hayáis tenido ningún percance en vuestras expediciones.

-Gashford -respondió el verdugo fijando en él la mirada-, esa manera tan tranquila de decir las cosas podría despertar a un muerto. Sois -

añadió entre dientes sin volver los ojos y con aire pensativo- tan astuto...

-¿Astuto? Querréis decir tan distinguido, Dennis.

-Me habré equivocado, perdonad -repuso el verdugo rascándose la cabeza sin apartar los ojos del secretario-. Lo cierto es que cuando me habláis, creo sentir cada una de vuestras palabras hasta en la médula de los huesos.

-Me alegro de que tengáis el oído tan sutil, y me felicito de que lo que digo sea para vos tan claro e inteligible -dijo Gashford con tono uniforme-. ¿Dónde está vuestro amigo?

El verdugo se volvió como si creyera que estaba dormido en su saco de paja, pero se acordó después de haberlo visto salir, y respondió:

-No lo sé, Gashford. Mucho tarda, en efecto. Supongo que no es hora aún de ponerse manos a la obra, ¿verdad?

-¿Y por qué me hacéis tan extraña pregunta? -dijo el secretario-. Sabéis que sois dueño absoluto de vuestras acciones, y que no debéis ren-

dirle cuentas a nadie si no es a la justicia de vez en cuando.

Confundido el verdugo por la sangre fría del secretario, se incorporó al oír esta última alusión a su oficio de verdugo, y le señaló a Barnaby moviendo la cabeza y frunciendo las cejas.

-¡Silencio! -gritó Barnaby desde la puerta.

-No soltéis una palabra sobre ese punto, Gashford -dijo el verdugo en voz baja-. Los prejuicios populares... ¿Qué sucede, Barnaby?

-Creo que viene -respondió el idiota-. Oíd. ¿Los distinguís bien? Son sus pasos. No temáis... Conozco muy bien sus andares, igual que los de su perro. ¡Pit-pat, pit-pat! Aquí están.

Y reía con alborozo saludando a dos manos la llegada de su amigo, a quien dio amistosos golpecitos en la espalda como si fuera Hugh el más amable de los hombres.

-Aquí está... sano y salvo. Me alegro de verte, Hugh.

-Que me ahorquen si no me da mejor la bienvenida que personas de más juicio -dijo Hugh sacudiéndole las manos con un cariño extraño que parecía rabia-. Y tú, muchacho, ¿cómo estás?

-Muy bien -gritó Barnaby quitándose el sombrero-. Feliz y contento, Hugh, y dispuesto a hacer cuanto queráis por la causa y la justicia, y a defender a aquel buen caballero tan amable y tan pálido, aquel lord que han maltratado, ¿no es cierto, Hugh?

-Sí -respondió su amigo soltando la mano de Barnaby y mirando un momento a Gashford con un cambio de expresión notable antes de saludarlo.

-¡Buenas tardes, amigo! -dijo el secretario-. Tomad asiento. ¡Qué acalorado estáis!

-Por vida mía -dijo Hugh enjugándose la cara- que lo estaríais tanto como yo si hubieseis venido hasta aquí corriendo

-En tal caso sabréis lo que pasa. ¿Quién lo duda? Debéis de conocer las noticias.

-¿Qué noticias?

-¡Cómo! ¿No lo sabéis? -dijo Gashford alzando las cejas con una exclamación de sorpresa-. Escuchad, voy a daros a conocer el verdadero estado de vuestros negocios. ¿Veis aquí las armas reales? -le preguntó con aire risueño sacando del bolsillo un papel que enseñó a Hugh.

-Bien, ¿y qué me importa a mí?

-Os importa mucho -repuso el secretario-. Leed.

-Debéis recordar que la primera vez que os vi os dije que no sabía leer -dijo Hugh con expresión de impaciencia-. En nombre del diablo, ¿qué dice ese papel?

-Es una proclamación del rey en Consejo -dijo Gashford-. La fecha no puede ser más reciente, es de hoy, y promete una recompensa de quinientas guineas..., quinientas guineas es una buena cantidad y una gran tentación para mucha gente..., a cualquiera que denuncie a la persona o las personas que tomaron la parte más

activa en la demolición de las capillas católicas en la noche del sábado.

-¿No es más que eso? -dijo Hugh con un ademán indiferente-. Ya lo sabía.

-Debía haberlo sospechado -dijo Gashford sonriendo y doblando el papel-, debía haber adivinado que os lo habría dicho vuestro amigo.

-¿Mi amigo? -balbuceó Hugh haciendo mal disimulados esfuerzos por contener su sorpresa-. ¿Qué amigo?

-¿Creéis acaso que no sé de dónde venís? -añadió Gashford frotándose las manos y dándose golpecitos con el dorso de una en la palma de la otra con una mirada de zorro astuto-. ¿Por tan necio me tenéis? ¿Queréis que os diga su nombre?

-No -respondió Hugh lanzando una rápida mirada hacia Dennis.

-Os habrá dicho también -continuó el secretario después de una breve pausa- que los revoltosos han sido encausados, y que no faltan

testigos muy audaces que han declarado en contra suya. Entre otros testigos -y al pronunciar estas palabras se mordió los labios como si quisiera contener alguna expresión violenta-, entre otros se cita un caballero que vio toda la escena en Warwick Street, un caballero católico, un tal Haredale.

Hugh hubiera querido impedir que se pronunciase este nombre, pero el mal estaba hecho, y Barnaby, que lo había oído, volvió el rostro con precipitación.

-¡A tu puesto, a tu puesto, Barnaby! -gritó Hugh en tono brusco e imperioso y poniéndole en la mano la bandera apoyada en la pared-. Vigila con más cuidado, porque vamos a partir para nuestra expedición. Dennis, en pie. Barnaby, no permitas a nadie que registre este saco de paja, porque ya sabes lo que hay debajo. Si tenéis que decirnos algo, señor, despachad pronto, porque el capitán nos espera en el campo y sólo faltamos nosotros. Al grano.

La atención de Barnaby se distrajo con este torbellino de palabras incoherentes, y la mirada de asombro mezclado con cólera que se había podido ver en sus facciones cuando volvió el rostro, se había desvanecido tan rápidamente como se borra el aliento en un espejo. Empuñando entonces la bandera que Hugh había puesto en sus manos, se dirigió con aire marcial hacia la puerta, desde donde no podía oír la conversación.

-¿Queréis dar al traste con todo? -dijo Hugh al secretario-. Os creía más precavido.

-¿Quién podía figurarse que tenía el oído tan fino? -respondió Gashford para justificarse.

-¡Fino! Todo lo tiene fino. No diré nada de sus manos, porque ya las habéis visto trabajar, pero algunas veces tiene la cabeza tan sutil como vos o yo -dijo Hugh-. Dennis, deberíamos haber partido ya. Nos esperan. He venido para avisaros, Dadme el garrote. ¡Salgamos!

-¡Resuelto como siempre! -dijo el secretario dándole un apretón de manos.

-Hoy necesito ser muy listo y resuelto, porque tenemos que despachar cuanto antes un asunto importante.

-¿De veras? -preguntó Gashford con un aire tan cándido e, inocente que Hugh, enojado, le dijo con sarcasmo:

-¡De veras! Haceos el ignorante. ¡Como si no supierais mejor que nadie que la primera precaución que se ha de tomar es hacer un escarmiento con esos testigos y enseñarles a declarar contra nosotros y contra nuestra Asociación!

-Conozco a cierta persona, que conocéis vos también -repuso Gashford con una sonrisa expresiva-, que está tan bien enterada como vos o yo.

-Si el caballero a quien, según supongo, aludís -dijo Hugh con enojo- es el mismo de quien habláis, es preciso que esté tan bien enterado de todo como... -y se interrumpió para mirar a su alrededor como si temiera que le escuchase el caballero en cuestión- como el diablo en perso-

na. Es cuanto puedo decir. ¿Eso es todo? ¿Tenéis algo más que decir?

-Nada más -dijo Gashford levantándose-. A propósito, quería preguntaros además, si vuestro amigo desaprueba la expedición de hoy. Creo que la aprueba, y aun diré más, creo que la aprueba tanto y desea con tal afán que se dé una buena lección a ese señor testigo, que tan pronto como ha oído hablar de vuestro proyecto, ha querido que se ejecutase sin tardanza. ¡Ja, ja, ja! No os detengáis por mí.

-Vamos a partir al momento. ¿Qué más tenéis que decir?

-Nada, ya os he dicho que nada -respondió Gashford con tono melifluo y sonriendo.

-¿Nada más? -repitió Hugh tocando con el codo a Dennis, que se reía.

-¿Nada más? -dijo el verdugo reprimiendo la risa.

Gashford reflexionó un momento, indeciso entre su prudencia y su maldad. Colocóse des-

pués entre los dos y, poniéndoles las manos sobre el hombro, les dijo con voz trémula:

-Amigos míos, no olvidéis..., pero estoy seguro de que os acordaréis..., no olvidéis la conversación que tuvimos ayer e... en vuestra casa, Dennis... Sobre todo aquello de: «Nada de perdón, nada de cuartel, que no queden dos vigas de su casa en pie en el sitio donde las puso el carpintero». Pero estoy seguro de que haréis bien vuestro papel, estoy seguro de que recordaréis que tiene sed de vuestra sangre y de la de vuestros compañeros. Portaos hoy como quienes sois. ¿Lo haréis así, Dennis? ¿Lo haréis así, Hugh?

Los dos lo miraron y se miraron después. Prorrumpieron entonces en una estrepitosa carcajada, blandieron los garrotes sobre sus cabezas, le dieron un apretón de manos y salieron corriendo.

Gashford los dejó salir, y después se asomó a la puerta, desde donde los vio dirigirse deprisa hacia los campos vecinos, punto de reunión

de sus compañeros. Hugh miraba hacia atrás y hacía señas con el sombrero a Barnaby que, enorgullecido con el puesto de honor que le habían confiado, respondía a sus saludos y continuaba su paseo por delante de la caballeriza, donde sus pies habían trazado ya una senda.

Cuando Gashford, que estaba ya lejos de la taberna, volvió el rostro por vez primera, Barnaby continuaba paseándose con airosa expresión. Era el centinela más fiel y más resuelto que existió jamás en defensa de una ciudadela, no se ha visto ni se verá nunca un corazón más adicto al cumplimiento de su deber ni más resuelto a cumplirlo hasta derramar la última gota de sangre.

Gashford se sonrió al ver la sencillez del pobre idiota, y se dirigió también hacia Walbeck Street dando un largo rodeo. Subió al primer piso de la casa de lord Gordon, por cuya calle debían pasar Hugh y su partida y, sentándose detrás de la cortina de una de las ventanas, esperó con impaciencia su llegada. Tardaron tan-

to en pasar que, a pesar de que estaba seguro de que no cejarían en su empresa, abrigó momentáneamente el temor de que hubiesen cambiado de plan o de itinerario. Se oyó por fin un rumor confuso de voces en los campos vecinos, y algunos momentos después desfilaron en tropel formando una partida numerosa.

Sin embargo, vio que faltaban muchos cuando llegaron divididos en cuatro secciones, se pararon uno tras otro delante de la casa para dar tres vivas, y siguieron su camino una vez los jefes que los guiaban les dijeron adónde iban, invitando a los espectadores a formar parte de la expedición. La primera columna, que llevaba como banderas algunos restos del saqueo que habían consumado en Moorfield, dijo que se dirigían a Chelsea; de donde volverían en el mismo orden para encender cerca de allí una hoguera con los despojos que trajeran. La segunda, declaró que iban a East Smithfield con el mismo objeto. Todo esto sucedía a la luz del día. Los lujosos coches y las sillas de manos se

paraban para dejarlos pasar o retrocedían para evitar su encuentro, los transeúntes formaban en dos filas respetuosas o pedían a los amos de las casas el permiso de entrar en los patios o en las tiendas para esperar que pasase la turba, pero nadie intervenía, y cuando había desaparecido la oleada de miserables, cada cual continuaba su camino.

Faltaba aún la cuarta división, que era la que el secretario esperaba con más impaciencia. Al fin llegaba. Era numerosa y estaba compuesta por hombres escogidos, porque esforzándose en reconocerlos, vio entre ellos caras que no le eran desconocidas, y a la cabeza de la turba, como era natural, vio a Simon Tappertit, a Hugh y a Dennis. Hicieron alto como los demás para dar los vivas, pero cuando continuaron su marcha, no anunciaron hacia dónde se dirigían. Hugh se contentó con enarbolar el sombrero en la punta del palo, y partió después de dirigir una mirada a un espectador en la acera opuesta de la calle.

Gashford siguió por instinto la dirección de aquella mirada, y vio en pie y con una escarapela azul a sir John, que se quitó el sombrero para saludar a la turba, y se apoyó después con gracia en el bastón, sonriendo de la manera más afable y ostentando su traje aseado y su noble figura con actitud elegante, fina y tranquila. Esto no impidió que Gashford le viera hacer un ademán de protección a Hugh cuando lo reconoció al pasar, porque el secretario, olvidando a la turba, no tenía ojos más que para sir John.

Éste permaneció en el mismo sitio y en la misma actitud hasta el momento en que el último hombre de la turba dobló la esquina. Entonces se quitó el sombrero sin vacilar y, desatando la escarapela, se la guardó en el bolsillo para la próxima ocasión. Tomó luego un poco de rapé para despejar la cabeza, cerró la caja y continuó su paseo muy despacio. Al mismo tiempo pasaba un coche que se paró, una mano de señora hizo bajar el cristal, y sir John se acercó al momento sombrero en mano. Al cabo de

un rato de conversación en la portezuela, indudablemente acerca del motín, subió con ligereza en el coche, que partió al trote.

El secretario sonrió, pero tenía otros proyectos más graves en la cabeza, y no pensó más en esta galante aventura. Le llevaron la cena, pero no probó bocado y se pasó cuatro horas paseándose de un extremo a otro de su aposento sin fin ni descanso, dirigiendo continuas miradas al reloj, haciendo inútiles esfuerzos para sentarse y leer, reclinándose en la cama o mirando por la ventana. Cuando vio en el cuadrante que había pasado el tiempo convenido, subió con furtivo paso a los pisos superiores de la casa, salió al tejado y se sentó con el rostro vuelto hacia el Este.

No se cuidaba del viento que refrescaba su frente sudorosa, ni de la multitud de tejados y chimeneas que tenía bajo sus ojos, ni del humo y la neblina que velaban el horizonte, ni de los gritos penetrantes de los niños en sus juegos de la tarde, ni del sordo rumor que zumbaba en

Londres, ni del alegre hálito que venía de la campiña para perderse y extinguirse en el horno de la gran ciudad. No, miraba..., miraba sin cesar otra cosa hasta en la oscuridad de la noche, matizada aquí y allá únicamente por algunos regueros de luz a lo largo de las calles, y cuanta mayor era la oscuridad, más aumentaban también su tensión y su inquietud.

-Nada más que sombras en esa dirección -murmuraba a cada instante-. ¡Estúpido! ¿Dónde está esa aurora boreal que había prometido hacerme ver esta noche en el cielo?

LIV

El rumor de los desórdenes de la ciudad había circulado ya por las aldeas y casas de campo de las cercanías de Londres, y cada vez que llegaban noticias frescas eran siempre recibidas con ese apetito por lo maravilloso y esa afición a lo terrible, que son probablemente desde el principio del mundo uno de los atributos característicos de la especie humana. Sin embargo, estos rumores, a los ojos de las personas de aquella época, como lo serían hoy a los nuestros si los hechos no estuvieran consignados en la historia, parecían tan monstruosos e inverosímiles que un gran número de personas que vivían lejos de Londres, por crédulos que fuesen en otras cosas, no podían realmente concebir que fuesen posibles, y rechazaban los detalles que por diferentes conductos recibían como puras fábulas absurdas.

John Willet, resuelto a no creer nada debido a razones infalibles que él mismo se daba y a su

característica obstinación, era uno de los que se negaban a hablar sobre un asunto tan ridículo. Aquella misma noche, y tal vez en el momento en que Gashford estaba de atalaya en el tejado, John tenía la cara tan encendida de tanto mover la cabeza para contradecir a sus tres antiguos compañeros de botella, que era un verdadero fenómeno, y muchos hubiesen pagado cualquier cosa por ver aquella cara rubicunda en el portal del Maypole, donde estaban sentados los cuatro, brillar como los carbunclos monstruosos que se encuentran en los cuentos de hadas.

-¿Creéis, caballero -dijo John mirando fijamente a Solomon Daisy (porque era su costumbre siempre que tenía un altercado personal, encararse con el más débil)-, creéis acaso que soy idiota de nacimiento?

-No, no, John -respondió Solomon dirigiendo una mirada a su alrededor-. No somos tan necios para creer semejante cosa. ¡No sois un idiota, John!

Cobb y Parkes menearon la cabeza a compás, diciendo entre dientes:

-No, no.

Pero como esta clase de cumplimientos sólo contribuía por lo general a que John fuese más testarudo que antes, los examinó con ademán de profundo desprecio y les respondió en estos términos:

-En ese caso, ¿a qué viene lo que me decís de que esta noche vais a dar una vuelta hasta Londres para cercioraros de la verdad por vuestros propios ojos? ¿Acaso no os basta el testimonio de mis sentidos? -les dijo el viejo Willet poniéndose las pipa entre los dientes con expresión de solemne repugnancia.

-Pero nosotros ignoramos lo que pasa, John -dijo humildemente Parkes para excusarse.

-¿Ignoráis lo que pasa, caballero? -repitió John mirándolo de pies a cabeza-. ¡Ah! ¿Lo ignoráis? Lo veo. ¿No os he dicho que su bendita majestad, el rey Jorge III, no permitirá que el motín se pasee por las calles de su buena ciu-

dad de Londres, ni se dejará insultar por su Parlamento?

-Cierto, John, pero eso no es más que el testimonio de vuestro buen sentido, nada más -respondió Parkes.

-¿Y vos qué sabéis? -dijo John con dignidad-. Os permitís contradicciones muy palmarias, caballero. ¿Qué sabéis vos si es esto o si es aquello? Me parece que aún no lo he dicho.

Viéndose Parkes embarcado en una discusión metafísica de la cual no sabía cómo salir, balbuceó una disculpa y se declaró en retirada ante su antagonista. Siguió a este diálogo un silencio de diez o doce minutos, después del cual el posadero empezó a murmurar, a mover la cabeza riendo y a hacer acerca del adversario la observación de que lo había derrotado.

Cobb y Daisy se rieron también asintiendo, y Parkes fue considerado definitivamente como un hombre fuera de combate

-¿Os figuráis que si eso fuera cierto estaría ausente el señor Haredale? -dijo John después

de otra pausa-. ¿Creéis que no hubiera tenido miedo de dejar su casa sola con dos niñas y dos criados por toda defensa?

-Es cierto, pero su casa se halla muy lejos de Londres, y sabéis que los revolucionarios no se alejan a más de dos o tres millas. La prueba de esto es que muchos católicos, para mayor seguridad, han enviado sus joyas y su vajilla de plata a las aldeas... Al menos, así se dice.

-¡Se dice, se dice! -repitió el posadero con acento enojado-. Sí, señor, se dice, así como se dice que visteis el mes de marzo un aparecido, pero nadie lo cree.

-Pues bien -dijo Solomon levantándose para distraer la atención de sus amigos que empezaban a reírse de la ocurrencia del posadero-, lo crean o no, sea verdadero o falso, si queremos ir a Londres, lo mejor será partir cuanto antes. Ea, pues, John, venga esa mano y buenas tardes.

-Yo no doy la mano -repuso John, que se metió las suyas en los bolsillos- a personas que van a Londres para ver necedades.

Los tres amigos se contentaron con estrecharle los codos a falta de las manos, y después de esta ceremonia, se encasquetaron los sombreros, cogieron los bastones y las capas, le dieron las buenas noches y partieron prometiéndole que a la mañana siguiente le traerían noticias verídicas sobre el estado real de la ciudad, añadiendo que si la encontraban tranquila, reconocerían su victoria.

John Willet los vio alejarse por el camino iluminado por los dorados rayos del crepúsculo, sacudió la ceniza de la pipa, se rió de la locura de sus amigos, y después de sosegarse, porque necesitaba mucho tiempo para reírse, como para pensar o hablar, se sentó con la espalda apoyada en la pared, alargó las piernas sobre el banco, se tapó la cara con el delantal y quedó sumido en un profundo sueño.

No importa saber si durmió poco o mucho rato, pero es indudable que el sueño fue largo, porque cuando despertó se habían extinguido los fulgores del crepúsculo, las sombras y las tinieblas de la noche se precipitaban en el horizonte y vio brillar sobre su cabeza algunas estrellas. Todas las aves estaban en sus ramas, y las margaritas en el césped habían cerrado su pequeña capucha para proteger su sueño; la madreselva del portal exhalaba sus perfumes más olorosos, como si en aquella hora silenciosa fuera menos tímida y se gozara en prodigar a la noche sus mejores perfumes, y la hiedra movía apenas su ramaje de verdor oscuro. ¡Qué tranquilo estaba el cielo! ¡Qué hermosa noche hacía!

Pero ¿no se oye un rumor distinto del que hacen las hojas en los árboles y el agua en las acequias? Es un estruendo sordo y lejano y se parece al del mar cuando lame tranquilo la playa con sus olas. Pero el estruendo crece..., se apaga..., vuelve a oírse..., aumenta..., vuelve a

apagarse..., estalla con violencia. En efecto, era un rumor muy perceptible que se oía en la carretera y que variaba con los rodeos del camino. Pero ahora ya no podía confundirse, eran voces, eran los pasos de un gran número de personas.

Es indudable que hasta entonces John Willet estaba lejos de pensar en el motín, pero lo sacaron de su letargo los clamores de la cocinera y de la criada, que subieron por la escalera dando gritos y se cerraron con cerrojo en una buhardilla, desde donde hicieron oír gemidos y voces de auxilio, sin duda alguna para asegurar mejor el secreto de su escondite. Estas dos criadas declararon más adelante que John Willet no pronunció en su terror más que una palabra seis veces seguidas y con una voz estentórea que llegó hasta la puerta de la buhardilla. Pero como esta palabra no se componía más que de un monosílabo completamente inofensivo cuando se emplea para el cuadrúpedo que designa, pero muy reprensible cuando se aplica a

mujeres de buena conducta, no faltan personas que han llegado a creer que las tales muchachas estaban bajo el imperio de alguna alucinación causada por el exceso de su terror, y que habían sido objeto de un error de acústica.

Sea lo que fuere, John, en quien, a falta de valor, se advertía una tenacidad cabeza-hueca que podía pasar por tal, se estableció en el portal, donde los esperó a pie firme. Una vez cruzó por su mente una idea vaga de que había una puerta, que la puerta podía cerrarse y tenía sólidos cerrojos, y se formó también otra idea confusa en su cerebro sobre que las ventanas del piso bajo se cerraban por dentro; pero, no obstante, permaneció allí como un tronco mirando hacia la carretera, en dirección al lado por donde llegaba el estruendo, sin tomarse siquiera el trabajo de sacarse las manos de los bolsillos.

Al acercarse a la posada, los amotinados prorrumpieron en furiosos alaridos como una horda de salvajes, se precipitaron en tropel, y

en algunos segundos se habían arrojado el posadero como una pelota de mano en mano hasta dejarlo en el centro de la turba.

-¿Dónde está? -gritó una voz que John reconoció, al mismo tiempo que el hombre que hablaba se abría paso a codazos y empujones-. ¿Dónde está? Es mío. No le hagáis daño. ¿Qué tal, John? ¿Cómo estáis? ¡Ja, ja, ja!

John Willet lo miró y vio que era Hugh, pero sin decir nada y tal vez sin pensar en nada tampoco.

-Aquí os traigo unos cuantos amigos que tienen sed, es preciso que les deis de beber -dijo Hugh empujándolo hacia la casa-. ¡Venga, John, despachad pronto! Dadnos de aquel licor tan fino que guardáis para vos y para los buenos parroquianos.

John articuló débilmente estas palabras:

-¿Quién pagará?

-¿Oís, amigos? Pregunta que quién pagará -dijo Hugh con estrepitosas carcajadas que encontraron un eco general en aquella chusma.

Y volviéndose hacia el posadero, añadió:

-Nadie.

John clavó su mirada en aquella masa de caras, unas burlonas, otras amenazadoras, unas iluminadas por antorchas, algunas confusas, otras veladas por la sombra, mirándole fijamente, examinando la casa, o mirándose unas a otras; y sin saber cómo, porque ni siquiera se acordaba de que se hubiese movido, se encontró en su mostrador, sentado en su silla, presenciando la destrucción de sus bienes, como quien asiste a una función teatral de un género sorprendente e inaudito, pero sin darse cuenta de si aquel vandálico saqueo iba con él o no.

¡Quién lo había de decir! Aquel establecimiento venerado donde los más osados no hubieran entrado sin una especial invitación del amo, aquel santuario, aquel misterio, aquel sanctasanctórum, se veía inundado de hombres, de garrotes, de palos, de antorchas, de puñales y de pistolas, y se oía dentro de sus paredes, depósito de los tesoros báquicos, un

atronador estruendo de gritos, juramentos, blasfemias, carcajadas, amenazas. No era ya el establecimiento; era una jaula de fieras, una casa de locos, un templo infernal y diabólico.

Todos aquellos perdidos y miserables van y vienen, entran, y, salen por la puerta o por la ventana, rompen los aparadores, alzan los barriles, se beben los licores en vasijas de porcelana, montan a horcajadas sobre los toneles, fuman en las pipas reservadas a John y a sus parroquianos, saquean las respetadas hileras de naranjas y limones, cortan y rajan a grandes rebanadas el queso de Chester, destrozan los cajones inviolables y los abren de par en par, se meten en los bolsillos las cosas que no les pertenecen, se reparten el dinero del cajón del mostrador, destruyen, devastan, rompen, pisan y arrojan como dementes todo cuanto encuentran, y nada hay para ellos sagrado. Se ven hombres por todos lados, arriba, abajo, en el salón, en la cocina, en las alcobas, en el patio y hasta en las caballerizas.

Las puertas están abiertas de par en par, y sin embargo, se encaraman por la ventana. ¿Quién les impide bajar y subir por la ventana? Nadie, y no obstante prefieren escalar el edificio, se deslizan por las barandillas para llegar más pronto al recibidor y a cada instante aparecen nuevas caras. Es aquélla una verdadera fantasmagoría de pillos que gritan, cantan, riñen, se empujan, se burlan, se amenazan, rompen los vasos y los platos, derraman al suelo el licor que no pueden beber, que tocan la campanilla hasta quedarse con el cordón en la mano, que la hacen sonar a martillazos hasta que la despedazan, hombres y más hombres que se rebullen como enjambres, ruido y estruendo, humo de tabaco, antorchas, oscuridad, locura, iras, carcajadas, gemidos, saqueo, espanto, ruina.

Durante todo el tiempo que John contempló esta horrible escena, Hugh permaneció casi constantemente a su lado, y aunque era el más alborotador, el más cruel y el más malvado de

todos los que allí se rebullían, impidió más de una vez que matasen a golpes a su amo. Hasta cuando Simon Tappertit, animado por los licores, pasó por delante del posadero y para dejar bien sentada su superioridad le descargó un puntapié, Hugh aconsejó a su amo que se lo devolviera, y si el buen John hubiera tenido bastante presencia de ánimo para comprender lo que en voz baja le decía Hugh es probable que con su protección lo hubiera hecho.

Finalmente, la turba empezó a reunirse fuera de la casa y a llamar a los que se quedaban dentro merodeando. Mientras se llamaban unos a otros en voz alta y se reunían, Hugh y algunos de los que se habían quedado en el Maypole y que eran evidentemente los principales jefes, se consultaron aparte sobre lo que debían hacer con John para retenerlo hasta que hubiesen terminado su tarea en Chigwell. Unos proponían prender fuego a la casa y dejar que se quemase en ella, otros obligarle a jurar que no se movería de la silla durante veinticuatro horas, y

otros en fin ponerle una mordaza y llevárselo consigo bien escoltado. Después de haber examinado y desechado todas estas proposiciones, se acabó por resolver que era preciso atarlo en la silla, y se llamó a Dennis para encargarlo de la ejecución.

-John -le dijo Hugh acercándose-, vamos a ataros de pies y manos, pero sin haceros daño. ¿Me entendéis?

John miró a otro como si no supiese lo que le decían, y murmuró entre dientes algo relacionado con el ordinario del domingo a las dos.

-¿No me entendéis? Os digo que no se os hará daño -gritó Hugh dándole una gran palmada en la espalda para hacerle entrar mejor las palabras en la cabeza-. Se ha asustado tanto que no sabe lo que hace ni lo que le sucede. Dadme un vaso de licor. ¡Eh, muchachos, dadme un vaso de licor!

En efecto, le entregaron un vaso de licor cuyo contenido vertió en la garganta de John. El buen posadero hizo un chasquido con los la-

bios, se metió la mano en el bolsillo como para sacar dinero preguntando cuánto valía y añadió mirando en torno suyo con ojos atontados que creía que tenía que pagar también algunos vasos rotos.

-Ha perdido el juicio -dijo Hugh después de sacudirlo con fuerza sin producir otro efecto que ruido de llaves en los bolsillos-. ¿Dónde está Dennis?

Volvieron a llamar a Dennis, que llegó por fin con un cordel pasado por la cintura como un fraile capuchino. Acudía a toda prisa escoltado por media docena de escoltas.

-¡Vamos! ¡Pronto! -gritó Hugh dando una patada en el suelo-. ¡Terminemos!

Dennis guiñó un ojo y se desató el cordel. Después, alzando los ojos al techo, miró a su alrededor en las paredes y en las vigas, y movió la cabeza.

-¿Qué hacéis? ¿En qué estáis pensando? -gritó Hugh con la mayor impaciencia-. Nos vais a hacer esperar aquí a que den la señal de alar-

ma en diez millas a la redonda y vengan a buscarnos.

-Más calma, amigo mío -respondió Dennis en voz baja-. A no ser que lo cuelgue de la puerta, no veo un sitio adecuado en todo el aposento.

-¡Adecuado! ¿Para qué?

-Me gusta esa pregunta -repuso Dennis-. Ya sabéis lo que debemos hacer con este buen hombre.

-¡Cómo! ¿Ibais a ahorcarlo? -dijo Hugh.

-Por supuesto -respondió el verdugo asombrado-. Pues ¿qué queréis hacer?

Hugh no respondió, sino que arrancando la cuerda de las manos de su compañero, empezó a atar a John, pero lo hizo tan mal que Dennis le suplicó riendo a carcajadas que le dejase desempeñar su oficio.

Hugh consintió, y el verdugo ató al posadero con una rapidez y una destreza portentosas.

-¡Bravo! -dijo mirando a John Willet, que no manifestaba atado más emoción que algunos

momentos antes cuando estaba libre-, esto es lo que se llama trabajar bien y pronto. Cualquiera diría que está embalsamado. Pero decidme, amigo mío, ahora que está atado como un fardo, ¿no sería preferible para todo el mundo despacharlo cuanto antes? El público nos lo tendría en consideración.

Hugh, comprendiendo la intención de su compañero más que por sus palabras por sus ademanes, rechazó terminantemente la proposición, y gritó con voz imperiosa: «¡En marcha!», grito que repitieron fuera de la casa cien voces a coro.

-¡A Warren! -gritó Dennis corriendo seguido de todos los que estaban aún en la posada-. ¡A la casa del testigo católico!

Un rabioso alarido contestó este llamamiento y la multitud en masa partió animada por el afán de la destrucción y del saqueo. Hugh se detuvo algunos instantes para echar el último trago y abrir todos los barriles que podían haber sido respetados, y después de lanzar una

mirada a aquel aposento saqueado y devastado, donde los amotinados habían arrojado hasta el emblema de la casa por la ventana porque lo habían partido en dos pedazos con una sierra, encendió su antorcha, dio una palmada en la espalda al viejo John, que continuaba mudo e inmóvil, enarboló la tea sobre la cabeza, lanzó un grito furioso y echó a correr para alcanzar a sus compañeros.

LV

John continuó sentado y mirando a su alrededor en su desmantelada barra. Sus ojos desmesuradamente abiertos indicaban que estaba despierto, pero todas sus facultades de razón y de reflexión se hallaban abismadas en el más profundo letargo. Dirigía sus miradas en torno de aquel aposento que había sido durante muchos años, y era aún una hora antes, el orgullo de su corazón, sin que se conmoviese tan sólo uno de los músculos de su rostro. La noche parecía negra y fría a través de las aberturas que en otro tiempo habían sido ventanas; los líquidos preciosos agotados ya o poco menos, caían gota a gota al suelo; el emblema roto parecía mirar por la despedazada ventana, como el bauprés de un buque náufrago, y nada impedía que se comparase el pavimento con el fondo del mar, porque estaba como él sembrado de restos preciosos. Las corrientes de aire, no encontrando ya obstáculos, hacían crujir y

rechinar en sus quicios las vetustas puertas; las velas oscilaban y se derretían a lo largo de sus negros pabilos; las hermosas y brillantes cortinas encarnadas ondeaban como banderas, y los barriles holandeses, vueltos de arriba abajo, yacían vergonzosamente en los rincones. John veía esta desolación, o más bien no la veía, y lo único que deseaba era permanecer allí sentado, con los ojos abiertos, sin sentir indignación ni malestar y ostentando sus ataduras como si fueran condecoraciones honoríficas. Personalmente no veía cambio alguno; el tiempo transcurría lentamente como de costumbre, y el mundo estaba tan tranquilo como si nada hubiera sucedido.

Aunque se oían los barriles vaciándose gota a gota, y los restos de las ventanas rotas rechinaban al soplo del viento al compás de las puertas abiertas que golpeaban con monótono estruendo, todo estaba tranquilo, porque estos ruidos, parecidos al tictac del reloj del tiempo durante la noche, sólo contribuían a que el si-

lencio fuera más siniestro y aterrador. Pero para John lo mismo era el ruido que el silencio; un tren de artillería de grueso calibre podría haber ido a hacer salvas debajo de su ventana sin sacarlo de su letargo. Estaba en adelante al abrigo de toda sorpresa, y ni siquiera hubiera hecho caso de un aparecido.

Oyó entonces un paso precipitado pero discreto que se acercaba a la casa. Este paso se paró, volvió a avanzar, pareció que daba la vuelta al edificio, y acabó por llegar a la ventana por la cual una cabeza se asomó en el aposento. Las luces agitadas ponían en relieve de un modo extraño esta cara, sobre el fondo negro y sombrío de la noche. Era pálida, macilenta y arrugada, sus ojos brillaban como dos ascuas en sus hundidas cuencas, y sus cabellos eran canosos. Lanzó una mirada penetrante hacia John al mismo tiempo que preguntaba con voz hueca:

-¿Estáis solo en casa?

John no hizo movimiento alguno, aunque oyó muy bien la pregunta que repitió el desconocido. Después de un momento de silencio, éste entró por la ventana, pero el posadero no manifestó miedo ni sorpresa. Había visto subir y bajar a tantos por las ventanas durante una hora, que ni siquiera se acordaba de que hubiese una puerta, y creía haber vivido siempre en medio de aquellos ejercicios desde su infancia. El desconocido llevaba las alas del sombrero caídas sobre los ojos, y se acercó al viejo John, a quien miró fijamente diciéndole:

-¿Hace mucho rato que estáis atado?

El posadero reflexionó, pero no supo qué contestar.

-¿Por qué lado se han ido?

De alguna manera, la hechura particular de las botas de aquél hombre se metió en la cabeza del posadero, la cual acabó por sacudir su letargo y volver a su primitivo estado.

-Os aconsejo que me respondáis -dijo el desconocido- pues será el único medio de conser-

var al menos vuestro pellejo, que es lo único que os queda. ¿Por qué lado se han ido?

-Por allí -dijo John recobrando de pronto el uso de la palabra y haciendo con la cabeza un ademán en dirección contraria a la verdad. Tenía los pies y las manos tan sólidamente atados que sólo le quedaba el rostro para indicar al desconocido su camino.

-Mentís -dijo éste con una expresión de cólera y amenaza-. He venido por allí y no he visto nada. Queréis engañarme.

Sin embargo, era tan evidente que la apatía imperturbable del posadero no era fingida, sino por el contrario el resultado de la escena que acababa de pasar bajo su techo, que el desconocido retiró la mano en el momento de herirlo y se alejó del mostrador.

John lo miró sin pestañear siquiera. El desconocido cogió entonces un vaso, lo colocó debajo de uno de los barriles para llenarlo y se tragó el licor con febril avidez. Arrojó después el vaso con impaciencia, pareciéndole escaso el

licor que podía contener, y cogiendo el barril con ambas manos, bebió hasta que el líquido se vertió fuera de su boca. Se veían algunos pedazos de pan olvidados en el suelo, y lanzándose sobre ellos como un perro hambriento, se los comió con voracidad salvaje parándose de vez en cuando como para escuchar algún rumor imaginario. Terminado su parco banquete y después de aplicar nuevamente a sus labios el barril, se bajó el sombrero hasta los ojos como quien se dispone a salir de la casa, y volvió hacia el posadero para preguntarle:

-¿Dónde están vuestros criados?

John tuvo un recuerdo confuso de haber oído a los amotinados que les decían que arrojasen por la ventana las llaves del aposento donde estaban ocultos, y respondió:

-Bajo llave.

-Harán muy bien en no moverse, lo mismo que vos -dijo el desconocido-. Decidme ahora hacia qué lado se han dirigido.

John no se equivocó entonces, y el desconocido se dirigía rápidamente hacia la puerta cuando de pronto el viento le trajo el tañido sonoro y precipitado de una campana, y después vio en el aire un vivo y súbito resplandor que iluminó, no sólo todo el aposento, sino toda la campiña.

Pero lo que hizo retroceder de terror al desconocido, como si acabara de ser herido por el rayo, no fue el paso súbito de las tinieblas a aquel terrible resplandor, ni los gritos lejanos y alaridos victoriosos, ni aquella invasión espantosa del tumulto en la paz y serenidad de la noche; no, fue el tañido de la campana. Aunque se hubiese levantado ante él la forma terrorífica del fantasma más infernal que haya podido idear jamás la imaginación humana, no habría retrocedido con paso más vacilante y con tanto horror como al oír el primer sonido de aquella sonora voz de bronce. Los ojos le saltaban de las órbitas, temblaba todo su cuerpo, y su aspecto era terrible cuando se paró con la mano

derecha alzada y la izquierda comprimiendo algún objeto imaginario al que descargaba redoblados golpes. Después se arrancó los cabellos, se tapó los oídos, corrió de un lado a otro como un loco, lanzó un grito espantoso, salió de la posada, y la campana tañía, tañía, tañía sin cesar persiguiéndolo y penetrando en sus oídos cada vez más fuerte, cada vez más deprisa, más deprisa, más deprisa.

El incendio era por momentos más brillante, el tumulto de las voces más profundo, y el aire se estremecía con la caída de los cuerpos pesados que crujían al desplomarse al suelo. Arroyos de chispas inflamadas brotaban hasta el firmamento, pero había una cosa más sonora que la caída de los muros arruinados, más rápida para subir hasta el cielo que las chispas del incendio, mil veces más salvaje y más furiosa que el rumor confuso de las voces, una cosa que publicaba horribles secretos largo tiempo sepultados en el silencio, una cosa que hablaba

la lengua de los muertos... ¡La campana! ¡La campana! ¡La campana!

Una traílla de espectros no hubiera ganado jamás en la carrera a esta persecución rápida, a esta caza rabiosa, ni una legión de aparecidos en pos suyo le hubiera inspirado tanto temor. Esto hubiera tenido al menos un principio y un fin, en tanto que aquella persecución marcaba todo el espacio. No había más que una voz encarnizada tras él, pero estaba en todas partes, estallaba en la tierra y en el aire, se inclinaba al pasar hasta la punta de la hierba y aullaba a través de los árboles estremecidos. Los ecos la duplicaban y repetían, los búhos la cogían de pasada en el viento para remedarla, y el ruiseñor en su desesperación perdía la voz y huía a ocultar su espanto en el fondo de los bosques. Parecía que tenía poder para avivar y estimular la cólera de la llama delirante; todo estaba empapado en color rojo; el fuego brillaba en todas partes, la naturaleza parecía ahogada en san-

gre, y no cesaba nunca, nunca, nunca aquella voz espantosa. ¡La campana! ¡La campana!

Cesó, pero no para él. El tañido estaba en su corazón. Jamás alarma salida de la mano de los hombres tuvo una voz tan intensa para vibrar así en el alma y repetir a cada tañido que no cesaría de llamar al cielo en su auxilio; porque aquella campana se hacía comprender bien, y sabía que decía: «¡Asesino! ¡Asesino!», cada campanada: «¡Cruel, bárbaro, salvaje, asesino!». Asesino de un hombre honrado que en su confianza había puesto su mano en la mano de su verdugo. Tan sólo al oírla, salían de sus tumbas los fantasmas. Qué cara era ésa, que animada por una sonrisa amistosa se trueca de pronto en una expresión de incredulidad y horror. Un momento después veis en ella el tormento del dolor, lanza al cielo una mirada suplicante y cae como un tronco al suelo, girando sus ojos en las órbitas como las ciervas perseguidas que había visto morir algunas veces cuando era niño, estremeciéndose -¡qué triste recuerdo en

aquel momento!- y asiéndose al delantal de su madre en medio de su terror. Él cae también de bruces al suelo, que araña con los dedos como para abrirse un refugio en que ocultarse o al menos para taparse el rostro y los oídos. Pero no, no, no; cien muros y techos de bronce no lo defenderían contra aquella voz... El universo, el universo entero no tiene un refugio que darle.

Mientras corría precipitadamente por todos lados sin saber por dónde huir, y mientras permanecía arrastrándose por la tierra sin poder ocultarse, los amotinados progresaban en su obra de destrucción. Al salir del Maypole se habían formado en columna cerrada, y avanzaron rápidamente hacia Warren; pero como había llegado antes que ellos la noticia de su invasión, encontraron las puertas y las ventanas cerradas y la casa sepultada en profunda oscuridad. Después de tirar inútilmente de la campanilla y de llamar en la verja, se retiraron a algunos pasos de distancia para ponerse de acuerdo y consultar el plan de ataque.

La conferencia fue breve, porque todos aspiraban a un mismo fin bajo la doble influencia de una embriaguez furiosa y de sus primeros triunfos, que no les embriagaban menos. Habiéndose dado la orden de bloquear la casa, unos se encaramaron por la puerta, otros escalaron las tapias y las verjas, y un grupo de hombres escogidos entró en el jardín con objeto de apoderarse de algunos instrumentos de labranza y carpintería que, según sabía Hugh, había en un pabellón aislado. Los otros en tanto se contentaron con descargar golpes violentos en las puertas, llamando a las personas que podía haber dentro de la casa e instigándolas a que bajaran a abrir si querían salvar la vida;

Viendo que nadie respondía y que el grupo enviado en busca de los instrumentos volvía con un refuerzo de azadones, horcas, hachas, sierras y martillos, le abrieron paso así como a los que estaban ya armados de barras de hierro, de enormes martillos y de hachas. Cuando penetraron a través de la turba formaron la pri-

mera fila de la columna de asalto, dispuestos a escalar el edificio en regla por puertas y ventanas. No tenían entonces más que una docena de antorchas encendidas, pero después de todos estos preparativos se distribuyeron teas y hachones de cera que pasaron de mano en mano con tal rapidez, que en menos de un minuto las dos terceras partes al menos de toda aquella masa tumultuosa empuñaban teas incendiarias. Las agitaron formando círculos sobre sus cabezas, lanzaron terribles alaridos y se dispusieron a aplicar la llama en las puertas y ventanas.

En medio de este tumulto y mientras se oía el sordo estruendo de los hachazos, el ruido de los cristales rotos, los gritos y las blasfemias del populacho, Hugh y sus amigos se aprovecharon del desorden para dirigirse a la puerta del torreón, donde el señor Haredale le había recibido la última vez con John Willet, y concentraron contra aquella puerta todos sus esfuerzos. Era una excelente puerta de encina, fuerte, de madera nudosa, sostenida por dentro con abra-

zaderas de hierro y reforzada además por una tranca de pino. Sin embargo, cedió por fin, y se la oyó crujir y caer sobre la escalera, donde les sirvió de puente levadizo para subir más pronto hasta la biblioteca. Casi al mismo tiempo la casa era tomada por asalto en una docena de puntos, y la multitud penetraba por cada brecha como se desborda el agua a través de un dique roto.

Había algunos criados apostados en la escalera principal con escopetas con las cuales dispararon uno o dos tiros contra los enemigos, pero no hirieron a nadie y, viendo que la turba se precipitaba como una legión de demonios, no pensaron más que en su propia seguridad y se retiraron imitando los gritos de los sitiadores para confundirse con ellos en medio del tumulto. Y este ardid los salvó en efecto, aunque un pobre anciano no tuvo tanta fortuna, pues no se volvió a hablar más de él. Se cuenta que con una barra de hierro le abrieron la cabeza, que

uno de sus compañeros lo vio caer y que su cadáver fue en el acto presa de las llamas.

Dueños del edificio, los sitiadores se esparcieron por los aposentos, desde la bodega hasta el tejado, e iniciaron su obra de destrucción. Mientras algunos grupos encendían hogueras debajo de las ventanas, otros rompían los muebles y arrojaban los fragmentos desde arriba para alimentar la llama. Por los sitios donde la abertura era más ancha, pues ya no existían ventanas, arrojaban al fuego las mesas, las cómodas, las camas, los espejos y los cuadros, y cada vez que amontonaban nuevos muebles en la hoguera, se oían nuevos gritos, nuevos alaridos formando un clamoreo infernal que aumentaba el horror del incendio. Los que empuñaban hachas y habían desahogado su furia contra los muebles, atacaban las puertas y los tabiques que hacían pedazos, destrozaban los pavimentos y cortaban las vigas sin acordarse de que podían sepultar bajo los montones de escombros a los rezagados que no habían baja-

do a tiempo del piso superior. Algunos registraban los cajones, los armarios, los escritorios y los baúles para buscar joyas, vajilla de plata y moneda; otros, más ávidos de destrucción que de lucro, los arrojaban al patio sin mirarlos siquiera e invitando a los que estaban abajo a que los amontonasen en la hoguera; otros, que habían bajado a la bodega para abrir las cubas y los toneles, corrían de un lado a otro como rabiosos, prendiendo fuego a cuanto veían, muchas veces hasta a los vestidos de sus compañeros, y finalmente, incendiando con tal afán el edificio por todas partes que se veía a muchos que no habían tenido tiempo de salvarse, suspendidos con sus manos desfallecidas y la cara ennegrecida por el humo, de los marcos de las ventanas adonde se habían arrastrado, a punto de ser atraídos y devorados por las llamas.

Cuanto más se avivaba y chisporroteaba el incendio, más feroces y crueles eran aquellos hombres, como demonios que se sentían en su elemento en medio del fuego, y se habían des-

pojado de su naturaleza terrenal para empezar a gozar de las delicias infernales. Las hogueras que dibujaban los aposentos y los corredores rojos como el fuego a través de las aberturas practicadas en las desmanteladas paredes; las llamas extraviadas que lamían con sus lenguas de dos puntas las paredes de ladrillo y de piedra en el exterior, para encontrar un paso y pagar su tributo a la masa candente que ardía dentro; el mugido del brasero gigantesco y furioso, tan alto y tan brillante que parecía haber devorado en su sed de fuego hasta el mismo humo; las centellas vivas que el viento desprendía de las brasas para llevarlas en sus alas como nieve de fuego; el sordo estruendo de las vigas destrozadas, que caían como plumas sobre el montón de ceniza y se reducían casi al mismo tiempo en un foco de chispas y de polvo inflamado; el tinte parduzco que cubría el cielo, haciendo resaltar con el contraste las profundas tinieblas; el aspecto de todos los rincones, cuyo uso doméstico les hacía, no ha mucho un lugar

sagrado, entregados ahora sin pudor a las miradas de un desvergonzado populacho; la destrucción por manos toscas y groseras de mil objetos de la predilección de sus dueños que los asociaban en sus corazones con tiernos y preciosos recuerdos; y esto, no en medio de rostros simpáticos y de consuelos murmurados por la amistad, sino al estruendo de las aclamaciones más brutales y de gritos atronadores que hacían huir hasta a los ratones, habituados por una larga posesión a este domicilio antiguo: todas estas circunstancias se combinaban para presentar a los ojos una escena que los espectadores que la presenciaban no debían olvidar aunque vivieran cien años.

¿Quiénes eran estos espectadores? La campana de alarma, movida por robustas manos, había resonado largo rato, pero sin que se viera alma viviente. Algunos rebeldes pretendían que, cuando había cesado de pedir auxilio, se habían oído gritos de mujeres desesperadas y que habían visto flotar en el aire sus vestiduras

mientras las arrebataban a pesar de su resistencia algunos raptores. Pero en semejante desorden, nadie podía decir si era cierto o falso. Sin embargo, ¿dónde estaba Hugh? Nadie le había visto más desde el principio del ataque, y toda la turba gritaba: ¿dónde está Hugh?

-Presente -respondió con voz ronca saliendo de la oscuridad casi sin aliento y ennegrecido por el humo-. Hemos hecho lo que hemos podido. El fuego va a extinguirse y aunque quedan aún algunos lienzos de pared, el edificio no es más que un montón de ruinas. Dispersémonos, amigos. Volvamos a Londres por diferentes caminos, y ya nos encontraremos como siempre.

Y volvió a desaparecer, lo cual era muy extraño, porque era siempre el primero en llegar y el último en marcharse, y les dejó que cada cual se retirase cuando quisiera.

No era empresa tan fácil organizar la retirada de semejante multitud. Aun cuando hubieran abierto de par en par todas las puertas de

Bedlam no hubiesen salido tantos locos como había abortado aquella noche de delirio. Veíase a algunos bailar y patear sobre las flores del jardín, como si creyeran aplastar bajo sus pies víctimas humanas, y arrancaban sus tallos con furor como salvajes que tuercen el cuello a sus enemigos. Otros arrojaban al aire las antorchas encendidas y las recibían sin moverse sobre sus cabezas y sus rostros hinchados y surcados de quemaduras; otros se arrojaban hasta en la hoguera y apartaban su vapor con el movimiento de las manos como si nadasen en un estanque lleno de agua, y había muchos que con trabajo contenían a sus compañeros, pues se querían arrojar en las ascuas para saciar su sed de fuego. Sobre el cráneo de un joven de veinte años escasos, tendido en el césped y aletargado por la embriaguez y con el cuello de una botella en la boca, caía del tejado una lluvia de plomo fundido que derretía su cabeza como cera.

Cuando se hubo reunido a todos los que vagaban dispersos, sacaron de las bodegas para llevarlos en brazos a algunos miserables vivos aún, pero marcados como con un hierro candente en todo su cuerpo, y a lo largo del camino, los que los arrastraban trataban de divertirlos con chistes de taberna, esperando llegar a la puerta de un hospital para abandonarlos a su destino. Pero todos estos cuadros espantosos no inspiraban a nadie en aquella turba delirante compasión ni repugnancia, y ni siquiera había entre ellos uno tan sólo cuya rabia ciega, feroz y animal estuviera saciada.

La turba se dispersó por fin lentamente, en pequeños grupos, con gritos roncos y vinosos. Algunos rezagados, con los ojos vagos e inyectados en sangre, seguían a sus compañeros con paso vacilante. Los gritos lejanos con que se llamaban y se respondían y el silbido acordado para reunir a los que faltaban fueron por momentos más débiles y más raros hasta que expiraron por fin en medio del silencio de la noche.

¡Qué silencio! El resplandor de las llamas no era ya más que un brillo intermitente. Las estrellas del firmamento, móviles hasta entonces, alumbraban a su vez el montón de cenizas donde se extinguieron por fin las últimas chispas. Una columna de humo moroso pendía aún a lo largo de las paredes como para ocultarlas a los ojos, y el viento parecía respetarla.

¡Todo había desaparecido.... todo! Aquellas paredes desnudas, aquellos techos abiertos, aquellos aposentos donde seres muy queridos, en el día de difuntos, habían tantas veces erguido sus cabezas por la mañana para renacer a una nueva vida, con nueva energía, donde tantos otros, igualmente queridos, habían pasado días de alegría o de tristeza, donde se hallaban mezclados tantos recuerdos y pesares, recelos y esperanzas..., ¡todo había desaparecido! No quedaba más que un vacío triste y desgarrador, un montón informe de polvo y ceniza, el silencio y la soledad de la nada.

LVI

Los amigos del Maypole, que no sospechaban la transformación que iba a producirse en su punto de reunión favorito, entraron en el bosque para dirigirse a Londres, pues queriendo evitar el calor y el polvo, en vez de seguir por la carretera, tomaron las sendas a través de los campos. A medida que se acercaban a la ciudad se detenían a hacer preguntas a los que pasaban sobre el motín y sobre la verdad de los hechos que les habían referido. Las respuestas que recibieron dejaban muy atrás las vagas noticias que habían llegado hasta la pacífica aldea de Chigwell. Un hombre les dijo que aquella misma tarde la tropa encargada de conducir a Newgate a algunos amotinados que acababan de ser interrogados por los jueces había sido atacada por el populacho hasta verse obligada a retirarse; otro les dijo que en el momento de salir de Londres se estaba fraguando la demolición de la casa de dos testigos que se habían

presentado a declarar en contra de los rebeldes, y otro que debía pegarse fuego aquella noche a la de sir George Saville en el barrio de Leicester Fields, y que sir George pasaría un mal rato si caía en manos del pueblo, porque era quien había presentado la ley en favor de los católicos. Todos decían que el motín estaba en acción, que era más fuerte y numeroso que nunca, que hacía estragos en todas partes, que el terror público crecía por momentos y que un gran número de familias habían huido de Londres. Pasó un tipo que llevaba la popular insignia y les insultó porque no llevaban escarapela en los sombreros, recomendándoles que fueran a la noche siguiente a ver una famosa función que iban a dar en las puertas de la cárcel. Otro les preguntó si eran resistentes al fuego cuando salían de casa sin llevar el distintivo de las personas honradas y finalmente, un tercero les mandó que le entregasen cada cual un chelín para los fondos de la Asociación. A pesar del disgusto que les causó esta contribución forzo-

sa y del temor que les infundían tan alarmantes noticias, persistieron en su idea y resolvieron comprobar con sus propios ojos la realidad del hecho. Doblaron el paso, como se hace siempre en tales casos cuando se acaban de recibir noticias que interesan y, comentando lo que habían oído, siguieron su camino sin hacer más preguntas.

Se había cerrado en tanto la noche, y cuando se aproximaron a Londres les reafirmó la verdad de lo que les había referido el resplandor que desde lejos pudieron ver de tres incendios, casi cerca uno de otro y cuya llama arrojaba lúgubres reflejos en el cielo. Al entrar en los arrabales vieron en la puerta de casi todas las casas estas palabras escritas con yeso en gruesos caracteres: «¡No más papismo!». Las tiendas estaban cerradas y se leía en todos los semblantes el terror y la alarma.

Cada uno de nuestros curiosos hacía para sí estas observaciones, nada tranquilizadoras, sin comunicarlas a sus compañeros, cuando llega-

ron a una barrera que se encontraba cerrada. En aquel momento un jinete que venía de Londres a galope llamó con voz conmovida al guarda de la barrera y le dijo:

-¡Abrid pronto, en nombre del cielo!

El guardia corrió con la linterna en la mano hacia la barrera, y se disponía a abrir cuando, volviendo el rostro por casualidad, exclamó:

-¡Por el amor de Dios! ¿Qué es eso? Fuego otra vez.

Al oír estas palabras los tres amigos del Maypole volvieron la cabeza y vieron a mucha distancia en el campo y por el lado de donde acababan de venir una llama inmensa que arrojaba en las nubes un brillo amenazador, como si el incendio estuviese en efecto detrás de ellos parecido a un sol en su ocaso de siniestro presagio.

-Si no me equivoco -dijo el jinete-, sé de dónde salen esas llamas. ¿Qué hacéis ahí parado, buen hombre? Abrid pronto.

-Señor -le dijo el guardia cogiendo las riendas del caballo en el momento de abrir la puerta-, me parece que os conozco; creedme, no os alejéis. Los he visto pasar y sé que son capaces de todo... Os asesinarán.

-¿Qué me importa? -dijo el jinete sin apartar los ojos del incendio.

-Pero, señor -dijo el guardia sin soltar las riendas-, si insistís en partir, llevad al menos la cinta azul. Tomad, señor -añadió quitándose la escarapela del sombrero-. Si la llevo, no es por mi gusto sino por necesidad; tengo miedo por mí y por mi casa. Llevadla tan sólo esta noche..., esta noche tan sólo.

-Haced, señor, lo que os dice este buen hombre -gritaron los tres amigos acercándose al caballo.

-Señor Haredale, os lo suplico, haced lo que os dice.

-¿Qué oigo? -preguntó el señor Haredale bajándose para ver mejor-. ¿No es la voz de Daisy?

-Sí, señor-respondió el sacristán-. Hacedlo, señor, hacedlo. Este hombre tiene razón. Vuestra vida depende acaso de ello.

-Decidme -respondió Haredale de pronto-. ¿Tendríais miedo de venir conmigo?

-Yo..., señor..., no.

-Pues bien, poneos esta escarapela en el sombrero. Si encontráis a esos miserables, les juraréis que os llevo preso por la escarapela, porque es tan cierto como que espero el perdón de Dios en el otro mundo, que no quiero que me perdonen, así como yo no les daré cuartel si llegamos a las manos esta noche. ¡Ea!, montad en la grupa... ¡pronto! Cogeos bien por mi cintura, no tengáis miedo.

Y en un instante desaparecieron a escape en medio de una densa nube de polvo. Afortunadamente el caballo sabía bien el camino, porque ni una vez, ni una sola vez en todo el viaje bajó los ojos el señor Haredale al suelo, ni los apartó un momento del resplandor que servía de guía y faro a su furioso galope. Una vez sólo dijo a

media voz: «¡Es mi casa!», pero no volvió a despegar los labios. Cuando llegaban a parajes donde el camino era más escabroso y sombrío, no se olvidaba nunca de poner su mano sobre Daisy para asegurarlo en la grupa del caballo, pero no cesaba de mirar fijamente el fuego. El camino era bastante peligroso, porque habían dejado la carretera para abreviar la distancia, siempre a escape por encrucijadas y sendas solitarias, donde las ruedas de los carros habían abierto roderas profundas, donde el paso estrecho estaba limitado por zanjas y vallados, y donde había sobre la cabeza arcadas de árboles corpulentos que aumentaban la oscuridad. Pero no importaba; adelante, adelante, adelante sin pararse un momento. Así llegaron hasta la puerta del Maypole, desde donde pudieron ver que el fuego empezaba a extinguirse, sin duda porque no le quedaba ya nada que devorar.

-Detengámonos un momento, un momento tan sólo, Daisy -dijo el señor Haredale ayudándole a bajar del caballo y siguiendo sus pasos-.

¡Willet! ¡Willet! ¿Dónde están mi sobrina y mis criados? ¡Willet!

Al tiempo que llamaba al posadero se precipitaba en la sala. ¿Qué vio al entrar? Al viejo John atado en la silla, el aposento devastado, todos los muebles rotos, revueltos y por el suelo. Era indudable, nadie había podido ir allí a buscar asilo. El señor Haredale era de carácter enérgico y estaba acostumbrado a reprimirse y a disimular sus más vivas emociones, pero aquel augurio funesto de los descubrimientos que debía esperar, porque al ver el incendio había adivinado que su casa estaba destruida desde sus cimientos, venció su valor y volvió el rostro después de tapárselo un momento con las manos.

-John, John -dijo Solomon, y el pobre hombre gritaba con toda la fuerza de sus pulmones-, querido John. ¡Ah! ¡Qué tristeza! No hubiera creído en toda mi vida ver el Maypole en tal estado. ¿Y qué diremos de la antigua mansión

de Warren, John? ¡Señor Haredale! ¡Querido John! ¡Qué espectáculo tan espantoso,

Y al mismo tiempo el sacristán, designando al señor Haredale, apoyaba los codos en el respaldo de la silla de Willet y lloraba como un becerro en el hombro del posadero. John los miraba en tanto sentado, mudo como una estatua, con una mirada fija que no era de este mundo y presentando todos los síntomas posibles de completa insensibilidad a todo lo que pasaba a su alrededor.

Sin embargo, cuando Solomon cesó de gritar y sollozar, siguió con sus abultados ojos la dirección de las miradas del sacristán, y empezó a manifestar alguna idea vaga de que podía estar allí alguien que había ido a verle.

-¿No me conocéis, John, no me conocéis? -dijo Solomon dándose un golpe en el pecho-. Soy Daisy..., el de la iglesia de Chigwell, el que toca las campanas... ¿No os acordáis del que canta los domingos en la capilla?

John Willet reflexionó algunos minutos, y después se puso a entonar en voz baja por un instinto mecánico *el Magnificat anima mea*...

-Eso es..., eso es -gritó el sacristán-, soy yo, el que canta las vísperas, John. Me conocéis, ¿no es verdad? Decidme que habéis recobrado el sentido.

-¡Recobrado! -dijo el posadero-. ¡Ah!

-¿Os han golpeado con palos, con hachas o con cualquier otro instrumento contundente? -preguntó Solomon dirigiendo una mirada de inquietud a la cabeza de Willet-. ¿Os han pegado o atacado?

John frunció las cejas, bajó los ojos como si se hallara abismado en algún cálculo de aritmética, volvió a levantarlos como si buscara en el techo el total de la suma rebelde, miró a Solomon Daisy de pies a cabeza, miró después el aposento a su alrededor y, vertiendo de cada ojo una gruesa lágrima redonda, aplomada y no del todo transparente, respondió moviendo la cabeza:

-¡Qué favor me hubieran hecho si me hubiesen asesinado!

-No, no digáis eso, John -repuso Daisy llorando-. Habéis perdido mucho, pero vivís a Dios gracias.

-Mirad, señor -dijo John volviendo sus dolorosas miradas hacia Haredale, que había doblado una rodilla en el suelo para desatar al posadero-. Mirad, señor. Hasta el mayo, el viejo mayo, a pesar de ser de madera e insensible, está mirando por la ventana como si quisiera decirme: «John Willet, John Willet, vamos a echarnos al estanque más inmediato, que será bastante profundo para ahogarnos, porque estamos perdidos para siempre».

-Callad, John, callad, por favor -le dijo su amigo, no menos asombrado de este doloroso esfuerzo de imaginación del posadero que del tono sepulcral con que hablaba del mayo.

-Vuestra pérdida es grande y penosa vuestra desgracia -dijo el señor Haredale lanzando una mirada de impaciencia hacia la puerta-, y no es

éste el momento oportuno para consolaros, ni sería yo el que podría hacerlo. Pero antes de separarnos respondedme, y os suplico me respondáis francamente. ¿Habéis visto a Emma o habéis oído hablar de ella?

-No -respondió Willet.

-¿Sólo habéis visto a esa canalla?

-Sólo.

-Confío en que habrán huido antes de que empezaran estas escenas espantosas -dijo el señor Haredale que, en medio de su agitación, de su impaciente deseo de volver a montar a caballo y de su poca habilidad para desenredar las cuerdas, no había desatado un solo nudo.

-Daisy, dadme un cuchillo.

-¿No tendríais por fortuna -dijo John mirando a su alrededor como para buscar su pañuelo o alguna otra cosa que hubiese perdido-, no tendríais alguno de vosotros... algún ataúd?

-¡Willet! -gritó el señor Haredale.

A Solomon se le cayó el cuchillo de las manos, un sudor frío bañó todo su cuerpo y exclamó:

-¡Cielos!

-Lo digo porque, un momento antes de llegar vos, señor -dijo el posadero mirando a Haredale-, he recibido la visita de un muerto que iba a Warren. Y si hubiera llevado consigo su ataúd lo hubieseis encontrado en el camino, habría podido deciros el nombre que llevaba en la tapa. Pero se lo ha llevado y no puedo decirlo.

El señor Haredale, que acababa de escuchar estas palabras con atención palpitante, se puso al instante en pie como movido por un resorte y, sin pronunciar una palabra, arrastró a Solomon Daisy hasta la puerta, montó a caballo, lo subió a la grupa y voló más bien que galopó hacia aquel montón de ruinas que era aún una mansión majestuosa cuando el sol al ocultarse en el ocaso la había iluminado con sus últimos rayos.

El posadero los miró, los escuchó, se miró a sí mismo para cerciorarse de que ya no estaba atado, y sin dar el menor indicio de impaciencia, de sorpresa o de disgusto, volvió a abismarse poco a poco en el estado letárgico del que sólo se había despertado un momento y de una manera muy imperfecta.

El señor Haredale ató el caballo al tronco de un árbol. Y estrechando el brazo del sacristán, se dirigió lentamente hacia el sitio donde algunas horas antes estaba su jardín. Se paró un instante a contemplar las humeantes paredes y las estrellas que enviaban su luz a través de los techos, desplomados hasta el montón de polvo y ceniza. Solomon dirigió una mirada tímida a la cara del caballero, y vio que sus labios estaban estrechamente unidos uno contra otro y que sus facciones respiraban una resolución sombría, sin que se le escapase una lágrima, una mirada o un ademán que revelara su dolor.

Desenvainó la espada, se aplicó la mano al pecho como si llevase consigo armas ocultas,

volvió a coger a Solomon por la muñeca y dio una vuelta al edificio con paso discreto, mirando en cada puerta y en cada abertura, retrocediendo cuando oía moverse una hoja y buscando a tientas con las manos en todos los rincones oscuros. Pero volvieron al punto de donde habían partido sin encontrar ninguna criatura humana o sin ver el menor indicio de que hubiera allí algún rezagado oculto.

Después de un momento de silencio, el señor Haredale gritó dos o tres veces, y dijo por fin en voz alta:

-¿Hay alguien escondido que conozca mi voz? Que no tema; puede salir.

Llamó a todos los de su casa por su nombre, y el eco repitió su lúgubre voz en varios tonos, pero sólo le contestó el silencio. Estaban al pie del torreón donde se hallaba la campana de alarma. El fuego no lo había respetado y sus techos habían sido además aserrados, cortados y hundidos, de modo que estaba abierto a todos los vientos. Sin embargo, quedaba un tra-

mo de escalera, al pie de la cual se había acumulado un gran montón de ceniza y de polvo; algunos fragmentos de escalones hundidos y rotos ofrecían varios puntos nada seguros y poco cómodos para asentar el pie, y después desaparecían detrás de los ángulos salientes del muro o en las sombras profundas que proyectaban otras porciones de ruinas, porque en este intervalo había asomado la luna en el horizonte y brillaba con argentino fulgor.

Mientras estaban allí en pie escuchando los lejanos ecos y esperando en vano oír alguna voz conocida, varios granos de polvo se deslizaron desde lo alto del torreón hasta el suelo. Conmovido Solomon por el más insignificante rumor en aquel sitio siniestro, fijó los ojos en el señor Haredale, y vio que acababa de alzar la vista hacia la torre y que la miraba con gran atención. El señor Haredale tapó con su mano la boca del sacristán y se puso en observación, diciéndole en voz baja, con la mirada inflama-

da, que si no quería morir ni hablase ni se moviese.

Después, reprimiendo el aliento y andando encorvado, se deslizó furtivamente en el torreón con la espada desenvainada y desapareció. Aterrado al verse solo en medio de aquella escena de destrucción después de lo que había visto y oído aquella misma noche, Solomon le hubiera seguido si la expresión y los ademanes de Haredale no hubiesen tenido al mandarle que no se moviese alguna cosa cuyo recuerdo lo tenía por decirlo así encantado. Permaneció, pues, como clavado en el sitio donde estaba, sin atreverse apenas a respirar y revelando en todas sus facciones la sorpresa y el terror.

Vuelven a caer cenizas que se deslizan y ruedan hasta el suelo, despacio..., muy despacio, y caen, y caen, y caen como si las aplastase un pie furtivo.

Y después aparece una figura que se dibuja en la sombra encaramándose también muy despacio y parándose con frecuencia para mirar

hacia abajo, que continúa su difícil ascensión y vuelve a desaparecer.

Pero vedla..., ya vuelve a asomar en medio de una luz oscura y dudosa. Ha llegado a mayor altura, pero no ha subido mucho, porque el camino es escarpado y penoso, y sólo puede avanzar lentamente.

¿Quién es el fantasma imaginario que persigue en la torre? ¿Por qué mira con tanta frecuencia hacia abajo? ¿No sabe que está solo? ¿Ha perdido acaso la razón? ¿Irá a arrojarse de cabeza desde lo alto de la pared vacilante?

Solomon sentía desfallecerse en su terror, cruzaba las manos, sus piernas temblaban, y un frío sudor inundaba su pálido rostro.

De no hallarse sin fuerzas habría desobedecido las órdenes del señor Haredale, pero era incapaz de pronunciar una palabra o hacer un movimiento; lo único que podía hacer era tener la vista fija en el pequeño claro de luna donde iba a ver aparecer sin duda la figura si conti-

nuaba subiendo, y cuando lo viera llegar allí, trataría de llamarlo.

Caen y ruedan más cenizas y tras ellas piedras que al llegar al suelo provocan un sordo estruendo.

Solomon tenía los ojos clavados en el claro de luna. La figura seguía subiendo y se veía su sombra en la pared.

¡Ah!, ya aparece otra vez, vuelve el rostro..., ¡allí está!

El sacristán, lleno de horror, lanzó un grito que penetró en el aire.

-¡Es el muerto! ¡Es el muerto! -exclamó.

Aún no había acabado de repetir el eco estas palabras cuando otra figura pasaba también por el claro de luna, se arrojaba sobre la primera, la derribaba, le ponía una rodilla en el pecho y le apretaba el cuello con ambas manos.

-¡Malvado! -gritó el señor Haredale con voz terrible porque era él-, ¿eres tú el que, por una infernal astucia, te haces pasar a los ojos de los hombres como muerto y sepultado, pero que el

cielo había reservado para este día de venganza? Por fin, por fin te tengo, infame, tus manos están teñidas con la sangre de mi hermano y de su fiel servidor, a quien asesinaste después para ocultar tu primer crimen. Rudge, asesino, monstruo de maldad, te prendo en nombre de Dios, que acaba de entregarte en mis manos. No, no; aunque tengas la fuerza de veinte hombres como tú -añadió al ver que el asesino forcejeaba-, no te escaparás esta noche de mis manos.

LVII

Barnaby seguía haciendo guardia delante de la puerta de la caballeriza, con la bandera al hombro, paseándose con expresión marcial y saboreando con placer el silencio y la tranquilidad de los que había perdido el hábito. Después del torbellino de ruido y de confusión en que había pasado los últimos días, estaba contento de verse solo y apreciaba mejor la dulzura de la soledad y de la paz. Apoyado a intervalos en el asta de su bandera y abismado en sus fantásticas meditaciones, brillaba en todo su rostro una radiante sonrisa y sólo cruzaban por su cerebro alegres visiones.

¿Acaso no pensaba en ella, en la mujer que más amaba en el mundo, en la pobre madre a la que había hundido en tan amarga aflicción? ¡Oh, sí! Ella ocupaba el centro de sus más brillantes esperanzas y de sus reflexiones más orgullosas, ella era la que iba a gozar de todo el honor, de toda la distinción de su hijo... Honra

y provecho, todo era para ella. ¡Qué contenta estará cuando oiga hacer elogios de su hijo! ¡Ah! No era necesario que Hugh se lo dijese, porque él ya lo había adivinado. Y por otra parte, ¡qué alegría la suya, sabiendo que nadaba en la abundancia, y cuánto se enorgullecía al pensar que ella debía de tener noticia de la elevada opinión que se tenía de él, el valiente entre los valientes, honrado con el primer puesto de confianza! Cuando todo aquel tumulto hubiese terminado, cuando se restableciera la paz, el buen lord hubiese vencido a sus enemigos y fueran ricos los dos, ¡con cuánto placer hablarían de estos tiempos de desorden y pena en que había sido un héroe! Cuando estuvieran sentados juntos, frente a frente, al resplandor de un crepúsculo suave y sereno, sin tener ya recelo alguno sobre el porvenir, con qué gusto podría decirle que su ventura era obra del pobre Barnaby, y cómo le daría una palmadita en la cara riéndose y diciendo: «¿Aún soy un idiota?».

Y al hacer estas reflexiones, Barnaby continuaba su paseo militar con el corazón más ligero, con paso más triunfante y entonando en voz baja una antigua canción.

Su compañero Grip, que también hacía guardia a pesar de ser tan aficionado a tomar el sol, prefería pasear y escudriñar por la caballeriza. Estaba muy atareado revolviendo con el pico y las patas la paja para ocultar todos los objetos que encontraba, y visitaba con preferencia la cama de Hugh, por la cual parecía tomarse un interés particular. Algunas veces Barnaby, asomándose a la puerta, le llamaba, y entonces salía el cuervo dando saltitos; pero se veía que era una mera concesión que creía deber hacer por lástima a la locura de su amo, y volvía enseguida a entregarse a sus graves ocupaciones. Hundía el pico en la paja, miraba, cubría el sitio como si, nuevo Midas, murmurase a la tierra sus secretos para sepultarlos en su seno, y todo esto lo hacía con aire socarrón, haciendo ver cada vez que pasaba Barnaby que

estaba mirando las nubes o el techo, y en una palabra, tomando en todos los conceptos su aspecto más grave, más profundo y más misterioso que de costumbre.

El día avanzaba, y Barnaby, a quien la consigna no prohibía comer y beber en la puerta, pues por el contrario le habían dejado una botella de cerveza y una cesta de provisiones, se decidió a almorzar, porque no había comido nada desde por la mañana. Se sentó en el suelo delante de la puerta y, colocándose la bandera sobre las rodillas, para no perderla en caso de alarma o de sorpresa, invitó a Grip a acompañarle en su banquete. El inteligente pájaro no se hizo de rogar y, saltando de lado hacia su amo, se puso a gritar al mismo tiempo:

-¡Soy un diablo, soy una Polly, soy una tetera, soy protestante! ¡No más papismo!

Había aprendido esta última frase de los excelentes caballeros con quienes trataba desde hacía algunos días, y la pronunciaba con una energía poco común.

-¡Bien, Grip, bien! -dijo su amo eligiendo para él los mejores bocados.

-¡No tengas miedo, muchacho! ¡Coo! ¡Coo! ¡Coo! ¡Valor! ¡Grip, Grip, Grip! ¡Hola! Queremos té. Soy una tetera protestante. ¡No más papismo! -gritaba el cuervo.

-¡Grip, viva Gordon! -le decía Barnaby.

El cuervo, torciendo la cabeza, miraba a su amo de lado como diciéndole: «Repítemelo».

Barnaby, que había comprendido perfectamente su deseo, le repitió la frase varias veces.

El pájaro le escuchó con profunda atención; y como si antes de elevar la voz quisiera ensayar este nuevo ejercicio, repitió algunas veces en voz baja aquel grito popular; después lo hizo batiendo las alas y chillando, y después, en fin, como en medio de su desesperación, sacando una infinita multitud de estrepitosos tapones con extraordinaria obstinación.

Barnaby estaba tan ocupado con su pájaro que no vio a dos jinetes que se dirigían hacia el punto que tenía obligación de custodiar. Sin

embargo, cuando estuvieron a unos cien pasos, los vio y, poniéndose inmediatamente en pie, mandó a Grip que entrase en la caballeriza, tomó con ambas manos la bandera y permaneció inmóvil esperando poder reconocer si eran amigos o enemigos.

Casi al mismo tiempo vio que de aquellos dos jinetes, uno era el amo y el otro el criado. El amo era precisamente lord George Gordon, ante el cual se presentó con la cabeza baja y los ojos fijos en el suelo.

-Dios os guarde, amigo mío -dijo lord George-. ¿Hay novedad?

-Todo está tranquilo, señor, todo va bien -respondió Barnaby-. Los otros se han ido por allí. ¿Veis ese camino? Por allí. Eran muchos.

-¿Y vos? -dijo lord George mirándolo con severidad.

-¡Oh! Me han dejado aquí de centinela... para hacer guardia..., para cuidar de esta casa hasta su regreso, y lo haré, señor, por lo mucho que os aprecio. Sois un buen caballero..., un exce-

lente caballero. Tenéis muchos enemigos, es verdad, pero pronto los venceréis, no temáis.

-¿Qué es eso? -dijo lord George señalando al cuervo, que miraba con un ojo desde la puerta de la caballeriza. Pero al hacer esta pregunta continuaba mirando a Barnaby con ademán pensativo, y según parecía con cierta inquietud.

-¡Cómo! ¿No lo sabéis? -respondió Barnaby riendo-. En primer lugar es un pájaro, mi pájaro, mi amigo Grip.

-¡Un diablo, una tetera, Grip, Polly, un protestante, no más papismo! -gritó el cuervo.

-No me extraña que me preguntéis lo que es -añadió Barnaby pasando la mano por el cuello del caballo de lord George-, porque muchas veces ni yo mismo lo sé, y sólo porque lo conozco muy bien sé que no es un pájaro. Grip es más bien para mí un hermano, y siempre está conmigo alegre, divertido, servicial... ¿No es verdad, Grip?

El pájaro respondió con un graznido amistoso y, saltando sobre el brazo de su amo, se dejó

acariciar con completa indiferencia, volviendo su ojo móvil y curioso hacia lord George y hacia su criado.

Lord George se mordió las uñas con expresión de desagrado; miró a Barnaby en silencio durante algunos momentos y después indicó a su criado con la mano que se acercase. John Grueby se llevó la mano al sombrero y se acercó.

-¿Habíais visto antes a este joven? -le preguntó su amo en voz baja.

-Dos veces, milord -dijo Grueby-. Lo vi entre la multitud anoche y el sábado.

-Os lo pregunto porque... ¿No os parece que tiene una expresión particular, extraña? -continuó lord George en voz baja.

-Me parece que está loco -respondió Grueby con enérgica concisión.

-¿Y qué es lo que os induce a creer que está loco? -le dijo el amo con tono de despecho-. Veo que hacéis juicios temerarios. ¿Por qué creéis que está loco?

-Milord, no hay más que mirar su traje, sus ojos y su agitación nerviosa; basta oírle gritar: «¡No más papismo!». Está loco, milord, está loco.

-Es decir, que según vuestro parecer ha de estar loco por fuerza un hombre que no se viste como los demás -repuso su amo encolerizado mirándose su propio traje-, un hombre que no es por su porte y sus maneras exactamente igual a los demás, un hombre que abraza con entusiasmo una causa que abandonan las gentes corrompidas e irreligiosas.

-Está loco, rematado -respondió el imperturbable John Grueby.

-¿Y os atrevéis a decírmelo a la cara? -gritó lord George volviéndose rápidamente hacia su criado.

-Se lo diría a cualquiera que me lo preguntara.

-Veo -dijo lord George- que el señor Gashford tiene razón. Creía que era efecto de sus preocupaciones, y me arrepiento, porque debía

haberme figurado que no era capaz de tan bajos sentimientos.

-Sé muy bien que el señor Gashford no hablará nunca favorablemente de mí -repuso Grueby, tocándose respetuosamente el sombrero-, pero me importa muy poco.

-Sois un ingrato -dijo lord George-, un espía tal vez. El señor Gashford tenía razón; ya no lo dudo. He hecho mal en conservaros a mi servicio; es un insulto indirecto que he hecho a un amigo digno de todo mi afecto y mi confianza. Bien lo sospeché cuando defendisteis a su enemigo el día que lo maltrató en Westminster. Os marcharéis de mi casa esta misma noche... o mejor ahora cuando volvamos. Cuanto más pronto, mejor.

-Si he de partir, soy también de vuestro mismo parecer, milord. ¡Que triunfe el señor Gashford! En cuanto a la acusación de espía, milord, me consta que no lo creéis. No sé qué sospecha es esa de la que habláis, pues no hice entonces más que defender a un hombre contra

doscientos, y os juro que siempre obraré del mismo modo en un caso igual.

-Basta -respondió lord George haciéndole un gesto para que se apartase-. No quiero más explicaciones.

-Si me permitís añadir dos palabras, milord, quisiera dar un consejo a este pobre idiota, y es que no esté por más tiempo aquí solo. La proclama ha circulado ya por muchas manos, y todo el mundo sabe que está comprometido en el asunto. Haría muy bien el pobre muchacho en ocultarse en un sitio seguro.

-¿Oís lo que dice? -gritó lord George a Barnaby, que les había mirado con asombro durante este diálogo-. Cree que deberíais tener miedo de continuar en vuestro puesto, y que os obligan a estar aquí tal vez contra vuestra voluntad. ¿Qué decís a eso?

-Lo que creo, pobre joven -dijo Grueby para explicar su consejo-, es que los soldados pueden venir a prenderos, y que indudablemente en tal caso os colgarán del cuello hasta que es-

téis muerto..., muerto..., muerto, ¿oís? Creo por lo tanto que lo más prudente sería que huyeseis de aquí cuanto antes.

-Es un cobarde, Grip, un cobarde -dijo Barnaby a su cuervo dejándolo en el suelo y tirándose hacia atrás el sombrero- ¡Que vengan! ¡Viva Gordon! ¡Que vengan!

-Sí -dijo lord George-, que vengan, que se atrevan a venir a atacar un poder como el nuestro, la santa liga de todo un pueblo. ¡Ah! ¿Con qué es un loco? Bien, bien. Estoy orgulloso de ser el líder de tan sublimes locos.

Al oír estas palabras, Barnaby, rebosando de alegría, tomó la mano de lord George, se la llevó a los labios, acarició las crines del caballo como si el afecto y el amor que le inspiraba el amo se extendiesen también hasta el animal, desplegó la bandera, la hizo ondear con solemnidad, y volvió a pasearse por delante de la puerta.

Lord George, con la mirada radiante y el rostro animado, se quitó el sombrero, lo agitó so-

bre su cabeza, y se despidió del idiota con entusiasmo. Después partió al trote, volviendo el rostro enfurecido para ver si le seguía su criado. El buen Grueby espoleó el caballo para alcanzar a su amo, después de invitar nuevamente a Barnaby a que se retirase por medio de signos repetidos, que no eran nada equívocos, pero a los cuales se resistió el idiota resueltamente, hasta que los dos jinetes desaparecieron en un ángulo del camino.

Hallándose solo otra vez, más enorgullecido que nunca del puesto que le habían confiado, y lleno además de entusiasmo al pensar en el aprecio particular de su jefe, Barnaby se paseaba en medio del éxtasis, de un sueño delicioso que lo embargaba aun estando despierto. Los rayos del sol que tenía enfrente habían penetrado en su alma. Sólo faltaba una cosa para que su alegría fuera completa. ¡Ah, si pudiera verle ella en aquel momento...!

El día declinaba, y el calor empezaba a ceder su puesto al frescor de la tarde. El leve viento

que soplaba del oeste mecía sus cabellos y hacía estremecer ligeramente su bandera. En aquel murmullo glorioso y en la calma del cielo y de la tierra había como un hálito fresco y libre en armonía con sus sentimientos. Nunca había sido tan feliz. Estaba, pues, apoyado en su bandera, mirando el sol que se ocultaba y pensando con una inefable sonrisa en que estaba de centinela para custodiar el oro enterrado en la caballeriza, cuando vio a lo lejos tres o cuatro hombres que se dirigían con paso rápido hacia la casa y que indicaban con la mano a los que estaban dentro que se retiraran para salvarse de un peligro inminente. A medida que se acercaban, sus ademanes y gestos eran más expresivos, y cuando estuvieron a cierta distancia desde donde podía oírse su voz, dijeron que llegaban los soldados.

Al oír estas palabras, Barnaby plegó la bandera en el asta. Su corazón latía con violencia, pero no pensaba en retirarse, y lo mismo tenía miedo él que su bandera. Los vigilantes que le

habían avisado, después de anunciarle el peligro que corría, se apresuraron a entrar en la casa, donde difundieron con su llegada el desorden y la alarma. Todos se pusieron entonces a cerrar puertas y ventanas, haciéndole signos para que huyese sin perder tiempo, y repitieron varias veces este aviso; pero por toda respuesta irguió la cabeza con expresión indignada y continuó firme en su puesto. Viendo, pues, que no había medio de persuadirlo, sólo pensaron en su propia seguridad, y huyeron de la casa, donde dejaron a una pobre anciana alzando al cielo las manos con desesperación.

Hasta entonces nada anunciaba que el temor producido por esta noticia no fuese imaginario; pero apenas habían transcurrido cinco minutos después de la evacuación de The Boot cuando se vieron aparecer a través de los campos algunos hombres en movimiento, y por el brillo de sus armas y de su uniforme que relucía al sol y por su marcha acompasada y contenida, por-

que avanzaban como un solo hombre, era fácil reconocer que eran... soldados.

Barnaby conoció al momento que era una numerosa partida de guardias de infantería, con dos caballeros con traje de paisano a su cabeza y una pequeña escolta de caballería. Avanzaban resueltamente, sin acelerar el paso al acercarse, sin dar un grito y sin manifestar la menor emoción ni inquietud. Barnaby reconoció desde ese mismo instante que eran soldados, pero aquel orden invariable tenía un aspecto singular e imponente para un hombre acostumbrado al estruendo y al tumulto de un populacho indisciplinado. No obstante, continuó resuelto a defender la puerta y los esperó con expresión marcial. Llegaron al patio de la taberna, donde hicieron alto. El oficial que los mandaba envió un ordenanza a los jinetes, que volvió con uno de ellos. Díjole al llegar algunas palabras, y dirigieron ambos una mirada a Barnaby, que reconoció en el jinete al que había desmontado en Westminster. Su aparición le

causó el mayor asombro. El jinete volvió adonde estaban sus compañeros algunos pasos más allá, después de hacer el saludo militar a su jefe.

El oficial gritó entonces: «¡Carguen!». Barnaby, pese a tener la seguridad de que aquellos preparativos se hacían por él, no pudo menos que oír con cierto placer el ruido de las culatas en el suelo y el sonido metálico de las baquetas en los cañones de los fusiles. Después de otras voces de mando, los soldados se desplegaron en una sola fila y cercaron todo el edificio a unos diez pasos de distancia. Al menos Barnaby no contó más entre él y los soldados que tenía enfrente. Los jinetes permanecieron sin moverse en la retaguardia.

Los dos caballeros vestidos de paisano, que se habían quedado aparte, avanzaron a caballo llevando en medio de ellos al oficial. Uno de estos señores sacó del bolsillo un bando y lo leyó. El oficial ordenó entonces a Barnaby que se rindiera.

En vez de contestar, se colocó en el umbral de la puerta y cruzó la bandera para defenderse. Después de un momento de profundo silencio el oficial le ordenó la rendición por segunda vez.

Tampoco contestó, y entonces tuvo que hacer un esfuerzo para dirigir los ojos a todos lados, hacia una media docena de adversarios que fueron a colocarse inmediatamente enfrente de él, antes de fijarlos en el que debía herir de preferencia cuando le asaltasen. Encontró los ojos de uno de ellos en el centro de la línea, y decidió descargar el primer golpe contra él aunque debiera perder la vida.

Reinó otro intervalo de silencio, y el oficial le ordenó por tercera vez que se rindiera.

Un momento después retrocedía y desde la caballeriza repartía golpes a derecha e izquierda como un loco. Dos de sus enemigos estaban tendidos a sus pies, y el que había elegido por víctima había caído en efecto el primero. Barnaby se dio cuenta de ello incluso en medio del

tumulto y el fragor de la lucha. No obstante, al tercer golpe cayó al suelo herido de un culatazo y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí se hallaba prisionero y oyó un grito de sorpresa del oficial. Grip, después de haber trabajado en secreto toda la tarde con inexplicable ardor, mientras todo el mundo estaba ocupado en otras cosas, había separado la paja de la cama de Hugh y removido con su pico de hierro la tierra recientemente excavada, dejando al descubierto un agujero donde se veían cucharillas y candeleros de oro, cálices y candelabros de plata, guineas... En una palabra, un verdadero tesoro.

Trajeron un saco y palas, desenterraron todo lo que había en el agujero descubierto por el cuervo y sacaron una carga que a duras penas pudieron llevar dos hombres. A Barnaby le quitaron cuanto tenía después de atarle los brazos a la espalda y de registrarlo detenidamente. Nadie le hizo ninguna pregunta, le dirigió un reproche ni manifestó por él lástima, rencor ni

curiosidad. Los soldados que había derribado fueron conducidos por sus compañeros con el mismo orden y la misma indiferencia que habían presidido todo lo demás. Finalmente, se le dejó bajo la custodia de cuatro soldados con bayoneta calada mientras el oficial dirigía en persona el registro de la casa y las caballerizas.

El registro duró poco. Los soldados volvieron a formar en el patio, colocaron entre filas a Barnaby y, a la voz de mando de «¡Marchen!», se alejaron con su prisionero.

LVIII

No tardaron mucho en llegar al cuartel, porque el oficial que mandaba la partida quería evitar la excitación del pueblo por el exceso de fuerza militar en las calles y, por otra parte, por un sentimiento de humanidad, deseaba dar la menor tentación posible a la multitud de intentar alguna rebelión para arrancar de sus manos al preso, estando muy convencido de que esto no dejaría de ocasionar derramamiento de sangre, y de que si las autoridades civiles que le acompañaban autorizaban a sus soldados a abrir fuego, la primera descarga heriría o mataría a un gran número de inocentes víctimas de su necia curiosidad. Hizo, pues, marchar su tropa a paso redoblado, evitando con prudencia las calles más concurridas y las encrucijadas, y tomando con preferencia el camino que creía menos infestado por los partidarios del desorden. Gracias a estas prudentes precauciones, no tan sólo pudieron volver a los cuarteles

sin obstáculos, sino que frustraron la tentativa de una cuadrilla de insurgentes, que se había reunido en una de las calles principales por donde creían que debía pasar la tropa y en la cual permanecieron mucho tiempo esperando para liberar a Barnaby después de que los soldados le hubieran dejado ya en un sitio seguro y hubieran cerrado las puertas del cuartel y reforzado las guardias para asegurar su defensa.

El pobre Barnaby fue encerrado en una sala con el suelo de piedra, donde olía fuertemente a tabaco y había unos tablones de madera que debían de servir de cama a unos veinte hombres. Algunos soldados en mangas de camisa cruzaban de un lado a otro, o comían en sus fiambreras. Se veían uniformes colgados de una hilera de palos salientes a lo largo de la pared blanqueada con cal, y una media docena de hombres acostados en los tablones durmiendo y roncando al unísono. Apenas había tenido tiempo de hacer estas observaciones cuando lo

sacaron de allí para trasladarlo a través del campo de maniobras a otra parte del edificio.

Lo condujeron a un pequeño aposento enlosado y abrieron una gran puerta forrada de hierro con algunos agujeros a cinco pies del suelo para dejar penetrar el aire y la luz. Era el calabozo, donde lo introdujeron. Después cerraron la puerta por fuera, colocaron delante un centinela, y abandonaron al idiota a sus reflexiones.

Aquella bodega o «calabozo», según decía en la puerta, era muy oscuro, y como el último que la había ocupado era un desertor borracho, no estaba muy aseada. Barnaby buscó a tientas un montón de paja en el fondo y, mirando hacia la puerta, trató de acostumbrarse a la oscuridad, lo cual no era fácil saliendo de la claridad del sol de una hermosa tarde de verano.

Delante de la puerta había una especie de pórtico o columnata que interceptaba la escasa luz que a duras penas hubiera podido abrirse paso por las pequeñas aberturas practicadas en

la puerta. Los monótonos pasos del centinela resonaban con rumor acompasado en las losas, recordando a Barnaby que una hora antes estaba haciendo también él de centinela, y cada vez que el soldado pasaba y volvía a pasar por delante de la puerta, su sombra oscurecía de tal modo el calabozo que cuando había pasado parecía que asomaba el día.

Cuando el preso hubo permanecido algún tiempo sentado en la paja mirando los agujeros de la puerta y escuchando los pasos cercanos o lejanos del centinela, el soldado se paró y descansó el arma en el brazo. Barnaby, incapaz de pensar o especular qué harían con él, había sido inducido por el paso regular del centinela en un sueño ligero, pero cuando el soldado se paró, advirtió que había dos hombres conversando bajo el pórtico que había cerca de la puerta del calabozo.

Le era imposible decir si hacía mucho rato que estaban allí hablando, porque se había abismado en un estado de apatía en el que

había olvidado completamente su situación, y en el momento en que oyó el ruido de la culata del centinela en el suelo, estaba a punto de contestar en voz alta a una pregunta que le hacía Hugh en la caballeriza. Aunque tenía la respuesta en los labios, al despertarse no se acordaba ya de nada. Las primeras palabras que llegaron a su oído fueron éstas:

-¿Por qué lo han traído aquí si lo van a sacar enseguida?

-¿Y adónde queríais que lo llevasen? ¿Creéis que puede estar más seguro en alguna otra parte? ¿Queríais que lo entregasen a una turba de cobardes que tiemblan como las hojas en el árbol a la menor amenaza de esa canalla?

-En efecto, es cierto.

-¡Si es cierto! Quisiera, Thomas Green, ser capitán en vez de sargento, y que me dieran a mandar dos compañías... No pediría más que dos compañías de mi regimiento. Que me llamaran entonces para apaciguar el motín, que

me dieran carta blanca y media docena de cartuchos de bala...

-¿Y creéis que eso es posible? -dijo la otra voz-. ¿Creéis que os darían carta blanca? Veamos, si el magistrado no quiere dar la autorización, ¿qué queréis que haga el oficial?

Esta dificultad pareció confundir al sargento, que salió del apuro enviando al cuerno a todos los magistrados.

-Soy de vuestra misma opinión -respondió su amigo.

-¿Qué necesidad hay de magistrados? -repuso el sargento-. Un magistrado en semejantes casos es una molestia, una especie de intruso inconstitucional. Voy a demostrarlo: se publica un bando, se prende a un hombre acusado en el bando y hay pruebas contra él y hasta un testigo ocular. ¿Qué se hace entonces? Es muy sencillo; se le manda arrodillar, y ¡apunten!, ¡fuego! Se le mete una bala en la cabeza. ¿Qué necesidad hay para esto de magistrados?

-¿Cuándo lo llevan ante sir John Fielding? -preguntó el primer interlocutor.

-Esta noche a las ocho -respondió el sargento-. Considerad las consecuencias de todo esto. El magistrado manda que lo lleven a Newgate. Bien, lo llevamos a Newgate. Los insurgentes nos atacan; retrocedemos ante los insurgentes; nos arrojan piedras, nos insultan y no les disparamos ni siquiera con el fusil. ¿Y por qué se ha de tener tanta paciencia? ¿Por qué? Porque hay magistrados. ¡Que se vayan al diablo los magistrados!

Después de darse el consuelo de agotar todas las maldiciones de su vocabulario contra los magistrados, el soldado no hizo oír más que un sordo gruñido que salía de vez en cuando de su garganta, siempre contra tan respetables autoridades.

Barnaby, que tenía inteligencia suficiente para comprender el significado de aquella conversación, permaneció inmóvil y atento hasta el fin, y cuando callaron, se dirigió de puntillas

hacia la puerta y, lanzando una mirada por los agujeros por los que entraba la luz, trató de ver a los que hablaban debajo del pórtico.

El que condenaba en términos tan enérgicos el poder civil era un sargento, como indicaban las cintas que ondeaban en su gorro. Estaba apoyado de lado en una columna, casi enfrente de la puerta, y mientras murmuraba entre dientes, dibujaba con su bastón arabescos en el enlosado. El otro estaba de espaldas al calabozo y no dejaba ver a Barnaby más que su forma, y a juzgar por las apariencias era un hombre robusto, bien formado y airoso, pero que había perdido el brazo izquierdo. Se lo habían amputado entre el codo y el hombro, y llevaba cruzada sobre el pecho la manga vacía.

Probablemente fue esta circunstancia la que despertó el interés de Barnaby. Había cierto carácter militar en sus ademanes, y llevaba una gorra elegante y una chaqueta que perfilaba bien su talle. Tal vez había terminado ya su servicio en el ejército, pero en todo caso no po-

día haber servido muchos años, porque era aún muy joven.

-Bien, bien -dijo con aire pensativo-. No sé quién tiene la culpa, pero no puede negarse que es muy triste que haya vuelto a Inglaterra para encontrarla en este estado.

-Supongo que hasta los cerdos van a mezclarse en el ajo -dijo el sargento con una imprecación contra los revoltosos- porque los pájaros han empezado ya a dar ejemplo.

-¿Los pájaros? -repitió Thomas Green.

-Si, los pájaros -respondió el sargento con tono enojado-. ¿No entendéis la lengua de los pájaros?

-No os entiendo.

-Entrad en el cuartel y encontraréis allí un pájaro que da gritos rebeldes como uno de ellos. Le oiréis decir: «No más papismo», como un hombre o como un demonio, porque él mismo presume serlo y, francamente, creo que tiene razón. Sin duda el demonio anda suelto

por Londres. Si por mí fuera, ya le habría estrujado el cuello.

El joven manco había andado ya dos o tres pasos para ir a ver el prodigioso pájaro cuando lo detuvo la voz de Barnaby, que gritó medio llorando, medio riendo:

-Es mío, es mi querido Grip. ¡Ja, ja, ja! No le hagáis daño. ¿Qué mal os ha hecho él? Yo le he enseñado lo que sabe, y no es culpa suya sino mía. Traédmelo, por favor. Es el único amigo que me queda. Por más que hagáis, no bailará, no hablará ni silbará. Pero conmigo es muy diferente, porque me conoce. No podéis figuraros lo que me quiere. ¿En verdad seréis capaz de hacerle daño a un pájaro? Sois un soldado valiente y no le haríais daño a una mujer o a un niño... Pues lo mismo pasa con un pájaro.

Esta última súplica se dirigía al sargento, que Barnaby, por su casaca encarnada y sus charreteras de seda, juzgaba de un grado muy superior en los honores militares y con la capacidad para poder decidir el destino de Grip con

una sola palabra. Pero este caballero, por toda respuesta, le envió al diablo como rebelde y bandido, y jurando por su sangre, sus ojos, su hígado y su cuerpo, acabó por asegurar que, de haber dependido de él, muy pronto les habría cortado el cuello al pájaro y a su amo.

-Sois muy valiente con un pobre preso -dijo Barnaby furioso-. Si estuviera al otro lado de la puerta que nos separa, y nos viésemos cara a cara, bien pronto os haría cantar en otro tono... Sí, sí, menead la cabeza cuanto queráis... ¡Matar a mi pájaro! Bien, intentadlo. Matad lo que queráis, pero cuidado con las represalias, cuando los que tienen ahora las manos atadas se vean libres y os encuentren a solas.

Después de este soberbio reto, volvió a su rincón murmurando:

-Adiós, Grip.

Y derramando un copioso llanto por primera vez desde su cautiverio, se ocultó la cara en la paja. Había creído al principio que el manco iba a defenderle, o que al menos le dirigiría una o

dos palabras de consuelo. ¿Por qué? No podía explicárselo, pero lo había imaginado. El joven manco, al oír su voz, tuvo cuidado de no volver el rostro hacia el calabozo y de permanecer inmóvil escuchando con atención todas las palabras de Barnaby. Tal vez esta atención, su juventud o su aire franco y honrado habían contribuido a formar las suposiciones del preso, pero en todo caso eran vanas, porque se alejó tan pronto como Barnaby cesó de hablar sin volver siquiera la cara. No importaba. Todo el mundo estaba contra él. Sólo le guardaba fidelidad su amigo Grip, y por eso repetía:

-Adiós, Grip. Adiós.

Al cabo de un rato abrieron la puerta y lo llamaron para que saliese. Se puso de pie al momento, porque no quería por nada en el mundo que creyesen que tenía miedo ni pesar. Salió, pues, y echó a andar como un hombre mirándoles cara a cara.

Ninguno de los soldados que lo acompañaban reparó siquiera en esta fanfarronada. Lo

condujeron al campo de maniobras por el mismo camino que habían seguido para venir en medio de una partida mucho más numerosa que la que lo había prendido por la tarde, y el oficial, a quien reconoció, le dijo en breves palabras que si trataba de huir, cualquiera que fuese la ocasión que encontrara de hacerlo con probabilidades de éxito, los hombres que mandaba tenían por consigna hacer fuego contra él en el acto. Lo colocaron entonces entre filas y lo sacaron del cuartel.

En este orden invariable llegaron a Bow Street, tribunal de primera instancia para las causas criminales, seguidos y estrechados por todas partes por una multitud cada vez más numerosa. Allí le hicieron comparecer ante un caballero muy obeso y muy miope, y le preguntaron si tenía algo que decir.

-¿Yo? -respondió Barnaby con asombro-. Nada. ¿Qué queréis que tenga que decir?

Después de algunos minutos de conversación que ignoró con total indiferencia, le anun-

ciaron que iban a conducirlo a Newgate. Y se lo llevaron.

Lo sacaron a la calle, tan rodeado de soldados que no podía ver nada; pero supo que había allí una gran muchedumbre gracias al ruido. Pronto quedó claro que el gentío no estaba del lado de los soldados por sus gritos y silbidos. ¡Con qué frecuencia y ansiedad escuchaba para ver si oía la voz de Hugh! No. No había una sola voz que conociera entre todas aquéllas. ¿Estaba Hugh también prisionero? ¿No había esperanza ninguna?

A medida que se acercaban a la cárcel, los gritos de la gente eran mas violentos. Les tiraron piedras, y de vez en cuando se producía una carga contra los soldados, bajo la que éstos se tambaleaban. Uno de ellos, que estaba muy cerca de él, resintiéndose de un golpe en la sien, alzó el fusil, pero el oficial se lo golpeó por debajo con la espada y le ordenó, a riesgo de su vida, que desistiera. Aquello fue la última cosa que vio con claridad, porque directamente des-

pués le empujaron, lo golpearon por todos los lados, como si estuviera en un mar tempestuoso. En dos o tres ocasiones lo derribaron, pero ni siquiera entonces pudo eludir su vigilancia. Atrapado así, se vio empujado hasta un corto tramo de escaleras y por un momento vislumbró las luchas entre la muchedumbre, y unas pocas casacas rojas esparcidas, aquí y allá, tratando de reunirse con sus compañeros. Inmediatamente después, estaba oscuro y se encontró en medio de la cárcel rodeado por un grupo de hombres.

Había allí un herrero que esperaba para ponerle las cadenas y, tropezando bajo el insólito peso del hierro de que iba cargado, fue conducido a un calabozo de piedra donde lo dejaron con toda seguridad después de haber cerrado todos los cerrojos y las barras de la puerta. Tenía consigo un compañero al que habían arrojado allí sin que él lo advirtiera al principio. Era Grip que, cabizbajo y con las negras plumas

manchadas y erizadas, parecía condolerse y participar de la adversa fortuna de su amo.

LIX

Es necesario en este momento volver con Hugh, a quien hemos dejado dispersando a los incendiarios de Warren con un santo y seña para encontrarse en otro punto y volviendo a entrar furtivamente en la oscuridad de donde acababa de salir por un momento para no aparecer ya en toda la noche.

Se detuvo en el bosquecillo que lo protegía de la observación de sus enloquecidos compañeros y esperó para saber si se habían dispersado como les había pedido o todavía seguían allí y le llamaban para que se uniese a ellos. Vio que unos pocos no eran partidarios de irse sin él y se acercaron al lugar en el que estaba escondido como si fueran a seguir sus pasos y pedirle que volviera; pero esos hombres, siendo a su vez llamados por sus amigos, y en verdad no muy dispuestos a adentrarse en los rincones oscuros del bosque, donde podían ser fácilmente sorprendidos y detenidos si alguno de los

vecinos o criados de la casa estaban observándolos entre los árboles, pronto abandonaron la idea y, uniéndose rápidamente a esos hombres a medida que los iban encontrando, huyeron de allí.

Cuando estuvo satisfecho porque la gran masa de insurgentes estaba imitando este ejemplo, y porque aquel lugar se estaba quedando ya solitario, se adentró en la parte más espesa del bosquecillo y, chocando con las ramas al pasar, se encaminó directamente hacia una luz distante, guiado por ella, y por el resplandor del fuego a su espalda.

A medida que se acercaba cada vez más al parpadeante faro hacia el que caminaba, se empezó a revelar el rojo resplandor de unas cuantas antorchas, y las voces de un grupo de hombres hablando en voz baja rompió el silencio que, con la salvedad de algún que otro grito lejano, todavía imperaba. Acabó por salir del bosque y, saltando una zanja, se encontró en una senda oscura donde un grupo de bandidos

de aspecto desagradable que había dejado allí un cuarto de hora antes esperaban su regreso con impaciencia. Estaban reunidos alrededor de un viejo coche, cuyas portezuelas caídas se hallaban además custodiadas por Tappertit y Dennis. Simon mandaba la partida y, usando sus prerrogativas de jefe, fue el primero que dirigió la palabra a Hugh. Durante el diálogo, los demás, que estaban sentados en el suelo alrededor del coche, se levantaron y formaron un grupo.

-¿Todo va bien? -preguntó Tappertit en voz baja.

-No va mal -respondió Hugh en el mismo tono-. Ya los he convencido. Empezaban a dispersarse cuando me he separado de ellos.

-¿Y es seguro el camino?

-¡Oh, no temáis por los compañeros! No encontrarán a mucha gente dispuesta a enfrentárseles después de la hazaña que se sabe que acaban de llevar a cabo. ¿No podéis darme un trago para apagar la sed?

Cada uno de ellos había hecho su provisión en la bodega y le ofrecieron enseguida media docena de botellas. Eligió la mayor, se la puso en la boca y vació todo el vino, que entraba a sonoros borbotones en su garganta. Cuando no quedó una sola gota, la arrojó al suelo, alargó la mano para coger otra que vació de un tirón, y le pasaron la tercera, de la que sólo bebió la mitad, guardando lo restante.

-¡Buen vino! Muchachos, ¿no tenéis algo que comer? Tengo un hambre de lobo. ¿Quién ha visitado la despensa?

-Yo, amigo mío -respondió Dennis-. Ahí guardo un buen trozo de fiambre, y si queréis...

-Con toda el alma -dijo Hugh sentándose en el camino-. Sacadlo y hablemos. Que me alumbren y me rodeen. Quiero darme tono de caballero.

Los que custodiaban el coche no necesitaban ser estimulados para armar jolgorio y escándalo, porque todos habían bebido más de lo aconsejable y no había uno solo entre los que corrie-

ron a agruparse a su alrededor que tuviera la cabeza más despejada que Hugh.

Dos de ellos, los de aspiraciones más modestas o más serviles, se colocaron a su lado con antorchas para iluminar el gran banquete, y Dennis, que había sacado del fondo del sombrero un pedazo de empanada, lo colocó solemnemente delante de Hugh. Éste pidió prestada una navaja con tantos dientes como una sierra y se concentró en la empanada vigorosamente.

-Decidme, hermano -le preguntó Dennis al cabo de un rato-, ¿no os parece que os sentaría muy bien tragaros todos los días un incendio como éste una hora antes de comer para abrir el apetito? ¡Qué bien os prueban los incendios, amigo mío!

Hugh lo miró, así como a las caras ennegrecidas de que estaba rodeado, y suspendiendo por un momento el ejercicio de sus mandíbulas para hacer una floritura con la navaja contra un

enemigo imaginario, contestó con una estrepitosa carcajada.

-Mantened el orden -dijo Simon Tappertit en tono de mando.

-¿Acaso no puede un hombre -dijo Hugh apartando con la navaja a los que le impedían ver a Simon y riendo a carcajadas-, formidable capitán, permitirse un rato de diversión después de haber trabajado tanto? ¡Qué capitán tan severo! Vos no sois un capitán, sois un tirano.

Y se esforzó en reprimir las convulsiones que le causaba la risa.

-Quisiera que hubiese siempre un compañero a su lado que le pusiera constantemente una botella en la boca para hacerle callar, porque me temo que sus gritos y sus risas van a atraernos un regimiento de soldados.

-¿Y que? -repuso Hugh-. ¡Mejor! ¿Qué nos importa?, ¿creéis que me dan miedo? Que vengan... cuanto antes mejor. Dejadme a mí solo con Barnaby y veréis qué pronto retroceden

escarmentados todos los soldados de Inglaterra. ¡A la salud de Barnaby!

Sin embargo, como la mayor parte de sus compañeros presentes tenían suficiente por aquella noche y no deseaban otro combate en el estado de cansancio y de sueño en que se hallaban, se pusieron de parte de Tappertit, e instaron a Hugh a que acabase de cenar, diciendo que habían diferido demasiado la partida.

Hugh, hasta en medio de su frenética embriaguez, no podía menos que reconocer que corrían gran peligro permaneciendo en el escenario de todo aquel tumulto y acabó de cenar con toda formalidad y en el mayor silencio.

Con el último bocado se levantó, se acercó a Tappertit y, dándole una palmada en el hombro, le dijo:

-Podemos partir en cuanto queráis. Hay lindos pájaros en la jaula, ¿no es cierto? Pajarillos muy delicados, tiernas y amorosas palomas. Yo las he puesto en la jaula. Por lo tanto quiero recrearme mirándolas otra vez.

Y al decir estas palabras, empujó a Simon, subió sobre un estribo que estaba medio caído, levantó el cristal de la portezuela y se asomó al coche mirando como el tigre que va a devorar su presa.

-¿Sois vos, linda señorita, la que me ha arañado y pegado? -preguntó cogiendo una mano infantil que hacía vanos esfuerzos para rechazar las de Hugh-. ¿Cómo es eso? ¿Os atrevéis a ser tan cruel con esos ojos tan chispeantes, con esos labios de carmín y ese talle tan gracioso? Pues bien, por eso mismo me gustáis más, señorita, os lo juro. Quiero que me deis puñaladas, si eso os da placer, con tal que seáis vos después mi enfermera. ¡Cuánto me gusta ver ese ceño tan altivo y desdeñoso! Nunca habéis estado más linda, y sin embargo, ¿quién puede alabarse de ser tan linda como vos, niña preciosa?

-Basta -dijo Tappertit, que había oído estos requiebros con manifiesta impaciencia-. Marchémonos.

La hermosa mano, desde el fondo del coche, acudió en auxilio de esta orden, rechazando con todas sus fuerzas la rústica cabeza de Hugh y bajando el cristal en medio de la estrepitosa risa del repudiado, que insistía en lanzar otra mirada dentro del coche porque la última le había despertado el deseo de disfrutar de tan sabroso espectáculo. Sin embargo, al ver que estallaba en quejas y murmullos la impaciencia por tanto tiempo reprimida de sus compañeros, renunció a su designio y se sentó en el pescante, contentándose de vez en cuando con acercar su cara a la ventanilla y lanzar una furtiva mirada.

Simon Tappertit, subido en el estribo y suspendido como un hermoso paje de la portezuela, daba desde allí sus órdenes al postillón con actitud de mando y con voz militar. Los demás seguían detrás o se agrupaban al lado del coche como podían. Había algunos que, a ejemplo de Hugh, trataban de ver a hurtadillas el rostro cuya belleza alababan tanto, pero muy pronto

les curaba de su curiosidad e indiscreción un garrotazo de Tappertit.

Así continuaron su viaje por caminos apartados y numerosos rodeos, observando un orden bastante regular y guardando un silencio bastante discreto, a excepción de cuando hacían alto para cobrar aliento o disputaban sobre cuál era el mejor camino para llegar a Londres. Finalmente, cuando entraron en Londres por un arrabal donde nunca habían estado, eran las doce de la noche y las calles estaban oscuras y desiertas. Pero aquello no era lo peor, puesto que el coche se detuvo en un lugar solitario y Hugh abrió la puerta de repente y se sentó entre ellas.

En vano gritaron pidiendo socorro. Hugh les pasó el brazo alrededor del cuello y juró por todos los diablos del infierno que les cerraría la boca a besos si no estaban quietas y calladas como difuntas.

-He subido al coche para evitar que gritaseis -dijo-, y ya sabéis cuál será el castigo. Así pues,

si queréis gritar, mejor, porque seré yo el beneficiado. De modo que si me amáis, señoritas, gritad, y si no me amáis, guardad silencio.

Volvió a partir el coche al trote y probablemente con una escolta menos numerosa que antes, aunque la oscuridad de la noche, pues habían apagado las antorchas, no les permitió cerciorarse de ello por sus propios ojos. Retrocedían las dos pobres jóvenes para no tocarlo cada cual hacia su rincón, pero Dolly, por más que retrocedía, sentía su cintura enlazada siempre en el asqueroso brazo que la estrechaba. No gritaba ni hablaba, pues el terror y la repugnancia no le dejaban fuerzas para hacerlo; únicamente le rechazaba el brazo con tal energía que creía iba a morir en estos esfuerzos supremos para desprenderse, y se deslizaba al fondo del coche volviendo el rostro y continuando su defensa con un vigor que la asombraba a ella misma tanto como a su perseguidor. El coche volvió a pararse.

-Llevaos a ésta -dijo Hugh al hombre que acudió a abrir la portezuela cogiendo la mano de Emma Haredale y viendo que volvía a caer inanimada-. Se ha desmayado.

-Mejor -dijo Dennis, porque era él aquel amable caballero-, así estará más quieta. Me gustan las mujeres desmayadas, a no ser que sean tranquilas y mansas.

-¿Podéis llevarla vos solo en brazos? -preguntó Hugh.

-No puedo saberlo antes de intentarlo. Pero me parece que sí... ¡He llevado a tantas durante mi vida! -dijo el verdugo-. ¡Hup! No pesa poco, amigo mío. Con todas las muchachas sucede lo mismo. Otro empujón... ¡Bien! Ya la tengo.

Y tomando en sus brazos a Emma se alejó bamboleándose bajo su carga. -Ahora vos, linda palomita -dijo Hugh asiendo a Dolly por la cintura-. Acordaos de lo que os he dicho: por cada grito, un beso. Gritad ahora, ingrata, si me amáis. Vamos, señorita, un grito, por favor... Un solo grito.

Rechazando su cara con todas sus fuerzas, echando hacia atrás la cabeza, Dolly se dejó sacar del coche y fue llevada tras Emma a una miserable cabaña en la que su raptor la dejó con cuidado en el suelo.

-Atención, señoritas -dijo el verdugo-, y no olvidéis lo que voy a anunciaros. No soy hombre muy aficionado a las damas, y no trabajo por mi cuenta, pues no hago más que prestar un servicio a mis amigos. Pero estoy viendo que si todas son lindas como vosotras, voy a trocar los papeles, y os confieso francamente que no representaré mucho tiempo un personaje secundario.

-¿Por qué nos habéis traído aquí?-preguntó Emma-. ¿Para matarnos?

-¡Mataros! -exclamó Dermis sentándose en un banquillo y mirándola con toda la amabilidad de que era capaz-. Niña, ¿quién se atrevería a cortar el cuello a dos palomitas como vosotras? Preguntad más bien si os han traído aquí para casaros y lo habréis adivinado.

E intercambió una risa espantosa con Hugh, que apartó la mirada de Dolly a propósito.

-No, no, amor mío, no os matarán. Más bien al contrario.

-Vos que tenéis más edad que vuestro amigo -dijo Emma temblando-, ¿no os compadeceréis de nosotras? Haceos cargo de que somos unas débiles mujeres.

-Ya lo veo, querida -repuso el verdugo-, muy ciego tendría que estar para no verlo teniendo delante de los ojos dos modelos tan perfectos de vuestro sexo. Lo veo, lo veo, y no soy yo el único que lo ve, señorita.

Negó con la cabeza burlonamente, lanzó una mirada lasciva a Hugh de nuevo y se rió a carcajadas, como si hubiera dicho alguna cosa de carácter noble.

-Aquí no se matará a nadie, querida. Ni mucho menos. Pero os diré una cosa, hermano -dijo Dennis, inclinando su sombrero con el fin de rascarse la cabeza, y mirando con gravedad a Hugh-, vale la pena señalar, como prueba de

la extraordinaria igualdad y dignidad de nuestra ley, que no hace distinciones entre los hombres y las mujeres. He oído al juez decir a un bandolero o a un asaltador de casas que hubiera atado a una mujer por el cuello y los talones (y ya me excusarán que me refiera a esto, señoras), y la hubiera metido en una bodega, que no tenía consideración por las mujeres. Pues a mí me parece que ese juez no sabía lo que se hablaba, y que si yo hubiera sido ese bandolero o asaltador, le debería haber respondido: «¿Qué decís, señor? Mostré a las mujeres la misma consideración que muestra la ley, ¿qué más queréis?». Si contarais en los periódicos el número de mujeres que han sido ajusticiadas sólo en esta ciudad en los últimos diez años -dijo Dennis reflexivamente-, os sorprendería el total, sí, os sorprendería. He aquí una ley digna e igual, ¡hermosa! Pero no tenemos la certeza de que vaya a durar mucho. Por lo que decían estas papistas, no me sorprendería que fueran y cambiaran incluso eso un día de éstos.

El tema, quizá siendo demasiado exclusivo y de naturaleza estrictamente profesional, no interesó a Hugh tanto como su amigo esperaba. Pero no tenía tiempo de insistir, pues en ese momento entró Tappertit precipitadamente. Al verlo, Dolly soltó un grito de alegría, y casi se arrojó en sus brazos.

-No lo dudaba -exclamó-. Mi padre ha venido. ¡Gracias, Dios mío, gracias! ¡El cielo os bendiga, Simon!

Simon Tappertit, que al principio se había imaginado que la hija del cerrajero, no pudiendo reprimir más su pasión por él, iba a declarar que era suya para siempre, pareció desconcertado al oír las palabras de Dolly, y fue mayor su desengaño cuando Hugh y Dennis lo recibieron con una gran carcajada y la pobre niña retrocedió dirigiendo una mirada fija e inquieta a su pretendido galán.

-Señorita Haredale -dijo Simon después de un silencio incómodo-, creo que estáis aquí tan bien como lo permiten las circunstancias. Dolly

Varden, querida mía, mi tierno y delicioso amor, creo que tampoco vos podéis quejaros.

¡Pobre Dolly! Muy pronto comprendió toda la verdad y, tapándose la cara con las manos, rompió en amargos sollozos.

-No veáis en mí, Dolly -dijo Simon con la mano sobre el pecho-, no veáis en mí un aprendiz, un obrero, un esclavo, la víctima del tiránico yugo de vuestro padre, sino el jefe de un gran pueblo, el capitán de un noble ejército del cual estos señores son, por así decirlo, los cabos y sargentos. Ved en mí no un individuo como todo el mundo, sino un hombre público; no un remendón de cerraduras, sino un médico de las llagas vivas de su desgraciada patria. Dolly Varden, ¡cuántos años hace que esperaba este momento! ¡Cuántos años hace que aspiraba a realzaros y ennobleceros con mi elección! Pero estoy al fin pagado de mis afanes. Ved en mí en adelante... a vuestro esposo. Sí, hermosa Dolly, encantadora Dolly, Simon Tappertit es vuestro para siempre.

Y al pronunciar estas palabras se acercó a Dolly. Ella retrocedió hasta tropezar con la pared y, no pudiendo huir más, cayó al suelo. Persuadido Simon de que aquel desdén no era más que pudor, trató de levantarla; pero Dolly, acosada por la desesperación, lo asió con ambas manos del cabello, y gritando en medio de su llanto que era un pillo y que nunca había sido otra cosa, lo sacudió, zarandeó y le descargó tan terribles puñetazos que era un placer verla y oír al desgraciado pedir auxilio. Nunca había parecido tan bella a Hugh como en aquel momento.

-Es lógico que esta noche tenga los nervios muy excitados -dijo Simon arreglándose el enmarañado cabello y abotonándose el chaleco desgarrado-. No sabe lo que hace. Tendremos que dejarla sola hasta mañana para ver si se sosiega. Llevadla a la casa de al lado.

Hugh la cogió al momento en sus brazos; pero fuera porque Tappertit se enternecía realmente al ver su dolor, o porque no le pareciese

muy decoroso que su futura esposa se retorciese en brazos de otro hombre, después de un momento de reflexión mandó a Hugh que la soltase y la miró con severidad mientras corría a refugiarse en los brazos de la señorita Haredale, ocultando en los pliegues de su vestido el rubor de su frente.

-Estarán aquí juntas hasta mañana por la mañana -dijo Simon, que había tenido tiempo de recobrar toda su dignidad-. Hasta mañana. Salgamos.

-¿Cómo, capitán? -dijo Hugh riendo-. ¿Que salgamos?

-¿Qué os hace reír? -preguntó Simon con autoridad.

-Nada, capitán, nada -respondió Hugh, y al mismo tiempo daba una palmada en el hombro a Tappertit y prorrumpía en nuevas carcajadas sin explicar el motivo.

Tappertit lo miró de pies a cabeza con una expresión de soberano desdén que estimuló

más su risa, y dijo volviéndose hacia las hermosas cautivas:

-Señoras, no olvidéis que esta casa está vigilada por todos lados, y que el menor grito daría lugar al instante a las más funestas consecuencias. Mañana os anunciaremos a una y a otra nuestras intenciones. Entre tanto, tened cuidado de no asomaros a la ventana y de no pedir socorro a los transeúntes, porque a la primera palabra el público verá que venís de una casa católica, y todos los esfuerzos de nuestra gente para defender vuestra vida serían impotentes para salvaros.

Después de este aviso, que no carecía de verosimilitud, se dirigió hacia la puerta seguido de Hugh y de Dennis.

Se pararon un momento antes de salir para contemplarlas enlazadas una en brazos de otra, y después salieron de la cabaña, cerraron la puerta por fuera y pusieron centinelas alrededor del edificio.

-¿Sabéis -dijo Dennis a sus compañeros- que tenemos aquí a dos preciosas muchachas? La de Gashford vale tanto como la otra, ¿no creéis?

-¡Silencio! -dijo Hugh con precipitación-, no citéis a las personas por su nombre, porque es una mala costumbre.

-Pues bien, no quisiera estar en su puesto cuando venga a hacer su declaración ese caballero que no queréis que nombre -dijo Dennis.

-¿Por qué?

-Porque es una de esas morenas de ojos negros, orgullosas y terribles, de las que no me fiaría si las viera con un cuchillo en la mano. He visto a más de una, pero especialmente cierta morena que fue ejecutada hace muchos años: también estaba implicado un caballero. Recuerdo que me dijo con el labio trémulo, pero con un corazón tan firme como el de Judit delante de Holofernes: «Dennis, voy a morir, pero quisiera tener en mi mano un cuchillo y verlo delante de mí para traspasarle de parte a parte

el corazón». ¡Oh!, estoy seguro de que hubiera hecho lo que decía.

-¿Y a quién quería traspasar el corazón? -preguntó Hugh.

-¿Cómo queréis que os lo diga -dijo Dennis- si no lo nombró?

Hugh pareció tentado a pedir más noticias sobre este recuerdo incoherente, pero Simon Tappertit, que había permanecido hasta entonces abismado en una profunda meditación, dio una nueva dirección a sus pensamientos.

-Hugh, habéis trabajado mucho esta noche, y seréis recompensado. También vos, Dennis... ¿No desearíais robar alguna muchacha linda?

-No -respondió el verdugo pasándose la mano por la canosa barba de dos pulgadas de longitud-, no estoy enamorado.

-Muy bien -dijo Simon-, en tal caso buscaremos otro medio para recompensaros. En cuanto a vos -añadió volviéndose hacia Hugh-, podéis contar con Miggs, la joven que os he prometido,

y la tendréis antes de tres días. Fiaos de mi palabra de honor.

Hugh le dio las gracias de todo corazón y se puso a reír con tanto gusto que se apretaba los costados y se veía precisado a apoyarse en el hombro de su capitán para no caerse al suelo en medio de las convulsiones de su risa.

LX

Los tres distinguidos compañeros se dirigieron hacia The Boot con intención de pasar la noche en tan decente albergue y buscar el reposo que tanto necesitaban, porque habiendo llevado a cabo la obra de destrucción que habían meditado, y teniendo en lugar seguro sus presas, principiaban a sentirse rendidos y a experimentar los efectos enervadores de los trasportes de locura que les habían arrastrado a tan deplorables resultados.

A pesar de la lasitud y fatiga que le oprimía ahora, en común con sus dos compañeros, y seguro de que al igual que todos los que habían tomado parte activa en aquella operación, la estentórea alegría de Hugh estallaba de nuevo cada vez que miraba a Simon Tappertit, y se desahogaba -para indignación del caballero- con tales gritos y carcajadas que temieron que llamara la atención de la gente y los arrastrara a alguna refriega, cosa que en su presente estado

de cansancio no les auguraba muy buen resultado. Incluso Dennis, que no era ni mucho menos el epítome de la gravedad o la dignidad, y que sentía un gran entusiasmo por las excéntricas humoradas de su amigo, le recriminó su imprudente conducta, que consideró poco menos que una especie de suicidio, algo equivalente a un hombre ajusticiándose sin ser apresado por la ley, cosa que, dijo, no podía ser más ridícula o poco propicia.

Felizmente para ellos cesó entonces de reír y continuaron su marcha sin estrépito hasta que vieron salir con precaución de su escondite a un amigo que estaba encargado de velar toda la noche por las cercanías para avisar a los rezagados de que había peligro en meterse en aquella ratonera.

-No paséis adelante -les dijo.

-¿Por qué?-preguntó Hugh.

-Porque la casa está llena de soldados desde que la invadieron ayer tarde. Los que estaban dentro han caído presos o han huido. He impe-

dido ya a muchos que fueran allí a dejarse prender, y creo que han ido a los mercados y a las plazas a pasar la noche. He visto a lo lejos el resplandor de los incendios, pero creo que ya están apagados. Según he oído decir a los que pasaban de un lado a otro, no las tienen todas consigo. En cuanto a Barnaby, de quien me pedís noticias, os aseguro que no he oído hablar de él, ni lo conozco siquiera de nombre, pero parece que han apresado aquí a un hombre y que lo han llevado a Newgate. Pero no sé si es cierto.

El terceto de amigos deliberó al recibir estas nuevas sobre lo que debían hacer. Hugh, suponiendo que era muy posible que Barnaby hubiera caído en poder de los soldados mientras hacía de centinela en la puerta de la caballeriza, proponía acercarse furtivamente a la casa y prenderle fuego; pero sus amigos, que no tenían ganas de aventurarse en empresas tan temerarias sin tener a las espaldas un ejército respetable de insurgentes, le demostraron

que si era cierto que habían cogido a Barnaby, la justicia lo tendría ya en lugar seguro, pues no serían tan necios para custodiarlo toda la noche en una casa aislada y sin defensa. Cediendo a estas razones y dócil a sus consejos, Hugh consintió en retroceder y en dirigirse hacia Fleet Market, donde encontraría probablemente a algunos de sus más intrépidos compañeros de glorias y fatigas que habrían ido a aquel punto después de recibir el mismo aviso.

Sintiendo cómo crecía su fortaleza y su ánimo, ahora que era necesario volver a pasar a la acción, se apresuraron prácticamente olvidando la fatiga que arrastraban hacía apenas unos minutos y pronto llegaron a su lugar de destino. Era ya entonces de día, pero la mañana era fría y un grupo de hombres estaba alrededor del fuego en un establecimiento público, bebiendo ponche, fumando en pipa y planeando nuevas acciones para el día siguiente. Como Hugh y sus dos amigos eran conocidos por la mayor parte de aquellos caballeros, fueron re-

cibidos con muestras de distinguida aprobación y se les ofrecieron los sitios de preferencia para sentarse.

-Según parece -dijo Hugh-, los soldados han tomado posesión de The Boot. ¿Hay aquí alguno de vosotros que pueda decirnos lo que ha sucedido?

-Sí -respondieron a un tiempo varias voces.

Pero como casi todos los que se encontraban allí habían tomado parte en el incendio de Warren, y los restantes en alguna otra expedición nocturna, se vio que nadie sabía más que Hugh sobre lo sucedido.

-Lo pregunto -dijo Hugh- porque ayer dejamos allí a un hombre de centinela y ya no está. Ya sabéis a quién me refiero, Barnaby, el que arrojó del caballo al oficial en Westminster. ¿Lo ha vuelto a ver alguno de vosotros? ¿Sabéis si ha huido?

Todos negaban con la cabeza mirándose unos a otros como para interrogarse, cuando llamaron a la puerta. Era un hombre que pre-

guntaba por Hugh, y que decía que había de verlo indispensablemente.

-¿No es un hombre solo? -dijo Hugh a los que custodiaban la puerta-. Pues dejadle entrar.

-Sí, sí -repitieron los demás-, que entre, que entre.

Por consiguiente se quitaron los obstáculos que defendían la puerta, la abrieron y vieron entrar a un manco con la cabeza y la cara envueltas en un lienzo ensangrentado como un hombre que ha recibido graves heridas. Su traje estaba desgarrado y su única mano empuñaba un grueso garrote. Se precipitó en medio de ellos casi sin aliento y preguntó por Hugh.

-Aquí estoy -le contestó éste-. ¿Qué queréis?

-Tengo un encargo para vos -respondió el manco-. ¿Conocéis a Barnaby?

-¡Barnaby! ¿Dónde está? ¿Venís de parte suya?

-Sí, está preso en uno de los más hondos calabozos de Newgate. Se defendió con heroísmo, pero sucumbió porque estaba solo.

-¿Cuándo lo habéis visto? -preguntó Hugh con afán.

-Cuando lo llevaron a la cárcel con una numerosa escolta. Los soldados se dirigieron por calles extraviadas y nosotros les esperamos en vano en otras, pero corrimos por fin tras ellos, e hicimos esfuerzos desesperados para salvarlo. Me ha encargado que os dijera dónde estaba. No pudimos arrancarlo del poder de los soldados, pero no importa, luchamos con honor. Juzgad por mí la violencia del enfrentamiento.

Y señalaba con la mano su traje roto y el lienzo ensangrentado que cubría su cabeza. Parecía estar muy cansado de haber corrido mientras miraba a todos los compañeros. Finalmente, volvió a mirar a Hugh y le dijo:

-Os conozco bien de vista, porque era uno de los vuestros el viernes, el sábado y ayer, pero no conocía vuestro nombre. Os batisteis como un valiente. También yo cumplí con mi deber, aunque soy manco.

Dirigió en derredor una mirada curiosa y fijándola en Hugh a través de la venda que cubría sus ojos, empuñó el palo como si esperase un ataque. Sin embargo, pronto se desvaneció su recelo al ver la tranquilidad de los amigos de Hugh, que no hacían ya caso del mensajero, y sólo se ocupaban en maldecir, quejarse y preparar nuevas venganzas. Uno de ellos se puso a gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

-¿Quién me quiere seguir a Newgate? Vamos a liberar a los presos.

Todos respondieron con una aclamación estrepitosa y se dirigieron hacia la puerta; pero Hugh y Dennis se opusieron a su paso, manifestándoles que sería una locura dar aquel golpe en medio del día, en tanto que, si esperaban a la noche y trazaban antes un plan de ataque, no sólo podrían recobrar a todos sus compañeros, sino liberar a los presos comunes y pegar fuego a la cárcel.

-Y no incendiaremos tan sólo Newgate -dijo Hugh-, sino todas las cárceles de Londres. ¡Sea

libre Barnaby y abajo las cárceles! ¿Quién viene?

Todos. Y todos juraron liberar a sus amigos, hundir las puertas de Newgate y prender fuego a la cárcel o perecer ellos mismos.

LXI

Aquella misma noche, porque hay épocas de trastorno y desorden en que veinticuatro horas bastan para abarcar más acontecimientos importantes que en toda una vida, el señor Haredale, después de atar a su preso con auxilio del sacristán, le obligó a montar a caballo hasta Chigwell para proporcionarse allí un medio de transporte y presentarlo en Londres ante un juez. El señor Haredale no dudaba que en consideración a los desórdenes de que era escenario la ciudad, le sería fácil conseguir que le pusieran preso en cualquier parte hasta el amanecer, porque no sería seguro dejarlo en un puesto de guardia o en el cuartel de la policía, y reconocía que conducir un preso por las calles cuando el motín dominase en ellas sería no tan sólo una temeridad sino hasta un reto imprudente hecho al populacho. Habiendo entregado al sacristán las riendas del caballo, no se apartaba del lado del asesino, y en este orden cruza-

ron por la aldea en medio de la noche. A pesar de las malas noticias que corrían en la aldea, continuaron su camino hacia Londres, y al asomar el sol se hallaban enfrente de Mansion House.

El señor Haredale desmontó, pero no tuvo necesidad de llamar a la puerta porque estaba ya abierta y en el umbral se veía un caballero anciano de buen aspecto, de rostro rubicundo y cuya fisonomía animada indicaba que dirigía quejas a alguna otra persona situada en lo alto de la escalera, en tanto que el portero trataba de empujarle con moderación pero con insistencia con objeto de darle con la puerta en las narices.

El señor Haredale, con la impaciencia y la excitación naturales a su carácter y propias de su situación, se adelantó para tomar la palabra cuando el caballero rubicundo le dijo:

-Permitidme que antes se me dé una respuesta; os lo pido por favor. Ésta es la sexta vez que vengo aquí. Ayer tan sólo vine cinco veces. Me amenazan con destruir mi casa y van a ve-

nir a quemarla esta noche. Lo tenían ya proyectado ayer, pero se fueron a otra parte. Permitidme que antes se me dé una respuesta.

-Caballero -respondió Haredale moviendo la cabeza-, han incendiado ya mi casa desde los cimientos. ¡Dios no quiera que hagan lo mismo con la vuestra! Esperaré a que os den una respuesta, pero os pido también el favor de que despachéis cuanto antes.

-¿Lo oís, milord, lo oís? -dijo el caballero a otra persona que estaba en la escalera, donde se veía un trozo de toga de magistrado-. Aquí tenéis un caballero cuya casa han reducido a cenizas esta noche.

-¡Válgame el cielo! -repuso una voz bronca y enojada-. Lo siento en el alma, pero ¿qué queréis que haga? No puedo reedificarla si la han destruido. El jefe de la justicia de la City no puede ocuparse en reedificar las casas destruidas; ya sabéis que eso sería ridículo.

-Pero me parece que el jefe de la magistratura de la City podría impedir que los ciudadanos

se vieran precisados a reedificar sus casas, si el jefe de la magistratura es un hombre y no una momia. ¿Es eso ridículo, milord? -dijo el caballero rubicundo encolerizado.

-Deberíais respetaros más, caballero -dijo el lord corregidor-, o al menos ser más respetuoso.

-¡Más respetuoso, milord! -respondió el anciano-. Fui cinco veces respetuoso ayer. El respeto es muy bueno, pero no debe abusarse de él. No se puede ser siempre respetuoso cuando se sabe que le van a incendiar a uno la casa con todo lo que hay dentro. Me preguntáis qué quiero que hagáis. Contestadme sí o no. ¿Estáis dispuesto a protegerme?

-Ya os dije ayer, caballero -respondió el lord corregidor-, que os enviaría a vuestra casa un agente de policía.

-¿Y qué queréis que haga con un agente? -replicó el anciano con ira.

-Bastará para intimidar a la multitud -dijo el lord corregidor.

-¿Será posible, Dios mío? -exclamó con desesperación el anciano enjugándose la frente en un estado de risible impaciencia-. ¡Pensar en enviarme un agente para intimidar a la multitud! Pero, milord, aunque esa gente fueran niños de teta, ¿qué miedo queréis que les inspire un agente? Si vinierais vos...

-¿Yo? -dijo el lord corregidor con energía-. Imposible.

-Pues en tal caso ¿qué debo hacer? ¿No soy un ciudadano inglés? ¿No debo disfrutar del beneficio de las leyes de mi país? ¿No se me debe protección por la contribución que pago al rey?

-¿Quién sabe? ¡Qué lástima que seáis católico! ¿Por qué no sois protestante? No os veríais metido en este atolladero. Hay elevados personajes implicados en este asunto. La rebelión toma proporciones terribles. No sé qué hacer. ¡Cielos! ¡Qué carga tan pesada es la que llevo sobre mis hombros! ¡Volved más tarde! ¿Queréis que os dé un agente municipal? Sí, puedo

disponer de Philips, está libre hoy. No es muy viejo aún o al menos no lo parece; únicamente las piernas le flaquean, pero colocándolo asomado a una ventana por la noche con una luz delante, parecería aún bastante joven y les causaría un miedo terrible. Volved luego y trataremos de arreglarlo todo.

-¡Deteneos! -gritó el señor Haredale empujando la puerta que el conserje quería cerrar con violencia y hablando con tono animado-. Milord corregidor, escuchadme un momento. Traigo a un hombre que perpetró un asesinato hace veintiocho años. Sólo tengo que deciros dos palabras y prestar juramento para que podáis ponerlo preso hasta que se inicie el sumario. No os pido por ahora sino que lo pongáis en lugar seguro. El menor retraso puede hacerle caer en manos de los amotinados.

-¿Qué va a ser de mí, Dios mío? -exclamó el lord corregidor-, ¿qué va a ser de mí? Sabéis que hay elevados personajes implicados en el

asunto, que la rebelión toma proporciones terribles... y no puedo..., no puedo...

-Milord -dijo el señor Haredale-, la víctima era mi propio hermano, de heredado sus bienes, y no han faltado lenguas traidoras que han hecho circular en voz baja el infame rumor de que no había sido yo ajeno a tan horrible asesinato. Sí, yo..., yo que le amaba, como Dios sabe, con tanta ternura. Por fin ha llegado el momento, después de tantos años de angustia y desesperación de vengarlo y descubrir un crimen tan atroz y diabólico que no tiene comparación en el mundo. Cada momento de retraso por vuestra parte puede desatar las sangrientas manos de ese miserable y librarlo del justo castigo que merece. Milord, os ruego que me escuchéis y despachéis este negocio en el acto.

-¡Cielo santo! -exclamó el jefe de la magistratura-. ¿No sabéis que ésta no es hora de audiencia? No debo obrar con ligereza indiscreta... y vos no debéis..., sí, realmente vos no debéis...

Apostaría cualquier cosa a que también vos sois católico.

-Es cierto -dijo el señor Haredale.

-¡Dios santo! Creo que todo el mundo se hace expresamente católico para fastidiarme y acosarme. ¿Por qué habéis venido aquí? Estoy seguro de que, siguiendo vuestros pasos, no tardarán en venir a prender fuego a Mansion House y os deberemos esta nueva desgracia. Encerrad a vuestro preso, caballero, ponedle vigilancia... y... y... volved a la hora de audiencia. Entonces veremos.

Antes de que el señor Haredale tuviese tiempo siquiera de despegar los labios, el estruendo de una puerta que se cerró y de los cerrojos que pasaron por dentro le anunció que el lord corregidor acababa de emprender su retirada y que toda reclamación sería inútil.

Los dos ciudadanos burlados se retiraron juntos y el conserje cerro la puerta de la calle.

-He aquí cómo me despide -dijo el caballero anciano- sin conseguir apoyo ni justicia. ¿Qué vais a hacer ahora?

-Voy a probar otro medio -respondió el señor Haredale, que había vuelto a montar a caballo.

-0s aseguro que os compadezco, tanto más en cuanto nos hallamos en igual caso. No estoy seguro de tener esta noche una casa que ofreceros, pero permitidme al menos que os la ofrezca mientras se conserva intacta. Sin embargo, si lo pienso bien -añadió el anciano caballero volviéndose a meter en el bolsillo la cartera que había ya sacado-, no quiero daros mi tarjeta, porque si os la hallasen encima podría ocasionaron un grave disgusto. Me llamo Langdale, tengo una fábrica de aguardiente y vivo en Holborn Hill. Si venís esta noche seréis bien recibido.

El señor Haredale saludó, espoleó el caballo y sin apartarse del coche partió hacia la casa de sur Fielding, que tenía reputación de magistra-

do activo y resuelto. Estaba por otra parte decidido, si los amotinados llegaban a atacarle, a matar al asesino con sus propias manos antes que darle libertad. Llegaron sin embargo a la casa del magistrado sin obstáculo, porque el motín, como hemos visto, estaba ocupado en trazar planes más elaborados.

Llamó a la puerta. Como se había esparcido el rumor de que los revoltosos habían condenado a muerte a sir Fielding, su casa había estado custodiada toda la noche por guardias, y uno de ellos, según la declaración del señor Haredale, juzgando el asunto de importancia suficiente para llevarle ante el magistrado, le proporcionó en el acto una audiencia. El magistrado expidió inmediatamente un auto de prisión para encerrar al asesino en Newgate, cárcel nueva que acababa de edificarse recientemente sin escatimar gastos y que se consideraba como un modelo en esta clase de edificios. Expedido el auto, tres guardias volvieron a atar al acusado, porque en los esfuerzos que había hecho en

el coche para desatarse casi lo había conseguido. Le pusieron una mordaza para que no diera voces por el camino en caso de que se cruzasen con algún grupo de revolucionarios y se sentaron en el coche a su lado.

La mirada ardiente del señor Haredale lo siguió con atención hasta que lo vio encerrado en su calabozo. Aún más, había salido ya de la cárcel, y se hallaba aún en la calle tocando las barras de hierro de la puerta y la piedra de aquellas robustas paredes, como para cerciorarse de que no era un sueño y para felicitarse de ver que todo era sólido, impenetrable y frío. Únicamente después de haber perdido de vista la cárcel y al ver las calles desiertas, sin movimiento y sin vida en aquella hora de la mañana, sintió nuevamente el peso que tenía sobre el corazón, y se despertaron la angustia y el dolor que le causaban las desgraciadas niñas que había dejado en su casa cuando tenía una, porque su casa destruida no era ya más que una de las cuentas del largo rosario de sus penas.

LXII

El preso, ya solo, se sentó en el tablón que le servía de lecho apoyando los codos sobre las rodillas y con la barbilla sobre las manos y permaneció largas horas en silencio. Sería difícil relatar de qué naturaleza eran sus pensamientos. No eran precisos y, con la excepción de algunos fogonazos de vez en cuando, no hacían referencia a su condición o la cadena de circunstancias que le habían llevado hasta allí. Las grietas en el suelo de su celda, las rendijas de las paredes allí donde la piedra se unía con la piedra, los barrotes de la ventana, el hierro que tintineaba sobre el suelo, cosas así, fundiéndose extrañamente una con otra, y despertando un indescriptible interés y alborozo, ocupaban toda su mente, y aunque en el fondo de cada uno de sus pensamientos hallaba una incómoda sensación de culpabilidad, de temor a la muerte, no tenía más que una vaga conciencia de ello, como la que tiene alguien que

duerme del dolor. Le persigue en sus sueños, le muerde el corazón de todos sus preciosos placeres, roba el banquete que es más de su gusto, la música de su debilidad, hace que la felicidad sea infeliz, y sin embargo no es una sensación corporal sino un fantasma sin forma, o presencia visible, permeándolo todo, pero careciendo de existencia; reconocible en todas partes, pero imposible de ser visto, o tocado, o encontrado cara a cara, hasta que el sueño pasa, y regresa la agonía de la vigilia.

Mucho tiempo después se abrió la puerta del calabozo. Alzó los ojos, vio entrar al ciego, y volvió a su actitud anterior. Guiado por el hálito de su respiración, el ciego se acercó a la cama, se paró y, alargando la mano para cerciorarse de que no se equivocaba, permaneció largo rato en silencio.

-Esto es malo, Rudge. Es malo -dijo por fin.

El preso pateó el suelo volviéndole el rostro sin responderle.

-¿Cómo os habéis dejado coger? -preguntó-. ¿Dónde ha sido? Nunca me habéis confiado todo vuestro secreto. No importa, ahora lo sé. Pues bien -continuó acercándose más al camastro-, ¿cómo ha sucedido? ¿En qué lugar?

-En Chigwell -respondió Rudge.

-¿En Chigwell? ¿Qué hacíais allí?

-Quería ver precisamente al hombre en cuyas manos he caído -respondió-, porque me arrastraban hacia allí él y el destino, porque me empujaba cierta cosa más fuerte que mi voluntad. Cuando lo vi velar en la casa que ella habitaba tantas noches seguidas, reconocí en el acto que no podría salvarme de él nunca. Y cuando oí la campana...

Rudge se estremeció, dijo entre dientes que tenía frío, se paseó dando largos pasos por su estrecho calabozo, volvió a sentarse y retomó su actitud meditabunda.

-Decíais -repuso el ciego después de un intervalo de silencio- que cuando oísteis la campana...

-Dejad la campana en paz, hacedme ese favor -respondió Rudge con voz precipitada-. Me parece estar oyéndola aún...

El ciego volvió hacia él su rostro atento y curioso, mientras Rudge, sin reparar en nada, continuaba hablando.

-Había ido a Chigwell para encontrar a los amotinados. Me veía tan perseguido y acosado por ese hombre, que sólo esperaba salvarme confundiéndome entre la multitud. Habían partido ya, y corrí tras ellos cuando cesó...

-¿Quién cesó?

-La campana. Se habían ido ya. Esperaba encontrar sin embargo allí a algún rezagado, y estaba buscando en las ruinas cuando oí...

Se sacó el pañuelo y se enjugó la frente.

-¿Qué oísteis?

-Oí su voz.

-¿Qué decía?

-No lo recuerdo, no lo sé. Estaba entonces al pie de la torre donde cometí...

-Sí... -dijo el ciego moviendo la cabeza con completa calma-. Os entiendo.

-Me encaramé por la escalera, o al menos por los trozos que quedaban, con intención de ocultarme; pero me oyó, y me siguió en el momento en que ponía el pie en las cenizas calientes aún.

-Debíais haberos ocultado detrás de la pared, arrojar a ese hombre desde la torre o darle una puñalada -dijo el ciego.

-¡Qué fácil es decirlo! ¿No sabéis que además de ese hombre y yo había otro que le guiaba (yo le veía, pero él no) y que alzaba sobre su cabeza una mano ensangrentada? Fue precisamente en el aposento del primero donde él y yo nos miramos cara a cara la noche del asesinato, y donde antes de caer levantó la mano del mismo modo fijando en mí sus ojos. Sabía muy bien que allí mismo sería preso.

-Tenéis la imaginación muy exaltada -dijo el ciego sonriendo.

-Bañad en sangre la vuestra y veréis si se exalta como la mía.

Al mismo tiempo exhaló un gemido, inclinó el cuerpo hacia delante varias veces y, mirando al ciego, dijo con voz baja y cavernosa:

-¡Veintiocho años! ¡Veintiocho años! Y en este espacio de tiempo no ha cambiado nunca, no ha envejecido, ha permanecido siempre igual... No ha cesado de estar delante de mí por la noche, en la sombra durante el día, en los rayos del sol y en el fulgor del crepúsculo, en la luz de la luna, en la claridad de la llama, en las tinieblas más profundas... ¡Siempre delante de mí! Acompañado, solo, en mar, en tierra, en las ciudades, en el campo, a veces me dejaba libre meses enteros, a veces no me dejaba nunca. Lo he visto desde la cubierta de un buque deslizarse en las altas horas de la noche a lo largo de un rayo de luna sobre la superficie tranquila del agua, y lo he visto también en las calles, en las plazas y en los paseos con la mano levantada sobre la apiñada multitud que iba a sus ne-

gocios sin saber el extraño compañero que tenía a su lado con aquel fantasma silencioso. ¡Imaginación, decís! ¿No sois un hombre de carne y hueso? ¿Y no lo soy yo también? ¿No son cadenas de hierro las que llevo y que remachó el martillo del cerrajero? ¿Creéis que esto sea una ilusión que puede desvanecer un soplo?

El ciego le escuchaba en silencio.

-¡Imaginación! ¿Lo maté acaso de pura imaginación? ¿Es decir, que al salir del aposento donde yacía tendido vi en mi imaginación la cara de un hombre que miraba a través de la oscura puerta, y demostraba claramente en su expresión de terror que sospechaba que era yo el criminal? ¿No recuerdo acaso bien que empecé por hablarle en voz baja, y que me acerqué a él despacio, muy despacio, con el cuchillo cálido aún en mi mano? ¿Es pura imaginación que está muerto como lo estoy viendo aún? ¿No bamboleó contra el ángulo de la pared adonde le hice retroceder? Y allí, mientras la sangre le ahogaba el corazón, ¿no permaneció

en pie en la pared, muerto y sin caer al suelo? ¿Queréis sostener que no lo vi un instante, como os veo ahora, derecho sobre sus pies... pero muerto?

El ciego, que oyó que al pronunciar estas palabras acababa de levantarse del tablón y de ponerse en pie, le hizo un gesto para que volviera a sentarse, pero Rudge no reparó en él.

-Entonces se me ocurrió la primera idea de hacer recaer sobre él la sospecha del crimen, entonces lo desnudé, le puse mis vestidos y lo arrastré a lo largo de la escalera hasta el estanque. ¿Acaso no me acuerdo bien del ruido de las burbujas de agua que subieron a la superficie cuando lo arrojé dentro? ¿No recuerdo asimismo que me enjugué el agua que salpicó mi cara cuando cayó el cadáver, y que me pareció sangre helada?

»¿No volví entonces a mi casa? ¡Cielo santo, cuánto me costó!... ¿No me presenté a mi mujer y le conté lo que había sucedido? ¿No la vi caer de espaldas, y cuando quise levantarla, no me

rechazó con fuerza, como hubiera rechazado a un niño, manchándose de sangre la mano con que había estrechado la mía en la lucha? ¿Es todo esto pura imaginación?

»¿No se postró de hinojos para llamar al cielo por testigo de que ella y su hijo, que aún había de nacer, renegaban de mí para siempre? ¿No me mandó, en términos tan solemnes que quedé frío como el hielo, aunque estaba todavía hirviendo en los horrores que acababa de hacer mi mano..., no me mando que huyese al instante y me declaró que estaba decidida, a pesar del silencio que me debía como mi esposa infortunada, a no darme más asilo? ¿No partí aquella misma noche, abandonado de Dios y de los hombres, prometido como presa al infierno, a iniciar sobre la tierra mi larga peregrinación de tormento a la longitud de la correa cuyo extremo tenía en su mano el demonio que estaba siempre seguro de llevarme adonde quisiera?

-¿Por qué volvisteis a Chigwell? -preguntó el ciego.

-¿Por qué es roja la sangre? Tan fácil me era impedirlo como vivir sin respirar. He luchado contra el destino que me arrastraba, pero tiraba de mí a despecho de todo obstáculo y de toda resistencia con la fuerza de cien caballos. Nada era capaz de detenerme; no estaban a mi elección la hora ni el día, y durmiendo o velando hacía muchos años que volvía a visitar el escenario de la catástrofe, que me aparecía sobre mi sepulcro. ¿Por qué he vuelto? Porque Newgate abría su calabozo para recibirme, y él estaba en la puerta mandándome que entrase.

-Nadie os conocía ya -dijo el ciego.

-¿Cómo queréis que me conocieran? Hacía veintidós años que estaba muerto.

-Deberíais haber guardado mejor vuestro secreto.

-¡Mi secreto! ¿Creéis que era mío? No; era un secreto que el primer soplo podía a su antojo esparcir y hacer circular por el aire. Las estrellas lo revelaban en su vivo centelleo, el agua en el murmullo de sus ríos y las hojas en su estre-

mecimiento. Se hubiera podido descubrir en las facciones o en la voz del primero que pasase. ¿No había en todas partes, en los seres animados y hasta en las piedras, labios en los que temblaba a cada instante mi secreto, en la impaciencia de traicionarse?

-El caso es -dijo el ciego- que vos mismo lo habéis revelado.

-¡Yo mismo! Sí, yo mismo, pero obligado por una fuerza superior. De vez en cuando me sentía impulsado a ir a vagar a aquel sitio funesto. Cuando sentía este impulso, aunque me hubieran cargado de cadenas, las habría hecho pedazos para seguir mi camino. ¿Es cierto que el imán atrae el acero? Pues del mismo modo me atraía él desde el fondo de su sepulcro cuando se le antojaba. ¡Ah! ¿Y llamáis a eso pura imaginación? ¿Creéis que lo hacía por mi gusto cuando iba, cuando luchaba, cuando me resistía en vano con todas mis fuerzas contra un poder irresistible?

El ciego se encogió de hombros, y sonrió con expresión de incredulidad. El preso volvió a tomar su primera actitud y permanecieron silenciosos largo rato.

-Supongo -dijo el ciego rompiendo por fin el silencio- que sois un penitente resignado, que vuestro único deseo es hacer la paz con todo el mundo, y en particular con vuestra mujer, que os ha conducido adonde estáis; que no pedís ya más favor que el que os lleven al cadalso cuanto antes, y que por consiguiente debo abandonaros, porque más que consuelo sólo os daría pesar y repugnancia en medio de vuestro piadoso arrepentimiento.

-¿No os he dicho -repuso Rudge con desesperación- que he luchado y resistido con toda mi fuerza contra el poder que me ha arrastrado aquí? ¿Qué ha sido mi vida durante veintiocho años más que un combate perpetuo, una resistencia incesante? ¿Y podéis suponer que esté dispuesto a echarme al suelo para esperar el

golpe de la muerte? La muerte causa horror a todos los hombres, a mí sobre todo.

-Por fin habláis como un hombre razonable, Rudge, pero no os daré más este nombre... -dijo el ciego con un tono más familiar y poniéndole la mano sobre el hombro-. Miradme a mí, nunca he dado muerte a nadie porque no me he visto en situación de tener necesidad de recurrir a tal extremo, pero no me parece bien eso de matar a un hombre, y no creo que lo aconsejase o se me ocurriese a mí hacerlo si llegara el caso... porque es muy peligroso. Sin embargo, ya que habéis tenido esa flaqueza antes de conocernos, y que habéis llegado a ser mi amigo y me habéis sido útil en muchas ocasiones, lo cual os agradezco, creo que sólo debéis pensar en una cosa, que es la de no morir sin necesidad.

-¿Qué puedo hacer? ¿Qué otra esperanza me queda? -dijo Rudge-. ¿Queréis que rompa estas paredes con mis dientes como un murciélago para abrir un agujero por donde escaparme?

-Hay medios mucho más fáciles. Prometedme no hablar más de todas vuestras ilusiones, de todas esas ideas necias y locas que no son dignas de un hombre y os diré lo que pienso.

-Hablad, pues.

-Vuestra honrada esposa, de conciencia tan delicada, vuestra virtuosa, amable, digna y hasta podría decir vuestra fiel esposa...

-¿Qué?

-Se halla actualmente en Londres.

-¿Y qué me importa? ¡Que se la lleve el diablo!

-Me parece muy natural ese deseo. Si no hubiera renunciado a su pensión, no estaríais aquí y progresarían nuestros negocios. Pero olvidemos este punto y pasemos a otro más importante. Está, como os digo, en Londres. Supongo que le infundirían miedo las declaraciones que le hice en mi última visita, especialmente la revelación que tanto efecto le produjo de que vos estabais muy cerca, y habrá abandonado su retiro para venir a Londres.

-¿Cómo lo habéis sabido?

-Me lo ha dicho mi amigo, el noble capitán, el ilustre general de farsa, el estúpido y vanidoso Tappertit. Y la noticia es muy fresca, de ayer noche; y me dijo además que vuestro hijo, Barnaby..., creo que es hijo legítimo y natural vuestro...

-¡Maldición!

-¡Qué vivo sois! -dijo con calma el ciego-. Es buena señal, indica que volvéis a la vida... Me dijo, pues, que Barnaby había sido separado de su madre por uno de sus antiguos amigos de Chigwell, y que forma parte del ejército de los revoltosos.

-¿Y qué me importa a mí eso? ¡Buen consuelo para mí si han de ahorcar al mismo tiempo al padre y al hijo!

-No vayáis tan deprisa, amigo mío; más calma, más calma -repuso el ciego con expresión burlona-. Supongamos que descubro el escondite de vuestra esposa, y que le digo poco más o menos estas palabras: «Señora, ¿queréis

recobrar a vuestro hijo? ¿Si? Enhorabuena. Como conozco a las personas que lo tienen en cierto modo prisionero, puedo rescatarlo. Ahora bien, el rescate costará algún dinero. ¿Lo aprobáis? ¡Magnífico! Pero no os alarméis, el rescate será barato, señora».

-¿Y cuál es el objeto de esa necia broma?

-Es muy probable que me conteste con estas mismas palabras, pero yo le diré: «Señora, no es broma; un caballero que dice ser vuestro esposo, aunque después de haber transcurrido tanto tiempo no sería muy fácil probar su identidad, se halla en la cárcel. Su vida está en peligro, pues se le acusa de asesinato. Ahora bien, señora; sabéis que vuestro esposo murió hace mucho tiempo. El caballero de quien se trata se salvaría por consiguiente del patíbulo, si tuvieseis la bondad de declarar en justicia y bajo juramento, cuándo y cómo murió; y que el caballero que tenéis delante, aunque se le parece bastante no es ni ha sido nunca vuestro marido. Semejante declaración decidirá a los jueces.

Prometedme que lo haréis, señora, y voy a trabajar en el acto para poner en lugar seguro a vuestro hijo, que es un muchacho muy guapo, hasta que nos hayáis prestado este pequeño servicio, después de lo cual os lo haré devolver sano y salvo. Si, por el contrario, os negáis a lo que os pido, me temo mucho que será denunciado y entregado a la justicia, que indudablemente lo condenará a muerte. Elegid; pues, señora; a vos os deberá la vida o la muerte. Si os negáis; dad a vuestro hijo por ahorcado y si consentís, aún no ha nacido el cáñamo con que han de hacer la cuerda que le pasarán por el cuello».

-Veo en ese plan una ráfaga de esperanza -dijo el preso.

-¡Una ráfaga! -exclamó el ciego-. Decid más bien una aurora radiante, un sol hermoso y deslumbrador. ¡Silencio! Oigo pasos, a lo lejos.

-¿Cuándo volveréis a verme?

-Tan pronto como pueda; quisiera poder deciros que mañana. Vienen a avisarnos que ha

expirado el tiempo de mi visita. Oigo el ruido del manojo de llaves. No hablemos más; podrían oír algo.

Al terminar estas palabras dio vuelta la llave en la cerradura; y un carcelero apareció en la puerta anunciando que había terminado la hora de las visitas.

-¡Tan pronto! -dijo Stagg con ademán humilde e hipócrita-. Lo siento, pero ¿qué se ha de hacer? ¡Ánimo! Todo se reduce a una equivocación que se reconocerá muy pronto, y entonces saldréis de aquí con honra. Si este caritativo caballero se digna tener la bondad de conducir tan sólo hasta la puerta de la cárcel a un pobre ciego, que no puede pagarle el favor más que con sus oraciones, y ponerlo en la calle con la cara vuelta al sol poniente, hará un acto de caridad. Gracias, buen caballero, gracias.

Diciendo estas palabras y después de pararse un momento en la puerta para dirigir a su amigo su rostro lleno de expresión irónica, salió guiado por el carcelero, que lo acompaño hasta

el corredor. El carcelero volvió entonces a abrir la puerta del calabozo, y dijo al preso que tenía libertad para pasear durante una hora por el patio inmediato, si tal era su gusto.

Éste contestó con una inclinación de cabeza que aceptaba, y cuando se encontró solo se puso a meditar en lo que le había dicho el ciego, y en las esperanzas que esa conversación reciente habían despertado en su alma, mirando al mismo tiempo maquinalmente la claridad del día que penetraba por las ventanas y la sombra proyectada por una pared sobre otra, prolongándose en las losas. El patio por donde paseaba no era más que un pequeño recinto cuadrado, que hacía más fría y oscura la altura de las paredes que lo rodeaba, y capaz en apariencia de hacer horripilar al mismo sol. La piedra de que estaba construido, desnuda, rústica y dura, inspiraba como por contraste hasta a Rudge ideas de campos, de prados y de verdes arboledas con un deseo ardiente de emprender la fuga a través de los montes. Sin embargo, se

levantó, fue a apoyarse contra la puerta y contempló el azul del cielo, que parecía sonreír a aquella espantosa guarida del crimen. Al ver al preso, podía creerse que, olvidándose por un momento de la cárcel, se encontraba como en un recuerdo recostado sobre un campo perfumado donde sus ojos perseguían los rayos del sol a través del movimiento de las ramas extendidas sobre su cabeza.

De pronto llamó su atención un ruido sordo de cadenas... Sabía muy bien lo que aquello significaba, porque se había estremecido algunos momentos antes al oír el ruido que hacían sus propias cadenas cuando salió del calabozo. Después se puso una voz a cantar y vio la sombra de una persona dibujarse en las losas. Esta sombra se paró, calló bruscamente como si el cantor se hubiese acordado de pronto, después de haberlo olvidado momentáneamente, de que estaba en la cárcel, se oyó otra vez ruido de cadenas, y la sombra desapareció.

Rudge se paseó de un extremo a otro del patio asustando los ecos con el sonoro rumor de sus cadenas. Cerca de la puerta de su calabozo había otra entreabierta como la suya. No había dado aún media docena de vueltas alrededor del patio cuando, parándose a mirar aquella puerta, volvió a oír ruido de cadenas, después vio en la ventana defendida por una reja un rostro cuyas facciones no podían distinguirse, porque el calabozo era oscuro y muy recios los hierros de la reja, y apareció inmediatamente un hombre que se dirigió hacia él. La soledad le pesaba como si hiciera un año que estaba en la cárcel, y la esperanza de tener un compañero le impulsó a salir al encuentro del recién venido. ¿Quién era aquel hombre?

¡Era su hijo!

Se pararon mirándose cara a cara. Rudge retrocedió avergonzándose a pesar suyo, y Barnaby, luchando con recuerdos imperfectos y confusos, se preguntó a sí mismo dónde había visto a aquel hombre; pero no permaneció largo

rato indeciso, pues arrojándose sobre él y asiéndolo del cuello para derribarlo, gritó:

-¡Ah, os conozco! ¡Sois el ladrón!

Rudge, al principio, en vez de contestar, bajó la cabeza y sostuvo la lucha en silencio, pero viendo que el agresor era más joven y más robusto que él, alzó la cabeza, lo miró fijamente, y le dijo:

-Soy tu padre.

Estas palabras produjeron un efecto mágico. Barnaby soltó al instante a su adversario, retrocedió, lo miró aterrado, y después, en un repentino impulso, se arrojó a sus brazos y le estrechó la cabeza contra sus mejillas.

Sí, sí, era su padre; no podía dudarlo. Pero ¿dónde había estado tanto tiempo, dejando a su madre sola, o lo que es peor, sola con su pobre hijo idiota? ¿Era realmente ya dichosa como, le habían dicho? ¿Dónde estaba? ¿Cómo no la veía a su lado? ¡Ah! A buen seguro que no era dichosa la pobre mujer, si sabía que su hijo estaba en la cárcel.

A todas estas preguntas precipitadas, Rudge no contestó una palabra y únicamente Grip graznó con toda su fuerza, dando saltitos a su alrededor, como si los envolviera en un círculo mágico para invocar sobre ellos todos los espíritus maléficos.

LXIII

Durante aquel día, todos los regimientos de Londres o de sus cercanías estuvieron de servicio en algún barrio de la ciudad, y las tropas regulares y la milicia que se hallaban en la provincia recibieron la orden, en todos los cuarteles y destacamentos situados a veinticuatro horas de marcha, de dirigirse inmediatamente hacia la capital; los desórdenes habían tomado proporciones tan formidables, y merced a la impunidad, el motín se había hecho tan audaz, que la presencia de estas fuerzas considerables continuamente aumentadas con nuevos refuerzos, en vez de desalentar a los perturbadores, les surgió la idea de dar un golpe más violento y atrevido que todos los atentados de los días anteriores, y sólo sirvió para encender en Londres un ardor de rebelión que no se había visto nunca, ni aun en los antiguos tiempos de la revolución.

Toda la noche y todo el día el general en jefe se esforzó en despertar en los magistrados el sentimiento de su deber, y en particular en el lord corregidor, el más cobarde de todos. Con este objeto envió varias veces numerosas partidas de soldados hacia Mansion House para esperar órdenes; pero como no le hacían efecto las amenazas ni los consejos, y la tropa permanecía allí en medio de la calle arma al brazo, expuesta a injurias, estas laudables tentativas eran más desfavorables que útiles.

El populacho, que no había tardado en adivinar la cobardía del lord corregidor, deducía de su actitud nada hostil que las autoridades civiles eran contrarias a los papistas, y que no tenían valor para perseguir y castigar a los que pensaban como ellos. Es de advertir que los rebeldes expresaban en voz alta estas esperanzas para que las oyesen los soldados, y éstos, que naturalmente tienen repugnancia a batirse contra el pueblo, escuchaban sus palabras con bastante benevolencia, respondiendo a los que

les preguntaban si harían fuego por su voluntad contra sus compatriotas: «¡No, por todos los diablos!», y manifestando en fin disposiciones llenas de bondad e indulgencia.

Muy pronto se persuadió el populacho de que los militares «no eran soldados del papa», y que sólo esperaban el momento de desobedecer las órdenes de sus jefes para unirse a los amotinados. El rumor de su repugnancia por la causa que tenían que defender y de su inclinación por la del pueblo se propaló de boca en boca con asombrosa rapidez, y siempre que encontraban algún soldado aislado en las calles y plazas, se formaba enseguida un grupo en torno suyo, le obsequiaban, le daban apretones de mano y le prodigaban todas las demostraciones posibles de confianza y afecto.

La multitud estaba en todas partes. No había ya disfraz ni disimulo. El motín recorría toda la ciudad con la cabeza erguida.

Si algún insurgente quería dinero, le bastaba llamar a la primera puerta que a mano le vinie-

se o entrar en una para pedirlo en nombre del motín, y podía estar seguro de ver satisfecha en el acto su petición. Como los ciudadanos pacíficos tenían miedo de prenderlos cuando iban solos y aislados, no había peligro alguno de que les armasen contienda cuando estaban en grupos numerosos. Se reunían en las calles, las recorrían a su antojo y acordaban públicamente sus planes. El comercio estaba paralizado y casi todas las tiendas cerradas; raras eran las casas que no hubiesen izado una bandera azul como testimonio de adhesión a la causa popular, hasta los judíos de Houndsdicht, en el barrio de Whitechapel, habían puesto en sus puertas y ventanas este letrero: «Esta casa es de un verdadero y fiel protestante».

La multitud dictaba la ley, y jamás ley alguna fue aceptada con más temor y obediencia.

Serían las seis de la tarde cuando un inmenso grupo se precipitó en Licoln's Inn Fields, por todas las calles que desembocaban en este punto, y se dividió, indudablemente según un plan

acordado, en diversas corrientes. Cuando todo estuvo dispuesto, Hugh y Dennis, colocados al lado de Simon Tappertit, rompieron la marcha, y en pos de ellos se agrupó la multitud, ondulante y bramadora como un mar que avanza. En vez de tomar directamente por Holborn hacia la cárcel, como todos esperaban, los jefes de la turba entraron en Clerkenwell, y desparramándose por una calle pacífica, se pararon delante de una tienda de cerrajero, cuya enseña era la Llave de Oro.

-Llamad a esa puerta -dijo Hugh a los que estaban a su lado-. Necesitamos esta noche un hombre de su oficio. Si no responden, echadla abajo.

La tienda estaba cerrada, la puerta y la cerradura eran resistentes, y por más golpes que daban, nadie respondía.

Pero cuando la multitud impaciente empezó a gritar: «¡Peguemos fuego a la casa!» y las antorchas se acercaron para poner en ejecución la

amenaza, se abrió la ventana del primer piso y se asomó el cerrajero, que dijo con voz robusta:

-¿Qué queréis, canallas? ¿Queréis devolverme a mi hija?

-Son inútiles las preguntas, Varden -respondió Hugh haciendo un ademán con la mano a sus compañeros para que le dejasen hablar-. Bajad al momento con las herramientas de vuestro oficio. Os necesitarnos esta noche.

-¡Me necesitáis! -exclamó el cerrajero dirigiendo una mirada al uniforme que vestía-. Oíd, turba de vagos y perdidos: si muchas personas que conozco no tuvieran corazón de gallina, hace mucho tiempo que no me necesitaríais. Escucha con atención lo que voy a decirte, muchacho, y vosotros también. Hay entre vosotros unos veinte que veo y conozco bien, y que considero desde este momento como hombres muertos. Despejad la calle, aún tenéis tiempo de ahorraron los gastos de un entierro, pues de lo contrario dentro de pocos minutos ni tiempo

tendréis siquiera para encargar vuestros ataúdes.

-¿Queréis bajar? -dijo Hugh.

-¿Quieres darme a mi hija, bandido? -dijo el cerrajero.

-No sé lo que queréis decir -respondió Hugh-. Amigos, peguemos fuego a la casa.

-¡Atrás! -gritó el cerrajero con una voz que les hizo temblar al mismo tiempo que les presentaba la boca del fusil-. El que se acerque está muerto, aun cuando sea un imbécil o un inocente.

El muchacho que llevaba la antorcha y que se había inclinado delante de la puerta para aplicar la llama, se apresuró a levantar la cabeza y a retroceder algunos pasos.

El cerrajero lanzó su mirada hacia los rostros que tenía delante mientras apuntaba el fusil en dirección a las losas que formaban el dintel de la puerta. La culata de su arma, apoyada en su hombro, estaba firme como contra una roca.

-Advierto al individuo que se acerque que rece antes sus oraciones -añadió con voz segura-, porque no quiero matar a nadie a traición.

Hugh quitó la antorcha a uno de los que estaban a su lado, y se acercaba maldiciendo como un energúmeno, cuando lo contuvo un grito agudo y penetrante, y alzando los ojos, vio ondear un vestido cerca del tejado.

Se oyó entonces otro grito, y otro y otro, y después una voz chillona exclamó:

-¡Cielos! ¿Está Simon en la calle?

Al mismo tiempo se asomó por la ventana de la buhardilla un cuello de grulla, seco y lleno de cuerdas, y la señorita Miggs, cuya forma indecisa empezó a perfilarse bajo la influencia del crepúsculo, se puso a gritar con frenesí:

-Señores..., por favor, dejadme..., dejadme oír la voz de Simon. ¡Habla, Simon, habla!

Tappertit, a quien lisonjeaba muy poco este favor, alzó la cabeza para suplicarle que callase y mandarle que bajase a abrir la puerta, porque

necesitaban a su ama y se arrepentiría si no obedecía.

-¡Señores, señores! -exclamó Miggs- ¡Precioso..., querido Simon!

-¿Acabaréis de decir necedades? -repuso Tappertit-. Bajad al instante a abrir la puerta... Gabriel Varden, levantad el fusil, o lo vais a pagar caro.

-No hagáis caso del fusil -dijo Miggs-. Sabed, señores, que he echado en el cañón un vaso de cerveza.

La multitud lanzó un inmenso grito de alegría, al cual siguió al momento una universal carcajada. Los sitiadores arrimaron una escala a la ventana donde estaba el cerrajero, y a pesar de su resistencia obstinada, muy pronto forzaron la entrada rompiendo un cristal y haciendo pedazos una de las hojas. Después de repartir algunos buenos golpes a su alrededor, se encontró sin defensa en medio de un populacho furioso que inundaba el aposento y no presen-

taba ya por todos lados más que una masa confusa de caras desconocidas.

Estaban muy irritados contra él porque había herido a dos hombres gravemente, y los que se habían quedado en la calle gritaban a los que habían subido que lo bajasen para colgarlo en una farola. Pero Gabriel se defendía como un león, y mirando alternativamente a Hugh y a Dennis que lo tenían cogido de los brazos o a Simon Tappertit que le hacía frente, les decía:

-Me habéis robado ya a mi hija, mi hija, que quiero más que a mi vida, y podéis quitarme la vida si queréis. Doy gracias a Dios por haberme permitido alejar de casa a tiempo a mi mujer y por haberme dado un corazón que no pedirá perdón a infames como vosotros.

-Sí, sí -decía Dennis-. Tenéis razón. Sois un valiente, y podéis alabaros de ser firme como una roca. En efecto, ¿qué os importa una farola esta noche o una cama de plumas dentro de diez años? Nada.

El cerrajero le lanzó una mirada desdeñosa sin responderle.

-Por mi parte -dijo el verdugo, que aprobaba con toda su alma la idea de la farola-, honro vuestros principios y participo de ellos. Cuando encuentro personas que discurren con tanta sensatez -y adornó sus palabras con una horrible blasfemia- estoy siempre dispuesto a ahorrarles como a vos la mitad del camino. ¿No tenéis por ahí alguna cuerda? Si no tenéis cuerda, no os dé pena alguna; con un pañuelo despacharemos también pronto.

-No seáis terco, Varden -murmuró Hugh cogiendo con fuerza al cerrajero por el hombro-. Haced lo que os piden. Luego sabréis lo que se exige de vos. Sed razonable y seguidnos.

-No haré nada de lo que me pidáis vos ni ningún otro pillo de la cuadrilla -respondió el cerrajero-. Si esperáis alcanzar de mí algún servicio, podéis ahorraros el trabajo de decirlo. Os lo advierto de antemano, no haré nada por vosotros.

El verdugo se asombró tanto al ver la constancia del cerrajero que protestó casi enternecido que sería una crueldad violentar sus inclinaciones, y que por su parte no quisiera cargar con tal responsabilidad su conciencia.

Gabriel estaba en un peligro inminente, y no lo ignoraba, pero guardaba un silencio constante, y no hubiera despegado los labios aun cuando se hubiese discutido en su presencia la cuestión de asarlo o no a fuego lento.

Mientras hablaba el verdugo, hubo alguna agitación y confusión en la escalera, y cuando cesó de hablar, con gran descontento de la multitud que estaba en la calle y que no había tenido tiempo de saber lo que había dicho ni de responder con sus aclamaciones, se asomó uno a la ventana y gritó:

-Es un anciano; no le hagáis daño.

El cerrajero se volvió precipitadamente hacia el que había pronunciado estas palabras compasivas, y fijando su mirada segura en los que estaban en el extremo de la escala asidos unos a

los otros sin poder completar la ascensión, les dijo:

-No exijo que me respetes por anciano, desgraciado joven, no pido a nadie perdón. Si soy viejo, tengo aún el corazón bastante joven para despreciaros y desafiaros a todos como canallas y bandidos, que es lo que sois.

Esta respuesta imprudente no era la más propia, como es fácil pensar, para apaciguar la ferocidad de sus enemigos, los cuales volvieron a pedir con espantoso griterío que lo bajasen a la calle. El honrado Varden lo hubiera pasado mal si Hugh no les hubiese recordado en la respuesta que les dirigió que necesitaban sus servicios y que por esta razón no se le castigaría entonces.

-Decidle pronto lo que le pedimos -dijo Hugh a Simon Tappertit-. Y vos, buen hombre, escuchad con atención si no queréis que os arranque las orejas.

Gabriel se cruzó de brazos cuando se los dejaron libres y miró en silencio a su antiguo aprendiz.

-En primer lugar -dijo Tappertit- habéis de saber que vamos a Newgate.

-¿Y quién duda de eso? Lo sé muy bien -dijo el cerrajero-, nunca habéis dicho una verdad como ésa.

-No me interrumpáis -dijo Simon-, no quiero decir lo que vos entendéis. Vamos a Newgate, pero es para reducirla a cenizas, para forzar las puertas y poner los presos en libertad. Como vos fabricasteis la cerradura de la puerta principal...

-Sí, sí -dijo el cerrajero interrumpiéndolo-, y muy pronto veréis, cuando estéis dentro, que no tenéis que agradecerme nada.

-Es posible, pero hasta que llegue ese caso, es preciso que nos indiquéis el medio de forzar la cerradura.

-¿Que os indique el medio de forzar la cerradura?

-Sin duda, porque sois el único que lo sabéis. Yo, al menos, lo ignoro. Así pues, venid con nosotros para romperla con vuestras propias manos.

-Me veréis hacer semejante cosa -dijo tranquilamente el cerrajero- cuando se me caigan las manos de los brazos, y haréis muy bien en recogerlas, Simon Tappertit, para que os sirvan de charreteras.

-Bien, ya lo veremos -dijo Hugh, que intervino en aquel momento porque veía crecer e inflamarse cada vez, más la indignación de la multitud-. Colocad en un cesto las herramientas necesarias mientras bajo a la calle con nuestro hombre. Abrid vosotros la puerta de la calle, y que se quede uno para alumbrar al gran capitán. ¡Por todos los diablos del infierno! Cualquiera que os viese con los brazos cruzados y gruñendo como perros que defienden un hueso creería que estamos desocupados.

Miráronse entonces unos a otros, y dispersándose enseguida, entraron por asalto en la

casa, saqueándolo y rompiéndolo todo según su costumbre y llevándose todos los objetos de algún valor que tentaban su codicia. No pudieron emplear sin embargo mucho tiempo en el saqueo, porque el cesto de las herramientas estuvo muy pronto arreglado y cargó con él uno de los revoltosos más serviciales. Terminados, pues, todos los preparativos y dispuesto todo para el ataque, los que estaban ocupados en tareas de saqueo y destrucción en los demás aposentos fueron llamados a la tienda, y ya iban a salir todos cuando el que había sido el último en bajar del piso alto de la casa se adelantó para preguntar si era preciso poner en libertad a la joven encerrada en la buhardilla, donde continuaba dando desaforados gritos y golpes en la puerta.

Simon Tappertit, cediendo a su deseo, no hubiera vacilado en declararse por la negativa, pero como la mayoría de los hermanos y amigos recordaban el servicio que les había prestado llenando de cerveza el cañón del fusil del

cerrajero y pedían su libertad, el capitán se vio obligado a responder que subiesen a echar la puerta al suelo si no estaba la llave en la cerradura. El hombre corrió entonces en su auxilio, y no tardó en volver a aparecer llevando a Miggs en los brazos doblada y bañada en lágrimas.

Como esta señorita se había dejado llevar desde la buhardilla hasta la tienda sin dar señales de vida, su liberador la declaró muerta o moribunda, y no sabiendo qué hacer con ella, buscaba ya con la vista algún banco u otro mueble cómodo para depositar a la bella insensible, cuando de pronto se puso en pie por no sé qué mecanismo misterioso, se echó los cabellos atrás, miró a Tappertit con expresión vaga exclamando: «¡He salvado la vida a Simon!» y al instante se arrojó en los brazos del héroe con tal rapidez que el pobre capitán perdió el equilibrio y retrocedió algunos pasos bajo el peso de su amable carga.

-¡Qué necia y qué pesada es esta mujer! -dijo Tappertit-. Encerradla otra vez en la buhardilla. Hemos hecho muy mal en ponerla en libertad.

-¡Simon mío! -exclamaba Miggs vertiendo un llanto copioso y desfallecida-. ¡Querido Simon! ¡Adorado Simon! ¡Simon de mis ojos!

-¿No queréis sosteneros en pie? -decía Tappertit en tono muy diferente-. Si no me soltáis, os voy a dejar caer al suelo. ¿Qué diablo de ocurrencia es esa de arrastrar los pies en vez de estar como Dios manda?

-¡Mi ángel bueno! ¡Simon mío! -murmuraba Miggs-. Me ha prometido...

-¿Qué os he prometido? -repuso Simon-. ¡Ah! Sí, es cierto; no temáis, que ya cumpliré mi promesa. Os dije que os buscaría el hombre que necesitáis, y podéis hacer los preparativos de boda. ¿Aún no estáis contenta? Poneos en pie y dejadme en paz.

-¿Adónde queréis que vaya ahora? ¿Qué va a ser de mí después de lo que he hecho esta

noche? -dijo Miggs-. No me queda más esperanza que el reposo y el silencio del sepulcro.

-Ojalá estuvieseis ya en el silencio del sepulcro -repuso Tappertit-, y en un sepulcro bien cerrado con una buena losa encima. Ven acá -dijo a uno de sus compañeros. Después le dijo dos o tres palabras al oído, añadiendo-: ¿Me has entendido?

-Sí, mi capitán -respondió el otro, y cogiendo en brazos a Miggs a pesar de sus protestas, sus sollozos, su resistencia e inclusos sus arañazos, se la llevó. Todos los que se habían quedado hasta entonces en la casa salieron a la calle. El cerrajero fue colocado a la cabeza de la columna y lo obligaron a andar entre Hugh y Dennis, que lo arrastraban de los brazos. Toda la turba se puso enseguida en movimiento, y sin gritos ni tumulto se dirigieron por el camino más corto a Newgate, e hicieron alto en una masa inmensa de insurgentes reunidos ya delante de la puerta de la cárcel.

LXIV

Rompiendo el silencio que habían hasta entonces mantenido alzaron un gran grito en cuanto estuvieron formados delante de la cárcel, y exigieron hablar con el alcaide. Aquella visita no era del todo inesperada, pues su casa, que estaba al otro lado de la calle, estaba rodeada de barricadas, la puerta de la cárcel estaba cerrada y no se veía a nadie en ninguna tronera. Antes de que repitieran sus gritos muchas veces, apareció un hombre en el tejado de la casa del alcaide y preguntó qué querían.

Algunos dijeron una cosa, otros otra, y algunos se limitaron a soltar berridos y silbidos. Como la noche era oscura y la pared muy alta, había entre la multitud muchos que ni siquiera habían reparado en el hombre del tejado y continuaban con sus gritos hasta que la noticia recorrió de boca en boca toda aquella turba. Transcurrieron sin embargo cerca de diez minutos antes de que pudiera oírse una voz en

medio de aquel tumultuoso griterío, y durante este intervalo se veía al hombre del tejado, cuyo contorno se destacaba sobre el fondo brillante de un cielo de verano, mirando hacia la calle, escenario de aquel episodio de desorden.

-¿No sois -acabó por gritar Hugh- el señor Akerman, el primer carcelero?

-Sí, es él -le dijo Dennis al oído.

Pero Hugh, sin hacer caso de su compañero, se empeñó en que le contestara.

-Sí -dijo-, yo soy.

-Tenéis ahí, bajo vuestra custodia, señor Akerman, a algunos de mis amigos.

-Tengo aquí a mucha gente bajo mi custodia -respondió el carcelero, que al mismo tiempo dirigía una mirada al interior de la cárcel.

Y la idea de que podía ver desde aquel punto los diferentes patios y abarcar todo lo que les ocultaban aquellas paredes malditas, irritaba y exasperaba hasta tal punto al populacho, que todos aullaban como lobos.

-Pues bien, sólo os pedimos la libertad de nuestros amigos -dijo Hugh.

-Mi deber no me permite poner en libertad a nadie. Y cumpliré con mi deber.

-Si no nos abrís las puertas de par en par, vamos a hacerlas pedazos -dijo Hugh- porque queremos que salgan todos los presos amigos nuestros.

-Lo único que puedo hacer por vosotros, buenas gentes -repuso Akerman-, es exhortaros a que os disperséis, y recordaros que todas las consecuencias del menor desorden causado en esta casa serían muy graves y os causarían a muchos de vosotros amargos e inútiles disgustos que lamentaríais tarde o temprano. -Y se volvía para retirarse cuando lo detuvo la voz del cerrajero.

-¡Señor Akerman! -gritó Gabriel Varden-, ¡señor Akerman!

-No puedo hablar con ninguno de vosotros -respondió el alcaide volviéndose hacia el hom-

bre que le hablaba y haciendo un ademán de que no quería recibir nuevas peticiones.

-Pero yo no soy ninguno de ellos -dijo Gabriel-. Soy un hombre honrado, señor Akerman, un artesano pacífico... Gabriel Varden el cerrajero. ¿Me conocéis?

-¡Cómo! ¿Vos entre esa chusma? -dijo el alcaide con la voz alteraba.

-Me han traído aquí por la fuerza..., me han arrastrado hasta aquí para que fuerce la cerradura de la puerta principal -respondió el cerrajero-. Haced el favor de ser testigo, señor Akerman, de que me niego suceda lo que suceda. Si me infligen algún daño, tened la bondad de recordarlo.

-¿No tenéis medio alguno de salir de entre esa gente? -dijo el alcaide.

-No, señor Akerman. Vais a cumplir con vuestro deber así como yo cumpliré con el mío... Os lo repito, turba de bandidos y miserables -dijo el cerrajero volviéndose hacia la mul-

titud-, me niego. ¡Ah!, poneos roncos de tanto ladrar... Me importa poco... Me niego.

-Esperad un momento -se apresuró a decir el alcaide-. Señor Varden, sé que sois un hombre honrado, un hombre que no consentirá en hacer nada contra la ley... a no ser que os obliguen a hacerlo por la fuerza.

-¡Por la fuerza! -respondió el cerrajero, que se dio cuenta, por el tono con que le hablaba el alcaide, de que le estaba indicando una excusa suficiente para ceder a la multitud que lo cercaba y estrechaba por todos lados, y en medio de la cual se veía en pie al valeroso artesano, solo contra todos-. ¡Por la fuerza! No haré nada por la fuerza ni por la voluntad.

-¿Dónde está el hombre que me ha hablado antes? -preguntó el alcaide con inquietud.

-Aquí -respondió Hugh.

-¿No sabéis que pesa sobre vos una acusación de tentativa de asesinato, y que deteniendo a este honrado artesano ponéis su vida en peligro?

-Lo sabemos muy bien -respondió Hugh-. ¿Por qué creéis que le hemos traído aquí sino para matarlo si no obedece? Entregadnos a nuestros amigos, señor Akerman, y os entregamos al vuestro. ¿Os gusta el cambio, muchachos?

El populacho contestó con una atronadora exclamación.

-Ya veis lo que quieren -gritó Varden-. No les dejéis entrar, en nombre del rey Jorge, y recordad lo que acabo de deciros. ¡Buenas noches!

Las negociaciones terminaron entonces. Una granizada de piedras y otros proyectiles obligó al alcaide a retirarse, y la multitud, avanzando por enjambres a lo largo de las paredes, bloqueó a Gabriel Varden contra la puerta.

En vano pusieron a sus pies el cesto de herramientas, y en vano emplearon sucesivamente para obligarle a que hiciese uso de ellas las promesas, los golpes, las ofertas de recompensa y las amenazas de muerte.

-No -respondió el intrépido cerrajero-, no lo haré.

Nunca había tenido tanto apego a la vida, pero nada pudo vencer su constancia. Las caras salvajes que le miraban por todos lados, los gritos de los que estaban sedientos de su sangre como fieras del desierto, el aspecto de los hombres que cruzaban por entre la multitud y llegaban hasta él andando sobre el cuerpo de sus compañeros y amenazándole por encima de la cabeza de los demás con sus hachas y sus puñales, todo se estrellaba ante su valor obstinado. Los miraba uno tras otro, hombre por hombre, cara a cara, y siempre con su voz ronca y su rostro pálido, les respondía con firmeza:

-¡No, no lo haré!

Dennis le descargó en la cara un puñetazo que lo arrojó al suelo, pero se puso en pie con la energía de un joven y la frente ensangrentada y se arrojó sobre el verdugo gritando:

-¡Ah!, eres tú, perro. ¿Dónde tienes a mi hija, cobarde?

Y lucharon durante largo rato.

Y unos gritaban: «¡Mátalo!», y otros que afortunadamente estaban lejos querían aplastarlo bajo sus pies. El verdugo, por más que se defendía desesperadamente, no podía desasirse de su formidable adversario, que lo ahogaba con sus robustas manos.

-Así me pagáis, ¡monstruo de ingratitud! -dijo por fin con acompañamiento de horribles blasfemias y casi sin aliento, porque le costaba trabajo articular una palabra.

-¡Devuélveme a mi hija! -gritaba el cerrajero tan furioso como los que lo rodeaban-. ¡Devuélveme a mi hija!

Después de caer y de levantarse dos veces, aunque luchaba con más de veinte hombres, un hombrón de estatura gigantesca que salía del matadero con su mandil lleno de sangre cálida aún y grasienta, alzó un cuchillo y, lanzando un espantoso juramento, lo iba a dejar caer sobre la cabeza descubierta del valeroso anciano. Al mismo tiempo, mientras el carnicero tenía la

mano levantada para descargar el golpe, cayó este hombre como herido por el rayo, y un manco pasó por encima de su cuerpo para acudir en auxilio del cerrajero. Iba a su lado otro hombre y entre los dos cogieron con fuerza y rapidez al artesano.

-Dejádnoslo de nuestra cuenta -dijeron a Hugh, que hacía esfuerzos con pies y manos para abrirse paso hacia atrás a través de la multitud-. Dejádnoslo de nuestra cuenta. No malgastéis las fuerzas contra este hombre, porque basta con dos de nosotros para obligarlo a hacer lo que queramos en dos minutos. No perdáis el tiempo en vano. Acordaos de los presos, acordaos de Barnaby.

Estas palabras fueron repetidas por toda la multitud, y los martillos empezaron a caer sobre las paredes, y cada cual hizo un esfuerzo para llegar hasta el pie del edificio y ocupar un puesto en primera fila. Aquellos dos hombres; abriéndose por fuerza paso a través de la turba con un ardor tan desesperado como si se halla-

sen en medio de enemigos encarnizados y no de sus propios compañeros, emprendieron su retirada llevándose del brazo al cerrajero, con el cual llegaron hasta el centro de la muchedumbre.

Los golpes empezaban a llover en tanto como granizo sobre la puerta principal y sobre el edificio, en el que hacían muy poca mella, porque los que no podían acercarse a la puerta se tenían por contentos con descargar su rabia contra cualquiera cosa, hasta contra las enormes piedras cuadradas que hacían pedazos las armas, causándoles en los brazos hormigueos dolorosos, como si no se contentasen con una resistencia pasiva y les devolviesen golpe por golpe. El choque del hierro contra el hierro se mezclaba con el tumulto atronador que lo dominaba todo con su formidable estruendo a medida que los grandes martillos de fragua caían sobre los clavos y las planchas de la puerta, formando una lluvia de chispas. Los rebeldes trabajaban en brigadas y se relevaban a

breves intervalos para desplegar toda su fuerza en servicio de aquella obra de destrucción. Pero todo era inútil; veíase siempre en pie la robusta puerta, tan altiva, tan sombría y tan fuerte como antes, a excepción de las huellas de los golpes en su superficie.

Mientras unos agotaban toda su energía en esta penosa tarea, otros arrimaban escalas de mano a la cárcel y trataban de encaramarse desde ellas hasta lo alto de las paredes, adonde no podían llegar porque eran demasiado cortas. Otros sostenían un verdadero combate con unos cien guardias, y los hacían retroceder a palos o a puñetazos o aplastándolos bajo su inmenso número, y otros organizaban en regla el sitio del ala del edificio sobre la cual había aparecido el alcaide y, forzando las puertas, volvían con todos los muebles y los amontonaban delante de la puerta de la cárcel para hacer con ellos una hoguera que pudiera consumirla. Después de propagarse esta feliz idea entre la turba, todos los que hasta entonces se habían

tomado un trabajo inútil, arrojaron sus martillos y barras de hierro y se dedicaron a aumentar el montón, que muy pronto llegó hasta la mitad de la calle, y su altura era tal que los que amontonaban el combustible se vieron precisados a recurrir a las escalas. Cuando todos los muebles y efectos del alcaide formaron un rico e inmenso montón, se dio principio a otra operación: darles una recia capa de pez, betún y resina que traían solícitos de todas partes y regarlo todo con trementina, dando este mismo baño a toda la madera de las puertas de la cárcel sin olvidar el menor travesaño y hasta las piedras inmediatas al extremo de las vigas. Terminado este bautismo infernal, prendieron fuego a la hoguera con antorchas de resina, y formaron un ancho círculo, pero a corta distancia para vigilar los progresos de la llama.

Como los muebles estaban muy secos y los hacían más inflamables aún el aceite y las gotas de cera de que estaban salpicados, sin mencionar los medios eficaces empleados por los re-

beldes, el fuego se prendió fácilmente. Las llamas brotaron con un terrible rugido, ennegreciendo la pared de la cárcel y subiendo hasta el extremo de la fachada como serpientes de fuego. No había en toda la turba un solo ser humano que no estuviese en perpetua agitación. Aquella inmensa turba era presa del delirio.

Se oyó un gran grito:

-¡Ahora! ¡Ahora!

La mayor parte de la turba lo repitió sin saber por qué ni lo que quería decir. Los que se hallaban en torno de la puerta la habían visto ceder muy despacio y desprenderse uno de los quicios superiores. Sin embargo, permanecía en pie sostenida por detrás por la barra y afirmada por su propio peso que la había hundido en un montón de ceniza, dejando en la parte superior una abertura de un palmo, a través de la cual se descubría un corredor oscuro, cavernoso y sombrío.

-¡Amontonad el fuego! -gritaron unos.

Y el fuego ardía con rabia. La puerta estaba enrojecida y se ensanchaba la abertura. Trataban en vano de abrigarse el rostro con las manos, y en pie y dispuestos a precipitarse dentro del edificio, contemplaban con impaciencia el progreso de su obra. Se veían pasar por los tejados sombrías figuras, unas arrastrándose con las manos y las rodillas, otras llevadas en brazos. Era indudable que la cárcel no podía resistir ya, y el alcaide huía con sus agentes, sus mujeres y sus hijos.

-¡Más fuego! ¡Más fuego!

La puerta se hunde, se hunde en la ceniza..., vacila..., cae con sordo estruendo. Lanzan un nuevo grito, retroceden un paso y dejan un espacio libre entre ellos y la entrada de la cárcel. Hugh salta por encima del montón de ascuas y tizones ardientes, hace volar por el aire un torbellino de chispas, ilumina el sombrío corredor con las pavesas que se han pegado a su vestido y penetra en los patios interiores. Le sigue el verdugo, y se lanzan entonces tantos en

pos de Hugh y Dennis que el fuego se aplasta bajo sus pies y se esparce por la calle. Pero ya no lo necesitan; por dentro y por fuera, toda la cárcel está envuelta en penachos de llamas.

LXV

Durante toda la horrible escena, que se encontraba ahora en su momento más álgido, había en Newgate un hombre presa de un temor y de un tormento mental sin igual en el mundo, hasta superior al de los criminales condenados a muerte.

Cuando los rebeldes se reunieron al principio en la calle, el asesino despertó de su sueño, si es que merecía este nombre bendito, al estruendo de las voces y del tumulto de la turba. Se estremeció al oír aquel clamoreo furioso y se sentó en el lecho para escuchar.

Tras un breve intervalo de silencio estalló con más estrépito el estruendo, y prestando sin cesar un oído atento, comprendió por fin que una multitud enfurecida sitiaba la cárcel. Su conciencia culpable le representó a aquella turba animada del deseo de venganza contra él, y tembló al pensar que podían forzar las puertas y entrar en su calabozo para despedazarlo.

Dominado por esta terrible idea, le parecía que todo se conjuraba para confirmarla y darle fuerza: su doble crimen, las circunstancias en que había sido perpetrado y los largos años que habían transcurrido hasta su inesperado descubrimiento, hacían de él, por decirlo así, el objeto visible de la cólera del Omnipotente. En medio de los crímenes, de los vicios, de la peste moral de aquel gran lazareto de la capital, era él el único marcado y designado como víctima expiatoria de sus maldades, un lucifer en medio de los demonios; los otros presos no eran más que una turba vil, ocupados en ocultarse, un populacho como el que se estremecía en la calle. Él, él era el hombre, el único hombre, blanco de todos aquellos furores reunidos, un hombre aparte, solitario, aislado, del cual hasta los mismos presos huían con espanto.

Quizá la noticia de su encarcelamiento propalada por la ciudad los hubiera atraído allí expresamente para arrancarlo del calabozo y matarlo en la calle, quizá los amotinados, fieles

a algún plan concebido de antemano, hubieran ido a saquear la cárcel; tanto en un caso como en otro, no había esperanza alguna de que le perdonasen la vida. Cada grito que lanzaban, cada clamor que hacían oír, era un nuevo golpe que le hería el corazón. A medida que el ataque progresaba lo acosaban con más insistencia sus terrores frenéticos, hacía esfuerzos desesperados por arrancar los gruesos barrotes de la ventana para abrirse paso y huir, y llamaba con voz plañidera a los carceleros para que defendieran la puerta de su calabozo y lo salvasen del furor de la muchedumbre.

-Encerradme si queréis en el calabozo más profundo -decía-. No me importa que sea tenebroso y fétido, que sea una guarida de ratones o de víboras, con tal que pueda ocultarme y salvarme de su persecución.

Pero nadie acudía, nadie respondía a sus clamores. Sus mismos gritos le hacían temer que llamaría la atención, y volvía a abismarse en el más profundo silencio. De vez en cuando

al mirar por entre la reja de la ventana, veía un extraño resplandor en la pared y en las losas del patio. Aquel resplandor, al principio muy débil, aumentó insensiblemente, como si los carceleros pasasen y volviesen a pasar por los tejados del edificio con antorchas. Muy pronto el aire se enrojeció, y tizones inflamados caían zumbando al suelo, esparciendo el fuego por las losas y consumiendo sus ascuas tristemente en los rincones. Uno de ellos fue rodando hasta debajo de un banco de madera que abrasó, y otro cayó a lo largo de una chimenea y dejó en la pared un largo reguero de fuego. Un momento después, una densa lluvia de copos de fuego empezó a caer lentamente delante de la puerta desde alguna parte inmediata del tejado, presa indudablemente del incendio. Recordando que la puerta se abría por fuera, se dio cuenta de que cada chispa que iba a caer allí y a extinguir su fuerza y su vida, no dejando al morir más que un sucio átomo más de ceniza y de polvo, contribuía a sepultarlo allí como en una

tumba viviente. Y sin embargo, aunque la cárcel resonaba con los clamores y el grito de «¡Socorro!»; aunque el fuego saltaba en el aire como si cada llama desprendida tuviera una vida de tigre; aunque el calor empezaba a ser intenso y el aire sofocante, y aunque el estruendo crecía por momentos, y el peligro de la situación era cada vez más amenazador tan sólo por el estrago del despiadado elemento, tenía miedo de volver a gritar, porque la turba podía pasar por allí, y atraída por su voz o por las revelaciones de los carceleros, podía dirigirse hacia el calabozo donde se ocultaba. Así pues, temiendo del mismo modo a los carceleros y a la turba, el ruido y el silencio, la luz y la oscuridad, entre el temor de que lo liberasen y el de que lo abandonasen allí para morir, padecía un suplicio y tormentos tan agudos, que jamás hombre alguno, en el más horrible capricho de un poder despótico y bárbaro, pudo hacer sufrir a otro hombre un castigo más cruel que el que a sí mismo se imponía.

Finalmente, la turba derribó la puerta. Se precipitaron en la cárcel llamándose unos a otros en los corredores abovedados, sacudiendo las verjas de hierro que separaban los patios, llamando a las puertas de los calabozos, forzando cerraduras, barras y trancas, arrancando las rejas para hacer salir a los presos por las ventanas, tirándoles de los brazos o de las piernas con fuerza para sacarlos por aberturas por donde no hubiera podido pasar un niño, lanzando gritos, blasfemias y carcajadas, y corriendo por en medio de las llamas como salamandras. Algunos se arrojaban sobre los presos a medida que salían a las puertas para limar sus cadenas, y otros bailaban en torno a ellos con alegría frenética, les desgarraban los vestidos y parecían dispuestos en su locura a descuartizar sus miembros. Una docena de sitiadores logró penetrar en el patio donde el asesino dirigía miradas de terror desde su oscura reja; arrastraban por el suelo a un preso cuyo vestido habían desgarrado con tal furia que ya no

quedaban de él sino jirones sobre su cuerpo, que yacía en el suelo exánime y cubierto de sangre. Más allá, unos veinte presos corrían de un lado a otro extraviados en la cárcel como en un laberinto, tan aterrados por el estruendo y la luz, que no sabían qué hacer ni adónde ir, y continuaban pidiendo socorro con gritos tan desesperados como antes. Algún desgraciado, al que habían detenido robando un pan o un pedazo de carne, se deslizaba a hurtadillas y con los pies descalzos, huyendo lentamente al ver que se quemaba su casa, pues no tenía otra donde cobijarse, ni amigos dispuestos a tenderle los brazos, ni algún asilo antiguo, ni otra libertad que la de morirse de hambre. Más allá, un grupo de bandidos de carretera salía en cuadrilla, bajo la dirección de los amigos que tenían entre la multitud, que, mientras huían, les envolvían las esposas y los grilletes con pañuelos o manojos de heno para ocultarlos, los abrigaban con capas y les daban de beber, sosteniéndoles la botella contra los labios, porque

no habían tenido tiempo para romper los hierros que sujetaban sus manos. Todas estas escenas pasaban con acompañamiento de estruendo, precipitación, confusión y tumulto... Era más horrible que una pesadilla sin tregua, sin intervalo, sin un momento de reposo.

Estaba contemplando el asesino este espectáculo desde su ventana, cuando una turba de gente con antorchas, escalas, hachas y armas de toda especie, invadió el patio y, llamando a su puerta a martillazos, preguntó sí había dentro algún preso. Al verlos llegar se había retirado de la reja para ir a acurrucarse en el rincón más lejano de su calabozo; pero aunque no respondió, como se habían figurado que había alguien dentro, arrimaron las escalas y se pusieron a arrancar los barrotes de la ventana, y no contentos con esto, a abrir una brecha en la pared. Una vez practicada una abertura suficiente para pasar la cabeza, uno de ellos introdujo una antorcha y miró en el calabozo. El asesino siguió la mirada de su liberador hasta que la fijó

en él, y le preguntó por qué no había contestado. Pero el asesino no despegó los labios.

Los amotinados no se asombraron de su terror, y sin hacerle más preguntas, ensancharon la brecha hasta que permitió pasar el cuerpo de un hombre, y entonces saltaron uno tras otro hasta que no quedó un palmo vacío en el calabozo. Se apoderaron del preso, lo pasaron por la abertura a los brazos de los que estaban en las escaleras, y éstos lo entregaron a los que ocupaban el patio. Entonces salieron uno tras otro, después de aconsejar al asesino que huyese sin perder un momento, porque de lo contrario encontraría el paso obstruido por las llamas, y corrieron a salvar a otros presos.

Parecíale que todo aquello no había durado más de un minuto, y se bamboleaba sobre sus pies sin poder creer aún que fuese cierto, cuando el patio volvió a llenarse con una multitud solícita que se llevaba en triunfo a Barnaby. En un minuto, menos tal vez, en un segundo, sin intervalo de tiempo, él y su hijo fueron pasados

de mano en mano a través de la apiñada multitud reunida en la calle, y volvieron la cabeza para dirigir una mirada a las llamas que alguien dijo que eran Newgate.

Desde el momento en que los sitiadores habían entrado en la cárcel, se habían dispersado en diferentes direcciones, penetrando como un hormigueo por cada agujero y cada abertura, como si estuvieran enterados completamente de los más recónditos secretos del edificio o llevasen en su cabeza un plano exacto de sus patios, escaleras y corredores. Debían en gran parte este conocimiento directo del lugar al verdugo, que estaba en la escalera principal, diciendo a unos que entrasen por aquí, a otros que diesen la vuelta por allá, y que fue de gran auxilio para la portentosa rapidez con que se verificó la libertad de los presos.

Pero este funcionario legal se había reservado un pequeño dato de importancia que quería aprovechar para pasar un rato divertido y agradable. Cuando acabó de distribuir sus ins-

trucciones relativas a las diversas partes del lugar, y dispersándose el populacho por todos lados, descolgó de una pared inmediata un manojo de llaves y entró por un corredor particular que conducía a la capilla y estaba junto al ala del edificio en la que se encontraba la casa del alcaide, devorada en aquel momento por las llamas. Se dirigía a las celdas de los condenados a muerte. En el extremo del corredor se veía una serie de cuartos lúgubres y bien defendidos, que caían a una galería baja protegida por una recia verja de hierro en uno de los lados, y por dos puertas y una ventana con rejas en el otro. Cerró por dentro la verja y, después de cerciorarse de que las demás entradas estaban sólidamente cerradas, se sentó en un banco delante de los cuartos de los reos de muerte y se puso a chupar la cabeza que formaba el puño de su bastón con una expresión inefable de complacencia, calma y satisfacción.

Sin embargo, como los gritos de los cuatro desgraciados empezaban a turbar su diversión,

dio un golpe con su bastón en una de las puertas, gritando:

-¿Queréis hacerme el favor de callar?

Pero entonces prorrumpieron en nuevos gritos y desesperadas súplicas, diciendo que el día siguiente iban a ser ahorcados. En vano el verdugo corría de puerta en puerta tapando una tras otra con el sombrero las rejillas y haciendo inútiles esfuerzos para ahogar los gritos de los cuatro presos, y en vano rechazaba sus manos extendidas, les descargaba golpes con el bastón o los amenazaba con añadir algún dolor más a su ejecución cuando cayesen en su poder en el cadalso, y hacerlos morir lentamente; los infelices no cesaban por eso de atronar la cárcel con sus gritos. Por el contrario, estimulados por la seguridad de que ellos eran los únicos que quedaban privados de libertad, pedían auxilio con tanta insistencia que los amotinados forzaron con una celeridad increíble la verja que estaba formada de barras de hierro de dos pulgadas, derribaron las dos puertas como si fue-

ran de mimbre, y aparecieron en la entrada del sombrío corredor.

-¡Dennis! -gritó Hugh, que iba a la cabeza de la turba-. ¿Cómo habéis llegado hasta aquí? Bien, bien. Abrid pronto, o nos va a ahogar el humo si no nos vamos enseguida.

-¿Adónde tenemos que irnos tan deprisa? -preguntó Dennis-. ¿Qué venís a buscar aquí?

-¿Qué venimos a buscar? -repitió Hugh frunciendo las cejas-. ¿Qué hemos de venir a buscar? A los cuatro presos.

-Decid más bien los cuatro demonios -dijo el verdugo-. ¿No sabéis que están aquí para ser ahorcados el martes? ¿Acaso no tenéis ya respeto alguno a la ley y a la constitución? Dejad en paz a estos cuatro hombres.

-Dennis, no estoy de broma ni tenemos tiempo para reír -repuso Hugh-. ¿No los oís? Quitad esas barras que hay entre la puerta y el suelo, y dejadnos entrar.

-Amigo mío -dijo el verdugo en voz baja inclinándose para no ser oído por los demás, so

pretexto de hacer lo que Hugh deseaba pero sin apartar de él la mirada-, ¿no podríais dejar a mi disposición estos cuatro hombres? Es un capricho. Vos hacéis cuanto queréis, os tomáis de todo la parte que os apetece; pues bien, dadme hoy este gusto; dejadme estos cuatro hombres y no os importunaré más.

-Basta de bromas, quitad las barras y dejadnos entrar -fue la única respuesta de Hugh.

-Sabéis muy bien -añadió en voz baja el verdugo- que podéis despedir a toda esa gente si os conviene. ¡Cómo! ¿Estáis resuelto a entrar?

-Sí.

-Pero ¿dejaréis a esos cuatro hombres en paz... a mi disposición? ¿Es decir, que no respetáis nada... ni aun lo más sagrado? -dijo el verdugo, retirándose por donde había entrado y mirando a su compañero con expresión sombría-. ¿Queréis entrar?

-¡Por todos los diablos del infierno! Os digo que sí. ¿Qué os sucede? ¿Adónde vais?

-Voy adonde quiero, ¿os importa? -respondió el verdugo dirigiendo desde la puerta secreta donde se hallaba y que tenía entreabierta una mirada al corredor antes de cerrarla del todo-. No os inquiete el saber adónde voy, pero tened cuidado con lo que vais a hacer, porque os acordaréis algún día. No digo más.

Entonces agitó con ademán amenazador hacia Hugh el retrato esculpido en su bastón y, haciéndole una mueca menos amable que su sonrisa habitual, cerró la puerta y desapareció.

Hugh no perdió el tiempo; estimulado a la vez por los gritos de los presos y por la impaciencia de la turba, recomendó al compañero que estaba inmediatamente detrás de él (no había allí sitio más que para un hombre solo) que retrocediese un poco para no hacerle daño, y enarboló con tanta fuerza un martillo de cerrajero, que en cuatro golpes dobló y rompió la barra.

Si los dos hijos de uno de aquellos presos habían mostrado ya antes un celo que rayaba

en furia, ahora tenían la ira y el vigor de leones. Después de advertir al preso encerrado en cada calabozo que se alejase de la puerta cuanto le fuera posible para no herirlo con los hachazos que iban a descargar, se dividieron en cuatro grupos para trabajar a un tiempo y hacer saltar más pronto las barras y los cerrojos, y aunque el grupo en que se encontraban aquellos dos jóvenes no era el más numeroso, aunque estaba peor armado y dio principio al ataque algunos momentos después que los otros, su puerta fue la que cedió antes y su padre el preso que salió primero al corredor. Cuando lo sacaron para quitarle las cadenas, cayó a sus pies como un verdadero montón de hierro, y se lo llevaron en este estado en hombros sus liberadores sin dar señales de vida.

El complemento de aquella escena de horror fue la libertad de los cuatro miserables, que cruzaron con semejante escolta y con expresión vaga de asombro las calles llenas de animación y de vida que no esperaban volver a ver jamás

hasta el día en que fueran a arrancarlos de la soledad y del silencio para hacer su último viaje, hasta el día en que la atmósfera estaría cargada con el hálito infecto de millares de pechos palpitantes, y en que las calles no estarían construidas y cubiertas de ladrillos, piedras y tejas, sino de caras humanas sobrepuestas unas a otras. Al ver en aquel momento su rostro pálido, sus ojos hundidos y hoscos, sus pies vacilantes, sus manos tendidas hacia delante para no caer, su expresión vaga y la manera como abrían la boca para respirar cual si se asfixiaran la primera vez que se confundieron entre la multitud, se reconocía al punto que sólo podían ser ellos. No había necesidad de decir: «¿Veis ese hombre? Pues es un reo de muerte», porque llevaba estas palabras impresas y marcadas con un hierro candente en su frente sombría.

La multitud se retiraba ante ellos para dejarlos pasar como si fueran desenterrados que acabaran de resucitar con sus sudarios, y se vio que más de un espectador, que acababa de to-

car o rozar por casualidad su cuerpo con sus vestidos al pasar por su lado, se estremecía de pies a cabeza como si hubiese tocado; un verdadero difunto.

Rodeando a la multitud, las casas estaban completamente iluminadas aquella noche, encendidas de arriba abajo como si fuera un día de alegría y gozo público. Muchos años más tarde, ancianos que vivieron en su juventud cerca de esta parte de la ciudad recordarían haberse hallado entre un gran fogonazo de luz, en el interior de sus casas y en la calle, mientras miraban desde las ventanas, niños tímidos y asustados, cómo pasaba una cara. Aunque la gran muchedumbre por entero y todos sus otros terrores se hubieran desvanecido de su memoria, ese objeto seguiría allí: solitario, distinto y bien recordado. Incluso en las mentes inexpertas de los niños, uno de esos hombres condenados corriendo, y sólo por un segundo vislumbrado, era una imagen con fuerza suficiente para oscurecer todo lo que le rodeaba,

hacerse con un lugar completamente absorbente, y retenerlo para siempre.

Cuando todo esto hubo terminado, los gritos y berridos se tornaron más débiles; el traqueteo de los grilletes, que había resonado por todas partes mientras los prisioneros escapaban, cesó de oírse; todos los ruidos de la muchedumbre se convirtieron en un murmullo ronco y sombrío que se alejaba en la distancia, y cuando la marea humana hubo desaparecido por completo, un melancólico montón de ruinas humeantes marcaba el lugar en el que aquélla había destrozado y rugido.

LXVI

Aunque no había descansado la noche anterior y había velado casi sin tregua durante algunas semanas, sin dormir más que de día y a ratos perdidos, el señor Haredale buscó a su sobrina desde el alba hasta el anochecer en todos los lugares donde podía creer que habría ido a refugiarse. En todo el día no pasó por sus labios nada, ni siquiera una gota de agua, y aunque se extendían sus correrías de un extremo a otro de Londres, no se sentó una sola vez para tomar descanso.

No se había olvidado de recorrer en sus trabajosas pesquisas todos los barrios que podía imaginar, ni Chigwell, ni las casas de los artesanos y comerciantes con quienes tenía negocios, ni las de sus amigos y conocidos. Lleno de terrible ansiedad y perseguido por los más penosos temores, iba de magistrado en magistrado y hasta tuvo una entrevista con el secretario de Estado. De este ministro recibió únicamente

algún consuelo. El gobierno -le dijo-, impelido por los facciosos a ejercitar hasta el extremo las prerrogativas de la Corona, publicaría el día siguiente un bando que daría a la fuerza armada facultades ilimitadas para la represión del motín. Los católicos perseguidos contarían con las simpatías del rey, del gobierno y de las dos cámaras del Parlamento, así como las de todos los ciudadanos honrados y de todas las sectas religiosas, pues -le dijo- estaban resueltos a hacerles justicia a costa de todo género de sacrificios. Le aseguró además que otras personas, cuyas casas eran humeantes escombros, habían perdido durante algún tiempo la huella de algún niño o de algún pariente, y que le constaba que al fin los habían encontrado; que no echaría en olvido su declaración, que la recomendaría particularmente en las instrucciones transmitidas a los jefes de la guardia y a sus agentes, que no se omitiría nada de lo que pudiera hacerse en su favor, y que se desplegaría todo el buen

deseo y la constancia que tenía derecho a esperar.

Animado con estas consoladoras palabras, aunque hubiesen sido vanas todas sus anteriores pesquisas, y sin hacerse ilusiones sobre le esperanza que debía abrigar respecto a lo que le devoraba de dolor y de ansiedad, el señor Haredale se retiró después de dar gracias al ministro con todo su corazón por el interés que se tomaba por su desgracia y su deseo de aliviarla, y se encontró al caer la noche solo en las calles sin saber adónde ir a gozar de un momento de descanso.

Entró en una posada cerca de Charing Cross para pedir de cenar y una cama, y advirtió que su aspecto cansado y abatido llamaba la atención del fondista y de los mozos. Se le ocurrió la idea de que tal vez supusieran que no tenía dinero y, sacando el bolsillo, lo dejó sobre la mesa.

-Os habéis equivocado -le dijo el fondista con voz turbada-, temo únicamente, caballero,

que seáis una de las víctimas del motín, en cuyo caso no me atrevería a exponerme a recibiros en mi casa. Soy padre de familia y me han amenazado ya dos veces con la muerte si no tenía cuidado en averiguar la religión de mis huéspedes. Lo siento mucho, caballero, os pido perdón con toda humildad, pero no puedo albergaros en mi casa.

El señor Haredale le respondió que comprendía su temor, y que se retiraba para no comprometerlo. Pensando entonces que debía haberse imaginado aquella negativa a juzgar por lo que había visto por la mañana en Chigwell, donde nadie se había atrevido a tomar un azadón a pesar de sus generosas ofertas para ir a registrar las ruinas de su casa, se dirigió hacia el Strand sin querer exponer su orgullo a otra negativa, pues era demasiado generoso para envolver en su pesar o su ruina a algún honrado comerciante que hubiese sido bastante débil para darle asilo. Vagaba, pues, por una de las calles paralelas al Támesis marchando sin di-

rección fija, con ademán melancólico y pensando en cosas muy antiguas en su memoria, cuando oyó que un criado decía a otro por la ventana que el populacho había ido a pegar fuego a Newgate.

¡A Newgate, donde estaba Rudge! Recobró sus fuerzas desfallecidas, y su energía fue en aquel momento cien veces más poderosa que nunca. ¿Sería posible que fueran a liberar al asesino, y que él, después de cuanto había padecido, acabase sus días sin haberse podido librar de la sospecha de que había matado a su hermano?

Sin saber siquiera que se dirigía hacia la cárcel, no se paró hasta que estuvo enfrente del edificio. La multitud se hallaba allí en efecto compacta y apilada como una masa densa, sombría y móvil, y se veían las llamas subir al cielo en deslumbrantes y rojos penachos. Se apoderó de su cabeza el vértigo, mil luces bailaban en torno de sus ojos, y luchaba con dos hombres que lo contenían.

-No. no -decía uno-, recobrad la prudencia, caballero; estamos llamando la atención. Retirémonos. ¿Qué queréis hacer contra tanta gente?

-Este caballero siempre anda metido en follones -dijo el otro, llevándoselo-. Me gusta por eso.

Los dos compañeros lo metieron en un patio inmediato a la cárcel, en tanto que Haredale miraba a su alrededor de una manera vaga y sentía que apenas podía sostenerse en pie. El primero que le había hablado era el anciano que había visto en casa del lord corregidor, y el otro era John Grueby, que con tanto valor lo había defendido en Westminster.

-¿Dónde estamos? -preguntó Haredale con voz desfallecida.

-Un poco más lejos de la turba -respondió el fabricante de licores-. pero venid con nosotros, tened la bondad de venir con nosotros. Según parece conocéis a mi amigo.

-Lo conozco -dijo el señor Haredale mirándolo con cierto estupor.

-Pues bien, él os dirá -repuso el anciano- que soy una persona de quien podéis fiaros. Me conoce, es mi criado. Estaba antes, como creo que lo sabéis, sirviendo a lord George Gordon, pero se ha despedido de él, e interesándose por mí y algunas otras víctimas designadas del motín, ha venido a darme las noticias que ha podido inquirir sobre los designios de esos miserables.

-Es cierto, caballero -dijo Grueby llevándose la mano al sombrero-, pero ya lo sabéis, con una condición, con la condición de que no iréis a declarar contra milord. Es un hombre extraviado, caballero, pero en el fondo es la pura honradez. No ha sido milord nunca la causa de estos desórdenes.

-Podéis estar seguro -dijo el fabricante de licores- de que no faltaré a esa condición. Os lo juro por mi honor. Pero venid con nosotros, caballero, venid.

John Grueby, sin unir sus instancias a las del anciano, adoptó otro medio de persuasión más directo cogiendo del brazo al señor Haredale en tanto que su amo hacía lo mismo con el otro, y se alejaron de aquel sitio.

El negociante de licores, como le había dicho ya cuando se encontraron en la puerta de la casa del lord corregidor, vivía en Holborn Hill, donde tenía vastos almacenes y hacía su comercio al por mayor. Entraron en su casa por una puerta falsa para no atraer la atención de la multitud y subieron a una sala del piso principal que daba a la calle. Sin embargo, sus ventanas, como todas las de la casa, estaban cerradas para que no se viese un solo rayo de luz desde el exterior.

Colocaron a Haredale en un sofá casi sin conocimiento, pero habiendo corrido Grueby enseguida a buscar un cirujano, recobró gradualmente el sentido después de una copiosa sangría. Como se hallaba entonces muy débil para andar, les costó poco trabajo persuadirlo de que

pasase allí la noche, y le hicieron acostar sin perder un minuto. Cuando estuvo en la cama, le hicieron tomar un poco de licor y una tostada, y la influencia del medicamento lo abismó muy pronto en un letargo durante el cual olvidó todas sus penas.

El fabricante de licores, que era un hombre campechano y de bien, no tenía pensado acostarse también él, pues había recibido diversas amenazas por parte de los insurgentes y, de hecho, había salido aquella noche con la intención de descubrir, a partir de las conversaciones de la muchedumbre, si su casa era el siguiente objetivo a ser atacado. Se quedó toda la noche sentado en un sillón en la misma sala -adormeciéndose de vez en cuando- y recibió de tanto en tanto las noticias de John Grueby y otros dos o tres empleados fiables, que salían a la calle a modo de observadores, para cuyo bienestar se habían dispuesto toda serie de viandas y bebidas (que el viejo licorista, pese a

su ansiedad, atacaba de vez en cuando) en la habitación adyacente.

Estas noticias fueron de una naturaleza suficientemente alarmante desde el principio; pero a medida que transcurría la noche fueron empeorando e implicaban una tal cantidad de disturbios y destrucción, que en comparación con esas nuevas oleadas los motines previos no parecían más que nimiedades.

La primera información que llegó fue referente a la toma de Newgate y la escapada de todos los prisioneros, cuyo divagar por Holborn y las calles adyacentes era delatado por los ciudadanos que se habían encerrado en sus casas y el traqueteo de sus cadenas, que producía un lúgubre concierto y que era oído en todas partes, como si estuvieran trabajando un centenar de fraguas. También las llamas, resplandeciendo con tanta fuerza a través de las claraboyas de la casa del fabricante de licores que las habitaciones y las escaleras del piso de abajo estaban tan iluminadas como si fuera

mediodía, mientras que los distantes gritos de la muchedumbre parecían estremecer los muros y los techos.

Finalmente los oyeron acercarse a la casa, y siguieron algunos minutos de terrible ansiedad. Se acercaron hasta ella y se detuvieron allí, pero después de gritar bien alto tres veces, siguieron adelante. Y a pesar de que regresaron en diversas ocasiones aquella noche, creando cada vez una nueva alarma, no hicieron nada. Poco después de que se marcharan por primera vez, uno de los observadores regresó corriendo con la noticia de que se habían detenido ante la casa de lord Mansfield en Bloomsbury Square.

Poco después llegó otro, y otro, y regresó de nuevo el primero, y así, poco a poco, la historia que entre todos contaron fue como sigue: que la muchedumbre reunida alrededor de la casa de lord Mansfield había pedido a gritos a los que estaban dentro que abrieran la puerta, y al no recibir respuesta alguna (pues lord y lady Mansfield estaban huyendo por la puerta de

atrás), entraron por la fuerza como tenían por costumbre. Que empezaron a derruir la casa con inmensa furia y, prendiendo fuego en varias partes de ella, dejaron reducido a polvo todo el lujoso mobiliario, la vajilla y las joyas, una preciosa galería de pintura, la más extraordinaria colección de manuscritos jamás poseída sor una sola persona en el mundo, y peor que todo eso, porque nada podía sustituir esa pérdida, la Biblioteca Legal, de la que casi todas las páginas eran notas escritas a mano por el propio juez, de inestimable valor, siendo el resultado del estudio y la experiencia de toda su vida. Que mientras aullaban y se regocijaban alrededor del fuego, una tropa de soldados, con un magistrado entre ellos, llegó, y, al ser demasiado tarde (puesto que el mal ya había sido hecho), empezó a dispersar a la multitud. Que se leyó la Ley de Motines, y que la muchedumbre siguió resistiéndose, y que los soldados recibieron la orden de disparar y, apuntando con sus fusiles, mataron en la primera descarga

a seis hombres y una mujer, e hirieron a muchas personas, y que, cargando enseguida, dispararon otra ronda, pero se creía que por encima de la cabeza de la gente, puesto que no se vio a nadie caer. Que posteriormente, asustada por los gritos y el tumulto, la muchedumbre empezó a dispersarse, y los soldados se marcharon, dejando a los muertos y los heridos en el suelo; que en cuanto se hubieron marchado, los insurgentes regresaron y, recogiendo los cadáveres y los heridos, formaron una tosca procesión liderada por los cuerpos. Que así desfilaron con una terrible algarabía, colocando armas en las manos de los hombres muertos para que parecieran vivos, precedidos por el tintineo de una campana de servicio de lord Mansfield tañida con toda su fuerza.

Los observadores informaron, también, de que este grupo se encontró con otros que habían estado cometiendo actos semejantes en otras partes de la ciudad, se fusionó con ellos y, despidiendo a algunos hombres con los muertos y

los heridos, marchó hacia la casa de campo de lord Mansfield en Caen Wood, entre Hampstead y Highgate, y procedió a destruir esta casa como había hecho con la de Bloomsbury, encendiendo una gran hoguera allí, gracias a cuya altura podía verse desde todo Londres. Pero en ese momento los asaltantes se toparon con una partida de hombres a caballo que había llegado antes que ellos, se retiraron más rápido de lo que habían llegado y regresaron directamente a la ciudad.

Habiendo ahora un gran número de grupos en las calles, cada uno de los cuales procedía de acuerdo con su humor, una docena de casas ardieron rápidamente, incluida la de sir John Fielding y otros dos jueces, y cuatro más en Holborn -uno de los más importantes barrios de Londres- quemaban al mismo tiempo, y quemaron hasta que se hubieron consumido, pues la gente cortó la manga contra incendios y no permitió que los bomberos se enfrentaran a las llamas. En una casa cerca de Moorfields,

encontraron en una de las habitaciones algunos canarios en jaulas y los arrojaron vivos al fuego. Las pobres criaturas gritaban, se dijo, como bebés cuando los lanzaron a las llamas; y un hombre quedó tan conmovido que trató en vano de salvarlos, lo cual provocó la indignación del gentío y casi le costó la vida.

En esa misma casa, uno de los hombres que recorría las habitaciones rompiendo los muebles y ayudando a destruir el edificio encontró la muñeca de una niña -un juguete sin valor- que exhibió en la ventana a la muchedumbre apostada abajo, como la imagen de un santo blasfemo que los ocupantes de la vivienda habían adorado. Mientras lo hacía, otro hombre de conciencia igualmente tierna (habían sido de los primeros en arrojar los canarios para que se asaran vivos), se sentó en el parapeto de la casa y arengó a la multitud leyendo un panfleto repartido por la Asociación relativo a ¡los verdaderos principios del cristianismo! Mientras tanto, el alcalde, con las manos en los bolsillos,

miraba como un hombre ocioso hubiera observado cualquier otro espectáculo, y parecía realmente satisfecho de haber conseguido un buen lugar.

Tales eran las noticias llevadas al viejo fabricante de licores por sus sirvientes mientras esperaba sentado junto a la cama del señor Haredale, incapaz siquiera de dormitar un poco, después de la primera mitad de la noche; demasiado perturbado por sus propios miedos, por los gritos de la multitud, la luz de los fuegos y los disparos de los soldados. Tales, con el añadido de la liberación de todos los prisioneros de New Jail, en Clerkenwell y muchos secuestros de transeúntes en las calles, pues de ello gustaba la muchedumbre, eran las escenas a las que el señor Haredale era felizmente ajeno, y que se representaron antes de la medianoche.

LXVII

Cuando las tinieblas desaparecieron ante la luz del nuevo día, la ciudad presentaba un aspecto extraño.

Nadie había pensado siquiera en acostarse en toda la noche, y la inquietud general estaba tan patente en los rostros de los habitantes, con una expresión tan alterada por la falta de sueño, porque todos los que tenían algo que perder habían estado en pie desde el lunes, que si un extranjero hubiese penetrado en sus calles sin saber lo que había sucedido, habría llegado a creer que alguna peste horrible estaba haciendo estragos en la ciudad. En vez de la animación que reina comúnmente por la mañana todo estaba muerto y silencioso. Las tiendas, los despachos y los almacenes estaban cerrados, y desiertos los puestos de coches de alquiler y de sillas de manos; ni un solo carro despertaba con el ruido de sus pesadas ruedas las perezosas calles; no se oían los gritos de los mercaderes

ambulantes, y por todas partes reinaba un sombrío silencio. Un gran número de personas estaban fuera de sus casas desde antes de amanecer, pero se deslizaban más bien que andaban, como si les causara miedo el rumor de sus pasos; hubiérase dicho que la vía pública estaba ocupada más bien por fantasmas que por la población, y se veían en torno de las ruinas sombrías gentes separadas unas de otras, que no se atrevían a reprender a los perturbadores ni querían que lo pareciera.

Veíanse desde el amanecer numerosas patrullas y partidas de soldados en casa del lord presidente en Piccadilly, en el palacio Lamberth, en casa del lord canciller en Great Ormond Street, en la Bolsa, en el Banco, en Guildhall, en los Tribunales, en las salas de justicia y en cada aposento cuya fachada daba a las calles de las cercanías de Westminster y del Parlamento. Delante de Palace Yard había un cuerpo de guardias reales; se había improvisado en el Park un campamento donde había mil quinien-

tos hombres armados y cinco batallones de milicia; la Torre estaba fortificada, levantados los puentes levadizos, los cañones cargados y apuntados con dos regimientos de artillería ocupados en poner la fortaleza en estado de defensa; una respetable columna de soldados ocupaba New River Head, que el pueblo había amenazado atacar, y donde se decía tenían proyectado cortar los conductos para privar del agua a los que quisiesen apagar los incendios; en el mercado de aves, en Corn Hill y en otros puntos principales se habían colocado a través de las calles cadenas de hierro, y se habían repartido compañías sueltas durante la noche en algunas antiguas iglesias de la City, así como en cierto número de casas particulares, como la de lord Buckingham en Grosvenor Square, que habían fortificado como para sostener un sitio con cañones que asomaban por las ventanas.

A medida que el día avanzaba, se veían en las calles espectáculos aun más extraordinarios. Cuando abrieron las puertas de King's Bench y

de la cárcel de Fleet a la hora de costumbre, se encontraron avisos y pasquines anunciando que los amotinados volverían aquella noche para reducirlos a cenizas, y los guardianes, convencidos de que según todas las apariencias, cumplirían su palabra, deseaban poner en libertad a todos los presos y pedían que se les permitiera sacar sus muebles y trasladarlos a otra parte. Y así lo hicieron en efecto; durante todo aquel día se ocuparon en sacar los muebles y trasladarlos, unos a un lugar, otros a otro, y la mayor parte a los establecimientos de muebles de alquiler para sacar de ellos todo el dinero que podían. Entre aquellos individuos acuciados por las deudas había algunos tan abatidos por su larga permanencia en la cárcel, tan miserables, tan faltos de amigos, tan muertos en el mundo, sin que nadie se acordase de ellos o les conservase algún interés, que suplicaban a sus carceleros que no los pusieran en libertad y los enviasen a alguna otra cárcel. Pero los carceleros, temiendo exponerse a la

cólera del populacho, los ponían en la calle, donde andaban sin dirección fija, sin acordarse apenas de las sendas cuyo hábito habían perdido tanto tiempo hacía sus pies; y estos infelices, degradados y podridos hasta el corazón por la permanencia en la cárcel, se alejaban vertiendo lágrimas, mal cubiertos con sus harapos y arrastrando los rotos zapatos a lo largo de las aceras.

De los trescientos presos que se habían fugado de Newgate, algunos -no muchos, en verdad, pero sin embargo algunos- buscaban por todas partes a sus carceleros para ponerse otra vez en sus manos, prefiriendo la prisión y un nuevo castigo a los horrores de una noche como la anterior. Varios presos, atraídos al sitio de su antiguo cautiverio por algún atractivo inexplicable o por el deseo de triunfar en su destrucción y saciar su placer viéndolo reducido a escombros, no vacilaban en volver en pleno día. Aquel día los soldados prendieron cincuenta en el recinto de la cárcel, lo cual no im-

pidió que los demás volviesen a pesar de todo a hacerse prender durante toda la semana, varias veces al día en grupos de dos o tres. Entre los cincuenta que acabamos de mencionar había algunos que trataban de reanimar el fuego, pero en general no parecían tener otro objeto que el de ir a vagar y a pasearse por su antigua residencia, porque se los encontró dormidos en medio de las ruinas, sentados y en tranquila conversación, o bebiendo y comiendo como en una taberna.

Además de los pasquines fijados en las puertas de Fleet Street y King's Bench, los revoltosos pusieron avisos iguales a las once de la mañana en la puerta de algunas casas particulares, y por la tarde el motín proclamó la intención de apoderarse del Banco Nacional, la Casa de la Moneda, el Arsenal de Woolwich y los palacios reales. Estos avisos eran casi siempre repartidos por un hombre solo, que, si se trataba de una tienda, entraba en ella para dejarlos con amenazas sangrientas a veces sobre el mostrador, y

si era una casa particular, llamaba a la puerta y los entregaba a la criada. A pesar de la presencia de la fuerza armada en todos los barrios de la ciudad y de la numerosa tropa acampada en el Park, estos atrevidos mensajeros continuaron durante todo el día repartiendo sus manifiestos con impunidad. Hasta se vieron dos jóvenes bajar por Holborn armados con barrotes de las verjas de la casa de lord Mansfield pidiendo dinero para los amotinados, y se vio también un hombre de elevada estatura y montado a caballo que hacía una recolecta con el mismo objeto en Fleet Street y no aceptaba más que monedas de oro.

Circulaba igualmente un rumor que infundía más terror aún en toda la ciudad de Londres que estas intenciones anunciadas públicamente y de antemano por el motín, aunque todo el mundo estaba convencido de que el triunfo de estas maquinaciones iba a acarrear una bancarrota nacional y la ruina general. Se

decía que estaban resueltos a abrir las puertas de Bedlam y soltar a los locos.

Así se pasó el día esperando la noche: los prisioneros arrastrando sus bienes, la gente corriendo de un lado a otro por las calles, los grupos reunidos en silencio alrededor de las ruinas, todos los negocios suspendidos, y los soldados dispuestos como ya se ha mencionado, esperando inactivos. Así pasó el día, y la temida noche estaba ya cerca.

Finalmente, a las siete de la tarde en punto, el consejo privado del rey publicó una proclama solemne en la cual declaraba que había llegado a ser necesario emplear la fuerza armada, que los oficiales habían recibido la orden más formal y terminante de hacer al instante uso de todos los medios que estaban en su poder para reprimir los desórdenes, y que se invitaba a todos los súbditos honrados de Su Majestad a que no saliesen aquella noche de sus casas ni dejasen salir a sus criados y aprendices. Después se repartió a cada soldado de servicio

treinta y seis cartuchos, los tambores tocaron llamada, Y toda la tropa estuvo armada al anochecer.

Las autoridades municipales, estimuladas por estas medidas de rigor, se reunieron en junta general, dieron un voto de agradecimiento a las autoridades militares por la cooperación que tenían a bien prestar a la administración civil, la aceptaron y pusieron los cuerpos designados bajo la dirección de los magistrados. En el palacio de la reina, además de una guardia doble, los cuerpos distinguidos, los pajes, los escuderos y demás servidores, ocuparon militarmente los corredores y las escaleras a las siete, con orden expresa de tener centinelas toda la noche, y después se cerraron todas las puertas. Los caballeros del Temple Inn y otros aposentos improvisaron guardias en el interior de los edificios y mandaron desempedrar la calle para fortificar las puertas; en Licoln's Inn cedieron la sala principal a la milicia del Northumberland, comandada por lord Algernon

Percy, y en algunos barrios de la City los vecinos se ofrecieron espontáneamente y se prepararon para defender las vidas y haciendas de los ciudadanos pacíficos y honrados. Centenares de hombres robustos y animosos acudieron a las casas de banca y a las compañías mercantiles armados de pies a cabeza, cerraron por dentro todas las puertas y dijeron a los insurrectos que se agrupaban en la calle: «¡Venid si os atrevéis, y veréis como salís escarmentados!».

Todas estas precauciones tomadas casi simultáneamente se completaron antes de anochecer, de modo que al extinguirse los últimos rayos del crepúsculo las calles quedaron relativamente despejadas, custodiadas por todos lados y por sus avenidas principales por las tropas, en tanto que algunos oficiales a caballo iban en todas direcciones mandando a los rezagados que podían encontrar que se retirasen a sus casas, e invitando a los ciudadanos a que no saliesen a la calle y que en caso de oír disparos

no se asomasen a las ventanas. Se doblaron las cadenas tendidas en las encrucijadas donde se podía temer más la invasión de las masas, y se establecieron en ellas patrullas numerosas de soldados; y cuando se hubieron tomado estas precauciones y se hizo enteramente de noche, los jefes esperaron el resultado con alguna ansiedad, pero también con esperanza de que estas medidas vigorosas bastarían para desalentar al populacho e impedir nuevos desórdenes.

Pero se habían equivocado cruelmente en sus cálculos, porque apenas había transcurrido media hora, y como si la caída de la noche hubiese sido la señal convenida de antemano, los amotinados, que habían tomado la medida de impedir, divididos en pequeños grupos, que encendiesen los faroles de las calles, se alzaron como un mar enfurecido, apareciendo a un tiempo en tantos puntos diferentes y con una rabia tan inconcebible, que los oficiales que mandaban las tropas no supieron en el primer

momento qué hacer ni a qué lado dirigirse. Estallaron nuevos incendios en cada barrio de la ciudad, como si los insurgentes tuvieran intención de envolver la City en un círculo de llamas que, estrechándose poco a poco, la redujera completamente a cenizas. La multitud bullía en las calles como un hormiguero, lanzando gritos espantosos, y como no había ya fuera de las casas más que los perturbadores por una parte y los soldados por otra, éstos podían creer que tenían a todo Londres delante, formado contra ellos en batalla, y que tenían que luchar con toda la ciudad.

En dos horas se anunciaron treinta y seis incendios importantes, entre los cuales se citaban Borough Chist en Tooley Street, King's Bench, la cárcel de Fleet y New Bridewell. Cada calle era un campo de batalla; en cada barrio el estruendo de los disparos de la tropa dominaba los clamores y el tumulto del populacho. El fuego empezó en el mercado de aves, donde se había puesto una cadena a través de la entrada,

y allí la primera descarga mató de una vez a más de veinte insurrectos. Los soldados, después de llevarse los cadáveres a la iglesia de Saint Mildred, hicieron fuego una segunda vez y, acercándose más a la turba que había empezado a ceder el paso al ver que las amenazas se convertían en hechos, volvieron a formarse en batalla en Cheapside y cargaron a la bayoneta.

Las calles ofrecían entonces un horrible espectáculo. Los alaridos de la multitud, los gritos de las mujeres, los lamentos de los heridos y el estruendo de las descargas formaban un acompañamiento atronador y espantoso a las diversas escenas que se veían en todas partes. Donde el camino estaba obstruido por las cadenas era también el punto donde se hallaba lo más recio del combate y el mayor número de víctimas, pero puede decirse que no había una encrucijada importante donde la acción no fuera reñida y sangrienta.

En Holborn Bridge y en Holborn Hill la confusión era mayor que en ninguna otra parte,

porque la multitud que desembocaba de la City en dos corrientes impetuosas, una por Ludgate Hill y otra por Newgate Street, se reunía allí y formaba una masa tan compacta que a cada descarga la gente parecía caer a montones. Se había colocado en aquel punto una partida numerosa de soldados que disparaban desde Fleet Market, desde Holborn o desde Snowhill, barriendo constantemente las calles en todas direcciones. Había allí también varios incendios considerables, de modo que parecía que todos los horrores de aquella terrible noche se habían dado cita en ese mismo y único escenario.

Los amotinados, a cuya cabeza iba un hombre que blandía un hacha en su mano derecha, montado en un alto y robusto caballo enjaezado con las cadenas sacadas de Newgate, cuyo estruendo acompañaba cada uno de sus pasos, hicieron al menos veinte veces desesperadas tentativas para forzar el paso y prender fuego a la casa del negociante de vinos y licores, y otras tantas veces fueron rechazados con gran pérdi-

da, lo cual no les impedía reiterar el ataque. Aunque el bandido que los dirigía y mandaba formaba un blanco muy visible porque era el único que iba a caballo, no pudo alcanzarle ninguna bala; cada vez que la humareda de la descarga se desvanecía podía estarse seguro de volverlo a ver en el mismo sitio, llamando a sus compañeros con voz ronca, blandiendo su hacha sobre la cabeza y tomando nuevo ímpetu como si llevara un talismán que le protegiera la vida o estuviera a prueba de pólvora y balas.

Era Hugh, y parecía estar en todas partes. Él había dirigido dos ataques contra el Banco, había ayudado a destruir las barracas de la cabeza del puente de BlackFriars, sembrando con el dinero de los recaudadores el empedrado, había prendido fuego con su propia mano a dos cárceles, y allí, en todas partes y siempre, estaba en la vanguardia, siempre en movimiento, descargando hachazos sobre los soldados y haciendo oír la música de hierro de su caballo sin que se parase ni retrocediese un momento.

Cercado por un lado, se abría paso a la fuerza por otro y, obligado a retirarse por un punto, avanzaba casi al instante por otro distinto. Rechazado en Holborn por vigésima vez, espoleaba el caballo al frente de un crecido grupo de insurgentes hacia Saint Paul, atacaba una compañía de soldados encargados de la custodia de los presos detrás de las verjas, los obligaba a retirarse, se apoderaba de los presos, y con este esfuerzo volvía a la carga, en el delirio del vino y de la rabia, excitándolos con sus gritos como un demonio.

El jinete más hábil se hubiera visto en apuros para sostenerse a caballo en medio de tal multitud y semejante tumulto, pero aunque este furioso se agitaba sobre el caballo sin silla como una barca azotada por el mar, jamás se caía al suelo ni dejaba de dirigir el animal adonde quería. En las filas apiñadas, sobre los cadáveres y los restos inflamados, en las aceras, en el arroyo, subiendo sobre los escalones de un portal para que lo vieran mejor los suyos,

abriéndose paso a través de una masa de seres vivos, tan unida y compacta que hubiera podido andarse sobre las cabezas sin tocar el suelo, corría de un lado a otro, seguro siempre de vencer todos los obstáculos. Y tal vez a este mismo arrojo debía el no haber recibido aún ninguna bala, porque su extremada audacia y la certeza de que era uno de los jefes a cuya cabeza la proclama oficial había puesto precio inspiraban a los soldados el deseo de cogerlo vivo y desviaban muchos tiros que, de no ser por esta circunstancia, no se hubieran alejado de su pecho.

El negociante y el señor Haredale, no pudiendo estar por más tiempo tranquilamente sentados escuchando el estruendo sin ver lo que sucedía, habían subido al tejado de la casa y, ocultos detrás de una chimenea, miraban con precaución hacia la calle. Les animaba la esperanza de que, tras tantos ataques rechazados siempre, los invasores tendrían que ceder, cuando un gran clamoreo les anunció que lle-

gaba una nueva turba por el extremo opuesto de la calle y el espantoso estruendo de las cadenas les advirtió al mismo tiempo que Hugh estaba al frente de aquella turba. Los soldados habían avanzado hasta Fleet Market, donde dispersaban a los revoltosos, y esta circunstancia permitió a Hugh y a su gente llegar sin obstáculo hasta delante de la casa.

-Todo está perdido ya -dijo el negociante-. Dentro de un minuto van a tirarse a la calle cincuenta mil libras esterlinas. Lo único que nos resta es ver si podemos huir y salvar nuestras vidas.

Su primera idea fue deslizarse como pudieran a lo largo de los tejados de las casas, ir a llamar a la ventana de alguna buhardilla para que les dejasen entrar y bajar a la calle para huir, pero otro grito más furioso aún salió del populacho, cuyas cabezas estaban vueltas hacia ellos, y les anunció que habían sido descubiertos y hasta habían reconocido al señor Haredale, porque Hugh, viéndolo al resplandor que

despedía un incendio inmediato, lo llamó por su nombre jurando que tenía sed de su sangre.

-Dejadme -dijo el señor Haredale al negociante-, y en nombre del cielo, huid, amigo mío. Sube, sube -gritaba con furia volviéndose hacia Hugh sin pensar en ocultarse e inclinando el cuerpo hacia la calle-. El tejado es alto, y si caes en mis manos, te juro que moriremos juntos.

-Es una locura -dijo el honrado negociante tirándole del brazo-, es una locura. Tened juicio, señor, no hagáis disparates. No podría ya ir a llamar a una ventana, y aun cuando pudiera, no encontraría a nadie que tuviera valor para proteger mi fuga. Bajemos a las bodegas, donde hay un paso que da a la calle por el que entramos y sacamos los toneles. No perdáis un instante; venid conmigo... por nosotros dos..., por mí, caballero.

Mientras hablaba y tiraba del brazo al señor Haredale, pudo como él dirigir una mirada hacia la calle, una simple mirada, pero que bastó para hacerle ver la turba apiñada contra la

casa, unos con armas forcejeando en la primera fila para hundir las puertas y las ventanas, otros con la cara levantada hacia los tejados, siguiéndolos en su fuga y señalándolos a sus compañeros y todos furiosos y bramadores como las llamas que habían encendido.

Vieron hombres ávidos de los tesoros de licores que sabían que estaban almacenados allí; vieron otros heridos, tendidos en el suelo y moribundos, en los callejones de enfrente, miserables abandonados en medio de aquella inmensa muchedumbre; aquí una mujer aterrada que pugnaba por huir, allá un niño perdido, y más allá un innoble ebrio que sin apercibirse siquiera de una herida mortal que había recibido en la cabeza, gritaba y luchaba hasta exhalar el último suspiro. Todo esto vieron claramente hasta con una infinidad de incidentes vulgares, como un hombre que había perdido el sombrero, o se volvía, o se inclinaba, o que daba un apretón de manos a otro, pero con una mirada tan rápida, que con sólo dar un paso para reti-

rarse, perdieron de vista todo aquel espectáculo y no vieron más que su palidez mortal y el cielo enrojecido sobre sus cabezas.

El señor Haredale cedió a las súplicas del negociante más porque estaba resuelto a defenderlo que por cuidado de su propia vida y para asegurar su fuga, y volviendo a entrar en la casa, bajaron juntos la escalera. Los golpes resonaban como el trueno en las puertas y ventanas; las barras trabajaban ya en la puerta principal, caían con estruendo los cristales, una luz brillante penetraba por las más angostas aberturas, y oían hablar a los rebeldes tan cerca desde cada puerta, que se hubiera dicho que aquellos bandidos les murmuraban al oído con voz ronca amenazas de muerte. Sólo tuvieron tiempo para llegar a los últimos escalones de la bodega y cerrar la puerta; el populacho había entrado ya en la casa.

Las bodegas estaban abismadas en profundas tinieblas, y como no llevaban luz alguna, pues se hubieran guardado muy bien de des-

cubrir así el lugar donde se refugiaban, se veían obligados a buscar su camino a tientas. Pero no tardaron mucho en ver claridad, porque apenas habían andado algunos pasos oyeron que los amotinados forzaban la puerta de las bodegas, y lanzando en pos de sí una mirada bajo la bóveda del corredor, pudieron verlos precipitándose con antorchas para romper los toneles, abrir los barriles y arrojarse de bruces para beber en los arroyos de licor que corrían ya por el suelo.

Los dos fugitivos aceleraron el paso, y habían penetrado ya hasta la última bóveda que los separaba de la puerta de escape cuando de pronto, en la dirección que seguían, una viva luz iluminó sus rostros y, antes de arrimarse a la pared, dar un paso atrás o buscar un escondite, dos hombres, uno de los cuales llevaba una antorcha, llegaron hasta ellos y exclamaron con júbilo pero con voz comprimida:

-¡Aquí están!

Al mismo tiempo arrojaron las barbas postizas con que se habían disfrazado, y el señor Haredale se encontró delante de Edward Chester y, un momento después, el negociante, asombrado, tuvo fuerza para abrir la boca y pronunciar el nombre de Joe Willet.

En efecto, era Joe Willet, el mismo Joe, con un brazo menos sin embargo, que todos los años hacía cada trimestre un viaje en su yegua cenicienta para ir a pagar la cuenta del mercader de vinos y licores que en aquel momento lo miraba cara a cara y lo llamaba por su nombre.

-Dadme la mano -dijo Joe en voz baja y, en realidad, cogiéndosela de buen o mal grado-. No tengáis miedo de estrechar la mía porque es vuestra de todo corazón; desgraciadamente no tiene compañera. No pongáis esa cara; ánimo y no desesperéis de salvaros, y vos, señor -añadió dirigiéndose al señor Haredale-, no desesperéis. ¡Ánimo! Sabed que no hemos perdido el tiempo.

Había en el lenguaje de Joe tal expresión de franqueza y honradez que el señor Haredale le estrechó involuntariamente la mamo aunque su encuentro no dejase de serle bastante sospechoso; pero la mirada que lanzó al mismo tiempo a Edward Chester y la discreción con que este joven se retiró a un lado no se escaparon a la penetración de Joe, que dijo con desembarazo mirando también a Edward:

-Los tiempos han cambiado, señor Haredale, y ha llegado el momento de distinguir a los amigos de los enemigos para no tomar a unos por otros. Permitid que os diga que de no ser por este caballero es muy probable que a estas horas estuvierais muerto o al menos gravemente herido.

-¿Qué queréis decir? -le preguntó el señor Haredale.

-Digo en primer lugar que era preciso ser muy humilde y condescendiente para ir a confundirse entre la multitud disfrazado como uno de esos desgraciados. Pero no toquemos este

punto, porque también yo me hallaba en el mismo caso. Digo en segundo lugar que es una acción noble y gloriosa, al menos así me parece, haber descargado a aquel hombre un golpe que le ha hecho caer del caballo.

-¿Qué hombre?

-¡Qué hombre, señor! -dijo Joe-. Un hombre que no os quiere bien y que él solo vale por veinte hombres o más bien por veinte diablos. No lo conozco desde hoy. Si no hubieseis salido de esta casa os hubiera encontrado al momento. Los otros no tienen rencor particular contra vos, y como no os vean no pensarán más que en beber hasta morir. Pero estamos perdiendo el tiempo. ¿Nos vamos?

-Sí -dijo Edward-. Apaga la antorcha, Joe, y abre el camino. Silencio.

-En silencio o no -murmuró Joe arrojando la antorcha al suelo apagándola con el pie al mismo tiempo que cogía a Haredale por la mano-, para el caso es igual. La acción ha sido noble y gloriosa; no hay duda.

El señor Haredale y el digno negociante estaban muy admirados e inquietos para detenerse a hacer más preguntas y siguieron a sus guías en silencio. Únicamente después de mediar en voz baja algunas palabras entre ellos y el honrado negociante sobre el medio más seguro de salir de allí, supo que habían entrado por la puerta falsa merced a la connivencia de John Grueby, que estaba vigilando con la llave en el bolsillo y a quien habían confiado su proyecto. Como precisamente llegaba por aquel lado un grupo de insurgentes en el momento que acababan de entrar, Grueby había cerrado la puerta y había ido a buscar soldados para cortar la retirada a aquellos malhechores.

Sin embargo, como habían abierto la puerta principal y aquel grupo, impaciente por bajar a las bodegas, no quiso detenerse en perder tiempo abriendo otra, había dado la vuelta a la casa y entrado por Holborn con los demás, dejando enteramente libre y desierto el callejón al que daba la parte posterior de la casa. Así pues,

cuando el señor Haredale y sus compañeros hubieron pasado por la abertura o respiradero que había indicado el negociante y consiguieron, no sin alguna dificultad, desatar y levantar la puerta del fondo, salieron a la calle sin ser interrumpidos ni observados por nadie.

Joe, que no había soltado la mano del señor Haredale, y Edward, que conducía del mismo modo al negociante, se dieron prisa en huir por las calles con precipitado paso, colocándose tan sólo a intervalos en la acera para dejar pasar a algunos fugitivos o para no estorbar la marcha de algunos soldados que avanzaban detrás de ellos, cuyas preguntas, cuando se pararon para hacérselas, fueron satisfechas al instante con una respuesta que les dio Joe en voz baja.

LXVIII

Mientras ardía Newgate la noche anterior, Barnaby y su padre, después de pasar de mano en mano a través de la multitud, se pararon en Smithfield detrás del populacho para contemplar las llamas como personas que acaban de despertar repentinamente de un profundo sueño. Transcurrieron algunos momentos antes de que supieran dónde estaban y cómo habían llegado, olvidando mientras permanecían allí como espectadores inactivos del incendio que tenían en sus manos herramientas que les habían dado para que ellos mismos se quitasen las cadenas.

Barnaby, aunque estaba encadenado, si hubiera obedecido a su instinto o hubiera estado solo, no habría dudado en volver sin tardanza a ponerse al lado de Hugh, al que su limitada inteligencia representaba en aquel momento lleno de nuevo esplendor y grandeza, su libertador y su amigo más fiel; pero el terror

que causaba a su padre verse en la calle se contagió muy pronto a su alma cuando comprendió la importancia de estos temores, y le inspiró el mismo afán de huir a un lugar seguro.

Barnaby se arrodilló en el mercado dentro de una cerca que servía para guardar el ganado y se puso a romper las cadenas de su padre, deteniéndose de vez en cuando para pasarle por la cara una mano cariñosa o para mirarlo sonriendo. Cuando lo vio levantarse libre sobre sus pies y se hubo entregado a la alegría que esto le causaba, se puso a desembarazarse de sus cadenas, que no tardaron en caer con estruendo, dejando sus miembros en completa libertad.

Terminada esta tarea, huyeron juntos pasando por delante de grupos formados alrededor de algún miserable para ocultarse de los transeúntes, pero sin poder impedir que se oyese el ruido de los martillos que anunciaba públicamente que estaban ocupados en romper las cadenas. Los dos fugitivos se dirigieron hacia

Clerkenwell, desde allí pasaron a Islington, por ser la salida más inmediata de Londres, y se encontraron pocos momentos después en campo abierto.

Después de vagar largo rato de un lado a otro encontraron en un prado cerca de Finchley un miserable cobertizo cuyas paredes eran de tierra y el techo de ramas y fango; era una edificación destinada para el ganado, pero entonces estaba desierta. Allí se acostaron para pasar la noche.

Vagaron otra vez por todos lados cuando amaneció, y Barnaby llegó solo hasta una aldea situada a dos o tres millas de distancia para comprar pan y leche. Pero como no encontraron un albergue más retirado y seguro, volvieron al mismo sitio y se tendieron en el suelo para esperar la noche.

Sólo Dios podría decir con qué vaga idea de deber y de afecto; con qué extraña inspiración de la naturaleza, tan clara para él como para un hombre que hubiera tenido la inteligencia más

brillante y las facultades más desarrolladas; con qué confuso recuerdo de los niños en cuyos juegos tomaba parte en su infancia, y que le hablaban siempre de sus padres, de lo que lo amaban y de lo que él los amaba, y con qué asociaciones de recuerdos casi borrados del dolor, de las lágrimas y de la viudez de su madre, cuidaba a aquel hombre y con qué ternura velaba por él. Pero por confusas y vagas que fuesen las ideas que habían acudido a conmoverlo, a ellas debía el pesar que manifestaba contemplando su rostro pálido y las lágrimas que inundaban sus ojos al bajarse para besarlo, el cuidado con que le despertaba con alegría en medio de su llanto, resguardándolo del sol, abanicándolo con las ramas y calmándolo en los estremecimientos de su sueño. Qué sueño tan agitado era el del asesino. Barnaby se preguntaba si su madre querría ir pronto a reunirse con ellos para que su dicha fuese completa. Permaneció sentado al lado de su padre todo el día con oído atento para escuchar los pasos de

su madre a cada soplo del aire; buscando en lontananza su sombra sobre la hierba agitada por el viento, haciendo ramos con las flores de los vallados para dárselas a ella cuando llegase y también a él cuando se despertara, e inclinándose de vez en cuando para escuchar lo que murmuraba su padre en sus sueños y para admirarse de que no gozase de mejor reposo en un lugar tan tranquilo. El sol desapareció, llegó la noche y lo encontró tan apacible y tan animado por estos tiernos pensamientos como si no existieran más que ellos en el mundo, y como si la densa nube de humo que se veía a lo lejos sobre la inmensa ciudad no ocultase vicios, crímenes, vida, muerte, ni motivo alguno de inquietud, como si fuera únicamente el vacío del aire.

Pero había llegado la hora de que fuese a buscar al ciego (tarea que lo llenaba de alegría) y conducirlo allí, teniendo mucho cuidado de que no lo espiasen y lo siguiesen por el camino. Escuchó con atención las instrucciones que de-

bía observar, y después de volver dos o tres veces para dar una sorpresa a su padre riéndose a carcajadas, acabó por partir formalmente para cumplir su encargo, recomendándole que tuviese cuidado de Grip, al que se había llevado de la cárcel en brazos.

A paso ligero, pues estaba impaciente por volver, no tardó en llegar a la ciudad. Sin embargo, cuando llegó, ya se habían encendido los incendios e insultaban a las tinieblas de la noche con su espantoso brillo. A su entrada en la ciudad, Londres le pareció poblado por una legión de demonios; tal vez ello se debía a que no encontraba en las calles a sus antiguos compañeros, o tal vez se debía también a la belleza de la soledad en que había pasado el día o de los pensamientos de ternura y amor que había saboreado hasta entonces su alma. Al ver aquel huir y perseguir y aquella devastación cruel por medio del fuego y del hierro y al oír aquellos gritos terribles y aquel estruendo atronador, se preguntaba con duda y asombro si po-

día defenderse de aquel modo la noble causa del bondadoso lord.

A pesar del estupor en que lo abismaba aquella escena salvaje encontró sin embargo la casa del ciego. Todas las puertas estaban cerradas y nadie respondía.

Esperó largo rato, pero en vano. Se alejó por fin de aquel sitio, y como supo precisamente en aquel momento que los soldados acababan de hacer fuego y que debían de haber muerto muchas personas se dirigió hacia Holborn, donde le dijeron que estaba el grupo más numeroso. Quería buscar a Hugh para pedirle que no se expusiera al peligro y se retirara con él.

Si todo cuanto veía le había causado hasta entonces sorpresa y pesar, su horror aumentó cuando penetró en aquel torbellino del motín y se desplegó ante sus ojos el terrible espectáculo de la lucha. Por fin vio allí en medio de la turba, dominando desde su caballo a todos los insurgentes, a su amigo Hugh, cerca de la casa

que atacaban entonces, gritando y animando a todos los demás.

El tumulto que lo rodeaba, el calor sofocante, los gritos, los crujidos, todo esto le causaba un profundo horror. Sin embargo, penetró a través de la multitud, reconocido por muchos que retrocedían vitoreándolo para dejarle pasar, y llegó hasta cerca de Hugh en el momento en que profería amenazas salvajes contra alguien, pero la extrema confusión de esta escena no permitía a Barnaby saber contra quién y por qué. Al mismo tiempo la multitud se precipitó en la casa, cuya puerta habían hecho pedazos, y Hugh, fue imposible saber cómo, cayó del caballo al suelo.

Barnaby estaba a su lado cuando volvió a ponerse en pie bamboleándose y aturdido por la caída. Afortunadamente lo llamó por su nombre cuando Hugh levantaba el hacha para partirle la cabeza.

-¡Barnaby..., tú! ¿Quién me ha arrojado al suelo?

-No he sido yo.

-¿Quién ha sido, pues? Pregunto que quién ha sido -gritó vacilando y mirando a su alrededor con una expresión de furor-. ¿Dónde está? Que se presente ese traidor.

-Te has hecho daño -le dijo Barnaby.

En efecto, tenía una herida en la cabeza del golpe que había recibido antes de caer, además de una coz del caballo.

-Ven conmigo, Hugh.

Y al mismo tiempo que Barnaby le decía estas palabras, cogió las riendas del caballo y llevó a su amigo a algunos pasos de la casa.

Esto bastó para separarlos de la multitud que se precipitaba como un torrente en las bodegas del negociante en vinos y licores.

-¿Dónde está..., donde está Dennis? -dijo Hugh parándose de pronto y cogiendo del brazo con fuerza a Barnaby-. ¿Dónde ha estado todo el día? ¿Qué quería decir al dejarme ayer noche en la cárcel? Dime..., ¿lo sabes?

Y blandiendo su arma peligrosa cayó al suelo tendido como un perro. Un minuto después, aunque exaltado ya por la bebida y por la herida en la cabeza, se arrastró hasta una corriente de aguardiente inflamado que manaba por el arroyo y se puso a beber como si fuera agua.

Barnaby lo sacó de allí y lo obligó a levantarse. Aunque no tenía fuerzas para andar ni tenerse en pie, se dirigió involuntariamente bamboleándose hasta el caballo, montó y se mantuvo firme. Después de vanos esfuerzos para quitar al animal sus sonoros arneses, Barnaby saltó a la grupa detrás de Hugh, cogió las riendas, se dirigió hacia Leather Lane, que estaba cerca de allí, y obligo al caballo, que estaba aterrado, a galopar.

Sin embargo, antes de salir de la calle volvió la cara y vio un espectáculo que no debía borrarse jamás de su memoria, de su pobre memoria de idiota, en toda su vida.

La casa del negociante, así como media docena de casas vecinas, no eran más que una

inmensa y abrasadora hoguera. Durante toda la noche nadie había tratado de apagar las llamas o contener su progreso, pero en aquel momento una partida de soldados estaban ocupados con ahínco en derribar dos casas de madera que se veían a cada instante amenazadas por las llamas, y que indudablemente, si llegaban a quemarse, iban a propagar el incendio a toda la manzana de edificios.

El desplome atronador de las paredes vacilantes y de las enormes vigas; los desaforados gritos de la furiosa multitud; el lejano estruendo de las descargas de otras partidas de soldados; las miradas de desconsuelo y los lamentos de aquellos cuyas habitaciones estaban en peligro; el paso precipitado de las personas aterradas que huían llevándose sus efectos; la reverberación en el firmamento de las llamas de color de sangre que se lanzaban al aire como si hubiese llegado el día del juicio final y estuviese ardiendo todo el universo; el polvo, el humo y los torbellinos de pavesas que inflamaban

todos los objetos sobre los cuales caían; las bocanadas de calor sofocante y hediondo que todo lo infectaba; las estrellas, la luna y hasta el cielo eclipsados: todo esto presentaba un espectáculo tan pavoroso de ruina y de terror que se hubiera dicho que el firmamento había desaparecido de pronto, y que la noche con su reposo tranquilo y su luz apacible no volvería jamás a visitar la tierra.

Pero he aquí otro espectáculo mil veces peor que la llama y el humo y hasta que la rabia insensata y despiadada de la turba. Por todas las puertas y hasta por las hendiduras de las piedras de la pared brotaban los licores inflamados que, dirigidos por manos activas que les abrían pequeños canales, iban a remansarse en las aceras y formaban una gran balsa donde las personas caían muertas a docenas. Estaban echados a montones en torno de este lago espantoso maridos y mujeres, padres e hijos, madres e hijas y mujeres con los niños en los brazos o dándoles de mamar, y bebían allí hasta la

muerte. Mientras unos estaban tendidos boca abajo acercando los labios al borde para no volver a levantar jamás la cabeza, otros se apartaban de un salto de esta bebida de fuego y se ponían a bailar, ya en los transportes de un triunfo insensato, ya en la agonía de una sofocación devoradora, hasta que por fin caían bañados sus cadáveres en el licor que los había asesinado.

Pues bien, no era aún esta muerte la más cruel y espantosa que tuvo que deplorarse aquella noche. Desde el fondo de las bodegas inflamadas, donde habían bebido en sombreros, en cubos, en cajones, en el hueco de la mano y hasta en los zapatos, se sacaron algunos hombres vivos aún, pero que no eran más que una llama de pies a cabeza. En la angustia de sus insoportables padecimientos, ávidos de cualquier cosa parecido al agua, arrastraban sus cuerpos llagados sobre aquel asqueroso estanque, y arrojaban a derecha e izquierda chispas de fuego líquido que devoraban cuanto tocaban

sin excepción de vivos ni de muertas. En aquella última noche de desorden, porque fue la última, las desventuradas víctimas de una rebelión absurda se convirtieron en ceniza de las llamas que habían encendido y cubrieron con sus carbonizados restos las calles y plazas de Londres.

Barnaby salió corriendo de la ciudad que tales horrores ocultaba, con el alma profundamente impregnada de este recuerdo terrible que una sola mirada había bastado para rebelarle en su fuga. y bajando la cabeza para no ver siquiera el resplandor de los incendios en el tranquilo paisaje que ante sus ojos se extendía, llegó muy pronto al camino del pacífico campo.

Se paró a una media milla del cobertizo donde estaba tendido su padre y, haciendo comprender con alguna dificultad a Hugh que era preciso bajar allí, arrojó los arneses del caballo en el fondo de una balsa y dejó en libertad al animal, que huyó a través de los campos.

Sostuvo entonces a su amigo como mejor pudo y le ayudó a caminar.

LXIX

Era medianoche, y estaba muy oscuro, cuando Barnaby se acercó con su vacilante amigo al sitio donde había dejado a su padre; sin embargo, pudo verlo ocultándose en la sombra y retirándose con precipitación, porque ni siquiera de su hijo se fiaba. Después de llamarlo dos o tres veces en vano y decirle que podía volver y que nada tenía que temer, dejó caer a Hugh al suelo y corrió en busca de su padre.

El asesino continuó deslizándose furtivamente entre las tinieblas hasta que le alcanzó Barnaby. Entonces volvió el rostro y le dijo con voz terrible pero ahogada:

-Déjame... No me toques. Se lo has contado todo a tu madre, y os habéis puesto de acuerdo para traicionarme.

Barnaby lo miró sin contestarle.

-¿Has visto a tu madre?

-No -respondió Barnaby con ardor-, desde hace mucho tiempo..., sí, mucho tiempo. Hace un año al menos que no la he visto. ¿Está aquí?

Su padre lo miró fijamente durante algunos segundos y le dijo después acercándose, porque oyéndolo hablar y viendo la expresión de su rostro era imposible dudar de su sinceridad:

-¿Quién es ese hombre?

-Hugh..., es Hugh, mi amigo. No os hará daño. ¡No me digáis que tenéis miedo de Hugh! ¡Ja, ja, ja!

-Te pregunto quién es -continuó Rudge con un tono tan áspero que Barnaby interrumpió su carcajada y retrocedió algunos pasos mirándolo con asombro y terror.

-¡Qué severo sois! Me hacéis temblar como si no fuerais mi padre. ¿Por qué me habláis así?

-Quiero -respondió rechazando la mano que su hijo con ademán tímido apoyaba en su brazo-, quiero una respuesta, y en vez de hacerlo te ríes y me haces preguntas. ¿Quién es ese

hombre que acabas de traer, pobre imbécil, a nuestro refugio? ¿Dónde está el ciego?

-No lo sé; su casa estaba cerrada y he esperado sin ver salir a nadie. No ha sido culpa mía. En cuanto a éste, es Hugh..., el buen Hugh que vino a la odiosa cárcel a liberarnos. ¡Ah! Decid ahora que no os gusta.

-¿Por qué está tendido en el suelo?

-Porque se ha caído y ha bebido demasiado. Los campos, los árboles, todo da vueltas, da vueltas, da vueltas a su alrededor y le falta tierra debajo de los pies. Lo conocéis, sí lo conocéis. ¿Queréis que lo llame? Venid..., miradle.

Habían vuelto en efecto al sitio donde yacía tendido, y los dos se inclinaron para verle la cara.

-Sí, me acuerdo de él -murmuró Rudge-. ¿Por qué lo has traído aquí?

-Porque lo hubieran matado si lo hubiese dejado allí. ¡Si hubierais visto cómo disparaban los soldados y cómo corría la sangre! ¿No os causa horror, padre, ver correr la sangre? Sí, sí,

lo conozco por la cara que ponéis. Lo mismo me sucede a mí... Pero ¿qué estáis mirando?

-Nada -dijo el asesino en voz baja después de retroceder dos pasos para mirar con los labios comprimidos y la mirada fija sobre la cabeza de su hijo-. Nada.

Permaneció en la misma actitud y con la misma expresión en sus facciones durante algunos minutos, y después de dirigir a su alrededor una lenta y penetrante mirada, como si buscara algún objeto perdido, se dirigió estremeciéndose hacia el cobertizo.

-¿Queréis, padre, que lo lleve allí dentro? -pregunto Barnaby, que había estado mientras tanto mirándolo con atención sin saber explicarse la causa de la inquietud de su padre.

Sólo respondió con un gemido ahogado y se retiró al rincón más oscuro, acostándose en el suelo envuelto en su capa hasta taparse la cabeza.

Viendo Barnaby que no había medio por entonces de despertar a Hugh o de hacerle volver

en sí, lo arrastró sobre la hierba y lo acostó sobre un montón de paja con el que había hecho antes una cama. Entonces fue a buscar a una acequia inmediata un poco de agua para lavarle la herida y limpiarle las manos y la cara, y después se acostó también entre los dos para pasar la noche, y con la cara vuelta hacia las estrellas quedo sumido en un profundo sueño.

Habiéndolo despertado temprano a la mañana siguiente el brillo del sol, el canto de las aves y el murmullo de los insectos, dejó durmiendo a su padre y a su amigo en la choza para ir a dar un paseo y respirar el aire apacible y fresco; pero se dio cuenta de que sus sentidos acosados, abrumados y entorpecidos por las escenas terribles de las noches anteriores se negaban a gozar de las bellezas de la mañana, cuya dulzura le había causado siempre un placer infinito.

Pensó en aquellas mañanas felices en que marchaba con sus perros saltando como él a través de las llanuras y los bosques, y este re-

cuerdo le llenó los ojos de lágrimas. No se acusaba, a Dios gracias, de haber hecho el menor mal, no había cambiado de opinión sobre la justicia de la causa en que se había comprometido o de los hombres que la defendían, pero estaba en aquel momento lleno de recelos, de pesares y de recuerdos espantosos, y deseaba por primera vez que tal o cual acontecimiento no hubiera sucedido jamás, y se hubiesen evitado a muchas personas tantos pesares y padecimientos.

Empezó también a pensar en lo felices que serían su padre, su madre, Hugh y él si partieran juntos a vivir a algún paraje solitario, donde no hubieran de temer desórdenes, y que tal vez el ciego, que hablaba del oro como persona que entendía de riquezas y que le había confiado grandes secretos para adquirirlas, podría enseñarles a vivir sin sentir el aguijón del hambre y de las privaciones. Al pensar en esto, se lamentó de no haberlo podido ver la noche pa-

sada, y meditaba aún sobre el ciego cuando le tocaron en el hombro.

-¡Ah! -exclamó Barnaby estremeciéndose al salir de su meditación-, sois vos.

-¿Quién podía ser si no?

-Me había figurado que era el ciego. Es necesario, padre, que hable con él.

-También yo lo deseo, porque si no lo veo no sé adónde huir ni qué hacer, y preferiría la muerte a perder aquí el tiempo. Es preciso que vayas enseguida a verlo y que lo traigas aquí.

-¿De veras? -dijo Barnaby con alegría-. Iré con mucho gusto.

-Pero has de venir con él y no con otro. Aunque tengas que esperar en su puerta un día entero con su noche, espéralo y no vengas sin él.

-No os preocupéis -dijo con alborozo-, os lo traeré, os lo traeré.

-Quítate estos necios adornos -dijo Rudge, arrancándole las cintas y las plumas que llevaba en el sombrero-, y cúbrete con mi capa. So-

bre todo, no te detengas en el camino y no hagas caso de lo que veas o escuches. En cuanto a tu vuelta, puedes estar tranquilo, pues ya sabrá él dirigirte hasta aquí con toda seguridad.

-Ya lo creo -dijo Barnaby-, es un hombre muy listo. ¿No es verdad, padre, que es capaz de enseñarnos el medio de hacernos ricos? ¡Oh! Lo conozco muy bien, lo conozco muy bien.

Se puso la capa de su padre rápidamente y quedó prácticamente desconocido. Al emprender este segundo viaje estaba más animado y alegre, y partió a paso ligero, dejando a Hugh aletargado aún por la embriaguez y tendido en la paja, y a su padre paseándose por delante de la choza.

El asesino, entregado a los pensamientos más tristes, lo siguió con la mirada, y continuó su paseo, turbado por el menor murmullo de las ramas y por la sombra más ligera que las nubes al pasar arrojaban sobre los prados llenos de margaritas. Estaba impaciente por ver volver a su hijo sano y salvo, y sin embargo, aun-

que su vida y su seguridad dependían de él, no le disgustaba que estuviese lejos de su lado. El sentimiento profundo de egoísmo que le inspiraban sus crímenes, presentes siempre a sus ojos con sus consecuencias actuales o futuras, absorbía y hacía desaparecer la idea de que Barnaby era su hijo. Aún más, la presencia del pobre loco era para él una acusación penosa y cruel, pues encontraba en sus ojos extraviados las terribles imágenes de aquella noche criminal. No podía soportar su retirada, su voz ni su contacto, y sin embargo se veía obligado, por su desesperada situación y su única probabilidad de salvarse del cadalso, a tenerlo a su lado y a reconocer que sin él no era posible librarse de la muerte.

Paseó, pues, de un lado a otro todo el día mientras cruzaban por su mente estos pensamientos y Hugh permanecía aún tendido sobre la paja. Al fin, cuando el sol iba a ocultarse volvió Barnaby con el ciego, con el que había man-

tenido durante el camino una animada conversación.

El asesino salió a su encuentro y, mandando a su hijo que fuera a hablar con Hugh, que acababa de ponerse en pie, lo reemplazó cerca del ciego y lo siguió lentamente hacia el cobertizo.

-¿Por qué lo habéis enviado? -dijo Stagg-. ¿No sabíais que era el medio de perderlo si lo hubieran conocido?

-¿Queríais acaso que fuese yo a buscaros? -repuso Rudge.

-Mmm, quizá no. Estaba delante de la cárcel el martes, pero perdí vuestro rastro en medio de la multitud. Ayer se trabajó a lo grande, sí..., y saqué buen provecho de ello -añadió haciendo sonar el dinero en el bolsillo.

-Habéis...

-¿Si he visto a vuestra esposa? Sí, la he visto.

-¿Y nada más tenéis que decirme?

-Os lo diré todo -respondió el anciano riendo-. Perdonad, pero me gusta veros tan impa-

ciente; eso me dice que no habéis perdido la energía.

-¿Acepta hacer la declaración que puede salvarme?

-No -respondió el ciego con tono resuelto y volviendo hacia él su rostro-. No, voy a contaros lo que sucede. Ha estado a las puertas de la muerte desde que perdió a su querido hijo... Ha permanecido desmayada no sé cuánto tiempo. Fui a verla a un hospital, y me presenté, con vuestro permiso, en la cabecera de su cama. Nuestra conversación no fue muy larga; la pobre mujer estaba muy débil, y por otra parte había allí tanta gente que no pude hablar con toda libertad. Le dije sin embargo todo lo que habíamos acordado, y le hice comprender en términos convincentes y enérgicos la situación del hijo por quien tanto se interesa. Trató de enternecerme; pero como se lo declaré categórica y terminantemente, era trabajo perdido. Entonces se puso a llorar y a gemir como acostumbran a hacerlo siempre en tales casos las

mujeres. De pronto, recobró como por encanto su fuerza y su voz para decirme que ella y su hijo se ponían bajo la custodia de Dios, que quería apelar al cielo contra nosotros... y os aseguro, a fe mía, que lo hizo en un lenguaje tan patético que daba gusto oírla. Le aconsejé como amigo que no contase demasiado con un auxilio tan lejano, le recomendé que lo pensase mucho y lo consultase con la almohada, le dejé las señas de mi casa, diciéndole que estaba seguro de que me enviaría a buscar al día siguiente, y me separé de ella cuando se desmayó o simuló desmayarse.

Después de este ameno relato, que interrumpió de vez en cuando para romper y comer a sus anchas algunas nueces que llevaba en una bolsa, el ciego sacó de uno de sus bolsillos una botella, echó un buen trago y se la ofreció en seguida a su compañero.

-¿No queréis? -dijo viendo que Rudge rechazaba la botella-. Como gustéis. Ese caballero

que está a vuestro lado no se hará de rogar quizá tanto. ¡Eh, chico!

-¡En nombre del infierno! -exclamó el asesino deteniéndolo por la manga-, ¿no me diréis lo que debo hacer?

-¿Lo que debéis hacer? No hay nada más fácil; una pequeña excursión de dos horas cuando se haga de noche con el hijo de aquella señora, que no desea otra cosa, porque lo he catequizado por el camino, alejándoos de Londres tanto como podáis. Me enviaréis a decir dónde estáis, y yo me encargo de lo demás. Será preciso que ella venga también con vosotros. No creo que se resista por mucho tiempo, y en tanto, respecto a las probabilidades de que os echen el guante, pensad que no se ha escapado un preso de Newgate, sino trescientos. Esto debe tranquilizaros.

-Pero tenemos que alimentarnos. ¿Cómo lo haremos?

-¿Cómo? -dijo el ciego-. Comiendo y bebiendo. ¿Y cómo se come y se bebe? Pagando. Es

decir, que lo que os falta es dinero, ¿no es eso? ¡Dinero! Las calles están llenas de dinero. Sería en verdad una lástima que hubiese acabado la bullanga, porque es una preciosa ocasión, una ocasión de oro, como se ven pocas, para pescar en agua turbia con sólo bajarse y abrir y cerrar las manos. ¡Eh!, buen mozo, ¿quieres beber? Ven, bebe.

Mientras profería estos gritos con tono pendenciero que manifestaba su completa confianza en el desorden general y en la licencia que reinaba en todas partes, se dirigió a tientas hacia el cobertizo donde Hugh y Barnaby estaban sentados en el suelo.

-Toma -dijo dando la botella a Hugh-. Por las calles de Londres corre a estas horas el vino y el oro como el agua, hasta las fuentes no manan más que aguardiente y guineas. Toma y echa un buen trago.

Hugh, aunque rendido de cansancio, sucio, con la barba crecida y llena de hollín y sebo, los cabellos pegados con sangre seca, la voz casi

apagada y no hablando más que con la garganta, la piel horripilada por la fiebre y todo el cuerpo cubierto de heridas y contusiones, tuvo sin embargo fuerza suficiente para coger la botella y llevársela a los labios.

Estaba bebiendo cuando oscureció de pronto la entrada del cobertizo una sombra. Era Dennis, que apareció entre ellos y dijo con tono burlón en el momento en que Hugh cesaba de beber para mirarlo con ceño de pies a cabeza:

-¿Vengo a molestaros, señores? ¡Hola! Barnaby, ¿estás aquí? ¿Cómo estás, Barnaby? ¡Y también estos otros dos caballeros! Vuestro humildísimo servidor, señores. Supongo que no vengo a estorbar. Si tal supiera, me alejaría de vuestra agradable compañía.

A pesar del tono amistoso y de la expresión de confianza con que pronunciaba estas palabras, mostraba cierta indecisión al entrar, parecía gustarle más quedarse fuera. Iba vestido con más aseo de lo que acostumbraba, pero era el mismo traje abotonado hasta el cuello, aunque

llevaba en éste un horrible corbatín, de color amarillento, y en las manos guantes de piel como los que llevan los jardineros. Sus zapatos estaban muy lustrosos y adornados con un par de hebillas de acero brillantes, había renovado los cordones de las rodillas de su calzón corto, y a falta de botones, llevaba el vestido prendido con alfileres. En una palabra, tenía el aspecto de un funcionario judicial o de un mozo de casa de comercio muy desgastado, pero resuelto a mantener una apariencia profesional y a sacar el mejor partido de los peores medios.

-Estáis muy bien aquí -dijo Dennis sacando del bolsillo un pañuelo largo y arrugado, que más que un pañuelo parecía una soga, y secándose la frente con toda su fuerza.

-Pero no tan bien -respondió Hugh de mal humor- como antes de que nos encontrarais.

-Eso merece una explicación, amigo, y os la voy a dar -dijo Dennis con una sonrisa muy halagüeña-. Cuando queráis que nadie sepa adónde vais, no atéis semejantes cascabeles al

cuello del caballo. ¡Ah! Anoche los oí tanto que no los olvidaré, aún me parece que los tengo en el oído. ¡Pues no era nada el estruendo que hacíais con aquellas cadenas! Pero vayamos al grano. ¿Cómo estáis?

En tanto se había acercado hasta arriesgarse a sentarse a su lado.

-¿Cómo estoy? -respondió Hugh-. Decidme antes qué hicisteis ayer. ¿Adónde fuisteis cuando salisteis de la cárcel? ¿Por qué os separasteis de nosotros? ¿Qué queríais dar a entender cuando me mirabais de aquella manera y me amenazabais con el puño?

-¡Amenazaros... a vos..., a un amigo! -dijo Dennis conteniendo la mano que Hugh acababa de alzar con ademán nada amistoso.

-0 con el bastón, da lo mismo.

-¡Con el bastón! ¿Qué estáis diciendo? Si no llevaba el bastón. Veo que no me conocéis. Casi estoy tentado a creer -añadió con el tono quejoso de quien se ve objeto de una calumnia- que llegasteis a pensar, cuando os pedí que dejarais

en la cárcel a aquellos miserables, que iba a desertar de nuestra causa.

-Pues bien, sí, lo creí -respondió Hugh acompañando sus palabras con una espantosa blasfemia.

-¿No lo decía yo? -exclamó Dennis con tristeza-. Veo que ya no hay amigos ni confianza en el mundo. ¡Desertar de nuestra causa, yo, Dennis, como me llamó mi padre cuando me bautizaron! ¿Es vuestra este hacha, amigo mío?

-Sí, es mía -dijo con el mismo tono de mal humor-, y hubierais sabido lo que pesa si os hubiese hallado en mi camino esta noche. Dejadla en el suelo.

-¡Si lo hubiera sabido! -dijo Dennis sin dejarla y examinando con ademán distraído si tenía buen filo-. ¡Ya lo creo! También trabajaba yo entonces en otras calles. Pero ya se acabó... ¡Como ha de ser! Consolémonos del mejor modo posible. ¿Y ni siquiera me ofrecéis un trago?

Hugh le entregó la botella. Cuando Dennis se la llevaba a los labios, Barnaby dio un salto

y, haciéndoles una señal para que guardaran silencio, miró con expresión de alarma.

-¿Qué sucede, Barnaby? -preguntó Dennis observando a Hugh y dejando caer la botella pero no el hacha que tenía en la mano.

-¡Silencio! -dijo Barnaby en voz baja-. ¿Qué veo brillar detrás de aquellas matas?

-¿Qué sucede? -gritó el verdugo con toda la fuerza de sus pulmones y sujetando al idiota y a Hugh-. ¿Son soldados?

Al mismo tiempo el cobertizo se llenó de gente armada, y una partida de caballería llegó al galope a través de los campos.

-Éstos son, señores -dijo Dennis, al que los soldados ni siquiera tocaron una vez que hubieron apresado a Hugh y Barnaby-, los dos jóvenes a cuyas cabezas ha puesto precio el bando. Aquel otro es un criminal fugado... Lo siento en el alma. amigo mío -añadió con tono resignado dirigiéndose a Hugh-, pero la culpa es vuestra, pues me habéis obligado a dar este paso. Ya sabéis que no quisisteis respetar los

más firmes principios constitucionales, y que tratasteis de violar y conmover hasta los cimientos de la sociedad. Os juro por mi honor que hubiera dado cualquier cosa por que no hubieseis cometido tantos excesos... Si queréis, señores, tenedlo sujeto, creo que podré atarlo, puesto que es uno de los quehaceres de mi oficio.

Sin embargo, esta operación se suspendió durante algunos momentos a causa de un acontecimiento inesperado. El ciego, cuyo oído era más perspicaz que los ojos de muchas personas, se había alarmado antes que Barnaby al oír un rumor sospechoso detrás de los arbustos al abrigo de cuyas ramas iban avanzando los soldados. Así pues, había emprendido inmediatamente la retirada para ir a ocultarse detrás de unas matas durante algunos minutos, pero habiéndose equivocado sin duda en medio de su turbación al salir del escondite, se hallaba a cuerpo descubierto corriendo a través de la llanura.

Un oficial dijo enseguida que lo conocía y que lo había visto la noche anterior ayudando a saquear una casa, y le mandó en voz alta que se parase. El ciego corrió todavía más rápido, y al cabo de algunos segundos se hallaría fuera del alcance de los fusiles. Se dio la orden y los soldados dispararon.

Hubo un momento de profundo silencio, en que todos contuvieron el aliento y tenían la mirada fija en el fugitivo.

Lo vieron estremecerse en el momento de la descarga como si tan sólo le hubiera intimidado el estruendo, pero no se detuvo y siguió corriendo, aunque con menos rapidez, hasta unos cien pasos más allá. De repente, sin vacilar, sin dar el menor indicio de debilidad o de estremecimiento, cayó al suelo.

Algunos soldados corrieron hacia el sitio donde estaba tendido. El verdugo los acompañaba. Todo esto sucedió con tal rapidez, que el humo no se había desvanecido enteramente y serpenteaba aún en el aire en una leve nubecilla

que hubiera podido tomarse por el espíritu que acababa de entregar el difunto y que abandonaba su cuerpo. Sólo encontraron algunas gotas de sangre en la hierba y debajo de su cuerpo cuando lo levantaron para examinarlo.

-¡Mirad! ¡Mirad! -dijo el verdugo doblando una rodilla para inclinarse hacia el cadáver y mirando a los soldados con expresión de desconsuelo y reproche-. ¡Mirad!

-Apartaos de ahí -dijo el oficial-. Sargento, registrad el cadáver.

El sargento volvió hacia fuera los bolsillos del ciego, los vació en la hierba, y encontró, aparte de algunas monedas extranjeras y dos anillos, cuarenta y cinco guineas de oro. Envolvieron ese dinero en un pañuelo y dejaron allí el cadáver con un sargento y seis soldados, encargados de transportarlo a la aldea más cercana.

-Podéis retiraros ya -dijo el sargento a Dennis, dándole una palmada en el hombro y señalándole al oficial que se dirigía al cobertizo.

A lo cual el verdugo contestó únicamente:

-No me habléis.

-Al parecer, lamentáis la muerte de ese hombre. ¿Lo apreciabais? -dijo el sargento con una sonrisa sarcástica.

-¿Quién podía apreciarlo más que yo? -contestó Dennis.

-No sabía que fuerais tan tierno de corazón dijo el sargento.

-¡Tierno de corazón! -repitió el verdugo-, ¡tierno de corazón! Mirad este cadáver. ¿Creéis que es constitucional lo que habéis hecho? ¿No veis que lo habéis traspasado de parte a parte de un balazo en vez de ejecutarlo como a un buen inglés? El diablo me lleve si sé ahora quién tiene razón, pues veo que vosotros valéis tanto como ellos. ¿Qué va a ser del país, si el poder militar se permite usurpar así las atribuciones de las autoridades civiles? ¿Qué habéis hecho de los derechos del ciudadano, de este pobre hombre, nuestro semejante, privándolo del privilegio de tenerme a mí a su lado para

asistirlo en sus últimos momentos? ¿No estaba yo aquí? Mi mayor deseo era servirle, y estaba dispuesto a ejercer mi oficio en toda regla. A este paso, veo que va a introducirse el más horrible desorden en el país, y que muy pronto tendrán que llorar todos los buenos ingleses la pérdida de las leyes constitucionales.

Es probable que hallara en su pesar algún consuelo atando a los demás presos. En cualquier caso, cuando el oficial le mandó que desempeñase su cargo, tan grata ocupación pareció distraerlo por entonces de sus penosas reflexiones, dando a sus pensamientos un giro que le hacía concebir ciertas esperanzas. No se llevaron los tres presos juntos porque los soldados se dividieron en dos partidas. Barnaby y su padre partieron por una senda a través de los campos en medio de un pelotón de infantería, y Hugh, bien atado sobre un caballo, siguió otro camino con una buena escolta de caballería.

No tuvieron ocasión de hablar durante el breve intervalo que precedió a su partida, por-

que el oficial mandó que los separasen para que no pudieran comunicarse. Únicamente Hugh advirtió que Barnaby marchaba cabizbajo en medio de los soldados, y que al pasar por delante de él levantó en señal de despedida la mano cargada de cadenas pero sin dirigirle una mirada.

Sin embargo, Hugh no desmayó durante el camino, porque estaba persuadido de que el populacho iría a forzar la cárcel adonde lo llevaran para ponerlo en libertad; pero cuando entraron en Londres, y particularmente en Fleet Street, cuartel general del motín dos días antes, y vio a los soldados persiguiendo a los últimos fugitivos, se dio cuenta de que su esperanza era vana y que marchaba hacia la muerte.

LXX

Dennis había llevado a cabo su empresa sin daño personal o inconveniente alguno, y como volvía a disfrutar de la seguridad respetable de la vida privada, se le ocurrió la feliz idea de ir a conversar media hora con las damas. Con esta amable intención dirigió sus pasos hacia la casa donde Dolly estaba aún secuestrada con la señorita Haredale, y a la cual habían trasladado también a Miggs por orden de Simon Tappertit.

Al pasearse a lo largo de las calles con sus guantes de piel cruzados a la espalda y el rostro animado por la grata alegría que le inspiraban sus felices cálculos, Dennis podía compararse con un arrendador que medita sobre sus ganancias futuras en medio de sus sembrados y que goza por anticipado de los abundantes beneficios de la Providencia. Dondequiera que mirase veía montones de ruinas que le prometían provecho; la ciudad entera parecía como una llanura donde algún genio benéfico había

preparado los surcos con el arado y sembrado la semilla fecundada por el tiempo más propicio, y sólo le quedaba ya el trabajo de recoger una magnífica cosecha.

Sería tal vez aventurado afirmar que Dennis, al tomar las armas y participar en los actos violentos que se habían cometido con el grandioso y sencillo objeto de conservar el viejo tribunal con toda su pureza y el patíbulo con todas sus antiguas funciones, así como toda su grandeza moral, hubiese adivinado de antemano resultados tan satisfactorios. Había considerado más bien ese asunto como una de esas bellas combinaciones de la suerte cuya ley irrevocable es ser de provecho para personas distinguidas como él; se sentía personalmente privilegiado por la cosecha prometida al cadalso, y nunca se había felicitado tanto de ser el favorito, el niño mimado del destino, y nunca había gozado de tanta tranquilidad de espíritu y virtuosa confianza.

Es de suponer que Dennis consideraba una idea tan absurda como quimérica que pudieran detenerlo también como perturbador y castigarlo como a los demás, pues se decía que la conducta que había observado en Newgate y el servicio que había prestado en aquella ocasión protestarían con sobrada razón contra todos los testimonios que pudieran establecer su identidad como cómplice del motín. Si por casualidad algunos de los que harían revelaciones, viéndose en peligro, llegaran a descubrir su complicidad, sería su testimonio de muy escaso valor, y aun cuando se descubriera, que era lo peor que podía sucederle. alguna de las leves indiscreciones que había cometido, la mayor utilidad que nunca de su profesión y las peticiones considerables que iban a presentarse en tropel para el ejercicio de su cargo contribuirían a que los jueces tuvieran indulgencia y lo olvidasen todo. En una palabra, había desempeñado su doble papel con mucha destreza, había entregado a dos de los insurgentes más nota-

bles y además a un criminal, y estaba tranquilo, muy tranquilo.

Una circunstancia le causaba sin embargo algún recelo, privándolo de gozar de una dicha completa. ¿Quién duda de que en el cielo más sereno hay siempre una nubecilla que mancha su cristalina transparencia? Esta circunstancia era el secuestro de Dolly y de Emma en una casa inmediata a la suya. ¿Cómo era posible desvanecer las sospechas que recaerían sobre él si llegaban a descubrirlas? Porque era indudable que, una vez puestas en libertad, declararían contra él y lo pondrían en un aprieto del cual no podría salir sin verse expuesto a los mayores peligros. ¿Las pondría en libertad después de arrancarles el juramento de que guardarían el más celoso secreto? Pero ¿cumplirían un juramento impuesto por medio de la fuerza? La amenaza de peligro suscitada por aquello había reemplazado el deseo del verdugo de conversar un rato con las damas, de modo que a cada paso que daba maldecía de todo

corazón la apasionada naturaleza de Hugh y de Tappertit.

Cuando entró en el miserable aposento donde las tenía encerradas, Dolly y Emma se retiraron en silencio al rincón más lejano, pero Miggs, que era muy quisquillosa en materia de reputación, se postró de rodillas y exclamó con exagerados ademanes de desconsuelo:

-¿Qué va a ser de mí, Dios santo? ¿Dónde está Simon? ¡Tened piedad, caballero, de la debilidad de mi sexo!

Y prorrumpió en otras lamentaciones no menos patéticas que lanzaba con un pudor y un decoro que la honraban en extremo.

-Señorita, señorita -le dijo Dennis al oído haciéndole una seña con el dedo índice-, venid aquí; no pretendo haceros daño. Venid aquí, querida.

Al oír este tierno epíteto, Miggs, que había suspendido sus gritos para escucharlo, volvió a gritar todavía más.

-¡Oh! ¡Querida! ¡Me llama querida! ¿Por qué soy tan desgraciada? ¿Por qué no nací vieja y fea? ¿Por qué hizo de mí el cielo la más joven de seis hijas, difuntas todas y que descansan en su sepulcro bendito, a excepción de mi hermana casada que vive en Golden Lion Court, número veintisiete, segunda campanilla a...

-¿No os he dicho que no pretendo haceros daño? -dijo Dennis mostrándole una silla para que se sentase-. Vamos, señorita, calmaos: ¿qué pasa?

-Preguntad más bien qué es lo que no pasa -dijo Miggs cruzando las manos en la agonía del dolor-. ¿Qué pasa? ¿Qué pasa? De todo.

-Os digo por el contrario que no pasa nada, que no debéis tener miedo -repuso el verdugo-. Calmaos, dejad esos inútiles arrebatos y venid a sentaros a mi lado. ¿Me haréis este favor, querida?

El tono cariñoso con que pronunciaba estas palabras no hubiera dado resultado alguno si no las hubiese acompañado con varios movi-

mientos de su pulgar por encima del hombro y con otros diversos signos de inteligencia como guiñar el ojo y abultar la mejilla con la lengua, para dar a entender a Miggs, la cual lo entendió al fin, que deseaba hablar con ella aparte acerca de Dolly y de Emma. Como Miggs tenía una curiosidad admirable y unos celos muy activos, se levantó y, sin cesar de estremecerse, de temblar y de experimentar un movimiento muy pronunciado en todos los huesecillos del cuello, acabó por acercarse al verdugo.

-Sentaos -dijo Dennis.

Y agregando el ademán a la palabra, la hizo sentar un poco bruscamente y sin preparación en la silla, y para animarla con un pequeño rasgo de inocente jovialidad, como conviene para agradar al bello sexo, se valió de su dedo índice como de una especie de punzón o de barrena, con el cual hizo ademán de quererle traspasar el costado. La pudorosa Miggs prorrumpió en nuevos gritos, y hasta manifestó deseos de desmayarse.

-Querida mía -le dijo Dennis al oído acercando la silla-, ¿cuándo ha venido aquí por última vez vuestro galán?

-¡Mi galán, caballero! -respondió Miggs con el más gracioso rubor.

-Sí, Simon..., vuestro Simon.

-¡Oh! Sí, es mío -dijo Miggs en voz alta y exhalando dolorosos suspiros al mismo tiempo que lanzaba una mirada celosa a Dolly-. Es mío: tenéis razón, caballero.

Esto era precisamente lo que Dennis quería y esperaba.

-¡Ah! -dijo mirando tiernamente por no decir amorosamente Miggs, que estaba sentada, como afirmó en su momento, sobre espinas más punzantes que todas las agujas y los alfileres de Whitechapel, desconfiando de las intenciones que dejaba naturalmente suponer la expresión de sus facciones-. He aquí lo que me temía, lo que casi sabía con certeza. Ella tiene toda la culpa. ¿Por qué atrae a todos los hombres con sus coqueterías?

El verdugo hizo una mueca de aprobación.

-No soy yo así, caballero -continuó Miggs cruzando las manos y mirando hacia el espacio vacío como en una especie de compunción devota-, no quisiera parecerme a esas loquillas que con su descaro, sus miradas provocadoras y sus sonrisas retozonas parecen decir a todos los seres del otro sexo: «Venid a besarme».

Miggs se interrumpió porque estas palabras, pronunciadas por su propia boca, resonaron en su oído con horror y se horripiló todo su cuerpo.

-No, no -continuó-, aunque me ofrecieran todos los reinos de la tierra. ¿Qué digo reinos? -añadió con tono solemne-. Ni millares de reinos lo lograrían, aun cuando fuese una Venus.

-Pero sois una Venus, ya lo sabéis -le dijo Dennis con aire confidencial.

-No, no soy una Venus, caballero -respondió Miggs negando con la cabeza de un modo que parecía insinuar que sabía muy bien que sólo

dependía de ella serlo, pero que no le apetecía-. No, no lo soy, caballero.

Durante este diálogo volvía la cara de vez en cuando hacia el rincón donde se habían retirado Dolly y Emma, y entonces lanzaba un grito o un gemido, o bien se llevaba la mano al corazón temblando como la hoja de un árbol, para guardar las apariencias y hacer creer a sus compañeras que, si hablaba con aquel caballero, era por fuerza y que sólo en su interés común se resignaba a tan doloroso sacrificio personal. Pero en aquel momento Dennis la miró con un guiño tan expresivo y le hizo una mueca tan singularmente significativa para que se acercara más que Miggs renunció a estos artificios para escucharlo sin distraer en nada su atención.

-Os preguntaba, señorita -le dijo Dennis al oído-, que cuándo ha venido por última vez Simon.

-No ha vuelto desde ayer por la mañana, sólo estuvo aquí unos minutos y no lo he visto más.

-¿Ya sabéis que todo cuanto ha hecho era únicamente para robar a esa mozuela -dijo Dennis, que señaló con el dedo a Dolly con todo el disimulo que pudo- y para entregaros a otro hombre?

La púdica Miggs, que había caído en un estado de desesperación intolerable al oír la primera parte de la frase, se consoló en parte al oír el final, y manifestó, con la súbita presteza con que reprimió su llanto, que aquel arreglo no la disgustaba del todo, y que tal vez lo reflexionaría con más tiempo.

-Pero desgraciadamente -dijo Dennis que adivinó lo que pensaba-, desgraciadamente ese otro hombre está también enamorado de ella, y aunque así no fuera, ha sido apresado por perturbador y no hay que pensar en él.

La pobre Miggs volvió a caer en su desesperación.

-Para que os convenzáis de que deseo serviros en toda regla -continuó Dennis-, voy a soltar inmediatamente los pájaros abriéndoles la jaula. ¿Qué os parece? ¿No haremos bien en echarlas de aquí para que no os sean un estorbo?

Miggs se reanimó bastante y respondió, con muchas suspensiones e interrupciones causadas por su excesiva turbación, que las tentaciones habían perdido a Simon; que la culpa no era suya; que todo lo había hecho Dolly; que los hombres no sabían conocer como las mujeres los artificios odiosos de las coquetas, y que por eso se dejaban coger y enjaular como Simon; que no lo decía por rencor personal, pues por el contrario, sólo deseaba el bien a todo el mundo, pero que ella sabía muy bien que Simon, si llegaba a casarse con alguna niña hipócrita y zalamera, lo cual no lo decía para ofender a nadie, pues estaba muy lejos de su carácter el hacer juicios temerarios, si llegaba a casarse con una mujer por el estilo, sería desgraciado y misera-

ble para el resto de sus días, y que por lo tanto no podía menos de tener ella sus pretensiones, aunque sólo fuera por caridad y por sacrificarse a la dicha de Simon.

-Sí, es verdad -añadió-, lo confieso.

Pero como esto no pasaba al fin y al cabo de ser una opinión particular, y podía creerse que obraba por espíritu de venganza, suplicaba al caballero verdugo que la perdonara si no se extendía más sobre aquel asunto. Por más que Dennis instó y amontonó argumentos sobre argumentos, declaró que estaba resuelta a cumplir su deber con el género humano, hasta con las personas que habían sido siempre sus más encarnizadas enemigas, y que ni siquiera quería escucharlo. Entonces se tapó los oídos y movió la cabeza de izquierda a derecha para hacer saber a Dennis que podía desgañitarse hablando si era su gusto, pero que desde aquel momento era sorda como un poste.

-Mirad, mi palo de azúcar -dijo Dennis-, si mi opinión es la misma que la vuestra, salid de

aquí a la primera ocasión favorable y mañana limpiaré la casa para librarnos de todo este escándalo... Tened un poco de paciencia. Pero está también la otra.

-¿Quién es la otra, caballero? -preguntó Miggs sin quitarse las manos de las orejas y moviendo la cabeza con obstinada negativa de escucharlo.

-La más alta -dijo Dennis acariciándose la barba, y añadió en voz baja, como si se hablara a sí mismo, que era preciso no contrariar a Gashford.

Miggs respondió, sorda todavía, que si la señorita Haredale le estorbaba, podía estar tranquilo, porque, según había comprendido de lo dicho por Hugh y Tappertit, iban a llevársela sola al día siguiente, pero no ellos, sino otros.

Dennis abrió los ojos de par en par al recibir esta noticia, silbó, reflexionó y finalmente se dio una palmada en la frente al mismo tiempo que movía la cabeza, como si acabara de encontrar la clave de aquel misterio. Después comunicó

su idea sobre Dolly a Miggs, que se quedó inmediatamente más sorda que antes y así siguió.

He aquí en qué consistía el plan de Dennis. El verdugo iba en el acto a buscar entre los insurgentes algún joven emprendedor (tenía ya puestos los ojos en uno), que, aterrado por las amenazas que le haría y alarmado con la prisión de tantos otros que no valían mucho más que él, aprovecharía con gusto la oportunidad de poder partir al extranjero para salvar con toda seguridad su botín, pues se le impondría la condición de que se llevara por fuerza en su compañía a una niña bonita como una flor. Una vez encontrado el raptor, Dennis se proponía llevarlo allí aquella misma noche, cuando Miggs se hubiera retirado expresamente, y entonces taparían la boca a Dolly, la envolverían bien atada en una capa, la subirían a un coche que esperaría para llevarla hasta la orilla del río y desde allí sería muy fácil hacerla transportar de contrabando a alguna barca sin que nadie hiciese preguntas indiscretas. En cuanto a los

gastos del rapto, creía desde luego que bastaría para cubrirlos con dos o tres cafeteras de plata y una pequeña propina, así como un par de cucharillas o un cuchillo, pues como los insurgentes habían enterrado diversos objetos de plata en diferentes sitios de Londres y en particular, porque le constaba personalmente, en Saint James Square, donde se podía penetrar al anochecer por ser un punto muy poco frecuentado a tales horas, era fácil proporcionarse los fondos necesarios y se podría disponer de ellos a la primera ocasión. Por otra parte, sólo se obligaría al raptor a llevar la muchacha lejos y tenerla a su lado algún tiempo; en lo demás se dejaría a su discreción que hiciera con ella lo que se le antojase.

Si Miggs no hubiera estado sorda es indudable que le habría causado asombro e indignación la falta de delicadeza que revelaba semejante proposición. ¡Partir una joven con un extraño por la noche! ¡Qué horror! Porque hemos dicho ya que la moralidad de Miggs era de las

más quisquillosas y se hubiera indignado en el acto. Pero según dijo a Dennis cuando cesó de hablar, había perdido el tiempo en vano porque no había oído una sola palabra, y lo único que podía decirle (siempre con los dedos clavados en la abertura de los oídos) era que solamente una lección práctica podría salvar de su completa ruina a la hija del cerrajero, y que se creía moralmente obligada, aunque no fuera más que para cumplir con un deber sagrado respecto a la familia, a desear que alguien se dignase tomarse el trabajo de reformarla. Miggs advirtió con mucha sensatez y como una idea fortuita que acababa de cruzar por su mente, que no vacilaba en decir que el cerrajero y su mujer se quejarían y lamentarían si a causa de un rapto o de otra manera llegaban a perder a su hija, pero que es muy raro que podamos saber nosotros mismos lo que nos conviene en este mundo, porque nuestra naturaleza es demasiado frágil e imperfecta para que comprendamos bien nuestros verdaderos intereses.

Después de esta conclusión satisfactoria de su conversación se separaron, Dennis para llevar a cabo la ejecución de sus designios y dar una vuelta por su casa, y la virtuosa Miggs para entregarse a una explosión tan estrepitosa de angustia moral (que ella atribuyó, en la explicación que dio a sus dos compañeras de cautiverio, a ciertas expresiones escabrosas que había tenido la audacia de dirigirle aquel caballero) que el triste corazón de la pobre Dolly se estremeció. Así pues, la cándida hija del cerrajero dijo tantas cosas e hizo tantas demostraciones para apaciguar la sensibilidad ultrajada de Miggs, y parecía en tanto tan hermosa, que si la fea solterona no hubiera tenido para consolarse la noticia de la conspiración que contra su graciosa rival se fraguaba, es indudable que se hubiera arrojado sobre ella para arañarle la cara.

LXXI

Todo el día siguiente Emma Haredale, Dolly y Miggs permanecieron encerradas en la casa donde habían pasado tantos días sin ver a nadie y sin oír más voces que los murmullos de los hombres encargados de vigilarlas. Parecía que eran en mayor número en los últimos días, y no se oían ya las voces de mujeres que habían podido distinguir claramente al principio, y parecía igualmente que reinaba entre ellos mayor agitación, porque entraban y salían a cada instante con misterio y dirigían con afán preguntas a los últimos que llegaban. Al principio habían dado rienda suelta a su carácter sin preocuparse por si llamaban la atención, y todo era estruendo, contiendas, carcajadas, riñas, bailes y canciones; pero ahora eran reservados y silenciosos, sólo hablaban en voz baja y entraban y salían de puntillas en vez de los pasos ruidosos y de los gritos y blasfemias cuyo estrépito

anunciaba su llegada o su partida a sus trémulas cautivas.

¿Procedía esta mudanza de que había entre ellos alguna persona de autoridad cuya presencia les imponía respeto, o debía atribuirse a otras causas? Las pobres presas lo ignoraban. Algunas veces se imaginaban que la causa de aquel silencio y aquella moderación sería que había en el aposento algún enfermo, porque en la noche anterior se habían oído pasos de personas que parecían traer un cuerpo pesado y pocos momentos después un ruido semejante a un lamento. Pero les era imposible cerciorarse de la verdad, porque sus tímidas preguntas y sus humildes súplicas sólo merecían de ellos una tempestad de maldiciones o de insultos peores aún, y sólo deseaban que las dejasen en paz, sin tener que sufrir amenazas o galanteos, pues se tenían por muy dichosas en aquel aislamiento para arriesgarse a comprometer la paz que allí encontraban con alguna comunicación aventurera con sus carceleros.

Era muy evidente para Emma y hasta para la hija del cerrajero que el objeto principal de la codicia de aquellos bandidos era Dolly, y que tan pronto como tuvieran tiempo para abandonarse a la pasión, no dejarían de batirse por ella Hugh y Tappertit, en cuyo caso no era difícil prever quién saldría vencedor de tan desigual batalla. La pobre Dolly, la graciosa, risueña y coqueta Dolly, poseída por un antiguo horror a ese miserable, horror que acrecentaba entonces el peligro y se convertía en un sentimiento inexplicable de aversión y repugnancia, y presa de mil recuerdos, de mil pesares y de mil motivos de angustia, de ansiedad y de temor que no le dejaban gozar de un momento de reposo, empezaba a doblar la cabeza, a ajarse y a marchitarse como una hermosa flor; se extinguían las rosas de sus mejillas, le abandonaba el valor y su triste corazón desfallecía.

¿Qué había quedado de todos sus caprichos provocadores, de su afición a las conquistas y a la inconstancia y de todas sus vanidades seduc-

toras? Nada; permanecía todo el día abrazada a Emma Haredale, ora llamando a su anciano y cariñoso padre, ora a su madre, ora suspirando por su casa tan preciosa a su memoria, y desfallecía lentamente como un pajarillo en su jaula.

Corazones ligeros, corazones ligeros, que os dejáis arrastrar por la apacible corriente de la vida, brillando y flotando alegremente sobre sus aguas a los rayos del sol..., aroma de las flores, vapor purpurino del día de verano, alma del insecto alado que sólo vive un día..., ¡ah!, ¡qué poco tiempo basta para hundiros en el fondo del torrente cuando lo agita la tempestad! El corazón de la pobre Dolly, esa pequeña cosa tan linda, tan indiferente, tan inconstante, siempre en el vértigo de la agitación y sin descanso, que no conocía la constancia más que en sus miradas penetrantes, en su sonrisa graciosa y en los arranques de su alegría..., el corazón de Dolly iba a despedazarse.

Emma, que había conocido el dolor, era más capaz de soportarlo. No tenía grandes consue-

los que dar, pero podía tranquilizar y cuidar a su amiga, y como no dejaba de hacerlo, Dolly permanecía abrazada a ella como el niño que no se separa del seno de su nodriza. Al esforzarse para dar ánimo Emma aumentaba el suyo, y aunque las noches eran muy largas y los días muy penosos y experimentaba la funesta influencia de la vigilia y el cansancio, y aunque tenía tal vez una idea más clara y distinta de su aislamiento y de los peligros espantosos a que estaban expuestas, no mostraba la menor queja. Delante de los bandidos que las tenían en su poder, manifestaba a la vez tanta calma y dignidad, y hasta en medio de sus terrores revelaba tan bien su convicción secreta de que no se atreverían a tocarla, que los más osados la miraban con cierto temor, y hasta algunos de ellos llegaron a sospechar que llevaba consigo alguna arma oculta.

Tal era su situación cuando Miggs se reunió con ellas dándoles a entender que también había sido presa a causa de sus gracias y refi-

riéndoles detalladamente tantas hazañas de su resistencia heroica, en la cual su virtud le había dado una fuerza sobrenatural, que consideraron como una dicha tener a su lado a tan formidable defensora. Y no fue éste el único consuelo que les dio al principio la presencia de Miggs, porque esta solterona desplegó tanta resignación y tanta paciencia celestial en sus penas, y finalmente, sus castas peroraciones respiraban tal piadosa confianza y sumisión y tanta devota seguridad de que aquella aventura tendría un feliz éxito, que Emma se animó con su brillante ejemplo, sin poner en duda la verdad de lo que decía, y convencida de que era como ellas una víctima arrancada a todo lo que amaba y que sentía todos los sufrimientos de la inquietud y del temor. La pobre Dolly se consoló y se reanimó al ver a una persona que le recordaba la casa paterna, pero cuando supo las escenas de que había sido escenario el pacífico hogar donde naciera y que su padre había caí-

do en poder de Hugh y sus bandidos, rompió en amargo llanto y se negó a todo consuelo.

Miggs se esforzaba en vano en reprenderla y probar con argumentos interminables que era culpable tanta desesperación, y le suplicaba que siguiera su ejemplo.

-¿No veis -le decía-, no veis cómo recojo con intereses el importe de mis donaciones a la casita roja con la paz de alma y la tranquilidad de conciencia que me proporcionan?

Y mientras daba rienda suelta a su elocuencia piadosa y cristiana, creyó que era deber suyo tratar de convertir a la señorita Haredale. Para convencerla y edificarla se lanzó a una polémica bastante confusa en la cual se comparaba a sí misma con un misionero y a su compañera con un caníbal, y se extendió tanto sobre este tema, les suplicó tantas veces que tomaran ejemplo de ella, con una suave mezcla de vanidad y de modestia, pensando en su mérito indigno y en la enormidad de sus pecados, que no tardó en fastidiarlas en vez de consolar-

las, haciéndolas todavía más desgraciadas, si esto es posible.

Cuando anocheció las dejaron por primera vez en la oscuridad, circunstancia en verdad muy extraña, porque sus carceleros habían sido siempre muy puntuales en traerles por la noche luz y comida. Tal cambio de hábitos en su situación y en semejante sitio les inspiraba naturalmente nuevos temores, y al cabo de algunas horas y viéndose abandonada de aquel modo en las tinieblas, Emma no pudo reprimir por más tiempo su inquietud.

Prestaron oído atento, pero no oyeron más que murmullos en el aposento inmediato con un gemido exhalado a intervalos por una persona al parecer enferma que hacía en vano todo lo que podía para ahogar sus quejas. Aquellos hombres estaban también a oscuras, porque no se veía brillar la luz a través de las grietas de la puerta, no se movían como otras noches y parecía que estaban callados y ocultos. Sólo se oía algunas veces en medio del profundo silencio el

rumor de una ventana que abrían y cerraban con mucho cuidado.

Al principio Miggs sintió la vehemente curiosidad de averiguar quién podía ser aquella persona enferma, pero después de pensarlo un poco, llegó a la conclusión de que era sin duda parte del plan en marcha, un artificio hábil destinado a un feliz éxito para dar a Emma Haredale algún consuelo. Debía de ser sin duda algún infame papista herido, y esta feliz suposición la animó a exclamar varias veces en voz baja:

-¡Aleluya! ¡Aleluya!

-¿Es posible -dijo Emma con indignación- que después de haber visto cometer a esos hombres todos los ultrajes de que nos habéis hablado y de haber caído por último en su poder, tengáis valor para alabar a Dios por sus crueldades?

-Las consideraciones personales, señorita -respondió Miggs-, son menos que nada ante una causa tan justa. ¡Aleluya, caballeros!

Se hubiera creído al oír la penetrante voz de Miggs, repitiendo obstinadamente esta aclamación, que lo decía acercando la boca al ojo de la cerradura, pero la oscuridad era muy profunda para que pudiera verse.

-Si debe llegar el momento, y Dios sabe si está muy próximo, en que vengan a poner en ejecución los planes, cualesquiera que sean, por los cuales nos han traído aquí, ¿os atreveréis a alentarlos -preguntó Emma-, como ahora lo hacéis, y a poneros de su parte?

-¿Si me atreveré? Ya lo creo, gracias a la benéfica estrella de mi Dios; sí que me atreveré y me atrevo -dijo Miggs con mayor energía-. ¡Aleluya! ¡Aleluya, caballeros!

La misma Dolly, a pesar de estar abatida y anonadada, se reanimó al oír estos gritos, y mandó a Miggs que callase al momento.

-¿A quién hacéis el honor de dirigir esa observación, señorita Varden? -preguntó Miggs.

Dolly repitió su mandato.

-¡Bondad divina! -exclamo Miggs riendo a carcajadas-. ¿Me lo mandáis, señorita Varden? Si me lo mandáis debo callar. ¡Vaya si debo callar! ¿No soy una vil esclava que sólo sirve para trabajar, sufrir, cansarse y recibir tantas reprensiones que apenas me queda tiempo para fregar y barrer? ¡Oh!, sí, sí; tenéis razón, señorita, mi posición es humilde, mi inteligencia limitada, y mi deber es humillarme ante hijas degeneradas, desnaturalizadas, de buenas y dignas madres, de verdaderas santas que padecen un martirio viendo todas las persecuciones que tienen que sufrir de su familia corrompida; mi deber es tal vez también inclinarme ante ellas ni más ni menos que los infieles que se inclinan ante sus ídolos... ¿No es verdad, señorita? ¡Oh!, sí, sí; sólo sirvo para ayudar a las coquetas paganas a cepillarse y peinarse, a transformarse en sepulcros blanqueados, para hacer creer a los galanes que todo lo que se ve no es puro algodón para llenar los vacíos, ni cosméticos, pomadas ni ninguna invención de Satanás y de

las vanidades terrenales. ¿No es verdad, señorita? Pues ¿no lo ha de ser? ¿.Quién lo duda?

Después de declamar esta filípica irónica con una volubilidad asombrosa, y especialmente con una voz penetrante que rasgaba los oídos cuando lanzaba las interjecciones, la virtuosa Miggs, por pura costumbre y no porque la circunstancia pudiera justificar las lágrimas, terminó vertiendo un mar de llanto y pronunciando con el tono más patético el dulce nombre de Simon.

¿Qué iban a hacer Emma y Dolly, y qué podía detener a Miggs después de mostrar con tanto descaro sus verdaderas intenciones? Era imposible adivinarlo; pero, por otra parte, sería inútil profundizar en esta cuestión, porque en aquel mismo instante un incidente inesperado interrumpió la elocuencia de Miggs y absorbió toda su atención.

Fue un violento aldabonazo dado en la puerta de la casa que se oyó abrir al momento bruscamente. Se oyó después en el aposento inme-

diato rumor de armas y de pasos precipitados. Animadas por la esperanza de que hubiera llegado por fin la hora de la libertad, Emma y Dolly se pusieron a gritar: «¡Auxilio! ¡Aquí! ¡Auxilio!». Un momento después se precipitó en el aposento que les servía de cárcel un hombre con una espada desnuda en una mano y una antorcha en la otra.

Reprimió su emoción la presencia de ese desconocido, porque no habían visto nunca al hombre que ante sus ojos se presentaba, pero se acercaron a él para suplicarle en los términos más patéticos que las devolviese con los suyos

-¿Y creéis que he venido aquí para otra cosa? -repuso cerrando la puerta en la cual apoyó la espalda como para impedir que nadie entrase-. Pues ¿para qué os imagináis que me he abierto paso hasta aquí a través de tantos peligros y obstáculos, sino para salvaros?

Emma y Dolly se abrazaron con inefable júbilo, dando gracias al cielo por aquel auxilio inesperado. Su liberador dio algunos pasos

hacia la mesa pasa dejar la antorcha, y volviendo a tomar su primera posición, se quitó el sombrero y las miró con expresión risueña.

-¿Tenéis noticias de mi tío, caballero?- preguntó Emma con ansiedad.

-¿Y de mis padres? -añadió Dolly.

-Sí -dijo-, buenas noticias.

-¿Están vivos, sanos y salvos? -preguntaron las dos a un tiempo.

-Vivos, sanos y salvos -repitió.

-¿Y cerca de nosotros?

-No puedo decir tanto -respondió con un tono cariñoso-. Están muy lejos. Los vuestros, graciosa niña -añadió dirigiéndose a Dolly-, sólo están a algunas horas de Londres, pero espero que podáis abrazarlos esta noche.

-¿Y mi tío, caballero? -preguntó tímidamente Emma.

-Vuestro tío, querida señorita Haredale, afortunadamente..., digo afortunadamente porque ha salido mejor librado de este conflicto que un gran número de sus correligionarios...,

está en lugar seguro... Ha cruzado el mar y se ha refugiado en el continente.

-¡Bendito sea Dios! -dijo Emma casi desfallecida.

-Tenéis razón, señorita; debéis bendecirlo más de lo que podéis imaginaros tal vez, no habiendo sufrido el dolor de ver una sola de estas noches de crueles ultrajes.

-¿Desea que vaya a reunirme con él? -preguntó Emma.

-¿Y os atrevéis a preguntarlo? -dijo el desconocido afectando sorpresa-. ¡Si lo desea! ¿No sabéis acaso lo peligroso que sería para vos quedaros en Inglaterra y los sacrificios que harían con gusto miles de personas para apoderarse de vos? Pero perdonad, me olvidaba de que no podíais menos de sospecharlo estando aquí cautiva.

-Conozco, caballero -dijo Emma después de un momento de silencio-, por todo lo que me hacéis temer sin atreveros a declarármelo, que sólo he visto la primera y la menos violenta de

las escenas de desorden de que podíamos estar amenazados y que no se ha calmado aún su furia.

El desconocido se encogió de hombros, movió la cabeza, alzó las manos al cielo con la misma sonrisa meliflua que no era de feliz augurio, bajó los ojos al suelo y permaneció silencioso.

-Podéis decirme sin reparo toda la verdad, caballero -continuó Emma-; lo que acabamos de padecer nos ha preparado para oírlo todo.

Pero Dolly intervino para suplicarle que no insistiese en querer saberlo todo, y rogó al desconocido que sólo diese las noticias buenas, guardando las malas para cuando estuviesen reunidas con su familia y sus amigos.

-Todo se reduce a lo siguiente -respondió el desconocido lanzando a la hija del cerrajero una mirada de despecho-. El pueblo se ha levantado como un solo hombre contra nosotros, las calles están llenas de soldados que apoyan la insurrección y hacen causa común con ella, y

no debemos esperar de ellos auxilio alguno, así que no nos queda más recurso que la fuga. Y sin embargo, éste es un pobre recurso, porque nos espían por todas partes y quieren detenernos aquí por la fuerza. Señorita Haredale, creed que me es penoso hablaros de mí o de lo que he hecho o estoy dispuesto a hacer, porque parecería que quiero halagarme. Pero como conozco a personajes muy poderosos entre los protestantes y toda mi fortuna está empleada en la navegación y el comercio, he tenido la dicha de poder salvar por este medio a vuestro tío. También a vos puedo salvaros, y si he venido aquí ha sido para cumplir la promesa sagrada que le he hecho de no separarme de vos hasta poneros en sus brazos. La traición o el arrepentimiento de uno de los miserables que os custodian me ha permitido descubrir vuestro paradero, y ya veis cómo me he abierto camino con la punta de mi espada.

-Supongo que me traéis -dijo Emma desconsolada- alguna carta o prenda de mi tío.

-No, no os trae nada -exclamó Dolly señalando con recelo al desconocido-. Estoy segura de que os responderá que no. Por lo más sagrado del mundo, no lo sigáis.

-Callad, necia, callad -repuso el desconocido frunciendo las cejas con cólera-. No, señorita Haredale, no tengo carta ni prenda de ninguna especie, porque al manifestar mi simpatía por los que sois víctimas de una desgracia tan terrible como poco merecida, me juego la vida, y por consiguiente no me atrevería a llevar conmigo una carta que me ocasionaría una muerte segura. Ni siquiera he pensado en pedir la menor garantía de la fidelidad de mi mensaje, y tampoco se le ocurrió al señor Haredale ofrecérmela. Tal vez confiara en la promesa y en la sinceridad del hombre a quien debía la vida.

Había en esta contestación un reproche que no podía menos de producir su efecto en un carácter confiado y generoso como el de Emma; pero Dolly, que era de una naturaleza distinta, no lo detectó, y continuó suplicando a su amiga

en los términos del afecto y de la adhesión más tiernos que no se dejase caer en el lazo.

-El tiempo urge -dijo el desconocido que a pesar de sus esfuerzos para manifestarle el más vivo interés tenía hasta en su lenguaje una tibieza que helaba el oído-, el tiempo urge y el peligro nos amenaza. Si me he expuesto por vos en vano, no importa; pero prometedme al menos que si no volvemos a vernos, refiráis a vuestro tío lo que he hecho por vos. Si estáis decidida a quedaros, como lo supongo, recordad, señorita Haredale, que no he consentido en partir de vuestro lado sin daros un consejo paternal y sin lavarme las manos acerca de todas las consecuencias cuyos riesgos queréis asumir.

-Esperad, caballero -gritó Emma-, esperad un momento, por favor. ¿No podéis llevarnos juntas? -preguntó estrechando a Dolly contra su corazón.

-Es ya muy difícil -respondió- conducir a una mujer con toda seguridad en medio de las

escenas que vamos a encontrar, sin contar con que debemos evitar llamar la atención de la turba reunida en las calles. Os he dicho que esta misma noche Dolly será devuelta a sus padres. Si aceptáis mis servicios, señorita Haredale, voy a colocarla ahora mismo bajo segura custodia para cumplir mi promesa. ¿Estáis resuelta a quedaros? En este momento hay personas de todas las clases y religiones que desean huir de la ciudad, que la están saqueando por sus cuatro costados. Permitid que trate de ser útil en alguna otra parte. ¿Venís u os quedáis?

-Dolly -dijo Emma con precipitación-, querida amiga, sólo nos resta esta esperanza. Si nos separamos ahora, nos volveremos a reunir más adelante felices y honradas. Confío en este caballero.

-¡No..., no, no! -exclamaba Dolly, que no quería separarse de ella-. ¡Por Dios, no lo hagáis..., no lo hagáis!

-¿No lo oís? -dijo Emma-, esta noche, esta misma noche..., dentro de algunas horas vais a

veros en brazos de los que se morirían de pesar lejos de vos y que en este momento están llenos de desesperación por vuestra ausencia. Rezaréis por mí, querida amiga, así como yo rezaré por vos. No olvidéis nunca las horas de dulce paz que hemos pasado juntas. Dadme un último abrazo y separémonos con la esperanza de volvernos a ver pronto.

Pero Dolly, a pesar de todos los besos que Emma estampaba en sus mejillas, que inundaba al mismo tiempo con sus lágrimas, permanecía asida a su cuello, sollozaba y la estrechaba para no dejarla partir.

-¿En qué quedamos? No perdamos el tiempo en niñerías -dijo el desconocido empujando groseramente a Dolly en tanto que arrastraba a Emma hacia la puerta-. ¡Vámonos!

-¿Adónde? -gritó una voz formidable que le hizo estremecer-. ¿Adónde nos vamos? ¡Retroceded u os mato!

Y al mismo tiempo fue arrojado al suelo de un puñetazo como un buey en el matadero o

como si hubiese caído una viga del techo para aplastarlo. Después se vio entrar a un tiempo una luz deslumbrante y rostros alborozados, y Emma se encontró en los brazos de su tío, y Dolly, lanzando un grito penetrante, cayó en los de su padre y su madre.

¡Cómo se desmayaban, cómo reían a carcajadas, cómo lloraban, cómo sollozaban, cómo sonreían, cómo se dirigían una multitud de preguntas cuyas respuestas no aguardaban, hablando todos a un tiempo sin saber lo que decían embargados de alegría! ¡Y cómo se abrazaban un momento después, cómo se felicitaban, cómo se estrechaban mutuamente en sus brazos y cómo se entregaban sin cesar a todos los arrebatos de la dicha! Las palabras se quedan cortas.

Finalmente, después de largo rato, el buen cerrajero fue a dar un abrazo a dos hombres que habían permanecido retirados de este grupo. ¿Y qué vieron entonces? ¿Qué vieron? Sí, a Edward Chester y a Joe Willet.

-Mirad, venid, acercaos -dijo el cerrajero-. ¿Qué hubiéramos podido hacer sin el auxilio de estos dos? ¡Señor Edward, señor Edward! ¡Joe..., querido Joe! ¡Cómo habéis regocijado mi corazón esta noche! Y eso que estaba bien lleno de amargura.

-El señor Edward es quien lo ha arrojado al suelo -dijo Joe-. Yo tenía deseos de adelantarme, pero me he sacrificado así por él... Eh, vos, sacudid la modorra, porque no hemos venido a veros dormir en el suelo.

Y al mismo tiempo apoyó el pie en el pecho del falso liberador y le hizo dar dos vueltas como un fardo. Gashford, pues era él, bajo y rastrero pero tan malvado como siempre, alzó su cara maléfica y suplicó que no lo maltrataran.

-Sé dónde están todos los papeles de lord Gordon, señor Haredale -dijo con voz sumisa, mientras el señor Haredale le volvía la espalda sin mirarlo una sola vez-, y hay entre ellos documentos muy importantes. Están en escrito-

rios secretos y en otros sitios que sólo sabemos milord y yo. Puedo proporcionar a la justicia datos preciosos y prestar grandes servicios a los jueces. Os arrepentiréis si os atrevéis a maltratarme.

-¡Qué asco! -exclamó Joe escupiendo como quien ve una cosa repugnante-. Poneos en pie, cobarde. Os esperan en la calle. ¡Arriba! ¿Estáis sordo?

Gashford se levantó lentamente, cogió el sombrero y mirando en torno del aposento con recelo pero al mismo tiempo con abyecta humildad, salió volviendo el rostro con miedo.

-Ahora, señores -dijo Joe, que parecía ser el orador de la asamblea porque todos los demás guardaban silencio-, cuanto antes lleguemos al Black Lion, mejor.

El señor Haredale asintió y, dando el brazo a su sobrina al mismo tiempo que estrechaba una de sus manos entre las suyas, salió del aposento seguido del cerrajero, de la señora Varden y de Dolly que, a decir verdad, aunque hubiera sido

en vez de una doce Dollies, no habría presentado suficiente superficie para contener todos los besos y caricias de que la colmaban sus padres. Edward Chester y Joe Willet cerraban la marcha. ¿Y Dolly no volvió una sola vez la cara para mirar atrás? ¿No guiñaron aquellos párpados negros, casi hasta su mejilla ruborizada, no hubo un pequeño brillo en sus ojos aunque con disimulo y casi sin quererlo? Joe al menos así lo creyó, y es muy probable que no se equivocara, porque había pocos ojos como los de Dolly.

El aposento inmediato que tenían que atravesar estaba lleno de gente. Vieron allí a Dennis atado en un rincón y cerca de él en un camastro a Simon Tappertit, el petulante aprendiz, cubierto de heridas y contusiones, con un balazo en el costado y con las piernas..., aquellas hermosas piernas que eran el orgullo y la gloria de su existencia, de una fealdad y deformidad horribles merced a las quemaduras de que habían sido víctimas.

Comprendiendo entonces la causa de los gemidos que tanto la habían asombrado aquella noche, Dolly se acercó aún más a su padre, estremeciéndose al contemplar tan triste espectáculo; pero las contusiones, las quemaduras, la herida en el costado y todo el tormento que sufría en cada uno de sus miembros desgarrados no causaron a Simon la mitad del dolor que experimentó al ver pasar detrás de Dolly a Joe, su liberador.

Esperaba en la puerta un coche, y Dolly sintió el más grato placer al encontrarse en libertad en su interior acompañada de su padre, de su madre, de Emma Haredale y de su tío, sentados a su lado o enfrente de ella. Joe y Edward, sin pronunciar una sola palabra y después de hacer un afectuoso saludo, se habían quedado a alguna distancia del coche.

¡Qué largo iba a parecerle el viaje para llegar al Black Lion!

LXXII

En efecto, el Black Lion estaba tan lejos y se tardaba tanto tiempo en llegar que, a pesar de las firmes pruebas que Dolly encontraba a su alrededor de la realidad de los últimos acontecimientos, cuyos efectos eran bien visibles, no podía desprenderse de la idea de que aquello sólo podía ser un sueño que duraba toda la noche, y desconfiaba de sus ojos y sus oídos incluso cuando vio por fin el coche parado en la puerta del Black Lion y al dueño de este establecimiento junto a la portezuela con gran número de luces para ayudarles a bajar y darles la más cordial enhorabuena.

Pero no era eso todo, porque a un lado y a otro de la portezuela del coche estaban ya Edward Chester y Joe Willet. Era indudable que habían venido detrás en otro coche, y este proceder parecía tan extraño e inexplicable, que Dolly volvió a abrigar la idea de que dormía y soñaba cuanto veía. Pero cuando apareció John

Willet, el viejo John Willet, con su enorme cabeza y su doble papada, tan disforme que la imaginación más temeraria no hubiera creado jamás en sus concepciones más extravagantes otra igual, entonces reconoció su error y se vio obligada a confesar que estaba despierta.

Y Joe había perdido un brazo. ¡Joe..., aquel joven tan elegante! Cuando Dolly le dirigió la mirada y pensó en lo mucho que había debido de sufrir en los países lejanos adonde había partido en su desesperación, y cuando se preguntó quién habría sido su enfermera, deseando en el fondo de su corazón que esa mujer, cualquiera que fuese, lo hubiese cuidado con tanta bondad y solicitud como ella misma lo haría en igual caso, acudieron las lágrimas a sus hermosos ojos una tras otra, sin poderlas reprimir, y se puso a llorar delante de todo el mundo.

-Estamos sanos y salvos, Dolly -le dijo su padre con dulzura-, y no nos separaremos más. ¡Ánimo, hija mía, ánimo!

La mujer del cerrajero adivinaba tal vez mejor que él la causa del pesar de su hija. Pero la señora Varden no era la misma, su transformación se debía al motín, y por tanto unió también sus consuelos a los de su marido y dirigió a su hija similares palabras de consuelo.

-Es muy posible -dijo John Willet mirando a su alrededor-, es muy posible que tenga apetito. Sí, no lo dudéis, le sucede lo mismo que a mí.

El León, que a ejemplo de John había retrasado la cena más allá de lo razonable, aplaudió esta ocurrencia como el descubrimiento filosófico más profundo e ingenioso, y como la mesa estaba preparada, se pusieron a cenar sin perder un momento.

La conversación no fue de las más animadas y algunos de los comensales no dieron pruebas de gran apetito, pero John habló y comió por cuatro, de modo que nunca se le había visto mascar tan deprisa ni expresarse con tanto acierto y tanta lucidez.

No queremos decir con esto que John sostuviera una conversación seguida, pues no brilló tan sólo por la elocuencia en la cena. ¿Cómo podía hacerlo si no tenía a su lado a ninguno de sus viejos amigos para convertirlo en blanco de sus argumentos? Tampoco se atrevía a elegir por víctima de su triunfante lógica a Joe, porque abrigaba un vago presentimiento de que el muchacho, a la primera palabra que no le gustase, se iría sin encomendarse a Dios hasta la China o a alguna otra región lejana y desconocida para el resto de sus días, o al menos hasta desembarazarse del brazo que le quedaba, de las dos piernas y tal vez de un ojo u otra cosa por el estilo. Lo más sublime de la conversación de John era una especie de pantomima con que animaba cada intervalo de silencio, y que obligaba a decir al León, su amigo íntimo desde hacía muchos años, que nunca le había visto de aquel modo y que superaba las esperanzas y la admiración de sus amigos más maravillados de su talento.

El objeto que ocupaba todas las meditaciones de John y que ocasionaba estas demostraciones de mímica no era otro que la transformación corporal que había experimentado su hijo, y sobre la cual no se había dado todavía una explicación satisfactoria. Poco tiempo después de su primer encuentro, se retiró con la mirada fija y en un estado de gran incertidumbre sin parar hasta la cocina, y miró de hito en hito el fuego del hogar como para consultar a su consejero en materia de dudas y en los casos dificultosos. No obstante, como no había caldero en el Black Lion, y el suyo había salido tan mal parado de las manos de los insurgentes que estaba ya completamente inservible, volvió a salir como atontado, encenagado en un profundo pantano de confusión moral, y en su incertidumbre recurrió a los medios más extraños para desvanecer sus dudas, como por ejemplo, ir a tocar la manga de Joe, como si creyera que el brazo de su hijo estaba escondido dentro, o mirar sus propios brazos y los de

todos los que se hallaban presentes, para cerciorarse de que cada individuo de la raza humana tenía dos brazos y no uno, o permanecer sentado una hora seguida en meditación profunda, como si se esforzara en representarse en su memoria la imagen de Joe cuando era más joven y recordar si realmente tenía entonces un brazo o dos, y finalmente, entregarse a una multitud de especulaciones e interminables comprobaciones de la misma clase.

Viéndose, pues, durante la cena rodeado de caras que había conocido en sus buenos tiempos, John volvió a reflexionar con nuevo ardor sobre el mismo tema, y se veía que estaba resuelto a apurar la materia y obtener una explicación satisfactoria y decisiva. En un momento, después de tragar dos o tres bocados, dejaba el tenedor y el cuchillo para mirar a su hijo con todo empeño, especialmente por el lado mutilado; después paseaba sus ojos en torno a la mesa hasta que encontraba los de algún comensal, y entonces movía la cabeza con gran so-

lemnidad, se daba una palmada en el hombro y guiñaba el ojo, si vale decirlo así, porque un guiño de ojo no era en él sinónimo de un movimiento rápido, pues empleaba algún tiempo, y sería más exacto decir que se ponía a dormir de un ojo durante un minuto o dos; luego daba a su cabeza una sacudida solemne, volvía a tomar el tenedor y el cuchillo y seguía comiendo; más tarde se llevaba a la boca un pedazo de carne con ademán distraído y, concentrando en Joe todas sus facultades intelectuales, veía en un transporte de asombro que su hijo cortaba el pan con una sola mano, hasta que lo hacían volver en sí los síntomas de sofocación que acababan por restituirle el conocimiento.

Otras veces imaginaba una multitud de pequeños rodeos como pedirle sal, pimienta, vinagre, mostaza y todo lo que veía en el lado mutilado, y observaba cómo su hijo le entregaba todo lo que le pedía. Repitió tantas veces estas pruebas que acabó por darse una completa satisfacción y quedó tan convencido que,

después de un intervalo de silencio más largo que todos los anteriores, dejó el cuchillo y el tenedor a los lados del plato, bebió un buen trago en un vaso de estaño sin perder de vista a Joe y, recostándose en el respaldo de la silla con un prolongado suspiro, dijo mirando a todos los comensales:

-Es manco.

-¡Por san Jorge! -dijo el León descargando un puñetazo sobre la mesa-, por fin cayó en la cuenta.

-Sí, caballero -repuso John con el tono del hombre que sabe que merece el elogio que se hace de su sagacidad-, dirán lo que quieran, pero ahí falta un brazo.

-Contadnos dónde os sucedió eso -dijo el León a Joe.

-En la defensa de Savannah, padre.

-En la defensa de Sava... -repitió John en voz baja lanzando otra mirada en torno de la mesa.

-En América, en la guerra -dijo Joe.

-En América, en la guerra -repitió John-. Se lo cortaron en la defensa de Savannanana, en América, en la guerra.

Después de continuar repitiéndose para sí estas palabras en voz baja (adviértase que le había dado su hijo esta misma explicación antes más de cincuenta veces en los mismos términos), John se levantó de la mesa, se acercó a Joe, le tocó la manga de arriba abajo, le dio un apretón de manos, encendió la pipa, arrojó una bocanada de humo, se dirigió hacia la puerta, volvió la cara por última vez, se frotó el ojo izquierdo con el dorso del dedo índice, y dijo con voz desfallecida:

-Le han cortado el brazo a mi hijo... en la defensa de... Savannanana..., en América..., en la guerra.

Entonces se retiró para no volver en toda la noche.

De hecho, con un pretexto u otro, cada cual hizo otro tanto, a excepción de Dolly, que se quedó sentada en la silla. Estaba muy contenta

de verse sola para derramar con libertad lágrimas de dicha, cuando oyó en el corredor la voz de Joe que daba las buenas noches a alguien.

Lo oyó andar por el corredor y pasar por delante de la puerta, pero advirtió que vacilaba y que retrocedía. El corazón de Dolly latía con fuerza. Al fin entró.

-¡Buenas noches! -dijo Joe.

No añadió «Dolly», pero no importaba, y estaba contenta de que tampoco hubiera dicho «señorita Varden».

-¡Buenas noches! -dijo Dolly con voz débil.

-Siento en el alma que estéis aún tan afectada por cosas que han pasado ya para siempre -dijo Joe con bondad-. No lloréis... No tengo valor para veros tan triste. ¿No estáis ya salvada? ¿No sois feliz?

Dolly lloraba sin embargo todavía más.

-Habéis debido de padecer mucho estos días, y sin embargo no os encuentro cambiada, sino más bella. Me habían dicho que habíais cambiado mucho, pero yo no lo advierto.

Erais... erais ya muy hermosa, pero os veo más hermosa que nunca. Lo digo de todo corazón. No podéis enojaros porque os lo diga, porque no ignoráis que no os lo dicen hoy por vez primera.

Dolly sabía muy bien que no era la vez primera que lo oía decir, nada de eso; pero hacía muchos años que estaba convencida de que el cochero era un necio, y fuese que temiera hacer el mismo descubrimiento en los demás, o que a fuerza de oír elogios no hiciera caso de ellos en general, lo cierto es que sin cesar de llorar, se sintió más halagada que en toda su vida.

-Bendeciré vuestro nombre -dijo sollozando la hija del cerrajero- mientras viva, y no lo oiré jamás sin que se conmueva mi corazón... Ni lo olvidaré jamás en mis oraciones por la mañana y por la noche hasta el fin de mis días.

-¿De veras? -dijo Joe con alborozo-. ¿De veras? ¡Ah!, no podéis imaginar cuán feliz me hacéis al pronunciar esas palabras.

Dolly seguía sollozando y tapándose los ojos con el pañuelo, y Joe permanecía en pie a su lado devorándola con sus miradas.

-Vuestra voz -dijo- me traslada con tanto placer a días más felices, que me parece que aquella noche... ¿Puedo hablar ahora de aquella noche deliciosa? Me parece que estamos aún en aquella noche y que nada ha sucedido desde entonces. He olvidado las penas que he sufrido durante mi ausencia, me parece que fue ayer cuando maltraté al pobre Thomas Cobb y vine a veros antes de partir. ¿Os acordáis?

¡Sí se acordaba! Pero no respondió, y no hizo más que alzar los ojos un momento. No fue más que una mirada, una mirada tímida y empañada en lágrimas, pero que hizo guardar silencio a Joe durante largo rato.

-Pero ¿qué importa? -dijo al fin con resolución-, era forzoso que sucediese lo que ha sucedido. He ido a batirme durante el verano y a helarme en el invierno, pero ya estoy de vuelta con el bolsillo vacío como al partir y un poco

más estropeado. ¿Qué importa, hermosa Dolly? Hubiera preferido haber perdido también el otro brazo..., ¿qué digo el brazo?, la cabeza, a haber vuelto para encontraros muerta, y no tal como me figuraba veros a todas horas, como no he cesado de esperar y desear volver a veras. Así pues, loado sea Dios.

¡Ah! ¡Qué sensible se había vuelto la coqueta de cinco años antes! Había acabado por fin hallando su corazón, y como no conocía todo lo que valía, por eso había desconocido el valor del corazón de Joe. Ahora le parecía que valía todo el oro del mundo.

-¿No tuve en otro tiempo -dijo Joe con su tono de franqueza algo brusco- la idea de que podría hacerme rico y casarme con vos? Pero entonces era un niño y hace mucho tiempo que no soy tan crédulo y necio. Sé muy bien que no soy más que un pobre soldado licenciado y mutilado, pero me considero muy dichoso con arrastrar mi existencia como pueda. No obstante, aun ahora, os lo juro por mi honor, Dolly, no

me daría gran placer veros casada, pero si sois feliz me daré por muy contento. ¡Oh, sí!, estoy contento y debo estarlo... al pensar que sois admirada y obsequiada, y que podéis, cuando queráis, elegir a vuestro gusto un hombre para haceros dichosa. Me queda el grato consuelo de saber que hablaréis alguna vez de mí a vuestro marido, y no desespero de llegar un día a querlo, a darle un buen apretón de manos y a ir a veros alguna vez como un pobre amigo que os ha conocido desde niña. ¡Buenas noches!

Su mano temblaba, pero a pesar de su emoción, logró contenerla y se despidió de Dolly.

LXXIII

En la noche del viernes -pues Emma y Dolly fueron liberadas el viernes de la semana de motines merced a la solícita cooperación de Joe y Edward Chester- quedaron completamente apaciguados los desórdenes y se restablecieron el orden y la tranquilidad en la ciudad aterrada. Sin embargo, como después de lo que había pasado nadie podía decir en verdad si la calma sería duradera o si estaba destinada a ver estallar de pronto nuevas tempestades que llenaran las calles de Londres de sangre y de ruinas, los que se habían librado por medio de la fuga del tumulto reciente permanecían aún alejados, y muchas familias, que hasta entonces no habían podido huir, aprovechaban este momento de tregua para retirarse al campo. Desde Tyburn hasta Whitechapel las tiendas estaban aún cerradas, y no se hacían casi negocios en ninguno de los centros habituales de actividad mercantil; pero a pesar de los vaticinios siniestros de

los alarmistas, parte importante de la sociedad que ve siempre con total claridad en los acontecimientos más oscuros, la ciudad continuaba en una tranquilidad profunda. La fuerza armada, compuesta de considerables tropas, repartida en todos los puntos más peligrosos y acampada en las calles y plazas principales, intimidaba a los dispersos restos del motín, se continuaba con vigor infatigable registrando las guaridas de los perturbadores, y si había aún entre ellos algunos suficientemente incorregibles y temerarios para aventurarse a salir a las calles después de las terribles escenas de los últimos días, quedaban tan abatidos al ver estas medidas firmes y resueltas que se daban prisa en volver a sepultarse en sus guaridas sin pensar más que en su propia salvación.

En una palabra, el motín estaba derrotado. Habían muerto a tiros en las calles más de doscientos insurgentes; se hallaban además en los hospitales doscientos cincuenta con heridas graves, de los cuales murieron setenta u ochen-

ta algunos días después; había más de cien presos sin contar los que se detenían a cada instante, y se ignoraba el número de los que habían perecido víctimas de los incendios o de sus propios excesos. Es indudable que muchos de estos miserables habían encontrado una horrible sepultura en la ardiente ceniza de las incendios, o que habiendo penetrado en las bodegas y subterráneos, ya para beber en secreto, ya para curarse las heridas, no volvieron a ver la luz del día. Algunas semanas después, y cuando el foco del incendio no contenía más que ceniza negra y fría, la pala del sepulturero al examinar los escombros encontró numerosos cadáveres.

Durante los cuatro principales días de la insurrección habían sido destruidas setenta casas particulares y cuatro cárceles de cierta importancia, y la pérdida total de objetos mobiliarios, según apreciación de los que la habían sufrido, ascendía a ciento cincuenta mil libras esterlinas; pero aun haciendo un cálculo más moderado,

según creían personas más imparciales y desinteresadas, no bajaba de ciento veinticinco mil libras. Esta pérdida inmensa fue muy pronto indemnizada por medio de un crédito extraordinario votado por la Cámara de los Comunes, cuya cantidad pagaron los diferentes barrios de Londres y el condado y la villa de Southwark. Sin embargo, lord Mansfield y lord Saville no quisieron aceptar indemnización de ninguna clase.

La Cámara de los Comunes, en su sesión del viernes, resolvió a puerta cerrada que inmediatamente después de terminar el motín se procediese al examen de las peticiones presentadas por un gran número de súbditos protestantes de Su Majestad y se tomasen en grave consideración. Mientras se discutía esta cuestión, el señor Herbert, uno de los parlamentarios presentes, se levantó indignado y suplicó a la cámara que advirtiese que lord George Gordon estaba en su asiento debajo de la galería con la

escarapela azul, emblema de la rebelión, puesta en el sombrero.

No tan sólo los que estaban a su lado lo obligaron a que se la quitase, sino que cuando se ofreció a ir a las calles a pacificar el motín sin más condición que la vaga promesa de que la cámara estaba dispuesta a darles «la satisfacción que querían», varios diputados se reunieron para retenerlo por la fuerza en su asiento. En resumen, el desorden y la violencia que reinaban como vencedores fuera de aquel recinto, penetraron también en el Senado, y allí, como en todas partes, la alarma y el terror estaban a la orden del día, y se olvidaron por un momento las formas prescritas y el reglamento.

El jueves, las dos cámaras prorrogaron sus sesiones hasta el lunes siguiente, declarando que era imposible continuar el curso de sus deliberaciones con la gravedad y libertad necesarias mientras estuviesen cercadas por la tropa armada. Pero acometió otro temor a los ciudadanos después de la completa dispersión de los

rebeldes. En efecto, viendo las plazas públicas y sus sitios ordinarios de reunión llenos de soldados autorizados para hacer uso a discreción de sus fusiles y espadas, empezaron a prestar el oído con avidez al rumor que circulaba de la publicación de la ley marcial y a los relatos espantosos de presos que habían visto ahorcar en los faroles de Cheapside y de Fleet Street. Habiendo desvanecido inmediatamente estos terrores una proclamación en la que se declaraba que todos los perturbadores serían juzgados por una comisión especial constituida con arreglo a la ley, la multitud volvió a alarmarse porque se había encontrado a los presos dinero francés, creyendo que los desórdenes habían sido promovidos y pagados por las potencias extranjeras para preparar y consumar la ruina de Inglaterra. Este sordo rumor, fomentado por pasquines anónimos sembrados con profusión, aunque desnudos probablemente de todo fundamento, dependía sin duda del descubrimiento de algunas monedas que no eran de cuño

inglés encontradas con otros objetos robados al registrar los bolsillos de los rebeldes, de los presos y de los cadáveres de las víctimas. Esto no obstó para que el rumor, una vez propalado, produjera profunda sensación, y que en medio de la excitación general que dispone al público a creer toda noticia alarmante, corriera de boca en boca con actividad portentosa.

Sin embargo, como la tranquilidad no se perturbó durante todo el día del viernes y después durante toda la noche, y como no se hicieron nuevos descubrimientos, empezó a renacer la confianza, y los más tímidos y desanimados respiraron con más libertad. Únicamente en Southwark se reunieron más de tres mil habitantes y formaron una guardia urbana improvisada para recorrer las calles en patrullas de hora en hora. Los ciudadanos de Londres no se quedaron a la zaga, imitaron su ejemplo y, según la costumbre de las personas pacíficas, que adquieren una audacia increíble cuando ha pasado el peligro, era imposible hacerse una

idea de su osadía e implacable rigor. No vacilaban en hacer sufrir al transeúnte más robusto un severo interrogatorio, y prendían a todos los aprendices y a todas las criadas que encontraban a su paso.

Cuando anocheció, en esa hora en que las tinieblas empiezan a deslizarse en los rincones de la ciudad como para ensayar en secreto y tomar aliento antes de aventurarse a invadir las calles y las plazas, Barnaby estaba sentado en su calabozo, asombrándose del silencio y esperando en vano el estruendo y los clamores que habían agitado las noches anteriores. A su lado estaba sentada, asida de sus manos, una mujer cuya presencia inspiraba paz a su alma, una mujer pálida, demudada, abrumada por el pesar y con el corazón angustiado. Pero para él era la misma, el ser que más amaba en el mundo.

-Madre -le dijo tras un largo silencio-, ¿cuánto tiempo..., cuántos días... me tendrán aún aquí?

-Pocos, hijo mío, creo que serán pocos.

-¡Lo creéis! ¿Os figuráis que con esperanzas haréis caer mis cadenas? También yo lo creo y espero, pero a ellos les importa muy poco. También Grip espera, pero ¿quién hace caso de Grip?

El cuervo exhaló un grito triste y penetrante.

-Nadie -dijo con tanta claridad como puede hablar un cuervo.

-¿Quién hace caso de Grip si no vos y yo? -dijo Barnaby pasando la mano sobre las plumas del pájaro-. No habla nunca aquí, no dice una palabra en la cárcel. Está fastidiado todo el día en un oscuro rincón, dormitando, mirando la luz que penetra a través de las rejas y que brilla en sus ojos, penetrantes como chispas de una hoguera que cayeran en el aposento. Pero ¿quién hace caso de Grip?

El cuervo repitió:

-Nadie.

-Y a propósito -dijo Barnaby retirando la mano del cuervo para apoyarla en el brazo de

su madre mientras la miraba fijamente-, si me matan, lo cual es muy posible, porque he oído decir que me matarán, ¿qué será de Grip?

El sonido de la palabra o la corriente de sus pensamientos sugirió al pájaro su antigua sentencia:

-No tengas miedo.

Pero se interrumpió en medio de la frase, sacó un tapón melancólico, y acabó con un lánguido graznido como si no tuviera ánimo para terminar.

-¿Le quitarán la vida como a mi? -dijo Barnaby-. Lo quisiera; si él y yo muriéramos juntos, no quedaría nadie para tener pesar. Pero que hagan lo que quieran, madre, no les temo.

-No os harán daño -dijo la pobre madre con la voz casi ahogada por el llanto-. No se atreverán a hacerte daño cuando lo sepan todo, estoy segura.

-¡Oh, no estáis muy segura! -dijo Barnaby, que manifestaba un extraño placer en creer que su madre se equivocaba y que él era demasiado

sagaz para incurrir en el mismo error-. Me han marcado, madre, desde un principio; así se lo he oído decir entre ellos cuando me trajeron aquí anoche, y les creo. No lloréis por eso, madre. Decían que era atrevido, y les haré ver hasta el fin que no se equivocaban. Me podrán creer imbécil, pero esto no impedirá que muera con tanto ánimo como otro cualquiera... ¿Es verdad que no he hecho daño a nadie? -añadió con viveza.

-No, hijo mío -respondió su madre-. Dios lo sabe perfectamente.

-Pues en tal caso -dijo Barnaby-, que hagan lo que quieran. Vos misma me dijisteis un día, un día que os preguntaba qué era la muerte, que era una cosa que no debía temerse cuando no se había hecho mal a nadie. Estoy seguro, madre, de que pensabais que lo había olvidado.

Y prorrumpió en una carcajada. La pobre mujer estaba desconsolada al oír esta alegre risa y el jovial humor con que su hijo pronunciaba estas palabras. Lo estrechó contra su corazón y

le suplicó que hablase en voz baja y se estuviese quieto, porque comenzaba a anochecer y les quedaba poco rato para estar juntos.

-¿Volveréis mañana? -preguntó Barnaby.

-Sí, y todos los días, y no nos separaremos más.

Él contestó con alegría que le parecía bien, que era lo que deseaba, y que estaba seguro de antemano de su respuesta. Después le preguntó dónde había estado tanto tiempo, mientras él era un gran soldado, entonces pasó a detallarle todos los planes que había tramado para poder llegar a ser ricos y vivir en la opulencia. Sin embargo, llegó a sospechar que su madre estaba apesadumbrada y que era él la causa, y trató de consolarla y distraerla hablándole de la vida que llevaban en otro tiempo juntos, de sus diversiones y de la libertad de que disfrutaban entonces, sin advertir que cada una de sus palabras acrecentaba el dolor de su madre, y que ella vertía lágrimas cada vez más amargas a

cada recuerdo de su tranquilidad perdida que hacía revivir.

-Madre -dijo Barnaby cuando oyeron los pasos del carcelero que iba a cerrar los calabozos-, hace un momento, cuando os hablaba de mi padre, me habéis dicho que callase y habéis vuelto la cara. ¿Por qué lo habéis hecho? Explicádmelo. Creíais que había muerto. ¿No os alegráis de que viva y de que haya vuelto con nosotros? ¿Dónde está? ¿Está aquí?

-No preguntes a nadie dónde está, no hables con nadie de él.

-¿Por qué? ¿Porque es hombre severo y habla con aspereza? Pues habéis de saber que no le amo y no me gusta estar a solas con él. Pero ¿por qué no he de hablar de él con nadie?

-Porque siento que viva aún, porque lamento que haya vuelto a vernos, y porque me desconsuela pensar que habéis estado juntos; en una palabra, hijo mío, porque he hecho toda mi vida cuanto he podido para que estuvierais separados.

-¡Separados un hijo y un padre! ¿Por qué?

-Ha derramado sangre, hijo mío -le dijo al oído-, ha llegado por fin el día de hacerte esta revelación. Derramó la sangre de un hombre que lo quería mucho, que había depositado en él su confianza y que nunca le había dicho ni hecho nada que pudiera ofenderle.

Barnaby retrocedió lleno de horror y, dirigiendo una rápida mirada a la mancha que tenía en una de sus mangas, la ocultó estremeciéndose.

-Pero aunque debamos huir de él -añadió la pobre madre con precipitación al oír la llave en la cerradura- no por eso deja de ser tu padre, querido hijo mío, y no por eso dejo de ser yo su desgraciada mujer. Quieren quitarle la vida, y se la quitarán. Es preciso que nosotros no contribuyamos en nada en éste asunto; por el contrario, si pudiéramos inducirlo a que se arrepintiera, nuestro deber sería seguir amándolo. No hagas ver que lo conoces sino como a un hombre que huyó de la cárcel, y si te hacen pregun-

tas sobre él, no respondas. ¡Dios vele por ti toda la noche, hijo mío! ¡Dios esté con nosotros!

Y se desprendió de sus brazos, y pocos momentos después Barnaby se halló solo y permaneció como clavado en el mismo sitio durante largo rato con el rostro cubierto con las manos. Después se arrojó sollozando en su miserable cama.

Pero la luna asomó lentamente con su modesta gloria, y las estrellas brillaron a través del pequeño espacio de la reja de la ventana, como a través del angosto resquicio de una buena acción en una sombría vida de crimen brilla la faz del cielo llena de esplendor y misericordia. Levantó la cabeza, contempló aquel cielo tranquilo que parecía sonreír a la tierra afligida, como si la noche, más compasiva que el día, derramase miradas de piedad sobre los padecimientos y los errores de los hombres, y quisiera deslizar su paz hasta el fondo del corazón de Barnaby. Un pobre idiota como él encerrado en su angosto calabozo se sentía elevado tan

cerca de Dios al contemplar aquella claridad apacible como el hombre más libre y más feliz de toda aquella vasta ciudad, y en su oración, que no recordaba bien, en el fragmento de himno, recuerdo de su infancia, que cantaba para mecerse antes de dormir, había un hálito tan puro para subir hacia el cielo como en todos los cánticos del mundo y en el eco de las bóvedas de las más antiguas catedrales.

Su madre, al cruzar un patio para salir, vio a través de las rejas de una puerta que caía a otro patio, a su marido paseándose con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza inclinada. Preguntó al carcelero que la acompañaba si podría hablar un momento con el preso, y el carcelero consintió, aunque rogándole que se diera prisa porque iba a cerrar todos los calabozos y sólo podía disponer de uno o dos minutos. Al mismo tiempo abrió la puerta y le dijo que entrase. La puerta al abrirse hizo rechinar con estrépito los goznes, pero el preso, sordo a todo ruido, continuó su paseo circular sin cam-

biar de actitud. Ella le habló, pero su voz era tan débil que apenas podía oírse. Finalmente, se acercó a él y lo tocó con la mano.

El asesino se estremeció y retrocedió un paso temblando de pies a cabeza, pero al ver quién era, le preguntó:

-¿Qué haces aquí?

Y sin esperar contestación, añadió:

-¿Vienes a darme la vida o a quitármela? ¿Vienes a asesinarme también o a salvarme?

-Mi hijo..., nuestro hijo -respondió ella- está en esta cárcel.

-¿Y qué me importa? -dijo dando una patada de impaciencia en las losas del calabozo-. Lo sé. Ni él puede ayudarme ni yo tampoco a él. Si has venido para hablarme de él, ya puedes irte.

Y al mismo tiempo continuó su paseo con paso más precipitado. Cuando volvió al sitio donde la había dejado, se paró para preguntarle:

-¿Vienes para darme la vida o para quitármela? ¿Te arrepientes?

-¡Oh! Eso es lo que yo debo preguntarte -respondió ella-. ¿Quieres arrepentirte? Estás a tiempo. En cuanto a salvarte, sabes que tendría valor para hacerlo si estuviera en mi mano.

-Di más bien que te falta voluntad -respondió con una blasfemia tratando de desprenderse de ella y de continuar su paseo-. Di que no quieres.

-Escúchame un instante, tan sólo un instante. Estoy convaleciente de una enfermedad de la que no creía curar, y cuando se está a las puertas de la muerte, se piensa en las buenas intenciones que no se han realizado, y en los deberes que se han dejado sin cumplir. Si desde aquella noche fatal he cesado jamás de orar a Dios para que te envíe el remordimiento antes de tu muerte..., si he dejado de inspirarte esta idea hasta en el momento en que estaba aún reciente el horror de tu crimen..., si la última vez que te vi, sumida aún en el temor que acababa de anonadarme, me olvidé de postrarme a tus pies para pedirte de la manera más solem-

ne, en nombre del que habías enviado al cielo para servir contra ti de testimonio, que te preparases para el castigo que no podía menos de alcanzarte, y que se aproxima rápidamente en este momento..., me humillo ante ti, y en la agonía de mi papel de suplicante, te pido que me dejes expiar mi falta.

-¿Qué quiere decir esa palabrería? -respondió Rudge con aspereza-. Háblame de modo que pueda entenderte.

-Voy a hacerlo; es lo único que deseo. Concédeme otro momento de paciencia. La mano de quien maldijo al asesino ha pesado sobre nosotros, no puedes dudarlo. Nuestro hijo, nuestro inocente hijo, sobre quien ha descargado su cólera aun antes de venir al mundo, está aquí en peligro de perder la vida..., está aquí, conducido por tu culpa, sí, Dios lo sabe, por tu única culpa, porque si la debilidad de su inteligencia lo ha arrastrado en sus extravíos, ¿no es eso la terrible consecuencia de tu crimen?

-Si has venido para fastidiarme con tus reprensiones y tu charla de mujer... -dijo entre dientes tratando otra vez de continuar su paseo.

-No, vengo para otra cosa, y es preciso que me escuches. Si no es esta tarde, será mañana, y si no es mañana será otro día, pero es preciso que me escuches. Rudge, es imposible salvarte..., es imposible.

-¿Y para darme esta noticia has venido? -dijo levantando la mano cargada de cadenas y amenazadora.

-No, para consolarte -respondió ella con una serenidad inexplicable.

-Es decir, que vienes para tranquilizarme en mi calabozo, para hacerme pasar agradablemente el tiempo hasta la hora de mi muerte, ¿no es eso? Por mi bien sin duda alguna -dijo haciendo rechinar los dientes y dirigiéndole una sonrisa con su cara lívida.

-No, no he venido para abrumarte con quejas, para agravar las miserias y tormentos de tu

situación ni para dirigirte amargas palabras, sino por el contrario, para devolverte la esperanza y la paz, y para decirte: esposo mío, querido esposo, confiesa ese crimen abominable, implora el perdón del cielo y de los que has ofendido en la tierra, ahuyenta esos vanos pensamientos que te asedian y que no se realizarán jamás para no contar más que con tu arrepentimiento y tu sinceridad, y te prometo, en nombre supremo del Creador cuya imagen has destruido, que te dará amparo y consuelo. Y yo -añadió cruzando las manos y alzando los ojos al cielo— juro ante él, ante él que conoce mi corazón y puede leer en él la verdad de mis palabras, y prometo desde este momento amarte tiernamente como en otro tiempo, velar por ti de día y de noche durante el poco tiempo que nos resta, prodigarte los testimonios de mi afecto más fiel como es mi deber, y unir mis oraciones a las tuyas para que Dios suspenda el fallo que amenaza tu cabeza, y para que aclare la inteligencia de nuestro hijo y le permita bende-

cir su santo nombre al aire libre y a la claridad del día.

Rudge retrocedió y fijó en ella sus ojos mientras le dirigía estas fervientes súplicas como si se hallara dominado por el respeto y no vacilara en decidirse; pero no tardaron en triunfar el temor y la cólera, y la rechazó con desprecio.

-¡Vete! -gritó-. ¡Déjame! Lo veo, te conjuras contra mí. ¡Falsa..., traidora! Quieres que hable para que me condenen. ¡Malditos seáis tú y tu hijo!

-¡Ah! -exclamó la pobre mujer retorciéndose las manos-, hace ya mucho tiempo que cayó sobre él la maldición,

-¡Que caiga más pesada aún, que caiga sobre él, sobre ti y sobre todos! Os aborrezco a los dos. Nada tengo que perder, y el único consuelo que me resta y que deseo es saber antes de morir que pesa sobre vosotros la maldición. Vete ahora.

Ella iba a reiterar sus cariñosas instancias aun después de este acceso de furor, pero la amenazó el asesino con la cadena gritando:

-Te lo repito, vete..., te lo repito por última vez. El cadalso me tiene cogido entre sus garras, y es un negro fantasma que puede arrastrarme a otros excesos. ¡Vete! ¡Maldita la hora en que nací, el hombre que maté y todas las criaturas vivas de este mundo!

Y en un paroxismo de rabia, de terror y de miedo a la muerte, la rechazó para ir a precipitarse en las tinieblas del calabozo, donde se arrojó temblando sobre el pavimento, cuyas losas arañaba con sus manos encadenadas. El carcelero cerró la puerta del calabozo, y alejó de aquel sitio a la desgraciada mujer.

En aquella noche de junio tibia y embalsamada, había en toda la ciudad rostros alegres y corazones felices que saboreaban a la vez la dulzura del sueño tras tantos días de horror y tantas noches de inquietud y de insomnio. Aquella noche cada cual se regocijaba en su

casa, en familia; los que habían sido designados como víctimas por el motín se aventuraban a salir a la calle; los que habían sido saqueados iban en busca de un albergue, y hasta el pusilánime lord corregidor, que había sido emplazado aquella noche ante el Consejo privado para dar explicaciones sobre su conducta, regresó contento, declarando a todos sus amigos que se consideraba muy feliz por haber salido del apuro con sólo una reprensión, y repitiéndoles su memorable defensa delante del Consejo, en la cual había dicho «que había desplegado durante los días del motín un valor temerario que expuso mil veces su vida».

Aquella misma noche, algunos causantes del motín fueron perseguidos hasta en sus guaridas más secretas y conducidos a las cárceles. En los hospitales o bajo los montones de ruinas que ellos mismos habían hecho, en las zanjas, en los campos y en las chozas abandonadas se encontraron muchos de estos miserables sepultados sin sudario, pero más felices que los que,

por haber tomado parte activa en el desorden, reclinaban en aquel momento sobre la paja de las cárceles su cabeza prometida al verdugo.

En la Torre de Londres, en un aposento lúgubre cuyos recios muros impedían el acceso al menor zumbido de la vida y presentaban las inscripciones que dejaron antiguos presos sobre aquellos mudos testigos, yacía también sobre su lecho un hombre lleno de remordimiento por las crueldades cometidas por los rebeldes, reconociendo en aquel momento que sus crímenes eran crímenes suyos, y que él había puesto en peligro sus vidas, y no encontrando en medio de sus tristes meditaciones más que un pobre consuelo en su fanatismo o en su vocación imaginaria. Era el desventurado autor de tanto mal, lord Gordon. Le habían hecho preso aquella misma noche.

-Sí estáis seguro de que soy yo a quien buscáis -dijo al oficial que le esperaba a la puerta de su casa con un auto de prisión en que se le

acusaba de alta traición-, estoy dispuesto a acompañaros.

Y en efecto, lo siguió sin oponer resistencia. Lo condujeron primero ante el Consejo privado, y desde allí al cuartel de los Guardias Reales, y después lo trasladaron por el puente de Westminster para evitar las calles concurridas hasta la Torre, con la escolta más numerosa que había acompañado hasta entonces a un solo preso.

De sus cuarenta mil partidarios no le quedaba uno para hacerle compañía; amigos y protegidos, clientes y servidores... todos habían huido. Su hipócrita secretario lo había traicionado, y el hombre que en su debilidad se había dejado arrastrar y comprometer por tantos intrigantes ocupados únicamente de sus intereses personales, se hallaba solo y abandonado.

LXXIV

Dennis, a quien habían detenido también a una hora avanzada de aquella misma noche, fue conducido al cuartel de policía más inmediato, y el sábado le hicieron comparecer ante un juez de paz. Como los cargos que sobre él pesaban eran numerosos e importantes, y habiéndose probado en particular por el testimonio de Gabriel Varden que había atentado contra la vida del cerrajero, fue enviado ante el tribunal de primera instancia, consiguiendo además la distinguida honra de ser considerado como uno de los jefes del motín y de oír de boca del magistrado la lisonjera seguridad de que se hallaba en inminente peligro y que debía esperar el más severo castigo.

Se atribuiría a Dennis un fondo de filosofía estoica mayor del que poseyó jamás si se dijera que no conmovieron demasiado a su modestia honores tan insignes, o que estaba preparado para un recibimiento tan distinguido, pues es

indudable que el estoicismo de este caballero era de esos que ponen a un hombre en estado de soportar con valor ejemplar las aflicciones de sus amigos, pero que, por una especie de compensación, les hacen en lo que les concierne muy sensibles a sus males y de un egoísmo muy susceptible. Así pues, sin tratar de calumniar a este importante funcionario, puede declararse sin reserva que empezó por manifestar gran alarma y que reveló emociones que no hacían mucho honor a su heroísmo, hasta que llamó en su auxilio sus facultades intelectuales, que le hicieron entrever una perspectiva menos desesperada.

A medida que Dennis ejercía las facultades intelectuales con que lo había dotado la naturaleza en pasar revista a las probabilidades más favorables de salir del paso bien y con el menor daño personal posible, sentía renacer su valor y acrecentar su confianza. Cuando recordaba el alto aprecio que merecía su oficio y la necesidad constante que se tenía de sus servicios, que

el Código Penal había convertido en una especie de panacea universal, aplicable a las mujeres lo mismo que a los hombres, a los ancianos como a los niños y a las personas de toda edad y de toda clase de culpabilidad; cuando pensaba en el alto favor de que gozaba por título oficial a ojos de la corona, de las dos cámaras del Parlamento, de la Casa de Moneda, del Banco de Inglaterra y de los jueces del territorio; cuando recordaba todos los ministros sucesivos de quienes había sido siempre la panacea favorita; cuando reflexionaba que Inglaterra le debía el permanecer aislada en la gloria de la horca entre las naciones civilizadas de la tierra, cuando se representaba todos estos títulos y los pesaba en su mente, no le quedaba ni asomo de duda de que la honra de la nación agradecida debía absolverlo de las consecuencias de sus últimas calaveradas, y que no podía menos de restituirle su antigua posición en el benéfico sistema social que formaba su más esplendente gloria.

Se hallaba, pues, completamente tranquilo merced a estas lógicas reflexiones, cuando penetró entre las filas de la escolta que le esperaba y se dirigió a la cárcel con una indiferencia heroica. Al llegar a Newgate, donde habían reparado provisionalmente las ruinas de algunos calabozos para custodiar con más seguridad a los revoltosos, fue recibido con entusiasmo por los carceleros, los cuales estaban muy contentos de ver un caso extraordinario, un caso interesante que interrumpía agradablemente la monotonía de su servicio. Así pues, bajo la influencia de tan agradable sorpresa, le pusieron las cadenas y los grilletes con un esmero especial antes de encerrarlo en el más oscuro calabozo.

-Compañero -dijo el verdugo mientras cruzaba en compañía de un carcelero todos los corredores que también conocía-, ¿voy a estar muchos días con algún otro preso?

-Sino hubierais destruido los calabozos, os habrían dado uno solo para vos -le respondió el

carcelero-, pero por ahora escasean las habitaciones, y nos vemos obligados a daros compañía.

-Está bien -replicó Dennis-, no me repugna tener compañía, amigo mío; por el contrario, me gusta la sociedad, porque me aburre soberanamente estar solo.

-Es una pena -dijo el carcelero.

-¿Una pena? ¿Y por qué? -respondió Dennis-. ¿Por qué ha de ser una pena, compañero?

-No lo sé -dijo el carcelero con indiferencia-. Lo decía únicamente porque como vos mismo confesáis que habéis nacido para la sociedad, y os van a privar de ella muy pronto, ya comprenderéis...

-¿Qué necedades estáis diciendo, amigo mío? -replicó el verdugo interrumpiéndolo-. ¿A quién van a privar de la sociedad muy pronto?

-A nadie en concreto, pero creía que tal vez a vos.

Dennis se enjugó la frente, que se le puso de pronto encendida como unas ascuas.

-Siempre habéis sido aficionado a las bromas pesadas -dijo a su conductor con voz trémula, y lo siguió en silencio hasta que se paró delante de una puerta.

-¿Ésta es mi morada? -preguntó con tono jovial.

-Sí, éste es vuestro palacio, milord -respondió el carcelero.

Dennis se disponía a entrar de mala gana, cuando de pronto se paró y retrocedió aterrado.

-¡Cómo! ¿Os sorprende la magnificencia del salón? -dijo el carcelero.

-Ya lo creo -respondió Dennis en voz baja y muy alarmado-. Cerrad esta puerta.

-Lo haré cuando hayáis entrado.

-Es que no entraré.

-¿Cómo?

-Digo que no entraré, que no quiero que me encierren con ese hombre. ¿Deseáis acaso que me estrangulen?

El carcelero no parecía desear que le estrangulasen o dejasen de hacerlo, pero después de

hacerle observar que así se lo habían mandado y que debía obedecer, lo empujó al calabozo, cerró por fuera y se alejó con toda calma.

Dennis permanecía temblando con la espalda apoyada en la puerta, levantados los brazos por un movimiento involuntario como para defenderse y fija la mirada en un hombre, en el único ocupante hasta entonces del calabozo, que estaba tendido sobre un banco de piedra y acababa de suspender la respiración como si estuviera a punto de despertarse. Sin embargo, no hizo más que cambiar de postura, dejó caer indolentemente un brazo, exhaló un prolongado suspiro, y murmurando algunas palabras ininteligibles, continuó durmiendo profundamente.

Tranquilizado por esta tregua, el verdugo desvió por un momento sus ojos de su compañero dormido, y lanzó una mirada en torno del calabozo, para ver si hallaría algún sitio favorable o alguna arma propicia para defenderse. No había allí más muebles que una mesa, que no

podía moverse sin hacer ruido, y una pesada silla. Se deslizó de puntillas hacia esta silla, se la llevó al rincón más lejano y, colocándosela delante a manera de escudo o de muralla, vigiló desde allí los movimientos de su enemigo con extrema desconfianza.

El hombre que dormía en el banco de piedra era Hugh, y quizá no fuera extraño que Dennis se encontrara en un estado de expectación tan penoso y que deseara naturalmente que su compañero no se despertase. Cansado de estar en pie, se acurrucó en su rincón al cabo de algún tiempo y se sentó por fin en las heladas losas. Sin embargo, aunque la respiración de Hugh anunciaba que seguía durmiendo profundamente, no podía resolverse a desviar de él los ojos un solo instante. Tenía tanto miedo y temía de tal modo un ataque repentino, que no contento con observar sus ojos cerrados a través de los barrotes de la silla, se levantaba con sigilo de vez en cuando para mirarlo tendiendo la cabeza hacia delante, y para cerciorarse de

que realmente estaba bien dormido y no iba a aprovecharse de un momento de sorpresa para atacarle.

Hugh durmió tanto rato y tan profundo, que Dennis llegó a creer que no se despertaría antes de la visita del carcelero, y ya se felicitaba por esta lisonjera suposición y bendecía su estrella con fervor cuando Hugh manifestó dos o tres síntomas muy poco tranquilizadores, como por ejemplo otro movimiento del brazo, otro suspiro y una incesante agitación de la cabeza. Después, en el momento en que iba a caerse a plomo del banco a las frías losas, los ojos de Hugh se abrieron y quiso la casualidad que su cara estuviese precisamente vuelta hacia su inesperado compañero.

Hugh lo miró tranquilamente más de media docena de veces sin que al parecer se sorprendiera ni lo conociese, pero de pronto dio un salto y pronunció su nombre acompañándolo con una horrible blasfemia.

-No os acerquéis, amigo mío, no os acerquéis -dijo Dennis ocultándose detrás de la silla-, no me toquéis. Estoy preso como vos..., ved qué cadenas tan pesadas me han puesto. Soy un pobre viejo..., no me maltratéis.

Pronunció las últimas palabras con un tono tan humilde y lastimero, que Hugh, que había cogido la silla y la tenía levantada para golpearlo con ella, se contuvo y le dijo que se levantase.

-Sí, amigo mío, sí, voy a levantarme -dijo Dennis apresurándose a apaciguarlo como mejor pudo-, no deseo más que hacer lo que sea de vuestro gusto. Ya estoy de pie, ya os he obedecido. ¿Qué puedo hacer por vos? Hablad, mandad, y haré lo que queráis.

-¿Qué podéis hacer por mí? -exclamó Hugh cogiéndolo por el cuello con ambas manos y sacudiéndolo con fuerza como si quisiera cortarle la respiración-. ¿Y qué habéis hecho por mí?

-He hecho lo que he podido, lo que no podía menos de hacer -respondió el verdugo.

Hugh, sin replicar, lo sacudió entre sus robustas manos hasta hacerle mover los dientes en las mandíbulas, lo arrojó al suelo y volvió a acostarse en el banco de piedra.

-Si no fuera por el placer que siento al menos viéndoos aquí -murmuró entre dientes-, os hubiera aplastado la cabeza en la pared, pero antes os he de hacer penar.

Transcurrió algún rato antes de que Dermis recobrase la respiración para hablar, y no dejó de echar mano de su persuasiva elocuencia tan pronto como pudo hacer uso de la palabra.

-Sí, he hecho cuanto he podido -dijo con tono humilde, sumiso y cariñoso- ¿No sabéis que tenía allí dos bayonetas detrás de mi cuerpo y no sé cuántos cartuchos para obligarme a ir adonde estabais, y que si no os hubieran apresado, hubieseis muerto de un tiro? Figuraos por un momento qué cara hubiera hecho un joven tan guapo como vos cayendo ignominiosamente con el cuerpo traspasado a balazos.

-¿Y haré ahora mejor cara? -preguntó Hugh levantando la cabeza con una expresión tan terrible que Dennis no se atrevió a responder en ese momento.

-No hay duda -dijo el verdugo con tono meloso después de un momento de silencio-. En primer lugar, tenéis las garantías del proceso, y hay mil contra una en vuestro favor. Es muy posible que salgamos de aquí absueltos..., se han visto cosas mucho más extraordinarias. Por otra parte, aunque esto no sucediera, aunque todas las probabilidades estuvieran contra nosotros, saldríamos del paso muriendo en el patíbulo y cesaríamos de padecer en este pícaro mundo. No podéis figuraros con cuánta destreza, agrado y prontitud se ejecuta en Londres; es un arte que ha llegado a su mayor perfección, y da casi placer y orgullo morir a manos del verdugo, porque os aseguro que es todo un caballero. Matar a tiros a nuestros semejantes es una barbaridad, una indecencia que da asco. -Y esta

idea le repugnó tanto, que escupió en las losas del calabozo.

El entusiasmo que sobre este punto manifestaba podía pasar por valor a los ojos de los que desconociesen su afición y sus preferencias artísticas, y por otra parte, como se guardaba muy bien de dejar adivinar sus secretas esperanzas, y por el contrario parecía colocarse en la misma situación que Hugh, este rufián fue más sensible a estas consideraciones para dejarse ablandar que a todas las razones más elocuentes o a la sumisión más abyecta. Apoyó, pues, los brazos en sus rodillas, e inclinándose hacia su compañero, lo miró a través de los mechones de sus cabellos con una especie de sonrisa en los labios.

-El caso es, amigo mío -dijo el verdugo con tono de más íntima confianza-, que os habían juntado con un hombre de malos antecedentes. ¿Queréis que os confíe la verdad? Pues no os buscaba a vos, sino a él. Por lo demás, ya veis lo

que he ganado... Estoy preso como vos, y navegamos en la misma barca.

-No mintáis, hipócrita -le dijo Hugh frunciendo el ceño-, no soy tan necio como para creer que no buscabais alguna recompensa. Os cebaron las promesas, y fuisteis a por lana y volvisteis trasquilado. Estáis aquí y muy pronto no se hablará más de ninguno de los dos. Por mi parte, os aseguro que tanto me importa vivir como morir. Así pues, ¿por qué me he de tomar el trabajo de vengarme de vos? Beber, comer, dormir mientras esté aquí, es lo único que deseo. Si pudiera al menos llegar hasta este maldito escondrijo un poco más de sol para calentarlo, estaría todo el día tendido sin tomarme el trabajo de levantarme o sentarme un solo instante. Pues si tan poco caso hago de mí, ¿por qué he de hacer caso de vos?

Terminó esta arenga con un gruñido que se parecía bastante al bostezo de una fiera, se tendió sobre el banco, y volvió a cerrar los ojos. Después de contemplarlo un rato en silencio,

Dennis, contento por haber salido tan bien librado de aquel peligro, acercó al banco la silla, en la cual se sentó a su lado, pero tomando la precaución de no ponerse al alcance de su musculoso brazo.

-Muy bien, amigo mío, no se puede hablar mejor -se aventuró a responder-. Vamos a beber, a comer y a dormir cuanto podamos, y pasaremos la vida alegremente. Con el dinero todo se alcanza; gastemos a lo grande.

-¡Dinero! -dijo Hugh volviéndose para colocarse en una posición más cómoda-. ¿Dónde está?

-Lo que es el mío -dijo Dennis-, me lo han quitado todo al prenderme, pero no tratan del mismo modo a todo el mundo.

-Es que también me han quitado el mío.

-En tal caso, amigo mío, es preciso que escribáis a vuestros padres.

-¡Mis padres! -dijo Hugh incorporándose agitado y sosteniéndose sobre sus manos-. ¿Y dónde están mis padres?

-Supongo que tendréis familia.

Hugh prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

-¡Hablarme a mí de familia, a un hombre cuya madre tuvo la muerte que espera a su hijo y lo dejó solo y hambriento en el mundo! ¡Hablarme a mí de padres y de familia!

-Amigo mío -dijo el verdugo, cuyas facciones experimentaron un cambio repentino-, no querréis decir que...

-Quiero decir -repuso Hugh- que la ahorcaron en Tyburn. Lo que era bueno para ella lo es para mí. Que hagan de mí cuanto quieran... y cuanto antes mejor. No tengo ganas de hablar, voy a dormir.

-Por el contrario, necesito hablaros, necesito saber más detalles -dijo Dennis con interés.

-No lo intentéis -respondió Hugh gruñendo-, lo mejor que podéis hacer es refrenar la lengua. Repito que quiero dormir.

Habiéndose aventurado Dennis a hacer otra pregunta a pesar de este aviso, su compañero

furioso le descargó con toda su fuerza un puñetazo que no le alcanzó, y después se volvió a acostar murmurando una letanía de blasfemias e imprecaciones y volviendo la cara hacia la pared.

Dennis intentó una o dos veces más por su cuenta y riesgo, a pesar del mal humor de su compañero, reanudar una conversación que tanto le interesaba por razones que tan sólo él sabía, y hasta lo tocó suavemente con la mano, pero no tuvo más remedio que esperar con tanta paciencia como le era posible un rato de expansión y buen humor de su nada amable compañero de cautiverio.

LXXV

Ha transcurrido un mes, y nos hallamos en el dormitorio de sir John Chester. A través de la ventana entreabierta se descubre el jardín del Temple con sus verdes y frondosos árboles. Brilla a lo lejos el manso río, surcado por numerosas barcas cuyos remos levantan una lluvia de diamantes; el cielo es claro y azul, y el aire suave del verano penetra blandamente en la sala que llena de perfumes. Hasta la ciudad, la ciudad del humo y de la niebla, resplandece. Sus altos tejados, sus torres, sus cúpulas, comúnmente negras y tristes, han tomado un tinte pardo claro que es casi una sonrisa; todas las viejas veletas doradas, las bolas y las cruces que se alzan sobre los edificios brillan al alegre sol de la mañana, y a mayor altura sobre todos los demás, descuella la iglesia de Saint Paul, ostentando su majestuosa cresta de oro bruñido.

Sir John estaba desayunando en la cama. El solícito criado había dejado sobre la mesilla de

noche el chocolate y las tostadas. Veíanse sobre el damasco que cubría el lecho algunos libros y periódicos, y el indolente caballero, interrumpiéndose para dirigir una mirada de satisfacción en torno de su aposento, donde todo estaba en orden tan perfecto, o para contemplar con indolencia el azulado firmamento, continuaba comiendo, bebiendo y leyendo las noticias del día como persona que sabe saborear las dulzuras de la vida elegante.

La alegre influencia de la mañana parecía producir algún efecto hasta en su buen humor siempre uniforme; sus ademanes eran más joviales que de costumbre, su sonrisa más serena y apacible, y su voz más clara y animada. Dejó el periódico que acababa de leer, se reclinó en la almohada con el ademán de quien se entrega al encanto de una multitud de gratos recuerdos y, después de un momento de reposo, se dirigió a sí mismo el siguiente monólogo:

-No me asombra que mi amigo el centauro siga las huellas de su querida madre, ni me

asombra tampoco que su misterioso amigo, el buen Dennis, siga el mismo camino; pero lo que me divierte infinitamente es mi antiguo cartero, ese joven loco de Chigwell. Me alegro. Es lo mejor que le podría haber pasado.

Después de aliviarse con estas reflexiones, volvió a entregarse a sus risueños pensamientos, de los cuales se distrajo tan sólo para acabar de tomar el chocolate, que no quería dejar que se enfriase, y para tirar de la campanilla y pedir otra tostada. Cuando llegó la tostada, la cogió de manos de su criado, a quien despidió con una afable sonrisa.

-Es una circunstancia muy notable -dijo con tono indolente comiendo tranquilamente la nueva tostada- que mi amigo el idiota no haya sido absuelto. Por fortuna, o como se dice en el mundo, por una casualidad providencial, el hermano de milord el corregidor se halló en la audiencia con otros jueces de paz campesinos, cuya cabeza dura no pudo vencer la curiosidad de ir a verlo. Porque aunque el hermano de

milord el corregidor no tuviera razón y diera con su declaración estúpida una nueva prueba de su parentesco con este personaje majadero, diciendo que le constaba que había recorrido la provincia con su madre vagabunda para proclamar y propagar ideas revolucionarias y sediciosas, no le estoy por eso menos agradecido por haber prestado espontáneamente este testimonio. Esos idiotas hacen algunas veces observaciones tan extrañas y acertadas, que lo más prudente en verdad es mandarlos ahorcar en bien de la humanidad.

El juez de paz campesino había inclinado en efecto el ánimo de los magistrados en contra de Barnaby, desdeñando las dudas que hacían inclinar la balanza en su favor. Grip no sospechaba la responsabilidad que pesaba sobre él en este asunto.

-Formarán un terceto muy curioso -dijo sir John apoyando la cabeza en la mano y comiéndose la tostada-, el verdugo en persona, el centauro y el imbécil. El centauro sería un excelen-

te modelo de autopsia en el anfiteatro de cirugía y prestaría un gran servicio a la ciencia. Espero que lo destinen a este objeto y que la facultad lo compre... Peak, no estoy en casa para nadie, para nadie a excepción del peluquero.

Esta advertencia a su criado fue provocada por un campanillazo en la puerta, que Peak corrió a abrir. Después de un cuchicheo prolongado de preguntas y respuestas, el criado volvió y, en el momento en que acababa de cerrar cuidadosamente la puerta del aposento, se oyó toser a un hombre en la antesala.

-No, es inútil, Peak -dijo sir John levantando la mano para indicarle que podía ahorrarse el trabajo de darle cuenta de sus mensajes-, no estoy en casa, no quiero escucharte. He dicho que no estoy, y mi palabra es sagrada. ¿No harás nunca lo que te mando?

No teniendo nada que contestar a una orden tan perentoria, el criado iba a retirarse cuando el desconocido que le había valido esta repren-

sión, impaciente de esperar sin duda alguna, empujó la puerta diciendo en voz alta que tenía que hablar con sir John de un negocio urgente que no admitía retraso.

-Hazle entrar -dijo sir John.

Y añadió cuando el criado abrió la puerta:

-Buen hombre, ¿cómo os atrevéis a introduciros de una manera tan extraordinaria en la habitación particular de un caballero? ¿Cómo podéis faltar a vuestro propio decoro y exponeros a la merecida acusación de ser un maleducado?

-El asunto que me trae, sir John, es extraordinario -respondió la persona a quien iba dirigida esta filípica-, y si no he seguido las reglas de la educación y buena crianza para presentarme a vos, espero que os dignéis dispensarme en atención a esta circunstancia.

-Eso habrá que verlo -respondió sir John, cuyo rostro se puso risueño cuando vio el de su visitante-. Creo que nos hemos visto ya en alguna otra parte -añadió con su tono amable y,

seductor-, pero confieso que no recuerdo vuestro nombre.

-Me llamo Gabriel Varden.

-¿Varden? ¡Ah, sí, es cierto! Varden -dijo sir John dándose una palmada en la frente-. ¡Cielos! ¡Qué débil se va volviendo mi memoria! Es cierto, Varden..., el cerrajero Varden. Tenéis una mujer muy amable y una hija muy bella. ¿Están bien esas señoras?

-Gracias, señor; muy bien.

-Me alegro muchísimo. Dadles recuerdos de mi parte cuando las veáis, y decidles que siento en el alma no poder tener el honor de saludarlas personalmente. Ahora bien -preguntó después de un momento de silencio con expresión afable-, ¿qué puedo hacer por vos? Disponed de mí con toda libertad.

-Gracias, sir John -dijo Gabriel con cierta altivez-, pero no vengo aquí para pediros un favor, sino únicamente para un asunto... particular -añadió dirigiendo una mirada al criado que

estaba en la sala esperando órdenes-. Un asunto muy apremiante.

-No os diré que vuestra visita me es menos grata siendo desinteresada, y que hubieseis sido igualmente bien recibido si hubierais venido a pedirme algo, porque tendría la mayor satisfacción en serviros, pero de todos modos sed bienvenido... Hazme el favor, Peak, de echar chocolate en la taza y de retirarte.

El criado obedeció y los dejó solos.

-Sir John -dijo Gabriel-, no soy más que un artesano y nunca he sido otra cosa. Si no sé prepararos bien para oír lo que voy a deciros, si voy derecho a mi asunto algo bruscamente, si os doy una noticia que un caballero, un noble hubiera anunciado con más rodeos para suavizarla, espero que me perdonéis en virtud de mi buena intención, porque deseo ser circunspecto y discreto, y estoy seguro de que un caballero de tanto talento como vos tomará la intención por el hecho.

-Señor Varden -repuso sir John sin desconcertarse al oír este exordio-, os suplico que toméis una silla y os sentéis. No os ofrezco chocolate porque creo que no lo tomáis. Tenéis razón: es un desayuno que no gusta a todo el mundo.

-Sir John -dijo Gabriel, que había agradecido con un ademán de cabeza la invitación de sentarse y que permanecía en pie-. Sir John...

Entonces bajó la voz, se acercó a la cama, y añadió:

-Vengo ahora mismo de Newgate.

-¡Cielos! -exclamó sir John incorporándose en la cama-. ¿De Newgate, señor Varden? ¡No es posible que hayáis cometido la imprudencia de venir de Newgate, de Newgate, donde hay tifus carcelario, gentes haraposas, hombres y mujeres miserables y un cúmulo de horrores! ¡Peak, trae alcanfor al momento! ¡Pronto! ¡Dios del cielo! Querido Varden, amigo mío, ¿es cierto que venís de Newgate?

Gabriel, sin responder, miraba en silencio en tanto que Peak, que acababa de entrar a tiempo

con el chocolate caliente, corría a abrir un escritorio y sacaba una botella con la cual rociaba la cama de su amo y la mesilla de noche. Después de lo cual, regó a manos llenas al cerrajero y describió a su alrededor un círculo de alcanfor en la alfombra.

Practicada esta operación, volvió a retirarse, y sir John, indolentemente apoyado en la almohada, miró al cerrajero.

-Estoy seguro, señor Varden, de que me perdonaréis que me haya alarmado tan pronto en vuestro propio interés tanto como en el mío. Confieso que me habéis dado miedo a pesar de vuestro delicado exordio. ¿Me permitiréis que os pida el favor de que no os acerquéis más? ¿Realmente venís de Newgate?

El cerrajero inclinó la cabeza.

-¡Realmente! Pues bien, señor Varden, dejando aparte toda exageración y embellecimiento -dijo sir John en tono confidencial-, ¿qué clase de edificio es Newgate?

-Un edificio muy extraño, sir John -respondió el cerrajero-, un edificio muy triste y desconsolador, donde se ven y se oyen cosas extrañas, pero que no lo pueden ser más que las que me impulsan a venir aquí. Es un caso urgente. Me envía aquí...

-¿Desde la cárcel? No es posible, no es posible.

-Sí, desde la cárcel, sir John.

-Pero ¿quién os envía, mi buen amigo, mi crédulo amigo? -dijo sir John dejando la taza para reírse a carcajadas.

-Un hombre que se llama Dennis, que, después de haber ahorcado a tantos durante muchos años, será ahorcado mañana -respondió el cerrajero.

Sir John esperaba..., estaba seguro de ello desde el principio..., que diría que le enviaba Hugh, y tenía preparada la contestación; pero lo que oía le causó tanto asombro que, a pesar de su habilidad en disimular sus afectos, no pudo menos de manifestarlo en su semblante.

Sin embargo, muy pronto disimuló esta leve turbación, y dijo con el mismo tono indiferente:

-Y ¿qué quiere de mí ese caballero? Mi memoria puede también flaquear en este momento, pero os aseguro, Varden, que nunca he tenido el gusto de saludarlo ni de contarlo entre mis amigos o conocidos.

-Sir John -respondió el cerrajero con gravedad-, voy a repetiros con tanta exactitud como me sea posible, y en los términos de que se ha servido, lo que desea que os comunique, y lo que es preciso que sepáis sin perder un momento.

Sir John se colocó en una posición más cómoda aún y miró al cerrajero con una expresión que parecía decir: «¡Qué divertido es este hombre! Veamos los disparates que ensarta».

-Tal vez habréis leído en el periódico -dijo Gabriel indicando el que sir John tenía en las manos- que declaré hace algunos días como testigo contra ese hombre en su proceso, y que

no debo a su apoyo que haya vivido para decir lo que he visto.

-¡Tal vez! -dijo sir John-. Querido Varden, sois un héroe, y merecéis vivir en la memoria de los hombres. Es imposible ponderar el interés con que he leído vuestra declaración, con cuánto placer he recordado que había tenido el honor de conoceros... Espero que el gobierno mande publicar vuestro retrato.

-Esta mañana -dijo el cerrajero sin prestar atención a estos exagerados elogios-, esta mañana muy temprano me han traído un recado de Newgate de parte de ese hombre suplicándome que fuese a verlo porque tenía que revelarme un secreto. No necesito deciros que no es amigo mío, y que ni siquiera lo había visto nunca antes de que invadieran mi casa los insurgentes.

Sir John se abanicó elegantemente con el periódico asintiendo con la cabeza.

-Sin embargo -continuó Gabriel-, sabía por los rumores que la noche anterior se había reci-

bido en la cárcel la orden de darle muerte mañana, y accedí a su petición considerándolo un hombre casi difunto.

-Sois un verdadero cristiano, señor Varden -dijo sir John-, y esa noble cualidad acrecienta más el deseo que os he expresado ya de que toméis asiento.

-Me ha dicho -continuó Gabriel mirando con firmeza al caballero- que me había enviado a llamar porque, como verdugo de Su Majestad, no tenía amigos ni compañeros, y porque creía, según la franqueza con que había declarado delante del tribunal, que debía de ser un hombre leal y que cumpliría exactamente lo que tenía que encargarme. Añadió que como huían de él todos los que sabían cuál era su profesión, hasta las personas de la más miserable condición, y viendo cuando había ido a reunirse con los rebeldes que aquellos con quienes se había asociado no lo sospechaban -y creo que no ha mentido porque tenía entonces por compañero a un joven que he tenido muchos años como

aprendiz-, se había guardado muy bien de revelar su secreto hasta el momento en que había sido preso y conducido a la cárcel.

-En lo cual obró con mucha discreción -observó sir John con un ligero bostezo aunque siempre con la mayor amabilidad-, así como vos dais pruebas de discreción al relatar de una manera lúcida y admirable esa historia que, perdonad que os lo diga, no sé en qué puede interesarme.

-Cuando fue conducido a la cárcel -continuó el cerrajero sin intimidarse con las interminables interrupciones de sir John, a las que ni siquiera prestaba atención- encontró por compañero de calabozo a un joven llamado Hugh, uno de los jefes del motín, a quien había traicionado. Por varias palabras que se le escaparon a este desgraciado joven en el curso de la animada conversación que medió entre ellos el primer día de su permanencia en la cárcel, descubrió que la madre de Hugh había sufrido la

misma muerte que les estaba reservada a los dos... El tiempo es breve, sir John.

El caballero dejó el periódico, puso la taza en la mesilla de noche y, con la salvedad de la sonrisa que asomó en sus labios, miró al cerrajero con ojos tan serenos como le miraba a él el cerrajero.

-Hace cerca de un mes que están en la cárcel, y después de varias preguntas y de continuadas confidencias, el verdugo ha reconocido y comprobado las fechas, las circunstancias y hechos notables que recuerda, y ha descubierto que fue él mismo quien ejecutó la sentencia dictada contra la madre de Hugh. Tentada por la necesidad como tantas otras, se había dejado arrastrar al delito fatal de expender billetes de banco falsos. Era joven y hermosa, y los malvados que emplean hombres, mujeres y niños en este tráfico fijaron en ella los ojos como en una persona perfecta para dar salida a su mercancía, y probablemente para no despertar en mucho tiempo las sospechas. Pero se equivocaron,

porque la prendieron al momento y fue condenada a muerte. Era gitana, sir John.

Tal vez sería efecto de una nube que oscureció el sol al pasar y proyectó una sombra en el rostro del caballero, pero lo cierto es que se cubrió de una mortal palidez. Esto no impidió que continuara sosteniendo con mirada firme la del cerrajero como antes.

-Era gitana, sir John -repitió Gabriel-, y tenía un carácter altivo e independiente; razón de más, con su hermoso rostro y sus maneras distinguidas, para interesar a algunos de esos caballeros que se enamoran fácilmente de unos ojos negros. Se hicieron, pues, grandes esfuerzos para salvarla, y lo hubieran conseguido si hubiese consentido tan sólo en revelar algunos secretos. Pero no consintió jamás y se obstinó en su silencio. Hasta se sospechó que quería atentar contra su vida, de modo que la vigilaron de noche y de día, y desde aquel momento no abrió más los labios.

Sir John tendió la mano hacia la taza, pero el cerrajero la detuvo añadiendo:

-A excepción de algunos minutos antes de morir, porque entonces rompió el silencio para decir con voz firme que sólo oyó el verdugo cuando toda criatura viviente se había retirado para abandonarla a su suerte:

»-Si tuviera aquí una daga y estuviera él al alcance de mi mano, se la hundiría en el corazón.

»-¿A quién? -preguntó el verdugo.

»-Al padre de mi hijo -dijo ella.

Sir John retiró la mano y, viendo que el cerrajero había callado, le indicó que continuase con la mayor finura y sin ninguna emoción aparente.

-Eran las primeras palabras que salían de sus labios y que podían hacer sospechar que tenía algún apego a la vida.

»-¿Y vive el hijo? -preguntó el verdugo.

»-Sí -respondió ella.

»Le preguntó dónde estaba, cuál era su nombre y si deseaba alguna cosa para él.

»-No tengo más que un deseo, que pueda vivir y crecer ignorando quién es su padre, para que nada en el mundo pueda enseñarle lo que es dulzura y perdón. Cuando sea hombre, confío en que el dios de mi tribu le hará encontrar a su padre y me vengará, por medio de mi hijo.

»El verdugo le hizo algunas otras preguntas, pero no respondió. Además, según cuenta Dennis, no parecía dirigirle a él estas palabras, porque tenía en tanto los ojos levantados al cielo sin dirigirlos hacia él una sola vez.

Sir John sacó la caja de rapé y tomó un poco mirando con ademán de aprobación un elegante dibujo grabado en la caja que representaba una ninfa y, alzando los ojos hacia la cara del cerrajero, le dijo con expresión cortés:

-Decíais, pues, señor Varden...

-Decía -repuso Gabriel, que no se turbaba con la sonrisa del caballero y que conservaba su acento firme y su mirada segura- que ni una

sola vez volvió hacia él los ojos, ni una sola vez, sir John, y que de esta manera murió. El verdugo la olvidó muy pronto, pero algunos años después fue condenado también a muerte como ella un gitano, un mozo de tez morena, una especie de perro rabioso. Y mientras estaba en la cárcel esperando la ejecución, habiendo visto muchas veces al verdugo antes de su prisión, esculpió su retrato en un bastón como para demostrarle que no temía a la muerte y para hacer ver a los que iban a visitarlo el poco caso que hacía de la vida. Cuando llegó a Tyburn él mismo le entregó el bastón, y le dijo que la mujer de quien le había hablado había desertado de su tribu para ir a vivir con un noble, y que viéndose después abandonada por su seductor y repudiada por sus antiguos compañeros, había hecho el juramento de no pedir jamás socorro a nadie por grande que fuese su miseria. Añadió que había cumplido su juramento hasta el último momento, y que habiéndola encontrado en la calle el mismo hombre que

según parece la había amado en otro tiempo con ternura, se había desviado para evitar su encuentro, y no la había vuelto a ver más hasta el día en que hallándose en Tyburn en el cadalso, se había aterrado al verla bajo otro nombre entre los criminales cuya muerte había ido a presenciar. Allí, en pie sobre el fatal tablado donde la gitana había figurado antes que él, se lo contó todo al verdugo, y le reveló el verdadero nombre de la mujer, que sólo era conocido por su gente y el noble por quien ella había abandonado a los suyos... Este nombre, sir John, sólo a vos quiere decíroslo.

-¡Sólo a mí! -exclamó el caballero parándose al llevarse la taza a los labios con una mano firme como una roca y enarbolando el dedo meñique para hacer brillar el rico anillo que en él llevaba-. ¿Sólo a mí, señor Varden? ¿Y con qué objeto me elige expresamente para hacerme esta confidencia cuando tenía a su disposición a un hombre tan digno como vos de su confianza?

-Sir John, sir John -respondió el cerrajero-, mañana habrán dejado de existir esos dos hombres. Escuchad las pocas palabras que tengo aún que deciros, porque aunque soy un hombre simple y de humilde condición, en tanto que vos sois un noble y un sabio, la verdad me eleva hasta vuestro nivel, y sé que adiviná is lo que me falta decir y estáis convencido de que Hugh es vuestro hijo.

-¡Chistosa idea! -dijo sir John riéndose con gracia-. No creo que aquel gitano que murió tan repentinamente se atreviese a tanto.

-Hubiera sido en efecto mucho atrevimiento -repuso el cerrajero-, porque ella le había hecho prestar juramento, según un rito conocido tan sólo por esa gente y que los más detestables de ellos respetan como sagrado, de que no revelaría vuestro nombre. Únicamente había esculpido en su bastón un dibujo fantástico donde se veían algunas letras, y cuando el verdugo lo recibió de su mano, el reo le encargó particularmente que si algún día llegara a descubrir al

hijo de la gitana, no olvidase el sitio designado con aquellas letras.

-¿Y qué sitio era ése?

-Chester.

El caballero acabó de tomarse el chocolate manifestando que su sabor era exquisito y se limpió los labios con el pañuelo.

-Sir John -añadió el cerrajero-, he aquí lo que me ha dicho, pero al dejar a esos dos hombres juntos esperando la muerte, han tenido una conversación secreta y animada. Id a verlos, id a ver qué pueden deciros; ved a ese Dennis, que os dirá lo que ni a mí mismo ha querido confiarme. Ahora que sabéis todos estos detalles os será muy fácil averiguar la verdad, porque creo que os interesa descubrirla si abrigáis sentimientos humanos.

-Pero ¿qué he de averiguar, amigo mío? Aunque debiera enfadarme al oír esta intrincada historia -dijo sir John levantando la cabeza y apoyándola en el codo-, porque me ha dado dolor de cabeza, no lo haré por lo mucho que os

aprecio, y os diré únicamente que no entiendo una palabra.

-Pues me parece que he hablado con franqueza y claridad, sir John, y añadiré que es preciso despertar algún afecto natural en vuestro corazón, que es indispensable que hagáis todos los esfuerzos posibles y os valgáis de la influencia de que disfrutáis en favor de vuestro miserable hijo y del hombre que os ha revelado su existencia. Supongo que debéis al menos ir a ver a vuestro hijo para que sea consciente de su crimen y del peligro que corre. Ahora mismo carece por completo de esa conciencia. Juzgad lo que ha debido de ser su vida por estas palabras que han salido de su propia boca: «Varden, si os molestáis un solo instante hablando con sir John sólo conseguiréis que mande anticipar mi muerte, si está en su poder, para asegurarse mi silencio».

-¿Es posible, señor Varden -dijo sir John con tono de suave reprensión-, es realmente posible que hayáis vivido hasta la edad que tenéis, y

que seáis tan sencillo y tan crédulo para venir a visitar a un caballero de reputación bien asentada con semejante encargo de parte de unos miserables que en su desesperación se asirían a un hierro candente? Vamos, señor Varden, no lo hubiera creído de vos. Os han engañado, como a un niño.

El cerrajero iba a replicar, pero sir John lo contuvo.

-Señor Varden, sobre cualquier otro asunto tendré placer en hablar con vos, pero mi dignidad no me permite que sigamos esta conversación.

-Pensadlo bien, señor, cuando os quedéis solo -respondió el cerrajero-, pensadlo bien. Aunque en estos últimos días os hayáis negado a recibir tres veces a vuestro hijo legítimo Edward, que deseaba reconciliarse con vos, tenéis tiempo, podéis disponer de algunos años para hacer las paces con éste, sir John; pero para reconocer a Hugh no os quedan más que doce horas, y doce horas pasan muy pronto.

-Os doy las gracias -repuso el caballero enviando con su delicada mano un beso en forma de despedida-, os doy las gracias por vuestro ingenuo consejo. Lo único que siento, mi buen amigo, aunque vuestra sencillez es ejemplar, es que los años no os hayan dado a conocer mejor el mundo. Quisiera extenderme sobre este punto y convenceros, pero estoy esperando al peluquero y otro día podéis volver, cuando queráis, dentro de una semana o dos, y continuaremos la discusión. ¡Dios os guarde! ¡Buenos días! No os olvidéis de dar mis afectos a vuestra esposa y vuestra hija. Peak, acompaña al señor Varden hasta la puerta.

Gabriel no respondió, y únicamente se despidió con un saludo. Cuando salió de la sala, el rostro de sir John se transformó, y su sonrisa forzada se desvaneció para dar lugar a una expresión de inquietud y abatimiento, como la de un actor fastidiado y cansado por el difícil papel que acaba de representar. Se levantó de la

cama exhalando un penoso suspiro y se abrigó con la bata.

-Es decir, que cumplió su juramento -dijo-, y ejecutó fielmente su amenaza. No sé cuánto daría por no haber conocido nunca a aquella mujer sombría y terrible... Era fácil leer en su rostro todas estas consecuencias. Es una aventura que provocaría mucho escándalo si los que la pueden propalar fueran personas honradas o de posición social; pero habiéndose roto todas los eslabones que impiden reanudar la cadena, puedo despreciarlo todo impunemente... Es muy poco agradable ser padre de una criatura tan rústica y feroz. Sin embargo, le había dado un buen consejo y le dije que si no se enmendaba acabaría en la horca. ¿Qué más podía haber hecho aun sabiendo el secreto de nuestro parentesco? Porque ¿cuántos padres hay que no han hecho tanto por sus hijos bastardos? Peak, podéis hacer entrar al peluquero.

El peluquero entró, y encontró en sir John, cuya conciencia elástica se tranquilizó muy

pronto con los numerosos ejemplos que le presentó su memoria en apoyo de su última reflexión, el mismo caballero seductor, elegante e imperturbable que había visto el día anterior y siempre.

LXXVI

Mientras se alejaba lentamente de la casa de sir John Chester, el cerrajero se paró debajo de los árboles de la entrada con la esperanza de que lo llamara. Hasta tres veces se dio la vuelta, y seguía esperando en la esquina cuando el reloj dio las doce del mediodía.

Fue un sonido solemne, no sólo por lo que presagiaba para el día siguiente, pues sabía que era el tañido lúgubre que anunciaba la muerte de Rudge el asesino. Lo había visto pasar por la calle inundada de gente en medio de las imprecaciones de la multitud, había contemplado sus labios convulsos y sus miembros temblorosos, el color aplomado de su rostro, su frente sudorosa, sus ojos vagos..., el temor a la muerte que absorbía en él todo otro pensamiento y que lo devoraba sin piedad. Había reparado en su mirada errante, buscando una esperanza y sin encontrar, dondequiera que se volviese, más que desesperación; había visto a aquel hombre

agitado por su crimen, abatido, desconsolado, conducido con su féretro al lado en el carro hasta el cadalso, y sabía que hasta el último suspiro había permanecido inflexible y obstinado, que en el terror salvaje de su situación se había endurecido más bien que enternecido a la vista de su esposa y de su hijo, y que sus últimas palabras habían sido de maldición contra ellos como si fueran sus enemigos.

El señor Haredale había resuelto ir a presenciar la ejecución para cerciorarse con sus propios ojos del desenlace; tan sólo el testimonio de sus sentidos podía apagar la ardiente sed de venganza que hacía tantos años que lo devoraba. El cerrajero lo sabía y cuando cesaron de tocar las campanas corrió a su encuentro.

-Nada puedo hacer ya por esos dos hombres -le dijo después de saludarlo--. ¡El cielo tenga piedad de sus almas!... ¡Ah!, no puedo hacer nada por ellos ni por otros. Mary Rudge tendrá una casa y puede contar con un amigo fiel; pero Barnaby..., el pobre Barnaby..., el buen Barna-

by... ¿Qué servicio puedo prestarle? Hay muchos hombres con completo juicio, ¡Dios me perdone! -exclamó el honrado cerrajero parándose en un pasaje estrecho que atravesaba para enjugarse las lágrimas-, que me resignaría a perder más fácilmente que a Barnaby. Siempre hemos sido buenos amigos, pero no sabía, no, ni nunca había sabido hasta hoy lo que amaba a ese pobre muchacho.

No había muchos en la ciudad que pensaran aquel día en Barnaby si no era como en el actor principal del espectáculo que iban a dar al público al día siguiente; pero aun cuando toda la población hubiera pensado en él para desear que le perdonaran la vida, no habría habido entre ellos uno que lo hiciera con un celo más puro ni con mayor sinceridad que el cerrajero.

Barnaby debía morir; no había ya esperanza de salvarlo. El peor de los males que resultan de este castigo supremo y terrible, la pena de muerte, no consiste en endurecer los corazones y en convertir a hombres amables y buenos en

los seres más indiferentes a la gran responsabilidad que pesa sobre ellos, porque muchas veces ni siquiera lo sospechan. Se había pronunciado la sentencia que condenaba a muerte a Barnaby, y se pronunciaba todos los meses por crímenes más leves, siendo una cosa tan común que había muy pocas personas a quienes hiciera estremecer este espantoso fallo o que se tomasen el trabajo de discutir si era justo o injusto. En esta ocasión, en esta ocasión especialmente, en que la ley había sido ultrajada de una manera tan patente, era forzoso asegurar, decían, la dignidad de la ley. El símbolo de su dignidad, grabada en cada página del Código Penal, era el cadalso, y Barnaby debía morir.

Se habían hecho esfuerzos para salvarlo; el cerrajero había llevado peticiones y memoriales por sus propias manos al manantial de las gracias, pero este manantial no era como en la Biblia la fuente de misericordia, y Barnaby debía morir. Desde el principio su madre no se había separado de él un momento, a excepción de la

noche, y viéndola a su lado, Barnaby estaba contento como siempre. Aquel día que debía ser el último para él estuvo más animado y altivo que nunca, y cuando su madre dejó caer de sus manos el santo libro que acababa de leerle en voz alta para abrazarlo, cesó de ocuparse en colocar un crespón alrededor de su sombrero, muy sorprendido al ver la angustia de su madre. Grip profirió un débil graznido que parecía una mezcla de reprensión y de dolor, pero no tuvo aliento para continuar, y volvió a abismarse bruscamente en su profundo silencio.

Mientras estaban allí a orillas de ese gran golfo, más allá del cual nadie puede ver, el tiempo, que iba a perderse también muy pronto en el vasto abismo de la eternidad, corría con ellos como un río caudaloso que hincha y precipita su curso a medida que se acerca al mar. Apenas había asomado el sol y estaban sentados juntos hablando como en un sueño cuando ya llegaba la noche. Iba a dar la hora de la separación que ayer parecía tan lejana.

Andaban juntos por el patio de los reos sin separarse, pero sin hablar. Barnaby pensaba que la cárcel era una morada penosa, lúgubre y miserable, y esperaba el día siguiente como un liberador que iba a arrancarlo de aquel sitio de tristeza para conducirlo hacia un espacio de luz y de esplendor. Tenía la vaga idea de que se portaría como un valiente, de que era un hombre de importancia y de que los carceleros sentirían placer al sorprenderlo derramando lágrimas, y al cruzar por su mente esta idea, pisaba el suelo con firmeza y rogaba a su madre que tuviera ánimo y no llorase.

-Tocad mi mano -le decía-, y veréis que no tiembla. Me tratan de imbécil, madre, pero ya lo verán mañana.

Dennis y Hugh estaban en el mismo patio. Hugh salió de su calabozo al mismo tiempo que ellos, desperezándose, y Dennis estaba sentado en un rincón con la cara apoyada en las manos y balanceándose de arriba abajo como una persona que padece atroces dolores.

La madre y el hijo permanecieron en un lado del patio y estos dos presos en el opuesto. Hugh se paseaba de un extremo a otro precipitadamente, lanzando de vez en cuando una mirada hosca hacia el cielo brillante de un día de verano y volviéndose después para contemplar las paredes.

-¡No viene nadie! No suspenden aún el fallo... No tenemos más que una noche -decía Dennis con voz débil y quejumbrosa retorciendo las manos-. ¿Creéis que no me concederán un plazo esta noche, amigo mío? No sería la primera vez que se vería llegar una suspensión o un plazo durante la noche, y hasta los he visto llegar a las cinco, a las seis y a las siete de la mañana. ¿No se os figura que no debo desesperar aún? Decidme que sí, decidme que sí, joven -exclamaba aquel abyecto criminal con un ademán suplicante implorando a Hugh-, decidme que sí, o voy a volverme loco.

-Es preferible estar loco aquí que tener el juicio sano -le dijo Hugh-, volveos loco y dejaréis de lloriquear como un chiquillo.

-Pero decidme vuestro parecer. ¿Nadie me dirá su parecer? -continuaba aquel desgraciado, tan humilde y miserable que la misma piedad hubiera vuelto la espalda al ver tanta bajeza en la cara de un hombre-. ¿No me queda una esperanza? ¿Ni una sola probabilidad favorable? ¿No es probable que si tardan tanto, sólo es por darme miedo? ¿No lo creéis así? ¡Oh! -añadía lanzando un grito penetrante y retorciéndose las manos-, ¿nadie quiere consolarme?

-Vos, que debíais manifestar más valor, sois el más cobarde -dijo Hugh parándose delante de él-. ¡Ja, ja, ja! He aquí lo que hace el verdugo cuando le llega el turno.

-No sabéis por qué hablo así -gritaba Dennis, que doblaba su cuerpo hasta tocar el suelo con la frente mientras hablaba-, no, no lo sabéis. ¡Cómo! ¿Me habían de ejecutar a mí? ¡A mí! No, no es posible.

-¿Y por qué no? -dijo Hugh echándose atrás los mechones de sus cabellos para ver mejor a su antiguo compañero de rebelión-. ¿Cuántas veces, antes de saber que erais el verdugo, no os he oído hablar sobre este punto de una manera que hacía venir el agua a la boca?

-Soy siempre el mismo, y hablaría del mismo modo si fuera aún verdugo, pero otro hombre ha heredado a estas horas mi noble cargo, y esto es lo que más me aflige. Hay un hombre que me espera con impaciencia para ejecutarme, y sé muy bien el placer que experimentará cuando esté entre sus manos.

-No tendrá que esperar mucho -dijo Hugh continuando su paseo-, deberíais pensar eso para tranquilizaros.

Aunque uno de estos hombres ostentara en sus palabras y en su actitud la más absoluta indiferencia, y el otro diera en cada palabra y cada ademán pruebas de una cobardía tan abyecta que era humillante, era difícil decir quién de los dos presentaba el espectáculo más re-

pugnante. En Hugh se veía la desesperación obstinada de un salvaje amarrado al poste funesto, y el verdugo estaba reducido por el contrario al estado de un perro que van a ahogar y que tiene ya la cuerda en el cuello.

Dennis hubiera podido decir, porque lo sabía muy bien por experiencia, que éstas son las dos formas más comunes entre los presos que van a dar en el patíbulo el salto mortal. Tal es la pingüe cosecha recogida de la semilla sembrada por la ley.

Había sin embargo puntos en los cuales ambos se parecían. El curso errante y fatal de sus pensamientos que los conducía a recuerdos súbitos de cosas antiguas del pasado, olvidadas hacía mucho tiempo y sin relación entre sí, la vaga necesidad que sin cesar les atormentaba de algo indefinido que nada podía darles, la fuga alada de los minutos que formaban horas como por encanto, la rápida llegada de la noche solemne, la sombra de la muerte revoloteando constantemente sobre ellos, cuya oscuridad

tenebrosa no impedía sin embargo que surgiesen los detalles más comunes y triviales en medio del horror que sentían, para obligarles a contemplarlos; la imposibilidad de conservar su alma, cuando para ello hubiesen estado dispuestos, en un estado de penitencia y preparación postrera, y hasta de tenerla fija en cualquiera otra cosa que no fuese la horrible imagen que fascinaba todas sus facultades... He aquí lo que tenían ambos en común, pues la diferencia sólo existía en los signos exteriores.

-Tráeme el libro que he dejado dentro en tu cama -dijo a Barnaby su madre oyendo la hora-. Pero abrázame antes.

Barnaby contempló su rostro y vio en sus facciones que había llegado el momento. Después de permanecer largo rato abrazados, el idiota se desprendió de las caricias de su madre diciéndole que no partiera hasta que volviese. No tardó mucho rato en volver, porque había sido llamado por un grito desgarrador. Pero la pobre madre había partido.

Corrió a la puerta del patio para mirarla a través de la reja, y vio que la conducían los carceleros desmayada. Le había dicho que su corazón se desgarraría. Mejor así.

-¿No os parece -le dijo Dennis lloriqueando y arrastrándose hasta él, que estaba en pie, como clavado en el suelo, contemplando la pared desnuda y vacía-, no os parece que no debo perder toda esperanza? ¡Es un fin tan terrible..., un fin tan terrible para un hombre como yo! ¿No creéis que se encontrará alguna posibilidad, no digo para vos sino para mí? Hablad bajo para que éste no lo oiga -añadió señalando a Hugh.

-¡Ea, muchachos! -dijo el carcelero, que acababa de hacer su ronda por dentro y por fuera con las manos en los bolsillos y que bostezaba de fastidio-. ¡Cada cual a su aposento!

-No, aún no -dijo Dennis-, aún no. Falta una hora.

-¿Una hora? -respondió el carcelero-. Parece que vuestro reloj nunca va bien. Cuando erais

verdugo siempre estaba adelantado, y ahora atrasa.

-Amigo mío -exclamaba aquel miserable postrándose de rodillas-, querido amigo, porque siempre habéis sido mi mejor amigo, ha tenido que haber algún error. Sí, sí, estoy seguro de que se ha perdido alguna carta o han detenido en el camino a algún mensajero. ¿Quién sabe si ha muerto de repente? Yo he visto una vez caer a un hombre muerto en medio de la calle..., lo he visto con mis propios ojos, y hasta llevaba papeles en el bolsillo. Enviad a preguntar..., que salgan a informarse. No es posible que quieran ahorcarme, no, no; es imposible..., imposible. Pero sí, ya lo acerté, quieren ahorcarme -añadió levantándose y lanzando un grito de angustia-, quieren ahorcarme por sorpresa, y por eso entretienen el perdón que me han concedido. Es una conspiración contra mi vida..., quieren que la pierda.

Y lanzando otro grito, cayó al suelo y se agitó en horribles convulsiones.

-He aquí lo que es un verdugo cuando le llega el turno -repitió Hugh mientras conducían al calabozo a su compañero-. ¡Ja, ja, ja! ¡Ánimo, valiente Barnaby! No nos asustemos así nosotros. Venga esa mano. Por otra parte, hacen bien en sacarnos del mundo, porque si nos dejaran en libertad sabríamos vengarnos, ¿no es cierto? ¡Otro apretón! Sólo se muere una vez. Si te despiertas de noche, con sólo mecerte con este alegre estribillo volverá a caer otra vez tu cabeza sobre la almohada. ¡Ja, ja, ja!

Barnaby dirigió otra mirada a través de la reja del patio, pero el corredor estaba desierto. Después miró a Hugh cuando se retiraba sin vacilar a su calabozo, y oyó que prorrumpía en una estrepitosa carcajada. Entonces se retiró también como un sonámbulo, tan insensible al temor como al pesar, y se acostó en su jergón prestando oído a la campana del reloj que daba las horas en la lejana torre.

LXXVII

El tiempo seguía su curso. El estruendo de las calles se amortiguaba lentamente hasta que el silencio sólo fue interrumpido por las campanas de las torres de las iglesias que marcaban la marcha más lenta y más discreta durante el sueño de la ciudad dormida, ese gran velador de cabeza cana que no conoce el sueño ni el reposo. En el breve intervalo de tinieblas y de calma que disfrutan las ciudades después de la fiebre del día, se extingue todo rumor de pasos, y los que despiertan de su sueño permanecen escuchando en sus lechos, esperando impacientes la aurora y sintiendo que no haya transcurrido aún la noche.

Fuera de la larga pared de la cárcel, aparecieron en esta hora solemne varios hombres en grupos de dos o tres y, encontrándose en medio de la calle, dejaron en el suelo algunas herramientas y se pusieron a hablar en voz baja. No tardaron en salir otros de la cárcel llevando

sobre sus hombros maderos y tablas. Cuando sacaron todos estos materiales, los primeros dieron principio a su trabajo, y el sonido lúgubre de los martillos se oyó en las calles hasta entonces silenciosas.

Entre estos trabajadores reunidos se veía uno que iba de un lado a otro con una humeante antorcha en la mano, alumbrándolos en su trabajo, y gracias a esta luz dudosa se distinguían algunos de ellos en la sombra que arrancaban las piedras de la plaza, en tanto que otros sostenían en pie grandes postes o los colocaban en agujeros preparados de antemano para recibirlos. Otros llevaban lentamente a sus compañeros un carro vacío que rechinaba detrás de ellos al salir de la cárcel, y otros en fin alzaban largas barricadas a través de la plaza. Todos estaban muy ocupados en su trabajo, y sus figuras sombrías que se movían de un lado a otro en aquella hora insólita, tan activas y silenciosas, hubieran podido pasar por sombras de aparecidos empleados a medianoche en alguna

obra fantástica, que se desvanecería como ellas al canto del gallo, al primer rayo del día, no dejando en su lugar más que la niebla y los vapores de la mañana.

Mientras duró la noche, se reunió en la plaza un reducido número de curiosos que habían ido expresamente con intención de quedarse allí, y hasta los que pasaban por aquel sitio para ir a sus negocios, se paraban un momento como por un atractivo irresistible. El rumor de la sierra y del martillo continuaba en tanto con vigor, mezclado con el estruendo de las tablas que arrojaban sobre el empedrado, y de vez en cuando con la voz de los trabajadores que se llamaban unos a otros. Siempre que se oía la campana de la iglesia inmediata, lo cual sucedía cada cuarto de hora, una extraña sensación, instantánea e inexplicable pero muy visible, recorría como una horripilación el cuerpo de todos los curiosos.

Poco a poco vio asomarse en el oriente un tenue resplandor, y el aire. que había sido cáli-

do toda la noche, se refrescó de pronto. No era aún de día, pero la oscuridad disminuía y palidecían las estrellas. La cárcel, que hasta entonces no había sido más que una masa negra sin contornos, tomó su aspecto habitual, y, de vez en cuando, pudo verse sobre el tejado un centinela solitario que miraba desde allí los preparativos que se hacían en la plaza. Como este hombre formaba en cierto modo parte de la cárcel y sabía, o al menos podía suponerse, todo lo que se hacía, se convertía por este mismo motivo en objeto de un interés particular, y miraban su sombra o la señalaban a los demás con tanto misterio como si fuese un espíritu.

Pero la débil luz se hizo más brillante, y se destacaron distintamente del fondo pardo de la mañana las casas con sus letreros y muestras. Enormes coches públicos salieron pesadamente del patio de la posada de enfrente con los viajeros que asomaban la cabeza para tomar su parte en el espectáculo, y al alejarse bamboleando, cada cual dirigía su última mirada a la cárcel.

Algunos momentos después los primeros rayos del sol alumbraban las calles, y la obra nocturna que, en sus diversos progresos y especialmente en la variada imaginación de los espectadores, había tomado cien formas sucesivas, poseía en fin su verdadera forma. Era un cadalso y una horca.

Cuando empezó a sentirse el calor de un sol brillante en la multitud poco densa aún, se desataron las lenguas, se abrieron las puertas y las ventanas, se descorrieron las cortinas y las celosías, y las personas que habían pasado la noche en aposentos del lado opuesto a la cárcel y que tenían buenos sitios que alquilar a buen precio para ver la ejecución, se levantaron de la cama a toda prisa. En varias casas sus moradores estaban ocupados en quitar las celosías de las ventanas para mayor comodidad de los huéspedes, y había otras donde los espectadores estaban ya en su puesto, sentados en sus sillas, jugando a las cartas, bebiendo o bromeando para pasar el tiempo. Algunos habían alquilado

puestos hasta en el tejado, y se los veía ya encaramarse para ocuparlos por las ventanas de las buhardillas. Algunos otros, no pareciéndoles buenos sus puestos, vacilaban en ocuparlos y permanecían en pie en un estado de indecisión, contemplando en la calle la multitud que por momentos era más numerosa y los obreros que descansaban apoyados en el cadalso, y haciendo ver que no les hacía mella la elocuencia del propietario que les elogiaba el magnífico punto de vista que tenía la casa y el módico precio que les exigía.

Jamás se había visto una mañana más hermosa desde los tejados y los pisos altos de estos edificios. Los campanarios de las iglesias de Londres y la cúpula de la gran catedral atraían las miradas por encima de la cárcel, destacándose de un cielo azul dorados por las ligeras neblinas de un día de verano, y ostentando en una atmósfera pura y transparente hasta los dibujos de su arquitectura, sus cornisas y sus aberturas. Todo era luz y alegría a excepción de

las calles donde aún reinaba la sombra: la mirada se abismaba allí en una gran zanja sombría, en la cual, en medio de tanta vida y esperanza, en medio de aquel renacimiento general, se alzaba el terrible instrumento de la muerte. Se hubiera dicho que el mismo sol no se atrevía a mirarlo.

Pero este aparato lúgubre estaba mejor así, triste y oculto en la sombra, que en el momento en que, avanzando el día, ostentó en la completa gloria del sol esplendente su pintura negra salpicada de manchas y los nudos corredizos que ondeaban a la luz del día como horribles guirnaldas. Estaba mejor en la soledad y tristeza de la noche con un reducido número de formas vivientes agrupadas a su alrededor, que en el frescor de la mañana, señal del despertar de la vida, y en el centro de la multitud anhelosa; estaba mejor cuando ocupaba la calle como un espectro mientras todo el mundo estaba acostado y sólo podía infectar con su influencia los sueños de la ciudad, que cuando arrostró la

luz del sol y mancilló con su presencia impura los ojos de los ciudadanos despiertos.

Dieron las cinco, las seis, las siete y después las ocho. A lo largo de las dos grandes calles, en cada extremo de la plaza, se veía entonces un torrente humano que empujaba sus oleadas vivientes hacia los negocios y los mercados adonde los llamaba el afán del lucro. Los carros, las diligencias, los coches y las sillas de mano se abrían paso por fuerza a través de las últimas filas de la multitud para seguir la misma dirección. Los carruajes públicos que venían de las cercanías se paraban, y el conductor señalaba con el látigo la horca, aunque hubiera podido ahorrarse este trabajo, porque los viajeros no necesitaban su aviso para volver la cara hacia el cadalso, y las portezuelas estaban tapizadas de ojos curiosos. En algunos carros se podían ver mujeres que dirigían con terror su mirada hacia la máquina fatal, y había allí hasta niños que sus padres levantaban en el aire entre la multitud para enseñarles el lindo juguete que

se llama patíbulo y explicarles cómo se ahorca a un hombre.

Debían ejecutar delante de la cárcel dos de los insurgentes que habían tomado parte en el incendio, e inmediatamente ejecutarían a otro en Bloomsbury Square. A las nueve de la mañana un batallón de soldados se puso en marcha en la calle, se formó en doble fila, y no dejó más que un angosto paso en Holborn, que había sido ocupado con gran trabajo durante la noche por la guardia. A través de los soldados trajeron otro carro, el que había servido ya para la construcción del cadalso, y lo arrastraron hasta la puerta de la cárcel. Después de estos preparativos, los soldados descansaron las armas, y los oficiales se paseaban de un extremo a otro por el paso que habían practicado o hablaban en círculo al pie del cadalso. La multitud, que se había acumulado rápidamente hacía algunas horas y recibía a cada minuto nuevos refuerzos, esperaba las doce del mediodía con

impaciencia que crecía cuando sonaba la campana del reloj del Santo Sepulcro.

Hasta entonces la multitud había estado tranquila y aun, consideradas las circunstancias, comparativamente silenciosa, exceptuando cuando aparecía un nuevo grupo de personas en alguna de las ventanas desocupadas y daba ocasión para mirar hacia allí y hacer algunas observaciones; pero a medida que se acercaba la hora, se alzó un zumbido, un murmullo que, creciendo por momentos, se convirtió por fin en un tumultuoso clamor. Era imposible oír distintamente las palabras ni aun las voces en medio de este griterío, y por otra parte, apenas se hablaban unos a otros, de no ser por ejemplo los que pretendían estar mejor enterados, que decían a sus vecinos que conocerían muy bien al verdugo cuando saliera, porque era más bajo que el otro, o que el hombre que debían ahorcar con él se llamaba Hugh y que Barnaby Rudge sería ahorcado en Bloomsbury Square.

Al aproximarse el momento fatal el clamor fue tan intenso que los que estaban en las ventanas no podían oír la hora en el reloj de la iglesia, aunque estaba cerca de ellos. Es verdad que no necesitaban oírla y podían muy bien verla en los rostros de la muchedumbre. En efecto, apenas había dado un cuarto o una media cuando se observaba una ondulación en la multitud, como si pasara alguna cosa sobre sus cabezas, como si se verificase algún cambio brusco en la temperatura; y en este movimiento podía leerse la hora como sobre un cuadrante de bronce con el brazo de un gigante por minutero.

¡Las doce menos cuarto! El clamor era atronador y sin embargo todos parecían mudos. Dondequiera que se mirara en la multitud no se veía más que ojos ansiosos y labios comprimidos. El observador más vigilante se hubiera esforzado en vano en señalar tal o cual punto y decir: «Mirad, aquel hombre acaba de gritar».

Más fácil hubiera sido ver a una ostra mover los labios en su concha.

¡Las doce menos cuarto! Un gran número de espectadores, que se habían retirado de las ventanas, vuelven descansados, como si hubieran acabado de empezar su guardia. Los que se habían dormido se despiertan, y cada cual en la multitud hace el último esfuerzo para proporcionarse un puesto mejor, lo cual ocasiona apretones formidables en los hierros de los balcones que los hace ceder y doblarse bajo su peso como si fueran cañas. Los oficiales, que hasta entonces habían estado en grupos, vuelven a ocupar sus puestos respectivos, desenvainan las espadas, gritan: «¡Armas... al hombro!», y el acero brilla y se agita al sol como las aguas de un río. En medio de este reguero brillante, dos hombres conducen un caballo hasta el carro que está en la puerta de la cárcel, y un silencio profundo reemplaza el tumulto que hasta entonces no había hecho más que crecer, y después de esto sucede un momento de calma du-

rante el cual todo el mundo contiene la respiración.

Cada ventana, cada puerta está obstruida por cabezas puestas unas sobre otras, y los tejados hormiguean de gentes que se apoyan en las chimeneas, que avanzan el cuerpo por encima de los canales, y que se cuelgan de cualquier objeto con riesgo de ser arrastrados al empedrado de la calle por la primera teja que se desprenda de sus manos. El tejado de la iglesia, la torre, el cementerio, los plomos de la cárcel, hasta los postes de las farolas, no hay una pulgada de terreno que no esté llena de criaturas humanas.

A la primera campanada de las doce empezó a tañer la campana de la cárcel. Entonces estalló con nueva furia el tumulto, mezclado con gritos de: «¡Quítense los sombreros!» o de: «¡Pobres hombres!» y de carcajadas, gritos, gemidos o imprecaciones. Era espantoso ver, si algo hubiera podido verse en aquel momento de

excitación e impaciencia, toda aquella multitud de ojos ávidos clavados en el cadalso y la horca.

Se oía el sordo murmullo en la cárcel tan distintamente como en la plaza, y mientras resonaba en el aire sacaron a los tres presos al patio. Los desdichados no ignoraban la causa de aquel estruendo.

-¿Oís? -dijo Hugh sin inmutarse-. Nos esperan. He oído que empezaban a reunirse cuando me he despertado esta noche y me he vuelto de lado para dormirme enseguida. Veremos qué recibimiento hacen al verdugo ahora que le llegó su turno. ¡Ja, ja, ja!

El sacerdote, que llegaba en aquel momento, lo reprendió por su alegría indecorosa y le aconsejó que cambiase de conducta.

-¿Y por qué, señor? -dijo Hugh-. ¿Qué puedo hacer mejor para no desconsolarme? Me parece que vos no estáis muy afligido tampoco. ¡Oh!, no necesitáis decírmelo -añadió en el momento en que el sacerdote iba a hablar-, no necesitáis tomar un aire compungido y solemne, porque

sé que hacéis tanto caso de mí como de un perro. Me han contado que no hay en todo Londres un hombre tan hábil como vos para preparar una ensalada de langosta. ¡Ja, ja, ja! Lo sabía antes de que vinierais. ¿Habéis preparado una ya hoy? ¿Habéis disfrutado con el desayuno? Espero que haya un plato extraordinario para toda esa gente hambrienta que comerá con vos esta tarde cuando se acabe la comedia.

-Me temo -repuso el sacerdote moviendo la cabeza- que sois incorregible.

-Tenéis razón; lo soy -repuso Hugh severamente-. Dejad a un lado la hipocresía. Ya que hoy es para vos un día de diversión y de regalo, no impidáis que me divierta y me regale a mi manera. Si os falta un hombre que se muera de miedo, ahí tenéis uno que os vendrá a la perfección. ¡Con él podréis ejercitar la fuerza de vuestras palabras!

Al mismo tiempo le señaló a Dennis, a quien sostenían dos hombres, y que se arrastraba penosamente temblando de tal modo que parecía

que todas sus articulaciones y junturas estaban agitadas por convulsiones. Hugh desvió la vista de tan innoble espectáculo y llamó a Barnaby, que se hallaba a cierta distancia.

-¡Ánimo, Barnaby! No te dejes abatir..., no imites a ese cobarde.

-No temas, Hugh -dijo el idiota acercándose a su amigo con paso ligero-. Estoy muy contento. Si me ofrecieran ahora la vida, no la aceptaría. Mírame bien. ¿Te parece que hago cara de tener miedo? ¿Crees que me verán temblar al morir?

Hugh contempló un momento sus facciones, en las que había una sonrisa extraña que no era de este mundo. Los ojos de Hugh centellearon con expresión infernal y, colocándose entre su amigo y el sacerdote, dijo a éste al oído:

-Señor, si estuviera en vuestro lugar no lo fastidiaría con sermones. Aunque sé que os gusta luciros en estos casos, os aconsejo que no gastéis saliva en balde, porque podría quitaros las ganas de comer.

Barnaby era el único de los tres reos que se había lavado y aseado aquella mañana, en lo cual no habían pensado nunca sus compañeros desde que se les leyó la sentencia. Llevaba aún en el sombrero los restos de sus plumas de pavo real y todo su traje respiraba aseo y tranquilidad de espíritu. Su mirada de fuego, su paso firme y su porte altivo y resuelto hubieran hecho honor a alguna hazaña de verdadero heroísmo, a algún acto de sacrificio voluntario inspirado por una noble causa y un elevado entusiasmo. ¡Qué lástima que honrasen la muerte de un rebelde!

Pero todo esto sólo servía para agravar su crimen. Así lo había declarado la ley y así debía ser. El buen sacerdote se había sorprendido un cuarto de hora antes al ver cómo se había despedido de Grip. ¡Entretenerse en acariciar a un pájaro un hombre en su situación!

El patio estaba lleno de gente, de funcionarios civiles de ínfima categoría, de soldados, de curiosos y de huéspedes a quienes habían invi-

tado como si aquello fuera una boda. Hugh miraba a su alrededor, hacía con ademán sombrío una inclinación de cabeza a la autoridad que le indicaba con la mano por dónde había de ir, y adónde había de ir, y dando una palmada en el hombro a Barnaby, pasaba adelante con la fiera arrogancia de un león.

Entraron en un espacioso aposento, tan inmediato al cadalso que se podía oír desde allí a los que estaban junto a la valla pidiendo a los soldados que los sacasen de entre la multitud donde se ahogaban y a los que gritaban a los de atrás que retrocediesen en vez de empujarlos, aplastarlos y privarlos de la respiración.

En medio de este aposento había dos cerrajeros con sus martillos al lado de un yunque. Hugh se acercó a ellos sin vacilar y colocó el pie con tanta fuerza en el yunque, que lo hizo resonar como bajo el peso de un arma pesada. Después se cruzó de brazos y permaneció en pie para que le quitasen las cadenas, fijando su altiva y amenazadora mirada en los rostros de

los que lo estaban contemplando hablándose al oído.

Se perdió tanto tiempo en arrastrar a Dennis, que la ceremonia había terminado para Hugh y casi para Barnaby antes de que llegase. Sin embargo, apenas llegó a aquel sitio que tan bien conocía y se vio rodeado de personas que le eran tan familiares, recobró bastante fuerza para cruzar las manos y hacer el último llamamiento a la piedad.

-Caballeros, buenos caballeros -exclamaba esta abyecta criatura arrastrándose de rodillas y acabando por arrojarse a las losas-, señor alcaide, distinguidos carceleros..., bondadosos señores, tened compasión de un hombre que ha vivido siempre al servicio de Su Majestad, de la justicia, del Parlamento... y no me dejéis morir... por una equivocación.

-Dennis -dijo el alcaide-, sabéis muy bien cómo se hacen estas cosas, y que una sentencia de muerte pesa sobre vos lo mismo que sobre vuestros compañeros. Sabéis muy bien que

nada podemos hacer en vuestro favor, aunque queramos.

-Lo único que pido, señor, lo único que pido y deseo es tiempo para que se cerciore el hecho -dijo el pobre hombre temblando y lanzando a todos lados una mirada que imploraba comprensión-. El rey y el gobierno ignoran sin duda que soy yo al que condenan, pues de lo contrario no tendrían valor para enviarme a esa espantosa muerte. Han visto mi nombre, pero no saben que soy yo. Retrasad mi ejecución, mis buenos caballeros, hasta que hayan ¡do a decirles que soy yo, que he desempeñado durante treinta años el cargo de verdugo. ¡Cómo! ¿No hay nadie que vaya a decírselo?

Y al mismo tiempo cruzaba las manos con expresión suplicante y miraba a su alrededor repetidas veces.

-¿No hay un alma caritativa que vaya a decírselo?

-Señor Akerman -dijo un caballero que estaba a su lado después de un momento de silen-

cio-, como sería posible que esta certeza inspirase a este desgraciado un poco de calma en su fatal situación, ¿me permitiréis que le asegure que cuando se dio la sentencia no se ignoraba que era él, que era el verdugo?

-Sí, pero en tal caso, quizá creyeron que el castigo no era tan cruel -exclamó el criminal arrastrándose de rodillas hasta aquel caballero para cogerle las manos-, no habrán considerado que para mí era cien veces más cruel que para los demás. Hacédselo saber, caballero. Me han castigado más severamente que a ellos, imponiéndome la misma pena. Retrasad mi ejecución hasta que lo sepan.

El alcaide hizo una seña, y los dos hombres que lo habían conducido se acercaron. El infeliz, lanzó un grito penetrante.

-¡Esperad..., esperad! ¡Un momento..., un momento tan sólo! Hacedme al menos un favor... Uno de nosotros tres ha de ir a Bloomsbury Square. Permitid que ése sea yo. Mientras tanto puede venir el perdón... Sí, estoy seguro

de que vendrá. ¡En nombre del cielo! Permitid que me envíen a Bloomsbury Square. No me ahorquéis así..., es un asesinato.

Le pusieron el pie sobre el yunque, pero aun allí dominaban sus gritos el estruendo de los martillos y los murmullos de la multitud indignada. Decía que estaba enterado del nacimiento de Hugh, que su padre vivía y era un noble de una categoría muy distinguida, que poseía importantes secretos de familia..., que no podía revelarlos si no le daban tiempo, y que lo obligarían a morir con un gran peso en la conciencia. Finalmente, dejó de gritar cuando le faltó la voz y cayó como un fardo de ropa sucia en los brazos de los que lo sujetaban.

Fue en aquel momento cuando se oyó la primera campanada de las doce en el reloj de la iglesia y empezó a sonar la campana de la cárcel. Varios empleados de la misma, con dos alguaciles a la cabeza, se pusieron en marcha hacia la puerta, y todo estaba dispuesto cuando vibró la última campanada del reloj.

Preguntaron a Hugh si tenía alguna cosa que decir.

-¿Qué he de decir? -respondió-. Nada, nada..., estoy listo. ¡Ah! Pero sí -añadió mirando a Barnaby-, tengo que decir algo. Ven aquí, muchacho.

Presentó en aquel momento una expresión de bondad y hasta de ternura en desacuerdo con su rostro hosco y brutal cuando cogió de la mano a su pobre amigo.

-He aquí lo que tengo que decir. -Continuó lanzando una mirada firme a su alrededor-. Aun cuando tuviera diez vidas que perder y la pérdida de cada una de ellas me causara diez veces la agonía de la muerte más dolorosa, se las daría todas, sí, todas, señores, los que me miráis como si no me creyerais, las daría las diez para salvar la que éste va a perder por culpa mía -repitió estrechando la mano a Barnaby.

-No digas eso, no es culpa tuya -dijo el idiota con dulzura-. ¿De qué puedo quejarme? Siem-

pre has sido muy bueno conmigo... Hugh, ahora vamos a ver por fin lo que hace brillar las estrellas.

-Se lo robé a su madre por sorpresa, sin saber que todo iba a acabar tan mal -dijo Hugh poniéndole la mano sobre la cabeza y hablando con un tono de voz menos elevado-. Suplico a esa pobre mujer que me perdone, y te lo suplico a ti también, Barnaby. ¡Mirad! ¿Veis este muchacho? -añadió con energía.

-Sí, sí -murmuraron todos sin saber el motivo de esta pregunta.

-Ese caballero... -e indicó al sacerdote- me ha hablado varias veces en estos últimos días de fe y de firme creencia... Soy un irracional más que un hombre, me lo han dicho con razón más de una vez. Pues bien, a pesar de ser lo que soy, tenía bastante fe para creer, y he creído tan firmemente, señores, como cualquiera de vosotros puede creer alguna cosa, que a este muchacho le perdonarían la vida.

Barnaby había dado un paso hacia la puerta donde estaba en pie haciéndole señas para que le siguiera.

-Si esto no era fe, si esto no era una firme creencia -dijo Hugh con el brazo tendido y alzando los ojos al cielo en la actitud de un profeta salvaje a quien la proximidad de la muerte ha llenado de inspiración fatídica-, en tal caso no sé si puede existir fe ni creencia. ¿Qué otro sentimiento podía enseñarme..., con un nacimiento como el mío y una educación como la que he recibido, a esperar aún piedad en este sitio bárbaro, cruel y despiadado? Yo, que nunca he juntado las manos para orar, invoco sobre esta carnicería humana la cólera de Dios. Sobre ese árbol de luto del cual voy a ser el fruto maduro colgado de la rama que me espera, llamo la maldición de todas sus víctimas pasadas, presentes y venideras sobre la cabeza del hombre que en su conciencia sabe que soy su hijo, y pido a Dios que no muera en su blando lecho sino de muerte violenta como yo, y que no le

llore en sus funerales más que el viento de la noche. ¡Así sea! ¡Así sea!

Su brazo volvió a caer, y se dirigió con paso firme hacia la puerta. Era ya el mismo hombre que antes.

-¿Nada más tenéis que decir? -preguntó el alcaide.

Hugh hizo una señal a Barnaby, pero sin mirarlo, de que no se acercase a él, y respondió:

-Nada más. ¡Sigamos adelante! A no ser -repuso mirando en pos de sí con viveza- que alguno de vosotros quiera un perro, pero con la condición de que lo ha de tratar bien. Tengo uno que me pertenece en la casa de donde vengo, y será difícil encontrar otro mejor. Tal vez al principio gruñirá, pero amará muy pronto al que lo admita. Os asombrará sin duda que piense en un perro en un momento como éste -añadió riendo-, pero ¿qué queréis? Si conociera un hombre que lo mereciera como él, no pensaría en el perro.

No pronunció más palabras, y fue a ocupar su puesto con indiferencia, aunque escuchando el oficio de difuntos con atención sombría o con una curiosidad vivamente excitada. En cuanto pasó por la puerta, se llevaron a su miserable compañero de suplicio y la multitud contempló el resto.

Barnaby hubiera subido con gusto al cadalso al mismo tiempo que ellos. Y hasta quiso pasar delante, pero lo contuvieron dos voces, porque debía morir en otro lugar. Algunos momentos después volvieron a aparecer los alguaciles y la procesión continuó su marcha a través de un gran número de pasillos y corredores para salir por la puerta donde esperaba el carro. El idiota bajó la cabeza para no ver lo que sabía muy bien que sus ojos encontrarían, y se sentó tristemente, aunque con cierto orgullo y cierta alegría infantil en el carro. Los ayudantes tomaron asiento al lado, detrás y delante, una partida de soldados cercó el vehículo, y se pusieron lentamente en camino a través de la apiñada mu-

chedumbre para llegar a la casa convertida en ruinas de lord Mansfield.

Era triste ver todo aquel aparato, toda aquella fuerza desplegada, todas aquellas bayonetas centelleantes en torno de una criatura indefensa; pero era más triste aún advertir cómo a lo largo del camino sus pensamientos vagos hallaban un consuelo y una distracción en las ventanas atestadas de curiosos y en la multitud que obstruía las calles, y cómo hasta en aquel momento se mostraba sensible a la influencia del cielo, cuya inconmensurable profundidad trataba de penetrar con la sonrisa en los labios. Pero se habían visto tantas escenas parecidas desde que fue sofocado el motín, tantas escenas tiernas o repugnantes, que muy pronto cesaron de despenar compasión por las víctimas; y la ley, cuyo robusto brazo, después de haber estado paralizado cobardemente durante el peligro, había descargado con tan bárbaro placer una vez pasado, no inspiraba ya el respeto que

hubiese inspirado tal vez con algo más de clemencia.

Dos niños cojos, uno con una pierna de palo y el otro arrastrando los miembros retorcidos con ayuda de una muleta, fueron ahorcados también en Bloomsbury Square. Cuando el carro pasó por delante de la casa en cuyo saqueo habían tomado parte, se advirtió que volvían la cara a otro lado y prolongaron su angustia para reparar este olvido. Ahorcaron además en Bow Street a otro joven imberbe y dieron muerte a otros infelices, casi todos niños, en los diferentes barrios de la ciudad, así como a cuatro desgraciadas mujeres, de modo que los que ejecutaron como insurgentes no eran más que niños, mujeres, mendigos, débiles y miserables. La sátira más terrible que podría hacerse del fanatismo hipócrita que había servido de pretexto a todos estos males, es que cierto número de estos desgraciados declararon que eran católicos y pidieron sacerdotes de esta religión para que les auxiliasen en sus últimos momentos. Ahor-

caron en Bishopsgate Street a un joven cuyo anciano padre, con la cabeza canosa, esperaba su llegada al pie del patíbulo para abrazarlo, y se sentó en el suelo hasta que bajaron su cuerpo. Le hubieran entregado con gusto el cadáver de su hijo, pero no tenía ataúd ni carruaje para llevárselo -¡era muy pobre!- y tuvo que contentarse con la satisfacción de ir al lado del carro que conducía a su hijo de nuevo a la cárcel, esforzándose durante el camino en tocar al menos su helada mano.

Pero la multitud había olvidado estos detalles, o si los recordaba, no hacía ya caso de ellos; y mientras una numerosa turba se empujaba, gritaba y reñía para acercarse al cadalso delante de Newgate para dar la última mirada antes de alejarse, había otra que seguía la escolta del pobre Barnaby para ir a aumentar la multitud que esperaba a la víctima con impaciencia.

LXXVIII

El mismo día, y casi a la misma hora, John Willet estaba fumando sentado en su silla en un aposento del Black Lion. Aunque el calor era intenso, John estaba junto a la chimenea abismado en una profunda meditación, entregado a sus propios pensamientos, en cuyo caso no dejaba nunca de tostarse la cabeza inclinada sobre el fuego, persuadido de que este medio era favorable para poner en funcionamiento sus ideas, que cuando empezaban a cocer a fuego lento manaban algunas veces bastante copiosamente.

Mil veces le habían asegurado sus amigos y conocidos para consolarlo que el modo más fácil para recuperarse de los daños y perjuicios que le había causado el saqueo del Maypole sería recurrir a la beneficencia del condado; pero como este medio le parecía indigno porque equivalía a pedir una limosna, John no veía en estos pretendidos consuelos más que la po-

breza disfrazada y la publicación de su ruina y su deshonra. Así pues, siempre había recibido estos consejos negando dolorosamente con la cabeza o abriendo los ojos de par en par, de modo que se lo veía más melancólico después de una visita de condolencia que en cualquier otro momento del día.

Dio sin embargo la casualidad de que encontrándose sentado al fuego en esta ocasión particular, fuera porque estuviese por así decirlo tostado al punto o porque se hallase en un estado intelectual más lúcido que de costumbre, o por una feliz cooperación de estas dos circunstancias sumadas, dio, pues, la casualidad de que John distinguiese a lo lejos, en la profundidad más remota de su cerebro, una especie de idea oculta o de débil probabilidad de que tal vez podían sacarse del tesoro público fondos aplicables a la regeneración del Maypole para hacerle recobrar su antiguo esplendor entre todas las posadas de la tierra. Y este rayo misterioso de luz incierta aún, brotó tan atinadamen-

te dentro de él, que acabó por tomar consistencia y por iluminarlo con un pensamiento claro y visible a sus ojos como la llama junto a la cual estaba sentado. Finalmente, convencido de que le pertenecían los primeros honores de este descubrimiento, y de que era él quien había levantado, apuntado, cazado y cogido de un tiro certero en la cabeza una idea completamente original, que no se había presentado hasta entonces a hombre alguno, muerto o vivo, dejó la pipa para frotarse las manos y se rió a carcajadas.

-Muy alegre estáis hoy, padre -dijo Joe, que entraba en aquel momento.

-No ocurre nada de particular -dijo el viejo John, que continuó riendo con gusto-. Nada de particular, Joe. Cuéntame alguna cosa de tu Savannanana.

Y después de expresar este deseo, John tuvo un tercer acceso de risa e interrumpió estas demostraciones joviales que no eran propias de

su carácter volviéndose a poner la pipa en la boca.

-¿Qué queréis que os cuente, padre? -respondió apoyando su mano en el hombro del posadero y mirándolo a la cara con cariño-. ¿No veis que he vuelto tan pobre corno partí? Eso no es nuevo para vos. ¿Queréis que os diga que he vuelto con un brazo menos? Tampoco eso es nuevo para vos.

-Se lo cortaron -murmuró John con los ojos fijos en el fuego- en la defensa de Savannanana, en América, en la guerra.

-Sí, eso es -repuso Joe sonriendo y apoyándose sobre el codo que le quedaba en el respaldo de la silla de su padre-. Precisamente acerca de eso venía a hablar con vos. Un hombre que no tiene más que un brazo, no puede servir de gran cosa en la actividad general de este mundo.

Esta proposición era uno de los vastos problemas sobre los cuales no había reflexionado

nunca John, y merecía una madura deliberación, por lo cual no contestó.

-En todo caso -continuó Joe-, no es libre de tomar y elegir sus medios de existencia como otro cualquiera. No puede decir: «Me dedicaré a esto», o «No quiero emplearme en aquello» sino que es forzoso que tome lo que encuentre y que se dé por muy contento con lo que le presentan. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo?

John acababa de repetirse en voz baja con expresión meditabunda las palabras: «Defensa de Savannanana», pero se turbó al parecer viendo que le habían oído, y respondió:

-Nada.

-Escuchadme, pues, padre, con atención. El señor Edward ha vuelto a Inglaterra de las Indias Occidentales. Ya sabéis, padre, que el mismo día en que yo huía hizo un viaje a una isla de aquel país donde estaba establecido uno de sus compañeros de colegio. Cuando lo encontró, no se creyó deshonrado aceptando un empleo en sus posesiones y... en una palabra,

hizo muy pronto negocio, prosperó y ha venido a Inglaterra con el propósito de volver a partir. Es una fortuna que hayamos venido juntos y que nos hayamos encontrado en los días de revolución, porque no solamente se nos presentó la ocasión de prestar un servicio a antiguos amigos, sino que esta circunstancia me ha proporcionado la ventaja de salir de apuros sin ser una carga para nadie. En una palabra, padre, puede darme ocupación, y como estoy seguro de que puedo serle útil, voy a dedicar mi único brazo a su servicio, para sacar de él el mejor partido posible.

A ojos de John Willet, las Indias Occidentales, al igual que las demás naciones extranjeras, estaban habitadas solamente por salvajes que se pasaban el día enterrando la pipa de la paz, blandiendo las lanzas y cubriéndose el cuerpo de pinturas horribles y extrañas. Así pues, apenas oyó esta declaración, se arrellanó en la silla, se quitó la pipa de la boca, y fijó en su hijo unos ojos tan asustados como si acabara de verlo ya

atado a un poste y entregado a los más crueles tormentos para diversión de los salvajes. Nunca ha llegado a saberse la forma que iba a dar a la expresión de este sentimiento, pero por lo demás importa poco, porque antes de que pudiera pronunciar una sílaba, Dolly Varden entró en el aposento llorando y, sin previa explicación, se arrojó al pecho de Joe y le rodeó el cuello con sus brazos.

-¡Dolly! -exclamó Joe-, ¡Dolly!

-Sí, llamadme así, llamadme siempre así -dijo la hermosa hija del cerrajero-, y no me habléis más con tibieza, no os alejéis de mí como antes, y no estéis enojado por mis locuras, de las que estoy hace mucho tiempo arrepentida, o me haréis morir de pena, Joe.

-¡Enojado yo con vos! -dijo Joe.

-Sí... porque cada palabra de bondad y de sincera franqueza que pronunciabais me llegaba al corazón, porque vos, que tanto habéis padecido por mí..., porque vos, que sólo a mis caprichos debéis todas vuestras penas y disgus-

tos... cuando sois tan bueno..., tan noble para mí...

Joe no pudo contestar una palabra, una sílaba, aunque tenía una especie de elocuencia muy expresiva en su brazo izquierdo, que rodeaba su cintura. Pero sus labios estaban mudos.

-Si me hubierais recordado con una palabra..., solamente con una palabra... -continuó Dolly sollozando y acercándose aún más al joven-, que no merecía la paciencia que habéis tenido, si os hubierais regocijado un solo momento de vuestro triunfo, hubiera sido menor mi pesar.

-¡Mi triunfo! -repitió Joe con una sonrisa que parecía decir: «¿Soy acaso un buen mozo para triunfar?».

-Sí, vuestro triunfo -decía Dolly con todo su corazón y toda su alma, que estallaban en su voz y en las lágrimas que inundaban sus mejillas-, porque habéis triunfado. Estoy orgullosa y soy feliz al pensar y reconocer que habéis

triunfado. Por nada en el mundo quisiera verme menos humillada... ¡Oh!, no, no quisiera haber perdido el recuerdo de aquella última noche en que nos vimos..., no, no, aun cuando pudiera borrar lo pasado de mi memoria, y dependiera de mí que fuera ayer tan sólo cuando nos separamos.

Nunca se había visto una mirada de enamorado como la de Joe en aquel momento.

-Querido Joe -dijo Dolly-, siempre os he amado..., sí, en el fondo del corazón os he amado siempre a pesar de mi vanidad y de mi ligereza. Me había figurado que volveríais, se lo he pedido al cielo de rodillas, y durante los largos años, los interminables años que habéis pasado lejos de mí, nunca he cesado de pensar en vos y de esperar que al fin tendríamos un día la dicha de vernos reunidos.

La elocuencia del brazo y de los ojos de Joe superó la del lenguaje más apasionado, pero a pesar de todo no decía una palabra.

-Y ahora, por fin -dijo Dolly palpitante con el ardor con que se expresaba-, aun cuando os viera estropeado de todos vuestros miembros e inválido, aun cuando, en vez de ser lo que sois, sólo fuerais a los ojos de todo el mundo, no a los míos, una ruina más que un hombre, no por eso dejaría de ser vuestra esposa, vuestra amiga, con más orgullo y alegría que si fuerais el lord más rico de Inglaterra.

-¿Qué he hecho yo -exclamó Joe-, qué he hecho yo para obtener tal recompensa?

-Me habéis enseñado -dijo Dolly alzando hacia él sus ojos encantadores- a conocerme y a apreciaros, a valer más de lo que valía, a hacerme más digna de vuestro noble carácter. Más adelante, Joe, veréis con el tiempo que me habéis enseñado todo eso, porque quiero ser, no sólo ahora que somos jóvenes y estamos llenos de esperanzas, sino aun cuando seamos viejos y achacosos, vuestra esposa amable, cariñosa, agradecida y humilde. No quiero tener más pensamiento ni más cuidado que nuestra

casa y nuestro amor, quiero estudiarme sin cesar para agradaros con el testimonio constante de mi más tierno afecto y mi amor más leal..., lo quiero, sí, sí..., ¡lo quiero!

Joe no pudo más que insistir con su primera muestra de elocuencia, pero venía perfectamente al caso.

-Lo saben en casa -dijo Dolly-. Para seguiros abandonaría a mis padres si fuera preciso, pero no es necesario, porque lo saben todo, se alegran, están tan orgullosos de vos como yo misma y tan llenos de gratitud... ¿No vendréis a verme como un pobre amigo que me conoció cuando era niña? ¿Es verdad que vendréis. Joe?

¡Bien, bien! No importa lo que Joe respondió, pero habló mucho, y también Dolly habló mucho. La estrechó además tiernamente contra su corazón con su brazo, con su único brazo, y Dolly no ofreció resistencia. Si ha existido jamás una pareja feliz en este mundo, que con todos sus defectos no es al fin y al cabo tan miserable,

se podría decir sin temor a equivocarse que esta pareja la formaban Joe y Dolly.

Decir que durante estos acontecimientos John Willet experimentaba las más profundas emociones de sorpresa de que es susceptible la naturaleza humana, que se hallaba en una especie de parálisis de asombro, que se sentía elevado a las regiones más arduas, más escabrosas y más inaccesibles de la más complicada abstracción, sería trazar en términos muy imperfectos un bosquejo incompleto del estado de espíritu en que se hallaba. Si un dragón alado, un águila, un vestigio, un elefante volando o un caballo marino se le hubiera aparecido repentinamente, le hubiera tomado sobre la espalda y le hubiera trasladado físicamente al centro mismo de «Savannanana», habría sido para él un acontecimiento vulgar y cotidiano en comparación con lo que tenía ante sus propios ojos. ¡Estar allí sentado tranquilamente en su silla mirando y oyendo todo aquello! ¡Verse completamente olvidado, mientras su hijo y una seño-

rita hablaban de una manera tan apasionada, abrazándose y acariciándose como si estuvieran en su casa! Era en verdad una posición tan monstruosa y tan inexplicable y que superaba hasta tal punto sus más vastas facultades de comprensión que cayó en un letargo del cual no podía despertarse, como sucedía a los encantados por las hadas durante el plazo de sueño que éstas les imponían.

-Padre -dijo Joe presentando a Dolly-, ya veis de lo que se trota.

El viejo John miró primero a Dolly, después a su hijo, volvió a mirar a Dolly y a su hijo, y entonces hizo un esfuerzo para sacar una bocanada de humo de su pipa, que hacía tres minutos que estaba apagada.

-Decid tan sólo una palabra, aunque no sea más que dar a Dolly los buenos días -dijo Joe.

-Ciertamente, Joe -respondió John-. Sí, sin duda. ¿Por qué no?

-Tenéis razón -dijo Joe-. ¿Por qué no?

-¡Oh! -repuso John-. ¿Por qué no?

Y haciendo esta reflexión en voz baja como si discutiera en su mente alguna grave cuestión, se sirvió de su dedo pequeño -si es que alguno de los diez mereciese esta calificación- de su mano derecha para limpiar la pipa y volvió a abismarse en el silencio. Y permaneció sentado al menos media hora, aunque Dolly le decía con el tono más cariñoso, y se lo repitió más de una docena de veces, que esperaba que no estuviera enojado con ella. Permaneció sentado, silencioso, como petrificado, sin moverse más de media hora, y al expirar este período, de pronto y sin la menor preparación, lanzó una estrepitosa carcajada con gran asombro de los dos jóvenes, repitiendo:

-Ciertamente, Joe. Sí, sin duda. ¿Por qué no? Y salió a dar un paseo.

LXXIX

John Willet no fue a dar su paseo cerca de la Llave de Oro, porque entre este establecimiento y el Black Lion media un laberinto de calles -como muy bien saben los que conocen las inmediaciones de Clerkenwell y Whitechapel- y John no era famoso por sus ejercicios pedestres. Pero como la Llave de Oro se halla en nuestro camino, aunque no en el suyo, este capítulo se traslada a la casa del cerrajero.

La Llave de Oro en persona, este emblema natural de la profesión del cerrajero, había sido arrancada y pisoteada injuriosamente por los rebeldes, pero en aquel momento había vuelto a ocupar su puesto con toda la gloria de una nueva capa de pintura, y nunca había presentado tan brillante aspecto. No era ella la única que ostentaba el esplendor del renacimiento, pues toda la fachada de la casa, recientemente blanqueada de arriba abajo, estaba elegante y coqueta; y a buen seguro que si quedaba con

vida alguno de los revoltosos que habían ido a atacarla, el aspecto de aquel viejo edificio, rejuvenecido y próspero, debía de ser para ellos un gusano roedor, un objeto de arrepentimiento.

Sin embargo, estaban cerradas las ventanas de la tienda y las celosías del primer piso, y en vez de la alegría que reinaba por lo común en la casa, se le veía un exterior triste y como un aspecto de luto que los vecinos, acostumbrados a ver entrar y salir en otro tiempo a Barnaby, comprendían fácilmente. La puerta estaba entreabierta, pero no se oía el martillo en el yunque, el gato dormía acurrucado en las cenizas de la fragua, y todo estaba desierto y silencioso.

El señor Haredale y Edward Chester se encontraron en el umbral de la puerta. El joven cedió el paso al otro, y después de entrar ambos con un aire de familiaridad que parecía indicar que esperaban allí alguna cosa y que se estaba acostumbrado a dejarlos entrar y salir sin preguntarles, cerraron la puerta.

Entraron en el antiguo comedor, subieron por aquella escalera angosta y misteriosa de que tienen noticia nuestros lectores, y llegaron a la sala, orgullo y gloria de la señora Varden, en otro tiempo escenario de las labores domésticas de Miggs.

-Según me ha dicho Varden -dijo el señor Haredale-, trajo a la madre aquí anoche.

-Sí -respondió Edward-, ahora está en el segundo piso, y dicen que está desconsolada. No necesito deciros, porque lo sabéis tan bien como yo, que el cuidado, la humanidad y la simpatía de esta buena gente no tienen límites.

-Lo sé. ¡El cielo los recompense este acto de bondad y otros muchos! ¿No está Varden en casa?

-Ha salido con la persona que habéis enviado y que ha encontrado en el momento de entrar. Ha estado fuera toda la noche, lo cual no ignoráis, porque ha pasado la mayor parte de ella con vos.

-Es cierto. Si no lo hubiera tenido a mi lado, me hubiese faltado el brazo derecho. Tiene más edad que yo, pero su actividad es la de un joven.

-Es el corazón más firme, y en este momento el hombre más feliz de la tierra.

-Y tiene derecho a serlo. No he conocido un hombre más honrado en toda mi vida. No ha hecho más que coger lo que ha sembrado... y es justo que sea feliz.

-No todos -dijo Edward después de vacilar un momento- tienen la dicha de poder decir otro tanto.

-Y ésos son más numerosos de lo que creéis -repuso el señor Haredale-. No prestamos tanta atención en el tiempo de la siembra como en el de la cosecha. Así me ha sucedido a mí.

Su pálido rostro, sus miradas vagas y su expresión sombría habían ejercido tanta influencia en la reflexión que había hecho Edward, que éste no supo de pronto qué contestar.

-No era difícil adivinar un pensamiento tan natural -dijo el señor Haredale-. Pero os habéis equivocado. Tal vez me haya tocado mi parte de disgustos, pero no he sabido llevarlos como debía. He tratado de imponerme cuando debería haber cedido, y he perdido en cavilaciones el tiempo que debí emplear en mezclar mi existencia con la de todas las criaturas de Dios. Los hombres que aprenden a tener paciencia son los que dan a todos sus semejantes el nombre de hermanos; pero yo he vuelto la espalda al mundo y ahora sufro el castigo.

Edward iba a protestar, pero no le dio tiempo el señor Haredale.

-Es ya tarde -continuó- para evitar las consecuencias. Pienso algunas veces que si volviera a vivir mi vida podría reparar esta falta... no precisamente tan sólo por amor al bien, sino por mi propio interés. Retrocedo por instinto ante la idea de padecer otra vez lo que he padecido, y en esta circunstancia encuentro la triste seguridad de que sería siempre el mismo, aunque

pudiese borrar lo pasado y empezar de nuevo tomando por guía el ensayo que he hecho.

-No os hacéis justicia -dijo Edward.

-Lo creéis así -respondió el señor Haredale- y me alegra, pero me conozco mejor que nadie, y a eso se debe que tenga en mí tan poca confianza. Cambiemos de tema, aunque hablemos de cosas que tienen algún contacto con lo que estamos tratando. Caballero, amáis a mi sobrina, y ella también os ama.

-Así me lo ha jurado -dijo Edward-. Y sabéis..., estoy seguro de que no lo dudáis..., que no cambiaría su juramento por todas las bendiciones que el cielo pudiera enviarme.

-Sois un joven franco, honrado y desinteresado -dijo el señor Haredale-. Esta convicción está profundamente arraigada en mi mente enferma, y os creo. Esperad aquí un momento.

Al mismo tiempo salió de la sala y volvió algunos instantes después con Emma.

-La primera y única vez -dijo mirando alternativamente a los dos jóvenes- que nos vimos

juntos los tres bajo el techo del padre de mi sobrina, os pedí, Edward, que os alejarais y os prohibí que volvierais jamás.

-Es el único incidente de la historia de nuestro amor que he olvidado -dijo Edward.

-Lleváis un apellido -dijo el señor Haredale- que tengo sobradas razones para recordar. Estaba excitado, arrastrado por recuerdos de agravios e injurias personales, lo sé y lo confieso, pero hasta en este momento me calumniaría si os dijera que entonces o nunca haya cesado de desear en el fondo de mi corazón su felicidad, o que obré en eso (reconozco por otra parte mi error) por otro impulso que el deseo puro, único y sincero de reemplazar, en cuanto pudiera al menos, al padre que había perdido.

-Querido tío -dijo Emma llorando-, nunca conocí más padre que vos. Mi padre y mi madre sólo me dejaron para amar su memoria, pero a vos os he podido amar toda mi vida. No ha existido nunca un padre tan cariñoso para su hija como lo habéis sido para mí desde el

primer momento de que puedo acordarme hasta el último.

-Me hablas con sobrada ternura -respondió-; sin embargo, no tengo valor para desear que me juzgues menos favorablemente. Es tal el placer que siento al oír esas palabras de tu boca, que las recordaré sin cesar cuando nos hayamos separado, y serán la dicha de toda mi vida. Tened un momento más de paciencia, Edward. Hemos pasado ella y yo muchos años juntos, y aunque sé muy bien que al entregarla en vuestras manos pongo el sello a su felicidad futura, sé que necesito hacer un esfuerzo para resignarme.

La estrechó con ternura contra su corazón, y continuó después de un minuto de silencio:

-Os he agraviado, caballero, y os pido perdón. No creáis que es una fórmula vulgar ni un pesar afectado, sino la expresión verdadera y sincera de mi pensamiento. Con la misma franqueza os confesaré a ambos que hubo un tiempo en que me hice cómplice por conveniencia

de una traición cuyo objeto era separaros para siempre. Porque si no tuve un papel activo, dejé al menos que se llevara a cabo, y me confieso culpable.

-Os juzgáis con mucha severidad dijo Edward-. Alejad ese recuerdo.

-No, esa traición se alza para condenarme; miro hacia atrás, y no es hoy la primera vez que la veo -respondió-. No puedo separarme de vosotros sin obtener un completo perdón, porque no me resta mucho tiempo de vida común en el mundo y tengo ya bastantes pesares que llevarme a la soledad a que me he consagrado.

-De nosotros no os llevaréis más que bendiciones -dijo su sobrina-. No mezcléis nunca el recuerdo de vuestra Emma, que os debe tanto amor y respeto, con ningún otro sentimiento que no sea el de un afecto y una gratitud eterna por lo pasado y los votos más fervientes por vuestra felicidad futura.

-El porvenir -dijo el señor Haredale con una sonrisa melancólica- es una palabra llena de

ventura para vosotros, y su imagen se os debe aparecer adornada con una guirnalda de alegres esperanzas. Para mí es muy diferente. ¡Permita Dios que sea únicamente una época de paz exenta de cuidados y rencores! Cuando partáis de Inglaterra, partiré también. Hay en el continente conventos, mi único asilo en el día en que quedan satisfechos los dos grandes deseos de mi vida. Esto os causa pesar, porque olvidáis que voy haciéndome viejo y que muy pronto me hallaré en el término de mi existencia. Pero volveremos a hablar sobre esto más de una vez, y te pediré, Emma, tus buenos consejos.

-¿Para seguirlos? -le dijo su sobrina.

-Al menos los escucharé -respondió abrazándola- y te prometo que los tomaré en consideración. Veamos. ¿Nada más tengo que deciros? Os habéis visto con frecuencia en estos últimos días, y vale más así, porque es más conveniente dejar a un lado las circunstancias de lo pasado que habían causado vuestra sepa-

ración y sembrado entre nosotros la sospecha y la desconfianza.

-Sí, sí, vale más -repitió en voz baja Emma.

-Confieso la parte que tomé en aquella época -dijo el señor Haredale-, al mismo tiempo que me acuso de ello, lo cual prueba que nunca debemos separarnos, por poco que sea, de la buena senda, de la senda del honor, con el pretexto de que el fin justifica los medios. Cuando el fin que nos proponemos es bueno, es preciso conseguirlo con buenos medios; los que hacen lo contrario son malvados, y lo mejor es considerarlos como tales y no hacerse cómplices suyos.

Apartó los ojos de su sobrina para fijarlos en Edward, y le dijo con tono más cariñoso:

-En la actualidad sois tan rico el uno como el otro. He sido para ella un mayordomo fiel y a lo que le queda de los bienes en otro tiempo más considerables de su padre, deseo añadir como prenda de mi afecto una pequeña cantidad que no vale la pena mencionar y que no necesito. Me alegro de que vayáis a viajar por el

extranjero. ¡Nuestra casa sigue en ruinas! Cuando volváis después de algunos años prósperos, mandaréis edificar otra mejor y espero que más afortunada. ¿Hacemos las paces?

Edward tomó la mano que le alargaba Haredale y la estrechó cordialmente.

-No habéis dudado ni habéis respondido con frialdad -dijo el señor Haredale devolviéndole un apretón de manos afectuoso- y ahora que os conozco me digo que sois el hombre que hubiera elegido como esposo de Emma. Su padre era de carácter generoso y le hubieseis gustado. Os la doy en su nombre, y os bendigo por él. Si el mundo y yo nos separamos, lo habremos hecho con más armonía de lo que hemos vivido juntos tantos años.

Puso a Emma en manos de su esposo e iba a salir del aposento cuando lo detuvo en la puerta un lejano griterío que les hizo estremecer en silencio. Era un tumulto atronador mezclado con aclamaciones frenéticas que desgarraban el aire. Los clamores se aproximaban por momen-

tos con tanta rapidez que mientras escuchaban estallaron con una confusión de voces estrepitosas en la esquina de la calle.

-Es preciso poner orden..., apaciguar ese tumulto -dijo el señor Haredale con precipitación-. Debíamos haberlo previsto. Voy a hacerles callar al momento.

Pero antes de que hubiera salido de la puerta, antes de que Edward tuviera tiempo de coger el sombrero para seguirle, fueron detenidos otra vez por un grito penetrante que salía de lo alto de la escalera. Al mismo tiempo la mujer del cerrajero se precipitó en el aposento, y corriendo a arrojarse en los brazos del señor Haredale, exclamó:

-¡Lo sabe todo, caballero, lo sabe todo! La hemos preparado poco a poco y con infinitas precauciones, y está lista.

Después de esta comunicación, acompañada de las más fervientes expresiones para dar gracias a Dios, la buena señora, fiel a la costumbre

clásica de las matronas en todas las emociones vivas, se desmayó al momento.

Corrieron a la ventana, levantaron la celosía y echaron una mirada a la calle inundada por la multitud. En medio de centenares de personas, entre las cuales no había una sola que estuviera un momento quieta, se veía en primer término la abultada y sonrosada cara del cerrajero, empujado de un lado a otro como si luchase con un mar agitado. En un momento le hacían retroceder veinte pasos, después lo empujaban hasta la puerta: ya lo arrebataba una nueva oleada, ya lo estrechaban contra la pared de enfrente, ya en fin lo subían sobre un poyo adonde los brazos de cincuenta hombres lo perseguían con sus saludos, en tanto que todos los demás se ponían roncos de tanto gritar y vitorear con el mayor tumulto. Aunque estaba en peligro de verse despedazado por el entusiasmo general, el cerrajero respondía con total tranquilidad a sus vítores con toda la fuerza de sus pulmones, y en rapto de júbilo y buen

humor agitaba el sombrero con tal energía que llegó a pasar por fin la luz entre el forro y la juntura de las alas.

Pero en medio de aquella batahola, pasando de mano en mano, avanzando un paso, retrocediendo dos y cayendo al suelo, volvía a levantarse más jovial y radiante después de cada caída. La paz de su alma estaba tan poco afectada cual si hubiera volado como una pluma sobre la superficie del agua, y no se mantenía menos firme, sin soltar una sola vez un brazo que estrechaba el suyo; era el brazo de un amigo, al cual se volvía de vez en cuando para darle una palmada en el hombro, para decirle al oído que tuviera ánimo o para consolarlo con una sonrisa; pero ante todo su cuidado constante era defenderlo contra la solicitud indiscreta de la multitud y abrirle paso para hacerlo entrar en la Llave de Oro. Pasivo y tímido, despavorido, pálido, asombrado mirando a la turba como si acabara de resucitar de entre los muertos y se considerara como un aparecido entre

los vivos, Barnaby -no Barnaby en espíritu, sino de carne y hueso-, con un pulso natural, con nervios, con músculos, con un corazón que latía con fuerza y con emociones violentas..., se colgaba del brazo de su buen amigo, el robusto cerrajero, dejándose llevar.

Así llegaron por último a la puerta que manos complacientes tenían dispuesta por dentro para recibirlos. Deslizándose entonces por la abertura y rechazando a la turba de sus admiradores, Gabriel cerró la puerta y se encontró entre el señor Haredale y Edward Chester, en tanto que Barnaby subía en cuatro saltos la escalera y caía de rodillas al pie del lecho de su madre.

-¡Bendito sea el fin de la más feliz y más difícil empresa que hemos llevado a cabo en toda nuestra vida! -dijo al señor Haredale el cerrajero casi sin aliento-. ¡Majaderos! Nos hemos visto en apuros para salir de entre sus manos. En verdad que, a pesar de sus demostraciones de

amistad, he creído que no íbamos a escapar con vida.

Habían empleado todo el día anterior en hacer esfuerzos para arrancar a Barnaby de su triste destino. Habiéndose frustrado sus tentativas con las primeras autoridades a que se habían presentado, las reiteraron por otro lado, y rechazados nuevamente, volvieron a trabajar hasta medianoche, llegando por fin a hablar, no tan sólo con el juez y con el jurado que lo habían condenado, sino hasta con personajes influyentes en la corte, hasta con el joven príncipe de Gales, penetrando incluso hasta la antecámara del mismo rey.

Lograron por fin despertar algún interés en su favor e inspirar deseos de examinar el caso con menos pasión, y tuvieron una entrevista con el ministro, que estaba aún en la cama a las ocho de la mañana. El resultado de una información minuciosa, debida a sus gestiones y secundada por testimonios en favor de un pobre joven a quien conocían desde su infancia,

fue que entre las once y las doce del mediodía el perdón absoluto de Barnaby Rudge estuvo extendido, firmado y entregado a un jinete para que lo llevase a escape al lugar de la ejecución. El mensajero llegó al pie del cadalso en el momento en que se veía ya el carro fatal, y el señor Haredale, después de cerciorarse de que habían coronado el éxito sus esfuerzos, se dirigió desde Bloomsbury Square hasta la Llave de Oro, dejando a Gabriel la grata tarea de conducir a su casa en triunfo a Barnaby.

-No necesito deciros -le hizo observar el cerrajero después de dar apretones de manos a todos los hombres de la casa y estrechar en sus brazos a todas las mujeres más de cuatro veces- que sólo deseaba que el triunfo se celebrase entre nosotros, en familia; pero apenas nos hemos visto en la calle cuando nos han reconocido y ha empezado entonces el tumulto. Si me dieran a elegir entre las dos cosas -añadió enjugándose la cara encendida como un tomate- y después de probar una y otra, creo que preferi-

ría verme arrebatado de mi casa por una turba de enemigos que traído y escoltado por una traílla de amigos.

Pero se veía que Gabriel no hablaba en serio, y que por el contrario aquella marcha triunfal, aunque tumultuosa y llena de percances, le causaba un placer extremado, porque como continuase el pueblo moviendo escándalo y repitiendo con nueva fuerza sus aclamaciones como si acabara de tomar gargantas de refresco, capaces de durar al menos quince días, envió a buscar a Grip al segundo piso, a Grip, que había venido en la espalda de su amo y había agradecido los favores de la multitud haciendo sangre a cada dedo que se acercaba al alcance de su pico.

Se puso entonces el cuervo en el brazo, se asomó a la ventana y agitó con fuerza el sombrero que acabó de romperse, dejando un espacio de un dedo entre las alas y el resto, espacio unido tan sólo por algunos hilos. Habiendo sido recibida esta demostración con merecidos

vítores y restablecido en parte el silencio, les dio las gracias por sus simpatías y, tomándose la libertad de anunciarles que había un enfermo en la casa, les propuso tres vivas en favor del rey Jorge, otros tres en favor de Inglaterra y tres más en favor de cualquier cosa para acabar. La multitud consintió, sustituyendo tan sólo el nombre de Gabriel Varden en el viva a cualquier cosa, y dándole uno más para que la medida fuese buena. Después se dispersó de buen humor.

No es necesario describir las felicitaciones que mediaron entre los habitantes de la Llave de Oro cuando los dejaron en paz, el exceso de alegría y de dicha que sentían y la dificultad en que Barnaby se encontraba de expresarla más que yendo de uno a otro como un loco, hasta que, habiendo recobrado la calma, se tendió en el suelo a los pies de la cama de su madre, donde quedó abismado en un profundo sueño. Afortunadamente no es necesario describir to-

do esto, pues de lo contrario nos veríamos en un apuro.

Antes de separarnos de esta deliciosa escena, convendría dirigir una mirada a un cuadro más sombrío y de un género muy diferente que aquella noche tuvo un reducido número de espectadores.

Era en un cementerio, a medianoche, y no había más personajes que Edward Chester, un sacerdote, un sepulturero, y cuatro hombres que conducían un tosco féretro.

Estaban todos en pie en torno de una tumba recientemente abierta, y uno de los cuatro hombres llevaba en la mano una linterna, única luz que alumbraba aquel sitio fúnebre para esparcir su débil resplandor en el libro del oficio de difuntos. La colocó un momento sobre el ataúd antes de bajarlo a la sepultura. En la tapa de aquel ataúd no había inscripción alguna.

La tierra húmeda cayó con fúnebre ruido sobre la última morada de aquel hombre sin nombre, y el rumor de las palas dejó un triste

eco hasta en el oído endurecido de los que lo habían conducido a su último asilo. La tumba quedó llena hasta la superficie, y después de allanar con el pie el montón de tierra que quedaba, todos se alejaron al mismo tiempo.

-¿Nunca lo visteis en vida? -preguntó el sacerdote.

-Muchas veces, pero hace algunos años, y no sabía que fuera mi hermano.

-¿Y desde entonces no volvisteis a verlo?

-Nunca. Quise verlo ayer, pero se negó obstinadamente a pesar de mi insistencia.

-¿Se negó a recibiros? Forzosamente tendría un corazón de piedra y desnaturalizado.

-¿Lo creéis así?

-¿No sois del mismo parecer?

-No, señor. Todos los días estamos oyendo decir al mundo que le asombran los monstruos de ingratitud. ¿No se diría que espera ver más bien en todas partes monstruos de afecto como si fuera la cosa más natural?

Llegaron a la puerta de la verja, se dieron las buenas noches y cada cual siguió su camino.

LXXX

Aquella misma tarde, después de dormir la siesta para descansar un rato, después de afeitarse, lavarse y adornarse de pies a cabeza, después de comer y regalarse con la pipa y su Toby, y después de una conversación familiar con la señora Varden sobre todo lo que acababa de suceder, sobre todo lo que estaba sucediendo y sobre todo lo que iba a suceder en la esfera de sus intereses domésticos, el cerrajero se sentó a la mesa del té en el comedor, presentando el aspecto del hombre más sano, más tranquilo, más alegre, más cordial y más satisfecho de toda Gran Bretaña.

Estaba sentado en su silla de brazos con la mirada fija en su querida Martha; su rostro irradiaba alegría y su holgado chaleco parecía sonreír en cada pliegue. Su humor jovial brotaba por todos sus poros y subía por debajo de la mesa a lo largo de sus gruesas pantorrillas, y era un espectáculo propio para convertir en

dulce crema de benévola satisfacción al mismo vinagre de la misantropía. Estaba sentado siguiendo con la mirada a su esposa, que adornaba el comedor con flores para obsequiar a Dolly y a Joe Willet, que habían ido a pasear juntos y a los que la tetera llamaba desde hacía más de veinte minutos con su canto más seductor cerca del fuego, haciendo gorjeos que no hizo jamás tetera alguna. En obsequio a los novios, se había desplegado también sobre la mesa con toda su gloria el hermoso servicio de porcelana china, con mandarines panzudos que llevaban largos parasoles. Para tentar su apetito se había colocado en un lugar preferente un jamón sonrosado, transparente, sabroso, guarnecido de hojas de verde lechuga y de aromático pepino y cubierto con una servilleta blanca como la nieve, y para satisfacer su glotonería se había cubierto profusamente la mesa de dulces, conservas, pastas de toda clase, frutas y otros artículos menudos de pastelería que se comen de un bocado, y les hacían compañía los pane-

cillos revueltos con los panes redondos, blancos y morenos, con esos panes que eran el orgullo de la señora Varden, que estaba en pie, rejuvenecida, radiante de satisfacción, ostentando su vestido nuevo rojo y blanco, bien sujeto con cuatro grandes alfileres, muy estirada dentro del corsé, con los labios sonrosados, risueña, de buen humor y, en una palabra, deliciosa en todos los conceptos. El cerrajero estaba sentado en medio de todas estas delicias y otras muchas como el sol que brillaba sobre todas ellas, como el centro del sistema rodeado de satélites, como la fuente de la luz, del calor, de la vida y de la alegría viva y franca que animaba toda la casa.

¿Y qué diremos de Dolly? No era la Dolly que conocéis, no. Era preciso verla entrar del brazo de Joe, y era preciso ver cómo se esforzaba para no sonrojarse o parecer confundida; cómo hacía ver que nada le importaba sentarse a su lado en la mesa; cómo acariciaba al cerrajero diciéndole dulces palabras al oído para suplicarle que no le hiciera más bromas; cómo le

iban y venían los colores a la cara en una agitación de placer continuo que le hacía verlo todo al revés, y esto de una manera tan graciosa que no resulta extraño que el cerrajero dijese a su mujer cuando se retiraron para irse a acostar que hubiera estado allí veinticuatro horas seguirlas mirando a su hija sin cansarse.

¿Y qué diremos de los recuerdos con que se recrearon hasta muy enfada la noche; del aire jovial con que el cerrajero preguntaba a Joe si se acordaba de aquella noche de tempestad en que salió en busca de Dolly; de las carcajadas de todos ellos con motivo de aquella noche en que se había ido Dolly en la silla; de la malicia con que se burlaban sin compasión de la señora Varden por haber dejado en la ventana las famosas flores al raso; del trabajo que costó al principio a la señora Varden tomar parte en la risa general que se permitían a su costa y el desquite que se tomó con su buen humor; de las declaraciones de Joe sobre el día y la hora en punto en que advirtió por primera vez que es-

taba enamorado de Dolly, y de las confesiones que hizo Dolly ruborizándose, medio por fuerza, medio con gusto, sobre el momento en que descubrió que no le disgustaba Joe? ¡Qué fondo tan inagotable de conversación animada!

Por otra parte, la señora Varden tenía que decir tantas cosas sobre sus dudas, sus alarmas maternales y sus prudentes sospechas... Porque parece, según declaró la señora Varden, que nada se había escapado nunca a su penetración y extrema sagacidad. ¡Como si no hubiera estado al corriente de todo desde el primer día! ¡Como si no lo hubiera adivinado todo a la primera mirada! ¡Como si no lo hubiera pronosticado siempre! ¡Como si no hubiera sido la primera en advertirlo, aun antes que los dos jóvenes! ¿No lo había dicho bien claro? ¿No recordaba sus propias expresiones: «Joe Willet mira mucho a Dolly y yo voy a tener que mirarlo mucho a él»? ¡Oh, sí! Lo había observado todo, y hasta había reparado en una multitud de pequeñas observaciones, que enumeraba

una tras otra, tan excesivamente minuciosas que nadie, a excepción de ella, podía sacar deducción alguna ni aun en aquel momento. En una palabra, desde el principio hasta el fin había desplegado una habilidad infinita, en comparación con la cual era un juego de niños la táctica del general más consumado.

Naturalmente no se dejaron en el tintero la noche en que Joe había montado a caballo para acompañarles a su regreso y en que la señora Varden insistió para que se volviese a su casa, así como tampoco la noche en que Dolly se puso enferma al oír el nombre de su amante, y las miles de veces que la señora Varden, modelo siempre de prudencia y vigilancia, la había sorprendido muy triste y cavilosa en su cuarto. En resumen, nada se olvidó, y siempre, de una manera u otra, se volvió a la conclusión de que la hora presente era la más venturosa de su vida, y que por consiguiente todo había sucedido a pedir de boca y no podía imaginarse nada que acrecentase su felicidad.

Mientras se hallaban en lo mejor de la conversación, he aquí que resuena un formidable aldabonazo en la puerta de la tienda que habían tenido cerrada todo el día para evitar las visitas importunas, y Joe, que sabía muy bien que no debía permitir que nadie bajase a abrir estando él allí, se apresuró a salir del comedor.

Habría sido muy extraño que Joe hubiese olvidado el camino de la puerta, y aun cuando así hubiera sucedido, pues era bastante largo, lo habría encontrado muy fácilmente. Esto no obstó para que Dolly, tal vez porque estaba bajo la influencia de esa agitación a la que acababan de entregarse todos, o tal vez porque temiera que como sólo tenía un brazo Joe no pudiera abrir -no podía haber otras razones-, lo cierto es que corrió en pos de su amante, y estuvieron tanto rato parados en el pasillo -sin duda porque Joe le suplicaba que no se expusiese a una corriente de aire (en julio) que iba infaliblemente a entrar por la puerta cuando se

abriera-, que el golpe se repitió con tal fuerza que se estremeció toda la casa.

-¿No abrís la puerta? -gritó el cerrajero-. ¿Tendré que ir yo?

Entonces Dolly volvió al comedor con el rostro encendido hasta en el fondo de sus hoyuelos, y Joe abrió con un estrépito terrible y otras demostraciones superfluas para hacer ver que se daba mucha prisa.

-¿Quién es? -dijo el cerrajero al ver entrar a Joe-. ¿Por qué te ríes?

-Por nada, señor; mirad lo que viene.

-¡Lo que viene! ¿Qué es lo que viene?

La señora Varden, tan confusa como su marido, sólo pudo responder negando con la cabeza a la mirada del cerrajero, que parecía pedirle una explicación. El cerrajero volvió el sillón para ver mejor la puerta, que contempló con ojos de a palmo con una expresión de curiosidad y sorpresa en su rostro jovial.

En vez de ver aparecer inmediatamente una o varias personas, no oyó más que diversos

sonidos notables, primero en la tienda y después en el pasillo que la separaba del comedor, como si trajesen algún mueble pesado haciendo un esfuerzo insuficiente para la tarea. Finalmente, después de mucho forcejeo y varios golpes contra las paredes, la puerta se abrió como si la hubieran golpeado con un ariete y el cerrajero, que miraba con atención lo que venía detrás de un enorme baúl, se dio una palmada en la pierna, arqueó las cejas, abrió la boca y exclamó con voz profundamente consternada:

-¡El diablo me lleve si no es Miggs que vuelve!

Apenas oyó estas palabras la señorita cuyo nombre acababa de pronunciar cuando, dejando en la puerta a un muchacho de diez a doce años y el enorme baúl que la acompañaban, se adelantó con tanta precipitación que se le cayó el sombrero de la cabeza, se arrodilló en actitud melodramática, cruzó las manos en las cuales llevaba un par de zapatos, uno en la derecha y

otro en la izquierda, alzó los ojos al techo y derramó un torrente de lágrimas.

-La misma historia -dijo el cerrajero mirándola con inenarrable desesperación-. Esta muchacha ha nacido para ser aguafiestas, no hay forma de librarse de ella.

-¡Oh, señor! ¡Oh, señora! -exclamó Miggs-. No puedo reprimir mis sentimientos en estos felices instantes de alegría general. ¡Oh, señor Varden! ¡Cuántas bendiciones en nuestra familia! ¡Cuántos perdones para las injurias! ¡Qué bueno y amable sois!

El cerrajero dirigía sus miradas de su mujer a Dolly, de Dolly a Joe y de Joe a Miggs con las cejas siempre arqueadas y la boca abierta. Cuando volvieron a Miggs, se detuvo fascinado.

-¿Quién había de figurarse -exclamó Miggs en un acceso de alegría frenética- que el señor Joe y la querida señorita Dolly se habían de volver a ver después de todo lo que se había dicho en contra? ¡Qué delicia es verlos sentados

uno junto a otro, tan graciosos, tan amables y tan reconciliados! ¡Y yo no lo sabía y no estaba aquí para hacerles y servirles el té! ¡Oh, cuánto lo siento! Pero no importa, esta sorpresa me causa sensaciones muy agradables.

Sea porque juntó las manos, sea en un éxtasis de alegría piadosa, la señorita Miggs hizo chocar un zapato con otro en aquel momento como un par de platillos, después de lo cual continuó con su acento más melifluo:

-La señora no creería sin duda..., ¡oh, Dios del cielo!, que su fiel Miggs, que la ha sostenido en todas sus pruebas en épocas en que los demás, con las mejores intenciones del mundo, pero con un proceder tan cruel, atacaban continuamente su sensibilidad..., no, no habrá creído que Miggs la abandonaría. No, no ha podido creer que Miggs, aunque es una criada (porque sé muy bien que el servicio no es una herencia), olvidaría jamás que había sido el humilde instrumento que servía para ponerlos en paz en sus pequeñas rencillas conyugales, y que era la

que hablaba siempre al amo de la dulzura y la paciencia de cordero de su ama. No, no ha podido creer que Miggs no era susceptible de felicidad; no, no ha podido creer que Miggs era tan sólo sensible al salario y a los regalos.

A todas estas frases, pronunciadas con una elocuencia cada vez más patética, la señora Varden no respondió una palabra, pero Miggs, sin intimidarse por esta fría acogida, se volvió hacia el muchacho que había traído para que la ayudase (era el primogénito de sus sobrinos, el hijo de su hermana casada, que había nacido en Golden Lion Court, número 27, y se había educado a la sombra del segundo cordón de la campanilla a mano derecha), y abusando del pañuelo, se dirigió a él para suplicarle que cuando volviera al lado de sus padres los consolase de la pérdida de su tía, haciéndoles un relato fiel de la acogida que había merecido en el seno de la familia del cerrajero, en la cual no ignoraban los antedichos parientes que había depositado sus más caras afecciones; les recor-

dase que había sido preciso nada menos que el sentimiento imperioso del deber y de su adhesión a su amo y a su ama, así como a Dolly y a Joe, para rehusar la invitación apremiante que sus parientes, como podía justificarlo, le habían hecho de dormir, comer y beber en su compañía durante toda la vida sin retribución de ninguna clase; finalmente, que la ayudase a subir el baúl, y se volviese a su casa directamente con su bendición y su ruego de mezclar en sus oraciones de mañana y tarde la petición al Todopoderoso de que hiciera de él algún día un cerrajero o un Joe y le diera por parientas y amigas a la señora Varden y a la señorita Dolly.

Después de terminar esta amonestación, muy inútil por otra parte porque el muchacho a quien iba dirigida no prestó la menor atención, pues todas sus facultades mentales estaban al parecer en aquel momento concentradas en la contemplación de las golosinas que había sobre la mesa, la señorita Miggs anunció a la familia en general que perdonasen porque volvía en el

acto, y con el auxilio de su sobrino se preparó para subir el baúl a la buhardilla.

-Martha -dijo el cerrajero a su mujer-, ¿es vuestro deseo?

-¡Mi deseo! -respondió la señora Varden-. Me sorprende..., me asombra su audacia. Que salga de casa ahora mismo.

Miggs, al oír esto, dejó caer pesadamente el extremo del baúl, lanzó un sordo gruñido, se cruzó de brazos, torció la boca y exclamó en escala ascendente tres veces seguidas:

-¡Misericordia!

-Ya oís lo que dice vuestra señora, muchacha -repuso el cerrajero. Creo que haréis bien en marcharos. Tomad, tomad esto en recuerdo de vuestros servicios.

Miggs aceptó el billete de banco que el cerrajero había sacado de la cartera para dárselo, se lo guardó en la bolsa de cuero encarnado que hundió en su bolsillo, en cuya operación dejó descubierta una parte considerable de refajo de lana amarillo y enseñó más trozo de media de

algodón negro de lo que se acostumbra a exponer al público, y movió después la cabeza mirando a la señora Varden y repitiendo:

-¡Misericordia!

-Me parece, muchacha -dijo el cerrajero, que eso ya lo habéis dicho antes.

-Por lo que veo han cambiado los tiempos, mi ama -dijo Miggs irguiendo la cabeza-; según parece, ahora podéis pasaros sin mí, no me necesitáis para sujetaros las riendas, y no os hace falta una víctima para atormentarla con vuestros gritos y lloriqueos. Me alegro de que seáis tan independiente; os doy mi más completa enhorabuena.

Entonces hizo una reverencia, y con la cabeza muy erguida, el oído vuelto hacia la señora Varden y la mirada fija en los demás, a medida que dirigía a uno o a otro alguna alusión especial en sus reflexiones, continuó de esta suerte:

-Sí, os doy mi enhorabuena, y me alegro mucho de que por ahora gocéis de tanta independencia, aunque no puedo menos de com-

padeceros, mi ama, viéndoos reducida a tanta sumisión no teniendo aquí nadie que os defienda. ¡Ja, ja, ja! ¡Cuánto debéis de sufrir, especialmente si se recuerdan todas las cosas malas que decíais siempre de Joe, al tener que admitirlo por yerno! Y me asombra que Dolly haya hecho buenas migas con él después de todas sus coqueterías con el cochero. Es verdad que he oído decir que el cochero se lo pensó dos veces y que confió a uno de sus amigos que no era tan necio como para caer en aquella trampa, a pesar de los esfuerzos extraordinarios que ella y toda su familia hacían para pescarlo.

Se paró para esperar una réplica, y no recibiéndola, continuó su filípica:

-También he oído decir, mi ama, que había señoras cuyas enfermedades eran fingidas, y que saben caerse desmayadas y muertas de repente siempre que tienen ese antojo. Ya podéis figuraros que no he visto yo tal cosa por mis propios ojos, no, no... ¡Ja, ja, ja! Ni el amo tampoco..., no, no. ¡Ja, ja, ja! También he oído

decir a los vecinos que conocían a cierto hombre muy bobo y crédulo, un hombre de muy buena pasta, que salió un día de pesca para traerse una mujer, y sólo pescó una cabeza de chorlito que ni era carne ni pescado. Ya podéis figuraros que yo, por mi parte, al menos no lo recuerdo, no he conocido en toda mi vida a esta persona, ni vos tampoco, mi ama..., no, no. ¿Quién podrá ser? ¿Qué decís a esto, señora? ¿Lo sabéis? ¡Ja, ja, ja!

De nuevo Miggs se detuvo esperando una réplica, pero como ésta no llegaba, estaba tan hinchada de despecho y de dolor que parecía a punto de reventar.

-Me alegro mucho de ver reír a la señorita Dolly -exclamó con voz de falsete-. Me gusta mucho ver reír a la gente... y a vos también, ¿no es cierto, mi ama? Siempre os ha causado mucho placer ver a los demás de buen humor, ¿no es cierto, mi ama? Creo sin embargo que no hay motivo para reír ni para estar alegre. ¿Qué os parece, mi ama? Después de haber buscado

tanto cuando no era más que una niña, después de haber gastado tanto en adornos y cintas, no creo que sea gran cosa acabar con un pobre soldado con un solo brazo. ¿No es verdad, mi ama? ¡Ja, ja, ja! Por mi parte os confieso que no me gustaría un marido manco y que quisiera un hombre que cuando menos tuviera dos brazos. Dos brazos, aunque en vez de manos tuviese sólo dos ganchos como el barrendero.

Miggs iba a añadir y hasta había empezado ya a decir que al fin y al cabo un barrendero era un partido menos despreciable que un manco, aunque es verdad que cuando no hay que elegir es preciso tomar lo que se encuentra, y hasta es justo darse por contento; pero como sus insultos y su dolor eran de ese carácter amargo que desgarra el corazón sin poder aliviarse con palabras y exalta hasta la locura por no encontrar desahogo en la contradicción, no pudo continuar y estalló en una tempestad de lágrimas y sollozos.

Reducida a este extremo, se arrojó contra su sobrino y, arrancándole un puñado de cabellos que le quedaron en la mano, declaró que deseaba saber si quería hacerla esperar mucho tiempo mientras la insultaban, si tenía o no intención de ayudarla a llevar el baúl o si se complacía en oír vilipendiar a su familia, junto a otras muchas imprecaciones que dirigió al pobre muchacho, que ante estas provocaciones humillantes se había sentido poco a poco impulsado a la rebelión de tanto devorar con sus ojos un pastelillo, y salió corriendo y lleno de indignación del comedor, dejando allí a su tía luchando con el baúl. Finalmente, tanto estiró y empujó que llegó a la puerta de la calle y, casi sin aliento, encendida como unas ascuas, agotadas sus fuerzas, bañada en lágrimas, se sentó sobre su propiedad para calmar su dolor hasta que pudo encontrar otro pilluelo que la ayudase hasta su casa.

-No te aflijas por tan poca cosa, Martha, ríete de sus necedades -dijo el cerrajero al oído a su

mujer siguiéndola a la ventana y enjugándole las lágrimas con hondad-. ¿Qué nos importa? Hace ya mucho tiempo que reconociste tus errores. Traedme a Toby, Dolly cantará, y esta interrupción sólo servirá para aumentar nuestra alegría.

LXXXI

Un mes después, en uno de los últimos días de agosto, el señor Haredale se hallaba solo en la administración de la diligencia-correo de Bristol. Aunque apenas habían transcurrido algunas semanas desde su conversación con Edward Chester y su sobrina en casa del cerrajero, se advertía en su exterior un cambio muy notable; parecía más viejo y abatido. La agitación y la inquietud traen al hombre las arrugas y las canas, pero el desprendimiento secreto de nuestros antiguos hábitos y el rompimiento de los lazos que nos son caros y familiares, dejan huellas mucho más profundas. Nuestros afectos no son tan fáciles de herir como nuestras pasiones, pero el golpe profundiza más y la herida requiere más tiempo para cicatrizarse. El señor Haredale era un hombre solitario, y el corazón que latía en su pecho no sentía tampoco más que aislamiento y tristeza.

La reclusión y el destierro a que se había condenado durante tantos años debieran hacerle ver menos penosa su soledad actual, pero no habían hecho más que excitar su sensibilidad, y tal vez le hubiera convenido entregarse por algún tiempo a las distracciones del mundo. Estaba tan confiado en que no le faltaría nunca la compañía de su sobrina, la había amado tanto, había llegado a ser una parte tan preciosa e importante de su existencia, y habían tenido juntos tantos pesares y satisfacciones en que nadie había tomado parte con ellos, que perderla era entonces para él volver a empezar la vida. ¿Dónde encontraría para este nuevo ensayo la esperanza y la elasticidad de la juventud para triunfar ante las dudas, la desconfianza y el desaliento de la vejez?

El esfuerzo que había hecho para fingir al separarse de ella alegría y esperanza -y eso que se habían despedido el día anterior- había agotado las fuerzas de su alma. Bajo el imperio de estos sentimientos iba a volver a Londres por

última vez, pues quería dirigir una mirada a los muros ahumados de su casa antes de alejarse de ella para siempre.

Era un viaje que en nada se parecía a lo que vemos hoy. Sin embargo, Haredale llegó a Londres, tomó una habitación en la posada donde paraba la diligencia y resolvió antes de acostarse no anunciar a nadie su llegada, pasar tan sólo una noche en la capital y evitarse la tristeza de una despedida hasta con el honrado cerrajero.

La disposición de ánimo en que se encontraba al acostarse fue causa de los extravíos de la imaginación y de visiones desordenadas, y así lo advirtió con el horror que experimentó al despertarse sobresaltado de su primer sueño y al correr a la ventana para desvanecer su turbación con la presencia de algún objeto fuera del aposento, que no hubiera sido, por decirlo así, testigo de su sueño. Sin embargo, no era un terror hijo de su sueño de aquella noche, porque se había presentado ya muchas veces a sus

ojos bajo mil formas, se le había aparecido en otro tiempo con frecuencia y había ido a buscarlo en la almohada con feroz insistencia. Si no hubiese sido más que un objeto horrendo, un espectro fantástico que lo persiguiera en el sueño, la renovación de esta pesadilla bajo su antigua forma no hubiera despertado en él más que una sensación de temor momentáneo que se habría desvanecido al abrir los ojos; pero la visión era despiadada, no quería huir, se resignaba a todo; cuando cerraba los párpados revoloteaba a su alrededor; a medida que se quedaba abismado en el sueño, sabía que adquiría fuerza y consistencia y que volvía gradualmente a su reciente forma, y cuando saltaba del lecho, el mismo fantasma, disipándose en su cerebro inflamado, lo dejaba presa de un miedo contra el cual era impotente la reflexión.

Había asomado el sol antes de que el señor Haredale hubiese podido ahuyentar estas impresiones. Se levantó tarde, pero cansado, y permaneció en su cuarto todo el día. Tenía de-

seos de ir aquella tarde a hacer la última visita a su antigua casa, porque era la hora en que acostumbraba a dar un paseo, y quería volverla a ver con el aspecto que le era más familiar. Salió, pues, de la posada a la hora que le permitía llegar antes de ponerse el sol y se encontró en medio de una calle concurrida.

Apenas había dado algunos pasos, andando pensativo a través de la animada multitud, cuando sintió una mano en el hombro, y reconoció al volver la cara a uno de los mozos de la posada. que le dijo:

-Perdonad, caballero, pero os habéis olvidado la espada.

-¿Por qué me la traéis? -preguntó tendiendo la mano, pero sin tomar el arma y mirando al criado con expresión agitada y sombría.

-Siento mucho haberos molestado, caballero -dijo el mozo-, volveré a llevarla a casa. Habíais dicho que ibais a dar un paseo por el campo y que volveríais tarde, y como los caminos no son muy seguros para un viajero solo que se retira

entrada la noche, y como desde la rebelión los bandidos toman más que nunca precauciones infinitas y van bien armados, hemos creído, caballero, que no siendo de Londres os habíais figurado que los caminos eran más seguros de lo que son en realidad; pero sin duda conocéis bien el país o lleváis armas de fuego.

Haredale lo interrumpió tomando la espada, se la ciñó, dio las gracias al mozo y continuó su camino.

Se recordó mucho tiempo después que hizo todo esto de una manera tan extraña y con una mano tan temblorosa, que el mozo se quedó mirándolo mientras seguía su camino, vacilando sobre si debía seguirlo para vigilarlo; se recordó también que le habían oído pasearse por su aposento a grandes pasos en las altas horas de la noche, que los criados hablaron a la mañana siguiente de su palidez y su aspecto febril, y finalmente, que cuando el mozo que le había llevado la espada volvió a casa, había dicho a uno de sus compañeros que tenía como un peso

en el estómago de todo lo que había observado en aquel breve intervalo, y que temía que aquel caballero fuera a suicidarse y que no volverían a verlo en toda la vida.

El señor Haredale, seguro de que su turbación había llamado la atención del criado, apresuró el paso, subió en un coche de alquiler para que lo condujeran de ida y vuelta hasta la aldea de Chigwell y, cuando llegó a este lugar, bajó para continuar a pie su camino hasta Warren.

Pasó tan cerca del Maypole que pudo ver subir el humo de la chimenea por encima de la copa de los árboles, en tanto que una bandada de palomas -sin duda de sus antiguos habitantes antes del incendio- desplegaban alegremente sus alas para volver al palomar y le ocultaban el cielo.

-La vetusta casa va a rejuvenecerse -dijo mirando hacia la posada- y habrá allí un alegre hogar bajo su tejado cubierto de hiedra. No deja de ser un consuelo pensar que no todo son ruinas en las cercanías. Me alegraré al menos de

tener un cuadro no tan sombrío y solitario en el que pensar.

Continuó su marcha dirigiendo sus pasos hacia Warren. ¡Qué tarde tan hermosa, tan serena, tan tranquila y tan silenciosa! Ni un hálito de viento agitaba las hojas; sólo se oía el rumor monótono de las campanillas de los corderos que pacían en el prado, y a intervalos el mugido lejano de las vacas o el ladrido de los perros de la aldea. El cielo estaba esplendoroso de gloria y de tintas purpurinas, y en la tierra lo mismo que en el aire reinaba un profundo reposo.

Tal era la hora en que llegó al edificio abandonado que durante tantos años había sido su morada, y se paró a contemplar por última vez sus paredes ennegrecidas por las llamas.

La ceniza del fuego más común inspira siempre al alma una emoción melancólica, porque encierra el recuerdo de alguna cosa que ha estado viva y animada y que no es más que polvo inerte, frío y odioso, una imagen de

muerte y destrucción que atrae a nuestro pesar nuestra simpatía. Pero ¡cuánto más tristes son aún los restos dispersos de una casa que fue la nuestra, consumida por el incendio, la caída del gran altar doméstico, donde los más malvados celebran a veces el culto secreto del corazón, y donde los buenos han ofrecido tan nobles sacrificios y consumado actos de heroísmo que si los registrara la historia obligarían a ruborizarse ante ellos a los templos más orgullosos de la antigüedad con sus pretenciosos anales!

Salió de su profunda meditación para pasear a paso lento en torno del edificio. Empezaba a anochecer.

Había dado casi toda la vuelta al edificio cuando exhaló una exclamación medio ahogada, se estremeció y permaneció inmóvil. Vio apoyado en actitud tranquila, con la espalda contra un árbol y contemplando las ruinas con una expresión de placer -de placer tan vivo que, a pesar de su indolencia habitual y la vigilancia que sabía ejercer sobre sus facciones, su

alegría brillaba en su rostro, libre de toda reserva y triunfando ante todos los infortunios y todas las contrariedades-, al hombre cuya presencia, de toda la humanidad, en cualquier lugar, y especialmente en aquél, menos podía soportar.

Aunque su sangre se sublevaba contra aquel hombre y aunque su rabia hervía con tanta violencia en su alma que le hubiese dado muerte en el acto, tuvo bastante dominio de sí mismo para contenerse, y pasó sin pronunciar una palabra y sin mirarlo. Sí, e iba a continuar, y ni siquiera hubiera vuelto el rostro porque quería resistir al demonio que turbaba su cerebro con horribles tentaciones -y no era un esfuerzo fácil-, si el imprudente no lo hubiese obligado a detenerse con una voz de compasión tan afectada que lo volvió casi loco y le hizo perder en un momento toda la paciencia que había querido conservar, a pesar de su angustia, de la más punzante e irresistible de todas las angustias.

En un instante la reflexión, la compasión, la clemencia, todo lo que puede contener la rabia y el enojo de un hombre estimulado por la venganza, todo desapareció en el momento de volver el rostro. Y sin embargo, le dijo lentamente y con la mayor calma..., con la mayor calma que había tenido hasta entonces al hablarle:

-¿Por qué me dirigís la palabra?

-Para haceros observar -dijo sir John Chester con su sangre fría característica- la graciosa casualidad que nos hace encontrar aquí.

-Sí, es una casualidad extraña.

-¡Extraña! Sí, es lo más notable y singular del mundo. Nunca paseo a caballo por la tarde, es costumbre que sigo desde hace muchos años, y sin embargo, hoy me he dado este capricho. ¿Sabéis cuándo se me ha ocurrido esta idea peregrina? Esta noche... me hallaba desvelado y he proyectado mi paseo. ¡Qué pintoresco es esto!

Y le indicaba al mismo tiempo el edificio arruinado, y se ayudaba de los lentes para ver mejor.

-Veo que no os perturba contemplar vuestra obra -dijo el señor Haredale.

Sir John soltó los lentes, miró a Haredale con la expresión más cortés, como para pedirle una explicación, y al mismo tiempo movía ligeramente la cabeza como si se dijera a sí mismo: «Este hombre se ha vuelto loco».

-Os repito que no os perturba contemplar vuestra obra.

-¿Mi obra? -dijo sir John mirando a su alrededor con aire risueño-. ¿Mi obra? Perdonad..., pero no adivino...

-No es difícil adivinarlo. ¿Veis esas vigas vacilantes, veis por todas partes los estragos del fuego y del humo, veis el espíritu de destrucción que se ha desencadenado aquí?

-Amigo mío -respondió sir John reprimiendo con un ademán el ardor de Haredale-, ¿cómo no he de verlo? Veo todo lo que me decís cuan-

do os ponéis de lado y no me priváis la vista. Lo siento en el alma, querido amigo. Si no hubiera tenido el gusto de encontraros aquí, creo que os hubiera escrito para describíroslo. Pero perdonad que os hable con la franqueza que me caracteriza y os diga que no soportáis esta desgracia con tanta resignación como esperaba de vos... Me he llevado un solemne chasco.

Y sacando la caja, tomó un poco de rapé y continuó con el aire de superioridad de un hombre que, a causa de su carácter más elevado, se reconoce con derecho para dar una lección de moral:

-Porque sois un filósofo... y hasta de esa secta de filósofos austeros y rígidos que son muy superiores a las flaquezas de la humanidad en general. ¡Sois tan distante de todas las frivolidades del mundo! Sé muy bien que las miráis desde lo alto de vuestra serenidad y os burláis de ellas con amargura.

-Tal vez no os equivocáis.

-Gracias por la lisonja. ¿Queréis que demos un pequeño paseo y hablemos un rato? Lo digo porque la humedad no es muy saludable. ¿No? Bien, como gustéis. No obstante, siento en el alma deciros que sólo puedo concederos un momento.

-¡Ojalá no me hubierais concedido ninguno! ¡Ojalá, lo digo con toda mi alma, os hubierais ido al cielo (si es posible proferir tal mentira) antes de venir aquí esta tarde!

-No lo creo yo así -respondió sir John-, y no os hacéis justicia, porque aunque vuestra compañía no es muy agradable que digamos, no quisiera ir tan lejos para evitarla.

-¡Escuchadme! -dijo Haredale.

-¿Vais a recriminarme algo?

-No, quiero recordaros toda vuestra infamia. Habéis instado y solicitado para consumar vuestra obra a un agente muy capaz pero que por carácter, por esencia tal vez, no es más que un traidor, y que os ha vendido a pesar de la mutua simpatía que os teníais, como ha vendi-

do a todos los demás; sí, por medio de alusiones, de palabras indirectas que nada significan cuando se repiten, habéis empujado a Gashford a la obra..., a esa obra que estáis contemplando. Sí, merced a esas alusiones y a esas palabras indirectas que nada significan cuando se repiten, lo habéis alentado a saciar el odio mortal que me tiene y que a Dios gracias me honro de no haber merecido. Lo habéis alentado a saciarlo con el rapto y el deshonor de mi sobrina. Lo habéis hecho, lo veo en vuestro rostro -exclamó señalándolo con la mano y dando un paso atrás-; lo negáis, pero sólo podéis negarlo con una mentira.

Se había llevado la mano a la empuñadura de la espada, pero sir John le respondió con frialdad y con una sonrisa de desprecio:

-Observad, caballero, si os queda bastante juicio para hacerlo, que no me he tomado el trabajo de negar nada. No os creo con suficiente discernimiento para leer en las fisonomías, a no ser que sean tan groseras como vuestro lengua-

je; y si mal no recuerdo, nunca habéis tenido ese don, pues de lo contrario conocí una cara en la que hubierais podido leer más bien la indiferencia, por no decir la repugnancia. Me refiero a una época muy lejana... pero me comprendéis.

-Disimulad cuanto gustéis, pero eso no obsta para que lo neguéis. Que sea una retractación clara o equívoca, expresa o tácita, no por eso deja de ser una mentira, porque, ya que decís que no lo negáis, ¿lo concedéis?

-Vos mismo -respondió sir John continuando como si no hubiera sido interrumpido-, vos mismo describisteis el carácter de ese caballero a quien aludís (creo que era en Westminster) en términos que me dispensan defenderlo ni atacarlo. Tal vez teníais excelentes razones para hacerlo, tal vez no, y os confieso que no me importa; pero suponiendo que dicho caballero fuera tal como vos lo describís, y que os hubiera hecho a vos o a otro cualquiera declaraciones que pudieran despertar preocupación por la

propia seguridad, el dinero o cualquier otra consideración..., todo lo que puedo decir de él es que los que lo emplean no pueden eximirse de la acusación de que alientan a ese ser degenerado. Vos sois muy franco, y espero por consiguiente que me excusaréis por mi franqueza.

-Os repito, señor Chester, que son vanas vuestras excusas y circunloquios -dijo el señor Haredale-. Cada una de vuestras palabras, de vuestras miradas, de vuestros ademanes está calculado para hacer creer que no es cierto el hecho de que os acuso. Pues bien, sostengo lo contrario, y digo que habéis seducido a ese hombre y a vuestro desgraciado hijo (que Dios haya perdonado) para incendiar mi casa y deshonrar a mi sobrina. Habláis de degradación y bajeza de carácter, pero ¿no me dijisteis un día que habíais comprado la ausencia del pobre idiota y de su madre, siendo así que descubrí después lo que sospechaba, que habíais ido para sobornarlos y habían partido ya cuando fuisteis a verlos? A vos tan sólo debo atribuir

las pérfidas insinuaciones de que la muerte de mi hermano había sido provechosa para mí, así como todos los ataques odiosos y las calumnias secretas que después se propalaron. Y no hay acto de mi vida, desde aquella primera esperanza que trocasteis en luto y desconsuelo, en que no os haya encontrado entre la paz y yo como mi genio maléfico. En todo y por todo habéis sido siempre el mismo, un hombre sin corazón, un hipócrita, un villano indigno. Por segunda y última vez os arrojo a la cara estas acusaciones, y os rechazo con desprecio como a un perro; como a un hombre falso y desleal.

Al mismo tiempo alzó el brazo y le descargó en el pecho un golpe tan fuerte que lo hizo bambolear. Apenas volvió en sí sir John del asombro que le causó este ultraje, desenvainó la espada, arrojó a lo lejos la vaina y el sombrero y, precipitándose sobre su adversario, le descargó en el pecho una furiosa estocada que lo hubiera derribado sin vida al suelo de no haberla evitado con un quite rápido y enérgico.

Al insultar a sir John, Haredale había desahogado su furia, y se contentaba ya con parar las estocadas, aconsejándole con una especie de terror frenético pintado en su rostro, que no adelantase un paso más, y gritando:

-¡Esta tarde no..., en nombre del cielo, esta tarde no!

Y viendo sir John que bajaba el arma, decidido a no defenderse, bajó también la suya.

-Esta noche no -repitió Haredale-, aprovechad mi consejo.

-Acabáis de decirme, tal vez en un momento de inspiración -repuso sir John con calma aunque había arrojado la máscara para expresar en su rostro el odio-, acabáis de decir que me insultáis por última vez. Podéis estar seguro de que será así. ¿Pensáis acaso que he olvidado nuestra última entrevista? ¿Os figuráis que no recuerdo cada una de vuestras palabras, cada una de vuestras miradas, para no pediros cuenta de ellas? ¿Quién de los dos ha elegido el momento? ¿Vos o yo? He aquí el hombre hon-

rado que después de contraer conmigo una obligación para impedir una unión que no parecía de su gusto, obligación que he cumplido fielmente y al pie de la letra, falta a ella y aprovecha la ocasión de efectuar el enlace para desembarazarse de una carga que le pesaba y dar a su familia un lustre mal adquirido.

-He obrado -dijo Haredale- con honra y de buena fe, y obro de la misma manera ahora aconsejándoos que no me obliguéis a continuar el desafío esta tarde.

-Hablabais no hace mucho de mi «desgraciado hijo», si no me equivoco. ¡Necio! ¡Dejarse burlar por semejante hipócrita..., dejarse coger en las redes de semejante tío y semejante sobrina! Tenéis razón en compadecerlo. Pero ya no es hijo mío. Os doy la enhorabuena, caballero, por la magnífica adquisición que habéis hecho, pues honra vuestra astucia.

-Por última vez -gritó su enemigo dando una patada en el suelo en un acceso de rabia-, aunque seáis capaz de hacerme renegar de mi án-

gel bueno, os suplico que no provoquéis esta tarde mi furor. ¡Qué desgracia que hayáis venido aquí! ¿Por qué nos hemos encontrado? Mañana nos hubiéramos separado para siempre.

-Pues si es cierto lo que decís -repuso sir John sin la menor emoción-, me alegro de que nos hayamos encontrado esta tarde. Haredale, siempre os he despreciado, ya lo sabéis, pero os creía capaz de una especie de valor brutal. En honor de mi opinión, en la cual he tenido siempre confianza, siento ver que no sois más que un cobarde.

Después de este insulto, no medió ya entre ambos palabra alguna. Cruzaron las espadas a pesar de la oscuridad y se atacaron con encarnizamiento. Ambos llevaban buenas espadas y manejaban hábilmente su arma.

Al cabo de algunos segundos, se animaron hasta ponerse furiosos, estrecharon las distancias y se hicieron heridas leves. Inmediatamente después de haber recibido una en el brazo, Haredale, al sentir la sangre cálida que se desli-

zaba hasta la mano, atacó con ciego furor a su adversario y le hundió la espada a través del cuerpo hasta la empuñadura.

Sus ojos se encontraron muy cerca uno de otro cuando sacó su arma. Haredale abrazó al moribundo para sostenerlo, pero sir John lo rechazó y cayó en la hierba. Se incorporó entonces con las manos, contempló a Haredale un momento con expresión de odio y desprecio, pero acordándose al parecer aún en aquel instante de que esta expresión afearía sus facciones después de su muerte, se esforzó por sonreír y, moviendo la mano derecha ya sin vida, como para ocultar en el chaleco la camisa ensangrentada, cayó muerto de espaldas. Era el fantasma de la noche anterior.

ÚLTIMO CAPÍTULO

Una mirada de despedida a los actores de esta historia que no han sucumbido con el curso de los acontecimientos y habremos terminado.

El señor Haredale huyó aquella misma noche. Antes de que pudieran comenzar las pesquisas, y hasta antes de que se advirtiese la desaparición de sir John y corrieran en su busca, ya había salido del reino hacia un establecimiento religioso célebre en Europa por el rigor y la severidad de su disciplina y por la penitencia inflexible que su regla imponía a los que iban a buscar en él un refugio contra el mundo. Allí hizo votos que lo separaron para siempre de sus parientes y amigos, y después de algunos años de remordimiento fue sepultado en los sombríos claustros del convento.

Transcurrieron dos días antes de que se encontrase el cadáver de sir John. Cuando lo hubieron reconocido y trasladado a su casa, su

apreciable ayuda de cámara, fiel a los principios de su amo, desapareció con todo el dinero y los objetos de valor que pudo llevarse consigo, con cuyo auxilio partió a una ciudad distante a darse ínfulas de perfecto caballero. En esta distinguida carrera tuvo un éxito completo, y hasta hubiera acabado por casarse con alguna heredera de no ser por una orden de detención que ocasionó su fin prematuro; murió a causa de una fiebre contagiosa que hacía entonces grandes estragos llamada tifus carcelario.

Lord George Gordon, después de haber estado preso en la Torre de Londres hasta el lunes 5 de febrero del año siguiente, fue juzgado dicho día en Westminster por crimen de alta traición. Después de un sumario formal y detenido fue absuelto de esta acusación por no haberse podido probar que había agitado al pueblo con intenciones malévolas e ilegales. Por otra parte, además, existían aún tantas personas a quienes los desórdenes no habían servido de lección para moderar su falso celo, que se abrió en Es-

cocia una suscripción para pagar los costes del proceso.

Durante los siete años siguientes permaneció en silencio, gracias a la asidua intercesión de sus amigos, pero encontró de vez en cuando ocasiones para desplegar su fanatismo protestante con algunas demostraciones extravagantes que divirtieron mucho a sus amigos, y hasta fue excomulgado por el arzobispo de Canterbury por haberse negado a comparecer como testigo a instancias del tribunal eclesiástico. En el año 1788, impulsado por un nuevo acceso de locura, escribió y publicó un folleto injurioso contra la reina de Francia. Acusado de difamación, después de haber hecho delante del tribunal diferentes declaraciones violentas e insensatas, fue condenado y huyó a Holanda para evitar la pena que se le había impuesto. Pero como a los buenos burgomaestres de Amsterdam no les placía especialmente su compañía, lo enviaron a toda prisa a Inglaterra. Llegó a Harwich en el mes de julio, se trasladó desde allí a Bir-

mingham, y en el mes de agosto hizo profesión pública de la religión judía, y fue considerado judío hasta el momento en que fue preso y conducido a Londres para sufrir su condena. En virtud de la sentencia dictada contra él, fue encerrado en el mes de diciembre en la cárcel de Newgate, donde pasó cinco años y diez meses, obligado a pagar una elevada multa y presentar garantías de su conducta en adelante.

Después de haber dirigido a mediados del verano siguiente una nota de disculpa a la Asamblea Nacional de Francia, que el embajador inglés se negó a entregar, se resignó a sufrir hasta el fin el castigo que le habían impuesto; se dejó crecer la barba hasta la cintura y, adoptando todas las ceremonias de su nueva religión, se dedicó al estudio de la historia y a ratos perdidos al arte de la pintura, para el cual desde su juventud había mostrado buenas condiciones. Abandonado de todos sus antiguos amigos y tratado en la cárcel como el mayor criminal, vivió alegre y resignado hasta el 1 de noviem-

bre de 1793, día en que murió en su calabozo a la edad de cuarenta y tres años.

Muchos hombres con menos simpatías por los afligidos y necesitados, con menos habilidad y corazón más duro, se han convertido en una figura brillante y dejado una fama refulgente. Tuvo a quien le lloró. Los prisioneros lamentaron su pérdida, y le echaron de menos, pues aunque no tenía muchos medios, era muy generoso, y al repartir limosnas entre ellos consideraba las necesidades de todos por igual, y no conocía ninguna distinción de secta o credo. Hay hombres sabios en los caminos del mundo que pueden aprender algo incluso de este pobre y loco lord que murió en Newgate.

Hasta el último momento, John Grueby no se apartó de su amo. Veinticuatro horas después de estar encerrado lord Gordon en la Torre de Londres, fue a ofrecerle nuevamente sus servicios para no abandonarlo hasta la muerte. Siempre tenía a alguien que le atendía con prestancia en la persona de una hermosa chica judía

que se unió a él movida por sentimientos mitad religiosos y mitad románticos, pero cuyas virtudes y carácter desinteresado parecen ir más allá de la censura de incluso los más censores.

Gashford lo abandonó, por supuesto. Subsistió durante algún tiempo con el tráfico que hizo de los secretos de su amo; pero cuando agotó sus fondos, viendo que su comercio no daba ganancias, logró un empleo en la honrosa corporación de los espías al servicio del gobierno. En esta posición, como todos los desdichados de su especie, arrastró su existencia en el extranjero y en Inglaterra, y sufrió durante muchos años todas las miserias de su cargo. Hace diez o doce años, no más, se encontró a un hombre muerto en la cama de una posada del Borough, donde no lo conocían; un anciano flaco y arrugado, sucio y miserable. Había tomado veneno. No se pudo averiguar su nombre, y únicamente se descubrió, por papeles de la cartera que llevaba en el bolsillo, que había

sido secretario de lord George Gordon en la época de los famosos motines.

Algunos meses después del restablecimiento del orden y de la paz, cuando no se hablaba ya de los desórdenes en la ciudad, Simon Tappertit, habiendo sido trasladado del hospital a la cárcel, y de la cárcel al tribunal, fue absuelto con dos piernas de palo. Privado de los miembros que constituían su gracia y su orgullo, disuelta la famosa sociedad de los Perros de Presa Unidos, y habiendo caído desde la elevada posición de jefe y regenerador social hasta una condición más humilde y la profunda miseria, se decidió a volver a la casa de su antiguo amo para pedirle que lo socorriera. Gracias a los buenos consejos y al auxilio del cerrajero, se estableció de limpiabotas, y abrió un establecimiento bajo un pórtico inmediato a los Horse Guards. Siendo un barrio céntrico, tuvo una numerosa clientela, y en los días de gala y de cumpleaños de la familia real, más de veinte oficiales a media paga esperaban en la tienda

para limpiarse las botas. Su comercio adquirió además tal desarrollo, que con el tiempo mantuvo hasta dos aprendices, sin contar que tomó por mujer a la viuda de un trapero eminente. Vivió con esta señora, que le ayudaba en su negocio bajo el pie de la más grata felicidad doméstica, esmaltada únicamente con alguna de esas borrascas pasajeras que sólo sirven para despejar la atmósfera de los matrimonios y serenar el horizonte. Sucedió algunas veces, por ejemplo, en estas ventoleras de mal tiempo, que el señor Tappertit, celoso de la conservación de sus prerrogativas, llegó hasta el punto de corregir a su señora arrojándole cepillos, botas o zapatos; pero su digna esposa -forzoso es hacerle justicia diciendo que sólo lo hacía en casos extremos- se vengaba llevándosele las piernas y dejándolo expuesto en la calle a la burla de los pilluelos.

La señorita Miggs, viendo frustradas todas sus ilusiones matrimoniales y otras muchas por culpa del mundo ingrato que no merecía sus

disgustos y sinsabores, se agrió como leche pasada, y acabó por ser tan ácida, picante y corrosiva, y por estirar las narices y ultrajar de mil modos a los niños de Golden Lion Court, que fue expulsada por unanimidad, y se dignó dar la preferencia a alguna otra localidad bendita del cielo para gratificarla con su presencia. Casualmente en aquel entonces los jueces de paz de Middlesex anunciaron por medio de carteles oficiales que había vacante una plaza de directora en el establecimiento penal de mujeres de dicho condado, y designaron el día y la hora del concurso de las aspirantes. Miggs, que fue una de ellas, fue elegida al momento entre ciento veinticuatro, y revestida inmediatamente del empleo, que no cesó de ejercer hasta su muerte, esto es, durante más de treinta años, manteniéndose siempre soltera. Fue advertido que esta dama, inflexible y severa con todas las mujeres que tenía a su cargo, nunca fue más despiadada que con las que podían tener alguna pretensión de belleza, y como prueba de su

indómita virtud y su rígida castidad, no daba nunca cuartel a las que habían tenido una conducta ligera, pues se les arrojaba encima por cualquier cosa y, con razón o sin ella, les hacía sentir todo el peso de su ira. Entre otras invenciones que ponía en práctica con esta clase de malhechoras, y que han merecido pasar a la posteridad, no debe olvidarse el arte de descargar un golpe traidor en los riñones, cerca de la espina dorsal, con el mango de una enorme llave que para este uso llevaba siempre en la mano. Había inventado también un sistema de pisar por accidente, cuando llevaba sus zapatos claveteados, a las que tenían los pies pequeños; sistema en extremo ingenioso y enteramente desconocido hasta entonces.

No pasó mucho tiempo antes de que Joe Willet y Dolly Varden fuesen marido y mujer; y con una buena cantidad en el banco, pues el cerrajero no se hizo de rogar para dotar bien a su hija, volvieron a abrir el Maypole. Tampoco pasó mucho tiempo antes de que un niño rolli-

zo y colorado empezase a arrastrarse por el comedor del Maypole, y a correr cayendo y levantándose por el césped que crecía delante de la puerta, y tampoco pasaron muchos años antes de que se viese una niña rolliza y colorada, y después otro chiquillo regordete, y después un enjambre de niñas y niños, de modo que a cualquier hora que uno fuese a Chigwell se encontraba en la calle de la aldea, en los campos o en el patio de la posada, tantos Joes pequeños y tantas Dollies pequeñas, que se perdía la cuenta. Y todo esto pasó de una manera prodigiosa y como por encanto, pues tuvieron que pasar muchos años para que Joe pareciera cinco años mayor, o Dolly, o el cerrajero y su esposa, pues la alegría y la satisfacción embellecen el rostro, y son famosos preservadores de la juventud.

Transcurrió mucho tiempo también antes de que hubiera en toda Inglaterra una posada de aldea como el Maypole, y hasta falta saber si en la actualidad existe otra igual o existirá jamás.

Transcurrió mucho tiempo también -porque nunca sería decir demasiado- antes de que se dejase de manifestar en el Maypole un interés particular por los soldados heridos, o que Joe se olvidase de darles un trago en memoria de sus antiguas campañas, o antes de que el sargento reclutador dejase de hacer una visita de vez en cuando, o antes de que uno y otro se cansaran de hablar de sitios y batallas, de los rigores del tiempo y del servicio y de mil cosas que atañen a la vida del soldado. ¿Quién era el huésped que una sola vez se albergase en el Maypole que no viera la preciosa caja de plata que el rey había entregado con sus propias manos a Joe, en recompensa por su conducta en los motines, y que no pusiera dentro de dicha caja el pulgar y el índice para sacar un poco de rapé, aun cuando nunca hubiera aspirado antes el aroma del tabaco y tuviera convulsiones de tanto estornudar? Y por lo que respecta al fabricante y negociante de licores, con su morado rostro, ¿dónde está el hombre que vivió en ese tiempo

y nunca le vio en el Maypole, pues al parecer se sentía tan en casa en sus habitaciones como si viviera allí? Y ¿quién no vio las fiestas que se celebraban en el Maypole y en la Llave de Oro en días de bautizo, cumpleaños, boda y en toda clase de días por el estilo? Si eso no eran ocasiones especiales, ¿cuáles lo son?

John Willet, habiéndosele metido en el cerebro por algún medio extraordinario que Joe deseaba casarse, y que en su cualidad de padre haría bien en retirarse a la vida privada para dejar vivir a su hijo con más libertad, eligió por residencia una casita en Chigwell. Tomada esta resolución, mandaron ensanchar el hogar y la chimenea, se colgó un gran caldero y se tuvo un especial cuidado en plantar en el huertecillo que había delante de la puerta un pequeño mayo, de modo que se encontró en seguida como en su casa. Thomas Cobb, Parkes y Solomon Daisy iban a pasar invariablemente las veladas a esta nueva residencia, y sentados junto a la chimenea, pasaban agradablemente el rato los

cuatro amigos fumando, charlando y echando alguna que otra cabezadita de vez en cuando como en otros tiempos. Como se descubrió por casualidad al cabo de poco tiempo que John parecía considerarse aún posadero de profesión, Joe le proporcionó una pizarra, en la cual el buen hombre apuntaba cuentas enormes por el consumo de carne, bebida y tabaco. A medida que envejeció, esta pasión se acrecentó, y su mayor diversión era escribir con tiza junto al nombre de cada uno de sus compañeros una suma fabulosa imposible de pagarse jamás, y la alegría secreta que sentía en hacer sumas era tal, que se lo veía continuamente ir detrás de la puerta a echar una ojeada a su pizarra y volver con la expresión de la satisfacción más viva.

No volvió en sí jamás de la sorpresa que le habían causado los insurgentes, y permaneció en la misma condición mental hasta el último momento de su vida, que estuvo a punto de terminar bruscamente la primera vez que vio a su nieto, porque este espectáculo pareció en-

gendrar en su mente la idea de que se había obrado en Joe algún milagro de naturaleza alarmante. Afortunadamente, una sangría practicada a tiempo por un hábil cirujano conjuró el peligro, y aunque los médicos opinaron unánimes cuando tuvo un ataque de apoplejía seis meses después que moriría, y censuraron que no hiciese el menor ejercicio, continuó viviendo -tal vez a causa de su lentitud constitucional- siete años más, pero pasado este tiempo lo encontraron una mañana en la cama privado del uso de la palabra. Permaneció en este estado sin padecer durante toda una semana, y recobró de pronto el conocimiento al oír que la enfermera decía a Joe al oído que su padre se iba sin remedio.

-Sí, Joe, me voy -dijo John volviendo la cabeza-, a Savannanana.

E inmediatamente falleció.

Dejó una buena suma de dinero. Su riqueza era más considerable de lo que se había creído, y eso que los vecinos, según la costumbre inve-

terada en el género humano cuando calcula por suposición las economías ajenas, habían apreciado la de John sin quitar ni añadir un penique. Joe, su único heredero, llegó a ser entonces un hombre de importancia en la aldea, perfectamente independiente.

Pasó algún tiempo antes de que Barnaby pudiera volver en sí de la conmoción moral que había recibido y recobrar la salud y su antiguo buen humor. Sin embargo, se tranquilizó poco a poco, y aunque nunca dejó de creer que la sentencia de muerte que había estado a punto de ejecutarse y su liberación habían sido tan sólo un sueño terrible, llegó a ser en otros aspectos juicioso y razonable. Desde su restablecimiento se aclaró su memoria, y tuvieron más ilación sus ideas, pero una nube oscura pesó siempre sobre el recuerdo de la época anterior de su existencia, y no se desvaneció jamás.

No fue menos feliz por esto, porque conservó siempre con igual intensidad su amor a la libertad y su interés por todo lo que tiene mo-

vimiento y vida, por todo lo que debe su ser a los elementos. Vivió con su madre en el Maypole, cuidando de las caballerizas y de las aves del corral, trabajando en el huerto y ayudando en todo lo que era necesario. No había en todo el país un ave o un cuadrúpedo que no lo conociese, y al cual no hubiera dado un nombre particular. Nunca se ha visto un campesino más pacífico de corazón, una criatura más popular entre los jóvenes lo mismo que entre los viejos, y un alma más franca y más feliz que Barnaby; y aunque nadie le impidiese que fuera a donde quisiese, nunca quiso separarse de su madre y permaneció siempre a su lado para ser su consuelo y el báculo de su vejez.

Fue muy sorprendente que, a pesar de la oscuridad que cubría su pasado, fuera a buscar el perro de Hugh, lo llevase al Maypole y no quisiera volver jamás a Londres, por más que lo tentaran. En efecto, cuando algunos años después aparecieron el día menos pensado, delante de la puerta del Maypole, Edward, Emma y

una familia casi tan numerosa como la de Dolly, Barnaby los conoció al momento; y se puso a llorar y saltar de alegría; pero nunca, ni para visitarlos ni con ningún pretexto, por más diversión o placer que le prometiesen, quiso consentir en poner los pies en las calles, y ni siquiera accedió nunca a mirar hacia la ciudad.

Grip recobró muy pronto la tersura y el brillo de sus buenos tiempos, pero guardó un profundo silencio. ¿Había olvidado el arte de la conversación elegante en Newgate? ¿Había prometido en aquellos días de desorden suspender por un tiempo ilimitado el ejercicio de sus habilidades? Nunca ha podido saberse, pero es indudable que durante todo un año no hizo oír más sonidos que un grave y majestuoso graznido. Transcurrido este tiempo, en una brillante mañana de hermoso sol, se lo oyó dirigirse a los caballos de labranza acerca de la tetera de la que tantas veces se ha hablado en esta historia, y antes de que el testigo que lo había sorprendido hablando pudiera correr a

llevar la noticia a la casa y declarar, bajo la más seria promesa, que lo había oído reír a carcajadas, el mismo pájaro se presentó con paso fantástico en la puerta del comedor, y empezó a gritar: ¡Soy un diablo! ¡Soy un diablo! ¡Soy un diablo!,.

Desde entonces (aunque se cree que la muerte de John le afectó mucho), no cesó de ejercitarse y perfeccionarse en la lengua vulgar, y como era un cuervo casi niño cuando Barnaby tenía ya la cabeza cana, es muy probable que haya seguido hablando hasta el día de hoy.